



WINE & SPIRITS
SODA

BI ESPAÑOL

1

NOM

BV85

.S4

S6

v. 1

1904

15800



1080015175

EX LIBRIS

HÉMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

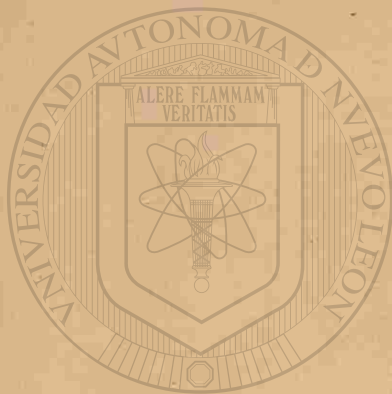


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SÉÑERI ESPAÑOL
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESTUDIOS DE ELOCUENCIA

SÉÑERI ESPAÑOL

POR EL

P. JUAN MARIA SOLÁ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

COMPENDIO LOS DISCURSOS CUARENTA Y SEIS DEL P. PABLO SÉÑERI, S. J.,
SUSTANTAMENTE TRADUCIDOS Y ACOMPAÑADOS DE NOTAS MARGINALES,
ANÁLISIS ORATÓRICOS Y OBSERVACIONES CRÍTICAS

SEGUNDA EDICIÓN
(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

1904

45151



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

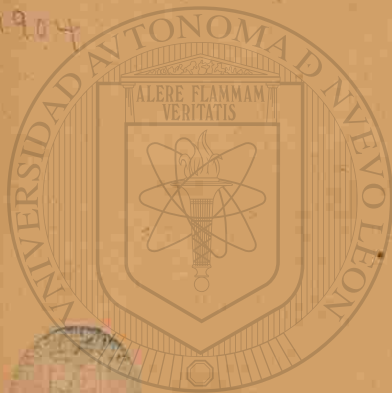
BV 85

.54

56

v.1

1904



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LICENCIA DE LOS SUPERIORES

*Cum opus, cui titulus est: ESTUDIOS DE ELOQUENCIA, SÉ-
ÑERI ESPAÑOL, a P. Joanne Mariá Sold, nostrae Societatis
sacerdote, compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, qui-
bus id commissum fuit, recognoverint et in lucem ad posse pra-
baverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita vis,
ad quos pertinet, videbitur.*

*In quorum fidem has litteras, manu nostra subscriptas et si-
gillo Societatis nostrae munitas, dedimus.*

Barcinone 1 Januarii 1904.

ANTONIUS INESTA,
Praep. Prov. Aragoniae, S. J.

→ Miguel F. Chevenia. ←

S. Conciliar.

M. A.

008511

NÓS EL DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC.

HACEMOS SABER: Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda reimprimirse y publicarse la obra titulada SÑERI ESPAÑOL: ESTUDIOS DE ELOCUCENCIA POR EL P. JUAN M. SOLÁ, DE LA COMPAÑIA DE JESÚS, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada contiene que se oponga al dogma católico y sana moral, debiendo presentar en esta Secretaría de Cámara dos ejemplares de la citada obra.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de Nuestra mano, sellado con el mayor de Nuestras armas y refrendado por Nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 28 de Abril de 1904.

✠ *Victoriano,*

Obispo de Madrid-Alcalá.

Por mandado de S. M. I. el Obispo mi Señor.

Dr. Raimundo Victorero,

Secretario.



AL LECTOR

He aquí el tomo primero de los ESTUDIOS DE ELOCUCENCIA en los modelos más acabados; tomo ensayo que ofrecemos á todos los amantes de la que llamaron los antiguos *reina de las artes*. Ningún camino ni más breve ni más seguro para ser elocuente que el ejemplo y comunicación de los grandes oradores. ¡Qué bien merecería de las letras patrias y de la religión el que nos presentase en hermosa galería las obras más perfectas de Demóstenes y Esquines, de Cicerón y Tito Livio, de San Basilio y San Crisóstomo, de Sñeri y Bourdaloue, y, para hablar de nuestra España, las de Ávila y Granada, de Osorio y Rivadeneira, del B. Orozco y de León, y nos hiciere ver y palpar sus bellezas y primores, y sentir como ellos sintieron para alcanzar los triunfos que ellos alcanzaron! Al que emprendiere labor tan gloriosa y provechosa ayudará tal vez este trabajo, al cual damos principio con los discursos morales del P. Pablo Sñeri, de la Compañía de Jesús, llamado con razón el *Cicerón cristiano*. Fuera de su excelencia y de la necesidad que teníamos de ellos en nuestra patria, moviémos á darlos íntegros, y en primer lugar, el considerarlos muy á propósito para el estu-

dio práctico de la elocuencia, introduciendo en la nueva traducción las modificaciones que indica el título de *SEÑERÍ ESPAÑOL*.

Léanlo y estúdienlo cuantos profesen amor á lo bello ó tengan obligación de mover y persuadir á sus semejantes. ¿Y quién hoy no la tiene? Los pastores de Israel, los ministros de la predicación, los que se habilitan para la carrera del púlpito, el que defiende los intereses de la patria en la asamblea, ó la justicia en los tribunales, ó la verdad en la revista y el diario; el socio en las mil congregaciones católicas que dirige el apostolado seglar, hasta el padre diligente y el hermano celoso y el amigo verdadero han menester de elocuencia para persuadir al hijo, al hermano y al amigo. Espada es la elocuencia que, más ó menos fina, nos ha dado el Señor á todos los hombres para que nos sirvamos de ella á gloria suya, defensa de la virtud y destrucción del reino del pecado. Gran delito fuera ó tenerla sin filos, ó encerrada en la vaina.



DIRECCIÓN GENERAL



INTRODUCCIÓN

*Nec converti ut interpretes, sed ut oratores.
In quibus non verbum pro verbo accessit ha-
bit reddere, sed genus omnia verborum vim
que servavi.*

Cic. DE OPT. ORN. ORAT.

I

REINA de las artes hemos llamado á la elocuencia, con la autoridad de los antiguos; pero hay que confesar que es hoy una reina destronada. La revolución, que arrancó el cetro á tantos reyes proclamando la anarquía, invadió también el campo de la literatura; y al grito de *abajo las reglas* se desentendió de Aristóteles y Cicerón, de Horacio y Quintiliano, para seguir sin tino el ímpetu de las pasiones y los sueños de una imaginación desvariada. Las inteligencias, acostumbradas á emanciparse de Dios y de toda autoridad legítima, mal podían respetar á un escritor vetusto de Atenas ó de Roma.

Todas las artes han sentido los efectos desastrosos de esa convulsión horrenda, pero más que todas la elocuencia, precisamente por ser la reina y señora de todas ellas. Unos le han negado hasta el nombre de arte, como Cousin ¹ y Charles Lévêque ²; otros la primacía entre las artes; y otros, con la mayor inconsecuencia del mundo, le dan el nombre, pero le quitan las prerrogativas de arte racional, que son guiarse por reglas racionales. Así, algunos revolucionarios más templados, pero menos lógicos, consienten que haya reyes, pero reyes que reinen y no gobiernen.

¹ Du Vrai, du Beau et du Bien, leçon IX.

² La sciéncie du Beau, partie 3, chap. 2.

Conque ¿es arte la arquitectura y la estatuaria, la pintura y la música, la mímica y la poesía, y no lo será la elocuencia? ¿Es arte el asentar bien las piedras de un edificio ó labrarlas con el cincel hasta darles la figura de un hombre, y no lo será fabricar un discurso con sus partes proporcionadas entre sí, ó dar á la palabra toaca la vida y aliento del espíritu? ¿Es arte distribuir los colores en el lienzo, y no lo será pintar con la palabra, no ya el azul del cielo, sino el mismo cielo, y la majestad del Dios invisible; no las líneas del rostro, sino lo que anima al mismo rostro; no la apariencia y sobrehaz de las criaturas, sino su misma substancia y naturaleza? ¿Es arte recrear el oído con la armonía de la voz ó del sonido, ó con la cadencia del metro, y no lo será vibrar esa voz y conmover con ella los ánimos ó inflamarlos á gloriosos triunfos, no sólo con sonoros ecos, sino con razones poderosas? Concluyamos que la elocuencia es arte porque representa con formas sensibles la belleza inmaterial, y es la reina de las artes porque las abarca todas y las pasa de vuelo. Ninguna refleja mejor que la elocuencia ese destello de la luz divina que llamamos alma; ninguna reproduce con tanta energía el conjunto de todas sus facultades; ninguna avasalla y hiere más vivamente y de un golpe todas las potencias y sentidos del que oye; ninguna tiene ni más alto fin, ni materia más delicada, ni más utilidad ni provecho, ni dominios más dilatados. Por esto la escogió el Hijo de Dios por su mensajera para que anunciase la buena nueva á todas las gentes, diciendo á los Apóstoles: *Prædicato Evangelium omni creaturæ* ¹.

¿Y esta arte soberana ha de carecer de principios firmes y seguros? Los tiene, y por cierto más fijos y universales que las otras artes que representan la belleza, y en la estabilidad de ellos cifra la elocuencia gran parte de su soberanía. Declararla emancipada de toda ley, equivaldría á darle la muerte; así, la independencia de la razón ha sido la muerte de la misma razón; la independencia ó soberanía popular ha sido la muerte del pueblo; la independencia de la autoridad humana en el gobierno ha sido su ruina, y la independencia de la inspiración personal trae la muerte de esta misma inspiración. Porque todas las cosas viven y medran mientras están unidas y dependen de otro superior de quien reciben el vital influjo. Declárese independiente el sarmiento de la vid, la mano del cuerpo y

¹ Marc., xvi, 15.

el arroyo del manantial, y en el mismo punto perderán el ser y la vida que tenían. Sólo Dios es independiente, porque sólo es bastantísimo é infinito.

¿Y qué principios fijos y universales reconoce la elocuencia? Los que nacen del fin y objeto que fija é invariablemente se propone el hombre que trata con su palabra de persuadir á otro hombre. Mientras este fin y objeto no se muden; mientras no se cambie la naturaleza del hombre que ha de persuadir, ni del que ha de ser persuadido, los principios esenciales en que estriba la elocuencia jamás se mudarán. De donde manifiestamente se colige que si los preceptos de Aristóteles y Cicerón, de Horacio y Quintiliano han nacido de la consideración profunda de la naturaleza del hombre, nunca se desviará de ellos la elocuencia, sino para despeñarse en su perdición. ¿Y quién duda que ésta es la gloria de los antiguos maestros? Ellos estudiaron al hombre que habla y al que escucha; ellos sorprendieron al ingenio en sus manifestaciones más elocuentes, y robándoles el secreto de su palabra viva, eficaz y vencedora nos lo comunicaron á nosotros. Así consta de sus códigos inmortales, y tal es el oficio del arte preceptivo. — Bien podemos formular, dice Aristóteles, las causas del maravilloso resultado que consiguen algunos oradores por su método ó por su raro talento; pues este reflexionar nadie negará que es el objeto propio del artes ¹.

Y Cicerón reduce la retórica á una observación de los medios prácticos de que se vale el orador para triunfar con la palabra ². Aprovechémonos de sus observaciones, y no seamos como el prólogo que desprecia ó malbarata la hacienda que sus buenos padres allegaron con trabajo. Pero, sobre todo, observemos también nosotros, y empapando nuestro espíritu en el espíritu de los genios del bien decir, y que han sido fieles intérpretes de la naturaleza, perfeccionaremos la misma naturaleza. Entre ellos sobresale ciertamente el P. Pablo Séñero, de la Compañía de Jesús.

¹ Retórica I, 1.—² De Orat. II, 57.

§ II

« Por lo que hace á la elocuencia, fué muy aventajado y tenido con razón por el varón más elocuente y discreto de toda Italia: *Quod ad eloquentiam attinet, prorsus extitit singularis, et jure ac merito habitus est eloquentissimus unus et discretissimus italorum* ¹. Este juicio del P. José María Mazzolari, después Mariano Parthenio, acerca del mérito del P. Séñeri, es el de toda su nación; y esa gloria y pujanza que alcanzó en el siglo XVII y XVIII, la conserva sin menoscabarse un punto en el siglo XIX. Antonio Angelini, conocido en todo el mundo literario por la pureza y elegancia de su estilo epigráfico, feliz imitador del gran Morcelli, no teme afirmar que « Pablo Séñeri, llamado el Tulio cristiano, es tan elocuente, que cuanto más á él se acercaren los oradores italianos (y lo mismo en su modo podemos decir de los españoles), más perfectos serán; y cuanto de él se apartaren, tanto se alejarán de la perfección de la elocuencia » ².

Todo contribuyó á hacerle gran orador y maestro de oradores. Dios, los hombres, y un tesón perseverante en el ejercicio del bien decir. Era de hermoso parecer, aspecto grave y majestuoso, color blanco, complexión fuerte, memoria firme, agudo ingenio, voz robusta y corazón magnánimo. Había nacido en Nettunno, en la costa del Tirreno, el 21 de Marzo de 1624, y sus padres Francisco Séñeri y Victoria Bianchi le educaron con particular esmero. Dicese, no sin algún fundamento, que *poeta nascitur, orator fit*; mas cuando el hombre nace orador, si después se perfecciona con el arte y la disciplina, obra portentosa con la palabra. Nacióse orador nuestro Pablo, y siendo muy niño, y reunidos los otros muchachos, se subía á una silla ó poyo, y desde allí peroraba con extraña vehemencia contra la gente mala que no quiere amar á Dios.

La formación literaria que recibió en el colegio de la Compañía de Jesús, donde le pusieron sus padres, fué maciza y clásica. Rota la corteza de la lengua, pudo gustar el meollo

¹ Josephi Mariani Parthenii Commentarii et ellogia.

² Paulus Segnerius, quem Tullium christianum dixeris, ad quem quo propius imitatione itali oratores accedent, eo erunt praestantiores, tantumque a summa dicendi absolute, quantum ab ejus exemplo recedent. Appendix Libri III Inscriptionum. Or. in Coll. Rom.

del clasicismo griego y romano, que en forma cristiana le presentaron sus maestros. Cicerón, sobre todo, le robó el alma, y desde aquella edad nunca lo dejó de la mano. Pero la grandeza de su pecho no cabía en el mundo, siempre pequeño y siempre fementido, y se entró en la Compañía para seguir de cerca á su Capitán Jesús. Arraigadas sus virtudes con dos años de ejercicios humildes y penosos á la carne, bajo la dirección del P. Juan Paulo Oliva, después general de la Orden, volvió á su amado Tulio, cuya voz resonaba fuertemente en su alma varonil. El orador hablaba al orador; pero el gentil y el abogado *pro domo sua* no hallaban eco en el cristiano ferviente, y mucho menos en el jesuíta. ¿Qué hizo, pues? Lo que dice San Jerónimo en su epístola *ad Magnum* ¹. A la hermosa cautiva la convirtió en hermosa israelita; y la elocuencia de Tulio, esclava, si, pero de hablar gracioso y de miembros lindamente proporcionados, la pasó á la familia real y servidumbre de Cristo. Las Catilinarias, las Verrinas y las Filipicas están ya cristianizadas, y el rayo que hirió la frente de Pisón y Marco Antonio hiere y mata en manos de Séñeri á la soberbia, á la ambición y á la codicia.

Robustecido su ingenio con la filosofía de Aristóteles, la más sólida y la más á propósito para la defensa de la verdad cristiana y la verdad revelada, lo ensanchó y levantó hasta el cielo con el estudio de la teología escolástica, en la cual oyó al famoso Sforzia Pallavicini. Hizo en ella admirables progresos, y se dió después á la Escritura y Santos Padres, principalmente á la lectura del Crisóstomo. En él encontraba sin escoria el oro fino de la elocuencia griega, y, embebiéndose en sus libros, pudo trasladar á los suyos la pureza de Isócrates, la elegancia de Lidias y la vehemencia de Demóstenes.

Bueno era Séñeri á la edad de treinta y seis años, pero no era santo; y es imposible, sin serlo, convertir á los pecadores y reformar el mundo. Si no ardo, ¿cómo he de inflamar? Si estoy sumido en la tierra, ¿cómo he de levantar los hombres hacia el cielo? La zarza no da uvas, y el corazón, entredado en sus aficiones, no puede verter la unción del divino Espíritu. Estando, pues, en Perugia haciendo los ejercicios de San Ignacio, díjese tanto á la oración y vencimiento de sí mismo, que se sintió tro-

¹ Quid ergo miram si et ego sapientiam secularem propter eloquii venustatem et membrorum pulchritudinem de ancilla atque captiva israelitidem facere cupio? Labor meus in familiam Christi proficit.

cado en otro hombre. La idea de la eternidad le trajo desvelado y aterrado mucho tiempo; y deseoso de servir á Dios en cosas arduas, pidió las misiones y se armó para ellas con todas las virtudes, principalmente de humildad, celo de las almas y mortificación verdaderamente espantosa. Cilicios de cerda, cadenas de hierro, puntas agudísimas, disciplinas de sangre, una armazón de 300 alfileres con que se punzaba y desgarraba el pecho, y otros crueles instrumentos que atormentaban su carne y la sujetaban á la razón y ley divina, prueban que, si es dificultoso llegar á ser buen orador, más cuesta, sin comparación, llegar á ser insigne predicador y salvador de las almas. ¡Gran desengaño para los que pretendemos la gloria y los frutos de la elocuencia cristiana sin sus raíces, que son las afrentas y dolores de la cruz de Cristo! Así, orando y mortificándose continuamente, encendía la fragua de donde salían los rayos que abrasaron á Italia. Teoría es ésta que pudo aprender de su maestro Cicerón, el cual asegura que nunca el oyente se inflama si la palabra no sale inflamada del pecho del orador: *Nec unquam is, qui audiret, intenderetur, nisi ardens ad eum perveniret oratio*¹; y en el mismo vibrar de la voz se conoce y se siente si es fuego verdadero ó fatuo el que menea los labios.

En veintiséis años de misiones en compañía del P. Pinamonti, es indecible el fruto que recogió y los lugares que evangelizó. Recorrió, casi siempre á pie, y regó con sus sudores y á veces con su sangre, las diócesis de Luca, de Placencia y de Favencia, las de Parma, de Mantua y de Génova, la Tarentina, la Mutinense y la de Regio, la Nonantulana, la Carpanse y la Aretina, las de Bolonia y de Ancona, la Serzanense y la Albengana. De ordinario tenía que predicar en campo raso, porque la muchedumbre del pueblo no cabía en las iglesias. Tres y cuatro mil oyentes casi nunca los tenía, porque, en general, llegaban á siete ú ocho mil, y algunas veces á veinte y treinta mil, los que le escuchaban. Estaban colgados de su boca, y no se hartaban de oír aquellas divinas enseñanzas que fluyen, como el rocío, de sus labios: *Tamquam ros fuerat de labiis ejus*. Con su elocuencia portentosa volvía y revolvía los corazones, y tenía particular fuerza en pacificar á los enemistados. En las peroraciones se inflamaba á veces de manera que, desnudando sus espaldas, se disciplinaba con un azote de hie-

¹ Orat., 38.

ro, tan áspicamente, que brotaban arroyos de sangre; ¡lastimoso espectáculo que ablandaba las peñas, y todo el inmenso auditorio, á grandes voces y con sollozos entrañables, pedía al cielo misericordia!

Los prodigios que Dios obraba por su apóstol esforzaban su elocuencia. — Predicando en el campo, sobrevino una recia tempestad. Se desparramara la gente si el orador no le mandara que estuviese queda; vino una lluvia copiosísima, pero toda cayó fuera del círculo de su auditorio. — Era el mes de Agosto: sobre las cabezas de los oyentes caía un sol abrasador. Empieza Sèneri el discurso, y he aquí que de la banda del Oriente se levanta una nube, y permanece suspensa en el aire haciendo sombra á los oyentes mientras duró el sermón; terminado éste, desapareció la nube. — En una aldea de la diócesis de Parma mandó el párroco que se diese vino á todos los que asistían á la misión del P. Sèneri. El barrilillo era pequeño; bebieron de él más de cinco mil hombres y no se agotó con esto. Milagro que todo el mundo atribuyó á los merecimientos del santo predicador.

Huía de las ciudades grandes y de la comunicación de príncipes; pero los príncipes y las ciudades siempre le llamaban. Inocencio XII le nombró teólogo de la Penitenciaría, examinador de obispos y predicador del Sacro Colegio. A todo satisfizo cumplidamente, hasta que el Señor quiso galardonar á su siervo llevándolo á su gloria el día 9 de Diciembre de 1694. Había vivido en la Compañía de Jesús 56 años y 14 en el seno de su familia.

§ III

De las obras del P. Sèneri¹, la más elocuente y la más famosa es su *Cuartesma*, que en nueva forma presentamos á los lectores; como norma del bien decir y continua materia de estudio. Antes de exponer nuestro pensamiento, veamos el que

¹ Son las principales: *El Cristiano instruido*. — *El incredulo sin excusa*. — *El Cura instruido*. — *El Confesor instruido*. — *El Penitente instruido*. — *El Devoto de Maria*. — *El Maná del alma*. Todas han sido traducidas en castellano por diversos escritores. Hay entre otros opúsculos de nuestro autor uno célebre que muestra la integridad católica de Sèneri y su ofatío para decubrir herejes y herejías. Su título *Accordo dell'azione e del riposo nell'orazione: Concordia entre la acción y la contemplación*, dirigido contra nuestro

presidió en la mente del autor y los principios literarios que le dirigieron. «En cada sermón, dice sumariamente en su Prólogo, me he propuesto demostrar una verdad, no sólo cristiana, sino práctica, y demostrarla de veras.» Así resiste Sèñeri á la corriente del mal gusto que corrompía el ministerio más sagrado. Para probar una *verdad práctica*, ha tenido que excluir los temas especulativos ó escolásticos, que más sirven á la admiración que á la utilidad de los oyentes, tomando sus argumentos del Evangelio de Cristo, y la erudición, no de autores profanos, sino de los Padres de la Iglesia. ¡Ojalá siempre hubiera sido fiel á su propósito, y nunca prevaleciera en él la tiranía del mal gusto!

Para probar de veras, protesta Sèñeri que aun de los Libros Sagrados ha tenido que excluir muchas interpretaciones curiosas, ó torcidas, ó espirituales, por ceñirse al sentido literal, que es el más sólido. Y en cuanto á las razones, dice que ha buscado, no las más ingeniosas, sino las más fundadas, porque aquéllas son piedras ó diamantes falsos que deslumbran con su brillo, y él quiere seguir el ejemplo de nuestro divino Salvador, de quien se lee: *Viam Dei in veritate doces*¹. Tampoco pretende hacer alarde de feliz memoria con citas demasiadas de Padres, con descripciones eternas, con prolijas enumeraciones, que causan pasmo en los que oyen y quitan la respiración en el que dice. Rechaza, asimismo, la costumbre de sus contemporáneos de ostentarse en el púlpito eminentes físicos, químicos, matemáticos, astrónomos ó jurisconsultos, porque no ve que hayan seguido esta senda ni los oradores cristianos ni los gentiles, en los dorados siglos de la elocuencia. Pero confiesa que ha puesto grande estudio en la locución y en el estilo, como halla que lo pusieron y no pequeño un León, un Jerónimo, un Crisóstomo, un Cipriano. Y la razón que le ha movido es porque le ha enseñado la experiencia que el hablar limpia y castizamente, á ningún orador antiguo le disminuyó el crédito y

español Miguel de Molinos. Vivía este infeliz en Roma con opinión de hombre santísimo é inocentísimo: nadie maliciaba de él; nadie veía en aquel rostro compungido y mogigato al fundador del Quietismo. Sèñeri vió al lobo tras la piel de oveja, salió su obra á la luz pública, y los romanos se escandalizaron de ella y blasfemaron del autor. El epístulo de Sèñeri fué prohibido y condenado, hasta que, desamascarada la herejía, fué condenado Molinos y abuchó el P. Sèñeri.

¹ Luc., xx, 21.

autoridad; cuando, al contrario, el hablar inculto y desaliñado suele engendrar menosprecio. Mas este alio tiene sus límites, que son aquella facilidad tan dificultosa que se encamina, no á lisonjear al auditorio, sino á respetarlo; y á este fin, aunque toma por modelo de su lenguaje el habla florentina, como la más castiza, huirá de voces raras y de adornos peregrinos, propios sólo para deleitar, mas no para sermones de batalla.

Protesta en tercer lugar que este probar una verdad y probara de veras, se lo propone *siempre y en todas los discursos*. Porque ¿de qué serviría lanzar en uno rayos contra el vicio y compungir á los oyentes, si en otros excitase su hilaridad con ridículos donaires? ¡Cuán poco basta para desacreditar este augusto ministerio! Un sermón, una cláusula, una sola palabra. Tal es la gravedad que exige el pueblo de quien sube á la sagrada cátedra, no á declamar, no á discurrir por vano alarde ó entretenimiento, sino á decirle la verdad. Finalmente, declara que sólo ha buscado la gloria de Dios, y que no hace caso de los juicios de los hombres, de los cuales unos le aprobarán y otros le condenarán; porque le anima el dicho de San Agustín, quien hablando de San Pablo dice que, si hubiera temido á los que le burlaban, jamás hubiera llegado á los que creían: *Si formidaret irridentes, non perveniret Apostolus ad credentes*¹.

Observaciones muy juiciosas, que encierran una delicada censura de los predicadores de su tiempo, y muestran lo que puede en los altos ingenios una educación clásica. Criterio que nosotros abrazamos y seguimos en esta versión, distinta de las anteriores, como basada en otros principios y encaminada á fines diferentes.

IV

«No traduje como intérprete, sino como orador; guardé las mismas ideas y aun las mismas formas ó figuras, mas con modos de decir acomodados á nuestro estilo; y así en estas oraciones no trasladé palabra por palabra, pero conservé toda la fuerza y vigor de las palabras consideradas en su conjunto². Estas máximas expuestas por el orador romano en el prólogo á su traducción de los discursos de Demóstenes y Esquines sobre

¹ Tract. contra Epic. et Stoic., cap. 2.

² De opt. gen. orat. V.

la *Corona*, han sido nuestra guía, seguros de que acertaríamos no desviándonos de ellas. Dos linajes hay ó modos de traducir, conforme á esta doctrina; una propia del intérprete, otra peculiar del orador ó del poeta. Aquél se propone trasladar palabra por palabra; éste cláusula por cláusula, ó más bien idea por idea, sentimiento por sentimiento. Aquél no mira si la imagen ó metáfora cae bien en la lengua á que se traduce; éste lo examina y la sustituye en sus casos por otra equivalente. Aquél se fija sólo en los elementos de por sí; éste pone su principal atención en el conjunto de que depende el efecto general. Y ¿quién duda que este último es el más apropiado para trasladar las obras de arte? Las falsifica quien sigue la letra con todo rigor. El artista trasladó y puso su alma en la oración y poesía; y el mérito del que traduce consiste en ver esa alma, pensar con ella, sentir con ella y trasladarla y como espejarla de nuevo en otro idioma.

Así entendieron la *fidelidad* en el traducir nuestros escritores del siglo xvi. Garcilaso de la Vega, en su prólogo al *Cortésano* de Castiglione, traducido por Boscán, dice así: «Fué demás desto *my fiel traductor*, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino á la verdad de las sentencias; y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dejó todo tan en su punto como lo halló¹. Hablando de este modo de trasladar, asegura que, á su parecer, es tan dificultosa cosa traducir bien un libro como hacelle de nuevo.

Además, como SEÑERI, contrastado por la corriente de la época, se deja arrastrar á veces, y ha de confesar con el poeta:

... *Video meliora proboque,
Deteriora sequor*;

afeando sus sermones con tal ó cual reminiscencia pagana, ó con mitologías, ó con imágenes extrañas, ó con teorías ajenas, ó con interpretaciones curiosas pero falsas, hemos juzgado que haríamos un servicio á la elocuencia si, con la reverencia debida á varón tan insigne, ó descartáramos de nuestra obra lo que es inútil y aun perjudicial, ó bien substituyésemos en escri-

¹ Los cuatro libros del *Cortésano*, compuesto en italiano por el Conde Baltasar Castellón, y agora nuevamente traducido en lengua castellana, por Boscán. (Madrid, 1873).

tura diferente, cuando el trozo sea de importancia, lo que nos parece necesario para no desvirtuar la fuerza del discurso. Seguros estamos que nos lo perdonará y aun agradecerá desde el cielo el P. Señeri, cuya gloria literaria celamos como los primeros.

De los demás, unos alabarán nuestro propósito, y aun nos reprenderán por haber sido respetuosos en demasía en no tachar ó modificar tal ó cual pasaje, esta ó la otra idea, no de Señeri, sino del siglo xvii. Otros, por ventura, nos tildarán de osados y atrevidos por haber puesto las manos en una obra de ingenio tan esclarecido. A los primeros nos basta responder que no somos autores, y que, al hacer á Señeri español, fué nuestro intento acercararle en España y darle, si fuera posible, nuestro espíritu, nuestro traje y nuestro acento, mas no desnaturalizarle ni desfigurarle lo más mínimo. A los segundos diremos, que aquel respeta más á un autor que mejor traduce sus obras y con mayor fidelidad, no con esa fidelidad extrínseca, rastrera y material que afea y corrompe las producciones del ingenio, sino con la otra noble, intrínseca y formal que equivale á veces á una nueva creación; que las variaciones hechas, cuando miran, no á la expresión, sino al mismo pensamiento, van señaladas con asteriscos; y, finalmente, que si gustan de leer á Señeri, traducido palabra por palabra, ahí tienen la versión del doctor Antonio de las Casas¹; y si le quieren ver en traje y estilo bien diversos, ahí está la traslación de D. José Fernández. Una cosa podemos afirmar: que por ninguna de las dos versiones hemos podido vislumbrar al Cicerón cristiano, al Crisóstomo de Italia, al gran misionero que arrastraba con la fuerza de su elocuencia muchedumbres de veinte y treinta mil oyentes.

En cuanto al estilo y la lengua, confesamos llanamente que somos admiradores y discípulos de nuestros autores ascéticos, que sabían hablar de Dios é inflamar á los hombres harto mejor que nosotros; de aquellos escritores espirituales y divinos que espiritualizaron el lenguaje y lo diéron semblante de divino; de aquellos cuyas obras valen una biblioteca de Santos Padres, las cuales habían de ser nuestra principal librería y el sustento cotidiano de nuestras almas. ¿Quién duda que hace un bien inmenso al pueblo español quien le habla la lengua de

¹ Los nueve primeros discursos son traducción del P. José López Alcazar, S. J.

sus padres y le facilita así la inteligencia de sus libros, y que no merece alabanza quien usando de una fraseología totalmente extraña, ó por mejor decir extranjera, rompe por su parte este vínculo de unión con nuestros antepasados?

V

Restanos decir dos palabras acerca de los estudios y análisis. La reflexión sobre los grandes modelos de elocuencia es tan necesaria para perfeccionarse en ella, como al médico el estudio y anatomía del cuerpo humano, y á todo artista la contemplación de las obras de su arte. Primeramente, á todos los discursos acompañan notas marginales, sistema antiguo pero muy ventajoso, las cuales llevan de la mano al estudioso lector y le descubren en una cifra los secretos medios de la persuasión oratoria. Además, los tres primeros están desentrañados, por decirlo así, y desmenuzados prolijamente, siguiendo las doctrinas luminosas de los antiguos maestros y admitiendo de lleno su nomenclatura, porque no somos inventores, ni menos revolucionarios ó amigos de dañosas novedades.

¡Quiera Dios que redunde este pequeño trabajo á su mayor gloria, lustre y esplendor de la reina de las artes.²

¹ El Dr. Malmusi escribió unos análisis retóricos, que pueden verse en la traducción de Ferrnández. Son monótonos, sobradamente rebuscados, y se limitan á la parte de invención sin casi tocar en la disposición y elocución. Su crítica se reduce á decir que todo es bellissimo, oportunismo y que no hay más que pedir.

² Nos hemos servido para nuestra versión de la última edición italiana publicada por el excelente impresor católico Sr. Marietti. *Opere Sacro-morali del Padre Paolo Segneri della Compagnia di Gesù. Torino, 1831.*



DISCURSO PRIMERO

LA MUERTE

Memento, homo, quia polvis es, et in
pulverem revertentis.
Accedite, homines, quæ etiam polvis et
in polvis te has de converterit.
(Gen., III, 19.)

EXORDIO

I

INFAUSTA nueva vengo á traer os hoy, hermanos míos De las circun-
muy amados, sobremanera triste y desconsoladora; y á ^{tanías de la}
la verdad que me ha costado no poca violencia el resolver- ^{muerte}
me, porque siento en el alma tener que causaros desde el ^{por hipébole}
primer día tan grande pesadumbre. Al pensamiento sólo
de lo que voy á anunciaros se me erizan los cabellos, anú-
daseme la lengua y la sangre se me hiela de puro horror.
Mas ¿de qué aprovecharía mi silencio? ¿de qué mi enco- ^{vocación}
ngimiento y mi mal entendida caridad? Lo diré de una vez.
Todos cuantos aquí estamos, jóvenes y ancianos, amos y ^{y afectos de ho-}
criados, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos sin remi- ^{mor.}
sión somos condenados á morir. *Statutum est hominibus semel*
*mori*¹.

Pero ¿qué veo? ¿Nadie se asombra al escuchar noticia ^{De las circum-}
tan horrible? ¿Nadie se espanta? ¿Nadie palidece, ni mues- ^{tañcias del audi-}
tra turbación en el semblante? Hay más, y esto me traspasa ^{torio,}
el corazón; no falta en mi auditorio quien en su interior ^{su dureza pre-}
sente

¹ Hebr., ix, 27.

sus padres y le facilita así la inteligencia de sus libros, y que no merece alabanza quien usando de una fraseología totalmente extraña, ó por mejor decir extranjera, rompe por su parte este vínculo de unión con nuestros antepasados?

V

Restanos decir dos palabras acerca de los estudios y análisis. La reflexión sobre los grandes modelos de elocuencia es tan necesaria para perfeccionarse en ella, como al médico el estudio y anatomía del cuerpo humano, y á todo artista la contemplación de las obras de su arte. Primeramente, á todos los discursos acompañan notas marginales, sistema antiguo pero muy ventajoso, las cuales llevan de la mano al estudioso lector y le descubren en una cifra los secretos medios de la persuasión oratoria. Además, los tres primeros están desentrañados, por decirlo así, y desmenuzados prolijamente, siguiendo las doctrinas luminosas de los antiguos maestros y admitiendo de lleno su nomenclatura, porque no somos inventores, ni menos revolucionarios ó amigos de dañosas novedades.

¡Quiera Dios que redunde este pequeño trabajo á su mayor gloria, lustre y esplendor de la reina de las artes.²

¹ El Dr. Malmusi escribió unos análisis retóricos, que pueden verse en la traducción de Ferrnández. Son monótonos, sobradamente rebuscados, y se limitan á la parte de invención sin casi tocar en la disposición y elocución. Su crítica se reduce á decir que todo es bellissimo, oportunismo y que no hay más que pedir.

² Nos hemos servido para nuestra versión de la última edición italiana publicada por el excelente impresor católico Sr. Marietti. *Opere Sacro-morali del Padre Paolo Segneri della Compagnia di Gesù. Torino, 1831.*



DISCURSO PRIMERO

LA MUERTE

Memento, homo, quia pulvis es, et in
pulverem revertentis.
Accedite, homines, quæ eras pulvis et
in pulvis te has de converterit.
(Gen., III, 19.)

EXORDIO

I

INEAUSTA nueva vengo á traerlos hoy, hermanos míos De las circun-
muy amados, sobremanera triste y desconsoladora; y á ^{tanallas de la}
la verdad que me ha costado no poca violencia el resolver- ^{muerte}
me, porque siento en el alma tener que causaros desde el ^{per hipébole}
primer día tan grande pesadumbre. Al pensamiento sólo
de lo que voy á anunciaros se me erizan los cabellos, anú-
dase me la lengua y la sangre se me hiela de puro horror.
Mas ¿de qué aprovecharía mi silencio? ¿de qué mi enco- ^{vientación}
ngimiento y mi mal entendida caridad? Lo diré de una vez.
Todos cuantos aquí estamos, jóvenes y ancianos, amos ^{y afectos de ho-}
y criados, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos sin remi- ^{mor.}
sión somos condenados á morir. *Statutum est hominibus semel*
*mori*¹.

Pero ¿qué veo? ¿Nadie se asombra al escuchar noticia ^{De las circum-}
tan horrible? ¿Nadie se espanta? ¿Nadie palidece, ni mues- ^{tañcias del audi-}
tra turbación en el semblante? Hay más, y esto me traspasa ^{torio.}
el corazón; no falta en mi auditorio quien en su interior ^{su dureza pre-}
se ^{sente}

¹ Hebr., ix, 27.

se ríe de mí, como de vano predicador, que presenta como nuevas, cosas mil veces repetidas.—¿Quién hay entre nosotros, me decís, que no sepa que todos hemos de morir? *Quis est homo qui vivet, et non videbit mortem?*¹ Esto oímos cada día en los pulpitos, esto leemos en las lápidas sepulcrales, esto nos anuncian con mudas pero elocuentes voces los que cada día mueren; y así, que hayamos de morir, nadie lo ignoraba, todos lo sabíamos.—¿Lo sabiais? ¿Lo sabiais todos? ¿Y sois vosotros los que ayer mismo recorríais las calles y plazas de la ciudad con tanta disipación, y por ventura algunos encubierta la cara é indignamente disfrazados? ¿Y sois vosotros los que danzabais y banquetebais ayer con tanto desenfreno y algazara? ¿Y sois vosotros los que, encenagados tal vez en vicios y suelta la rienda á las pasiones, remedabais las corrompidas costumbres de la ciega gentilidad? ¿Vosotros los que asistíais al teatro, vosotros los que frecuentabais los salones, vosotros de cuya boca salían dardos llenos de mortífero veneno? Respondedme, ¿no sois vosotros quienes ¡ojalá me equivocase! habéis pasado la noche que precede á la solemnidad de la Ceniza en juegos y donaires, en músicas y danzas, en festejos y amorios y, no lo quiera Dios, tal vez en sacrílegas ofensas de su divina Majestad? Y ¿esto hicisteis, sabiendo con certidumbre que habíais de morir? ¡Oh ceguedad inaudita! ¡Oh entendimientos desatinados! ¡oh frenesí! ¡oh perversidad del corazón humano!

Lisonjeábame al venir, con la esperanza firme de moveros eficazmente á llanto y penitencia con sólo anunciaros vuestra muerte; y enviado por Dios nuestro Señor en calidad de mensajero, crucé sendas, recorrí caminos, sufrí gustoso la destemplanza del aire, la inclemencia de las lluvias, la frialdad de las nieves, porque suavizaba mis fatigas este sabroso pensamiento: «¡Oh! ¡cuántas almas se convertirán al fatal anuncio de la muerte! ¡Imposible que alguna, cuando menos, no vuelva al redil del buen Pastor! Mas ¡ay de mí!, que han salido fallidas mis esperanzas, y, sin embargo de la eficacia de este motivo para trocar el corazón del hom-

¹ Pá. LXXVIII, 49.

bre, veo á ese miserable hombre cerrar los ojos á la luz y, siguiendo tras los devaneos del sentido, despeñarse en su eterna perdición. No de otro modo, y permitidme la semejanza, las ovejas hambrientas y cerrereras, engolosinadas con el pasto, se entretienen en comer y retozar por campos y praderas, aunque oigan sobre sus cabezas el estampido del trueno y los horrores de la tempestad.

Pues ¿qué haré? ¿adónde me volveré? ¿Me retiraré y contemplaré con los brazos cruzados vuestra ruina y la perdición de tantas almas? No, y así quiera el Señor favorecer mis buenas intenciones, como espero con gran confianza ganaros para Cristo. Porque, decidme, ¿no me concederéis que vuestros cuerpos son frágiles y de barro deleznable? ¿No es así, hermanos míos? Todos lo entendéis y reconocéis y confesáis humildemente, cubriendo vuestras frentes de ceniza, al oír aquellas tan solemnes palabras: *Memento, homo, quia pulvis es*. Acuérdate, hombre, que eres polvo. Pues esto basta á mi propósito. Cúmpleme ahora demostraros la presunción suma de quien, á pesar de saber esta verdad, vive un solo instante en pecado mortal. Mas ¿qué digo presunción? Atrevimiento, osadía, debería llamarse, ó más bien insensata temeridad. Que sólo tal nombre se merece, voy á probaroslo, mediante el favor de la divina gracia.

Ángeles benditos, á cuya guarda encomendó el Señor las almas de mis carísimos oyentes; Santos gloriosos, cuyas cenizas yacen en las aras de este majestuoso templo, esperando la inmortal resurrección: desde ahora para siempre que subiere á esta sagrada cátedra, rogad al Señor que se digne conceder á mi palabra aquella fuerza celestial que no puede comunicarles la tibieza de mi pecho. Y Vos, Virgen de las vírgenes, María, verdadera engendradora de la Palabra del Eterno; Vos, que sedienta de Ella la concebisteis milagrosamente en vuestras purísimas entrañas; Vos, que fecundada de Ella la sacasteis á la luz del mundo para iluminación de las gentes; Vos, que nacida ya la Palabra encarnada, pero oculta y escondida, le disteis crecimiento y la hicisteis palpable á los sentidos; haced, Señora, que acierte yo á tratarla dignamente, y que no mancille su res-

simil

y dubitación la sigue.

Comitativa de la causa.

Proposición absoluta, por corrección ó incremento

Deprecación á los Angeles y SS.

á la madre del Verbo

por conversión y gradación

por dialogismo,

se elevando paula, por interrogación vehemente

lucubrismo

y enumeración.

Conclusión.

De las circunstancias del caso.

una esperanza por disolución.

en desamparo por corrección.

plandor con profanos atavíos, ni menoscabe su fuerza con gracias y donaires, ni corrompa su verdad con mal fundadas interpretaciones, sino que limpia, como salió de vuestro seno virginal, la traspase al corazón de mis oyentes. Madre mía, vengo sin más armas que la más viva confianza en vuestro favor y ayuda. Alumbrad mi entendimiento, dirigid mi lengua, gobernad mis acciones, medid y compasad mis palabras y movimientos, de manera que todo redunde en mayor gloria de Dios y provecho del prójimo, y sirva á mi alma, no de materia de condenación, sino de acrecentamiento de gloria.

PRIMERA PARTE

II

Es el hombre en los grandes peligros naturalmente más medroso que confiado. Vedlo cuando, desencadenada la brava tempestad, sólo el profeta Jonás dormía tranquilamente entre el fragor de los truenos y el ímpetu de las hinchadas olas. Los otros, atemorizados, ó lanzaban horrosos gritos, ó sollozaban cobardemente, ó deliberaban congojosos cómo llevarían la nave á salvamento. Porque el hombre, dice el docto Abulense, más inclinado es de su naturaleza al temor con que huye el mal, que no á la audacia con que acomete los peligros ¹.

Pero este principio vale, es cierto, en los peligros temporales, menos terribles y espantosos; mas en ninguna manera, por desgracia, en los eternos, sin comparación más horrosos é irremediables. Aquí, la ciega muchedumbre de los mortales, de ordinario, ¡quién lo creyera!, de ordinario confía y se asegura; no sólo no teme, sino que los desprecia; no sólo no huye, sino que, frenética, se abalanza á ellos. ¡Qué sentís, pecadores míos muy amados, qué sentís de vuestro estado lamentable?

¹ Homo enim magis inclinatus est ad timorem, quo mala fugit, quam ad audaciam, qua mala invadit.—Abul. in Math., c. XVIII, q. 17.

No se os oculta que en el instante mismo que pecáis, ya de obra, ya de palabra, ya de pensamiento, se fulmina contra vosotros la horrible sentencia de eterna condenación. Y cuenta que, para ejecutarla, no son menester muchos trámites ni prolijos procedimientos. Que arden ya las hogueras infernales que han de ser vuestra cama por toda la eternidad. *Ignis succensus est in favore meo, super vos ardebit* ¹.

Preparados están los tormentos, á punto los atormentadores. Sólo falta que se quiebre el hilo de vuestra vida, que os tiene colgados sobre la boca del profundo abismo. *Super puteum abyssi*. Y ¿no os tiemblan las carnes? y ¿podéis cenar con gusto, y reír, y hablar, y regocijaros con los amigos, y echaros luego á dormir muy tranquila y descansadamente? Si esto no es temeridad, decid, ¿cómo se ha de llamar? ¿Pensáis acaso que aquel hilo sea recio y duradero? Pero tal vez esté ya gastado y consumido. ¿Por qué, pues, en igual incertidumbre, daros por seguros con riesgo de perderos, que temer saludablemente, y con tanto provecho de vuestras almas?

III

Pero ¿qué dije en igual incertidumbre? ¿Hay cosa en este mundo que pueda prometeros un instante de vida? No por cierto los regalos y comodidades, no el cuidado más exquisito de conservar la salud, no los brocados de oro y brillante pedrería, invenciones de la vanidad, no para evitar la muerte, sino más bien para morir hasta con lujo. Y, por el contrario, ¿cuántas cosas pueden acarrearosla á cada instante? Nada hay bajo este cielo que no pueda quitar la vida al miserable hombre ². Mirad las criaturas todas derramadas por el universo mundo, y las veréis como armadas de hierro inexorable, y extendido el arco, que es decir, dispuestas y aprestadas á daros la muerte.

Mas ¿quién ignora que no son menester causas extrañas

¹ Jer., xv, 14.—² Eripere vitam nemo non homini potest.—Séneca, Phoen., act. 1, v. 152.

Confirmase

porque al riesgo es igualmente,

por

gradación

y polidactilo.

Conclusión y pre-
ocupación suscita

Arg. 2.^a

De las causas
generales de
muerte abita.

negativas

y positivas

exteriores (por
imagen)

interiores

y advenedizas para que al mejor tiempo muramos? Dentro, dentro está lo que basta á atajarnos en la carrera de la vida. El hierro engendra herrumbre, polilla el paño, carcoma la madera, y nuestro cuerpo de barro muerte y corrupción. Casi vimos en nuestros días ¹ á aquel celebrado Capitán que llegó, por rara fortuna y ajiempre en los campos de batalla, á la avanzada edad de setenta y cinco años, el cual, mientras paseaba tranquilamente sus reales, y blasonaba que sentía en sí la gallardía, el vigor y las fuerzas de su mocedad, en un mismo punto cesó de blasonar y de vivir; porque herido súbitamente de apoplejía, y cayéndose muerto de repente, mostró con harta evidencia cuán poco entiende el hombre de lo que pasa en lo interior de su cuerpo. Y en medio de incertidumbre tan horrible, ¿cómo tenéis atrevimiento para vivir un instante siquiera en pecado mortal? ¿Así miráis por vuestra alma? ¿Tan poca cuenta hacéis de vuestro fin? ¿Tan poco os importa la bienaventuranza sempiterna? ¿Estar al borde del abismo, colgar de un hilo sobre el despeñadero infernal, y no estremecerse, y no turbarse, y no reparar en ello!

Maravillanse muchos cómo pudo el profeta Elias, andando perseguido por el furor de una reina poderosísima, echarse á dormir en campo descubierto, tan reposadamente como significa la Escritura diciendo: *Proiecit se et obdormivit* ². A mí, cierto, no me maravilla, porque Elias era un Santo, y á los santos no turba el sueño, ni el tumulto de las pasiones, ni el torcedor de la conciencia. Pero asómbrame grandemente ver dormir á un Saúl, y descansar á un Holofernes, y holgar á un Sisara, aunque sea bajo ricos pabellones y tiendas recamadas. ¿adónde irían los desventurados? ¿Qué fuera de ellos si les cogiera de sobresalto su enemigo?

Mas ¡pluguiese á Dios que su ejemplo no se renovara cada día en el pueblo cristiano! Innumerables son los que se acuestan en pecado mortal, sin venirles en pensamiento los infinitos riesgos que les cercan, y los caminos por donde puede la muerte saltarlos, ya sea por un súbito derra-

mamiento de sangre en el cerebro, ya por una sofocación repentina, ya por una opresión mortal del pecho, ya por otras mil dolencias consignadas en los libros de medicina. Y ¿pueden éstos ni cerrar los ojos un instante? ¡Oh insensibilidad! ¡oh dureza! ¡oh letargo espantoso y preuncio de miserable fin!

Crianse en los desiertos africanos unas bestias fieras, muy semejantes á los toros salvajes, tan osadas y fiadas en sus fuerzas y bravura, que se echan á dormir en las mismas mallas de los cazadores; y aunque suenen en sus oídos los relinchos de los caballos, el ladrido de los perros, la vocería de la gente, ellos ni se azoran ni se mueven para escapar á tiempo de los lazos que les tienden. ¿Os parece audacia increíble y estupenda? Mayor me parece la de los desatinados pecadores. ¿Qué digo me parece? Oíd la voz del profeta Isaías que os dice: *Dormierunt in capite omnium viarum, sicut oryx illaqueatus pleni indignatione Domini* ³. Durmieron en las encrucijadas de todos los caminos, llenos de la indignación divina, como duerme el oryx en medio de los lazos. ¿Puede describirse con más viveza el mortal entorpecimiento de los pecadores? Los que, henchidos de iniquidad, *pleni indignatione Domini*, siguen los antojos de su carne, los que no restituyen la fama que mancillaron con sus ponzoñosas lenguas, los que fomentan en su corazón odios secretos, saben muy bien que están enlazados con maromas del inferno. Y ¿qué hacen? ¿Por ventura se alarman con esos temores? ¿Hacen algo por romper las ataduras y desenredarse de las mallas del enemigo infernal? ¡Ah! Duermen, y duermen profundamente, como el oryx del desierto. *Dormierunt sicut oryx illaqueatus*. ¡Qué horror, Dios mío! Duermen, como el oryx del desierto, en los mismos lazos que los aprisionan. ¿Cómo se concibe tal locura? ¿Cómo se explica tan funesto letargo? ¿Quién os ha certificado, pecadores, que el Señor no haya armado ya contra vosotros las criaturas? ¿No oís el relinchar de los caballos y el ladrido de los perros, y la conspiración y vocería de los elementos conjurados en vuestra ruina? Y vosotros dur-

y exclamación.

Confirmas (5) con sus ansiedades á Dios.
1.º parte: narración.

2.º parte: aplicación por autoridad.

por enumeración.

y afectos de horror.

Amplificación por la infantería.

por hipotiposis

¹ Juan Boter. *Dichos memorables*, lib. 1. - ² 3 Reg., xiv, 5.

³ Is., li, 20.

y contraste.

miendo, y durmiendo en las encrucijadas de todos los caminos, sin sombra de recelo: *in capite omnium viarum*; y durmiendo en lechos de marfil, que es decir, en el seno vergonzoso de vuestros desórdenes. *Dormitis in lectis eburneis et lascivitis* ¹.

IV

Arg. 3.^a

De una causa moral de muerte prematura, el pecado.

Y llegado aquí, desearia que atentamente ponderaseis que si ningún hombre tiene en sus manos un instante cierto de vida (tanto ceta su divina Majestad sobre todos sus derechos el dominio del tiempo), pero mucho menos el hombre pecador. Porque ¿á quién se esconde que por el pecado entró la muerte en el mundo? *Per peccatum mors* ².

Transición.

El pecado precipita la muerte.

Y así siempre el maldito pecado ha retenido este privilegio, verdaderamente terribleísimo, de empujarla, de precipitarla, de hacerla llegar antes de sazón. Infinitos son los lugares de la Escritura que confirman abiertamente esta verdad. No vivas de asiento en el pecado. *Ne impie agas multum* ³, dicese en el Eclesiástico: no te desenfrenes, no te explayes por las anchuras del vicio, no obres tan desenfrenadamente. ¿Por qué causa? Porque no te tome la muerte antes de tiempo: *Ne moriaris in tempore non tuo*. El impío, antes que llegue el término de sus días, morirá, así lo profetiza el Santo Job: *Impius antequam dies ejus impleantur, peribit* ⁴. Los injustos fueron arrebatados antes de su plazo, repite el mismo Profeta: *Iniqui sublati sunt ante tempus suum* ⁵. Y el Eclesiástico pronuncia esta fatídica sentencia: Al que aborrece la corrección, se le acortará la vida: *Qui odit correptionem, minuetur vita* ⁶. Y Salomón en sus *Proverbios* protesta abiertamente que á los impíos se les abreviarán y cercenarán los años: *Anni impiorum breviabuntur*; cayendo en la huesa como caen los agrazones, antes podridos que sazonados, ó como la cizaña, primero seca que madura.

por congeries.

de divinos testimonios.

por símiles.

por un ejemplo desastrado.

Oid el extraño suceso del malvado Emperador Anastasio.

¹ Amós, vi, 4.—² Rom., v, 12.—³ Eccli., vii, 18.—⁴ Job, xv, 32.

⁵ Job, xxxi, 16.—⁶ Eccli., xix, 5.—⁷ Prov., x, 27.

sio. Dormía una noche agitado, como siempre, de fuertes pesadillas y furias importunas, que ya con fantasmas amenazadores, ya con funestos pensamientos, le desasosegaban el cuerpo y atormentaban el alma, cuando vió delante de sí un personaje de figura horrible y severo continente, que traía una pluma en la mano derecha y un libro en la siniestra: Mira, desventurado, díjole con ronca y airada voz, cómo en pena de tu impiedad borro catorce años del libro de tu vida ¹. Despierta atónito el miserable Príncipe, y no sabe si desechiar la visión como un ensueño, ó si temer como de aviso celestial. De ahí á pocos días acaeció que se encapotó el cielo de repente, y comenzó luego á relampaguear y tronar y desprenderse frecuentes rayos de la abrasada atmósfera. Sobrecogió á Anastasio un súbito terror, como presintiendo que por su causa se desencadenaba tan furiosa tempestad, y sin poderse valer corría desatinadamente, como otro Caín, por las salas y corredores de palacio, de una pieza á otra, de una estancia á otra estancia. Mas todo en vano. Saltó de improviso una centella, abrió la regia techumbre, y fué á herir derechamente al mismo Anastasio, que estaba jadeando y encogido en un rincón, y allí le acobó, manifestando al mundo que no hay corona ni diadema imperial que sean bastantes á defender de los rayos de la ira divina la frente del malvado.

La muerte de un criminal.

Especiación.

Nudo por sí mismo y profecía.

por zureles y espanto.

Desenlace fatal.

y epítomas.

Y vosotros ¿qué decis? ¿No es verdad que acorta y abrevia Dios los años del impío? *Anni impiorum breviabuntur*? Y no os deis por seguros, oyentes amadisimos, no os fiéis por ver á la muerte recorriendo el mundo en caballo flaco, mencilento y descarnado, como apareció á San Juan en las sieladas de Patmos; porque, entendid, que si aguijan al caballo y lo espolean, nadie es capaz de detenerle en su carrera. Y ¿no sabéis cuál es esa espuela ó acicate? El pecado. *Stimulus autem mortis peccatum est*, exclama San Pablo ². El aguijón de la muerte es el pecado, sí, el pecado aguijonea y hace correr la muerte.

Algunos creen, pero ¡cuán errados andan!, que este agui-

Transición á la Anticipación. 2.^a

pero la muerte va en caballo flaco.

Anticipación. 2.^a

¹ En, ob perversitatem irae tuae quatuordecim tibi vitae annos deleo.—Baron., *Annales*, l. 6. a. 38.—² 1 Cor., xii, 19.

lo que acerca la vida es la penitencia.

La deshece por disolucione.

por autoridad.

infusión

y periphrasis tática.

Confirmate por enumeracion.

y repetición entitativa.

y por razón natural.

ión es la mortificación y penitencia; y por esto, en viendo á un amigo ó compañero desviarse del tumulto del siglo, y recogerse y darse de veras al espíritu, dicenle con muestras de entrañable compasión: ¡Qué simplicidad de hombre, válgame Dios! ¿Os queréis matar, amigo mio, con tales tratamientos?—Dejaos de simplezas y necesidades. Los simples, permitidme que os lo diga, los simples, los necios, los enemigos de la vida sois vosotros, que, según parece, ignoráis todavía cuál sea el aguijón verdadero de la muerte. No, no es la abstinencia y el ayuno lo que apresura los pasos á la muerte, porque promesa es del Espíritu Santo por el Eclesiástico que el varón abstinente alargará su vida: *Qui abstinent est, adiuet vitam* ¹. No son las asperezas corporales y el silencio; no son los rezos prolongados, ni la cama dura; que si tal dijéramos, levantaríase del sepulcro el gran Remuado, de más de cien años, y desmentiría nuestro aserto; levantaríase y protestarian indignados un San Jerónimo, un San Antonio, un Arsenio é infinita muchedumbre de penitentísimos monjes y anacoretas que vivieron más larga vida que todos los regalados sibaritas.

Lo que precipita la muerte y la aguijonea contra el hombre, entendedlo, amadores de la vida, son los pecados. *Stimulus autem mortis peccatum est*. Son las horribles blasfemias que vomitan algunos con nefario atrevimiento de sus bocas de infierno; son los hurtos, son los embustes y fraudes; son las vejaciones del pobrecito, del trabajador, del asalariado; son las confesiones malas, son las comuniones sacrilegas, son los desacatos é ingratitudes enormes contra el autor de nuestra vida; como sea muy conforme á toda ley despojar del feudo al que niega el tributo que debe á su señor en señal de vasallaje ².

V

Arg. 4.^o
Transición por protesis.

Y si la brevedad del tiempo lo sufriese, ¡con cuánto gusto demostraría aquí mismo, con ejemplos de todos los siglos

¹ Eccli., xxxvii. 34.—² De feudis, l. 3. c. 2.

y naciones, que es muy común en los malos, no ya morir antes del plazo, como decíamos arriba, sino súbita y desastrosamente! Pero, ciñéndonos á las divinas Letras, revolved, si os place, todas sus páginas, leed en ellas con atención, y veréis, si no me engaño, que ninguno de aquellos varones temerosos de Dios, y de cuya salvación no es lícito dudar, murió muerte repentina, salvo los hijos del pacientísimo Job, que fueron aplastados por los escombros del palacio, que se les trocó por su mal en infausta sepultura. Y aun á éstos, ¿en qué tiempo les sobrevino la desgracia? Cuando estaban holgándose en opíparo banquete, donde con razón se temía su buen padre no se manchasen con alguna culpa, porque, en realidad de verdad, es cosa de milagro no desmandarse la juventud en los convites. Por lo demás, fijas en los personajes más señalados en virtud cuando corría el Testamento viejo, en Abraham, en Aarón, en Isaac, en Jacob, en José, en Moisés, el gran libertador, en Josué, en Samuel, en Matatías, en Tobías y en otros innumerables que durmieron descansadamente en el Señor, recogidos en su lecho, y dando consejos de salud, ora á sus pueblos, ora á sus hijos y descendencia.

Mas, al contrario, si tornáis los ojos á los malos y recorriérais siquiera rápidamente la negra historia de su desventurado fin, ¡oh qué muertes tan arrebatadas hallaréis: éstos anegados, aquellos abrasados en vivo fuego, unos comidos de bestias fieras, y otros acabando miserablemente de otras desgracias, tanto más horribles quanto menos esperadas. ¡Qué desolación tan espantosa!, clama el Salmista aterrizado al verlos, ¡qué desolación tan espantosa! Súbitamente fenecieron, perecieron por su maldad. *Quomo do facti sunt in desolationem! Subito defecerunt, et perierunt propter iniquitatem suam* ¹.

De repente murió el soberbio Faraón y su ejército en las revueltas aguas del Mar Rojo. De repente los cobardes Israelitas que codiciaron las carnes de Egipto. De repente los que osaron hablar con desprecio y como blasfemar de la bendita tierra de promisión, y de repente otros sin cuento,

Muertes no sólo prematuramente pero desgraciadamente.

Por inducción contraria.

de muertes tranquilas.

Por inducción desde de muertes arrebatadas.

por distribución general.

testimonio divino.

en enumeración particular.

¹ Ps. lxxii. 19.

cuyos tristísimos remates leemos en los sagrados libros, y todos éstos por su impiedad, porque quebrantaron los mandamientos de Dios. *Subito defecerunt, et perierunt propter iniquitatem suam.*

Y ¿qué pretendo colegir de estos ejemplos? ¿Que solamente los malos mueren muertes repentinas? No, que sería manifiesto error, porque estableció la divina providencia que las penalidades de este mundo fuesen comunes á buenos y malos, á justos y pecadores, ya para probar á los escogidos, ya para mostrar que no paga Dios en la tierra toda la recompensa de los humanos merecimientos. Sólo digo que, si nos atenemos á las divinas escrituras y á las enseñanzas de la historia, son más ordinarios en la gente impía fines tan funestos y precipitados. Oíd la sentencia que fulmina Salomón: El varón que menospreciare con cerviz erguida y frente dura á los que le corrigieren, sepa cierto que morirá de repente: *Viro qui corrigentem dura cervice contemnit, repentinus ei superveniet interitus*¹.

Ni faltan en confirmación de ello razones naturales. Pues los malos acarráanse con frecuencia este linaje de muertes con la destemplanza en el comer y beber, la cual estraga el estómago y desconcierta los humores del cuerpo; con el desenfrenamiento de la lujuria, consumidora de todo vigor y lozanía; con sus lenguas de vibora, que levantan contra sí enjambrados de enemigos; con las riñas y contiendas en el juego; con los celos y rivalidades, con las usuras y empeños inconsiderados de su avaricia; con las envidias que les roen las entrañas; con los afanes y congojas por subir adonde les llama su ambición, y con desórdenes semejantes, de que vive muy lejos el varón justo, á quien cuadran maravillosamente las palabras del Apóstol: *Omnia cooperantur in bonum*², porque todo, hasta la castigación de la carne, se les convierte en bien y les ayuda, proveyéndolo así Dios nuestro Señor, para dilatar los plazos de la vida.

Pero, pensad en esto lo que mejor os parezca, ¿sabéis cómo se ha Dios en este particular? Como los hombres en el cortar los árboles del bosque. Si el fin que tienen es la

Previdencia cristiana

y confirmación legal, y divina.

confirmada con autoridad

con razones naturales

a) de la vida estragada de los malos

y concertada de los buenos

b) del fin por que los lleva Dios de este mundo.

¹ Prov., XXIX, 1.—² Rom., VIII, 28.

brar el tronco para hacer de él un objeto primoroso, una estatua, por ejemplo, un retablo, una mesa preciosa, miran muy bien que no esté verde ni dañado, sino macizo y en sazón, y, sobre todo, que se corte á su tiempo, que suele ser en los menguantes de la luna. Mas no se va con tales miramientos cuando se corta leña para el fuego. Y ¿qué son sino leña y rastrojo los pecadores endurecidos? ¿No os viene á la memoria la sentencia del Salvador: *Excidentur et in ignem mittentur*¹: Serán arrancados y arrojados al fuego? Y para esta faena todo tiempo es bueno, toda coyuntura á propósito. Para lanzarlos al horno infernal, ¿á qué aguardar tiempos ni días? ¿á qué tanta cautela y circunspección?

VI

Pues si á todos vosotros, pecadores amadísimos, os amenaza muy probablemente ese término fatal é inesperado; si puede saltaros la muerte cuando menos lo penséis, ó en el sueño más profundo, ó en lo más sabroso y entretenido del juego, ó en el instante más alegre de vuestras regocijadas diversiones, ruegos me digáis si no es el colmo de la temeridad y locura vivir un solo punto en conciencia de pecado mortal. ¿Quién os dió prendas, quién seguridades y fianzas de que no sucederá lo que á tantos infelices que pasaron sus días holgando y divirtiéndose, con lo cual agravaron la enormidad de sus culpas, hasta que, agobiados de su peso, se hundieron de repente en los abismos? *Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt*². ¿Por ventura Dios con privilegio singular os ha revelado cuál ha de ser vuestra hora postrera, ó prometidos que no os enviará la muerte á manera de ladrón, que muy de secreto y calladamente hace su hecho, sino como á fausto mensajero que ya de lejos y á son de trompetas anuncia su llegada? ¿De dónde, pues, tan grande presunción? ¿Cómo puede engreirse, os diré lastimado con San Gregorio, aquel cuya vida fluctúa bajo la pena de la incertidumbre?³

por hermosa semejanza del que corta un árbol,

confirmada por la Escritura.

Conclusión.

Arg. 5.

Moriréis en la hora menos pensada.

Largo sea temerarios si no os convertís presto.

Antec. por

estimados divinos.

Consecuencia

¹ Luc., III, 9.—² Job, XXI, 13.

³ Car quasi de certo extollitur, cujus vita sub poena incertitudinis tenetur?

por ejemplo a sujetos de los ninivitas.

Parte 1.^a

su penitencia.

Parte 2.^a

precisitud, de ella por comunicación y diálogo.

Conclusión.

Parte 3.^a

Aplicación de estas mentes

precisada con autoridad de J. C.

y de Davil.

Los ninivitas, en oyendo que dentro de cuarenta días había de ser su ciudad arruinada, se pusieron á hacer una penitencia aterradora. *Incontinenti, plenam terroribus poenitentiam egerunt*. Vistense todos de cilicio, cúbrense de ceniza, sin aguardar pregón ni mandamiento de su príncipe, que fué, como suele acontecer, el último en saber la infausta nueva, ora fuese por la dificultad de las audiencias, ora porque, llenos de asombro los ciudadanos, harto hacían con atender á su propia salvación: Pero ¿por qué tanta prisa? ¿quién los apremiaba, oyentes míos? ¿No estaban seguros por ventura de que tenían cuarenta días de tiempo? *Adhuc quadraginta dies*?¹ ¿Por qué no se decían: Ea, esperemos un poco; para desarmar la ira de Dios no son menester muchas horas: un instante basta para ello. Con que hagamos un acto de dolor de nuestros pecados al rayar la aurora del día cuadragésimo, estamos salvos? — Así pudieran ellos filosofar y seguir comiendo los que comían, jugando los que jugaban, y holgándose cada cual en los entretenimientos de su gusto.

Pues imaginaos que así obraran. ¿Qué diríais, hermanos míos? ¿qué pensaríais? Que eran unos temerarios, unos atrevidos y presuntuosos, indignísimos por consiguiente de recibir el perdón que tan pronto recabó su presteza y diligencia.

Mas peor, mucho peor es lo que pasa en nuestro caso. Los ninivitas, fiados en la palabra de Dios, podían contar aún con cuarenta días de plazo para convertirse á penitencia, y así cuanto crecía la seguridad, disminuía la temeridad y presunción si continuaban en pecado un poco más. Pero á vosotros, ni aun este breve plazo se os concede. No sabéis, nos avisa nuestro Salvador, cuándo llegará vuestro tiempo: *Nescitis quando tempus erit*? Puede ser esta semana, puede ser este día, este momento mismo en que me escucháis, porque armada va la inexorable muerte de espada y arco, según la expresión del profeta. Vibrará, dice, su espada y flechará su arco. *Gladium suum vibrabit, arcum suum tendit*². Con la espada hiere de cerca á los viejos,

¹ Jón., III, 4.—² Marc., XIII, 33.—³ Ps. VII, 13.

á los débiles y achacosos que no pueden escapar; con el arco alcanza de lejos á los jóvenes que esperan huir confiados en sus bríos y fuerzas. ¿Cómo, pues, justificaréis vuestra temeridad si dejáis pasar ociosamente una partecita de este tiempo precioso? ¿Qué decís? ¿qué respondéis? ¿cómo excusar tanta osadía en trance tan apurado, en riesgo de vida ó muerte sempiterna? ¡Ah! ya lo entiendo. No pudiera el diestro cazador tener al halcón y menearlo y acariciarlo con su mano, si no le vendara los ojos; y los vuestros ha vendado el astuto tentador, para así volveros y revolveros á su placer.

VII

Sólo una salida hallo en el aprieto en que os halláis, y sería decir que verdaderamente no sabéis si viviréis todavía largos años, pero que así lo esperáis; que, no obstante la muchedumbre de peligros que decíamos, viven muchos hombres, y aun pecadores muy desalmados, y rien y huelgan y envejecen y mueren en paz y con cabal juicio; y que así preferís alimentar en vuestro corazón la esperanza de acabar con muerte cristiana, á acongojaros con el temor de contraria desventura. — Pero, católicos, ¿habéis olvidado lo que estamos convirtiendo? ¿No os acordáis que tratamos del alma, y de un alma tan vuestra que es parte esencial de vuestro ser, y de una alma única, y de una alma inmortal, y de una alma cuya pérdida sería irremediable? ¿Y acerca de una alma de esta naturaleza habláis con tal frialdad é indiferencia? ¡Ah hombres desatentados, acordáos por Dios, os diré con San Crisóstomo, que se trata nada menos que de vuestra alma! *Memento, memento quod de anima loqueris*. ¿Y negocio de tal monta os parece bien confiarlo á la ventura? Pudiera ser, no lo niego, que os salga con felicidad; pero ¿si os saliere mal, decidme, pecadores amadísimos, si os saliere mal, si os toma la muerte desprevenidos? Que en cosas de este mundo andéis algo á tientas y menos vigilantes, lo entiendo. Entiendo que arriesguéis la hacienda, que aventuréis la reputación, que expongáis á menudo la misma salud; porque, en

Conclusión por interrogación metafísica.

y alegoría.

Arg. 6.^a

De la esencia del alma que se arriesga.

Transición por recapitulación.

y proleptis.

Os va en ello el alma; por detalles y su pérdida contemplaciones.

Su pérdida es irreparable.

por comparación con las pérdidas temporales.

resumen, son mercaderías éstas que, si las arrojamos por no irnos á pique, pasado ya el naufragio podemos recobrarlas. Pero ¿el alma? ¡Oh dolor! El alma merece más estima, y es locura manifiesta no mirar por ella, cuando, si se pierde, pierdése sin remedio por toda la eternidad.

VIII

[Vergüenza grande es que los negocios de la tierra se miren y registren con más atención que los intereses inmortales! Certifícase el emperador Adriano de aquel oráculo, que sería fatal á Roma el paso del Eufrates; y al punto y de su propia voluntad devuelve á sus señores las dilatadas provincias de Armenia, de Asiria y Mesopotamia, conquistadas poco había por Trajano, á fin de alejar la contingencia de traspasar un día las infaustas márgenes, y fija en ellas los lindes del imperio.

Mas ¿á qué mendigar ejemplos extraños? ¿Qué cosa, por muy baladí que sea, no embaraza más vuestro pensamiento que el cuidado de vuestra alma? Si adolecéis de gravedad, no decís ciertamente que se áplace el llamar al médico, porque esperaréis recobrar la salud sin medicinas. Si vais á la guerra, en especial si es sangrienta y peligrosa, tampoco decís, no hay que hacer testamento, porque es probable que torne pronto y en salud. Si prestáis una gruesa cantidad, exigís fianzas ó recibo, sin que valgan amistades, y hacéis como Tobías con Gabelo, á quien, á pesar de su rectitud y fidelidad, no le prestó el dinero sin auténtica escritura. *Argenti pondus dedit sub chirographo*¹. Para la siembra escogéis la estación más oportuna; en los pleitos, á los abogados más sabios; en el comercio, los agentes y corresponsales más acreditados; en una palabra, no hay negocio que pase por vuestras manos, en que consintáis que se vaya á la ventura, si podéis caminar sobre seguro. ¿Sólo el gran negocio del alma, sólo el asunto gravísimo de que pende la eternidad, lo entregáis al ciego acaso? ¿Por qué, pudiéndoos do-

¹ Tob., 1, 17.

lar ahora de vuestros pecados, decís como necios: acaso más tarde tendré tiempo y comodidad para ello?

[Oh cristianos!, asómbreme verdaderamente tal prodigio de ceguedad, y, aunque lo veo con los ojos, no lo acabo de creer; y así os aseguro que arde de tal suerte la indignación en mis entrañas, que me fuerza á clamar con el Crisóstomo: Hombre, que no sabes si mañana morirás, ¿cómo entregas tu alma, y tu vida, y tu eternidad á la contingencia y al acaso? ¹. No fiaras á la casualidad un pleito de nada, un liviano interés, ¿y le fias lo que vale más que todos los tesoros del mundo? Espantaos, cielos; pasmaos, espíritus bienaventurados, de la increíble temeridad de los mortales, la mayor que oyeron jamás los siglos. Porque ¿quién oyó más horrible locura que la que hizo la infatigable virgen de Israel?, exclama Jeremías: *Quis audivit talia horribilia, quas fecit nimis, virgo Israel?*².

IX

Y aun fuera menos reprehensible vuestra temeridad, si se cometiese por lograr alguna ganancia muy notable. Principio es en toda empresa y prudente negociación el que sienta Apiano por estas palabras: Que es rematada locura ponerse por una nonada á grandes riesgos. Jamás debe el hombre exponerse á trances peligrosos por viles granjerías; porque sería semejante al que pescase con anzuelo de oro, el cual perdido, pierde más que no valdría la codiciada presa. Si el Labrador aventura unas fanegas de trigo en la sembrera, si el banquero ó el hombre de comercio arriesga crecidas cantidades, si el pleiteante desperdicia en costas parte de su hacienda, obrán así porque monta más lo que esperan que lo que aventuran en el lance; y jamás se oyó decir que saliera un capitán de navío á combatir con los

¹ Incertis ergo eventibus te ipsum committis?—Rom. 23 in ep. 2 ad Cor.—² Jer., xviii, 15.

³ Summe demerita est ob res leves discrimen ingens subire.—App. De bell. hisp.

vientos y con las olas, y atravesar la inmensidad del Océano para traer en su bajel, no el vellocino de oro, sino vil arena; no perlas y corales, sino pajuelas y basura.

Vosotros arri-
glais tanto por tu
poco.

Mas vosotros, ¡oh cristianos!, ¿en qué os detenéis? ¿Qué ganancia esperáis de vivir en continuo riesgo de perderos para siempre? ¿Qué medros? ¿qué tesoros? ¿Parécenos por ventura que, balanceado y contrapesado el bien que ganáis al pecar, pesa más que el mal que os acarreaís muriendo en el pecado? Si no morís en él, es verdad que podréis gozar de aquel deleite bestial, podréis allegar aquel oro que os deslumbra, subir al honor que pretendéis, saciar vuestra sed de venganza en aquel enemigo vuestro. Mas, y si morís, ¿sabéis qué os va en ello? Ser despenados de repente en el profundo, y pagar allí esa risa momentánea con eterno llanto y crujir de dientes.

por comunicación

y terrible dilema

El que se lea
esto debe ce-
gos y desatinados.

Y ¿aun hay quien diga que pueden compararse los gustos de presente con la desventura á que, muriendo, os exponéis? ¡Oh juicios desvariados! ¡oh injusticia horrendal ¡Oh hijos de los hombres, siempre falsos y mentirosos en la balanza de vuestros juicios! *Mendaces filii hominum in stateris* ¹. ¿En qué entendimiento cabe que pese más un bien vano, efímero y temporal, que un mal eterno y casi infinito? Nunca hallaréis entre los vendedores pesos y balanzas tan falsas y desconcertadas; pero, respecto del alma y de la eternidad, se han rebelado los entendimientos de los hombres contra la luz resplandeciente de la razón natural: *Ipsi fuerunt rebelles lumini* ².

Conclusion por
desconciencia bi-
blica.

X

Por las entrañas de Jesucristo, por sus llagas preciosísimas, por el amor que debéis á vuestra alma redimida con la sangre de todo un Dios, arrojad esa venda de vuestros ojos, y no os engañéis tan miserablemente: *Nolite decipere animas vestras* ³.

Arg. 9.^o
Amplificación á
consequentes.

y adictos de entra-
ñable compasión.

Despertad, pecadores, mirad abierta la boca del abismo

¹ Pr. Lxi, 10. — ² Job, xxiv, 13. — ³ Jer., xxxvii, 3.

para tragaros, y, entrando desde ahora en vuestro corazón, ponderad, os ruego, el mezquino fruto de tan malo-grado trabajo. Si hallaréis que es mayor la ganancia que el peligro, no hagáis caso de mis palabras; mas si viereis que es sin ninguna comparación menor, mirad por vosotros y compadeceos de vuestra alma. ¿Queréis sacar de vuestro trabajo materia para llorar con el profeta Jeremías cuando exclamaba: Como á simple avecilla, mis enemigos me caza-ron de balde? *Venatione ceperunt me, quasi avem, inimici mei gratis* ¹.

De arrepreñido
en balde eterna-
mente.

por autoridad y
sentencia bíblica.

¡Oh qué amargo sentimiento! ¡qué dolor tan inconsolable! ¡qué gusano inmortal destrozará vuestras entrañas! Habla Jeremías en persona del pecador, y se corre y avergüenza porque se dejó engañar como el avecilla á quien prende el astuto cazador, ¿sabéis con qué?, con una nada-ría, con un granito de mijo. *Venatione ceperunt me, quasi avem, inimici mei gratis*. ¿A estos ciegos y desatinados que-rréis vosotros imitar?

1.ª parte.

2.ª parte y aplica-
ción patética.

Cristianos amadísimos, y hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ¿qué son los bienes todos de este mundo cotejados con los males sempiternos? Un granito impercep-tille, una sombra, nada. ¿Y por lograr tales nonadas os fatigaráis, os desentrañaréis locamente noche y día, sin mirar á vuestro alrededor los enemigos que os cercan, las celadas que os arman, las redes y cadenas que os echan en el camino para cogeros y arrebatáros al infierno y atormentaros por eternidades sin fin? ¡Oh malvada presunción! ¿de dónde naciste? ¿Quién te engendró sobre la tierra, os diré asombrado con el Eclesiástico: *O praesumptio nequissima, unde creata es?* ².

Conclusion por
presunción.

Fáltanme palabras para expresar y corazón para sentir tan extraña temeridad, y así dejadme que enmudezca mi lengua, atajado de admiración y pasmo.

3.ª hipérbole afec-
tuosa.

¹ Thren., iii, 52. — ² Eclli., xxxvii, 3.

SEGUNDA PARTE

XI

Televisión perfecta.

Denatino del que pasa años enteros en pecado.

por argumentos a fortiori.

por similitud a abominos.

Conclusion.

Si es suma temeridad que el hombre, cuya vida se desvanece como el humo al soplo más liviano, viva un solo momento en pecado mortal, ¿qué alegraréis vosotros, pecadores amadísimos, en vuestra defensa, que os pasáis, no ya los momentos, sino los días y los meses y los años enteros en desgracia de Dios? ¿Dónde está aquí la prudencia? ¿dónde la razón y cordura? ¿Qué probabilidades ó conjeturas tenéis de que no os habéis de condenar?

Nadie se expone, con seguridad, á continuos riesgos; ¿y sabéis por qué? Porque la mala ventura alcanza finalmente al que muchas veces no alcanzó¹. Pasar una vez por la orilla misma del hondo precipicio y no despeñarse; tocar una vez en la liga y no pegarse en ella; tomar un poco de veneno y no emponzoñarse, no es cosa de grande maravilla, y puede acontecer gracias á la buena suerte ó á providencia singular. Mas que no se envenene quien se traga la ponzoña como el agua; que no se derrumbe quien se pone como á danzar á la boca del abismo; que no quede prendido quien duerme sobre la liga como en lecho de fragantes flores, es cosa verdaderamente maravillosa y que jamás se vió. De consiguiente, si es locura grande ponerse una sola vez á peligro de condenación, ¿qué será durar en el por tanto tiempo, que, en buena cuenta, son muchos más los días del año que vivís á riesgo de perderos, que los días en que podríais morir con seguridad de salvaros?

¹ Nemo se tuto diu periculis offerre tam crebris potest. Quem saepe transit casus, aliquando invenit. Sen., Herc. fur. Act. 2, scen. 2, v. 327-328.

XII

Trátase á menudo en las escuelas la famosa controversia de si son más los que se salvan, ó los que perdurablemente se condenan. No me toca á mí resolver esta cuestión, y, á ser así, arimariame á la parte favorable, y diría que entre los católicos es mayor el número de los escogidos que no el de los condenados. Mas, aunque es verdad que este parecer tiene en su abono muchos y sapientísimos Doctores, todavía no hallaréis ninguno, antiguo ni moderno, que sostenga que se salve la mayor parte de los pecadores que han hecho callos en la maldad. No, católicos, ni uno tan solo. San Gregorio¹, San Agustín², San Ambrosio³, San Jerónimo, las cuatro lumbreras de la Iglesia, sienten de común acuerdo lo contrario. Terribles son y espantosamente claras y decisivas las palabras de San Jerónimo. Dice, pues, así este Doctor máximo: *Vix de centum millibus hominum, quorum mala fuit semper vita, meretur a Deo habere indulgentiam unus*⁴. De cien mil hombres que vivieron mal, apenas uno merece perdón y se salva.

Católicos, nadie lo extrañe ni lo tome á vano encarecimiento; porque, de ley ordinaria, cual es el vivir, tal es el morir. Al cortarse un árbol, ¿hacia qué lado cae? Hacia el que se inclinaba desde el principio. Si se inclinaba á la derecha, á la derecha cae; si á la izquierda, cae á la izquierda. Los enviejados en el pecado, doblegados están y muy de atrás hacia la banda izquierda del infierno; y ¿presumen, al ser cortados, que vendrán á caer á la derecha con los buenos? Menester sería que se levantase en su ayuda una gracia tan poderosa que, como viento vehemente, los empujase de golpe hacia la parte opuesta. Mas ¿quién se hizo merecedor de gracia tan extraordinaria? *Vix de centum millibus unus*. De cien mil, á duras penas uno solo. ¿Cómo, pues, pecadores de mi alma, viéndoos en estado tan la-

Arg. últ.

Los pecadores habitados de ordinario se conculcan. Lengua de serpiente conculca su pecado.

Estado de la cuestión.

Pruebas a la vez.
por autoridad.

por el similitud del árbol.

Consecuencia.

conclusión del argumento.

¹ Lib. 25 in Job., c. — ² De ver. et fal. poen., c. 17. — ³ Athor. ad poen.

⁴ Relat. ab Euseb. in epist. ad Damas.

mentable, por el cual podéis muy probablemente conjeturar que antes perteneceréis á la muchedumbre de los réprobos que de los escogidos, cómo, torno á decir, no será temeridad y locura continuar por un instante en pecado mortal?

Aunque diéramos que la mayor parte de pecadores como vosotros se ha de salvar y la menor se ha de perder, deberíais vivir en continuo sobresalto y temer día y noche la suerte de los desventurados; pero si los menos han de salvarse y los más han de condenarse, ¿qué hacéis? ¿en qué os detencéis? Arnolfo, conde de Flandes, como anduviese muy fatigado de dolores acerbísimos de piedra, resolvieron médicos y cirujanos que era menester se hiciese la operación. Vino en ello el doliente, pero quiso que se probase en otros enfermos la eficacia de aquel remedio tan peligroso. Buscáronse cuantos padecían la dicha enfermedad, y se hallaron hasta veinte. Llevados allá, fueron tratados y curados por los mismos médicos y cirujanos del conde, con tal destreza y tan feliz suceso, que, de veinte, uno solo murió. Tornaron, pues, muy satisfechos al afligido Arnolfo, esforzándole todos con tan buenas esperanzas. Mas él, sabido el mal suceso de aquel desgraciado, lejos de animarse, palideció de repente. Y ¿quién de vosotros me asegura, dijo, que no me alcanzará á mí la suerte de ese infeliz? Y así, más sobresaltado con la muerte de uno que esperanzado con la cura de los diez y nueve, no quiso en manera alguna aventurarse.

Imaginad, ahora, que de los veinte que sufrieron la tremenda operación no sanasen diez y nueve y uno muriese, sino al revés, que uno curase y los diez y nueve muriesen en el trance doloroso; ¿qué dijera el avisado príncipe? ¿Cómo lanzara de sí á los atrevidos médicos y temerarios cirujanos? Nunca se hubiera dejado maltratar con la débil esperanza de ser aquel uno tan afortunado.

Pues esa temeridad que os parece intolerable en la curación de este cuerpo, que bien pronto se ha de reducir á polvo y ceniza, tenéis vosotros respecto de vuestras almas inmortales. Afirma San Jerónimo que no de veinte, no de treinta, mas de entre cien mil pecadores habituosos, apenas si uno

Confirmación evidente, y

confirmación por una conjetura a priori.

Ilustrada con un ejemplo.

2.ª parte histórica.

2.ª parte conjetural.

Argumentación de certeza á más

se salva. *Vix de centum millibus unus*: ¿y es posible que más fuerza tenga la ventura de ese uno para sustentar vuestras esperanzas, que la desventura de novecientos mil para atemorizaros? Diez eran los hermanos de José que fueron á la tierra de Egipto á proveerse de trigo, y porque uno solo se quedó en rehenes, todos se acojeron por extremo. Doce los Apóstoles del Señor en la noche de la cena, y cuando oyeron que uno de ellos sería traidor á su Maestro, todos se mudaron y turbaron. Y sabiendo, como sabéis, que los más de los que viven como vosotros han de condenarse, ¿no teméis? ¿no se altera vuestro corazón? ¿no os tiemblan las carnes? Desventurado pecador, en quien se cumple desgraciadamente la sentencia de Job: *Deiit ei Deus locum potentitiae, et ille abutitur eo in superbiam*¹. Dióle el Señor lugar de penitencia, y él abusa para ensoberbecerse y presumir. ¡Oh soberbia! ¡oh presunción! ¡Esperar vanamente que será sin duda él escogido entre millares, y el afortunado entre tantos desventurados! Pero ¿quién será el privilegiado? ¿quién es ese que escapará de la sangrienta carnicería, y á quien mirarán absortos los cielos, y señalarán con el dedo los ciudadanos de la gloria como á estupendo prodigio, como al único que se salvará del estrago universal y saldrá incólume de la horrenda batalla que trabará Dios contra todos los pecadores de la tierra? *Tanquam qui evaserit in die belli*². Dejadme que corra á derribarme á los pies de Cristo crucificado y que desahogue allí mi corazón.

XIII

¡Oh dulcísimo Jesús y amador de los hombres! ¿De dónde de tal osadía en los hijos de Adán? ¿Quién así desvaneció sus entendimientos? ¿quién así endureció sus corazones? ¿Tan grande es el deleite que recibe en ofenderos, que, á trueque de lastimar vuestro amantísimo Corazón, nada les importan los infinitos males que les amenazan? ¡Oh si me fuera dado, Jesús mío, humillarlos en este sagrado tiempo

¹ Job, xxxiv, 23. — ² Ezech., xi, 7.

confirmada con una nueva ilustración.

Conclusión final

por efectos de la

y pasmo

envueltos en una imagen bíblica.

Deprecación de celo y amor ardiente

de Cuaresma, y compungirlos y traerlos á vuestro amor y regalada servidumbre! ¿Qué haré para ello? ¿Queréis que los ablande á fuerza de súplicas y ruegos? Pues les rogaré con toda instancia. ¿Queréis que los amoneste? Les amonestaré. ¿Queréis que los espante con el trueno de vuestras amenazas? Les aterrará. ¿Queréis que me muestre severo y los reprenda hasta con dureza? Pues les reprenderé, como me enseña vuestro Apóstol¹. Aquí me tenéis. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. Mandad y seréis obedecido. *Omnia quae praecepisti mihi, omnia loquar*². Lo haré todo sin faltar en una tilde á vuestro soberano mandamiento. No quiero aplausos, no quiero alabanzas de los hombres; sólo quiero complaceros á Vos. ¿Quién sabe si será ésta la última Cuaresma de mi vida? Cubierta, pues, mi frente de ceniza, salgo desde hoy á predicar en vuestro nombre y decir en alta voz: Penitencia, pueblo mío, penitencia. Que desaparezcan pronto tantas liviandades. Que se destierren esos odios envejecidos. Que todos borren con lágrimas amargas sus pecados, que todos enmienden sus costumbres.

Hermanos míos, ¿porfiáis todavía en vuestra dureza de corazón? Pues descubrid la frente, mirad y palpad esa ceniza que sobre la cabeza del viejo y del mozo, del pobre y del rico acaban de derramar los sacerdotes del Señor. A estas cenizas pongo por testigos; que hablen ellas, que sentencien ellas, y digan condenándoos si hay en el mundo temeridad como la de confesar un hombre que puede morir á cada momento y pasar un solo instante en conciencia de pecado mortal.

¹ 2 Tim., IV, 2.—² Cf. Jer., I, 17.



ANÁLISIS ORATORIO

§ I

INVENCIÓN

El fin y como blanco del orador en este primer discurso es **persuadir** á los oyentes que salgan de pecado, pero pronto y sin tardanza. Para ello, y como la persuasión se logra por medio de **razones** y **afectos**, á saber: de razones que convencen el entendimiento, y de afectos que conmuevan y arrebatan la voluntad, vélese aquí del **argumento de la muerte** y sus propiedades, y del **afecto del temor** y del **terror**, mezclados de otros más suaves y tranquilos. Por donde la cuestión pertenece al **género deliberativo**, porque se trata de persuadir al hombre que no retarde más su conversión, sino que abra pronto los ojos; y el **estado es definitivo**, pues se reduce á si merece ó no el nombre de loco y temerario quien, sabiendo que puede morir de un momento ó otro, sigue en pecado mortal. De aquí se colige la **proposición** en extremo fecunda, conviene á saber, que, en realidad, es locura y presunción temeraria perseverar en pecado, pudiendo morir á cada instante.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

El primer motivo, sacado de la condición ó adjuntos de la humana naturaleza, dice así:

Presunción es, y loca temeridad, que, siendo el hombre tan medroso de suyo en los peligros temporales y menores, menosprecie los irremediables y eternos.

Vosotros, naturalmente, teméis y os sobresaltáis en

los riesgos temporales, y, con todo, os aseguráis y reis y no hacéis caso de vivir á peligro cada instante de condenaros y perderos.

Luego justamente merecéis el nombre de presumidos y temerarios.

¡Con qué acierto calla la primera verdad por muy clara, y comienza asentando la segunda por sus partes! Prueba la primera con el ejemplo de los compañeros de Jonás en el rigor de la tormenta, confirmala con la autoridad del Abulense, y pasa rápidamente á la segunda, donde está el nervio del discurso. Contrapuesta á esa natural timidez la osadía y el frenesí de los pecadores que se abalanzan á los peligros eternos, **expone**, ó mejor supone, el dogma de que el que muere en pecado va al infierno, **amplifico** con autoridades sagradas, que ponen las llamas inextinguibles y el abismo á los pies del pecador, y con el **simil** del hilo ó estambre de la vida, gastado ya por ventura y á punto de romperse.

II

El segundo motivo, sacado de las causas generales que pueden acarrear cada momento la muerte al pecador, se encierra en este entimema:

No sólo estáis en igual incertidumbre de vivir ó de morir, pero pesa más la balanza de la muerte que la balanza de la vida.

Luego es locura y presunción muy grande continuar pecando y así abocados sobre el infernal despeñadero.

Prueba lo anterior enumerando las cosas que no pueden asegurarnos ni un instante de vida, y luego las infinitas que pueden en un punto acabar con nuestra existencia, de ellas exteriores, de ellas interiores y escondidas. **Confirma**lo con los símiles de la carcoma, del orin y la polilla, y con el ejemplo del célebre Capitán, muerto de súbito, mientras más blasonaba de sus fuerzas. **Amplifica** y encarece la presunción ó letargo del pecador con la comparación de Saúl, de Holofernes y de Sisara, que dormían descuidadamente cuando más cerca estaban sus matadores; y como motivo principal, con el **simil** sacado de las Escrituras, donde son comparados los pecadores insensibles con el óryx del desierto, que duerme sobre los mismos lazos que lo aprisionan.

III

El tercer argumento está tomado de otra causa moral, pero más profunda y particular del pecador, en esta forma:

El pecado acelera y precipita la muerte:

Luego, si ningún hombre puede prometerse un solo instante cierto de vida, mucho menos vosotros, pecadores.

Luego es presunción y locura seguir pecando.

Amontona para probar el antecedente terribles y expresos testimonios del Espíritu Santo, que amenaza á los pecadores que morirán antes de sazón: **compáralos** á los agraeces que se pudren y á la cizaña que se seca prematuramente, y **amplifico** con la espantosa visión y suceso lamentable del emperador Anastasio, á quien por sus impiedades borró Dios catorce años del libro de la vida.

Ataja dos reparos ó preocupaciones oratorias que sirven de amplificación: la primera, que la muerte pasea por el mundo sobre caballo flaco y descarnado; pero responde que, si el pecado lo espolea, corre con espantosa rapidez; la segunda, que la penitencia y mortificación acortan la vida; pero deshácela indignando, ya con testimonios de la Escritura Santa, ya con ejemplos de varones penitentísimos y de gloriosa y florida longevidad.

IV

No sólo os anticipáis el fin de la jornada, pero tenéis el triste privilegio de morir muerte arrebataada y funesta. Sácase, pues, el cuarto argumento de una circunstancia fatal en estos términos:

Los pecadores estáis muy á riesgo de morir de repente:

Luego es locura y temeridad vivir un punto más en conciencia de pecado.

Demuestra su intento por inducción, ya contraria de varones santos que murieron descansadamente en el Señor, ya directa de hombres malvados que en general acabaron repentina y desastrosamente. Apóyalo con autoridades de Dios en las Sagradas Letras; y en fin con razones naturales, primero de los mismos excesos de los pecadores, y segundo de cómo acostumbra Dios cortar sin grandes miramientos leña de malvados para los hornos del infierno.

V

La quinta razón, tomada de otra circunstancia de la muerte, es á saber, de la incertidumbre de la hora, dice en compendio:

No sabéis si os saltará la muerte este mismo mes, esta semana, en este sermón que estáis oyendo.

Luego es locura y temeridad no salir pronto de pecado.

Demuestra lo primero **negativamente**, porque nadie lo reveló, y **positiva** y derechamente con la voz de Cristo, que la compara al ladrón nocturno que viene de secreto.

La consecuencia campea y resplandece más con la comparación a **majori** de los ninivitas, que dice en suma:

Los ninivitas fueran locos y temerarios si aplazaran su conversión para el postrero día de los cuarenta.

Vosotros no tenéis segura ni una hora de vida: Luego sois muy desatinados si no hacéis pronta penitencia.

La primera verdad se la arranca el orador á los oyentes, que así lo confiesan.

La segunda estriba en las palabras del Salvador que nos avisa de ello expresamente.

Confírmalo, y ataja al propio tiempo una dificultad, con la pintura bíblica de la muerte, armada de espada para los viejos, y de arco y flechas para los mozos.

VI

El sexto argumento, que es á la vez **refutación**, está directamente sacado de la **causa**, diríamos **material**, á saber, de la excelencia del alma que se arriesga, y puede cifrarse en este raciocinio:

Confiar al acaso un negocio de monta, se tiene por temeridad, aunque se pueda luego reparar su daño.

Aquí os va un alma preciosísima, única, inmortal, cuya pérdida es irreparable por toda la eternidad:

Luego, ponerla en esas contingencias, es desatino y manifiesta locura.

Comienza por lo segundo, encareciendo las propiedades del alma, y apoyándolo con el dicho tan sentido del Crisóstomo: **Memento quod de anima loqueris**; y remata con lo primero, de la imprudencia del que se expone á perder negocios de grande importancia.

VII

Aún lo confirma más con esta razón de los contrarios:

Es vergüenza y desconcierto por una parte no fiar al acaso ningún negocio terrenal, sino asegurarse hasta en lo más baladí; y por otra fiar del acaso nuestra alma, nuestra vida, nuestra eternidad.

Esto hacéis, ¡oh ciegos pecadores!

Luego sois imprudentes y temerarios.

Comprueba la primera verdad con ejemplos ya extraños, como la cautela de Adriano en desviarse del fatal linderó del Eufrates, ya **propios** de los oyentes, que en todo buscan lo más cierto y seguro. La segunda verdad sólo admite ayes y ponderaciones gravísimas.

VIII

De la **causa final** se deduce este argumento de gran eficacia; conviene á saber: de vivir en esta horrible incertidumbre por alcanzar una bagatela de este mundo. Dice, pues, en suma:

Es **rematada locura**, por cosas fútiles, exponerse á grandes pérdidas.

Vosotros os exponéis á los mayores daños que se pueden imaginar por cosas que se lleva el viento:

Luego sois verdaderamente unos insensatos.

Declara lo primero por la conducta **desemejante y opuesta** de todo hombre de juicio, del cuerdo labrador, del pleiteante, del negociador, del marinero, que nunca arriesgan lo más por lo menos; y por la **semejante** y loca de quien pescase con anzuelos de oro, ó cruzase mares anchos para traer viles pajuélas. Lo segundo, por el dilema siguiente:

O moris ó no moris luego.

Si no moris, es verdad que gozaréis de ese placer, de ese honor, de esa riqueza; pero, si moris, seréis al punto despenados en el infierno.

Es así que no hay cosa más liviana y fugitiva que ese bien que alcanzáis viviendo, ni más horrenda que ese mal en que incurris muriendo:

Luego sois disparatados y locos si arriesgáis lo uno por lo otro.

Concluye con la **comparación** de los vendedores y de las falsas balanzas; y con el **simil** del mismo Jeremías, que

con grande amargura se lamenta, porque se ve cogido en el lazo, de balde y por verdaderas naderías, vivo retrato del pecador.

SEGUNDA PARTE

Mostrada tan manifestamente la suma temeridad del hombre que persevera un sólo instante en desgracia de Dios, pasa á encarecer la imprudencia y desatino de quien no un instante, no un día, sino años enteros, vive en pecado y á riesgo de eterna condenación. El argumento, pues, sacado de la **circunstancia** de la duración y hábito en pecar, se resume en estos términos:

La primera, **de menos á más**, dice así:

Es temeridad insensata estar un solo momento en pecado mortal.

Luego ¿qué será continuar y como estancarse en él?

Lo primero ya lo han visto y sentido los oyentes, y así **declara la consecuencia** con el dicho de Séneca, que cuadra muy bien con el adagio español: **Tantas veces va el cántaro á la fuente, que alguna se quiebra.** Amplificase con los **similes** del que traga la ponzoña, ó juega junto á un abismo, ó se prende en la liga muchas veces, que por maravilla tienen buen fin tales atrevimientos.

La segunda es más grave, y deducida de los **conseguites** en esta forma:

La mayor parte de los pecadores habituados y que viven de asiento en el pecado, se condenan:

Luego es temeridad é insensatez seguir atolados en el vicio.

Para demostrar su propósito alega **testimonios** de Santos Padres y la terrible sentencia de San Jerónimo, que de cien mil de este linaje de pecadores, apenas se salva uno. **Confírmase** con un argumento teológico envuelto y hermoso con el **simil** del árbol que hacia el lado á que se inclina allí cae, si ya un viento muy recio no lo endereza hacia la banda opuesta. Pero ese viento tan impetuoso, esa gracia tan extraordinaria, ¿á quién se da? **Vix de centum millibus uni.**—Arguye sobre lo mismo con la **comparación a minori** trastrocando los términos por esta hipótesis:

Si la mayor parte de vosotros, pecadores habituados, se hubiese de salvar y la menor se hubiese de perder, aun fuera locura no temer, no azorarse día y noche á vista del peligro:

Luego ¿qué hacéis sabiendo que, de cien mil, apenas uno se salvará?

Esciarece y pone ante los ojos lo primero con el ejemplo de Arnolfo, que por ningún caso consintió que le hiciesen la operación, porque, de veinte, en quienes se había ejecutado este rigor, uno había muerto. Y en vosotros ¿tiene más fuerza la ventura de uno para aseguraros, que el desastrado fin de novecientos mil para atemorizaros? **Amplifica** la consecuencia con otras **comparaciones de menos á más**, pero sucintas y enérgicas, para derramarse luego en afectos vehementes y llevar al auditorio de la convicción á la persuasión y á la victoria.

Si Tulio pide en la invención tres cosas: agudeza de ingenio, arte y diligencia (*Cum ad inventendum in dicendo tria sint, acumen, deinde ratio, tertium diligentia, non possum equidem non ingenio primas concedere.*—De Or., II, 35¹), ingenio para desenvolver el asunto, arte para argüir, diligencia que avive el ingenio y mantenga el arte, es maravillosa por cierto la invención de este discurso. Campea el **ingenio** del teólogo en las razones que busca y en la materia vastísima que abarca; el **arte** del filósofo y del dialéctico en la sutil argumentación con que ata y rinde, y la **diligencia** del varón apostólico que preñere siempre argumentos prácticos, y encaminados á herir el corazón. ¿Qué hermosa batería tiene dispuesta, si no para derribar desde el primer día, á lo menos para conmovir los muros más firmes y robustos! ¿Pueden hallarse más razones ni más fuertes para el fin que se pretende? Pero si en la parte de la invención es acertado, lo es mucho más en la disposición y elocución.

§ II

DISPOSICIÓN

Exordio. Solemne, vigoroso, patético, ni puede llamarse **legítimo** ni **ex abrupto** ó arrebatado, aunque participa del interés y templanza del primero, y de la novedad é ímpetu del segundo. Tómase de lo íntimo de la materia (*ex visceribus causae*), y allana diestramente el camino á toda la oración. Porque toda ella se funda en que hemos de morir, y esta **certidumbre** tan terrible, que es el fundamento

¹ Sigo la división de capítulos adoptada en la edición parisiense de Lemaire.

y como nervio de la causa, pero oculto, es la fuente manifiesta del exordio. Pruébala con la **autoridad** del Apóstol, que nos intima la pena de muerte, y añade la **experiencia** de todos los días; lo primero directamente y por su boca, lo segundo por concesión de los oyentes. Sin descuidar este fundamento, cumple los oficios del exordio, conciliándose la benevolencia, la atención y la docilidad, no por partes, como los oradores inexpertos, sino revuelta y confusamente, lo cual, si dificulta el análisis, facilita la persuasión y realza la elocuencia.

Granjease la **benevolencia** por medios dignos de un apóstol. De **parte del orador**, presentándose en el púlpito, tanto más amable, cuanto más humilde y despreciador del mundo. ¡Qué celo tan ardoroso de las almas! Aun le vemos cubierta de lodo su pobre sotana, y curtido el rostro por los soles y las lluvias; aun oímos el resuello de su cansado pecho, tras largo y precipitado viaje, arrojando gustosos las fatigas, con la segura esperanza de ganar un alma para Cristo. El celo amoroso, pero activo y sufridor, es la llave con que abre Señorí los corazones y penetra donde quiere. De aquí, por **parte de los oyentes**, aquel recelo de no lastimarse en su primera vista con nueva tan desabrida, aquel vencer este recelo con el ansia de aprovecharles, aquel vacilar si tornará á su casa, al verse desolado y aun despreciado, y vencer esta vacilación y desprecio con el cariño y lástima de que no se pierdan sus almas, con que las roba y embelesa, aun diciéndoles verdades tan amargas.

Excita la **atención** con el aparato nuevo y aterrador con que traza este premio, aparato que en otros parecería puerilidad y afectación, pero que en Señorí es natural y eficazísimo. Todo despierta el interés en el que escucha: los temores del orador, la terribilidad de la sentencia, los razonamientos que se entrelazan, ya del orador á los oyentes, ya de los oyentes al orador: las reprensiones ásperas, la pintura de su camino y sus esperanzas halagüeñas, la pintura de su camino y sus esperanzas halagüeñas, su repentina deliberación, sus zozobras, y, sobre todo, la conmoción de afectos tan bien sostenidos y variados.

La **docilidad** del auditorio nace de la viveza y claridad con que les notifica su muerte, y va demostrándoles la certidumbre de ella, hasta rematar en la proposición en términos formales.

Proposición. Es simple, y el poner segunda parte más es arbitrio para descansar el orador, que limite para dividir la materia. Es natural y tan poco rebuscada, que en persona menos elocuente tendría visos de vulgar. Es fecunda, porque, duplicados los términos, se descubren de improviso muchas relaciones y argumentos.

Confirmación Como el alma trava y vivifica el cuerpo, así el fin une y aviva la oración. ¿Qué son razones fuertes pero mal concertadas, sino soldados aguerridos pero sin disciplina, que unos á otros se embarazan y confunden? *Turbati exercitus sibi ipsi sunt impedimento.* (Quintil., *Inst. Orat.*, VII. Proem.) Y aquí sobresale principalmente el P. Señorí. Vismbra el fin, míralo de hito en hito, y hacia el avance sin jamás titubear. En el caso que tratamos, quiere convencer al que le escucha de que ni un momento más perseverar en pecado; ¡ardua victoria, de hombres que aun saborean, como si dijéramos, las abominaciones del Carnaval, hacer justos que las aborrezcan luego de todo corazón! Pero aquí triunfa el orador. Discurramos por los **argumentos** arriba dichos; pesemos y contrápesemos su fuerza, y veamos si podrían coordinarse mejor ni más estrechamente. Es gran temeridad pecar, sabiendo que puede uno morir. Mayor y más insensata seguir pecando, siendo tanto mayor la probabilidad de morir, cuanto son más las causas que pueden acarrearlos. Mucho mayor quien tiene en su cuerpo el aguijón y estímulo de esa muerte, que es el pecado, y con todo ríe y se huelga. Más aún quien sabe que, sobre ser tan anticipados, suelen ser repentinos y funestos los acabamientos de los malos. Más todavía, si en este mismo instante puede morir y condenarse. Pero ¿qué nombre merece arriesgar toda un alma por las bajezas de un momento que se pueden gozar viviendo? Pues si es locura perseverar en pecado un solo instante, ¿qué fronesi no será durar en él por tantos años? Esta espantosa consecuencia, preparada en la primera parte, sorprende en la segunda y ata de pies y manos al pecador. Pero crece la convicción y el asombro con el argumento que desenvuelve en postrer lugar, cerrándoles la única salida, y desencastillándoles de su último baluarte, que es la necia confianza que serán ellos de los escogidos. Trástorlese este orden y se desencajará y vendrá á tierra esta máquina maravillosa.

Pues la **argumentación** no puede ser más variada: aquí se vale del silogismo, allí del entimema, luego del ejemplo, después del epíquerema ó del polisilogismo, evitando, al dilatarlos, el estiramiento y sequedad del dialéctico. Porque, ya calla la primera, ya la segunda proposición; unas veces encabeza el raciocinio por la conclusión, otras por el antecedente, con sin igual naturalidad y maestría.

Pero en mover los **afectos** del temor y del terror es aún más diestro y afortunado. Y ¿cuáles pudiera excitar más propios de sus oyentes, que vienen el primer día chorreando aún, como dicen, sangre de pecados? Convenia, ante

todo, despertarlos, sacudirlos fuertemente, y que abriesen los ojos á la vista del precipicio y al trueno de la tempestad. Para ello se afirma Señeri en estos principios del Filósofo. (*Ret.*, II, 5¹).

α) Miedo es una congoja ó perturbación del ánimo, nacido de la aprensión del mal futuro, que puede acarreararnos la muerte ó alguna grave pesadumbre. Έστο οὐ φόβος, λήπη τις ἢ ταραχὴ ἐκ φαντασίας μέλλοντος κακοῦ, ἢ εὐχαριστοῦ, ἢ λυπηροῦ.

β) Que no cualquier mal engendra temor, sino el que nos amenaza terribles dolores, ó nuestra total ruina. Οὐ γὰρ πάντα τὰ κακὰ φοβούνται, ἀλλ' ὅσα λύπας μεγάλων ἢ θανάτου δύνανται.

γ) Que el mal debe presentirse próximo y muy cercano. Καὶ ταῦτ' εἶναι μὴ πάροις, ἀλλὰ συνήκειν συνίστηναι, ὅσπερ μέλλον. Porque esto es peligro, la aproximación de un mal terrible. Τοῦτο γὰρ ἐστὶ κινδύνος, ὑποβροχῆς πληκτικῆς.

Y si se ve inevitable, á no ponerse una condición, entonces erede el temor y, con éste, el deseo de abrazar la condición.

Por estos mismos pasos procede Señeri, amaestrado en la buena filosofía. Todo su conato para aterrar el corazón de los oyentes se cifra en hacerles sentir el mal gravísimo que les amenaza, si no se convierten; en aproximárselo cada vez más, hasta tocarlo con sus manos en el postrer argumento de la primera parte; y, finalmente, los acaba de espantar en la segunda con pintárselo casi inevitable, si al punto y ahora mismo no despiertan. Cabalmente manaja el orador el mismo ejemplo de Aristóteles. «Los males muy lejanos, dice el filósofo, no suelen atemorizar. Porque todos saben que morirán, que es el mayor mal del mundo; mas, por verse lejos de este trance, nadie se turba.» Τα γὰρ πόροις πόροις, οὐ φοβούνται ἴσασι γὰρ πάντες, ὅτι ἀποθνήσκουσι· ἀλλ' ὅσα οὐκ ἐγγύς, ὅθεν προσιζήσουσι.

El arte, pues, del orador consiste en acercar ese peligro, en representarlo vivamente, sin dejarle arbitrio de escapar.

Peroración. Hállase al fin de la primera parte. La deprecación última sirve de magnífica introducción á los discursos que siguen, y se traba, naturalmente, con el final del exordio.

¹ Edic. de Didot.

§ III

ELOCUCIÓN

Las razones mejor concebidas y ordenadas, pero mal dichas, son vanas, en sentir de Fabio Quintiliano, y como el acero bien templado metido dentro de la vaina: *Eloqui enim hoc est, omnia quas mente conceperis, promere, atque ad audientes perferre; sine quo supervacua sunt priora, et similia gladio condito, atque intra vaginam suam haerenti.* (*Inst. Orat.*, VIII, Proem.). No son así los argumentos de Señeri, mas antes como espada de dos filos, que sabe blandir con incomparable gracia y valentía. Si quiere demostrar y esclarecer, ¡qué limpieza de expresiones! Si quiere conmover, ¡qué torrente de palabras, ya dislocadas y secas, ya trabadas y compuestas! Si quiere deleitar y conciliarse los ánimos, ¡qué suavidad, qué viveza de imágenes, qué novedad y belleza, si no en la materia, en la forma del decir! Pero, viniendo al particular, nótese algunas figuras y lumbres oratorias que más sobresalen en este primer discurso.

El estilo en general es vehemente y apasionado, pero rebosa, y como sale de madre, por ejemplo, cuando replica á sus oyentes en el principio: **¿Conque lo sabiais? ¿Lo sabiais todos? ¿Y sois vosotros los que ayer mismo?...** Y aquella amplificación que sigue al cuarto argumento: **Lo que espolea la muerte, entendiedo, amadores de la vida, son los pecados, son las blasfemias horribles...**

Y aquel responder á la objeción en el principio del argumento sexto: **Pero, católicos, ¿habéis olvidado el asunto de que controvertimos? ¿No os acordáis que aquí se trata del alma?...** Y raya en lo sublime el grito que da con el Crisóstomo (VIII). **Hombre, que no sabes si mañana morirás, ¿cómo entregas tu alma, tu vida, tu eternidad? Espantaos, cielos; pasmaos, espíritus bienaventurados.** Y aquel remate tan natural en que pregunta y busca ansioso á ese único de los cien mil que por fin se salvará: **¿Quién es ese privilegiado? (XII).**

Rasgos de ternura, por ejemplo (I). **¡Oh cuántas almas se convertirán al fatal anuncio de la muerte!... Mas ¡ay de mí, que han salido fallidas mis esperanzas!... y al fin de la primera parte: Por las entrañas de Jesucristo, por sus llagas preciosísimas... (X) hasta la conclusión.**

Visiones ó hipotiposis: Que arden ya las hogueras in-

fernales que han de ser vuestra cama por toda la eternidad. Preparados están los tormentos (II). Y no son menos vivas aquellas voces: *¿No oís ya el relinchar de los caballos, y el ladrido de los perros, y la conspiración y vocería?... (III)*, y otras sin cuento sembradas por todo el discurso, cuando se vale del dialogismo.

Similes afortunados, como el de las ovejas golosás y cerrerías (I), y el del *oryx* del desierto tomado de las Escrituras. Ejemplos vivísimos, el de los *ninivitas* (VI) y el del conde Arnolfo en la segunda parte (XII).

Finalmente, modelos de *deprecaciones* son las dos súplicas con que cierra el exordio, y después su razonamiento. Aquella enderezada á los Angeles, á los Santos, á la Madre del Verbo; ésta al mismo Verbo y Salvador del mundo. Aquella suave y amorosa como la plegaria del marinero á la Estrella del mar, al emprender su navegación; ésta enérgica y vigorosa como la voz del capitán al romper de la batalla. Allí corre mansamente la oración, porque aun no siente el orador contrastes ni reveses; aquí se atropella y lucha, porque trasluce en los oyentes la dureza, y en su propio pecho los acometimientos del temor ó de la vanagloria.

Sólo advertiremos para los principiantes: 1.º Que la manera de hablar y reprender, mayormente al principio, es algo áspera, y supone mucha fe en el auditorio. Cuando ésta falta ó se entibia, es menester mayor delicadeza y circunspección. 2.º Que el tránsito de la palabra increada á la creada, en el exordio, y de ésta á la predicada, que es el Evangelio, aunque no desusado entre los PP., no parece de rigurosa verdad y consecuencia.



DISCURSO SEGUNDO

EL MEJOR AMIGO

Audens autem Jesus miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non habetis tantam fidem in Iohanne.
Oyéndole Jesús se maravilló y dijo á los que le seguían: De verdad os digo, que no hay hallado tanta fe en su Jercel.

(MATEO, VIII, 10.)

EXORDIO

QUIEN hoy no se maravilla de la admiración de Jesucristo en el sagrado Evangelio, da muestras de menguado entendimiento, porque revela manifiestamente no entender qué quiere decir maravillarse una Sabiduría infinita. Y, á la verdad, ¿qué hizo el Centurión por donde mereciese del Salvador tan encarecidas alabanzas? Por ventura ¿presentó á Jesucristo como á soberano Dios de los ejércitos sus tropas reverentes para rendirle vasallaje, y, abatidas las lanzas y banderas, aclamarle por su Rey al sonido de músicos instrumentos? ¿Acaso le erigió altares, dedicóle estatuas ó sacrificó víctimas en su honor? ¿Vino tal vez á términos de arrancarse los laureles de la frente, arrojándolos á los pies de Jesucristo, ó puso á sus plantas despojos y trofeos para consagrárselos como á Señor de las victorias? Pues ¿qué hizo? Fióse del Salvador, creyendo que desde lejos podía dar salud á su criado sólo con decir una palabra. *Tantum dixit verbo et sanabitur puer meus.* Y por esto prorrumpe Jesucristo en extremos tan desacostumbrados de admiración, y hace tanta honra á aquel gentil y en tanto grado le enaltece, que llega á jurar (*¡oh estupendo encare-*

Templado y al principio.

Proposición del exordio.

demonstrada por sustentación.

e incremento.

Hezala del Centurión, fiarse de Jesucristo.

Afectos de admiración.

fernales que han de ser vuestra cama por toda la eternidad. Preparados están los tormentos (II). Y no son menos vivas aquellas voces: ¡No ois ya el relinchar de los caballos, y el ladrido de los perros, y la conspiración y vocería?... (III), y otras sin cuento sembradas por todo el discurso, cuando se vale del dialogismo.

Similes afortunados, como el de las ovejas golosás y cerrereras (I), y el del óryx del desierto tomado de las Escrituras. Ejemplos vivísimos, el de los ninivitas (VI) y el del conde Arnolfo en la segunda parte (XII).

Finalmente, modelos de deprecaciones son las dos súplicas con que cierra el exordio, y después su razonamiento. Aquella enderezada á los Angeles, á los Santos, á la Madre del Verbo; ésta al mismo Verbo y Salvador del mundo. Aquella suave y amorosa como la plegaria del marinero á la Estrella del mar, al emprender su navegación; ésta enérgica y vigorosa como la voz del capitán al romper de la batalla. Allí corre mansamente la oración, porque aun no siente el orador contrastes ni reveses; aquí se atropella y lucha, porque trasluce en los oyentes la dureza, y en su propio pecho los acometimientos del temor ó de la vanagloria.

Sólo advertiremos para los principiantes: 1.º Que la manera de hablar y reprender, mayormente al principio, es algo áspera, y supone mucha fe en el auditorio. Cuando ésta falta ó se entibia, es menester mayor delicadeza y circunspección. 2.º Que el tránsito de la palabra increada á la creada, en el exordio, y de ésta á la predicada, que es el Evangelio, aunque no desusado entre los PP., no parece de rigurosa verdad y consecuencia.

DISCURSO SEGUNDO

EL MEJOR AMIGO

Audens autem Jesus miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non laevoci tantam fidem in Israel. Oyéndole Jesús se maravilló y dijo á los que le seguían: De verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israel.

(MATEO, VIII, 10.)

EXORDIO

QUIEN hoy no se maravilla de la admiración de Jesucristo en el sagrado Evangelio, da muestras de menguado entendimiento, porque revela manifiestamente no entender qué quiere decir maravillarse una Sabiduría infinita. Y, á la verdad, ¿qué hizo el Centurión por donde mereciese del Salvador tan encarecidas alabanzas? Por ventura ¿presentó á Jesucristo como á soberano Dios de los ejércitos sus tropas reverentes para rendirle vasallaje, y, abatidas las lanzas y banderas, aclamarle por su Rey al sonido de músicos instrumentos? ¿Acaso le erigió altares, dedicóle estatuas ó sacrificó víctimas en su honor? ¿Vino tal vez á términos de arrancarse los laureles de la frente, arrojándolos á los pies de Jesucristo, ó puso á sus plantas despojos y trofeos para consagrárselos como á Señor de las victorias? Pues ¿qué hizo? Fióse del Salvador, creyendo que desde lejos podía dar salud á su criado sólo con decir una palabra. *Tantum dix verbo et sanabitur puer meus.* Y por esto prorrumpe Jesucristo en extremos tan desacostumbrados de admiración, y hace tanta honra á aquel gentil y en tanto grado le enaltece, que llega á jurar ¡oh estupendo encare-

Templado y al principio.

Proposición del exordio.

demonstrado por sustentación.

e incremento.

Hezala del Centurión, fiarse de Jesucristo.

Afectos de admiración.

cimiento!), llega á jurar que no había hallado en Israel una fe y confianza parecida: *Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Israel.*

Confirmase por experiencia cotidiana

y autoridad eclesiástica.

Ampliación.

Conclusión por licencia dalastrina.

y apóstrófe de verigüenza.

Fin del discurso

y semillas de los argumentos y aducos.

Proposición general.

Proposición particular.

Y es así, católicos, que la general desconfianza de los hombres hace que se tenga ya por caso de maravilla dar con uno solo que se fie de Dios, aun en obras á su poder muy llanas y fáciles de ejecutar. Con razón exclama sobre este punto el gran obispo Salviano: Figúrase que á nuestro Señor ya no se le cree. *Puto non creditur Deo.* ¿Qué digo se me figura? Pluguiera á Dios que lo pensara con incertidumbre de duda y no lo viera con los ojos: *Et quid dico puto? Utinam ambigue putarem et non evidenter agnoscerem. Non creditur Deo, non creditur Deo.* No hay quien se fie de Dios; notorio es y evidentísimo que no hay quien se fie de Dios. Ya porque se juzga poco aventajadamente de su poder, ya porque se duda mucho de su amor y voluntad, ello es cierto que no hallaréis quien no confíe más en un amigo terreno que en el mismo Dios.

Perdonadme, pues, oh soberano y amorosísimo Dueño, si me veo forzado á cometer desde este sitio agravio inmenso y público desacato á vuestra divina Majestad. Véome obligado á exhórtar á este pueblo que me escucha, á que se contente... ¿con qué? con farse de Vos... Sí, noble ciudad, ¿cómo es posible que estribes en amigos de la tierra, que á ellos sigas, que á ellos acudas y con ellos te pierdas eternamente, y que no has de confiar en tu amigo soberano? ¡Oh, si alcanzase hoy á desterrar de tu entendimiento tan perjudicial error, cuánto más frecuentadas se verían las iglesias que los palacios, los altares del Señor que los salones de los grandes!

Mas, comoquiera que suceda, no faltaré yo á mi sagrada obligación; antes bien, con licencia de los que venden al mundo gran fidelidad, voy á demostrar que no hay otro amigo más que Dios, de quien ¡nos la podamos cumplidamente prometer.

Granjee otros amigos quien de ellos hace cuenta, que para mí y ante vosotros afirmo que **sólo Dios es amigo leal sobre la tierra, solo, verdadero, único y cordial amigo**; de suerte, que debería tenerse á maravilla, no ya,

como dijo nuestro Señor del Centurión, que se halle un hombre que le crea, sino que haya uno solo que no le crea y no ponga en Él su confianza.

PRIMERA PARTE

I

No puede negarse que los amigos del mundo son libérrimos de palabra. No hay más que ver los cumplimientos y pomposas fórmulas con que os ofrecen sus servicios, entregan á vuestra disposición sus haciendas, os ruegan que mandéis á vuestro beneplácito, certificándoos con mil protestas que, de no hacerlo, recibirán enojo y pesadumbre. Pero si, demasiado crédulos, dais fe á tales ofrecimientos, os hallaréis burlados y veréis cómo Labán, que os había prometido su hermosísima Raquel, os da una Lia fea y mal carada, y os entrega una Micol aquel Saúl que os ofreció á su primogénita Merob. No hay cosa más corriente en el mundo que alargarse en prometer y ser cortos en cumplir; á semejanza, diríamos, de las nubes de verano, cuando apareciendo tras larga sequía, sobremanera cargadas y amenazando copiosísima lluvia, provocan á las sencillas lugareñas á sacar sus cántaros y vasijas donde cogerla, y al fin pásan todo en escasa y arrebatada llovizna.

No es así nuestro Señor. No frustraré, dice por el Profeta¹, las promesas que salen de mis labios. *Quae procedunt ex labiis meis non faciam irrita*: antes es de ver cuán al contrario del mundo, que promete más de lo que cumple, su divina Majestad suele hacer más de lo que promete.

Aseguró al profeta Ezequías que el ejército del soberbio Senaquerib no entraría en Jerusalén, ni aun dispararía saetas, ni arrimaría escudo á la muralla, ni levantaría atrinchamientos en su contorno. Que tales fueron puntualmente

Arg. 1.^o
De los efectos.
Primer salmoh.
— Los amigos del mundo son largos en prometer.

pero cortos en dar; por ejemplos sagrados

y babilonia acorrujina.

de las nubes de verano.

2.^o miembro → Dios más largo en dar que en prometer.

por cantidad

el ducelobulbillo

¹ Ps. 88.

de Eranquias sus palabras: *Non ingredietur urbem hanc, nec mittet in eam sagittam, nec occupabit eam clypeus, nec circumdabit eam murus* ¹. Ahora bien, bastara para desempeño de su promesa disponer que, desmayados los asirios por algún contratiempo del camino, no pasaran adelante; bastara permitir alguna turbación ó sobresalto en el ánimo del Rey, una discordia entre los capitanes y caudillos, ó un amotinamiento en la soldadesca; y Dios, no obstante, liberalísimo cumplidor de sus promesas, envió á su Angel aquella noche, el cual, entrando con la espada desenvainada en los reales enemigos, dejó en el campo, con estrago horrible é inaudita matanza, ciento ochenta y cinco mil cadáveres, que fueron pasto de las aves de rapiña.

de Salomón. Más, ¿no cumplía su palabra Dios con dar á Salomón la sabiduría que instantemente le demandaba para saber gobernar con acierto sus señoríos? Y Dios le sobreañade las riquezas. Y á Jossafat ¿no le satisfacía completamente sus deseos proveyéndole de agua con que aliviar su cansado ejército, según el santo capitán le suplicaba? Pues además le otorgó la victoria. Y así, discurrid por todas las Escrituras, y hallaréis que no sólo cumple el Señor lo que promete, mas, como dice el Crisóstomo, cümple con liberalidad y superabundancia. *Promissa implet cum liberalitate* ².

III

Arg. 2.^a
De la causa pref.

¡Oh, ésta sí que es fidelidad, H. M. en N. S. J. C., bien diferente de la que veis en vuestros amigos de la tierra! Pero ¿de dónde nace esta diferencia? ¿Sabéis de dónde? De que los hombres no son amigos para daros de lo suyo, sino para despojaros de lo vuestro. No os sorprendáis de lo que digo. Si no, decidme: ¿qué quieren la mayor parte de los que os rodean con tantos halagos y lisonjas, con tantas risas y obsequiosos cumplimientos? Por ventura ¿juzáis que son amigos de vuestras personas? ¡Oh candor extremado si tal creyerais! No, son amigos de la dote que tenéis

Los amigos del mundo buscan su propio interés.

por comunicación.

¹ 4 Reg. XIX, 32. — ² Hom. 54 in Gen.

depositada para casar honradamente á vuestra hija; amigos del empleo que os toca promover; amigos del favor ó valimiento que se pueden prometer de vosotros; amigos de vuestra fortuna y prosperidad; amigos, finalmente, como de las flores las abejas, para chuparles su más regalado néctar; como del olmo la vid, para encaramarse por sus ramas á lo alto.

Sólo Dios desea con ansia nuestra amistad, para colmarnos de sus propias riquezas. Cuanto tiene, cuanto posee, todo lo quiere para provecho de sus amigos. Así, que se ha servido su Bondad liberalísima de entablar con ellos una cabal y reciproca comunicación, conforme á la celebrada ley de la amistad: *Amicorum esse omnia communia* ¹. Mas ¡oh dignación soberana! ¡oh comunicación nunca oída! Díónos de su caudal honor y abundancia, y tomó del nuestro miseria y desnudez; díónos su diinidad, y tomó nuestra vileza; díónos sus merecimientos, y tomó sobre Sí nuestros pecados; díónos su inmortalidad, y tomó nuestra muerte; díónos la bienaventuranza de su reino, y tomó los trabajos de nuestro destierro. ¿Qué más? Vino su Majestad, resume el Crisólogo, á cargarse de nuestras enfermedades, y á darnos en trueque sus virtudes; vino á comprar lo bajo y despreciable de la tierra, y á granjearnos lo divino y celestial; vino á recibir injurias, y á volvernos en retorno gloria y grandeza ². ¿Y hallaréis acaso otro amigo que así quiera concertarse con vosotros, de suerte que no pretenda sino vuestras desventuras y trabajos, no dándoos El sino sus venturas y alegrías?

repetición y afirmación

s.º miembro.—
Dios nos ama

para enriquecernos soberanamente;

por definición de la amistad

por enumeración y contraste alternativo

entre lo que nos da y lo que tomó.

Conclusión final.

IV

AL DE BIBLIOTECAS

PERO PASEMOS ADELANTE, Y PONDEREMOS DE QUIÉN MÁS ABIERTAMENTE SE PROFESA AMIGO ESTE BENIGNÍSIMO SEÑOR. ¿SABÉIS DE QUIÉN? DEL PEQUEÑUELO, DEL ATRIIBULADO, DEL

Arg. 3.^a
De los adjuntos de las personas.

¹ Cic. *De Off.*, t. 16.

² Venit ipse suscipere infirmitates nostras, et suas nobis conferre virtutes; humana quaerere, praestare divina, accipere injurias, reddere dignitates. Hom. L, 1.

Dios ama al pobre y al caído;

por autoridad

inducción sagrada de los israelitas,

Elías,

Eliseo

y Lázaro;

ilustrase con la logia

y apóstrofa.

2.^a miembro. El mundo vuelve las espaldas al miserable

por alegoría

y precaución crítica,

por optación.

oprimido y deshonrado. ¿A quién mirarán mis ojos, aún ma Él por Isaías, sino al cuitado y pobrecito? *Ad quem respiciam nisi ad pauperulum* ¹. Harto lo conocieron los israelitas, por quienes nunca se declaró Dios tan descubierta como cuando, estrechados por Faraón, se pudrían en el lodo como reptiles asquerosos. Vedlo en Elías, por quien nunca el Señor se sirvió obrar tan grandes y estupendos prodigios como en el tiempo en que le vió aborrecido de los grandes, pues sólo entonces hizo llover fuego de los cielos. Vedlo en Eliseo, á quien nunca su Majestad defendió con tanto ahinco como cuando todos, hasta los muchachos, le mofaban y escarnecían, que sólo en este trance dispuso que las fieras del vecino bosque saliesen á la venganza de su siervo. Traed á la memoria aquel Lázaro, hermano tan entrañable de Marta y Magdalena; ¿cuándo se mostró el amor que el Salvador le profesaba? ¿No fué acaso cuando á sus mismas hermanas daba horror? Mirad cómo le amaba, decían maravillados los judíos, al ver las singulares demostraciones de afecto que hizo el Redentor junto al sepulcro del miserable Lázaro: *Ecce quomodo amabat eum* ²; ¡Oh gente depravada!, exclama aquí águidamente el Angelico Doctor: ¿por qué decís cuánto le amaba y no cuánto le ama, pues no deja de quererle aunque hieda en una sepultura? *Crescit miseria, non decrescit amicitia* ³.

¿Cuán por otro camino van los amigos del mundo! No bien os han visto derribado y en desgracia, mirad cómo se van retirando, y plega á Dios que no os vuelvan desvergonzadamente las espaldas; y los mismos que en los serenos días de vuestra pujanza llegaban á adoraros, ya en los nublados de vuestra desventura, ni señales dan de conoceros. Librete Dios, oyentes amadísimos, de deseáros un revés de fortuna, para que probéis por experiencia esta verdad tan desabrada. No; guardaos el cielo dilatados años vuestras haciendas, mantenga para siempre el lustre de vuestra casa; pero os afirmo que, si ésta viene por desgracia á amenazar ruina, veréis cómo al primer vaivén y ruido ligerísimo vuelan cuantas aves se cobijan á su sombra.

¹ Isaí., LXVI., 2. — ² Joan., XI., 36. — ³ De dilig. Deo et prox.

¡Desventurado Job! ¿Qué no hiciera este varón justo para granjearse el favor de los amigos fieles en caso de necesidad! Había socorrido viudas, amparado pupilos, vestido desnudos, alimentado hambrientos, y, con todo esto, hiérole Dios con aquella tribulación que á todos es notoria, y se halla tan desamparado que, por no tener ni un cobertizo prestado, ni una chozuela donde albergarse, ni un pajar donde tenderse, le fué forzoso estar echado, como perro muerto, en público muladar. *Fratres mei praeterierunt me, sicut torrens qui raptim transit in convallibus* ¹. Mis hermanos, dice, pasaron por delante de mí, como el arroyo que corre impetuoso por los valles. — Pero me diréis que en trance tan lastimoso tuvo tres amigos que fueron juntos á consolarle, quienes, apenas le divisaron, rompieron á llorar y gemir y sollozar extremadamente, como desesperados de dolor, y hasta cubriéronse los cabellos de ceniza. Es verdad; pero estos tres amigos son puntualmente los que más confirman mi pensamiento. Porque, decidme: con toda su ruidosa compasión ¿no dejaron al pobre Job tan miserable como le encontraron? ¿Le socorrieron con un maravedí? ¿le proveyeron siquiera de un andrajo con que cubrir sus podrecidas carnes? Oíd la querrela del mismo Job: Ahora llegasteis (dijoles al mirarlos todo atemorizados), y al ver mis llagas estáis amedrentados: *Nunc venistis et modo videntes plagan meam timetis* ². ¡Temerosos ellos! ¿y de qué temieron aquellos egregios personajes al contemplar á su amigo tan abatido y desdichado? ¿Por ventura de no caer ellos en semejante desgracia? ¿ó acaso que no los atosigase con el hedor de sus llagas? No (dice muy á propósito Lira sobre este lugar); temieron que, en el aprieto en que se hallaba, no les pidiese Job algún socorro considerable: *Timentur ne aliquid pro sublevacione sua repeteret ab eis*. ¿Os maravilláis? No hay por qué despreciar tal interpretación, considerándola más ingeniosa que bien fundada, cuando la confirma y acredita el mismo Job. El cual, no bien hubo dicho: Ahora llegasteis, y, en viendo mi podredumbre, y del mismo Job, instante teméis, añadió inmediatamente en el siguiente

Confirmase con el ejemplo de Job.

Narración compuesta.

Exposición de su miseria.

Nota falsa compasión de sus amigos.

por via de prolepsis.

confirmación

verificación.

Desmentir autoridad de Lira

del mismo Job.

¹ Job., vi., 15. — ² Job., vi., 21.

verso: ¿Por ventura os he dicho: Traedme de vuestra hacienda, y dadme con qué acudir á mi miseria? *Nunquid dixi: afferte mihi, et de substantia vestra donate mihi?* ¹. Por donde da á entender que la causa de la turbación de aquellos amigos fué el sospechar que hubiesen de darle algo de su propio bolsillo.

Conclusión.

Amplificación de adverbios de desconfianza.

por gradación poética.

hermoso similitud.

Ahora bien, si de varones compasivos y de blanda condición, como sin duda lo eran los de Job, y que tanto blasonaron de misericordiosos, no hay que esperar de ley ordinaria sino palabras entretenidas; de amigos nada humanos ni caritativos, ponderad vosotros si habrá mucho que esperar. No; nos dejarán despiadadamente pudrir en nuestra miseria, ni se dignarán favorecernos con una palabra de consuelo, ni con un saludo, ni con una mirada siquiera de compasión. ¡Oh hombres sin entrañas!, nos negarán todo alivio esos crueles, si ya no agravan nuestras desventuras con palabras ó malos tratamientos, á semejanza de los que, habiéndose rogecido en el verano á la sombra de una haya con banquetes y danzas, con juegos y representaciones, son los primeros, al verla seca en el invierno, en alzar el hacha para descargar á ciegas entre el robusto tronco y la copa deshojada.

V

Arg. 4.^a
De los socorridos.
Yranquillo por coacción.

Primer miembro.— Los amigos del mundo

dan poco y ponderan mucho.

por experiencia.

Pero demos que os habéis encontrado con amigos de su natural más dadivosos, más francos y misericordiosos, tales, en suma, que estén dispuestos generosamente á socorreros en vuestras necesidades; mas cuándo os harán notable beneficio sin blasonar de ello con pomposo alarde de liberalidad, y vendiéndolo por ventura en mucho más de lo que vale? Pero ¿qué digo favores de alguna monta? Una cortésia, el servicio más insignificante, no se puede hoy admitir sin que se le cubra á uno la cara de vergüenza; hay que reconquer desembozadamente que les somos deudores, y prometerles eterna gratitud. No se encuentra ya quien, al hacernos mercedes, lo haga tan disimuladamente como cier-

¹ Job, vi, 22.

tos ríos que huyen, para no ser observados, por cavernas subterráneas. Bien claro lo atestigua el Eclesiástico hablando de amigos mundanos: Dará poco y alardeará mucho; *Exigua dabit, et multa improperabit* ¹.

Y ¿qué hace la divina Majestad? Hermosamente exclama San Euquerio: Nos reparte innumerables mercedes sin que lo sepamos, y no es menor su benignidad en lo oculto que en lo manifiesto ². Son casi sin cuento los favores y gracias que derrama de continuo por tan secreta manera, que ni lo echamos de ver los que los recibimos; y si otros son más manifiestos, hácelos el Señor tan modesta y calladamente, que parece como que tuviese á gran ventura comunicarnos de su hacienda. Lei muchas veces los sagrados Evangelios y apenas hallé que otorgase nuestro divino Redentor una gracia que no la atribuyese cortésmente á los merecimientos del que la recibía. Concede á la mujer Cananea la salud de su hija, y dícele el Señor: *Oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres* ³. Detiene la corriente de sangre á la mujer Hemorroisa, y Jesucristo le dice: *Tu fe te ha hecho salva, vete en paz* ⁴. Limpia á un leproso de la asquerosidad de sus miembros, y dícele el Señor: *Levántate, que tu fe te ha limpiado*. Alumbró á un pobre ciego la obscuridad de su ceguera, y añade: *Anda, tu fe te ha sanado* ⁵. Perdónale á Magdalena los pecados, y Cristo dice á la mujer: *Tu fe te lo mereció, vete en paz. Fides tua te salvam fecit. Vade in pace*. Así despachaba el Salvador todas las peticiones que le hacían.

Pero más notable á mi propósito es lo que en cierta ocasión aconteció. Rogaron al Salvador que se dignase devolver la vida á la difunta hija del Príncipe de la Sinagoga. Condescendió prontamente, y vase allá. Mas ¡cómo encubrió su divino poder! Pasemos por alto aquel mandar que saliesen de casa los lamentadores, plañideras y demás gente que en gran muchedumbre se habían reunido, que entornasen las ventanas, que cerrasen las puertas; aquel encar-

semejanza de los ríos subterráneos

2.^a miembro.— Dios da mucho y sin hacer alarde.

ni restricción de lo que da.

Por intenciones de lo que había.

3) atestigua los milagros á la fe de los agradecidos.

4) sugiere de ejemplos.

La hija del príncipe.

Narración sencilla por hipotesis.

¹ Eclii, xx, 13.

² Multa nascuntibus donat, nec minor Dei in aperto quam in aperto benignitas est. Ep. I. — ³ Matth, xv, 28. — ⁴ Marc, v, 34. — ⁵ Luc, xviii, 42.

gar tanto secreto é imponer silencio en el negocio. Pero ^{y elección de circunstancias} ¿cuán regaladamente, ya que estubo junto al cadáver, á fin de amenguar en los apenados padres la estimación de la merced que iba á otorgarles, dijoles con divino equívoco que su hija no estaba muerta, sino dormida: *Non est mortua puella, sed dormit!* ¹.

^{Amplificación por contraria comparación} ¿Quién no hiciera lo contrario, á tener semejante poderio? Otro hubiera más bien certificado á todos que en realidad de verdad era ya cadáver, y diría: Venid acá, observad atentamente si hay aquí sombra de vida; mirad ese pulso sin movimiento, sin palpitaciones el corazón, la lumbré de los ojos apagada, ni el más sutil aliento por sus labios. Todo el cuerpo helado, rígido, amaratado, todo cubierto ya de amarillez de muerte. Y así, para encarecer la grandeza del beneficio, hubiera hecho que constase antes claramente la gravedad del caso.

^{Comsecración} No procedió de esta suerte el divino Maestro; quiso que pareciese que no hacía otra cosa sino ahuyentar el sueño de los ojos de una niña dormida, para confundir así, con atenuar favores tan insignes, á los que suelen engrandecer pequeñísimos servicios.

^{Si se desintegramos en no admitir en su escuela á los curados por él;} Hay más. ¿Habéis hallado alguna vez que retuviera Cristo para discípulo de su escuela, ó para familiar y compañero suyo, á ninguno de cuantos curó milagrosamente? No por cierto, Sanó á un hidrópico ² en casa del Pariseo, mas al instante le mandó que se partiese. Resucitó al mancebo á las puertas de Naim ³, pero luego ordenó que se quedase con su madre. Curó á un paráltico ⁴ en tierra de Nazaret, mas al punto le intimó que se retirase á su casa. No de otra suerte se hubo con el otro enérgümo, á quien libertó de los demonios en los confines Gerasenos; porfiaba éste muy agradecido en que había de seguir á toda costa á su bienhechor, mas no hubo medio de lograr del Salvador del mundo que le admitiese en su compañía; antes bien despachólo con estas razones: Vete á tu casa y quédate con la familia: *Non admisit eum, sed ait: Vade in domum tuam ad tuos* ⁵.

¹ Matth., ix, 24.—² Luc., xiv, 4.

³ Luc., vii.—⁴ Marc., ix.—⁵ Marc., x, 19.

Por aquí veréis cuán hermosamente imitaba al sol, el cual, ^{semejanzas del sol} repartiendo tan copiosamente del tesoro de su luz á los planetas, no exige que en retorno le asistan ó acompañen en su curso, sino que; á veces, se esconde para que aquellos brillen y resplandezcan más.

¿Qué decis ahora, amados hermanos? ¿dareis en ese mundo con amigos semejantes? No bien os han dispensado favor de alguna consideración, piden rigurosamente ^{Conclusión y confirmación del primer punto} que les correspondáis con todo linaje de servicios y cortesías, de asistencia y acompañamiento, en casa y en paseo; que renunciéis á vuestra voluntad para cumplir sus antojos, que ostentéis por doquiera los blasones é insignias de vuestros magníficos bienhechores; y, como si fueran algún dios que os hubiera dado el ser y la vida, quieren que os llaméis hechuras suyas. ^{por enumeración}

VI

Mas pasemos adelante. Spongamos que habéis hallado en el mundo amigos de hidalgo corazón, que detestan los alardes exteriores, y no exigen reconocimientos forzosos, ni servicios, ni humillaciones de ninguna especie. Afirmemo, sin embargo, en que no habéis dado con amigos fieles. ¿Por qué? Os lo diré claramente: porque puede suceder que dejen de quererlos bien sin culpa vuestra. ^{Arg. 2.ª Inestabilidad de la caridad humana que sin culpa nuestra puede faltar.}

Largo tiempo tuvo preso Farazón en los calabozos de una torre á dos criados suyos, antes estimadísimos: al principal de los coperos y al de los reposteros, *principem pistorum et principem pincernarum* ¹, y á entrambos porque, como dice el sagrado texto, pecaron contra su señor: *Accidit ut peccarent domino suo* ². ¿Y qué pecado cometieron? ¿Intentaron por ventura envenenarle? ¿Armáronle asechanzas? ¿Urdieron traiciones? ¿Maquinaron alevosamente contra la pública tranquilidad? No, si nos atenemos á la tradición judía ³, fué una culpa del todo casual: en el uno, que halló el Rey un mosquito en la taza; en el otro, que encontró en el pan una piedrecita. ¿Y tan poco bastó para derribarlos de la

¹ Por inducción del V. T. y emendación de canónes.

² Los criados de Farazón.

³ por sustentación y contraste.

¹ Gen., xi.—² Ibid.—³ Apud Lit. in hunc loc.

cumbre de su privanza? Tan poco, sí, tan poco. ¿Qué digo tan poco? Una infundada sospecha, una liviana presunción, puede bastar á desgraciaros con el amigo. Puede robaros la amistad una calumnia, como robó á José la privanza con Putifar aquella mujer desvergonzada y torpe ¹. Puede una envidia malquistaros para siempre con vuestro amigo, como á David con Saúl, porque las hebreas ensalzaban demasiado al vencedor de Goliat ². Puede trocar esa afición la natural inestabilidad del antojadizo corazón humano. Puede robaros la bienquerencia del amigo una reyerta en el juego, una chanza mal recibida, intereses encontrados, un pleito, una discordia.

¿Qué amistad, si no, parecía más arraigada que la que trabaron entre sí Lot y Abraham, Isaac y Abimelec? ³. Y, á pesar de ello, ármase una querrela sobre pastos entre los pastores del uno, y sobre los pozos y abrevaderos entre los pastores del otro, y no hubo más arbitrio que separarse Abraham de Lot é Isaac de Abimelec. Y si se quiere palpar la fuerza del maldito interés para arrancar los amigos, oíd otro suceso más notable y peregrino.

Refiérese en el sagrado libro de los Jueces ⁴ que había un hombre noble y poderoso llamado Micas, el cual, habiendo edificado en su aldea un templo no muy espacioso, pero sí elegante, devoto y adornado con gran primor, acogió por sacerdote de él á un levita del pueblo judío, á quien trataba regaladamente y como si fuese su hijo: *quasi unum de filiis*. Señálóle apartamiento decoroso, duplicados trajes y vestidos, pingüe renta para el diario sustento, y con el fin quizá de que pudiese gastar más libre y espléndidamente, dice el divino texto que le llenó las manos de dinero: *Impleverat illi manus*. Con tanto agasajo había cobrado el sacerdote un cariño especial á Micas, procurando corresponder como podía á sus finezas. Y así, como cierto día unos soldados de la tribu de Dan intentasen forzar el sagrado recinto para robar sus alhajas, él, sin temor de las espadas, salióles al encuentro, los reprendió agriamente, les afecó el

sacrilegio, y, aperciéndose solo á la defensa de las sagradas joyas, les gritaba: ¿Qué hacéis, desatentados, qué hacéis? *Quid facitis? quid facitis?*—¿No fué éste un rasgo de lealtad admirable, un ardimiento sin igual? Pues escuchad ahora. Cuando vieron los soldados aquella resistencia inesperada, dijeron al bizarro defensor: Calmaos, buen hombre, sosegaos. ¿No advertís que en esta aldea no sois más que un ruin levita, un pobre y desconocido sacerdote? Creednos; estaos ahora quedo, y os daremos otro templo mejor de que cuidar ¹. ¿Lo creeríais? En oyendo que se trataba de mejorar de empleo, no sólo calló, que era lo que únicamente pedían, sino que, adelantándose á todos, empezó con su propia mano á despojar el altar, á descolgar las paredes, vaciar los aparadores, robar los incensarios y quitar los idólos, y huyóse luego apresuradamente con los soldados. Amigo mío, amigo mío, ¿así me dejas? ¿así me vendes? ¿así me vuelves las espaldas?—Bien podía dar voces y enronquecer el infeliz Micas que su amigo el sacerdote, ya muy lejos de allí, nada entendía ni oía.

¿Qué os parece, hermanos míos? ¿Qué más habría podido hacer Micas para asegurar la fidelidad de aquel hombre? ¿No le había honrado y regalado por extremo? ¿No había puesto en él ilimitada confianza? ¿No le había colmado de favores y llenádole las manos de riquezas? *Et impleverat illi manus*. Sí, católicos, tal ha sido siempre el comportamiento de los amigos del mundo: arrímanse á quien más ofrece, así como las moscas que acuden siempre á la mesa más regalada, y las palomas al grano más escogido. ¿Y se estiman hoy día amigos tan desleales é inconstantes? ¡Dios mío! ¡Dios mío! No me forcéis, católicos, á que descubra ignominiosos procederes, que avergonzarían demasiado la edad venturosa que atravesamos.

¹ Tace, et impone digitum super os tuum, veni nobiscum ut habeamus te patrem et sacerdotem. ¿Quid tibi melius est, ut sis sacerdos in domo unius viri aut in una tribu et familia Israel?

José y Putifar

David y Saúl

Lot y Abraham

Isaac y Abimelec

El sacerdote de Micas. Narración ilustrada.

Explicación y ilustración de Micas.

por enumeración é incremento.

Nació y confiteció del Levita;

en valor, por ser sosepeya.

La venturosa, por dialógico.

Descolgar, ruin con p oramiento del levita.

por hipotipias

y conduplicación.

El desengañado de Micas.

Aplicación

por exclamación.

enumeración

y retención.

¹ Gen., xxxix.—² 1 Reg., xviii.

³ Gen., xiii et xxvi.—⁴ Judic., xviii, 17.

VII

Arg. 6.^a lo confirma el anterior.

Transición por concesión.

Los mismos beneficios son causa de despojo.

por su propia naturaleza.

Conclusión.

Volvamos á nuestro propósito. ¿Cómo es posible, digo, que estribemos en amigos tan ruines que, sin culpa ni desmerecimiento nuestro, pueden desampararnos? Mas ¿qué digo sin culpa ni desmerecimiento nuestro? ¡Los mismos favores, el amor mismo, la misma bienquerencia nuestra, son causa de que nos desvien de sí y abandonen! Ha llegado á tanto la común locura de los hombres, dice Séneca, que es cosa peligrosísima hacer grandes beneficios¹. Y es así que, no teniendo el favorecido con qué pagar á su favorecedor, comiézale á mirar con aquel ceño con que se mira á los acreedores, húyele el cuerpo, enfádale su presencia y aun su memoria, hasta parar tal vez en enemigo declarado, porque se corre de parecer amigo y no poder mostrarse leal y agradecido. ¿Y esto merece, cristianos, el nombre de amistad fiel, de amistad estable, amistad firme y duradera?

VIII

Arg. 7.^a Firmansa de la amistad divina.

Sustentación.

Dios no puede de jarnos, la naturaleza misma.

Después es imposible el recogimiento por su parte.

Pasemos ahora á hablar de Dios y pongamos término á la comparación. ¿Podemos temer de su divina Majestad comportamiento semejante? Pero ¿qué recelamos? ¿Sospechamos tal vez que se entibie en nuestro amor sin culpa nuestra? ¿Que nos aleje de sí, á pesar de nuestra constancia y fidelidad? ¿Que nos desvie su corazón, aunque queramos perseverar asidos de él? No, amadísimos oyentes, antes ved aquí lo que más me maravilla: que seamos libres, sin culpa por parte de Dios, para dejarle si queremos, y que Dios no sea libre, para, sin culpa de nuestra parte, dejarnos de querer, *non deserit nisi deseratur*. La naturaleza de Dios es tal, que no desampara al hombre si el hombre no le desampara. No hay por qué temer en nuestro celestial

¹ *Et perductus est furor, ut periculosissima res sit beneficia in aliquem magna conferre. De Benef.*

Amigo veleidades, no celos, no sospechas, no lisonjas ni fingimientos; recatémonos sólo de nosotros mismos.

Levanta un día el Apóstol la enamorado voz, y exclama que nadie será poderoso á apartarle del amor á Jesucristo; ni Ángeles, ni Principados, ni Poderes celestiales, ni lo encumbrado, ni lo profundo, ni lo fuerte, ni lo flaco, ni lo presente, ni lo venidero. *Certus sum quia neque Angeli, neque Principatus, neque Virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum poterit nos separare a charitate Dei*¹. Mas ¿no habéis advertido, dice oportunamente San Bernardo, cómo entre tantos ejércitos y poderes de que hace alarde, no se cuenta á sí mismo? *Multa enumeravit Apostolus, minime tamen adjecit, nec nos ipsi*². ¿Sabéis por qué? Porque sólo nosotros podemos perder á Dios de nuestra propia voluntad: *Soli Deum deserere possumus propria voluntate*. Y ¡oh consoladoras palabras!, fuera de esto no hay nada absolutamente que temer. *Et praeter hanc nihil est quod timeamus*. Nada, hermanos míos, absolutamente nada. Solos nosotros nos podemos acarrear un daño que no puede el mismo Dios con toda su admirable y espantosa omnipotencia.

Y si ello es así, como lo es, ¿no os parece grandísima ventaja que sólo á nosotros mismos podamos achacar la pérdida sobre toda pérdida de tan buen Amigo? ¿Qué consuelo! ¿qué paz! ¿qué seguridad incomparable! Si amo á una criatura, he de precaverme de mí que pueden arrebatármela; si amo al Criador, sólo de mí mismo he de guardarme. Prométanle, enhorabuena, otros más acaudalados, presentes magníficos, ricos patrimonios, alhajas y prescas verdaderamente reales; que cierto estoy que no me pospondrá á ninguno mi Señor, si yo, aunque más ruin y miserable, le amare más de corazón. No obra, no, como el sacerdote de Micas, de tal suerte que siga al que le ofrezca mejor partido, ni se entrega más á quien más le da, sino á quien más le ama.

Y así reparo que, cuando entre los Apóstoles que le se-

Confirmase por autoridad de San Pablo.

Ilustrado por San Bernardo.

Conclusión por consuetudine.

Amplificación por sí misma de confianza.

¿Porque en esta Dios al que más ama.

Después al que más ama.

¹ Rom., VIII, 38, 39.

² Serm. de dupl. part.

Pruebas por exo-
gones de ejem-
plos.

San Pedro, San
Mateo,

la Magdalena,

la pobre viuda:

por trabajo,

autoridad,

espíritu,

guian, buscó á quien dar la primacía, no condecoró con ella al más rico y adinerado, porque de atender á esto correspondía el pontificado á San Mateo, sino al que le amaba más entrañable y fervorosamente; y asimismo, de las dos hermanas que hospedaban al Salvador, ¿á quién alabó primero y con más encarecimiento? ¿Por ventura á la que más se afanaba en agasajar á su divina Majestad, ó á la más bien á la más abrasada en amor á su celestial Maestro? Por semejante manera, aquellos ricazos de Jerusalén que echaban en el gazofilacio tanto oro y plata, no lograron con todas sus ofrendas que los prefiriese el Redentor del mundo, ni aun que los igualase, á la pobre viuda que á duras penas pudo dar dos maravedises. *Duo minuta*¹. No le ciegan las dádivas, ni engolosinan los regalos, ni aprecia á los amigos por lo que dan, sino por lo que son en hecho de verdad. *Hilarem enim datorem diligit Deus*². Ama el Señor, dice el Apóstol, al que da, no lo magnífica y espléndidamente, sino alegre y espontáneamente; prenda es su amor que no mira á la obra, sino al efecto; no á la mano, sino al corazón.

IX

Ni vayáis á creer que se desdena Dios, como los hombres, de verse obligado, y como prendado y adendado con nosotros: muy al contrario, dice San Crisóstomo, no se deleita tanto el acreedor con sus deudores, como Dios con sus acreedores³. No nos regocijamos tanto nosotros con la vista de aquel de quien hemos de recibir, como el Señor viendo á las criaturas á quien ha de dar. Y de aquí, ¡oh qué diferencia tan preciosa y divina! Acontece que, si un miserable ha recibido secretamente limosna de personas inferiores de condición, cuando llega por algún lance inesperado á trocar la suerte y á verse de improviso cercado de honras y de riquezas, rebotando dicha y prosperidad, avergüenzan-

¹ Marc., xii, 42.—² 1 Cor., ix, 7.

³ Non perinde delectatur suis debitoribus creditor, ut Deus suis creditoribus. Hom. 7 in ep. ad Rom.

se de mirar á aquellas personas, cuyas casas solía frecuentar manifestando su miseria, y nada le amarga tanto y así le lastima el corazón, como que diga alguno de ellos, ó por ostentación ó para sonrojarte: «¿Veis á aquel que bizarrea por ahí tan vanamente? Pues me acuerdo haberle visto por diosando á la puerta de mi casa».

Más Dios nuestro Señor, ¡de cuán diferente manera trata con nosotros! A son de trompetas convocará el día posterior al universo mundo. ¿Y para qué? Para noticiar á todos los vivientes la moneda más mínima que de nosotros haya secretamente recibido; y en aquella su excelsa gloria y majestad no se sonrojará de reconocer uno por uno á todos sus bienhechores que le ayudaron en los días de su carne, y de protestar que fué pobre y necesitado en la tierra, y cómo del uno recibió un andrajo con qué cubrirse, del otro un mendrugo con qué sustentarse, de éste una fruta, de aquel un jarro de agua. *Cum venerit in majestate sua dicet: Esurivi et dedistis mihi manducare, sitiivi et dedistis mihi bibere*⁴. Cuando viniere en su majestad y poderío... ¿Qué hará? Cuando viniere en su majestad y poderío, entonces dirá: Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve enfermo y me visitasteis, encarcelado y me socorristeis en mi necesidad.

X

¡Oh Amigo único y verdadero amador de los hombres! ¡oh fidelidad acendrada! ¡oh lealtad incomparable! ¡oh soberana llaneza! ¿Tuve, ó no, razón, amadísimos en Jesucristo, en desacreditar toda amistad que no sea con Aquel, de quien así se fió nuestro Centurión? Decidme ingenuamente: ¿no habéis prorrumpido alguna vez vosotros mismos en aquella sentida exclamación del Sabio: *Virum fidelem quis inveniet?* ¿Quién hallará un amigo fiel?⁵ ¿Conque no hay en el mundo amigo de quien fiarse! ¡Conque hallamos por experiencia cotidiana y lastimosa que los más de ellos nos

⁴ Matth., xxv, 31.—⁵ Prov., xx, 6.

Arg. 9.^a
De los que se
gustan.
Dios se gusta
de ver nuestro
deudor.

Primer in-
ten- Los amigos
de acá se afanan
de reconocer que
nos deben.

por experiencia,

auténtico

promoperep.

2.^a inlenbro-
Dios se gustara
de confesarse por
tal.

en el día más so-
lemne del Jeleón

declaramos su mi-
seria

del y nuestra caridad
con él;

por: sustentado
y divino tratado.

Arg. 9.^a
Recapitulación
sacra por exco-
municación de con-
danza en Dios.

interrogaciones
de todo y

engañan, y burlan con traición nuestra confianza, y como halcones, sólo atentos á la presa, huyensenos de las manos cabalmente cuando creímos tenerlos más seguros! Meditad los vosotros mientras que yo descanso, y apercibíos á contestarme á una duda gravísima, que para provecho de vuestras almas voy á proponeros.



Fruto práctico.
Hollar la amistad humana por conservar la divina.

Transición por comunicación paratética.

Arg. 1.^o
Al Anfitrión

porque sólo Dios es merecedor de nuestra amistad.

Afectos de rabo.

Amplif. por ejemplo.

La duda gravísima que he determinado proponeros es como sigue: Si sólo Dios nuestro Señor puede con razón llamarse Amigo nuestro verdadero; si todos los otros amadores mundanos adolecen poco ó mucho de infidelidad é inconstancia, ¿cómo es posible que haya en la tierra quien, por contentar á un amigo, descontente á Dios?... ¿Nadie me responde? ¿ó no me expliqué bastantemente? Volveré á repetirlo. ¿Cómo es posible, pregunto, que haya quien por complacer á un amigo terrenal, quien por acceder á sus invitaciones, quien por seguir sus consejos y lisonjear sus caprichos, disguste á Dios, deshonre á Dios, huella á Dios, y que, por guardar lealtad con el mundo infiel y traicionero, sea desleal á aquel Señor, que le guardó siempre lealtad eterna é invariable? ¿Qué respondéis á ello? ¿Qué decís? Satisfacedme, os ruego; dadme siquiera una aparente contestación... ¡Oh ingratitude y alevosía de los corazones cristianos! Bien echo de ver que nadie de vosotros osa respirar, porque nadie hay quizás que no sea reo de tan grande crimen. Y si es así, cúbraseos á lo menos el rostro de vergüenza y confusión.

Es celebrado Pericles porque, solicitándole un amigo á que jurase en falso por darle gusto, le dió aquella tan sabida respuesta: que sería su amigo, pero hasta el altar. Amicus usque ad aras.—Y con todo esto, no le alaba, antes le vitu-

pera Plutarco, como de haberse adelantado demasiado.¹ Porque ¿en cuantas cosas nada bueno no habría arrastrado el ánimo de Pericles quien se atrevió á pedirle el sacrilegio? Pues bien, católicos, vuestra amistad con los hombres ha de romperse, no ya en el altar, que fuera mucho adelantarse, sino en los umbrales de la iglesia; de suerte que, en llegando al sagrado dintel, ni les venga á vuestros amigos pensamiento de tentaros. ¡Ah! ¿es que no están por ventura certificados todavía de que amáis más á vuestro Dios que no á ellos? ¿Es que aun dudan tal vez y os ven tan vacilantes que esperan arrastraros? ¡Oh agravio inmenso á vuestro noble Amigo! ¡Oh desacato incomprensible á la infinita bondad!

resolución práctica

y afectos de vergüenza y dolor.

XII

¿Y con qué semblante osaréis luego comparecer ante el acatamiento de su divina Majestad á pedirle socorro en vuestras necesidades? Herido Dios del celo vivísimo de su honra: Id, id (podrá decirlo con razón); acudid á vuestros amigos más dignos que Yo, más queridos que Yo, más apreciados en vuestro corazón que Yo. ¿No pusisteis en los hombres toda vuestra confianza? Pues que os valgan los hombres, que os libren ellos de la muerte, que os devuelvan ellos la salud, que os lleven al paraíso, que os saquen los hombres del infierno. *Ubi sunt dii vestri in quibus habuistis fiduciam?*² ¿Dónde están los dioses en que fiabais? Ea, levántense ahora en vuestra ayuda, levántense y libren os. *Surgant et opulentur vobis, surgant et liberent vos.*—
¿Y qué responderéis vosotros? ¿Esperáis por ventura que interpongan su valimiento esos vuestros amigos, por cuyo respeto ofendéis al Señor de la majestad, y que le dirán que ellos son los culpables y los reos de vuestros crímenes, y que descargue en las espaldas de ellos las penas que os estén aparejadas? Muy al contrario, ellos serán, si es me-

Arg. 2.^o
Al Anfitrión.
Si no, Dios os desolará cuando más os temer de Él.

por notable proposición, consecuencia.

ironía.

Vos amigos no os valdrá entones.

¹ Usque ad aras, usque ad aras nimis prope accesserat. Plut., De vitiosis pudore.—² Deut., II, 37.

nestor, los primeros en levantar su voz contra vosotros y confundiros y condenaros.

Cuentan las sagradas letras que, desbaratado Absalón por el ejército de Joab, dióse á huir á rienda suelta por una selva muy frondosa, donde le acaeció un lance funestísimo; porque, enredándole el viento los cabellos en las ramas de un árbol, más espantado su corcel, siguió precipitadamente su carrera, y el miserable Absalón quedó colgado, sin arbitrio de poder cortarse ó desenredarse la melena. Un soldado de la hueste enemiga, que le vió, voló á noticiar el caso al mismo capitán Joab, quien le dijo: «¿Cómo, si es así, no le hundiste el puñal en el pecho, y yo te diera en pago no menos de diez siclos de plata?» «Eso no, repuso el soldado; aunque me dieras mil no lo hiciera, porque ordenó el Rey que no tocásemos á la vida de Absalón; y si con más valentía que reverencia, y más arrojo que cordura hubiese quebrantado las reales órdenes, el Rey se enojara gravemente contra mí, y tú mismo, si, tú mismo, ó por temerario, ó por temor, ó por adulación, ó por otros respetos que os sabéis los cortesanos hábiles, hubieras tal vez sido el primero en denunciarle mi hecho.»

¡Oh cuán sabia y cuerdamente respondió en descargo propio este pobre soldado! Tú, que ahora me aconsejas que cometa contra mi Rey semejante desacato, tú mismo, no sólo no abogarias en mi favor en aquel apuro, antes dirías que fui un temerario, un sacrilego, un rebelde quebrantador de los reales mandamientos, y ayudarias á que me llevasen más pronto al degolladero. *Sed et si fecissem contra animam meam audacter, nequaquam hoc regem latere potuisset, et tu staras ex adverso* ¹.

XIII

Tal es la respuesta, hermanos míos, que habéis de dar al compañero que os seduce con halagos ó provoca al mal. No os fiéis, no le creáis; tened por seguro que, cuando com-

¹ 2 Reg., XVIII, 13.

parezáis en el tribunal de Dios, él será vuestro más im-
placable acusador, vuestro enemigo más cruel y encarniza-
do. Ahora os convida, como amigo, á ver aquella represen-
tación profana; mas entonces, si, católicos, *stabilis ex adverso*,
estará contra vosotros, y dirá que le animó á ello ver la
afición desapoderada que en vosotros descubrió á los mun-
danos pasatiempos. Ahora os invita, como amigo, á que le
acompañéis á la casa de perdición, y en aquel día, si, her-
manos míos, *stabilis ex adverso*, será vuestro contrario y dirá,
para sincerarse, que le disteis ocasión con vuestros devaneos
y juvenil licencia. Ahora os convida con semblante de
amigo á entrar en aquel contrato injusto, y luego, creedme,
stabilis ex adverso, será vuestro enemigo, y alegará en su de-
fensa que, si lo hizo, fué porque vió en vosotros una sed insaciable
de dinero. Y así, tened por cierto que, mientras pueda, será
el primero en lanzar sobre vosotros cuantos cargos le presenten.
¿Y de gente tan villana y perversa os dejaréis vosotros arrastrar
para ofender á Dios nuestro Señor? ¡Oh ceguedad! ¡Oh insensatez!
¡Oh locura extremada! ¿Qué derecho tienen esos traidores,
qué títulos, y de aborrecimiento á los malos amigos,
qué merecimientos con vosotros para que, por complacer á ellos,
sea menester que volváis las espaldas á aquel Señor, á quien
finalmente habéis de acudir en el postrer desamparo?

XIV

Mirad, mirad ya, hermanos míos, á este suavísimo Señor tan apenado, á este Señor tan dolorido y en todo el cuerpo despedazado. Volved los ojos adonde queráis; á esas llagas nos hemos finalmente de acoger. Día vendrá en que, asaltados de imprevista enfermedad, y desbauciados de los médicos, nos hallaremos sin más despojos de esta vida miserable que el arrepentimiento de haberla desaprovechado. ¿Y qué amigos vendrán en aquel trance á consolarnos? Tal vez quien espere alguna manda en el testamento. Por lo demás, ¡qué espantosa soledad! Lo sombrío de la estancia medicina inficionada con la diversidad de medicamentos, el huelgo corrompido, la pestilencia y hediondez de todo el cuer-

por tática proo-
popeya.

Los dos amigos
en el Tribunal de
Dios.

por antipatia.

Coordinaba.

afectos de odio

de aborreci-
miento á los malos
amigos.

Arg. 4.º
son Apóstolica
dición Parroquial

En la hora de
la muerte sólo Je-
sus no os abandona-
rará.

El moribundo
Cristo crucifi-
cado.

Arg. 3.º 6 apli-
cación de la ante-
rior respuesta.

po, harán que hasta los más caritativos religiosos se acerquen con asco á nuestro lecho. Sólo un pequeño crucifijo vendrá á quedar en nuestras manos, sólo El no tendrá horror de que le toquemos y acerquemos á nuestros labios moribundos. Pues ¿qué será de nosotros si entonces nos acusa la conciencia de haber menospreciado hasta aquel punto á su divina Majestad? ¡Dios mío, qué congojas! ¡cómo temblará y rugirá nuestro mezquino corazón! Ver claro que todos nos han abandonado, que no hay más esperanza que Dios, ni más socorro que Dios, ni otro bien que Dios, y tener que decirle: Yo os menosprecié, Señor, y os menosprecié por dar gusto á unos hombres ingratos y desconocidos. ¡Oh, cómo entonces le pediremos un año al menos de vida, un año, un año siquiera para manifestar á todo el mundo que no hacemos caso de amigos terrenales! ¡Oh qué propósitos tan nobles, qué deseos tan piadosos! Pero se llega la última respiración, y es forzoso morir. Imaginad, pues, con cuánta amargura, con cuánta pena y confusión volveremos la mirada á nuestro Dios tan ofendido: y ¡plegue al cielo que, sobresaltados de súbito furor, no nos precipite el enemigo al caos de la desesperación sempiterna!

¿Y qué hemos de hacer para evitar ese trance tan horrible? Vedlo, oyentes amadísimos; hagamos hoy una firme resolución de querer á Dios como amigo nuestro en lo que vale, que es decir como el mayor y mejor de los amigos. Amemos enhorabuena á nuestros parientes y allegados, pero más á Dios; amemos á nuestros compañeros, pero después de Dios; amemos á nuestros amos y señores, pero menos que á Dios. Y no nos avergoncemos de confesarlo así á cara descubierta en presencia de quien pretendiere lo contrario:

*Deus meus in te confido, non erubescam*¹. ¿Y quien ha de darte por ofendido de que se le posponga al que nos crió, al que nos redimió, al que nos ha de hacer eternamente bienaventurados? Y si alguno lo llevase á mal, por el mismo caso deberíamos rechazarle con más indignación, porque no merece nuestro amor amigo tan perverso.

¹ Ps. XXIV, 2.



ANÁLISIS ORATORIO

§ I

INVENCION

EL intento, á que mira el orador, es persuadir á los oyentes que por ninguna amistad ni respeto humano dejen á Dios y el cumplimiento de su santa ley.

Para **convencer** los entendimientos, vélese del concepto de **amistad** y sus propiedades, y **mueve** los corazones con los afectos de **amor** y **desamor**, de **confianza** y **desconfianza**; conviene á saber, de amor y confianza respecto del amigo verdadero; de desconfianza y desamor respecto de los amigos falsos y mentirosos. La causa, pues, pertenece al **género deliberativo**, porque persuade que en solo Dios conviene estribar, y á solo El hay que dar gusto. Písa, no obstante, con el género **demostrativo**, por razón de la alabanza y vituperación que encierra de la verdadera y falsa amistad; y también con el **judicial** ó cuasi judicial, porque envuelve una acusación y defensa, y remata condenando la amistad humana, ó, cuando menos, posponiéndola y sujetándola á la divina.

El estado de la cuestión es **definitivo**, porque se disputa sobre quien merece el nombre de verdadero amigo; mas participa del estado de **cuadralidad**, porque demuestra que no es ventajoso ni honesto fiar en los hombres, antes inútil en sí, y á nuestro Señor muy injurioso. Así dice la **proposición**, que sólo Dios es **único leal** y **verdadero amigo**.— Gran primor de la elocuencia de Señeri es el modo tan artificiosamente natural con que entabla la cuestión, moviéndose con holgura en los límites retóricos, y mezclando magistralmente los géneros, sin intrincar la causa, y acrecentando el interés.

PRIMERA PARTE

I

La verdadera amistad más consiste en obras que en palabras, más en cumplir que en cumplimientos y ceremonias.

Los amigos del mundo son largos en cumplidos y promesas, pero cortos en ejecutar; Dios corto en promesas, pero magnífico cumplidor de ellas:

Luego sólo Dios es nuestro amigo verdadero.

La primera verdad no ha menester prueba, y aun repiten los oyentes aquello de obras son amores, que no buenas razones. La segunda, por parte de los amigos del mundo, declárala, ya encareciendo sus cortesías pero vanas fórmulas, ya apocando sus estériles resultados con el ejemplo de Labán y de Saúl, y con el *simil* de las nubes del estío; por parte de Dios, trae en confirmación su infalible autoridad, y apóyala gravemente con ejemplos, donde descuella la siempre fiel y sobreabundante liberalidad de nuestro divino Amigo.

II

La verdadera amistad tiene por blanco el bien y provecho del amigo:

Los amigos del mundo buscan vuestro bolsillo y su propio medro é interés; sólo Dios desea vuestra amistad para colmaros de sus bienes y dáoselos á sí mismo:

Luego sólo Dios merece el nombre de Amigo.

Si el primer argumento le tomó Séneca de un efecto de la amistad, éste lo saca de la causa final ó término del amor. La segunda verdad, pues, la apoya con el hecho de los mundanos, esclareciéndola con el *simil* de la abeja y de la yedra; y respecto de Dios amplifícala con la inducción de los bienes que nos da y de los males y miserias que toma de nuestra naturaleza, empobreciéndose. El para enriquecernos á nosotros.

III

Los amigos del mundo vuelven el rostro al pobrecito, al desgraciado:

Dios se complace en favorecer al caído y menesteroso: Luego Dios es vuestro mejor amigo.

He aquí el contraste y piedra de toque de la acendrada amistad, y esta prueba, sacada de los adjuntos ó circunstancias de las personas, la desenvuelve el orador comenzando por el segundo miembro. Que se enamore Dios del pobrecito, véase por sus mismas palabras, y por las obras ó ejemplos, v. gr., de su amparo y predilección á los Israelitas, á Elías y Eliseo, y al ya cadáver de cuatro días, el desventurado Lázaro. Que el mundo tuerza el rostro al infeliz, decláralo con el *simil* de la casa que se viene á tierra y huyen las avecillas que se abrigaban en sus muros, y más lastimosamente con el ejemplo de Job, desamparado y aun escarnecido de sus interesados compañeros. Cierra con el magnífico *simil* de la haya cortada por los mismos á quienes había recreado con su sombra.

IV

Los amigos del mundo dan poco y ponderan mucho: Dios da mucho y pondera poco, y aun gusta de hacernos bien calladamente:

Luego ese es nuestro amigo verdadero.

De un accidente ordinario en los bienhechores saca el orador este argumento ingenioso. Engrandece las exigencias de los bienhechores de la tierra por nonadas que dan, y compáralos por semejanza á los ríos subterráneos. Mas enaltece la modestia de su divina Majestad, ya con el testimonio de San Enaguero, ya con muchedumbre de ejemplos, donde resplandece la naturalidad con que hacia los milagros, la gracia con que los atribula á los demás y el despegamiento á aquellos de quien podía esperar alguna recompensa; ya, finalmente con el *simil* del astro más brillante y hermoso, y, por decirlo así, el más humilde.

V

La amistad del mundo os puede faltar sin culpa vuestra; la de Dios jamás, si primero no faltáis de vuestra parte:

Luego Dios es el Amigo único y verdadero.

Derivase, pues, de la circunstancia del tiempo, ó sea, de la inconstancia y poca firmeza de los amigos; confirma lo uno con la rápida enumeración de las causas futilísimas, que suelen desatar las amistades más antiguas y bien fundadas, y añázalo con la inducción de ejemplos sagrados, singularmente con la gallarda exposición del interesado sacerdote de Micas; y lo otro, de la firmeza del amor divino, pruébalo en esta forma: *Nada ni nadie me puede quitar á mi Dios, si yo no quiero: Luego es eterna su amistad.* Pruébalo, porque ni en Dios ni fuera de Dios hay cosa que la pueda romper ó entibiar, sino yo mismo: por lo cual sólo de mí mismo me he de guardar. La autoridad de San Agustín, y más la del Apóstol desafiando á las criaturas todas, menos á su propio corazón, que no le apartarán de la caridad de Cristo, comprueban esta verdad dulcísima. **Confírmala**, porque Dios no mira el don, sino el corazón: vese claro, porque ni Mateo el rico, ni Marta la hacendosa, ni los adinerados de Jerusalén, sino más bien Pedro, Magdalena, la pobrecita viuda de los dos cornadillos, es decir, los más amantes, robaron su afección y cautivaron su divino amor.

VI

Los amigos del mundo se desdennan de reconocerse por deudores de sus amigos: Dios se precia y hace alarde de su obligación para con ellos:

Luego Dios sólo merece el nombre de fiel Amigo.

De otra circunstancia ó condición de la amistad resulta este postrer argumento. Pinta, para declarar lo primero, la índole de los mundanos, su desdén, su disimulo ó sonrojo al encontrarse con sus antiguos bienhechores; y prueba lo segundo con la viva representación del Juicio universal, donde y en presencia de todo el mundo confesará Dios sus necesidades y pobreza antigua y los socorros que recibió de sus buenos amigos.

SEGUNDA PARTE

I

Es desacato enorme, por ser fieles con el amigo infiel, ser desleales con el leal:

Dios es fidelísimo; los amigos del mundo desleales y fementidos:

Luego injuriáis á Dios gravísimamente si por complacer al mundo disgustáis á nuestro Señor.

No es en rigor nuevo argumento, sino noble arranque de elocuencia y conclusión que de lo dicho hasta ahora se collige. Todo es aquí manifiesto; lo primero, porque lo evidencia la luz natural de la razón; lo segundo, porque está probado en la primera parte.

II

No os valdrán los amigos del mundo en vuestra mayor necesidad, antes se levantarán contra vosotros: sólo Dios podrá valeros.

Luego debéis hollar las amistades humanas y granjear solamente la divina.

Si el anterior motivo está sacado del bien honesto, éste del bien útil, y demuéstralo por los consiguientes. Porque, si buscáis amigos de la tierra, Dios os desechará y ellos os acusarán rabiosamente. Dios, porque le despreciasteis; ellos, porque os aborrecían. **Amplifica** esto último con el maravilloso ejemplo de aquel soldado de Joab, el cual no quiso cumplir el consejo de su capitán de que matase á Absalón, porque se recelaba justamente que le denunciaria y acusaría el primero, si tal hiciese. Que sólo Dios os podrá valer, veréislo en la hora de la muerte, donde, dejados de todo el mundo, no os dejará el santo crucifijo.

Inención por cierto prudentísima, porque templea con la suavidad de la presente materia la terribilidad del anterior discurso, y apercebe á los oyentes contra el mayor peligro, que son el respeto humano y las malas compañías. Inención propia de la causa, porque se ciñe á los argumentos de interés, lenguaje único que entiende el auditorio, y sólo

de pasada toca los que engendran la verdadera amistad, que se funda en amor de benevolencia, no de concupiscencia y provecho propio. Invención **sabia**; pues, con ser tan llana y popular en las razones, son todas muy sólidas y que, apenas se perciben, inclinan al asentimiento y al amor.

§ II

DISPOSICIÓN

Pero esta sabiduría resplandece aún más en la disposición ó traza del discurso. Porque no podían coordinarse las partes, ni eslabonarse mejor los argumentos en orden á los tres fines del orador, que son: **demostrar, conover y deleitar**; mas teniendo presente que *probare necessarius est, delectare suavisissimum, placere victoriosum*¹, todas las pruebas, todas las galas y primores los encamina á la victoria de la persuasión. Y aunque, con arte maravilloso, enseñando conmueve, y deleitando enseña, y conmoviendo alumbra y recrea juntamente, todavía, para gozar y saborearse en ese conjunto, es menester estudiarlo por sus miembros.

Tras un **exordio justo y legitimo**, sacado de una **instrucción** patética del Evangelio, donde se maravilla Cristo de la fe del Centurión, asienta Sénieri la **proposición clara, breve y, al parecer, simple**, pero en realidad **compuesta**.

Traza del discurso en orden á enseñar y convencer: Como ha de probar dos extremos, á saber: que los amigos del mundo no son amigos, que en solo Dios hay verdadera y sólida amistad, entenderáse el nervio de la argumentación por estas palabras del Filósofo. Nadie como Aristóteles ha definido mejor la amistad; ni nadie ha sacado de su doctrina en el pulpito tanto partido como Sénieri. Consiste la amistad, dice en el II libro de la *Retórica*, c. iv, en querer á otro los bienes que uno tiene por tales, por causa de él, no por su propio provecho, y en procurárselos según su posibilidad. Έτοιμίη τὸ φιλεῖν, τὸ βούλοσθαι καὶ ἂ σκεπταί αγαθὰ, ἐπεισοῦ ἐνεκα, ἀλλὰ μὴ αὐτοῦ, καὶ τὸ κατὰ δύναμιν πρακτικῶν εἶναι ταῦτων. Y añade á continuación la definición de amigo: el que, amando, es amado reciprocamente. Φίλος δ' ἐστὶν ὁ φίλων καὶ ἀντιφιλοῦμενος. He aquí las dos partes del discurs-

¹ Cic. Orat. xxi, edic. de Lemaire; según otros, xii.

so: 1.ª ¿Quién nos ama con amor de amistad? 2.ª ¿A quién hemos de corresponder volviendo amor por amor?

É invirtiendo oratoriamente los miembros de la definición, da **principio** con la última propiedad de la falsa amistad, como más notoria, á saber, la sobra de palabras y la falta de obras y sacrificios. Prosigue luego con el fin, *ἐπίνοῦ ἐνεκα, ἀλλὰ μὴ αὐτοῦ*, y toma luego la **tercera** prueba de las palabras siguientes: **El verdadero amigo se entristece con las pesadumbres del amigo, no por otro motivo sino por él**. La **cuarta**, de otra propiedad que exige más abajo para ganar amigos, ó conocerlos; á saber, **que se haga el bien sin blasonar de ello, ni siquiera dar muestras exteriores**; y da la razón de Sénieri, **porque así parece que lo hace, no por sí, sino por él**. Y lastima tanto nuestro corazón quien hace ostentación de una nonada que nos dió, que le aborrecemos como si nos echara en cara los defectos, *καὶ τοὺς μὴ οὐδεὶστας, μῆτε τῶν ἀμαρτημάτων, μῆτε τῶν εὐεργετημάτων ἀνεπίστρον, γὰρ ἐλεγκτοῦσι*. Y las otras dos pruebas están derramadas por el mismo capítulo. Y es tal la importancia del conocer estos afectos, que los llamó Aristóteles **el arte de hacer y deshacer amigos, de separar los verdaderos de los falsos**, que es el intento de nuestro orador en el presente discurso.

La trabazón de los argumentos es naturalísima. Tres de ellos miran lo que **precede** al hacer el beneficio, y los otros tres á lo que **suele seguirse**. Antes de darlo, se consideran las **palabras** con que se promete, las **cosas** que se quieren dar las **personas** favorecidas. Y, después de dado, otra vez las **palabras** ó encarecimientos, la **continuación** ó estabilidad en darlos, y, si algo reciben, confesarse por **deudores**.

En la primera parte sienta los principios, en la segunda deduce la conclusión. La primera es más especulativa, más práctica la segunda. La primera tiene semblantes de panegírico, la segunda de peroración ardiente.

En orden á interesar y deleitar: Válese de tres industrias. De un **contraste** maravilloso entre esta pieza y la anterior, entre la primera parte y la segunda, entre una razón y otra razón, y en la misma razón entre un extremo y su contrario; componiendo y amasando dos sermones en uno, sin menoscabo de la claridad y con singular deleite. De una **gradación** é incremento muy notable, enlazando agudamente y deduciendo el segundo motivo del anterior: porque, en las señales de la sólida amistad, procede de las menos costosas á las más difíciles, de las más obvias á las más sutiles y encubiertas, rematando, no obstante, con la más solemne manifestación del Juicio final. Gana, últimamente, nuestro corazón con **mostrarse amigo** de sus amigos los

oyentes, y enemigo de los enemigos de ellos, verificando en sí mismo, respecto de su auditorio, las condiciones de la amistad verdadera.

En orden á mover: Brillan en la primera parte los movimientos suaves (*ήπιον*), y en la segunda los vehementes (*παθητικόν*). Aquellos apacibles y á propósito para atraer los corazones; éstos fuertes, ardientes, arrebatados, que son los que arrancan la victoria: *Ilud superius, come, jucundum, ad benevolentiam conciliandam paratum: hoc, vehemens, incensum, incitatum, quo causae eripiuntur*¹. ¡Cómo los va sin ímpetu llevando á los senos más oscuros y secretos del corazón humano! ¡Cuánta falsía en los hombres, cuánta debilidad, cuánto amor propio nos descubre! Y, al mismo tiempo ¡cuánta grandeza y liberalidad del corazón de Dios! Pero nótese cómo se acomoda á la flaqueza de los oyentes. Porque á la pura amistad y amor de benevolencia con que nos ama Dios, según demuestra en la primera parte, no exige que correspondan con igual pureza y desasimiento, ni arrastra al pueblo hacia el amor perfecto, sino contentábase con el imperfecto y de principiantes, dejando esas altezas para auditorios más espirituales, y haciendo así más eficaz el raciocinio.

§ III

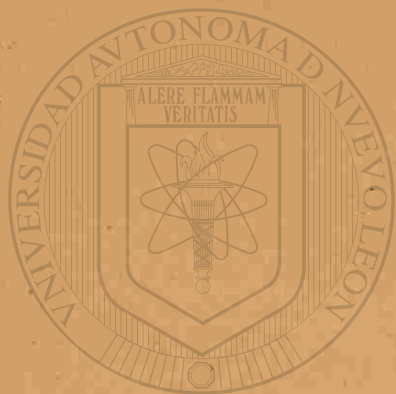
ELOCUCIÓN

Es imposible no entender á Señeri cuando habla, aunque uno oiga soñoliento y descuidado. ¡Tanta es la claridad de su lenguaje, que penetra en el corazón como el sol en los ojos del cuerpo, aunque no los fijemos en sus rayos! Así lo pedía nuestro Quintiliano: *Negligenter quoque auditibus aperta sit... ut in animum auditoris oratio, ut sol in oculos, citiansi in eum non intendatur, incurrat*². Y en asunto nada vulgar ni nada claro, ser tan claro y luminoso que se vean, digámoslo así, los matices más delicados del pensamiento, es sólo prenda de levantados ingenios. La variedad del estilo brota de la variedad y fecundidad de la concepción. Quien quiere hacer sentir la ruindad de los amigos de la tierra, y la soberanía y firmeza de la amistad divina; quien se propone á un tiempo aficionar y desaficionar

¹ Cíc., *Orat.*, xxxvii, edic. de Lemaire; otros, xix.

² *Quint. Inst.*, viii, 2.

los corazones, desasosegarlos y apaciguarlos en Dios, levantándolos en una hora de los brazos de las criaturas á los de su Redentor y Criador crucificado, por fuerza ha de ser variado en el curso de su razonamiento. En el mismo exordio ¡qué interés y maravilla cuando empieza! ¡qué convicción y lástima en aquella autoridad de Salviانو! *Non creditur Deo; ¡qué regalo en aquella licencia! Perdonadme, pues, oh soberano y amorosísimo Dueño... y cuánto celo y energía en aquella seca y desamorada frase! Sí, noble ciudad, ¡cómo es posible...! No fallaré yo á mi sagrada obligación... Grandes otros amigos quien... Avaloran también este sermón los ejemplos y los símiles. Entre los primeros campean el de Job en el muladar, el del Levita despojando los altares, y el del soldado de Joab previniendo á su capitán; y todos presentados con vivas hipotiposis ó visiones. Entre los segundos, tienen gracia el de las nubes del verano, el de la casa cuarteada, el del árbol cortado, el de las abejas muy amigas de las flores para chuparles su substancia y enriquecer ellas sus panales. Pero el dechado de amplificación y el cuadro más bello y original es por ventura el de la niña dormida (V), lleno de gracia y viveza poética, y realizado con el contraste de lo que hiciera otro que no fuese nuestro Redentor adorable. Nótese, finalmente, la conclusión del discurso, obra maestra en el género de peroración templada; y con cuánta destreza entromete las verdades eternas, como el argumento más eficaz para comover y persuadir en todo linaje de oraciones sagradas.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



DISCURSO TERCERO

EL PERDÓN DE LAS INJURIAS

Ego autem dico vobis: diligit inimicos vestros.
Mas yo os digo: amad á vuestros enemigos.

(MATEO, V, 44)

EXORDIO

Por imitación,

SABAMENTE observó San Gregorio que Cristo nuestro Redentor llamó á los pescadores al apostolado, no en el momento de recoger sus redes, sino cuando las echaban al mar, *mittentes rete*¹, como para dar á entender que no están obligados los predicadores evangélicos á ganar de hecho y convertir las almas, sino á valerse por su parte de las trazas y diligencias que mejor puedan conducir á fin tan levantado. Ha de echar la red de la divina palabra á los oyentes, sin desistir por fatigas y trabajos que sobrevengan; pero si los pecadores, como los peces astutos, esquivan las celadas y se desasen maliciosamente de las mallas, no por esto es razón que se acongoje el predicador, ya que debe tener presente la sentencia del Apóstol: que cada cual recibirá su propio galardón conforme al trabajo que haya puesto, no según el fruto que recogiere. *Unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem*².

Y cierto, si así no fuera, lejos de holgarme en subir hoy á este sagrado púlpito, creo que huiría, desesperanzado, del

Atento de la confianza del fra-
227

afirmar en él por
autoridad.

por el fin de la
predicación.

®

por las promesas
divinas.

por el ejemplo
contrario de Jo-
hán.

¹ Matth., iv, 18.—² 1 Cor., iii, 8.

rostro del Señor, cual otro Jonás, no ya como el Profeta, por temer la conversión del pueblo, antes muy al contrario, por presumir que seguiréis en vuestra obstinación y endurecimiento. ¿Por qué? Jesucristo mándame en su Evangelio que os intime en nombre suyo que déis paz á vuestros enemigos, que olvidéis las ofensas, que perdonéis los ultrajes que os hubieren hecho: *Dilige inimicos vestros*. ¿Y pensáis que fácilmente espero de vosotros el cumplimiento de esta ley? Por más que levante mi voz hasta enronquecer, por más que me fatigue hasta desmayar, sé de antemano que se clama en el desierto cuando se combate una pasión tan brava, que ni admite razones, ni da oídos á consejos, ni se ablanda á súplicas, y que, á manera de áspid enfurecido, rehusa oír por no dejar su maldad y su ponzoña. Y así preveo, con harto sentimiento mío, que saldré desairado en mi propósito.

Si bien, por otra parte, no acabo de convencirme, amadísimo oyentes, de que personas tan cuerdas y corazones tan hidalgos como los vuestros se dejen llevar hasta tal punto del arrebató del furor, que cierran los oídos al que les habla únicamente para su bien. Y no vayáis á pensar ahora que vengo esta mañana á abogar por vuestros enemigos; lejos de mí semejante pensamiento. No los conozco, no me importa su bienestar, ni he recibido de vosotros tan mal tratamiento que deba alzarme en patrocinador y defensor de los mismos que ultrajaron vuestros nombres y personas. ¡Desventurados mil veces y merecedores de cualquier extremado castigo, pues osaron poner mancha en vuestro nombre é injuriar á sujetos por sus prendas y talentos tan respetables, como gustosamente reconoceré que sois vosotros!

Y así, si hubiese hoy de atender á lo que merecen, yo, yo mismo sería el primero en atizar vuestro rencor y en atraer, si fuese lícito, sobre sus cabezas más desventuras y calamidades de las que vosotros les pudierais acarrear. Mas vuestro bien es el que me interesa, hermanos míos; éste me preocupa, éste me arrebatá y lleva tras sí, porque veo con evidencia el abismo de males adonde os precipitáis sin remedio por desahogar el ímpetu de una pasión

por la brava de la pasión que trata de combatir.

Transición por corrección.

Precaución ortográfica.

nota notual del orador respecto de los ofensores.

imprecación:

amor á los ofendidos y delicada transición á la

proposición final: nota por

desenfrenada. Sólo os pido una gracia, la de que me oigáis con paciencia hasta ver la verdad ó la sinrazón de lo que digo, y que resolváis después lo que más os agrade.

PRIMERA PARTE

Bien sé, católicos, que la pasión ofusca el entendimiento, por manera que no le permite en tan obscura noche discernir lo bueno de lo malo. Turbáronse mis ojos con la ira, decía David: *Conturbatus est in ira oculus meus*¹. Entenebrecióse mi vista con la fuerza de la indignación, exclamaba Job: *Caligavit ab indignatione oculus meus*²; y con mayor viveza y expresión significó lo mismo el Apóstol por aquellas palabras: No se ponga el sol sobre vuestra ira: *Sol non occidat super iracundiam vestram*³; aconsejándonos, según Santo Tomás, que el dictamen de la razón no llegue jamás á obscurecerse en nuestro enojo⁴. Mas si algunos rayos de ese sol tan hermoso resplandeciesen todavía en vuestros entendimientos, veríais clarísimamente que son mayores los daños que os acarrearís con la venganza, que no los bienes que ocasionáis á vuestro enemigo otorgándole el perdón.

Porque, dado caso que lo obtenga graciosamente de vosotros, no lo alcanzará tan pronto de sus remordimientos é interiores amarguras, que son los rayones que despedazan el corazón del malvado, y que, por más que lo rehuse, ha de padecer en esta vida ó en la otra tormentos sin comparación mayores de los que puede de vuestras manos recibir. Mas ¡en cuántas calamidades os despenaréis si porfiáis en vengaros!—Es la ira la pasión más furiosa y desbocada⁵, y los arrebatados por ella jamás obran con prudencia, sino desatinada y locamente. Antójaselos hacerdo lo más difícil, seguro lo más arriesgado, y todos los sucesos muy

atencia comunicada.

Transición por insistencia.

la ira ofusca la razón.

Proposición explícita.

Dama del orador al ser de vengado.

Dama en que incurre la venganza.

si se priora por la declaración de la ira.

¹ Ps. xxx, 10.—² Job, xvii, 7.—³ Ep., iv, 26.

⁴ Sol non occidat, id est, non obtenebratur, dictamen rationis. D. Th. in *epist. ad Eph.*, c. 4, lec. 8.—⁵ Ira furor brevis est.

felices, sin reparar que muchas veces cayó vencido quien alardeaba más de vencedor.

De aquí vino Aristóteles á comparar con el perro esta vehemente pasión. ¿Qué hace este animal en oyendo que llaman á la puerta? Ladra al instante, enfurecese, corre á abalanzarse contra todo el que se acerca, sin observar antes si son muchos ó pocos los que entran, si son valientes ó flacos, si vienen armados ó sin armas; por donde le acaece no pocas veces tener que retirarse cabizbajo, ó por ventura descalabrado. Así puntualmente sucede al arrebatado de la ira. Arrojárse cual perro rabioso á la venganza, acomete á ojos cerrados, sin ponderar primero, como fuera razón, el riesgo á que se expone, qué fuerzas tiene él, cuántas su adversario, y así, en lugar de ofender es ofendido, y gana nuevas injurias donde pensó tomar satisfacción de las antiguas.

¿Y quién os ha certificado que á vosotros no os cabrá la misma suerte? Demos que lanzarais del mundo á vuestro injuriador, ¿no quedarán otros en su puesto? Por maravilla ha visto una venganza feliz y sin graves consecuencias. Vengándoos de vuestro contrario, irritaréis á su parcialidad, y, por uno que caiga muerto, tal vez se levantarán cien vivos. ¡Cuántos se han arrepentido de haberse vengado! ¡Cuántos se duelen de haber salido vencedores! *Quoties poenituit defensiois*, nota sabiamente Tertuliano¹. Pensaron venciendo asegurarse, y luego reparan con amargura que no hicieron más que cortar á la hidra la cabeza; así crecen cada día y retoñan y se multiplican los contratiempos y peligros!

Por el mismo caso, ¡qué vida tan desasosegada han de llevar los miserables, por no querer amistarse con sola un hombre! Pierdense los amigos, porque hay que mostrarse enojado con todas las personas allegadas al ofensor. Pierdense diversiones y pasatiempos, porque es menester desviarse lejos de los lugares donde concurre. Pierdese la libertad, porque no puede ir seguramente donde gusta, y es necesario enviar siempre por delante alguien que espíe quién está

¹ De Patientia.

allí, quién ha estado, quién es probable que vaya; y toda cara nueva le infunde sospechas, y toda arma miedo y sobresalto. Si come, recela veneno en los manjares; si viaja, asechanzas en los caminos; si duerme, traiciones en la estancia. Forzoso es gastar lo mejor de la hacienda en mantener criados que defiendan, en regalar confidentes que avisen, en alimentar matadores que salteen, y en dar continuamente de comer á ciertas bocas que nunca se hartan ni satisfacen. *Nunquam dicunt, sufficit*.

¿Y no vemos cada día, por razón de estas enemistades y rencores, arruinarse casas opulentas, disiparse pingües patrimonios, acabarse familias numerosas y fenecer parentelas nobilísimas? ¿Cómo puede agradaros vida tan ruin y desastrada, donde es tan cierto el daño que padecéis y tan incierto el bien que os puede resultar? ¿Qué decís, pues, oyentes míos? Claramente veis, á lo que creo, que no me he propuesto perorar en favor de vuestros enemigos, sino de vuestros más allegados, de los amigos más íntimos de vuestro corazón; en una palabra, de vosotros mismos.

III

No me podéis responder más que una de dos cosas: ó que os contentáis con perderlo todo, á trueque de vengaros, y he aquí obscurecida en vuestro entendimiento la luz de la razón. Si, os lo repito, *occidit sol super iracundiam vestram*, la ira y la sed de venganza han ofuscado vuestra mente. Neceidad es y singular desatino, no desemejante á la del otro tribuno de la plebe por nombre Druso¹, quien, por vengar-se de su rival Quinto Cepión, llegó, ¡quien lo creyera!, llegó, en su desatentado frenesí, á empozoñarse á sí mismo con la sangre corrompida de una cobra inmundada, con la idea de que recayese tal muerte en su mortal enemigo Cepión. ¿Qué locura más disparatada, qué mayor desesperación y rema-

¹ Plin., Hist. nat., lib. 28, c. 9.

tado frenesí, exclama San Crisóstomo, que dañarse uno á sí mismo, creyendo tomar venganza de su prójimo? ¹.

Mas si no me respondéis que os contentáis con perderlo todo, me diréis por ventura que no tenéis nada que perder, que estáis solos, que vivís en cabal libertad, que no tenéis intereses de qué cuidar, ni familia á qué atender, y que, en habiendo muerto á vuestro injuriador ó maltratádole, no tenéis en el mundo á quién temer. Si es así como decís, aguardad, no paséis adelante, porque no se puso simplemente el sol como creía: es noche para vosotros, y noche terrible y espantosa. *Me ergo non timebitis, ait Dominus?* ². ¿Conque no me temeréis á mí, dice el Señor? Si en el mundo no os queda á quien temer, hay Dios todavía; y ¿no temeréis de su divina Majestad? ¡Oh, si vierais cuán atroz es el agravio que le hacéis con vengaros privadamente de un injuriador vuestro, por injusto y desalmado que sea! ¡Oh, si lo comprendierais, cierto estoy que no iriais tan á rienda suelta á la venganza!

IV

Imaginaos un príncipe terrene, no menos fuerte que piadoso, el cual, para mostrar su especial amor á su vasallo, le dijese: «Vamos á hacer un concierto entre los dos, amigo mío: estáme atento. He determinado, pues, y es mi voluntad, que se publique por todos mis reinos un edicto que, cualquiera que osare injuriarte á ti, sea rey de lesa Majestad, como si el ultraje se hiciese no á ti, sino á mi real persona. Por míos tendré tus agravios, por mías tus afrentas, por mías las sinrazones y descorteses que te hicieren. Pero exijo, como condición precisa, que dejes á mi cargo la venganza de estas injusticias y delitos; que, ya que los declaro hechos contra mí, á mi cuenta corre la venganza y satisfacción de ellos. — Si un rey hablase á un vil y despreciable vasallo en estos términos, decidme, ¿no se juzgaría él por extremadamente honrado con semejante dignación? Y si re-

¹ Quid ego, stultius, quam temetipsum malecare, dum te de altero credidit ultionem sumere? Hom. de Simul. et ira. — Jer., v. 22.

husara tal condición por gravosa, ¿no sería vituperado de todo el mundo por necio, y aun infame y perverso villano? ¿Y creéis que el monarca, por mansísimo que fuese, miraría con buenos ojos al atrevido súbdito, ni cuidaría de su bienestar, ni haría más caso de sujeto tan insolente? Yo tengo para mí que lo arrojaría lejos de su presencia, y en vez de protector sería su más acerbo perseguidor en adelante.

He aquí cabalmente lo que sucede en nuestro caso. Su divina Majestad clarísimamente ha protestado que tendrá por suyos todos nuestros agravios, y en esta verdad no cabe la menor sombra de duda. El benignísimo y piadosísimo Señor, dice Salviano, hizo comunes con sus siervos así la honra como el vituperio y la deshonra; para que nadie juzgue que, cuando agravia á un siervo de Dios, agravia sólo al hombre ¹. Por manera que nadie nos ofende ni disgusta, que no disguste y ofenda á Dios, porque no se comete pecado contra el prójimo, que por el mismo caso no sea pecado contra Dios. *Qui vos spernit, me spernit* ², dijo por San Lucas la Sabiduría infinita. El que os desprecia, me desprecia. — ¡Oh amor entrañable de nuestro Rey! ¡oh dignación incomparable de la soberana Majestad! — Mas advertid, católicos, que así como protestó en su misericordia que tomaría por suyos nuestros agravios, declaró por el mismo tenor que reserva para sí nuestras venganzas: *Mihi vindicta, et ego retribuam* ³; mía es la venganza, á mí toca el castigo ó galardón. ¿No tiene, pues, sobrado motivo de enojo, si no nos acomodamos á esta ley y voluntad? ¿Por ventura con ella os ha agraviado Dios nuestro Señor? ¿en qué os ha perjudicado ú ofendido? ¿que sinrazón os ha hecho? Forzosamente habéis de concluir, ó que no tiene Dios brazo ni poder para sustentar vuestro derecho, ó que le falta corazón para sentir vuestras ofensas.

Y no puede imaginarse más loco desvario. Preguntad á

¹ Benignissimus ac piissimus Dominus cum servis suis communem sibi et honorem simul et contumeliam facit; ne quis cum Dei servum laedit, hominem tantum á se laedi arbitretur. Lib. 8 de Prov. — Luc. x. 16.

² Id. Hebr., x. 30.

z.º miembro.
No tengo nada
ni miedo á quien
temer.

Resp. por indignación. Pero temed á Dios.

Afectos de temor de Dios y

transición al

Arg. 3.º
De los conciguientes.
La venganza corresponde á cuenta de Dios. Luego la justicia vengadora.

Por bellísima parábola:
magistralidad del príncipe

(proteoposya)

vil conducta del vasallo

y justo enojo del rep.

Aplicación de la parábola.

Bondad de Dios

en tomar por suyos nuestros agravios.

por autoridad humana

y divina.

en reservarse la venganza de ellos.

por autoridad.

Conclusión.

Principio. — Pero Dios no siente mis injurias.

Resp. que más

dicte las mis-
tras que las vras
propias;

por autocracia
y ejemplo de Cain

Enormidad del
peccado contra
Dios

y castigo ligerí-
mo.

El fratricidio

y terribilidad de
la venganza divi-
na.

Concilio.

Confirmación
de la ley de Dios.

Luogo cometió
gran desmayo.

Exposición or-
todoxa.

San Crisóstomo y os responderá que nuestros agravios lastiman tan vivamente á su divina Majestad, que antes se allana á dejar sus propias injurias sin castigo, que nuestros agravios sin severa venganza ¹. Dos crímenes gravísimos cometió el desventurado Cain: el primero derechamente contra Dios, menospreciándole en los sacrificios; y el segundo derechamente también contra el prójimo, dándole muerte de pura envidia. Pues ¿quién no pensara que castigaría su Majestad más acerbamente y con rigor más implacable el primer agravio como propio? Aquel fué el primer pecado que se hizo en el mundo contra la religión, y así parecia demandar severísima venganza; que asegurara en lo porvenir la reverencia y soberanía del culto divino. Y ved cuán ligero sentimiento mostró Dios. Contentóse con decir llanamente al reo de tan grave culpa: *Peccasti*—has pecado,—no castigándole como juez, mas avisándole á fuer de amigo, como nota agudamente San Crisóstomo. Pero, al encruelecerse el miserable Cain contra su hermano Abel, no pudo ya Dios refrenar su cólera; maldijo por su propia boca al matador, le desterró á las selvas en compañía de las fieras, acosóle sin cesar con visiones espantables, y por toda su vida no dió punto de reposo á aquel pecho iracundo, atormentado con tantos verdugos como pensamientos de día y de noche revolvía en su imaginación.

¿Como sospecharéis ahora, oyentes míos, que el Señor no tomará muy por su cuenta vuestros agravios, pues veis cuán á pechos tomó la venganza de la primera ofensa contra el prójimo? Y si es así, como lo es, ¿por qué no dejáis vuestra causa en manos del Señor? ¿Por qué, siendo vilísimos esclavos, presumis usurpar la autoridad de vuestro Rey? ¿No es esto alzaros contra su augusto tribunal? ¿No es rechazar su protección? Si nos arrogamos el derecho de propia defensa, preguntare con Tertuliano, ¿qué sacrificio de honor ofreceremos á Dios? ² Si os hacéis jueces de los ul-

trajes recibidos, si entabláis el proceso, si dais vosotros por repetición e mismos la sentencia, si ejecutáis por vuestra mano la justicia, ¿qué más le queda á Dios nuestro Señor que sentarse y contemplar ocioso el término de vuestras discusiones? Si os afirmáis en vuestro tema, no me cansaré más en repetirle cada día la sentencia del Salmista: *Deus ultionum Dominus, Deus ultionum* ¹. El Señor es el Dios de las venganzas, el Señor es el Dios de las venganzas; pues no le reconoceréis por tal hasta tanto que le dejéis obrar con libertad: *Deus ultionum libere egit*. El Dios de las venganzas castiga libremente, y no sufre que le arrebatéis los rayos de su justicia, para que los arrojéis á vuestro antojo. ¡Oh y cuán vivamente le ofendéis con tan grande desacato! ¡Usurpar á Dios su propia jurisdicción! ¿Quién ignora que ésta es la cosa que más celan los príncipes y señores?

Ved aquí lo que ganáis con haceros jueces y castigadores de vuestros agravios. Si no porfiarais en satisfaceros, el Señor tomara por suya vuestra causa, y experimentalmente vuestro enemigo el rigor de la divina venganza; mas ahora se hará de su parcialidad y se vengará de vosotros. Elegid, pues, hermanos míos; ¿qué partido tomáis? ¿Escogeréis por ventura tener á Dios en favor de vuestro enemigo contra vosotros, ó en vuestro favor contra vuestro enemigo? Pensadlo, os ruego, un instante: no hay arbitrio posible; es fuerza escoger lo uno y rechazar lo otro. ¿Tan desaconsejados seréis que temáis contar á un hombre por enemigo y tratéis por eso de vengaros y abatirle, y no os importena tener al Señor por contrario vuestro, ni provocar su ira? Oid, oid al mismo Dios que os habla por Isaias: ¿Quién eres tú que hayas de temer á un hombre mortal y te olvides del Señor tu Hacedor? *Quis tu ut times ab homine mortali... et oblivis es Domini factorem tuum?* ²

¹ Ps. xciii, 1.—² Is., li, 12-13.

¹ Saepe enim mos est Deo, ut dimittat quae in se peccata fuerint; verum quae in proximum, ea maxima exquirat severitate. Hom. 23 in Gen.

² Et quem honorem litabimus Deo, si nobis arbitrium defensionis arrogaverimus? De Pat.

V

Asertación.
Mas, si perdo-
no, ¿cómo des-
honrado.

Mas oigo ya la excusa que me dais. Decisme que, si no os hacéis por vuestra mano la justicia, queda muy malparada vuestra honra; que, siendo vosotros los ofendidos, es razón que seáis también los ofensores; que de otra suerte os tendrían por cobardes é inferiores en fuerzas á vuestro adversario, pues remitís á manos tan poderosas la venganza.—Grave, gravísima dificultad por cierto, y me complazo en reconocerlo así. Pero, antes de pasar adelante, permitidme que os felicite de que sea ésta la primera acción indecorosa de vuestra vida.—¿Es posible? No le importa á un caballero manchar su fama, ora frecuentando casas públicas y teatros licenciosos, ora defraudando á los trabajadores del jornal de años enteros, ya valiéndose de mil embustes de palabra y obra en los tratos y comercio, ya adullando á estos por miras de interés y calumniando á aquellos por sentimiento de envidia; ya, finalmente, con impedir muchísimo bien por pura malicia y perversidad; no os importa, repito, tal vez á vosotros mismos arriesgar vuestra fama y cometer tantas acciones afrentosísimas para perdición de vuestras almas, ¿y tenéis vergüenza de hacer una sola para su eterna salvación?

Resp. I. Negó-
dolo. No queda-
reis deshonrado.

por autoridad,
por inducción de
ejemplos

y repetición en-
ticia.

Aunque, ¿de dónde colegís tan grande mengua y menoscabo de vuestro nombre? ¿No os merece ningún crédito Salomón, que asegura ser honra del varón alejarse de contendas? *Honor est homini qui separam se a contentionibus*¹.—Pero las leyes del mundo sancionan lo contrario.—Y si halláremos que personas más calificadas que nosotros cumplieron el mandamiento del perdón y que no por ello infamaron sus nombres aun á los ojos del mundo, ¿nos avergonzaremos nosotros de cumplirlo? ¿Qué digo infamar sus nombres? ¿Infames llamaréis á los Basilio, infames á los Nacianzenos, infames á los Atanasios, infames á los Crisóstomos, porque nos dejaron ejemplos tan ilustres de perdón? ¿Infam-

¹ Prov. xx, 3.

mó por ventura su buen nombre un Gerardo, arzobispo de Canodia, de condición tan mansa y apacible, que, mientras le tiraban piedras algunos revoltosos, él les echaba bendiciones? ¿Es tenido acaso por infame el nombre de Ambrosio, arzobispo de Milán, que dió de comer por largo tiempo á un traidor y fementido que había maquinado alevosamente contra su vida? ¿Ha quedado infamado un Acacio, obispo de Amida, tan misericordioso y perdonador que, para socorrer á unos gentiles que le habían escarnecido, llegó á fundir los sagrados cálices? Si á tales santos apellidáis infames y sin honra, poned en el mismo catálogo de los infames á un León, á un Zacarías, á un Alejandro, Sumos Pontífices, de los cuales el uno salvó la vida á sus mismos perseguidores, el otro los mejoró con riquezas, y el otro los honró con puestos y dignidades. Decidme: ¿infames osaréis llamar á tantos y tales personajes porque no se ajustaron á las leyes perversas del mundo, antes obedecieron á las augustas enseñanzas del Hijo de Dios? Juzgadlo vosotros mismos.

Imaginad, por un momento, que no perdonaron á sus crueles enemigos, sino que los persiguieron y derribaron y atropellaron, hasta degollarlos con sus propias manos; ¿quedarán por esto más honrados y estimados? Si hubieseis de sentenciar, ¿dónde los declararíais más grandes y dignos de loa: cuando os mostrasen las manos teñidas en sangre, como lo hacen todavía, y de ello se precian los bárbaros, ó cuando os enseñasen el corazón libre de odio y des-
apasionado?

Mas, por que no os excuseis alegando por ventura que éstos pertenecían al estado eclesiástico, y que así no decían con ellos los puntos de honra (como si los clérigos y religiosos no fueran hombres, ó no se apreciaban entre ellos el pundonor y la gloria); ¿qué decís del emperador Carlo Magno, quien herido de repente con una bofetada, en lugar de mostrarse irritado, respondió al ofensor con notable paz y mansedumbre? ¿Qué de Venceslao, duque seglar de los estados de Bohemia?¹ Perseguido de muerte Boleslao, su hermano en sangre, mas no en religión y costumbres, y,

¹ *En. Silv. in Bohem.*

Gerardo.

Acacio.

León, Zacarías,
Alejandro.

Comunicación por
apuntación natu-
ral.

Resp. III. por
apuntación contra-
ria que no hablan-
sen perdonado.

por comunicacion

chiquitipoint.

Resp. IV. por
ejemplos de papas
y seglares y
caballeros.

Carlo-Magno

Venceslao.

Narración ilus-
trada.

aunque pudiera castigarlo según su merecido, procuraba ganarlo con suavidad y dulzura más bien que domar su fiereza con prisiones y castigos. Mas todo en vano. Acacció una noche que volvía solo el religioso Venceslao de la iglesia, según lo acostumbraba, en un traje de príncipe, sino de ermitaño penitente, cuando he aquí que le sale de repente el pérdido Boleslao, y arremete á él con la espada desenvainada. Esquiva el primer golpe Venceslao, y, tan lleno de fortaleza como desnudo de armas, cierra al punto con su rival, lo derriba en tierra y arráncale con indecible presteza y valentía la espada de las manos.

Ahora bien, aquí tenéis al culpado á los pies del inocente: ¿qué debe hacer Venceslao en este trance? Aconsejádsele vosotros: ¿le clavará el corazón con su propia espada, por no quedar deshonrado? Diríais llanamente lo que hizo: «Levántate, dice al lamentido hermano; y aunque me hayas ofendido, no por eso temas de mí en adelante: sólo te amo, hermano mío, que vale más morir como Abel, que vivir como Cain; toma, desahógate, desdichado, y harta tu saña y embriégate con esta sangre tan codiciada, que yo te devuelvo la espada por no privarte de gusto tan feroz.»— Y, arrojándose á sus pies, desvióse de allí con gran mesura y sosegado paso, dejándole aturrido y como helado de espanto.—Figurémonos ahora que, cuando le tenía de aquella manera derribado en tierra, le hubiese traspasado el pecho, ó cortado la cabeza, ó mandado siquiera prenderle y encerrarlo en el calabozo de un castillo, ¿alcanzara por ello más gloria que devolviéndole tan magnánimo la espada? Harto sé que tanta compasión le costó la vida; porque, si bien por entonces se aplacó el sañudo hermano y mostró arrepentimiento, no pasó mucho tiempo sin que, arrebatado de nuevo frenesí, cumpliera al fin la bárbara alevosía.

Pero ¿hase de llamar infame á Venceslao porque quiso antes perdonar con riesgo inminente de la vida, que no asegurarla con matar á su hermano, aunque justamente? ¿qué decís? ¿qué respondéis? No quiero creer que seáis tan crueles ni tan ciegos que sentenciéis contra el perdón á favor de la venganza.

Mas si porfiáis obstinadamente en llamar infames, al me-

Espejita por
antich. 1.

Nada por in-
tima continen-
cia.

Deñase por
juzgopetra y
permisión in-
siges.

Resp. V por au-
posición equi-
ta que no hubie-
se perdonado.

Conclusión
ficticia.

Resp. VI

nos según el mundo, á los personajes sobredichos, pregun-
to yo: ¿puede darse mayor honra que infamia tan hermo-
sa? ¿Quién se avergonzará de ser infame en compañía de
varones tan ilustres? Játese quien quiera de famoso y glo-
rioso al par de Adonibezec, de Abimelech, de Roboam, te-
nidos por monstruos de impiedad, que yo me contento con
ser infame, infame, sí, con los que acabo de referir como
dechados de mansedumbre. Prefiero vivir y morir sin hon-
ra á los ojos del mundo; porque, en conclusión, católicos,
es muy cierto que lo glorioso ante los hombres es abomina-
ción en el juicio de Dios. *Quod hominibus altum est, abomi-
natio est ante Deum* ¹.

Mas ¿qué dije? ¿qué sentencia se me escapó de los la-
bios? ¿Es por ventura de algún escritor profano ó de algún
Padre de la Iglesia? No, sino de la Verdad eterna, Jesucristo
nuestro Salvador, que lo declara abiertamente por San
Lucas en el capítulo diez y seis de su Evangelio. Ahí está
estampada por el mismo Dios. ¿A qué más averiguaciones?
¡Oh perdición y locura de tantos infelices que ponen su
honra en sojuzgar á sus enemigos, en derribarlos, en con-
fundirlos! Esta que el mundo en su lenguaje desatinado
llama gloria, ¿sabéis qué es delante de Dios? Abominación.
Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum. Lo vuel-
vo á repetir: *Quod hominibus altum est, abominatio est ante
Deum*. ¿Y queréis para vosotros semejante gloria? Tomad
la enhorabuena, que yo quiero ser infame, y aun me haré
más vil de lo que me han hecho. *Vilior sum plus quam fá-
ctus sum* ².

Quiero ser infame con los siervos de mi Dios y Señor; y amo-
re á las des-
honras del Salva-
dor.

¡oh palabras verdaderamente divinas de Salomón
en sus Proverbios! porque mejor es ser humillado con los
mansos, que repartir los despojos con los soberbios. *Melius
est humiliari cum mitibus, quam dividere spolia cum superbis* ³.

¹ Luc. xvi, 15.—² Reg. vi, 22.—³ Prov. xvi, 19.

por argumento de
razón.

No es infamia ser
deshonrado con
hombres célebres;

por paradoja y

por resolución
válida resolu-
ción.

Pero es infamia
ser honrado con
los infames y ves-
tativos;

por autoridad de
J. C.

Sustentación

y efecto de

menosprecio de el
mundo

VI

Arg. 1.^o ó respuesta VII.
Núlgala. aun. esa gloria mundana.

Voz de la hom. Ivo. Septator.

por síella pro. Populi.

afectos de venganza.

y comparaciones de dogmas.

Voz de los ecclios.

por suadentación á convertir.

por encopet. ilustr.

Pero ni aun esa mezquina gloria que esperáis puedo totalmente concederos. Porque, decidme, ¿creéis por ventura que, si perdonando menoscabáis vuestra reputación en muchos de los que os conocen, no la amenguáis asimismo respecto de otros tantos, si resolvéis vengaros? ¡Cuán engañados vais si lo creéis! Dirán los más cuerdos que guardasteis, es cierto, con gran rigor los fueros del mundo, pero que no puede negarse que sois vengativo, rabioso y sanguinario. Dirán que disteis en vuestra ira señales más de pecho apocado y mujeril que de ánimo varonil y generoso; pues, sordos á todas las reflexiones, no tuvisteis una vez siquiera corazón para obrar como obraron en mayores lances David con Saúl, Octaviano Augusto con Cinna, Murena con Catón, y César con Marcelo. Dirán que hicisteis lo que saben hacer viles animalejos, como las víboras, que es morder á quien las mortifica ó desasosiega, y que, si esto es digno de alabanza, la merecen más colmada los animales más tímidos y cobardes, que son los más inclinados á vengarse.

Y siendo esto así, que han de hablar de vosotros los tontos y los cuerdos, los necios y los prudentes, ora os vengueis, ora dejéis de vengaros, ¿no es mejor que murmure de vosotros el vulgo necio, que no las personas honradas? Dije el vulgo necio, porque ¿quiénes son, en realidad de verdad, esos personajes, cuyos dichos y pareceres tanto os acobardan? ¿Acaso los Constantinos, los Justinianos, los Teodosios, que fueron los legisladores y como Licurgos cristianos en el fuero secular? Mas ellos, ni palabra dijeron en vilipendio del que perdona, porque sabían, como varones sapientísimos, que nunca una acción honesta puede dejar de ser loable y gloriosa. Pues ¿quiénes son los que así os turban y atemorizan? Lo diré: Un puñado de baladrones, gente rabez y desalmada, medio infieles, medio idólatras, medio ateístas, soberbios burladores de aquel Evangelio divino que deberían cumplir y venerar. Oid cómo los cali-

fica el Apóstol en su primera carta á Timoteo: «El que no ^{confirmada por el Apóstol} sigue las puras enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, ni abraza aquella doctrina que es conforme á la piedad, es soberbio y nada sabe»: *Si quis non acquiescit sanctis sermonibus Domini nostri Jesu Christi et eis que secundum pietatem est, doctrinae, superbus est, nihil sciens*¹. ¡Oh sentencia rigurosa! Los tales, dice, han de tenerse por hinchados y presumidos, por ignorantes y ambiciosos, por vanos y altaneros. ¿Y seguiréis juicio tan disparatado como norte de vuestras acciones, y cifraréis en ello vuestra gloria, y esperaréis de ellos vuestro galardón?

para aprender doctrina y no aprovechar del mundo.

Conatuvim. final.

VII

Pero, si tantos argumentos no os persuaden todavía, si os afirmáis en que perdéis más honra en perdonar que en soltar la rienda á la venganza, sea enhorabuena; ¿qué inferís, católicos? Qué, ¿no queréis sujetaros al expreso mandamiento de nuestro Señor Jesucristo? No, hermanos muy amados, bajad humildemente la cabeza y sacrificad gustosos al Señor afecto tan loco de ambición y vanidad. ¿Padeceirá mengua vuestro honor? Que padezca; éste será para vuestras almas el camino del cielo. ¿Es áspero, es duro, es trabajoso? Lo concedo; pero nadie, que se sepa, anduvo esta jornada pisando flores, sino lastimándose con agudísimas espinas. Mis delicados, que son los santos, anduvieron por senderos ásperos, dice el Señor por el profeta Baruch: *Delicati mei ambulaverunt vias asperas*². Mirad esa muchedumbre de santos y santas tan tiernos y delicados. Espanta sólo el pensarlo. ¡Oh, por qué caminos tan difíciles y penosos fueron al cielo! Si una Liduvina quiso llegar allí, fuéle forzoso padecer con resignación, y pasar treinta y ocho años en una pobre camilla, herida de perlesía, atormentada por violentas convulsiones, roidas sus carnes de horrible gangrena, despezada de mal de piedra, y hecha, en fin, vivísima estampa de la muerte. *Ambulaverunt vias*

Arg. 6.^o ó respuesta VIII.

Demos que padece bora, y que es cosa traca el perdonar.

Resp. No hay otro camino para ir al cielo!

por estimación divina.

confirmado que ejemplo.

Liduvina.

¹ 1 Tim., vi, 3, 4.—² Baruch., iv, 26.

Bricio, *asperas*. Si quiso llegar un Bricio, hubo de llevar en paciencia que le depusiesen de su dignidad de obispo, víctima de una calamidad. *Ambulauerunt vias asperas*. Si quiso ir una Godoleva, tuvo que sobrellevar con sufrimiento y manse- dumbre á su bárbaro marido, que la trataba peor que á una esclava. *Ambulauerunt vias asperas*. Para llegar allí fué necesario á un Tiburcio pasar por carbones encendidos, á un Vicente estar echado sobre ladrillos hechos ascua, á un Teodoro beber plomo derretido, á un Clemente, de la ciudad de Ancira, padecer por espacio de veintiocho años, uno tras otro, los martirios más acerbos de garfos y peines de hierro, tinas ardiendo, caballetes, ruedas, tenazas y cuchillas. *Delicati mei ambulauerunt vias asperas*. Mis delicados y queridos anduvieron por caminos ásperos.

yo se lo sufrí por obligación.

Arg. conculco á feruere.

Y advertid, que no sufrieron estos tormentos por vía de consejo y obra de supererogación, mas por obligación y por salvar sus almas; por manera que, si hubiesen dicho á Dios ó á sus atormentadores y verdugos:— Basta, que no queremos comprar á tanta costa el reino de los cielos,—no se hallaran ahora regocijándose con los ángeles, sino bramando de rabia con los condenados del infierno. ¿Y os parece mucho que os cueste á vosotros ese cielo una leve mengua de mundanal honor? Creerán que dejáis la venganza, no por respetos de virtud, sino por flaqueza, por cobardía y pusilanimidad. Paciencia y sufrimiento, hermanos míos. ¿No vale un bien eterno alguna pérdida temporal? *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. En paciencia poseeréis vuestras almas¹.

VIII

Arg. 7.º ó respuesta IX. Por dilema efectuado.

O vuestra honra ó la de Dios ha de perderse.

Para terminar, respondedme á este brevisimo argumento, que, como espada penetrante, quiero dejaros clavado en vuestro pecho. Habéis llegado á tal extremo, que forzosamente ha de suceder una de dos cosas: ó que se menoscabe vuestra reputación, ó la honra de Dios. Si no os vengáis, el mundo os despreciará; si os vengáis, vosotros me-

¹ Luc., XXI, 19.

nospreciáis á Dios. Decidme, ¿qué os parece mejor, que se salve y prospere vuestra honra ó la divina?—Si, ya os oigo; ^{dialogismo, per- mision,} piérdase, respondéis, la honra divina, como se salve la nues- tra.—Muy bien, tenéis razón; he concluido.

¡Ay Jesús mío y dulcísimo Redentor! ¿A qué cansarme ^{colofredo y ampli- ficación} tanto con este auditorio, intimidádoles, encareciéndoles, sus- picándoles que por vuestro amor y respeto perdonen á sus enemigos? ¿A qué repetirles: *Ego autem dico vobis*:—Yo os ^{por la persona que manda perdonar,} mando, Yo os mando que perdonéis á vuestros enemigos? ¡Infeliz de mí! Acabad, os ruego, con ése: Yo os mando— *Ego autem dico vobis*—que, ojalá nunca (perdonadme, Señor, mi atrevimiento), ojalá nunca hubieran salido tales pala- bras de vuestros labios. Vos lo mandáis, ¿y se cumpli- ^{efecto de compe- sación del alma por repetición} ran vuestros mandatos? Vos lo mandáis, ¿y se acabarán por ello los odios y rencores? Vos lo mandáis, ¿y se arro- jarán por ello las armas é instrumentos de maldad? Vos lo mandáis, amorosísimo Jesús, Vos lo mandáis, ¿y dejarán ^{é incremento,} los vengativos de correr, como si tal dijeseis, á sus venganzas y al ultraje, y á las espadas y á las heridas y á la muerte? ¡Oh Dueño mío, tan vilmente despreciado! No salga ^{por honra y con- traste} más aquel Yo de vuestra boca soberana, porque vuestros cristianos hacen más estima de un puntillo de honra que de todos vuestros deseos, de vuestros consejos y de vuestros mandamientos. ¿No lo veis? *Eccce verbum Domini factum est eis in opprobrium, et non suscipient illud*, diré con vuestro Profeta Jeremías¹. Vuestras palabras, Señor, ^{se entre la dignidad de Dios que man- dan} han convertido para ellos en escarnio y afrenta, y no las recibirán. Permitirán que Vos quedéis sin honra, y no du- darán en levantarse contra Vos y decir que no solamente ^{la villanía del hombre que des- obedece.} les imponéis una obra dura é irrealizable, sino infame y deshonrosa.

Y Vos ¿qué responderéis á sus razones? ¿Pensaréis imponerles silencio con solo un *Yo os lo digo*—*Ego autem dico vobis*? Gloria fué ésta de algunos sabios de la antigüedad. Con un *Magister dixit* se contestaba sobradamente á todas las dificultades propuestas contra las enseñanzas de un Pitágoras. Pero Vos no valéis tanto; en puntos de honra sa-

¹ Jer., VI, 10.

¹ Jer., VI, 10.

ben más que Vos vuestros discípulos. Vos nacido en un pesebre, Vos criado en un taller, Vos, permitidme que os lo diga, Vos muerto por su amor en infame patíbulo, á manera de ladrón entre ladrones, ¿qué habeis de saber de pun-donor y de gloria?... Cristianos, no puedo más; mi corazón estalla, no sé si de abominación ó de celo.—¿Y seréis vosotros de esos viles que así afrentan á Jesucristo? ¿Sufriréis que quede su Majestad ultrajada, escarnecida, pisoteada, por no perder vosotros un punto de vuestra honra? Cristia-nos, *Sol non occidat super iracundiam vestram*, no se ponga el sol sobre vuestra ira, no consintáis que se ofusquen vuestros entendimientos con las espesas sombras de la pasión.

PARTE SEGUNDA

IX

Dirán, por ventura, algunos que no hablan con ellos mis exhortaciones, porque no profesan enemistad con nadie.—Verdad es, no profesan enemistad con nadie, porque la tienen oculta y encubierta. ¿Cuántos esconden su malquerencia y la encierran en su pecho á modo de secreta mina, para que revienta á su tiempo! Acechan la oportunidad, aguardan la coyuntura favorable, aparecen tranquilos, pero no os acerquéis demasiado. La ira duerme en el corazón del necio: *Ira in sinu stulti requiescit*¹, dice agudamente el Eclesiastés. Veréis á esos que el mundo califica de prudentes y avisados, pero necios en el lenguaje de Dios, encubrir con tal arte y disimulo añejas injurias, que juraríais sin dificultad que su ira está ya muerta. No, no está muerta, sino que duerme: *Requiescit*.—Meneadlos, hurgadlos un poco, y veréislos al instante despertar del sueño.

Vengativos hay que, si se abstienen de hacer graves da-ños á sus ofensores, es porque no pueden, mas no porque

¹ Eccles., vii, 10.

les falten deseos de vengarse. Diríase que se apacientan de cólera y se mantienen de rencor; así les hierve la sangre al solo nombre de su enemigo. Niéganles el trato, rehusan su vista, no sufren oírlos siquiera, no tienen con ellos las co-munes atenciones y cortesías; y si alguna gastan, es en or-den á inspirarles confianza, para con más seguridad desahogar después su corazón embravecido. Y esas enemista-des secretas, ¿pensáis que no ofenden gravemente á su di-vina Majestad?

Engáñanse los que imaginan que sólo desagradan á Dios venganzas execrables de muertes, de traiciones, de otras atrocidades tan enormes. Oid la voz del Señor por su pro-feta Oseas: *Ad iracundiam me provocavit Ephraim in amari-tudinebus suis*¹. A enojo me provocó Efraim con sus amar-guras. No, no dice con sus furoros y venganzas, sino con sus amarguras y resentimientos. Porque esa hiel, ese des-abrimiento que no acabáis de lanzar de vuestro corazón, es lo que da en rostro á Dios nuestro Señor. Y en semejante estado ¿osáis recibir los santos sacramentos?

X

Decidme, pues, ahora, sean grandes ó pequeños vuestros odios, públicas ó secretas vuestras enemistades, ¿no os se las entregaréis todas, sin reservar ninguna, á Jesucristo que por mi boca os las pide? En nombre de Jesucristo ex-puse mi embajada: *Diligite inimicos vestros*. Amad á vuestros enemigos. ¿Qué contestación he de volverle? ¿Le obe-deceréis? ¿os humillaréis? ¿perdonaréis?... ¿Deliberáis aún?...

¡Dios mío, qué ingratitud tan enorme! Como si nada de-bierais á Jesucristo que os pide esta merced! Con vosotros habla, á vosotros ruega: *Ego autem dico vobis*. Si lo pidiere á gente extraña, ajena de sus beneficios, fuera cosa tolera-ble; pero os lo pide á vosotros, á quien ha dado el cuerpo y el alma, la salud y las riquezas, sabiduría, honores, ami-

¹ Os., xii, 14

Repetición en
lógica y ración pro
suposición.

gos y cuanto en el mundo poseéis; á vosotros, por cuya salvación padeció tantas afrentas y trabajos; á vosotros, cuyo rescate le costó tanta sangre, y ¡ni aun de vosotros lo alcanzará!

Confirma por
comparación de
otros:

Alcanzó una Abigail afligidísima desarmar al irritado David, y que perdonase por amor de ella el villano proceder de Nabal, que tan sin razón le había injuriado. Alcanzó San Ambrosio del emperador Graciano que perdonase á un plebeyo que había escarnecido públicamente su imperial persona. Alcanzó una Geneveva del rey Childerico que perdonase asimismo á algunos desalmados que le habían ofendido. Y el diácono Pelagio, con echarse á los pies del infiel y bárbaro Totila, en el umbral del Vaticano, amansó su cólera y recabó de él, por los sagrados Évanglios, que en las manos llevaba, que perdonase misericordiosamente á la consternada Roma, su rival antes y su esclava ahora. Y Cristo nuestro Señor ¿no recabará de vosotros que perdonéis por amor suyo á vuestro enemigo, que olvidéis un agravio, una injuria, una descortesía, tal vez una palabrilla de nonada? ¿Qué quisierais, pues, de Jesucristo? ¿Que se derribara suplicante á vuestros pies y os pidiera este favor?

2.^a parte.

Estoy por decir que lo haría gustosísimo. Quién no dudó de postrarse á los del traidor y fementido Judas, y lavárselos, y enjugárselos, y besárselos regaladísimamente, creo que no se confundiría de verse arrodillado á vuestros pies.

Encarecimiento
de humildad divi-
na

para conciliar
amor.

Corrección y afec-
tos de vergüenza
y rubor

Pero ¿es posible que sean menester tales extremos para que deis gusto á vuestro divino Redentor? ¡Ah cristianos, cristianos! No quisiera sacaros hoy los colores al rostro; pero estoy persuadido que si os pidiese lo mismo otro hombre, si exigiese de vosotros ese sacrificio aquella persona que tanto amáis, cuya gracia y favores pretendéis, y cuyas voluntades maravillosamente adivináis, no os haríais tanto de rogar para otorgárselo. Y un Dios crucificado por vuestro amor ¿no puede lo que una miserable criatura? ¡Oh vergüenza! ¡oh confusión! ¡oh detestable villanía!

3.^a Obliga á per-
donar respecto de
lo porvenir

la necesidad de
quien os perdona.

Aun hay más; porque no sólo os fuerza á perdonar la obligación y deuda de gratitud respecto de lo pasado, sino la necesidad grande que de Dios tenéis en lo venidero. Decidme, si no: ¿sois tan santos que jamás hayáis ofendido á

su Majestad, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra? Luego, ¿en qué estriba vuestra esperanza de alcanzar misericordia y perdón? Oíd la protesta de Dios y espantaos: *Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester coelestis delicta vestra*¹. Si perdonáis á los hombres los pecados de ellos, vuestro Padre celestial os perdonará los vuestros. Por consiguiente, la fe os certifica que, si perdonáis á vuestros enemigos, os perdonará á vosotros el Señor. *Si autem non dimiseritis, nec Pater dimittet vobis peccata vestra*. Pero, si no perdonareis, tampoco á vosotros os perdonará mi Padre. Por consiguiente, la fe asimismo os asegura que Dios no os perdonará, si vosotros no perdonáis.

Si perdonareis,
será perdona-
do.

si no perdonareis,
no será perdonado.

¿Qué decís á este decreto y voluntad divina? Por ventura ¿diréis que no os importa tener á Dios propicio y misericordioso? — Luego, ¿queréis perderos? ¿no os importa condenaros? ¿tenéis resuelto despeñaros en el infierno? Si así es, no más disputas; rómpase la tierra, ábrase el abismo y arrojaos desesperados en aquellos fuegos devoradores, para arder en ellos eternamente. Pero si deseáis perdón y misericordia, ¿con qué cara, hermanos míos (dejadme desahogar mi pecho con el glorioso San Agustín), con qué cara, repito, osaré demandar perdón de sus pecados en el tribunal de Jesucristo el que, mandado que perdona á sus prójimos, no lo hace?² ¿Con qué osadía, con qué confianza comparecerá en el acatamiento de Cristo? Y no obstante, ¡oh locura y presunción humana!, los que más han menester de perdón y misericordia son los más duros en perdonar las propias ofensas.

Amplificación por
consultación.

Primer miembro
por imprecación
terrible.

2.^a miembro por
autoridad

y afectos de ver-
güenza.

Por cierto maravilla cómo los santos, que apenas tienen de qué pedir perdón, perdonan luego y aun dan gracias al que les ofendió; si los maldicen, ellos bendicen; si los injurian, venganse con beneficios, por temor que no los trate Dios con la justicia y aspereza con que trataron ellos á su prójimo; y nosotros, miserables pecadores, que, si Dios no

confirmados por
comparación de
maiores.

entre los santos,

facilita en parla-
das.

¹ Matth., vi, 14.

² Quia fronte indulgentiam peccatorum horum ante tribunal Christi obtinere poterit, qui Deo, praesipienti inimicis suis veniam dare, non acquiescit?

y nosotros otros nos tuviera de su bendita mano, caeríamos á cada paso en los infiernos, nosotros, abominables y desalmados y rebeldes, no sufrimos que se hable de concordia, no hay satisfacción que nos aplaque ni autoridad que nos apee de nuestra terca resolución.

Mande Dios lo que mande, ruegue, amenace cuanto quiera, querremos sangre, queremos muerte, queremos que desaparezca nuestro enemigo de la tierra, y, si tanto no, querémosle el mayor daño posible. Si no alcanzamos vengarnos con las armas, nos vengamos en las votaciones; si no con el puñal, al menos con la pluma; si no llegamos á maltratarle de manos, pero sí, y aun más cruelmente, de palabra. En conclusión, no queremos saber de él, ni verle, ni oírle; antes le hurtamos siempre el cuerpo y volvemos descortésmente las espaldas. ¡Oh cristianos! ¿Cómo andamos tan ciegos en cosa en que tanto nos va? ¿Cómo, por el delcete bestial de la venganza, arriesgamos todos los bienes, nos enemistamos con Dios, cerramos el cielo y nos abrimos las puertas del infierno?

Ea, hermanos míos, hagamos una generosa determinación á los pies de Cristo crucificado. Venid, acercaos á esos benditos pies bañados en sangre divina; ¿por qué teméis? Mirad cómo os alienta Tertuliano: *Si injuriam deposueris penes eum, ultor est; si damnum, restitutor est; si dolorem, medicus est; si mortem, resuscitator est*.¹ Si á sus plantas depusieres tus agravios, vengador es; si tus quiebras y daños, restaurador es; si tus dolores, médico es; si la muerte, Él es glorioso resucitador. ¿Aun vaciláis en arrojaros en los brazos de vuestro Dios? ¿Aun no fiáis de su grandeza y majestad que os pagará sobradamente este heroico sacrificio?

XI

Fórmula solemne para los ya convertidos.

Si, llegaos más cerca, que quiero aquí mismo escribir con esa sangre preciosa que mana de sus llagas sacratísimas la escritura del perdón.—Yo, Dios y Señor mío, en

¹ De Patient.

cumplimiento del ministerio que indignamente ejerzo en este lugar, y en nombre de este devoto pueblo, declaro y protesto delante de vuestra divina Majestad que deponemos á vuestros pies las injurias todas que hemos recibido, y ó en adelante recibiremos. Aquí sacrificamos nuestros odios, aquí degollamos en honor vuestro, no víctimas de carne, sino la saña y amargura de nuestra alma. Y aunque nos duele privarnos del placer de alguna venganza, os obedecemos, Señor, y perdonamos de todo corazón. Daremos la paz si se nos pide, la ofreceremos si no se nos pide. Perdonad Vos nuestras deudas y pecados, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y cuando nuestras culpas y maldades nos acusen en el tremendo juicio, sed Vos nuestro defensor, nuestro abogado, nuestro amorosísimo Padre.—

Hermanos, ¿hay alguno que no quiera firmar esta escritura? ¿Quién es el desventurado? ¿Por qué no se declara y manifiesta? Que abrasado yo en fuego de fervorosa indignación, escribiré con esta misma sangre la sentencia de su condenación eterna. Si, perezca el desdichado que se obstina en negar á Jesucristo tan justa demanda; no halle piedad en Dios, no alcance misericordia; caiga el miserable, prevalezcan sus enemigos, quede viuda su esposa, huérfanos sus hijos, y los hijos de sus hijos, lanzados de sus hogares, vayan errantes, sin hallar un techo donde guarecerse, ni un andrajo con que cubrirse. Sea hasta los cimientos aislada su casa, su hacienda disipada, olvidado para siempre su maldito nombre. Tórnese á la memoria de Dios los pasados crímenes, y cuando comparezca el malaventurado en el divino tribunal, cargado de cadenas para ser juzgado, entonces *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*.¹ Sea juzgado sin misericordia el que no hizo misericordia. Levántense contra él todas las criaturas pidiendo venganza; venganza pidan á voces los ángeles de Dios, venganza los bienaventurados del cielo, venganza los demonios del infierno, venganza todo el universo contra

¹ Jac. II, 13.

el rencoroso pecador. *Cum iudicatur, exeat condemnatus* ¹. Cuando sea juzgado, salga condenado.

Constitución de amor y confianza.

Mas aleje Dios de nosotros hombres tan perversos. Y si alguno de vosotros porfiare en negar á Jesucristo la gracia que nos pide, apártese, le ruego, y retirese de este sagrado lugar. Que nosotros, postrados á los pies de Cristo crucificado, pediremos rendidos perdón para nosotros y para todos los pecadores: ¡perdón, Señor, perdón!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANÁLISIS ORATORIO

§ I

INVENCIÓN

EN las tempestades se conoce el buen piloto, en las batallas muy reñidas el valiente capitán, y en manejar las pasiones más bravas lucen su ingenio los grandes oradores. La que trata Séneca en este discurso es por ventura la más desbocada y fiera; pero la maestría del predicador la doma y revuelve con tal arte, que ha trazado sin duda una de las piezas más acabadas de la elocuencia moderna. Es la ira la pasión más **honda**, porque se ceba y arraiga en la médula del amor propio lastimado; es la más **ciega**, porque el encendimiento de la sangre levanta obscuras nubes que ofuscan la razón y enturbian los dictámenes de la inteligencia; es la más **dulce** y halagüeña en su apetito de venganza, el cual, como dice hermosamente el gran poeta por boca del iracundo Aquiles, cunde y se derrama por los pechos de los mortales muy más sabrosa que la miel cuando se vierte:

ὄσπερ πολὺ γλυκίων μέλιτος καταλειβομένοιο
ἀνδρῶν ἐν στήθεσσι δέχεται:

Hom., *Iliad.*, xviii, 109.

Por donde casi es imposible el triunfo sobre ella, pues encuentra el orador cerrados todos los caminos de la persuasión. Porque, si quiere con argumentos **convencerla**, habla á sentidos como emborrachados con el vino de la ira; si quiere **conciliarse** su benevolencia, ella tapa las orejas y le tuerce enfadada el rostro; si porfia en **moverla**, antes moverá un peñasco. Y cierto, ó no siente que la combaten y contradicen, y entonces persevera en su tesón; ó advier-

te el golpe, y entonces se apercibe y hace hincapié en su rabioso coraje, como agudamente notó Aristóteles. *Ἡδὲ γὰρ τοῖς ἀνοητοῦσιν, πάλιν ἀνταίωται.* (Top. VIII, 1.)

Sólo el tiempo, después de Dios, y contra todo tiempo sólo el arte con la divina gracia, pueden vencer la braveza de este afecto, y domar lo indomable, y poner razón y asiento en la más irracional y desaforada bestia. Veámoslo por sus partes y estudiemos la estructura ó trabazón de esta máquina maravillosa.

El fin, como se desprende de lo dicho, es persuadir á los oyentes que perdonen las injurias grandes ó pequeñas, recientes ó envejecidas, y desde luego, y de todo corazón y para siempre jamás. Entra, pues, de lleno en el género **deliberativo** ó **suasorio**; toma los argumentos para convencer en la fuente de lo **útil** y **necesario**, y mueve sobre todo los afectos encontrados de **terror** y de **vergüenza**, de **miedo** y de **pundonor**. La **proposición** que sienta no es la directa y explícita, sino la más acomodada y halagüeña, es decir, **poner ante los ojos el abismo de males en que se precipitan los oyentes, si se dejan llevar desenfrenadamente de la ira**. Para su demostración razona de esta manera:

PRIMERA PARTE

I

Vosotros deseáis vengaros, porque queréis el daño del enemigo, y vuestro propio interés y bienestar.

Mas no vengándoos, les ocasionáis infinitos males, y vengándoos os los atraéis sobre vuestras cabezas:

Luego no os conviene tomar esa venganza.

Tómase de la causa final, y quebranta de un golpe los bríos de esta pasión, cortándole las esperanzas de buen éxito. La proposición mayor se calla oportunamente, porque, embobiendo todo el deso del vengativo, no puede menos de ser abrazada. La proposición menor, en lo primero, pásase rápidamente apuntando los remordimientos actuales y las penas venideras; mas en lo otro, donde estriba el quicio de la dificultad, se declara por esta distribución: Si queréis vengaros, antes y después de la venganza os acarrearéis males sin cuento: Luego, **antes de la venganza**, porque la ira es furiosa y ciega (pruébase por **autoridad** y **simil**): de un ciego y furioso, ¿qué se puede esperar sino

desatinos y malos sucesos? **Después de la venganza**, dado que se logre, porque **fuera** se dejan aún más rivales y enemigos; y **dentro**, miedos, sobresaltos y zozobras, con mil desastres de hacienda y de familia.

II

Por un **dilema** deshace la respuesta única y disparatada de sus oyentes, trazando así una ingeniosa transición al argumento tercero.

O bien os contentáis con perderlo todo, y entonces terminé, pues hablaría con hombres ciegos é insensatos:

O decidis que no tenéis nada que perder, ni cosa que temer; pero ¿no temeréis á Mi, dice el Señor?

III

No hay mal más temeroso que tener á Dios por enemigo vuestro en defensa de vuestro contrario.

Dios ha hecho este pacto con vosotros: Si no os vengáis, Yo tomo la defensa de vuestra honra; si os vengáis, tomo la defensa de vuestro enemigo contra vosotros.

Luego, dado que no tuvierais que temer de los hombres vengándoos por vuestra mano, temed á Dios y reportaos.

Sácase, pues, de los consiguientes. Presupuesta la verdad primera, pasa á demostrar la proposición menor con una bellísima parábola del rey que toma por suyas las ofensas hechas á un vasallo muy querido. En la aplicación va por sus pasos declarando primero cómo Dios toma por suyos nuestros agravios, con la autoridad de Salviano y la del Sabio: Quien os desprecia, me desprecia. **Después**, cómo reservó para sí la venganza y castigo de ellos, *mihí vindicta*. Ataja de camino una respuesta muy injuriosa — á Dios fáltale corazón y brazo para hacerlo, — probando con el ejemplo de Caín que más lastiman á su Majestad nuestros agravios que sus propias ofensas. **Finalmente**, que pues usurpa el vengativo la jurisdicción divina, y le roba sus derechos, El mismo se hará del bando del enemigo.

Refutación. Pero quedaré deshonrado.

Responde: Lo primero, **concediéndolo**; pero, ya que

tantas acciones deshonrosas hacen cada día, no es mucho que hagan ésta del perdonar para salvarse. Lo **segundo**, negándolo por los **consiguientes**, á saber: que no queda deshonrado quien perdona. Demuéstralo ya con la **autoridad** del Espíritu Santo, ya con **ejemplos** eficacísimos. Lo **tercero**, discurriendo por el **supuesto contrario**, que no hubiesen perdonado esos personajes; ¿quedarán por eso más honrados? Lo **cuarto**, estrecha á los oyentes con **ejemplos**, no de eclesiásticos, sino de **principes seculares y caballeros**. Lo **quinto**, suponiendo, por el **contrario**, que se hubiese vengado el religiosísimo Venceslao. Lo **sexto**, concede que sean infames según el mundo, pero que no es infamia ser infame con varones tan ilustres, antes que lo es y grande ser glorioso con los vengativos Roboam, etc. **Confírmase** con el testimonio del mismo Dios, que tiene por abominación esa menguada gloria. Lo **séptimo**, niega lo concedido, y afirma que los infames, según el mismo mundo, son los vengativos y rencorosos. Trae para ello los juicios del mundo, de los buenos y de los malos; y, puestos en balanza, pesan incomparablemente más los pareceres y autoridad de los cuerdos que reputan esta acción por muy infame. Lo **octavo**, apremia más á los oyentes, que porfian en que pierdan honra perdonando; responde: **Dios lo manda**.—Es cosa dura.—Os lo concedo, pero hay que pasar por este camino para ir al cielo; lo cual amplifica grandiosamente por **inducción y comparación**, de lo menos á lo más. ¿Qué no padecieron los santos por salvar sus almas? ¿Y á vosotros os espanta un sacrificio tan pequeño? Lo **noveno**, cierra su valiente refutación con un **dilema** robustísimo: O perdéis el honor vosotros, ó pierde Dios el suyo. ¿Qué escogéis? Ya lo oigo: caiga el honor de Dios; queremos sangre.

SEGUNDA PARTE

I

Contra las **enemistades ocultas** predica brevisísimamente en esta forma, y allana el camino á la peroración.

Hay odios ocultos, como los hay públicos y manifestos.

Mas aquéllos no desagradan menos á su divina Majestad: Luego debéis lanzarlos de vuestra alma.

La manera es en estilo de satisfacción á un reparo, el

cuál, si no se deshiciese, destruiría la fuerza de la peroración. Que existan tales descubrimientos, pruébalos por los **efectos** en los tales que andan amargados y secretamente ofendidos. Que desagraden á Dios, vese por la queja del mismo Señor en el **profeta Oseas**.

Los argumentos que siguen pertenecen propiamente á la peroración.

Dice así en compendio:

II

Los beneficios recibidos en lo pasado os fuerzan á perdonar y dar ese gusto á Cristo nuestro Señor. Luego, si no perdonáis, sois unos monstruos de ingratitud. Confírmalo con las comparaciones mismas, ya de otros que otorgaron perdón, sin necesidad de los extremos que hace Jesucristo pidiendo que perdonen, hasta derribarse á los pies de los rencorosos pecadores: ya de los mismos oyentes que lo concederían á otras criaturas, si esto les pidiesen.

III

Tenéis necesidad de que Dios os perdone en lo venidero. Mas no os perdonará si vosotros no perdonáis. Luego forzosamente habéis de perdonar.

Insiste en la proposición menor, y la demuestra, ya con las **protestas** del mismo Dios, ya con las **palabras** de San Agustín. **Confírmalo**, pasando de lo menos á lo más, con los **ejemplos** de los santos; y perora primero en **favor** de los que perdonan, y en **posterior** lugar **contra** los duros y obstinados.

Inención por cierto maravillosa, y que manifiesta cuánto va del ingenio del filósofo en inventar los argumentos, al orador de veras elocuente. Porque aquel arguye para convencer, éste para persuadir; aquel mira la teoría y la especulación, éste la ejecución y la práctica; y conforme á esta diversidad de fines, aquel busca argumentos probables y genéricos (*Επιδημι*), éste más especiales y acomodados á la muchedumbre (*Πληθυσ*); aquel escudriña y va en pos de las pruebas docentes con que demuestre la cuestión; éste tras razones múltiples que **amplifiquen**, que **muevan**, que **agraden** y concilien las voluntades, es decir, *ῥησας* y *πειθίζωνας*. Estas diferencias nos han traído á la memoria la invención

de Señeri, sólida, grave, bien escogida, y sobre todo vehementemente y popular, en la cual, si campea la sutileza del filósofo, más descuellan aún el talento del orador y el corazón del apóstol.

§ II

DISPOSICIÓN

De ella nace principalmente la extraordinaria fuerza de este discurso: y si con atención le estudiamos, veremos que toda consiste en su admirable gradación, ya lógica, ya patética.

Gradación lógica. Veamos de dónde parte y adónde camina el orador, y por qué pasos va llevando á su auditorio. A éste, que se presupone hondamente excitado, peca de noble y generosa sangre, dos cosas le tienen como aferrado á la venganza, á saber: si se venga, la aprensión de un gran deleite; si no se venga, la aprensión de una desgracia gravísima. Para derribar estos fuertes, donde se encastilla la carne, y sacando, como dicen, un clavo con otro clavo, opone contra el deleite imaginado, si se venga, vivos **temores** de mayores y verdaderos desastres; y contra la **deshonra** que prevé si no se venga, honra verdadera y máziza; y, por el contrario, baldón negrísimo si se realiza la venganza. Lo uno se trata en la **confirmación**, lo otro en la **refutación**. Allí dice: Si te vengas, tú ves satisfacción y deleite; mas yo veo daños y desventuras mil, ya por parte de los hombres, á quien irritarás contra tí, ya por parte de Dios, cuyo mandamiento quebrantas, cuyo amor desprecias, cuyos derechos y autoridad violas. Teme, pues, si no á los hombres, la indignación de Dios. — **Aquí responde:** Si no te vengas, temes la deshonra; pues bien, sabe que no hay tal deshonra; antes quedarás afrentado si te vengas, así delante de Dios como delante de los hombres. — Mas como no puede negar que sea alguna afrenta, según el mundo, y de aquí los arranca el orador valiéndose de dos amores, los más fuertes, como de dos cuerdas trespobladas, que son el amor de la propia alma y el amor de Dios. Si rehusáis beber ese trago que se os antoja tan amargo, perdéis el alma, perdéis el paraíso; y si porfiáis en no arrostrar á esa deshonra, pierde Dios su honra, y queda infamada su majestad.

Gradación patética. A los desvaríos de la mente púedese contrarrestar con argumentos luminosos, y sin prepa-

rarlos mucho de antemano; mas el corazón no quiere ser violentado. Hay que entrar en él con trabajo de zapa, y contraminando sus temores con otros temores, y sus deleites con otros deleites. Hay que darle la mano y hacerse algo á su condición antojadiza; hay que halagarle al principio, por que no se embravezca y fracasen así nuestros buenos propósitos. Rastreemos los caminos por donde lleva Señeri los corazones hirviendo en saña al perfecto perdón de las injurias.

Exordio. Tres cosas podían lastimar á los oyentes en el comienzo del sermón: el empeño del orador en persuadirles que perdonasen, y en llevarlo á cabo á todo trance; alguna afición á sus enemigos, y, en fin, cualquiera muestra de desafecto á sus propias personas. Ocorre directamente Señeri á estos inconvenientes con este proemio, dechado de **insinuaciones oratorias**. Porque, en primer lugar, entra en la causa con cierta **indiferencia** y desengaño; luego, da muestras de **mal voluntad** respecto de sus ofensores; y asegura, lo tercero, que prevalece en su alma el **deseo** único de hacer bien á las de sus oyentes. Ni una palabra huelga en este exordio. ¡Con qué calma y cuán sin recelo se escuchan aquellas quejas del poco fruto que espera el orador! ¡Cómo penetra el corazón aquel oír que sólo el ansia de su bienestar le mueve y lleva tras sí para que hable! Véase, pues, cómo estas tres cosas en conjunto, y cada una por su parte, hacen al auditorio **dócil, benévolo y atento**.

Confirmación. Está en el pecho del rencoroso el amor propio vivísimo, y su corazón herido y chorreando sangre. ¡Ay del que lo toque sin cautela! ¡Ay del que lo contradiga abiertamente! Por esto comienza el orador como dando rienda al **amor propio** de los oyentes con la primera razón, harto terrenal é interesada, de los estragos de una venganza, halagando con una mano y atemorizando con otra. Tras esto, **los arretra con el temor de Dios** y de su enojo, arráncandoles una espada con otra espada, y un sobresalto con otro más real. ¡Cómo va removiendo y amansando la ferocidad del iracundo! ¡Cómo lo va levantando del amor propio á algún amor y reverencia de Dios! ¡Del temor apocado de los hombres, al temor de la divina Majestad! Despiértales luego la **emulación** con el ejemplo de grandes y famosísimos varones, y aviva en sus pechos el **deseo de honra**, tan arraigado en ellos, y cuyas mancillas sienten y horan. Alzalos más y convidalos con otro sentimiento más noble y cristiano, el de su alma y **salvación** eterna, la cual no se alcanza sino perdonando. ¡Camino estrecho, pero trillado con las pisadas de cien héroes! Finalmente, y de escalón en escalón, llévalos por el sentimiento de una ver-

güenza nobilísima y sublime al afecto del amor de Dios, enterreciendo los peñascos y sacando agua copiosa de las duras piedras. Así termina su primera parte.

Peroración. Sin ella quedarán convencidos, pero ¿vendidos? Siempre brilla Séñeri en las peroraciones; mas en ésta se aventaja á sí mismo. Desde que se supone embajador de Dios, que tiene que responder sí ó no, hasta que se queda orando y llorando á los pies del crucifijo, ¡qué torrentes de afectos turban y arrebatan el ya casi domado corazón del rencoroso! Perderá su fuerza si queremos convertirla en razonamiento y dar lugar á la reflexión fría y mesurada, y así sólo indicaremos el orden de los afectos principales. Más fácil que analizar y más provechoso nos sería sentir y dejarnos llevar de ese río profundo que nos arrastra suavemente hasta entrarnos en el mar inmenso del Corazón de Cristo.

Transición. Como tal y como descanso debe tenerse la segunda parte hasta la peroración.

Afecto de gratitud. «Si lo pidiese á gente extraña... ¡pero á vosotros!»

De ternura y compasión. «¿Qué quisierais de J. C.? ¿Qué se derribara á vuestros pies?»

De vergüenza. «Si os pidiera lo mismo esa persona á quien amáis... y un Dios crucificado...»

De terror y desesperación. «¿Conque queréis perderos?... Abrase la tierra.»

Otra vez de vergüenza. «¿Con qué cara pediréis misericordia? Mande, ruegue, amenace...»

De confianza. «¡Oh cristianos!... Venid, acercaos á esos pies anegados en sangre...»

De resolución y triunfo. «¡Sí, llegaos más cerca... con esa sangre voy á escribir. Yo protesto y declaro.— Aquí sacrificamos nuestros odios...»

Otra vez de terror y amenaza. «Muera el desdichado, quede viuda su esposa, huérfanos sus hijos... ¡Júzguete Dios sin piedad.— Venganza clamen los ángeles...»

De esperanza y amor. «Nosotros, postrados á los pies... pedirémos perdón...»

Nótese las bellezas siguientes en orden á la moción de los afectos. ¡Cómo mezcla el terror con la esperanza! ¡Con qué rapidez y naturalidad al propio tiempo pasa de un afecto á otro! ¡Cómo se concilia la voluntad de los oyentes, ya encareciendo los beneficios recibidos de Dios, ya suponiéndolos trocados y lejos de los rebeldes! ¡Cómo reserva para el fin el argumento más robusto de la necesidad del perdón para recabar de Dios misericordia! ¡Cómo, en suma, con ser tan arrebatado y vehemente, dista infinito de la hinchazón de-

clamatoria y de aquel furor que llama Longino *παρεδιπτος*, el cual consiste, según él, en un apasionamiento intempestivo y hueco, ó en sazón, pero desmedido y llevado al extremo! «*Εστι δὲ παθος ἀκατον καὶ ἀνερ, ἔστι μὴ δὲι παθος; ἢ, ἀκατον ἔστι παθος δὲι* (Long. *Περὶ ὁμοί.* c. 3).

§ III

ELOCUCIÓN

El estilo y lenguaje es en general aquel amplio, copioso, grave y figurado, del que dice Tulio que tiene fuerza máxima ó irresistible. *In quo profecto vis maxima est.* (Orat., XVIII; otros, XV.) Es aquel que domina los corazones y los trae y revuelve á su placer; aquel que ya embiste y desbarata, ya fluye y se insinúa en los ánimos, ahora planta nuevas ideas, ahora desarraiga las antiguas. *Hujus eloquentia est tractare animos, hujus omni modo permovere: hæc modo perfingit, modo irripit in sensus; inserit novas opinionum, evellit insulas.* (Ibid.) Hija es esta sublimidad é impetu de la frase del calor del corazón. Bate fuego afavora el estilo, y abrasa las palabras, é ilumina la dicción con lumbres tan vivas y hermosas, que hacen amables los sacrificios más costosos, y evidentes las verdades más oscuras. ¿Qué rasgos de tan encumbrada elocuencia se hallarán, fuera de Tulio ó de Crisóstomo, como la conclusión de la primera parte y todo el remate del discurso? Hay figuras trazadas de mano maestra.

Ejemplo de **concesión** nos presenta cuando, después de preguntar (VIII) «¿Qué os parece mejor, que se salve vuestra honra ó la divina?... Sí, ya os oigo: piérdase, contestáis, la honra divina, como se salve la nuestra», responde con sarcástica complacencia: «¡Muy bien, tenéis razón; he concluido. ¡Ay, Jesús mío!... Y aun acaso más sentida donde dice (x): Luego ¿queréis perderos? ¿no os importa condenaros? ¿queréis despenaros en el infierno? Rómpanse la tierra, ábrase el infierno y arrojaos desesperados...»

De ocupación oratoria, cuando, da principio á la refutación (v). «Mas oigo ya la excusa que me dáis. Decidme que, si no os hacéis por vuestra mano la justicia, queda muy malparada vuestra honra.» A que responde con aquel amargo parabién: «Grave, gravísima dificultad por cierto, y me complazco en reconocerlo así. Pero, antes de pasar adelante, permitidme que os felicite de que sea ésta la prime-

ra acción indecorosa de vuestra vida. No queda deshonrado un caballero si frecuenta»...

De comunicación. Entre varias que se ofrecen, nótese aquella tan natural (V): «Ahora bien, aquí tenéis al culpado á los pies del inocente. ¿Qué debe hacer Venceslao en este trance? Aconsejádselo vosotros. ¿Le clavará el corazón...?»

De execración, la brillante y aterradora del XI: «Si, muera el desdichado... caiga el miserable, prevalezcan sus enemigos, quede viuda su esposa, huérfanos sus hijos, y los hijos de sus hijos vayan errantes, sin hallar un techo donde guardarse, ni un andrajó con qué cubrirse. Sea hasta los ciéntos...»

De licencia (V): «¿Y queréis para vosotros esa gloria? Tomadla enhorabuena; que yo quiero ser infame... quiero ser infame con los siervos de mi Señor...»

De repetición, sólo citaremos la postrera de: «Venganza... venganza». Y como bellissimo conjunto de toda clase de ornamentos, de interrogaciones, obstestaciones, apóstrofes, ironías dulcísimas y dialogismos rápidos es la postrera parte de la refutación, donde desahoga el orador su pecho con tal fuego y gradación, que remata por decir: «Cristianos, no puedo más; mi corazón estalla, no sé si de abominación ó de celo». Y cuando ya los tiene ablandados, les arranca lo que pretende con aquella interrogación: «¿Y seréis vosotros de aquellos...? ¿Sufriréis que quede su Majestad ultrajada, escarnecida, pisoteada, por no perder vosotros un punto de vuestra honra?»

Pero lo más discreto de estas cononciones es, ya la delicadeza con que prepara los ánimos, en lo cual sin duda resplandece nuestro orador, ya en el señorío de sí mismo y de sus afectos encendidos, no desmandándose nunca, antes templando los estilos de la oración ínfimo y medio con el sublime dominante. Porque bien sabía lo que advierte Tulio: que el orador que no sabe hablar nunca sereno, tranquilo, con claridad, con distinción, con donaire, si sobre esto entra como de golpe á enardecer su discurso, parece un loco entre los cuerdos y un ebrio que anda perdida la cabeza entre los sanos: *Qui enim nihil potest tranquille, nihil leniter, nihil parite, definite, distincte, facile dicere... si is, non prae paratis auribus, inflammare rem coepit, furere apud sanos, et quasi inter sobrios bacchari vinolentus videtur.* (Orat., XXVIII; según otros, XV.)

DISCURSO CUARTO

LA PALABRA DE DIOS

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

(MATTH., IV, 4.)

EXORDIO

I

A visceribus carnis.

QUE la palabra de Dios sea para el alma lo que el manjar al cuerpo, es cosa tan manifiesta que no ha menester demostración. Así lo trae con los mismos términos el glorioso San Crisóstomo: Lo que es el manjar respecto del cuerpo, son al alma las palabras de la celestial sabiduría: *Quod corpori est cibus, hoc animae est divinarum eloquentiarum doctrina*¹. Así lo confirma San Gregorio: La comida del alma, dice, son las palabras de Dios. *Cibus mentis est sermo Dei*: Así el bienaventurado San Ambrosio, diciendo que el manjar del espíritu es la palabra de Dios: *Cibus mentis est verbum Dei*. Así, finalmente, todos los doctores y santos de la Iglesia.

Y no es maravilla, católicos, porque la palabra de Dios mantiene al alma en su calor y vida sobrenatural; ella la alimenta, si está débil; la fortifica y robustece, si anda descacada, y la engruesa por escondida manera, si está flaca y desmayada en la virtud. Y lo que declara más la eficacia

parte, Cibus la dicción.

La palabra de Dios es manjar del alma.

por congeries de testimonios.

por los efectos maravillosos que obra.

¹ Hom. 6 contr. Anom.

ra acción indecorosa de vuestra vida. No queda deshonrado un caballero si frecuenta»...

De comunicación. Entre varias que se ofrecen, nótese aquella tan natural (V): «Ahora bien, aquí tenéis al culpado á los pies del inocente. ¿Qué debe hacer Venceslao en este trance? Aconsejádselo vosotros. ¿Le clavará el corazón...?»

De execración, la brillante y aterradora del XI: «Si, muera el desdichado... caiga el miserable, prevalezcan sus enemigos, quede viuda su esposa, huérfanos sus hijos, y los hijos de sus hijos vayan errantes, sin hallar un techo donde guardarse, ni un andrajó con qué cubrirse. Sea hasta los ciéntos...»

De licencia (V): «¿Y queréis para vosotros esa gloria? Tomadla enhorabuena; que yo quiero ser infame... quiero ser infame con los siervos de mi Señor...»

De repetición, sólo citaremos la postrera de: «Venganza... venganza». Y como bellissimo conjunto de toda clase de ornamentos, de interrogaciones, obstestaciones, apóstrofes, ironías dulcísimas y dialogismos rápidos es la postrera parte de la refutación, donde desahoga el orador su pecho con tal fuego y gradación, que remata por decir: «Cristianos, no puedo más; mi corazón estalla, no sé si de abominación ó de celo». Y cuando ya los tiene ablandados, les arranca lo que pretende con aquella interrogación: «¿Y seréis vosotros de aquellos...? ¿Sufriréis que quede su Majestad ultrajada, escarnecida, pisoteada, por no perder vosotros un punto de vuestra honra?»

Pero lo más discreto de estas conmociones es, ya la delicadeza con que prepara los ánimos, en lo cual sin duda resplandece nuestro orador, ya en el señorío de sí mismo y de sus afectos encendidos, no desmandándose nunca, antes templando los estilos de la oración ínfimo y medio con el sublime dominante. Porque bien sabía lo que advierte Tulio: que el orador que no sabe hablar nunca sereno, tranquilo, con claridad, con distinción, con donaire, si sobre esto entra como de golpe á enardecer su discurso, parece un loco entre los cuerdos y un ebrio que anda perdida la cabeza entre los sanos: *Qui enim nihil potest tranquille, nihil leniter, nihil parite, definite, distincte, facere dicere... si is, non prae paratis auribus, inflammare rem coepit, furere apud sanos, et quasi inter sobrios bacchari vinolentus videtur.* (Orat., XXVIII; según otros, XV.)

DISCURSO CUARTO

LA PALABRA DE DIOS

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

(MATTH., IV, 4.)

EXORDIO

I

A visceribus carnis.

QUE la palabra de Dios sea para el alma lo que el manjar al cuerpo, es cosa tan manifiesta que no ha menester demostración. Así lo trae con los mismos términos el glorioso San Crisóstomo: Lo que es el manjar respecto del cuerpo, son al alma las palabras de la celestial sabiduría: *Quod corpori est cibus, hoc animae est divinarum eloquentiarum doctrina*¹. Así lo confirma San Gregorio: La comida del alma, dice, son las palabras de Dios. *Cibus mentis est sermo Dei*: Así el bienaventurado San Ambrosio, diciendo que el manjar del espíritu es la palabra de Dios: *Cibus mentis est verbum Dei*. Así, finalmente, todos los doctores y santos de la Iglesia.

Y no es maravilla, católicos, porque la palabra de Dios mantiene al alma en su calor y vida sobrenatural; ella la alimenta, si está débil; la fortifica y robustece, si anda descacada, y la engruesa por escondida manera, si está flaca y desmayada en la virtud. Y lo que declara más la eficacia

parte, Cibus la dicción.

La palabra de Dios es manjar del alma.

por congeries de testimonios.

por los efectos maravillosos que obra.

¹ Hom. 6 contr. Anom.

y excelencia de este manjar sobre todos los corporales, es que éstos, por exquisitos que sean y en sí muy substanciosos y al cuerpo muy saludables, suponen vida en quien los come, mas la palabra de Dios tiene fuerza para resucitar las almas que murieron. ¿Quién, pues, se admirará que diga nuestro adorable Salvador en el Evangelio de este día que no vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*? Ya pues que la palabra de Dios sustenta al alma, parte principal del hombre, bien puede asegurarse, y no por figura ni metáfora, sino llanamente, que la palabra de Dios sustenta al mismo hombre.

Peró gran vergüenza es, y perdóneme su divina Majestad, que este manjar divino no sea ni tan universalmente codiciado, ni tan vehementemente apetecido como los manjares del cuerpo. Mas ¿de dónde procede esta tibieza, ó mejor hastío? ¿No es acaso tan bueno y excelente como aquéllos? Infinitamente más. ¿No es tan delicado? Delicadísimo. ¿Y al gusto tan sabroso? Sabrosísimo. Pues ¿cómo no hay más hambre de este mantenimiento? La causa es, si no me engaño, que no puede gustar nunca de las palabras salidas de los labios dulcísimos de Dios, quien antes quiere

henchirse de las que salen de la boca inmunda del demonio. ¿Y no veis con vuestros ojos la hambrienta muchedumbre de los mundanos que se hartan de manjares groserísimos, de conversaciones torpes, de espectáculos deshonestos, de murmuraciones y maliciosos chistes, de lecturas cenagosas, y de toda suerte de mentiras y devaneos? ¿Qué

maravilla si tienen luego estragado el paladar para los manjares del cielo? Es imposible saborearse en fábulas y vanidades de mundo, y hallar deleite en la verdad; porque divinamente junta el Apóstol el cerrar los oídos á la verdad y el volverse á la ficción. *A veritate quidem auditum avertebat, ad fabulas autem convertentur*!. Mas, sea ó no ésta la razón, es ciertamente para florarse con lágrimas amargas ver la poca hambre que de oír la palabra divina se advierte en el pueblo cristiano.

por autoridad de
vina.

2.ª parte.
Es esta la aton-
días

por averiguación
de las causas:

suplemento por
satisfacción de
ma

No hay hambre
ciental, porque
hay hartura de
vanidades;

por infacción,

por razón,

por testimonio.

Propos. No hay
hambre de la di-
vina palabra.

Pluguiera á Dios que os lo pudiese demostrar hoy palpablemente, para confusión de unos, enseñanzas de otros y temor santo de todos mis oyentes; pues no sé qué mayor castigo puede enviar Dios sobre un pueblo pecador que quitarle del corazón esta hambre y codicia de verdad. Pasemos, pues, á demostrar, con el favor divino, en qué se funda este mi dolor y amargo sentimiento, y prestadme vuestra atención; porque, aunque me consuela veros á muchos hambrientos y deseosos de oír la palabra de Dios, todavía me duele que no todos por ventura participéis de esa disposición tan excelente.

3.ª parte.
Conciliase la
benevolencia

por moción de
dolor

de dolor,
de suaviana.

PARTE PRIMERA

II

Arg. 1.ª
De los efectos.

Es el hambre un apetito muy agudo y desasosegado, el cual, cuando se apodera de los animales, los excita poderosamente á buscar á toda costa el mantenimiento necesario. El hambre no deja sosegar á los temerosos ciervos en sus cuevas; el hambre saca de sus madrigueras á los gamos; y el hambre fuerza á las simples avecillas á desamparar, mal que les pese, los amados nidos, y por un granito recorren campos y praderas, y se exponen á los lazos y asechanzas de astutos cazadores. ¿Qué decís, oyentes amadísimos? ¿Pareceos verdadera hambre de la palabra divina la que no tiene fuerzas para sacaros de vuestras casas, sino raras veces, á paraje tan seguro y magnífico como el templo del Señor, donde podéis proveeros abundantemente de espiritual manjar, libres de celadas y violencias, y sin gastar nada de vuestro caudal?

Quien siente
hambre, busca ar-
dientemente el manjar;

por deliración;

por fatiga de
los animales.

Vuestro no os
convenia por no
la pal. divina;

por defecto dese-
velar.

Largo.

No bien entendió Jacob que en Egipto se vendía trigo, aunque muy caro, volviéndose á los suyos, dijoles con grande inquietud: ¿Qué hacemos, hijos míos? ¿A qué tanto desmayo y flojedad? Oigo que en Egipto se venden viveres, ¿y estámonos aquí consumiendo de miseria? Ea, apercebidos y bajad á Egipto y comprad á toda costa de comer; que, cuan-

Amplif. por
ejemplo de Jacob.

viva proserope-
1.ª

do apricta el hambre, no es razón estarse quedos esperando que se nos vendrá el pan á la boca: *Quare negligitis? Audi vi quod triticum venundetur in Aegypto. Descendite, et emite nobis necessaria, ut possimus vivere, et non consumamur inopia*¹. ¿Qué sintiera el buen Patriarca, si por ventura le hubiesen dicho que el trigo no se vendía á tan caro precio, sino que se daba de balde? ¿No se hubiera medio escandalizado? ¿No correría á lograr tan buena coyuntura?

Aplicación á esta
par.

Para ser de bal-
de se distribuye.

Consideración ve-
hementis.

por interrogación
y sentencia cano-
nica.

Hermanos, aquí la palabra de Dios á nadie se vende; aquí el don de Dios regalase de balde. *Gratis evangelium Dei evangelizamus vobis*², os puedo decir como el Apóstol: graciosamente os evangelizo el evangelio de Cristo. Por nada se da, por nada se reparte la dádiva mayor del mundo. Y, sin embargo de esto, ¿no dais un paso á fin de abasteceros de saludables enseñanzas, mantenimiento del espíritu? ¿Por qué, decidme, por qué emperzeáis? *Quare negligitis?* Porque no tenéis hambre de la palabra de Dios. Los que no buscan, dice San Agustín, lo que tienen á la mano, dan muestra de fastidio y languidez³.

III

Arg. 2.^a
Refutación so-
luta.

Las mujeres de
hechos vivir retri-
buidas.

Hex. Cienno, mas
no á letra de aso-
nio.

por congresos
de ejemplos bíbli-
cos.

á Sunamitis

Santo es y muy encomendado el recogimiento, pero mejor el escuchar la divina palabra, si los quehaceres de casa lo consienten. Y advertid que no hablo solamente de los hombres, ocupados algunos á la hora que se predica en negocios que no se pueden excusar; hablo también de las mujeres. Que mujer era, y muy principal y enamorada del retiro, la famosa Sunamitis; con todo, ¿qué le dijo el profeta Eliseo, cuando previó la miserable hambre que iba á yermar la región de Palestina? ¿Por ventura: Estáte queda, mujer, no te muevas, no salgas de casa y ocúpate en tus faenas? No, sino: Levántate y ve con tu familia peregrinando por la tierra hasta que halles de comer. *Surge,*

*vade, tu et domus tua, et peregrinare ubicumque repereris*¹. Profeta santo, ¿qué decís? ¿No sabéis, acaso, cuánto conviene á la mujer el encerramiento y la soledad? ¿No sabéis, que son de la naturaleza del vidrio, seguro mientras se conserva bien guardado? ¿No sabéis que son como el bálsamo ó poma de olor, que mantiene su fragancia mientras no se exhala y evapora? ¿Cómo, pues, la exhortáis á que vaya peregrinando por esos mundos y por toda la tierra, y entre toda clase de gentes? *Vade et peregrinare ubicumque repereris*. Así debía ser, y fuera desatinado consejo sacarla de casa en otro tiempo, menos en tiempo de hambre. Quien tiene hambre, es fuerza, si no quiere morir, que se afane, que se mueva, que no se dé punto de sosiego, porque la necesidad carece de ley. Así lo cumplió la Sunamitis, la cual se levantó y ejecutó al punto el mandamiento del Profeta, y, saliendo con toda su familia, anduvo muchos dias peregrinando. *Surrexit et fecit iuxta verbum hominis Dei, et vadens cum domo sua, peregrinata est diebus multis*, probando con su ejemplo la verdad de aquel dicho de un filósofo, que el hambre vence todos los afectos, sobre todo el de la vergüenza².

¿El hambre no hizo á Noemi recorrer tierras extrañas, y á Ruth caminar disimuladamente tras las huellas de los segadores, recogiendo las espigas perdidas? ¿Apretada del hambre, ¿no bajó Sara con su marido Abraham hasta la región de Egipto? ¿Y Rebeca ¿no fué por causa del hambre en compañía de Isaac, su esposo, á Gerar? ¿Y será razón que estéis en casa las mujeres, so color de más recogimiento, mientras se reparte el pan de la divina palabra, y que, atareándoos en ocupaciones no forzosas, dejéis vacía el alma y ayuno el corazón? ¿Es posible que así os dejéis vencer en diligencia y religiosidad de vuestros maridos? Si bien se examina, no es esto, no es esto amor al retiro, sino en unas poca devoción, en otras respetos vanos, en otras pereza y caimiento de espíritu. Digoos, pues, que procuréis

amplificación por
oposición de mar-
ravilla y admira-
ción.

atendidas

sentencia.

Conclusión

afectos de emul-
ción.

de que,

¹ Gen., XLII, 1. — ² 2 Cor., XI, 7.

³ Qui non quaerunt quod in promptu habent, fastidii languore marcescunt. (In sent.)

¹ 4 Reg., VIII, 2.

² Omnem affectum excludit famas, maxime, verecundiam. (Egesippus, De exc. Jud. L. 5, cap. 18.)

³ Ruth., I, 2. — ⁴ Gen., XLII. — ⁵ Gen., XXVI.

deseñaros de faenas no forzosas, que acudáis al templo aun los días no festivos, sin malgastar en atavíos y componeros aquel tesoro que se llama tiempo, sólo bien estimado a la hora de la muerte, y que vengáis con presteza y apresuramiento, que es otro indicio de verdadera hambre.

Transición.

Arg. 3.^o
De las circunstancias.
¿Quien siente hambre no da prisa?

que semejanza.

Vosotros venís con languidez.

Largo.

Por intencional contraria.

repetición.

noticia para enseñanza.

UNIVERSIDAD

Aquífil puroto
piza del hambre.
dicción.

IV

Y ¿no es así por ventura? Imaginad que se abre un espléndido banquete á muchedumbre de convidados, semejante al que ofreció el padre de Sansón á su hijo ¹, y Salomón á sus siervos ². ¿Quiénes se adelantan y comparecen primero? Los hambrientos y necesitados. ¿Quiénes llegan tarde? Los desgarnados, los que van sin necesidad y por puro cumplimiento. ¿Diremos, pues, que tienen hambre de la palabra de Dios los que no una vez, sino por costumbre, entran á este convite rezagados y como por fuerza? No, no sienten esta hambre divina. Siéntenla, empero, los que madrugan por desocuparse á esta hora; siéntenla los que acuden con anticipación y se adelantan á tomar asiento en la mesa celestial; siéntenla los que reciben con gusto cuanto se les dice para su provecho. Enseña al justo, dice el Espíritu Santo, y verás cómo se apresura á recibirlo: *Doce justum et festinabit accipere* ³. Benseñale cuanto quieras, y arrebatará tus enseñanzas con más ansiedad que el avejilla los granos y los pececillos el gustoso cebo. Carrígele, y recibirá tu corrección; explícale una duda, y la oirá con deseo de aprovecharse; dale un consejo, y lo tomará al momento; proponle un ejercicio de piedad, y darásle prisa á ejecutarlo; en suma, enseñale cuanto quieras, y arrebatará tus enseñanzas: *Doce justum et festinabit accipere*. Darásle prisa los días de labor y los días de fiesta; darásle prisa en todo lugar y tiempo; darásle prisa en toda ocasión y coyuntura, al fin como hambriento y verdaderamente codicioso de manjar divino.

¡Oh qué impaciente se muestra y cómo no se da paz quien

¹ Jud., xiv.—² 3 Reg., iii.—³ Prov., ix, 9.

tiene hambre! Riñe á éstos, porfia con aquéllos, enójase con todos y revuelve la casa, porque las viandas no están á punto. Con impaciencia da oídos á las consultas, si algún importuno le molesta; con impaciencia recibe los cumplimientos, si alguien por desgracia le visita, y, en una palabra, aseméjase á los perrillos que, en apretándolos el hambre, y semejanza, no están para caricias ni halagos. Desengáñese, no tiene hambre de palabra divina quien, hallándose en la plaza, oye tañer á sermón, que es como convidarle á la mesa celestial, y no se apresura, antes sigue parlando; ve acudir á otros con diligencia, y no se mueve; oye á los que le invitan, y hácese sordo á sus llamamientos; suena la última señal, eco último de la voz de Dios que le llama á su real banquete, y no da paso, ni osa levantarse del asiento ni desviarse del corro donde se murmura.

For indicción
directa y cotidiana.

é hipotiposis.

Arg. 4.^o
De las acciones.

Quien siente hambre no respeta su delicadeza.

por accidental humana.

por coquerías de ejemplo, profesión de Artajeses.

V

¿Y quién dudará que hay poca hambre de palabra de Dios cuando considere los primores y delicadezas que el público exige hoy del orador sagrado? El hambre no repara en melindres, no es ambiciosa, dice un filósofo ¹. Quien tiene verdadera hambre no mira al aparato, no atiende al artificio de los guisos, no se fija en sainetes ni aderezos, y tan lejos está de distinguir manjares de manjares, que, según dice Salomón, toma lo amargo por dulce y lo dulce por amargo: *Anima esuriens etiam amarum pro dulci sumet* ², y come los agraces de Gálgala con el mismo sabor que las celebradas uvas de Engaddi. Artajerjes, rey de los Asirios, cuando, desbaratada su gente en una batalla, fué forzado á huir, tuvo por gran dicha matar el hambre con un mendrugo de pan de cebada, que unos rústicos labriegos le ofrecieron, el cual le supo tan bien, que se quejó de sus dioses, porque hasta entonces le habían escondido aquel placer ³. Y Tolomeo, rey de Egipto, huyendo también sin vi-

¹ Ambitiosa non est famei. Sen., Epist. 119.

² Prov. xxxvii, 7.—³ Plut. in Reg. apoth.

tolallas ni bagaje, se albergó en una pobre cabaña, donde comió pan negro de salvado, pero con tanto gusto, que decía: —A fe mía que nunca he comido manjar tan regalado¹.

los romanos. ¿Qué diré del pueblo romano, hoy tan delicado y mal contentadizo? ¿No llegó en los cercos de Alarico y de Totila á alimentarse, no solamente de carne de perros y caballos, pero de hierbas del campo y de raíces?...² Hasta las correas se comían los habitantes de Sexto en el Quersoneso, cuando Xantipo los sitió por hambre; y en una hambre general, los Espartanos se comían las mismas sabandijas que inundaban sus campos, estragaban sus mieses y mataban sus rebaños³. Tan cierto es que nunca el hambre fué remilgada ni quisquillosa, y como testificó Job, aleccionado por la experiencia, es regaladísimo plato en tiempo de necesidad lo que en días de abundancia nos daba hastío: *Quas prius nolebát tangere anima mea, nunc prae angustia cibi mei sunt*⁴.

Conclusión oportuna.
por Job.
Vosotros criáis grandes peñores
de elocuencia:
pruébale por distribución.
Luego.
Confirmando el por la facilidad de satisfacer á los hambrientos:
con autoridad
y ejemplo.

Decid, pues, oyentes míos, ¿es hambre de divina palabra que no halléis un predicador que os guste, ni un sermón que os llene y satisfaga, y ser de día en día más melindrosos y delicados? Quejase uno de escasa erudición en el discurso, quisiera otro más amenidad en el estilo, éste tacha el lenguaje de inculco y desaliñado, nota aquel pobreza de conceptos y de rasgos verdaderamente elocuentes. ¿Y es esto buen hambre de verdad? No, católicos, sino hastío y disgusto de ella. ¿Queréis verlo con vuestros ojos? En lugar de ir ansiosos tras las galas y vana pompa del estilo, procurad sentir hambre y estaréis todos contentos. Un convite á gente necesitada y hambrienta, en pocos instantes se prepara⁵. Presto tuvo aparejada la comida el profeta Habacuc, y la llevó en una espuerta á sus pobres segadores; presto dispuso Eliseo la comida, y la dejó sobre el arado para sus rústicos gañanes.

Pero si ha de ser para inapetentes y desganados, ¡válgame Dios y qué de apuros, y cuánto volver y revolver! Es

¹ Cic., lib. V. Tusc.—² Gellius, lib. 18, c. 2.

³ Sab., L. 2, Ann. 3.—⁴ Job, vi, 7.

⁵ Facile est pascere... nihil aliud desiderantes, quam Impleri. Parvo factis constat, magno fastidium. Sen., Epist. 17, edic. de Lemaire.

necesario, como aquel otro monarca, ofrecer premios á los inventores de nuevas viandas y potajes, porque ya los usados dan hastío, y, como dice el Espíritu Santo en los Proverbios: —El alma harta pisará los panales de miel. *Anima saturata calcabit favum*¹. Es necesario ojear los montes y traer á porfia las aves más exquisitas. Es necesario buscar en las playas más remotas y en las provincias más apartadas un bocado que satisfaga y dé contento á los ya gastados paladares. Así que os confesaré, oyentes míos, lo que siento. Si tenéis verdadera hambre de divina palabra, espero en Dios que acallaré y aun hartaré vuestro desco; mas, si no, desconfío daros gusto. Antes me persuado que raras veces acudiréis al templo, y entonces asistiréis como desganados á la mesa, sin apetito, sin deleite, sin alimentar vuestras almas con el suavisimo pan que tan copiosamente se os reparte, y aun tal vez distribuyendo á los demás el bocado que habríais menester para vosotros mismos. ¿Qué quiero decir con esto? Escuchadme con atención.

VI

Un hambriento, sentado á la mesa, no repara en los circunstantes, ni atiende á regalarlos de su mano; sólo mira por sí y á acallar el apetito que ruge en sus entrañas. Y así, le veréis abalanzarse á la comida, acometer á todas partes y derramarse sobre todos los platos, como el Eclesiástico lo nota, diciendo: —*Effundit se super omnem escam*². Si tuvierais vuestros deseos y hambre de la palabra de Dios, la tomaríais toda para satisfacer vuestra necesidad, y no haríais como muchos, cuyo empleo en el sermón no es otro que repartir, á manera de trinchante, lo que ellos habían menester. ¡Oh qué buen punto éste para enseñanza de aquel ambicioso y solapado! ¡Oh qué bien cuadra esta doctrina á aquel soberbio! ¡Oh si estuviera presente aquella otra, henchida de vanidad y fausto!—Dejad á los demás; convidad

¹ Prov., xxvii, 7.—² Eccl., xxxvii, 12.

con autoridad y conseruación.

Conclusión y temas del sermón.

Tramitación.

Arg. 5.^a
Quien siente hambre, sólo atiende á sí.

por hipotiposis.

Vuestros reparos largamente á los demás;

por distribución y tropocopa.

Luego dos sois en este celestial convite; comed y hartaos, que lo que á otros repartis lo robáis á vuestras almas.

Confirm. á continuación en el

varón cuerdo:

por autoridad.

y gesticiones similares.

Castigado por exhortación,

seriedad

y sermoneada.

Imitad al varón sabio, de quien dice el Espíritu Santo que toda palabra que oyere la tendrá por buena y se la aplicará á sí: *Verbum sapiens quodcumque audierit sciens, laudabit, et ad se adjiciet*¹. El varón prudente escucha con atención, reflexiona sobre sí, incorpórase la doctrina y medra y crece cada día. Así el cinamomo, plantado en lugar húmedo y pantanoso, absorbe de tal suerte toda la humedad, que deja seca y enjuta la vecina tierra. Así el ciprés, arraigado en suelo fértil, atrae hacia sí tan fuertemente la substancia de la tierra, que llega ésta á desjugarse, y se marchita cuanto hay alrededor. ¿Queréis, pues, medrar y sacar abundantísimo fruto de la predicación? Venid con hambre, y seréis sin duda de los alabados por nuestro Señor Jesucristo en aquellas palabras: *Audientes verbum, retinent*²; cuanto oyereis os lo incorporareis en vosotros, lo fijareis en vosotros, y lo entrañareis en vuestros corazones; y á semejanza del vellocón de Gedeón, embeberéis en vuestro seno todo el celestial rocío, sin desperdiciar una gota.

VII

Arg. 5.º

Declar. que los demonios se roban la palabra divina.

Lasget no teme hambre de ella.

Transición porfecta.

Ojeriza de los demonios

á la div. pal.

por autoridad de J. C.

La suma de esta calamidad es, que no hay hambre de la divina palabra entre los católicos, y así no es de maravillar que sean tan pocos los que, mirando á sí, aplican las comunes enseñanzas á su espiritual aprovechamiento, y tantos los incautos que se dejan robar del demonio la ilustración que recibieron, el movimiento que sintieron, la semilla que sembró en su pecho el sembrador divino. Son los demonios aves de rapina que, apenas os sentáis á la mesa, acuden en tropel y procuran arrancaros el plato de las manos, y aun el bocado de vuestras mismas entrañas. Sentencia es ésta del Salvador del mundo. Viene el diablo, dice, y quita del corazón de ellos la palabra celestial, para que

¹ Eclii., xxi, 15.—² Luc., viii, 15.

no crean ni se salven. *Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant*¹.

Apoderados de esta rabia y ojeriza contra la palabra de Cristo, ¿quién dirá las trazas de que se valieron siempre los demonios para estorbar el fruto de la predicación? Leed las historias santas, y os maravillareis. Predicaba el ilustre confesor de Cristo San Antonio de Padua, con tal fama y celebridad, que era forzoso á cada paso trocar los campos en iglesias, donde pudiese oírle la muchedumbre de innumerables aldeanos y gente principal que inundaban la campiña. Y ¿qué hacían los demonios, envidiosos de tanto bien? Ya rompían con estrépito el tablado desde donde el Santo predicaba, para armar zambra y gritería; ya se aparecían en forma de postas ó correos que traían pliegos urgentísimos con que distraían á la gente y despertaban mil cuidados y zozobras; y, no contento su furor, fraguaban en la atmósfera súbitas y horribles tempestades, con truenos, relámpagos y aguaceros espantosos, porfiada batería con que procuraban atemorizar al auditorio y que huyesen acá y allá despavoridos². Predicaba Santo Domingo de Guzmán, y los espíritus inmundos venían á bandadas y atravesaban el auditorio en figura de viles y feisimos lagartos. Predicaba San Vicente Ferrer, y aparecían galopando y relinchando, como caballos desbocados. Y, por abreviar, predicaba Cuiberto de Lindisfarnes en una plaza espaciosa, cuando á deshora levantaron allí cerca un incendio tan furioso, que alborotada la gente huyó al socorro, hasta que el buen predicador, ya ronco y fatigado de gritar que no se fuesen, que estuviesen quietos, que todo aquel incendio era fantástico y promovido por arte del demonio, hizo en el aire la señal de la cruz, y las llamas se esparcieron, el fuego se disipó, desvaneciéndose el humo y se cambió como por encantamiento aquella escena de terror. ¡Tales y tantos son los embustes y marañas de los infernales espíritus para robar, aun á las almas hambrientas, el pan de la divina palabra! *Ut tollat verbum de corde eorum*.

Bien sé yo que en nuestros días, donde los cristianos no

¹ Luc., viii, 12.—² Apud Sur. in vita.

sienten esta hambre y deseo de verdad, no se valen los demonios de artificios tan extraños y ruidosos para arredrar á los fieles de oír la palabra de Dios. Mas todavía ¿creéis que invisible y calladamente no emplean ahora las mismas invenciones? Cuando os sobreviene de improviso en el sermón un fastidio insoportable y os hace parecer el discurso pesado, ó importuno, ó enmarañado, ó excesivamente largo; cuando os fatiga el sueño sin saber por qué; cuando se os huye la imaginación por su naturaleza cerril y vagabunda; cuando los ojos se os desmandan sin querer á mirar acá y acullá, quién entra y quién sale de la iglesia; cuando os saltan mil pensamientos ó feos ó impertinentes, ¿qué pensáis que son tantas distracciones, sino trazas del demonio para quitaros el pan de la boca y haceros perder aquella frase, aquellas razones, que por ventura muy luego habríais menester? Son los ladrones del infierno que vienen á saquear vuestro corazón¹, para robar, como dijo San Ambrosio, la palabra de Dios del ánimo hipócrita y derramado. Son los carniceros buitres que se abalanzaban al canastillo del criado de Faraón². Son las águilas que revolotean en torno de las víctimas, mientras estaba sacrificando el patriarca Abraham³.

Oíd, pues, con suma atención y acatamiento, atad vuestras potencias, recoged vuestros sentidos; porque, si no aventáis tantas aves de rapina, que andan á vuestro alrededor, os volveréis ayunos á vuestras casas. Y ¡quiera Dios que no imitéis al perverso Judas, el cual se levantó de la mesa antes que se concluyera la cena, y salió precipitadamente! *Exiit continuo*⁴. Pero ¿cómo estaréis atentos, si no sentís hambre y codicia de verdad? Esta es la raíz, éste el origen de todos los daños y desórdenes. Que no tenéis gana los más de vosotros, no os desasosiega ni solicita el hambre de doctrina celestial; y si ésta falta en el corazón del cristiano... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué lúgubre pensamiento me asalta! Apenas oso decirlo; pero si esta hambre os falta en vuestro corazón, creedme, estáis perdidos.

secretamente,

por enumeración
y asustación
oratoria.Terminación por
citas repeti-
ción.y alegorías ex-
trínsecas.Peroración ra-
pida.por efectos de do-
lor.Transición
por terribles pre-
sentimientos.

¹ Ut auferant verbum de incoeris et dissimulantis affectu, In Ps. 118.
² Gen., XI, 17.—³ Gen., XV, 11.—⁴ Joan., XII, 30.

VIII

¡Terrible sentencia se me escapó de mis labios! Mas ¿por ventura la dije sin razón? Oíd la espantosa voz de Ca-
siodoro: *Grandis morbus et execranda calamitas, divina legis appetentiam non habere*¹. Gran calamidad es, y enfermedad gravísima, no sentir hambre de la divina ley. El hambre y apetito de comer es señal, y de las más evidentes, de que hay salud y buena disposición en el cuerpo; y el hambre de manjar espiritual es uno de los indicios más infalibles para conocer si hay salud y buena disposición en el alma. Así lo enseñan á una voz todos los santos. Así San Juan Crisóstomo²; así el glorioso San Bernardo³; así San Ambrosio y San Agustín⁴; así el bienaventurado San Gregorio⁵; así, finalmente, el Santo de los santos, Jesucristo nuestro Señor, al darnos aquella señal indefectible para distinguir los predestinados de los réprobos, conviene á saber, que los predestinados oyen con gusto la palabra de Dios, y los réprobos con desgana y fastidio. *Qui ex Deo est, verba Dei audit*: de donde colige el Salvador aquella consecuencia verdaderamente aterradora en condenación de su pueblo: *Propter ea vos non audistis, quia ex Deo non estis*⁶. Por eso vosotros no me oís, porque no sois de Dios, no sois del bendito número de los escogidos.

Ni hay por qué maravillarse, cristianos. Esta fué la traza de la divina Providencia: que, los que se habían de salvar, se salvaran mediante la predicación del Evangelio. Oíd, pueblos, oíd, exclama Dios por el profeta Isaias, y vuestra alma vivirá. *Audite, audite, et vivet anima vestra*⁷. Pudiera su Majestad, ¿y quién lo duda?, llevar á los predestinados por otras vías diferentes; ora fuese por celestiales apariciones, ora por medio de inspiraciones y hablas espirituales, ora alumbrándolos con la lumbre de su rostro, hiriendo su oído y tocándolos el corazón, sin mediar estos

Arg. 7.^a

De las constitucio-

nes;

y efectos de te-

mor.

Y así, hambre

de la pal. div. es

señal de predesti-

nación; no tenen-

da de reproba-

ción.

Largo temblor,

hormos.

Antec. por ase-

mejanza del hambre

corporal.

por conjuncio-

nes de las pala-

bras.

y dirizo

Por razón teo-

lógica

y ley de la divina

Providencia.

y comprobada por

autoridad divina.

¹ Apud Lorin. in ps. cvi, 18.—² In Gen., hom. 4.—³ Serm. 1 Septuag.

⁴ Tract. 42 in Jo.—⁵ Hom. 18 in Ev.—⁶ Joan., VIII, 47.—⁷ Is., LV, 3.

llamamientos exteriores. Mas no lo dispuso así por ley ordinaria; sin duda, como nota San Bernardo ¹, para que entrase la vida por donde entró la muerte. La muerte entró por los oídos, abiertos á las blandas lisonjas de un falso predicador, que fué la serpiente en el paraíso terrenal, y por los oídos abiertos al predicador de la verdad ha de entrar la vida y la salud ².

por testimonio
humano y con-
gruencia,

por ejemplo in-
siguro

Nabucodonosor

1.ª parte

2.ª parte

David

Josafat

(precaución)

San Agustín

(censurante)

Conclusión por
explicación ana-
tita,

Nabucodonosor, rey de Babilonia, vió con sus propios ojos derribarse por tierra aquel árbol encumbrado; simbolo de su pujanza; vió desprenderse el fruto y marchitarse las flores; vió cómo se secaba y se desvanecía el pomposo follaje, y vió súbitamente huir las aves que anidaban en sus hojas, y las fieras que se abrigaban en su tronco. Mas por ventura ¿bastó tan lastimero espectáculo para commover su pecho y abatir su soberbia? No, sino que fué menester que oyese la viva voz del inspirado Daniel ³. David, aunque de corazón tan dócil, no se movió á penitencia de la muerte alevosa dada al buen Urias hasta que oyó de viva voz la reprensión de Natán ⁴. Josafat, de conciencia tan delicada y de corazón tan recto, no acabó de detestar la alianza que con Acab había concertado hasta que oyó la viva amonestación de Jehú ⁵. Y por el estilo veréis, recorriendo las historias de los santos, que, de cien conversiones notables acaecidas en la cristiandad, las noventa y nueve se siguieron á la predicación de la palabra de Dios. Traed á la memoria la del glorioso doctor San Agustín, á quien, ¡cosa admirable!, ni el ingenio portentoso, ni su vasta y casi infinita lectura, ni su tesón perseverante en el estudio, ni su hambre insaciable de verdad fueron parte por sí solas á reducirle á buen camino; mas fué necesario que estuviese pendiente como un niño de los labios de San Ambrosio, y no acabó consigo de enderezar sus torcidas costumbres hasta haber oído y empapádose bien en las enseñanzas públicas y conversaciones privadas del celosísimo pastor.

Locura es, pues, y desatino grande, presumir llegar al cielo por otras sendas que las ya trilladas y conocidas. Pre-

¹ Ser. 18 to Cant. - ² Antis prima mortis Janua, prima aperitur et vitæ

³ Dan., 1, 4. - ⁴ 2 Reg., XII. - ⁵ 2 Paral., XXIX.

dicación habéis menester; por la predicación quiere Dios encaminaros á la gloria. Lo que oyeréis en determinado día, en tal iglesia, de aquel predicador es, en conclusión, lo que os alumbrará y herirá vuestra conciencia. A esa palabra vinculó el Señor vuestra conversión, si sois pecadores, y vuestro acrecentamiento en la virtud, si estáis en gracia. Creedme, hermanos míos, que no sin causa inculca el Espíritu Santo, y en tantas formas y con tanto ahinco repite que le oigamos. Oye, dice, hija mía; ve é inclina tus oídos: *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam* ¹. Y en otro lugar: *Inclina tu oído y recibe las palabras de la sabiduría: Inclina aurem tuam et suscipe verba intellectus* ². Y otra vez: *Inclina tus oídos y oye las razones de los sabios: Inclina aurem tuam et audi verba sapientum* ³. Y antes dijo: No ceses, hijo mio, de estar atento á mi enseñanza: *Non cesses, fili, audire doctrinam* ⁴. Sabe muy bien su Majestad cómo y por dónde ha de penetrar en lo secreto del corazón humano.

Todavía más: nadie de vosotros ignora, á lo que entiendo, que en las Sagradas Escrituras son figurados los escogidos con el nombre de sabios ó cuerdos, y con el de réprobos los necios é insensatos, según se colige de la parábola de las vírgenes, cinco de ellas admitidas á las bodas, y cinco excluidas por el divino Esposo. Esto presupuesto, ¿acertaríais á decirme cuál es el carácter y peculiar divisa que da el Espíritu Santo para distinguir los tontos de los cuerdos? Que, hablándoles de su propia salvación, oye con gusto el sabio, mas el necio con disgusto y pesadumbre. El varón prudente, dice en su lugar, oye los consejos: *Qui sapiens est audit consilia* ⁵. Y más hermosamente: El oído de los sabios anda buscando la doctrina: *Auris sapientium quaerit doctrinam* ⁶. Y más arriba: El corazón del sabio busca doctrina y lumbré de verdad: *Cor sapientis quaerit doctrinam* ⁷. Y aún lo encarece más en otro pasaje: El oído bien educado oirá con ansia las palabras de la sabiduría: *Auris bona audiet cum omni concubiscentia sapientiam* ⁸.

Pero, al contrario, ¿qué dice al señalar la condición de

y amonestacion.
to de tertio de
precautiones.

Confirmacion ec-
critural.

Por cuerdos se
entienden los pre-
destinados,

y por necios los
improbos.

Mas la señal é
divisa de los cuer-
dos es oír con gus-
to la div. pal.

(por testimonio
divino)

¹ Ps. XLIV, 11. - ² Eccl., II, 2. - ³ Prov., XXII, 17. - ⁴ Prov., XIX, 27.

⁵ Prov., XII, 15. - ⁶ Prov., XVIII, 15. - ⁷ Prov., XV, 14. - ⁸ Eccl., III, 31.

de los necios es
disoria ó recibir-
la con pensamien-
to:

los necios? Escuchad, hermanos míos, escuchad, que es cosa que verdaderamente espanta. No recibe el necio, no dice, las palabras de la prudencia: *Non recipit stultus verba prudentiae*¹. Y con más amargura: El necio hace escarnio de la disciplina: *Stultus irridet disciplinam*². Y en otro lugar: Los necios menosprecian la doctrina de la verdad: *Stulti doctrinam despiciunt*³. Y más vivamente: El hipócrita y engañador no oye cuando los reprenden: *Qui illusor est, non audit, cum arguitur*⁴. Y por manera más viva, si cabe: Con un dormido se pone á hablar quien al necio enseña sabiduría: *Cum dormiente loquitur, qui narrat stulto sapientiam*⁵. Y por abreviar: El apestado de necedad no puede sufrir que le corrijan, ni da un paso por oír á los varones sabios: *Non amat pestilens eum qui se corripit, nec ad sapientes graditur*⁶. Tanto es así, que movido el profeta Isaias de estos y otros innumerables testimonios de Salomón, cuando más adelante quiso ponderar la ruina y perdición de los Israelitas, llámales hijos rebeldes, hijos indisciplinados, hijos que cerraban sus oídos á los mandamientos de la ley. *Pilii nolentes audire legem Dei*⁷, que era intimarles la sentencia de condenación.

(por congeries de
autoridades)

Salomón

Isaias

(Isaias)

¿Luego estáis des-
alucados si no
tenéis hambre de
verdad.

¿Qué decis, pues, hermanos míos, qué decis? ¿Os parece pequeña dolencia no tener hambre de la palabra de Dios? Desahuciados estáis, no de médicos de la tierra y sujetos á engaño, sino del Médico infalible; corriendo vais precipitadamente, no á la muerte del cuerpo, sino á la muerte sempiterna del alma. El principio del apartarse de Dios, exelma Paladió, es tener hastío de la sabiduría y no apetecer lo que siempre codician los amadores de Dios⁸.

Amplificación vi-
siva

y exhortación á
salir de este es-
tado,

Pues ¿qué haréis, hermanos míos, para conjurar esa funestísima señal, mensajera de eterna condenación? Avivar más y más en vuestras almas esa hambre de celestial doctrina, y avivarla apartándoos de esos públicos espectáculo,

¹ Prov., xviii, 2.—² Prov., xv, 5.—³ Prov., i, 7.—⁴ Prov., xiii, 1.

⁵ Ecclii., xxii, 9.—⁶ Prov., xv, 12.—⁷ Is., xxx, 9.

⁸ *Initium recedendi á Deo, fastidium doctrinae est, et cum quis non appetit illud, quod semper anima esurit, quae diligit Deum. (De vit. Patr., lib. 5. Libell. 10, n. 67.)*

los que yo mismo más de una vez he visto abiertos en los días más sagrados y solemnes; avivarla no dando oídos á parlerías vanas y de cosas del mundo; avivarla apartando con resolución de vuestros labios la ponzoñosa copa de malos libros y folletos, de novelas y periódicas ilustraciones, por repetición ó libres ó poco religiosas, dulces acaso al gusto de la carne, pero de amarguissimos dejes; y, sobre todo, avivarla con asistir lo más frecuentemente posible á los sermones y adonde se hable de Dios; porque, notad esta maravillosa diferencia entre los manjares corporales y espirituales: que aquellos, para que uno sienta hambre de comerlos, es necesario abstenerse de ellos ó tomarlos con templanza; mas, para acrecentar el hambre de los espirituales, no hay mejor medio que comer de ellos con abundancia.

PARTE SEGUNDA

IX

Eficacia de la
div. palabra.

¿Imagináis que no penetro vuestros pensamientos y lo que, oído este sermón, iréis diciendo al volver á vuestras casas?: Que no es oro todo lo que respaldece, ni celo de la honra de Dios todo lo que dicen los predicadores; que veis en mis razones alguna sombra de interés y de amor propio; que yo desearia numerosa concurrencia á mis discursos, y que á éste fin encareci tanto la necesidad de tener hambre de la palabra de Dios, la cual, si se sintiese como es razón, se llenaría la iglesia cada día.

Refutación por
via de digresión.

Preferencia con
esto á otras muchas
auditorias.—

Oyentes míos, ¿qué queréis que responda á este reparo? ¿Qué no gustaría de ver siempre este concurso? Seria preciarne locamente de más santo que un San Agustín, quien, en sus homilias sobre los Salmos, alaba con frecuencia á sus hijos muy amados por la presteza con que acudían á escucharle; seria presumir de más virtud que San Bernardo, quien, en sus sermones de Septuagésima, celebra con ternura y elocuencia la atención de sus monjes y devoto auditorio; seria querer aventajarme á la humildad de San

®

Scip.
Caudencinolo,
pues también lo
deseaban los san-
tos.

San Agustín.

San Bernardo.

San Crisóstomo: Crisóstomo, el cual por maravilla predicaba al pueblo, que no le diese el parábene de su mucha asistencia, ó no se doliese de su escaso número; y solia decir, por dulcísima comparación, que le pasaba á él lo que á la madre, cuando rememoración por ternura de la madre y los hijos para que falta á la mesa uno de sus hijos, que se acongoja y no come, y todo es preguntar qué se hizo del que no parece. Oid sus regaladas quejas: Túrbase mi corazón y queda atajado mi pensamiento, sin saber cómo seguir, al reparar en los que faltan. Porque, así como la piadosa madre, si asentados sus hijos á la mesa, advierte que falta alguno, se turba y se conduce, así me pasa ahora, hijitos míos¹. Libreme Dios, pecador de mí, de hacer hoy del indiferente y despegado, y á quien nada importa que sean muchos ó pocos los oyentes. Querria, por el contrario, veros aquí á todos, si ser pudiese; querria que siempre se llenase de cabo á cabo este espacioso templo.

Resp. Pero, dado que sea así como lo digo, agravio me hacéis y sinrazón muy grande con suponer que obro así para granjearme honra y estimación. Tal vez sea verdad, y no osaré negarlo, porque es un abismo el corazón del hombre, y muy profunda la ambición de gloria, y hay quien de fuera se humilla, amonesta el Espíritu Santo, y dentro está lleno de dolo y soberbia. *Hic qui nequit humiliter se, et interiora ejus plena sunt dolo*². Espero, no obstante, en la misericordia de Dios que no es así. Porque ¿os dije, por ventura, que vinierais á mí precisamente? No os faltarán, en este sagrado tiempo, predicadores más sabios y más fervorosos, que os aderezarán manjares más gustosos donde satisfagáis vuestra hambre. Atended únicamente al provecho de vuestras almas, y donde halléis mesa más rica y viandas más substanciosas y proporcionadas á vuestra disposición, allí encaminados, rompíedlo todo otro respeto. Sólo os pido que no dejéis ayuna la pobrecita alma.

Amplificación. Hermanos míos, á quienes amo con todo mi corazón,

¹ Refugit et torpet circa doctrinam hanc cogitatio nostra propter eos qui non venerunt. Sicut enim pia mater, mensam apponens, non omnibus filiis presentibus dolet et gemit, hoc et ego hanc patior. (Hom. 9 ad Pop.)

² Eccli., xix, 23.

¿no es caso lastimero que, para mantener y regalar este cuerpo hediondo y corruptible, se trabaje tanto, se piense tanto, se gaste tanto, y que el alma inmortal y divina quede olvidada y hambrienta, y aun lanzada, como perro muerto, al muladar? ¿Quién me dará fuentes de lágrimas para llorar tal locura y desatino? ¿Quién palabras, quien hondos gemidos y ayes profundos para lamentar y detestar ese olvido y embaucamiento de los hombres? Un solo día que se os pase el cuerpo sin comer, es gran tormento; y el alma pásase un día y otro día, un mes y otro mes sin probar una migaja de pan, un bocado de celestial doctrina, y no hay quien lo llore ni lo sienta. ¡Oh, si supierais el inmenso fruto de un sermón devotamente oído! ¡Oh, si Dios nuestro Señor os lo diera á entender! Creedme, no ahorraríais ni trabajos ni fatigas por oirlo.

X

De Pablo, por sobrenombre el Simple, se refiere que acostumbra ponerse enfrente del cancel ó puerta de la iglesia, para observar con los limpios ojos de su espíritu las almas de los que entran y salían. Cuando he aquí, ¡vista terrible y verdaderamente infernal!, que una mañana vió entrar á cierto pecador que venia todo descolorido, todo hediondo, desfigurado y monstruoso, á quien arrastraban con cadenas dos demonios abominables, y tras él, y algo apartado, vió al Ángel de la guarda que le seguía lentamente y con semblante triste y lloroso. Como vió tal vista el compasivo Pablo, rompió á llorar muy amargamente, pero el cielo le consoló muy presto. Porque al salir aquel miserable de la iglesia, no sólo le vió libre de la infernal canalla, sino tan hermoso, tan limpio y resplandeciente, que apenas lo distinguía de su ángel, que al lado mismo, no ya mustio y pesaroso, mas alegre y regocijado le seguía. Corre á su encuentro, le detiene, y por Dios le ruega y le suplica que le declare lo que ha pasado por su alma. El hombre ábrele su pecho, y le dice cómo al oír del predicador aquellas palabras de Isaías: Si vuestros pecados fuesen rojos como es-

llorando el descolorido de los hombres,

por exclamaciones de dolor

por comparación a mejor.

Tramición.

Éstaca de la div. palabra por sus efectos.

Visión de Pablo.

1.ª parte. El pecador, por hipotiposis

2.ª parte. El justo.

por analogía simple

por prosopopeya.

carliata, se blanquearán como la nieve: *Si fuerint peccata vestra, ut coccinum, quasi nix dealbabitur*¹, se sintió de repente tan alentado con la esperanza del perdón, y tan movido á penitencia, que, rotos ya los lazos de sus vicios, se retiraba á su casa con firme determinación de mudar de vida.

¡Oh cristianos! ¡Quién tuviese ojos para ver cuán trocados salen muchos del sermón, y cuán diferentes de como entraron! ¡Qué mudanzas de la diestra del muy Alto! ¡qué transformaciones! ¡qué cambios veríamos tan maravillosos y repentinos! A este intento nota agudamente San Crisóstomo, que los animales salieron del arca de Noé cuales habían entrado. El cuervo, salió cuervo: el lobo, lobo; la raposa, raposa; y el erizo salióse del arca tan armado de púas como antes². Pero de la iglesia, añade el mismo Santo, salen los cristianos muy otros de los que entraron, no porque muden de naturaleza, sino porque se despojan de su malicia y hombre viejo³. Entró en la iglesia aquel pecador empedernido en su maldad, el cual iba dando largas á la penitencia, diciéndose cada día como el cuervo: mañana, mañana, *cras, cras*; mas vedle que sale trocado de repente en blanca paloma, y ya no cesa de gemir y llorar sus pasados extravíos. Entró en ella como lobo robador aquel usurero, aquel estafador que engordaba con la sangre del pobrecito, y vedle que sale convertido en blanda ovejuela, dispuesto á despojarse de su ropa y de sus bienes para dar de comer al hambriento y cubrir al desnudo. Entró como raposa astuta aquel traidor y ambicioso que se alzó sobre las ruinas de sus émulos; mas vedle salir de la iglesia hecho un manso cordero, resuelto á dejar que prospere todo el mundo, aun á costa de sus propios agravios y humillación. Y aquel otro impaciente y mal sufrido, que como erizo punzaba sin piedad á cuantos se le llegaban, sale ya tratable, como animal doméstico que se deja acariciar de los muchachos.

¹ Is., I, 18.—² Arca quidem qualis exiebat animalia talia conservabat. (Hom. 3 de poenit.)

³ Ecclesia vero semel suscepta animalia immutat; non quidem variata natura, sed explosa malitia.

Otros efectos con-
tribuyen

por comparación
de camuflaje de los
animales que re-
tratan en el arca.

Aplicación por
distribución gra-
vísima.

los que dilatan la
conversión.

los avaros,

los ambiciosos,

los iracundos.

¿Qué novedad es ésta? Mudanzas son de la palabra de Dios, la cual, embebida é incorporada en el alma, tiene virtud para obrar estas maravillas y mudanzas prodigiosas, y para trocar los hombres en ángeles y serafines. Esta palabra transformó en Egipto á un bandolero y asesino, por nombre Moisés, en devotísimo ermitaño, con un sermón del infierno que acertó á oír por casualidad; ésta hizo á Pelagia, de ramera, santa y ejemplar de penitentes; ésta convirtió á una Tais, de mujer liviana y disoluta, en dechado de humildad y mortificación; y ésta también, ¡dichosos de vosotros!, espero que os trocará con su virtud, de pecadores ó menos santos, en santos y perfectos cristianos.

¿Quién no ha de tener hambre de manjar tan poderoso de mantenimiento tan eficaz? Si, hermanos míos, torno á decir, con todas las veras de mi alma: avivad esa hambre en vuestro pecho, pedidla instantemente á Dios nuestro Señor, despertadla más y más con la reflexión; y si ya existe por la divina misericordia en vuestras entrañas, dad de mano á los placeres de la tierra y buscad esa comida á toda costa. De los cercados y hambrientos en Jerusalén, dice el Profeta, que todo lo vendían por tener un mendrugo de pan: la plata más rica, el oro más acendrado, las joyas y piedras más lindas y preciosas: *Dederunt pretiosa quaque pro cibo ad refocillandam animam*¹. Tal debiera ser vuestra hambre y como agonía de hartaros de ese celestial manjar, que os moviese á hollarlo todo, á venderlo todo, hasta lo más querido y estimado.

Cuando se trata de oír la palabra de Dios, atrás intereses de la tierra, atrás negocios mundanales, atrás visitas importunas, atrás pleitos, atrás las criaturas todas y hable sólo el Criador. Atendió á su primogenitura el hambriento Esaú? De ninguna manera; antes la dió, con gran mengua de su fama y posteridad, por un plato de lentejas. Estimulados del hambre, empeñaron unos sus alhajas, otros sus vestidos, otros su casa, y los Egipcios entregaron sus haciendas á José. Vuestra alma pide pan del cielo: dádselo pues, cueste lo que costare.

Confirmando con
ejemplos históri-
cos,

por repetición y
síntesis:

Moisés,

Pelagia,

Tais,

vosotros.

Peroración efec-
tiva;

por exhortación,

comparaciones á
mayor;

repetición entusi-
sta,

afectos de memo-
ria del mundo,

otras comparacio-
nes

terminación as-
trárgica.

¹ Thren., I, 11.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO CUARTO

El minucioso análisis y como anatomía que hemos hecho de los tres primeros sermones, descubren bastante la armazón de un discurso, y el secreto de convencer y persuadir, fin de estos estudios de elocuencia. El mismo artificio, el mismo orden y encadenamiento en las pruebas, la misma gradación, interés y variedad en los afectos hay en todos los demás; pero analizarlos todos tan por menudo y tan prolijamente lo tenemos por innecesario y casi pueril. Para ello sirven las notas marginales, donde se contiene en cifra lo más notable respecto de la invención, disposición y elocución; y quien, mediante ellas, y sobre todo con la atenta y repetida lectura del discurso, no vea en qué consiste la elocuencia, no ha nacido para orador, ni aun para retórico. Con todo esto, alguna observación breve sobre el mérito y traza de cada oración es indispensable para el fin que nos proponemos¹.

Hasta en las líneas más secundarias se distingue á los grandes pintores, y en las piezas menos acabadas y sublimes se descubre al verdadero orador. Esta de la Palabra de Dios no es grandiosa ni arrebataada, ni debia serlo: es una limpia, copiosa y bien aderezada mesa que pone el predicador á los oyentes, para aliviar sus ánimos después de las agonías del anterior discurso del Perdón de los enemigos, y apercibirlos al siguiente del Juicio.

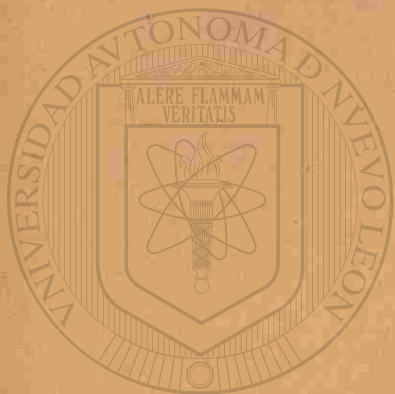
Invención. El fin es despertar el deseo de oír con fruto la palabra de Dios, como disposición necesaria para aprovecharse de ella; y el medio para atizar ese deseo es probar que no lo siente el auditorio. ¡Rara y exquisita manera de conseguir una cosa, demostrar que ella no existe! Los argumentos están tomados de la comparación bíblica entre el manjar y la palabra de Dios, entre el hambre corporal y el hambre espiritual de la verdad. Nunca fué la semejanza ó comparación manantial fecundo de elocuencia. Por esto la deja Séneca poco á poco, y en la segunda parte casi no la mienta; y aun este símil no es en realidad sino hermosa vestidura de más robustos argumentos nacidos de la utili-

¹ Véase la Introducción.

dad, necesidad y eficacia de la palabra de Dios, que son los que verdaderamente persuaden. El afecto dominante es el deseo: á éste ayudan, cada uno por su parte, el amor de cosa tan divina y excelente; la vergüenza de apreciar más los manjares del cuerpo que la verdad, mantenimiento del espíritu; el temor de ser condenado por carecer de la señal de los escogidos, y la esperanza viendo la eficacia maravillosa de la palabra divina.

Disposición. Es naturalísima. El Exordio contiene el fundamento de la semejanza. La confirmación procede por orden de tiempo, á modo de un convite; pero, dejando luego la metáfora, expone la rabia que los demonios tienen á la predicación, y cómo es señal de los predestinados oírlo con gusto. Siguese la refutación, que es muy oportuna y modesta, y la ilustración ó ejemplo en confirmación de lo dicho; para que se persuadan los oradores á no predicar nunca sin ejemplos sólidos y bien fundados, que será lo único que se llevarán los oyentes á su casa.

Elocución. Es apacible y elegante, y acomodada á la índole del discurso. Unas veces humilde y sencilla, otras graciosa y risueña, otras más grave y levantada, como la conclusión de la primera parte. En esta conformidad y como hermandad íntima entre el objeto y la palabra, entre la idea y el estilo, hacia consistir Marco Tulio el primer de la elocuencia: *Is enim est eloquens, qui et humilia subtiliter, et magna graviter, et mediocria temperate potest dicere.* (Or. XXIX; según otros, XVI.) Aquel verdaderamente es elocuente, que las cosas humildes acierta á expresarlas con ingenio y sencillez, las sublimes con sublimidad, las llanas con llaneza y no muchos atavíos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

DISCURSO QUINTO

EL JUICIO FINAL

Com venerit Filius hominis in maiestata sua, congregabuntur ante eum omnes gentes.

Cuando viniere el Hijo del hombre en su gloria y majestad, se reunirán en su presencia todas las gentes.

(MATEO, XXV, 31-32.)

EXORDIO

I

Exordio.
1.º De la dura-
za del pecador.

Y ¿hasta cuándo abusaréis, pecadores, de la clemencia de Dios y de las entrañas de misericordia que ha tenido siempre con vosotros? Ha callado hasta hoy su Majestad, ha enmudecido la divina Justicia, como insensible á los ultrajes y desacatos de los hombres. Mas ¡ay! que la paciencia, por mucho tiempo irritada, para en furor y estalla por fin la indignación. ¿No oís? Arcángel del Señor, destinado á pregonar al mundo el día de las venganzas, suene ya la espantosa voz de tu trompeta, y sientan los malvados la verdad de lo que digo. Cubrid, cielos, de nieblas, y no alumbréis á los pecadores sino con rayos y relámpagos. Lumbretas del firmamento, lloved torrentes de fuego, que abrasen sus heredades y las reduzcan á cenizas. Ábrete, ¡oh tierra!, traga sus casas y edificios. Pieras de los montes, salid de vuestras cuevas y escondrijos, y embraaveos y despedazad y devorad á los enemigos de Dios, que van huyendo de poblado y buscan en las concavidades de las peñas un rincón donde guarecerse. Nadie escape:

por vehementemente
apóstrofa.

separación.

2.º De la terribilidad de los castigos.

3.º por grandiosa pro-
soprospeya.

4.º imprecación
sublime.

mueran todos los pecadores de la tierra, consumidos por la cólera divina.

Corrección poética:

por antitesis

y sustentación.

5.º Del mayor castigo en el día último. La vergüenza propio castigo del hombre.

por asonancia:

y seguridad.

Prop. universal de la terribilidad del Juicio.

que pretensión e imagen de terror.

Pero ¿qué hago, miserable de mí? ¿En qué me detengo? Amenazas son éstas, mil veces lanzadas sin provecho sobre la cabeza de los malos, y yo mismo recuerdo que, en otra edad más sencilla y más llena de esperanzas, pinté á los ojos de la muchedumbre, que me oía, estas escenas formidables; mas no tengo presente que ni un semblante se mudase, ni un corazón se estremeciese. Y así, ya que es fuerza tratar hoy del Juicio universal, he venido, finalmente, en dejar aparte la terribilidad de estas señales y castigos, para cenirme á uno más espantable todavía, el cual, por ser peculiar del hombre, os aterrará seguramente, si conserváis en vuestro pecho algún rasgo de humanidad.

Y dije peculiar del hombre, porque ¿cuál otro castigo puede imponérsale que á él sólo hiera y lastime? ¿por ventura el hambre ó los azotes, ó los incendios, ó las heridas, ó la muerte? No, responde Santo Tomás de Villanueva, que todo esto lo pueden padecer las bestias. El castigo propio del hombre es la vergüenza y confusión. Porque los jumentos, dice, bien pueden ser golpeados, muertos y quemados, mas no avergonzados y confundidos: *Nam jumenta clam percuti, occidi, cremari possunt, verecundari non possunt.* Y continúa muy discretamente: Entonces el hombre es castigado como hombre, cuando por sus delitos es avergonzado en público. *Tum homo maxime ut homo punitur, quando pro*

*delictis suis publice confunditur*¹. Por tanto, no esperéis, católicos, que os represente hoy, como se acostumbra, el concierto universal del mundo y las revueltas y pavorosas alteraciones del día postrimero; no os pintaré los relámpagos y exhalaciones de la atmósfera, los temblores de la tierra, las tempestades del aire, las crecientes de la mar. No os amedrentaré con el ruido de los truenos y torbellinos de fuego y humo, y caudalosas lluvias de rayos y centellas, cuando el sol amanezca con luto y la luna con sangre, y todas las luces celestiales, trastornadas sus órbitas, discurren sin tino, tendidas hacia el suelo sus raras cabelleras.

¹ St. Thom. de Vill. Hom. 1. Dom. Adv.

No, católicos. Otro espectáculo más horroroso arrebatá hoy mi pensamiento, y es el del **pecador atónito y avergonzado delante de todo el mundo.** ¿No os parece, mis oyentes, esta vista la más desgarradora, la más triste y lastimera que se puede imaginar? Por fuerza, habéis de confesarlo, si sois hombres, si os preciáis de humanos y pundonorosos. Estadme, pues, atentos, y tema quien no se moviera con mis palabras, no haya perdido acaso el ser y distintivo de hombre.

Prop. particular y afectiva de confusión.

PRIMERA PARTE

II

Si hubo afrenta terrible en el mundo, fué, sin duda, la que Hanón, príncipe de los Ammonitas, hizo á los embajadores de David, por haber éstos hollado el derecho de gentes¹. Mandó que les rayesen la mitad de la barba, como á juglares ruines, y que les recortasen las túnicas y vestidos hasta los hombros ó cinturas: ¡vergonzosa vista aun á sus mismos ojos! ¡Con qué empacho comparecerían estos príncipes y embajadores de David en la presencia de Hanón y de los grandes de su corte! ¡Qué confusión sentirían al pasar en aquel traje vergonzoso por entre hileras de curiosa muchedumbre; y, finalmente, cuando, cargados de ultrajes y malos tratamientos, fueron enviados á su tierra, enseñando á todo el mundo su afrenta y desnudez! Considerad vosotros ese entrañable sentimiento que experimentarían los magnates del rey David; á mí me basta la ponderación de la Sagrada Escritura, donde se afirma que, en realidad de verdad, aquellos varones andaban vergonzosos y corridos por todo extremo: *Erant viri confusi turpiter valde*; de suerte que no osarían aquellos infelices ni

Arg. 1.º Vergüenza del pecador en su presentación al juicio.

Por comparación de amor de los embajadores de David.

Descripción poética.

efectos de rubor.

¹ Reg., x.

alzar los ojos, ni decir palabra, y prefirieran antes dar á la cuchilla su garganta, que no beber un trago tan amargo.

Aplicación al ad-
juerato.

Delante de
quién?

El divino juez,

los santos

(distribución pa-
ra mover afectos
de reverencia).

los ángeles.

¿Quiénes?

los pecadores
avergonzados.

(hipótesis y con-
trato).

¿Por quiénes? por
los demonios

(acrecen- to-
do).

Longo.

Amplificación del
rubor del con-
trato por compa-
ración a misera.

Plato delante del
tribunal.

Decidme, católicos, ¿qué será, pues, de los réprobos y condenados que pasarán una afrenta tanto mayor, no en una ciudad ó corte, sino en los ojos y presencia de todo el mundo? Verán los miserables sobre las nubes del cielo al Juez de vivos y muertos, Jesucristo nuestro Señor, asentado en resplandeciente trono de poderío y majestad. Veránle acompañado de todos los poderosos y principados del cielo, asesores del tremendo juicio: allí el magnífico senado de los apóstoles, de los patriarcas y profetas, repartidos en augustas sillas, según el orden de su jerarquía y merecimientos; allí el ejército de los confesores, el coro de las vírgenes, la compañía de los anacoretas y los valientes escudrones de los nunca vencidos mártires; y con ellos multitud inmensa de espíritus angélicos, los cuales, hinchendo la región del aire, acrecentarán, no sólo el número de tan grave consistorio, sino también la pompa, la dignidad, la magnificencia. Delante de consejo tan solemne, que es decir delante de casi infinitos reyes y emperadores, más luciente cada uno que ese sol que nos alumbrá, mal que les pese, y siendo de la naturaleza misma que sus jueces y oidores, comparecerán los condenados, secos, marchitos, desfigurados y monstruosos, sin un vil andrajo con que cubrir su vergonzosa desnudez, aunque se abrasen sus entrañas de despecho. ¿Qué confusión tan grande, cuando aparezcan ante el acatamiento de todas las criaturas y de la majestad de Dios, mayormente al verse arrastrados al solemne tribunal por la canalla de los demonios, los cuales, á guisa de vencedores que hacen alarde de su presa, los traerán atropelladamente, los acocearán, los azotarán entre pesadas mofas y furiosa gritería! ¿No os parece que andarán vergonzosamente corridos y confusos, *confusi turpiter valde*, y que, á poder matarse, lo harían al momento, por no aguantar tanta confusión y vilipendio?

Pisón, de noble alcurnia romana, entrando en el Senado en calidad de reo, el cabello desgreñado, crecida la barba y pobremente vestido, como vió con sus ojos ya turbados la

forma lúgubre del tribunal que iba á condenarle, y luego

cómo entraban los jueces, y se asentaban los fiscales y el inquieto pueblo se agolpaba para contemplar aquel juicio, fué tal el sentimiento de vergüenza que conmovió su pecho, que, no pudiendo reprimirse, paróse de súbito, y sacando arrebatadamente del pecho un puñal que traía escondido, dióse la muerte. Decidme, pues, ¿qué harían aquellos condenados del infierno si tuviesen á las manos un arma tan mortífera que pudiese reducirlos á la nada? ¿Quién detendría su brazo? ¿Quién reprimiría su furor? Pero rabien y despedácense vivos, que habrán de soportar el peso de su ignominia, como dice el profeta Ezequiel, y lo que más les agobiará, la confusión de sus pecados y maldades. *Ut portes ignominiam tuam et confundaris in omnibus quas fecisti*¹.

Aplicación por in-
terrogación á im-
presión

imagen bíblica.

III

Dije que los agobiará mucho más; porque si sólo comparecer ante el divino tribunal ha de causarles tanta vergüenza, ¿qué será cuando comience á publicarse á los cuatro vientos el proceso de los pecadores, y se lean en alta voz las ignominias más ocultas, y se pregunen por todo el mundo las infamias y abominaciones más secretas? No sé cómo haceros sentir y barruntar algo de esta confusión imponderable, si no es valiéndome del siguiente ejemplo. Si yo en este momento tuviese tal luz y virtud sobrenatural que, penetrando vuestro interior, viest lo que realmente sois, y comenzase á decir: ¿Veis á aquel hombre, al parecer tan recogido y atento? Pues sabed que es un ambicioso que está maquinando cómo dará traspasé á su competidor, y cómo se levantará sobre sus ruinas. ¿Veis á aquel tan compuesto y fervoroso? Pues tiene el corazón podrido de vicios y enenagado en torpezas, y ahora mismo hierven en su pecho mil concupiscencias soeces. ¿Veis á aquella mujer tan modesta y recatada? Sabed que es una adúltera que trae comunicación con aquel joven que está ahí contrahaciendo no

Arg. 2.^a
Vergüenza del
pecador al publi-
carse sus maldades.

Por ficción pe-
sada

publicación de
las culpas de los
oyentes.

revelación aris-
tocrática

distribución

oposición á hipó-
tesis

¹ Ex., xvi, 54.

sé qué devociones. ¿No veis á aquel otro? Pues es el autor de aquel atropello. ¿Y es otro? Es un usurero y el causador de aquella quiebra. Y aquel que allí se esconde, ¿sabéis quién es? Un vengativo que está trazando en este punto cómo se deshará de su contrario.—Oyentes míos, si hablase en estos términos yo os descubriese vuestras conciencias, de suerte que nadie pudiese negar ni contradecir mi revelación; ¿qué de colores no mudarían vuestros rostros? ¡Qué vergüenza! ¡qué horror! Sin duda os levantaríais contra mí tumultuosamente, y queríais taparme la boca, ó espantarme con amenazas, ó atemorizarme con gritos y vocería, y muchos, con mejor acuerdo, se alejarían de aquí para que yo no los avergonzara y confundiera.

—Mas pregunto, ¿dónde estamos? En una ciudad, encerrados en el espacio de una iglesia. ¿Y tan grande calamidad es verse afrontado delante de tanta gente? Conjeturad ahora qué será verse deshonrado delante del cielo y de la tierra.

Engañad enhorabuena á los ministros de Jesucristo en el tribunal de la penitencia; callad los pecados más feos, y coloreaílos á vuestro gusto: ¿pensáis acaso que no se sabrán en el día de las grandes revelaciones? ¡Desventurados de vosotros! Forzados entonces del verdugo de vuestra conciencia, haréis una confesión no secreta, sino pública, y á voz en grito diréis á todo el mundo lo que os horrorizaríais si lo oyerais de mi boca. Allí descubriréis hurtos escondidos, allí traiciones y alevosías, allí abominaciones y torpezas.

¿Dudáis de ello? Oid, pues, la profecía de Oseas que dice: Envolvela está la malicia de Efraim, encubierto su pecado: *Colligata est iniquitas Ephraim, absconditum peccatum ejus*¹. Ahora envuélvese el pecador y encubre su iniquidad al padre y á la madre, á los amos y señores, y hasta á los mismos que tienen el lugar de Cristo la esconden con gran cantela, como la tierra esconde la semilla, como se encubre la criatura dentro de las entrañas maternas. Pero ¡ay de vosotros!, que esa simiente maldita brotará su fruto de condenación, y esa criatura saldrá finalmente á luz con agudísimos dolores de su perversa madre. *Dolores parturientis ve-*

¹ Ob. XIII, 12.

nient ei; añade Oseas, le asaltarán dolores de parto. Que es decir: Malaventurados pecadores, en vano concebisteis de secreto mil pecados y pensamientos; en vano llevasteis disimuladamente en vuestro corazón el germen prohibido; en vano, con semblantes hipócritas, disfrazasteis vuestra maldad; porque ese fruto de ignominia saldrá finalmente á la pública luz del mundo, y abortaréis con trasudores de muerte y afrenta imponderable en la presencia de los hombres y de los ángeles. *Dolores parturientis venient ei*. Y saldrá, contra vuestro querer y violentamente, el condenado fruto, y saldrá maldiciendo al padre que lo engendró y á la madre que de él llevó en sus entrañas, que es vuestro sucio corazón. ¡Qué empacho tan grande! ¡qué sonrojo tan insufrible á la hora de vuestro nefando alumbramiento!

Una joven, no ha muchos años, como hubiese caído en una flaqueza y barrantase las consecuencias de su yerro, sintió tal confusión, que, llamando al causador de su desgracia, le rogó con gran porfía que, por misericordia, le quitase la vida; y él fué tan complaciente que vino en ello, y, dándole un veneno, la envió con más presteza á los infiernos.

¡Tanto puede la vergüenza! ¿Queréis otro ejemplo más terrible? Imaginad que la hija de un rey magnífico, pensando su padre desposarla con otro monarca muy poderoso, y asentados los tratos, y concertadas las bodas y á punto de ejecutarse todo, con gran regocijo del reino y parabienes de los grandes y señoras, ella, en el mismo día de las bodas y delante de toda la corte, se viese forzada por sí misma á revelar la afrenta de un oculto crimen, sin poderlo disimular. ¡Qué trastorno! ¡qué vergüenza! ¡qué ignominia tan escandalosa, y cuántas lágrimas inútiles! ¿No huiera de palacio, arrebatada de furor, y cortiera á darse la muerte? ¿

¿Qué será, pues, cuando el hombre pecador se vea forzado á sacar á luz de su pecho criminal, no una, sino mil obras abominables, y confiese sus culpas, no al padre, no á un reino, sino á la faz del universo mundo? ¡Oh qué sonollosos! ¡qué bramidos de dolor y desesperación al verse co-

¹ V. Observaciones críticas.

gidos y descubiertos á los ojos de todas las criaturas! Profetizado está por Jeremías que los aullidos de los pecadores henchirán la redondez de la tierra: cuando sepan las gentes la ignominia de ellos: *Audient gentes ignominiam ejus, et ululatus replebit terram* ¹. Llamará á sus cómplices, llamará á los amigos, y nadie se dará por entendido, porque, como dice Isaias, cada uno se pasmará á la vista de su prójimo: *Unusquisque ad proximum suum stupebit* ².

¡Feliz al menos si la tierra se le abriese á sus plantas y se lo tragase vivo! ¡dichoso si los peñascos se desgasen y los montes le aplastasen la cabeza! Pero, á su pesar, comparecerá delante de todos los vivientes, no á recibir aplausos, no á ceñirse de coronas y hartar su vanidad, sino á verse aborrecido, execrado, escupido del cielo y de la tierra, sin que los rugidos de su despedazado corazón sean parte á conmovier los montes para que, desplomándose, sepulten su vergüenza y corten de una vez su miserable vida. ¿No os parece, católicos, ajustada la valiente expresión de Job, que se vestirán de confusión: *Confusione induentur* ³, y la del profeta Ezequiel, que llevarán sobre sus hombros la propia confusión: *Confusionem portabunt* ⁴, y la más expresiva del Profeta Rey, que se cubrirán de pies á cabeza de confusión e ignominia, como de doble manto: *Operiantur sicut diploide confusione sua* ⁵.

¡Ciegos é infatuados de nosotros! ¿De qué sirve que inventemos ahora tantas mañas para encubrir nuestra maldad? ¿Qué vale tapar con capa de celo la envidia que nos roe las entrañas? ¿Qué aprovecha que disfracemos nuestro propio interés con máscara de justicia? ¿Qué importa que envolvamos nuestras torpezas y liviandades en las tinieblas de la noche? ¿Qué sobredorar el odio concentrado con la sonajisa de la boca? ¿Qué vale el exterior modesto, si el corazón anda sucio y hediondo? ¡Ciegos, torno á decir, y desventurados de nosotros, pues así será mayor nuestra vergüenza y confusión cuando todo aparezca en aquel tremendo día!

¹ Jer., XLVI, 12.—² Ir., XIII, 5.

³ Job., VIII, 22.—⁴ Ez., XXXIX, 26.—⁵ Ps., CVIII, 20.

IV

Ni hay por qué sospechar que exagero con intención este sentimiento de vergüenza, pues siendo tantos los culpados, me decis, disminuirá la confusión á medida que aquellos aumentaren. Groserísimo error por cierto, hermanos míos.

¿Sabéis por qué se corren tan poco los malos de sus excesos y demasías cuando se ven con muchos compañeros? Porque miden su empacho por la estima que los hombres hacen del pecado, y la mayor parte tienen á este monstruo no por deshonra y abominación, sino por un donaire, por un acto de valentía y de gentileza. Mas en el día del Señor no será así. En el día del Señor aprehenderán la culpa como es en sí, y á los ojos de su divina Majestad, según ponderó sabiamente Santo Tomás de Aquino por estas palabras. Entonces la vergüenza de los pecadores se conformará á la estimación que Dios tiene del pecado, la cual se ajusta siempre á la verdad ¹. ¿Qué vergüenza, pues, y corrimiento tan entrañable cuando á una luz tan espantosamente clara se vean, sin poder cerrar los ojos, padres y autores de tamaños monstruos?

Cuéntase que, en el pontificado de Martín IV, una matrona romana de sangre muy ilustre dió á luz en la ciudad de Roma una criatura, que más parecía bestia fiera que hombre racional, según apareció velludo como un oso de las selvas, y ensortijado el pelo, y las uñas corvas y de un mirar verdaderamente feroz. Las que os preciáis de la hermosura y lindeza de vuestros hijos y jamás veis en ellos ninguna fealdad, vosotras haréis cabal concepto de la vergüenza de esta madre desdichada. ¿Qué será, Dios mío, cuando los réprobos se vean autores del pecado, aborto mil veces más feo y abominable? Éste es el monstruo más horrendo y disforme que han engendrado los infiernos. Éste es el monstruo más fiero que las hienas, más bravo que el

Arg. 3.^a
Vergüenza de pecados al mostrarse a un grupo de pecadores, al mayor número del mundo.

Transición por vía de prolepsis.

El ser machos no disminuirá la vergüenza.

porque verán cómo el pecador es en sí.

Largo.

Conclusión amplificada, por ejemplo a orisera.

Aplicación, pero el pecado es el monstruo más horrendo.

¹ Tunc confusio respiciet aestimationem Dei, quae secundum veritatem est, de peccato. (3 p., q. 88, alii 89, suppl. art. 2 ad 4.)

león, más ponzoñoso que todas las víboras, más feroz y sanguinario que las panteras del desierto. Éste es el monstruo que trocó la hermosura de los ángeles en negrismos tizones. Éste quien trajo sobre el linaje de los hombres todas las calamidades que lloramos. Éste, en conclusión, el espantable monstruo cuya figura, como tomase Jesucristo Señor nuestro, causó desvío y horror en su Eterno Padre, é hizo que el encanto del cielo, el espejo de los ángeles y gloria del paraíso pareciese como leproso y desechado y... rehusa el corazón pensarlo y la lengua se me entorpece al proferirlo, y... maldito de Dios, y objeto de abominación ante la soberana Majestad: *Factus pro nobis maledictum*¹. Decid, ahora, ¿qué sentirán los condenados al dar á luz tan infame monstruo, sin estar en su mano ó esconder el malaventurado engendro, ni lanzarlo de sí, ni matarlo, ni hallar traza cómo atribuirle á otro generación tan afrentosa?

Y con ser así, como lo es, creedme que es sombra respecto de la vergüenza intolerable que sentirán cuando oigan al Unigénito del Padre, al Hijo de María, que con semblante de majestad y poderío les reprende su ingratitud enorme, el desacato de su persona y el menosprecio de su sangre. Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ahora no entendemos qué quiere decir que un Dios haya muerto por nosotros. Mas cuando, llegados á la presencia divina, lo comprendamos bien y veamos por otra parte cuán villanos, cuán descorteses y desalmados hemos sido con tan amoroso dueño y piadosísimo Redentor, que ni socorrer á un pobre quisimos, ni pagar diezmos á su Iglesia, ni dar la reverencia debida á sus ministros, ¡qué ruborizados y confundidos nos veremos!

Don Álvaro de Bazán, gran almirante de las naos españolas y famosísimo por las arriesgadas navegaciones que emprendió y victorias que alcanzó, tuvo orden del rey Fe-

Arg. 4.^a
Vergüenza del
pecador al oír la
reprehen de J.C.

Transición.

Proposición

(antítesis)

demostrada por
comparación: a
minor.

Narración simpli-
cilla.

lipe II que aprestase la armada que se llamó *Invencible*, y que sólo Dios y las tempestades deshicieron en las aguas de Holanda y de Inglaterra; y como fuesen tantas las embarcaciones, las fustas y bajeles que había que aparejar para tan grande empresa, muchas las vituallas, muchas las municiones y pertrechos militares, innumerable la gente y los soldados, lo cierto es que no se acudió á todo con la presteza que el Rey y el asunto requerían. Medio enojóse el prudentísimo Monarca al ver que se malograban los instantes, y, mandando llamar al almirante, díjole el rey con semblante grave y voz algo severa: Mal respondiste, Álvaro, al afecto que siempre te mostré¹. Y atajó la plática. ¿Pensáis si estas palabras penetraron hondamente el corazón del almirante? Salió de la real presencia todo abochornado y encendido el rostro de vergüenza. Volvió á su casa, echóse en cama, y de ahí á pocos días acabó, de confusión y pesadumbre.

Católicos y hermanos míos, nadie será tan desatinado que no dé al semblante y voz del soberano Juez Cristo Jesús alguna más fuerza y señorío que á la majestad de un hombre terrenal. Imaginad, pues, vuestra honda confusión cuando, llamados á su real y encumbrado acatamiento, desahogue contra vosotros la ira de su pecho: *Loquitur ad eos in ira sua*², y os dé en rostro, no con alguna tardanza ó negligencia en las cosas de su servicio, sino con irreverencias y desacatos intolerables.—Yo, dirá el Señor, con haber muerto de amores por ti en esa cruz que allí ves, creía poder esperar algún obsequio en recompensa. Mas dime, ¡oh ingrato!, ¿qué hiciste en retorno de amor tan excesivo? Ó más bien, ¿qué no hiciste en deservicio y ofensa mía? Tú vilipendiaste y escupiste mi sagrado nombre; tú mofaste de mis siervos y ministros; tú profanaste mis días y mis templos; tú hiciste burla de mi palabra; tú pisaste mi cruz y hollaste con diabólico frenesí mi sangre redentora. ¿Y por ventura te pedía mucho en descuento de mi sangre derramada por tu amor? Sólo que no me tuvieses por tan malo ni volviesses el rostro con tal desaire; ham-

Exposición. Don
Álvaro de Bazán
y la *Invencible*.

Nido.

Majestad de Fe-
lipe II.

Efectos de una fi-
gura representati-
va.

Aplicación por
las circunstancias
de la persona.

de los cargos que
hizo.

Amarga pronun-
ciación.

¿Qué hice yo?

¿Qué has hecho
tú?

¿Qué tanto te
pedía?

¹ Gal., II, 13.

² Fam. Estrada de bello Belg. Dec. 2, l. 9.—³ Ps., II, 5.

Ampliación y
contraste.Consecuencia
de los ver-
daderos.Ampliación por
via de prolepsis.Temp. por epí-
trofe.

por hipotiposis.

por autoridad.

Transición.

briente, te pedí un mendrugo de pan; desnudo, un vil andrajo con que cubrir mis carnes. Pero tú has preferido malgastar tu hacienda y las riquezas que te di en representaciones licenciosas, en regocijos y pasatiempos de mundo, en viandas y viajes de recreo, en lujos y profanidades, que no dárme las á Mi. ¿Y esto recabé de ti con morir en una cruz ignominiosa por tu rescate y libertad, que no haya habido criatura á quien menos quisieses, ni hombre á quien más ofendieses y ultrajases? — Así dirá; y á querella tan amarga del Criador á su criatura, del Redentor á su redimido, ¿quién osará levantar los ojos de la tierra? ¿Quién estará firme ante la faz de su indignación? *An te faciem indignationis ejus quis stabilis?*¹

Pueblo redimido con la sangre del Hijo de Dios, bien sé yo que tienes ahora frente de ramera; te diré, con Jeremías: tienes frente de ramera y no sabes ó no quieres ruborizarte. *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluit erubescere?* Tienes callos en la frente, y te figuras que tampoco allí mudarás colores al oír la áspera reprensión del justo Juez; pero te engañas, pueblo mío, yerras en tu ceguedad, porque entonces estallarás tu pecho de vergüenza y se abrasará tu cara con llamas más insufribles que las mismas del infierno, y te parecerán mil años los instantes que dure el fatal enjuiciamiento, hasta que pronuncie Cristo la sentencia y te deje despeñar en el abismo. Y, por que no lo tomes á encarecimiento mío, oye las palabras de San Jerónimo: Mejor los fuera á los miserables condenados padecer las penas del infierno, que no aguantar las miradas y ceñojo del Señor: *Melius enim esset damnatis inferni poenas, quam praesentiam Domini ferre*. Pero no huyáis todavía á vuestras mazmorras sempiternas, porque antes quiere el Juez que se os junte, para mayor vilipendio, muchos gentiles que, sin lumbre de religión ni socorro de santos sacramentos, no llegaron á cometer pecados como los vuestros.

¹ Nahum, 1, 6. — Jer., III, 3.

VI

Arg. 2.^a
Vergüenza del
peccador al ver-
tampararlo y mu-
cambio á muchos
gentiles.Por inducción en
materia de puro-
za;

aplicación)

de desatención;

aplicación)

de severa adu-
ción y crianza de
los hijos)de perdón de las
injusticias)

por diálogo

y apóstrofe de in-
cremento.

Ya parece en tu compañía aquel mancebo ilustre, por nombre Espurina, quien, dotado de singular hermosura, como echase de ver que era ocasión con ella de tropiezo, con pecho y resolución varonil afósese la cara con largas cicatrices, queriendo más ser menos amado que menos casto. ¿Qué responderás tú á este ejemplo que trae San Ambrosio, tú que, profesando como profesas la ley de Jesucristo, no reparas en si escandalizas á tu prójimo con la galanura y corte del vestido, con los cabellos vanamente compuestos, con el atavío de toda tu persona? Comparecerá Anáxoras y dirá cómo no teniendo sino un terruño heredado de sus padres, hasta de él se deshizo y desposeyó para darse más libremente al estudio de las humanas ciencias; pues ¿qué responderás tú, que te desrives por atesorar riquezas que la polilla consume, y no atiendes al negocio de tu salvación? Dirá un Torcuato que, no teniendo sobre la tierra más amor que su hijo único, é hijo consuelo, no dudó en condenarlo á muerte por haber, aunque ligeramente, quebrantado la militar ordenanza; pues ¿qué responderás tú, que cifras el cariño de tus hijos en no lastimarios nunca, y así los dejas con sus malos siniestros? ¿Qué diré del célebre Foción? Él te recordará cómo siendo acusado y condenado á muerte por la envidia de sus émulos, y á pesar de sus obras excelentes, antes que bebiese la cicuta, preguntado por sus amigos que le cercaban si quería dejar á su hijo ausente alguna encomienda ó recuerdo paternal: Sí, dijo; encárgadle en nombre mío que olvide por siempre la injuria de su padre; que nunca le venga en pensamiento tomar de ella venganza, sino que pague á mis enemigos bien por mal. ¿Qué responderás tú, que desearías despedazar vivo á tu contrario, y, no satisfecha tu rabia con aborrecerle en tu corazón, quisieras el corazón y las manos de todos tus parientes, de todos tus amigos y allegados para vengarte á tu sabor, y desearías vincular en tu familia este tu aborrecimiento, y pasarlo con la sangre á toda tu posteridad?

Confirmase por
instrucción sencilla
de

otras virtudes.

Conclusión y am-
plificación de esta
verguenza

por contraste

é interrogación
rebatante;

por el testimonio
de J. C.

por apostrofa
rética;

Dime, cristiano, ¿qué tan grande será tu baldón cuando veas que nacido tú en el seno de la Iglesia católica, á la luz de tantas Escrituras, de tantas enseñanzas de sapientísimos doctores, de tantos ejemplos de heroica santidad, sin embargo de esto eres peor que los bárbaros é infieles, ya que, sacada del medio la fe de tu bautismo, la cual, desnuda de obras, más servirá de deshonra que de alabanza, no podrías comparecer en aquella plaza y teatro del mundo ni justo como Aristides, ni recto como Zeleuco, ni casto como Palemón, ni sufrido y magnánimo como Sócrates, ni veraz como Pericles, ni manso con la mansedumbre de Antígono, ni desinteresado al par de Epaminondas; criados todos en las sombras de muerte y tinieblas del paganismo; sin gozar los miserables, como gozas tú, del conocimiento de la vida eterna; sin tener, como tienes tú, ni evangelios ni tradiciones, ni dogmas ni profecías, ni milagros ni sacramentos; sin haber visto morir á Dios por amor del hombre en una cruz entre dolores infinitos, como lo viste tú en la era bendita de la humana redención? ¿Qué dices, desdichado? ¿que respondes? ¿Cómo satisfacerás á estos cargos? ¿Concibes en alguna manera la vehemencia de esta confusión acrecentándose á tanta confusión? A no ser tan grande esta vergüenza de verse confundido por los gentiles, no la encarecería tanto el Salvador, ni dijera para poner espanto: En el día del juicio se levantarán los Ninitas contra esta generación y la condenarán. La reina del austro se levantará asimismo contra esta generación y también la condenará. *Viri Ninitarum surgent in iudicio cum generatione ista et condemnabunt eam. Regina austri surget in iudicio cum generatione ista et condemnabit eam*¹. Sobre el cual pasaje exclama como asombrado San Crisóstomo². Ponderése, dice, atentamente la grandeza de este baldón. ¿Cómo? ¿es posible? ¿Que un gentil venga á confundir á un cristiano! ¿Que un cristiano sea acusado por un morol! ¿Que un cristiano sea condenado por un bárbaro é infiel! ¿Oh menguala! ¡oh villanía! ¡oh vergüenza intolerable! ¿Quién es capaz de rastrearla siquiera?

¹ Matth., xiii, 41-42. — ² Veniat ergo in mentem quanta erit illa delectio.

Boleslao, primer rey de Polonia, como supiese que un privado ó palatino se había habido en la batalla con notable cobardía y poquedad de ánimo, no hizo más que enviarse en su nombre una hermosa ruca de oro con que hilase. Recibió el buen hidalgo aquel presente, y con él inmensa confusión y congoja; tanto que, no acabando consigo de sufrir aquella afrenta de que se le comparase á una mujer, atóse desesperadamente un cordel á la garganta ^(dependencia) y se colgó. ¿Qué será, pues, verse un cristiano comparado á un gentil y salir vencido en la contienda, que es vencer el flaco al poderoso; el desarmado y desnudo al provisto de todas armas; el siervo vil al príncipe y heredero del trono? ¿No imagináis esta ignominia como la mayor de todas? Persuádome, hermanos míos, que, cubriéndose los rostros de vergüenza y recatándose de las miradas del mundo universo, sollozarán de nuevo, se lamentarán, rugirán de despecho, y, ¡oh malaventurados de nosotros!, gritarán con las palabras del Real Profeta, ¡oh miserables! ¡oh sin amparo en el cielo ni en la tierra! La confusión de nuestra faz nos sobrecogió ante la voz del que nos acusa y nos reprende, ante la cara de nuestro enemigo y perseguidor: *Confusio faciei meae cooperuit me, a voce exprobrantis et obloquentis, a facie inimici et persequentis*¹.

VII

Sólo una cosa es de advertir por que nadie se llame á engaño, á saber: que los sobredichos gentiles no ejercerán sobre los réprobos ningún acto de verdadera potestad; que no dijo el Salvador se asentarán y juzgarán, *sedebunt et condemnabunt*, lo cual es propio del juez, sino se alzarán y condenarán, *surgent et condemnabunt*, que más bien es oficio de acusadores ó fiscales. Esa verdadera potestad solamente la ejercerán con Jesucristo los santos y bienaventurados de Dios. ¿Quién lo ignora? ¿Quién desconoce la profecía del Apóstol: *Sancti de hoc mundo iudicabunt*, los santos han de

¹ Ps., xliiii, 16-17.

por ejemplo raro,
(exposición)

(suba)

(dependencia)

por antítesis;

por los cuasi-
sufijos,

y periphrasa hi-
lítica.

Arg. 4.^a
Vergüenza de
los pecadores en
la sentencia fi-
nal

2) Vergüenza por
verse juzgados de
los que aquí nada
desprecian;

por autoridad del
Apóstol

juzgar á este mundo? ¹. Pero notad una cosa que hace grandemente á nuestro propósito, y que, si profundamente se pondera, prueba aún más la espantosa confusión de que tratamos. ¿Sobre cuáles réprobos ejercerán los santos semejante autoridad? ¿Por ventura sobre todos? Si, universalmente sobre todos. Mas no puede negarse que cada santo en vida recibiera especiales injurias. Estos serán llevados á su juicio y tribunal, conforme al dicho de la Sabiduría. Estarán los justos con gran constancia contra los que los atribularon y persiguieron: *Stabant iusti in magna constancia adversus eos qui se angustiarunt* ². Contra éstos entablarán proceso especial, á éstos examinarán, á éstos condenarán con sentencia más particular y severísima.

Ahora, pues, ponderemos, si os place, la ignominia de los grandes de la tierra, juzgados y sentenciados á muerte por los pequeñuelos de Cristo, á quienes hollaron con sus pies. ¡Qué vergüenza la de un Herodes, verse como un reo delante de aquel Bautista á quien él hizo degollar! ¡Qué tormento el de Nerón, tener por juez á aquellos pobres predicadores Pedro y Pablo, á quienes aprisionó con grillos como á esclavos! ¡Qué rabia la de un Diocleciano, verse juzgado por aquel Sebastián que el mandó asetaear vivo! ¡Qué confusión la de Valeriano, verse interrogado y juzgado por aquel Vicente, á quien hizo asar en unas parrillas! La altanera Cleopatra, de vergüenza que no la llevase su vencedor Augusto como trofeo de victoria, no vaciló en aplicarse á sus desnudos pechos un áspid furioso, y morir emponzoñada antes que avergonzada. Y averiguado es, no obstante, que el magnánimo Emperador la hubiera tratado con toda la cortesía y miramiento debidos á su real persona, y no le negaría viva los honores que le prodigó muerta. Imaginad, pues, ¡qué no hicieran los réprobos, de corridos y confusos, en el día de la ira! ¡qué no sufrieran con tal de echar de sí el oprobio y confusión gravísima de verse como reos á los pies de aquellos mismos pobrecitos, hambrientos, desarraigados, hez y escoria del mundo, cuyas accio-

y de la Sabiduría.

por indignación terrible y muy alta.

los verdugos ante las víctimas;

confirmase por ejemplo á miser.

1.ª parte.—Augusto y Cleopatra.

2.ª parte.—Los emperadores y los mártires.

Conclusión de reo.

¹ 1. Cor., vi, 2.—² Sap., vi, 2.

nes escarnecieron antes como de sandios y locos! ¡Qué afrenta tan atroz! ¡que humillación tan no pensada!

Veis aquí verificado á la letra lo que Isaías profetizó, ³ *Vergeturá al que los detractores del justo besarán de rodillas las huellas de sus pies: Adorabunt vestigia pedum tuorum, qui detrahebant tibi* ⁴. Veis aquí á los gobernadores y consejeros, veis aquí á los reyes y justicias de la tierra implorar en vano el valimiento de las viudas y pupilos, de los clérigos y pobres religiosos, cuyas quejas nunca se dignaron escuchar, cuyo derecho nunca quisieron mantener. Veis aquí á los ricos epulones alzar sus manos suplicantes á los Lázaros, á quien negaron los mendrugos de pan que arrojaban á los perros. Veis aquí á los Acab, invocando el patrocinio de Nabot, cuya hacienda robaron desvergonzadamente. Veis aquí á los soberbios Holofernes hincar las rodillas temblorosas en presencia de Aquior, cuyas palabras desoyeron con escarnio. ¡Qué mayor confusión ni más profundo abatimiento puede darse? ¿No basta acaso ver tan gloriosos y triunfantes á los que en la tierra tuvieron por basura? No, no basta ni á la gloria de Dios ni á la confusión de los réprobos. Es menester que se postren ante ellos y que ellos les tomen residencia; es menester que sean por ellos procesados, por ellos examinados, por ellos avergonzados y reprendidos, y, lo que sobrepuja todo horror y vituperio, por ellos, finalmente, condeados á perdurable muerte.

Porque, llegado el momento en que, esclarecidos plenamente los hechos y los delincentes convencidos, vaya el supremo Juez á intimarles la sentencia, ¿quién es capaz de declarar el júbilo y fervoroso celo de justicia con que los santos todos le acompañarán? Lejos, lejos de aquí, malaventurados, gritarán á una con Jesucristo Señor nuestro, y con los ángeles. Apartaos, apartaos, malditos, al fuego eterno: *Discedite, maledicti in ignem aeternum*. Despeñaos en el profundo, precipitaos en el abismo que abre su boca para tragaros. Idos, malditos, idos al fuego eterno. ¿Qué hacéis? ¿cómo podéis sufrir esta lumbre gloriosa que reverbera en vuestros ojos ensangrentados? Huid enhorramala,

³ Vergeturá al que los detractores del justo besarán de rodillas las huellas de sus pies.

por indignación más rápida;

en sus oídos que;

en repetición;

es incrementa.

Transición.

⁴ Vergüenza al verse condeados y avergonzados de los santos;

por precipitarse á la infernal;

¹ Is., lx, 14.

idos para siempre á las hogueras inextinguibles, á las fraguas eternas, á los estanques de fuego y azufre; allí sumidos, anegaos allí, porque todo feneció para vosotros, menos vuestra desdicha. Aquella será vuestra mansión para mientras Dios fuere Dios, porque ese ciclo que miráis so bre vuestras cabezas no es ya para vosotros: *Discedite, maledicti, in ignem aeternum.*—Así dirán, ni cesarán en su ardiente porfía de acosar á la ruin canalla con vituperios y escarnios, con befas y gritería que resonará en el cielo y en la tierra, hasta que, abriendo el infierno sus cien gargantas, haya tragado y engullido del todo las legiones condenadas, que llevarán con marca eterna clavada en la frente la vergüenza inenarrable de tan afrentosa despedida.

Esta es la confusión de que se habla en aquel pasaje del Profeta Rey: *Erubescant impii, et deducantur in infernum*¹. Avergüencense los impíos, y sean precipitados al infierno. Y en verdad, si tanta fué la confusión de Adán y Eva cuando fueron lanzados del paraíso terrenal y condenados á trabajar la tierra; si tan grande la vergüenza de Agar é Ismael al ser arrojados de la casa de Abraham, y forzados á peregrinar por el desierto; si tan corrida y avergonzada se quedó María, hermana de Moisés, al verse echada de los reales por leprosa, y eso que de allí á los siete días había de volver limpia y sana, ¿qué sentirán los miserables que, apartados afrentosamente de la compañía de los ángeles, de la junta de los bienaventurados, y de los palacios de la celestial Jerusalén, se verán lanzados á lo más hondo del infernal abismo, á vivir con los diablos sus atormentadores, no días, no años, sino por toda la eternidad, para mientras Dios fuere Dios? Así lo testifica con palabras aterradoras el profeta Jeremías: Os entregaré, dice, al oprobio sempiterno y á la eterna ignominia, la cual nunca jamás se borrará: *Dabo vos in opprobrium sempiternum, et ignominiam aeternam, quae nunquam oblivione delebitur*².

¹ Pa., xxx, 18.—² Jer., xxiii, 40.

VIII

Conque, decidme, hermanos míos, ¿hay quien no temible de sólo pensar que puede un día verse sumido en ese mar de vergüenza y confusión? ¿Válgame Dios y qué vidriosos y delicados os veo en punto de honra, pues una palabrilla os desconcierta, una indirecta os enciende la sangre, y, á trueque de mantener en pie vuestra reputación ligeramente mancillada, no dudáis en arrojaros á las espaldas, á la sangre, á la destrucción y á la misma muerte! ¿Y será posible que, siendo como sois tan caballeros y pundonorosos, corráis á ojos cerrados á la ignominia del juicio de Dios, ignominia perpetua, ignominia imponderable, ignominia que traerá consigo rabia infinita y despedazamiento de corazón por todos los siglos? *Ignominiam aeternam, quae nunquam oblivione delebitur.*

Porque es así, que estas deshonras de acá luego se pasan, pero aquella siempre durará. ¿Habéis oído? Aquella siempre durará; ya que siempre y continuamente tendrán los condenados ante los ojos aquella horrible confusión que padecieron en el día grande del Señor y á la vista de todas las generaciones; y esta memoria así los punzará y roerá la conciencia, que sólo ella, en sentir de San Basilio, será bastante por sí sola á desesperarlos y embriavecerlos aún más que el mismo fuego del infierno. *Longe horrendior quam ignis erit ille pudor, quem perpetuo retinebunt*³. Pues si una afrenta de nada así os turba y lastima el alma, ¡qué desatino, qué locura tan grande no es exponerse á aquella horrenda y perdurable confusión!

³ Or. 23 de fut. jud.

Arg. 7.^a
Y esa vergüenza será eterna;

transición por aplicación á los oyentes.

argumentación á mayor.

ignominia eterna por autoridad divina.

más sensible que los mismos tormentos.

por sententia de Basilio.

Conclusión final.

SEGUNDA PARTE

IX

De la existencia
y verdad del juicio.

Transición por
destitución pasá-
tica.

y afectos de admi-
ración y asombro.

por apóstrofos in-
terrogación.

a) Vosotros no
creéis.

Arg. 1.º

Si creyerais, tra-
bajais por al-
canzar una sen-
tencia favorable.

Mas no trabajáis.

Luego.

Confirmación por
analogía de Sal-
viano.

«Verdaderamente, hermanos míos, considerando por una parte la terribilidad del juicio último, el rigor de la cuenta y la extrema humillación del miserable condenado; y por otra la vida tan ruin y desconcertada de muchos cristianos, y en el mundo tantas mentiras y calumnias, tantas envidias y perjurios, tantas lisonjas y vanidad, y, sobre todo, tanto olvido de Dios y menosprecio de la propia salvación, me asalta un pensamiento que me traspasa el alma y me fuerza á prorumpir en estas voces:—Hombres, hombres, ¿dónde está vuestra fe? ¿dónde vuestra creencia y religión? ¿Sois ó no cristianos? ¿Abrazáis ó no cuanto tiene y abraza la Iglesia de Jesucristo? ¿O por ventura, permitiéndolo el Señor por la muchedumbre y enormidad de vuestros pecados, habéis perdido la lumbrera de la fe, y niega vuestro corazón lo que profesan los labios? Si creéis que hay juicio, y severísimo juicio, ¿cómo amontonáis pecados á pecados? Si creéis que os esperan en el tribunal de Dios y en la presencia del cielo, cómo os hacéis pedazos por los intereses de la tierra? ¿Qué más hariais, ¡oh ciegos y desventurados hombres!, si, como los gentiles, no creyerais, ó, como los incrédulos, tuvierais la verdad del juicio por patraña y fingimiento?—Y combatido de estas olas, y anegado en este mar de incertidumbres, dudo si es burla vuestra fe y escarnio vuestra religión»¹.

Mas, al recordar unas palabras del gran obispo Salviano, lumbrera y ornamento de las Galias, ya no titubeo en afirmar que los tales cristianos, en realidad de verdad, no creen en el juicio universal. Oid, y, la mano en el pecho, responderéis después á mi pregunta. *Nemo est, qui se iudicandam a Deo certus sit, qui non praesiet, ut pro bonis operibus perennia bona capiat, vel ne pro malis mala aeterna patia-*

¹ V. Observaciones críticas

tar? Nadie hay que tenga por cierta la verdad del juicio, que no haga buenas y santas obras por las cuales reciba eterno galardón, ó no evite las malas, merecedoras de suplicios eternos. Ya no temo aventurarme, pues, ni lastimar á ninguno de mis amadísimos oyentes si pregunto: ¿dónde está vuestra fe? ¿dónde la firmeza de vuestras convicciones cristianas? Si creéis que hay juicio, ¿qué hacéis para tener en aquel día sentencia favorable? O, por lo menos, ¿qué hacéis para evitar la de eterna condenación, con el horrible acompañamiento de los baldones y afrentas que dijimos?

Veo que, si por desgracia tenéis que ser juzgados por los tribunales de la tierra en pleito de alguna monta, no dormís, no sosegáis, no dais paz ni á la mano ni á la pluma, á fin de encaminar felizmente la sentencia. Llamáis abogados, solicitáis procuradores, buscáis amigos, interponéis medianeros poderosos, consultáis letrados, revoléis legajos y pergaminos, y andáis con notable azoramiento de casa en casa, de oficina en oficina, para afanzar más y más, si no la victoria, la esperanza de obtenerla. Decidme: y para recabar sentencia en favor del tribunal divino, donde se ventilará y decidirá solemne é irrevocablemente el negocio grande de vuestra eternidad, ¿hacéis por ventura otro tanto? Respondedme, cristianos, y salga á la luz el embaimiento y perversidad del corazón humano.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Vergüenza da decirlo. Si se os pide que comulgéis una vez al mes, luego decís que es demasiado comulgar; si se os impone una penitencia saludable, decís que es muy rigurosa; si se os persuade una devoción ó práctica constante, luego alegáis que es fastidiosa y molesta. Al menos, dejad aquel trato ó amistad. — No puedo. — Apartaos de aquel juego. — No quiero. — ¡Si pudierais, antes de acostaros, hacer, por espacio de un cuarto de hora, examen de vuestra conciencia y ajustar cuentas con Dios! — Me duele la cabeza. — Y á la mañana ¿no podríais oír misa y encomendar al Señor vuestros pasos y negocios? — Fáltame tiempo. — Una limosna, por el amor de Dios, á esos po-

Conclusión por
interrogación.

y afectos de mar-
ravilla.

Amplificación al
contrario en los
pliegos de la tie-
rra;

hipotiposis.

Viva aplicación.

por distribución.

y dialogamos.

¿Qué hacéis pa-
ra aplacar á Dios?

¹ L. 3 de Eccl.

brecitos que arrastran su miseria por las calles, ó se consumen en su casa de hambre ó de vergüenza; haceos amigos que aboguen por vosotros en el tremendo juicio: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis*¹. Pedid otra cosa, si os place; ésta, por ninguna manera: endeudado hasta la cabeza, cargado de familia, sobrecargado de pleitos y agobiado de tributos...—

Conclusión.

¿Y creéis que Dios os ha de juzgar, y no hacéis ni sombra de lo que haríais á tener que ser juzgados por el gusanillo del hombre? Verdaderamente, no creéis; os diré haciendo más las palabras de Salviano, no creéis,

Luego no creéis.

y, sin embargo de que afirmáis con la boca vuestras católicas creencias, verdaderamente no creéis. *Non creditis, non creditis, et licet credulitatem vestram velitis adseverare, non creditis*.

Instancia y rebufo.

¿Es acaso menos riguroso el tribunal divino que el humano? ¿Por ventura son los cargos menos graves? ¿Son los acusadores menos poderosos, ó las cucuítas menos enmarañadas, ó el juez menos sabio y perspicaz, ó la justicia más sobornada, ó más fácil la apelación? Es que no creéis;

Luego no creéis.

y aunque afirmáis con la boca vuestra creencia, verdaderamente no creéis. *Non creditis, non creditis, et licet credulitatem vestram velitis adseverare, non creditis*.

Arg. 2.^o

Si creyéis no irritaréis al juez supremo.

Mas ¿á qué dudar de ello? Dudara con razón, si os vierais que procuráis, por lo menos, no irritar abiertamente al Juez Supremo, delante de cuyo augusto tribunal habéis, no tarde, de comparecer. ¡Pluguiera á Dios que fuese todo lenguas para encarecer, todo lágrimas para llorar, todo fuego para detestar tan maldito atrevimiento! ¿Es posible que creáis lo que creéis, conviene á saber, que debéis presentaros sin remedio en el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, y que con todo eso no haya en el mundo cosa más despreciada, más abatida, más hollada que la persona de nuestro Señor Jesucristo? No me dirijo á los verdaderos siervos de Dios y que guardan sus santos mandamientos. A vosotros hablo, jóvenes disolutos; á vosotras, mujeres vanas; á vosotros, pecadores sin freno ni vergüenza: respondedme, os ruego, ¿cómo aseguraréis que si creéis en el futuro Juez?

Transición de docto.

(precaución y apoteosis)

Quomodo credere vos futurum iudicem creditis, apud quos nul-

por autoridad humana,

¹ Luc., XVI, 9.

*lus est minor, atque despectior, quam ipse Iudex*¹. ¿Creéis que Jesucristo os ha de juzgar? Si creemos. ¿Cómo, pues,

maldecís á Cristo en el juego, blasfemáis de Cristo en cualquier enojo, juráis y perjuráis en nombre de Cristo por cualquier bagatela? ¿Cómo disgustáis á Cristo por no disgustar al amigo? ¿Cómo abandonáis á Cristo antes que la

por enumeración enfática

de gravísimos descastos contra J. C.

hacienda en pasatiempos y convites, en farsas y comedias, en perros y caballos, en liviandades y torpezas, que no darla á Jesucristo en sus templos ó en sus pobres? ¿Cometéis por ventura tantas y tales descortesías con hombre mortal que os haya de juzgar? Sois tan atrevidos y deslenguados con él en las conversaciones? ¿Lo menos preciáis con tanta arrogancia y siempre que se os antoja?

por lo contrario respecto de los jueces del mundo

¿Os atrevéis nunca á injuriarle en su misma presencia, con la libertad con que injuriáis á Cristo en sus iglesias? ¿Qué mayor villanía puede imaginarse? En su misma iglesia, en presencia del que os ha de juzgar, vivo y verdadero en el santísimo sacramento de la Eucaristía, no tenéis reparo en reír, en hablar á uno y á otro, y por ventura en mirar ó forjaros ídolos de carne y tributarles adoraciones que se deben á solo Dios. Mentirosa es vuestra fe, vacía vuestra creencia, y, aunque afirmáis con la boca vuestra credulidad y convicción de cristianos, verdaderamente no creéis.

aplicación é incremento.

Non creditis, non creditis: et licet credulitatem vestram velitis adseverare, non creditis.

Consecuencia final. Luego no creéis.

U N O M A D E N U E V O L E Ó N

X

Y ¿por qué no lo creéis? ¿En qué estriba, hermanos míos muy amados, vuestra necia presunción? ¿No sabéis que todos, indistintamente todos, hemos de ser llevados y examinados en el juicio de Dios? Conviene, dice el Apóstol, y decretado está, que todos nosotros seamos manifestados en el tribunal de Cristo: *Omnes nos manifestari oportet ante tribunal Christi*². ¿Qué esperaréis, pues? ¿Algún privilegio

Hay que creer en la verdad del juicio;

por autoridad divina.

¹ Salv. *ibid.*, — ² 2 Cor., V, 10.

por grave comu-
nicación ó anti-
cipación íntima.

Acaso podrá eva-
dirme.

Resp. por simu-
lanza histórica:

por testimonio
bíblico

siguentemente in-
terpretado.

por razón teoló-
gica.

Dios está en to-
das partes

por sentencia.

Deprecación y
petoración:

de exención? ¿ó que escaparéis con astucia? ¿ó que, puestos en el tremendo tribunal, podréis huir del juicio que os amenaza? Muy ciegos os trae el enemigo, si tal pasó jamás por vuestro pensamiento.

Refiere San Clemente Alejandrino ¹ que un rey de Escitia, por nombre Itausurá, envió á Darío, su enemigo capital, un presente muy extraño, á saber: un topo, un pájaro y un pez, y con ellos una saeta emponzoñada; para significarle, como nota el mismo Santo, que si no se soterraba como el topo, ó se sumía en el agua como el pez, ó se remontaba por el aire como el ave, él iría y le alcanzaría con su brazo certero y con sus saetas. Bárbaro ultraje por cierto y jactancia singular. Pero ¿serían éstas trazas suficientes para escaparse de la ira del Señor? No, responde el profeta David, de nada servirían. Si subiere al cielo y volare hasta la región más alta, ved ahí las saetas de la ira divina. *Si ascendero in caelum, tu illic es.* Si bajare hasta el infierno y me escondiere en el corazón de la tierra, ved ahí las saetas de Dios. *Si descendero in infernum, ades.* Si pasare el mar y habitare en las extremidades del mundo, allí me alcanzará la diestra de Dios y me herirán sus saetas. *Si habitavero in extremis maris, illic tenebit me dextera tua.* ² En vano, por consiguiente, en vano espera nadie esconderse de la ira del Todopoderoso. A dondequiera que encaminare los pasos, ha de pisar tierra de su dominación y señorío. Por todo lo criado tiene Dios autoridad suprema, por todas partes tiene ministros de justicia, doquiera ejércitos, todo lo abarca con los inmensos brazos de su poder y sabiduría, y así es fuerza dar en ellos irremisiblemente. Escapar de tu mano es imposible, dice el autor de la Sapiencia: *Tuam manum effugere, impossibile est.* ³ ¿Y no teméis? ¿y no tembláis, desventurados hombres?; ó ¿no creéis que es cosa horrenda caer en las manos de Dios vivo? *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* ⁴

Dios mío y piadosísimo Padre, iluminad, os ruego, sus entendimientos, ablandad Vos sus corazones; que yo desespere de alcanzarlo, aunque por ello muriese de pena y ex-

¹ Strom., l. 5. — ² Pa. cxxxviii. — ³ Sap., xv, 15. — ⁴ Heb., x, 31.

halase á sus pies el último suspiro. Desespere, sí; ninguna confianza tengo de reducirlos. Pero ¿por qué? ¿Porque sean duros de corazón? ¿porque sean rebeldes y obstinados á tu luz? ¡Ah, no, Dios mío! Yo tengo la culpa, soy un grandísimo pecador. ¿Cómo queréis que les muevan mis palabras, si soy tan gran pecador, y acaso el peor de todos ellos? Venid, pues, suavísimo amador mío, y apiadaos de mi miseria; suplid mi poquedad y vena vuestra misericordia mi malicia. Otorgadme ahora la gracia que os pido, dadme siquiera un alma. Un alma siquiera, un corazón que os ame de veras, de tantos como veis aquí presentes. Vos, Señor y dueño dulcísimo de los corazones, escoged el que más os agrade. Pidooslo por la sangre preciosísima que en ese madero santo derramasteis, por las llagas que despendaron vuestro delicadísimo cuerpo, por las espinas de vuestra cabeza sacrosanta, por los clavos, por la hiel, por las congojas y agonías de muerte que padeció por amor nuestro vuestro piadosísimo Corazón. ¡Dichoso de mí si recabase esa merced! ¡Cómo se regocijaría mi espíritu! ¡Cómo bendeciría vuestra bondad! Un alma quiero. Pero ¿cuál será, Dios mío?

Esfuérzate, ¡oh mujer!, que, sumida ha tanto tiempo en el cieno de tus pasiones, no aciertas á salir de él. Esfuérzate, pobrecito pecador, esfuérzate, ¡oh adúltero! ¡oh avaro! ¡oh blasfemo y perjuro!, que llevas hincado tantos años ha el aguijón del remordimiento, y nunca te resuelves á confesar tu pecado. Un alma quiero, pero la más necesitada, la más perdida y alejada de Vos... Señor, ¿qué respondéis? ¿Me negaréis lo que más ardentemente codicio? ¿Torceréis el rostro á mi demanda?... ¡Ah, ya veo que ofendi vuestro Corazón con pedir os sólo un alma! Muchas, y aun todas cuantas se hallan en este templo, oso esperar de vuestra misericordia inagotable. Por ventura ¿no nos hemos de reunir nuevamente en el gran valle de Josafat? No permitáis, Señor, que nos veamos aquel día separados. Juntos estamos aquí, juntos queremos estar á vuestra diestra, sin que uno siquiera de mis oyentes vaya al lugar de la confusión; antes salvos todos, y seguros todos, entremos todos regocijados y triunfantes en el convite de la gloria.

afectos de devoción
blanca

de enseñanza

de petición ardiente

Os pido un alma

Petoración y afectos de aliento á los pecadores

de amorosa querencia J. C.

de esperanza firmísima

de amor entrañable

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO QUINTO

El que leyere ó oyere leer con viva entonación este discurso, es probable que diga: «Esto es predicar, esto es elocuencia verdadera. ¡Qué celo de las almas! ¡qué amor de Dios hervía en el pecho del orador, pues tales centellas saltan de él! ¿Quién se atreverá á pecar, aunque le maten, si tiene presente ese día tremendo que por fuerza ha de venir?»

Ciertamente, si la elocuencia consiste en doblegar la voluntad del hombre y hacer que abrace las cosas arduas y desabridas (porque para que tome las dulces ó muy fáciles no es menester elocuencia), hay que confesar que lo consigue Séneci. ¿Y como lo consigue? Moviendo y atrayendo á todo el hombre, cada facultad con su propio objeto, y esto casi á la vez y simultáneamente. Mueve la inteligencia y la despierta con la exposición clara y resplandeciente de la verdad del Juicio; mueve la voluntad con la ponderación del mayor mal que le puede suceder, y que sin remedio le sucederá si no se enmienda; mueve la fantasía con la pintura aterradora de aquel día de calamidad y miseria, presentando cada vez y sin interrupción cuadros más espantosos; mueve el corazón y la sensibilidad con afectos vehementes y variados que el orador va graduando con maravillosa progresión.

Invencción. A primera vista parece pobre y deficiente, por ceñirse á un afecto, el de la **vergüenza**. Es cierto; mas, si bien se estudia, se verá que no descuida los demás, y que saca de la memoria de esa postrimería todo el partido que se puede apetecer. **El fin próximo** es representar vivamente la confusión de los malos en el valle de Josafat; pero **el fin último**, y el que pretende el orador, es apartar al hombre del pecado y preservarle en adelante de caer en él, por el temor de no incurrir en tal confusión y vergüenza.

Disposición. Con el **exordio** conmueve y aterra, pero de paso y sacudidamente, y es como el llamamiento del arcángel y un trasladar de súbito á los oyentes á la escena final de los siglos. Para conseguir el **fin próximo** pondera las **circunstancias** del Juicio, las que preceden, las que

acompañan, las que siguen, y con esto concluye la primera parte, dejando espantados y dispuestos los ánimos para lo que quiera el orador. Si aquí terminara, muy escaso fuera el fruto, y sería semejante al que, después de haber sembrado el campo y labrádole muy bien, se olvidase á su tiempo de recoger la cosecha. Y así el **fin último** lo consigue en la segunda parte, arrastrando á su auditorio á que obre desde ahora conforme á la creencia del Juicio, cuya verdad deja asentada en el último argumento.

Elocución. Fogosa, arrebatada y pintoresca; y nuestra lengua, nacida para todo lo grande, se presta como ninguna á declarar á los mortales las maravillas de Dios, tanto sus misericordias como sus castigos. Si á veces deslie el pensamiento, es por la condición de la palabra hablada que pasa rápidamente; y así hay que insistir en un concepto ó pasión hasta que el entendimiento y el corazón se rinden; no de otra manera los sacrificadores clavaban el cuchillo en el cuello de la víctima, hasta que ésta, bañada en su propia sangre, dejaba de palpitár.

¡Imposible parece lo que estraga el mal gusto cuando domina en una época ó nación! Decimos esto por las cosas atroces ó descabelladas que se le escaparon al gran ingenio del Cicerón cristiano, las cuales podrá ver el curioso en cualquier original ó traducción. Nosotros las llamamos, porque no hacen á nuestro intento y por no recargar demasiado este libro; en su lugar, y con la reverencia debida, hemos sustituido entre comillas lo que nos parece necesario para el efecto del conjunto. ¡Ojalá hubiéramos acertado con el mismo pensamiento que tuviera Séneci, libre de la tiranía del mal gusto!.

¡ Véase la introducción.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

DISCURSO SEXTO

DEL PODER DE DIOS

Contra Jerosolimas, como tu cat universa civitas, dicere: Quis est hic? Et intravit Jesus in templum Dei, et edificavit domus vendentes et ementes in templo.

Habiendo Jesús entrado en Jerusálén, como tuvo toda la ciudad, y preguntado: ¿Quién es este? Y entrando Jesús en el templo de Dios, arrojó de allí a todos los que en él vendían y compraban.

(MATH. XXI, 10, 12.)

EXORDIO

Templado

I

MARAVILLOSO, católicos, y no acierto á comprender cómo en las tinieblas de la gentilidad, antes del advenimiento del verdadero Sol de justicia, Cristo Jesús, escogían de ordinario los desventurados hombres, más bien dioses ruines y cobardes que nobles y generosos. Recordad, si no, con la imaginación algunos pueblos del ciego paganismo, y los veréis postrados ante inmensa muchedumbre de estúpidas deidades, adorando aquí un pedazo de madera, allí un trozo de mármol, acullá otras criaturas insensibles. Y en las regiones que el Nilo baña, tan afortunados fueron sus moradores, que apenas había labrador ó rústico aldeano que no tuviese sus divinidades nacidas en su mismo huerto. Un golpe de azadón bastaba para engendrarlas de la tierra. En brotando un cohombro ó calabaza, tenían nuevo dios y numen tutelar. Pero aun mayor dicha

Parte 1.ª

Proposición del exordio

prohibida por las leyes de la doctrina

de pueblos idólatras

y de rústicas divinidades.

lograron los animales, y de ellos los más viles, como los gusarapos y lagartos, á quienes con preferencia á los generosos y esforzados, como el águila y el león, ofrecían los hombres adoración é incienso.

Contraste y sub-
cedia.

¿Qué animal más sucio y rastrero que el ruin escarabajo? Pues tal fué el dios querido de los habitantes de la antigua Sjena. ¿Cuál más torpe y perezoso que la tortuga? Pues la tortuga fué el dios de los Trogloditas. ¿Cuál más tarde que el pesado buey? Pues lo adoraron los vecinos de Heliópolis. ¿Cuál más inmundo que el animal inmundo? Pues recibió incienso en la sagrada Menfis. ¿Y cómo tanta locura y ceguedad? ¿Dónde está aquí la excelencia del hombre? ¿Cómo no se zfrentaba de inclinar su altiva frente delante de esa ralea de criaturas bajas y asquerosas, y de hincar sus rodillas y quemar incienso á torpes animalejos que bollaba antes y aplastaba con los pies?

Parte 2.ª y ca-
usa de este deriva-
rio, por sustrac-
ción.

porque los malos
abozoran el po-
der divino.

Confirrase por
Teodoro.

Fácil es rastrear la solución. Impios eran y de estragadas costumbres los idólatras, y forzados de otra parte, por incontrastable instinto de la naturaleza, á reconocer alguna divinidad en este mundo, escogieron antes dioses viles, pero flacos é impotentes, que no divinidades nobles, pero fuertes y poderosas. Siempre los malos aborrecieron el poder divino. Y así, venga un dios, se dijeron como el desatinado Marción, pero un dios que no vea ni oiga nuestras maldades, ni pueda tomar venganza. Confirma mi sentir el docto Teodoro, quien asegura que los filisteos adoraron por dioses á las moscas, animal no menos inerte que inconsistente y movedido. Con lo cual pensaban que ya les era lícito pecar impunemente, teniendo como tenían dioses tan apocados que, si les daban enojos, con sólo mover el abanico ó sacudir la mano, los apartaban de sí¹. Imposible parece tanta ceguedad!

Parte 3.ª
ó aplicación.
Proposición anti-
versal, por apoi-
tróe.

Pero no es nuestro Dios, no es, pecadores, el Dios que imagináis. Más alcanza de lo que forja vuestra ilusión; y así debéis acatarle, reverenciarle, temer su inmenso poderío. ¿No visteis por ventura lo que hizo el Salvador en el

¹ Quam vi venti fiabellis expellunt, ejus figuram Deum appellaverunt. (Quest. 3 in lib. iv Reg.)

templo de Jerusalén? Curiosa la gente popular, iba preguntando: ¿Quién es este obrador de tales maravillas? *Quis est hic?*—¿Y qué hace el benignísimo Jesús? Toma un azote, esfuerza su brazo y alza la voz, y con semblante de encendida ira, lanza de allí á compradores y vendedores, pone espanto en la gente, y se hace respetar de los que ultrajan, no ya su divina persona, sino las paredes de su templo.

confirrase por a
Evangelio.

Pues ¿qué hacéis vosotros para que no os alcance el brazo de su indignación? ¿Cómo huiréis ó por qué caminos, si arde ya contra vosotros la ira omnipotente? *Estos quedos, si queréis ser salvos, y no os mováis de aquí hasta haber reconocido con corazón espantado y tembloroso el poder infinito de vuestro Dios; ponderando el frenesí del hombre que osa desafiar* (¿quién lo creyera!), *osa desafiar y tomarse con el Todopoderoso, y, valiéndome de la expresión de Job, yergue su cuello y se abalanza contra la soberana Majestad: Contra Omnipotentem roboratus est; cucurrit adversus Eum, erecto collo*¹.

Semillas de los
efectos de temor.

Proposición par-
ticular.

PARTE PRIMERA

II

Y en verdad, ¿á quién no espanta ver hoy á la sagrada persona de Jesucristo, que sólo con unos cordelos en la mano desbarata la gente, trastorna las mesas, ahuyenta las palomas y corderos, llena de confusión el templo, y la ciudad de temor y maravilla? Con razón tiénese por mayor el poder y fuerzas de aquel que con menos aparato da fe-
licísimo remate á las empresas. Sirvaos de ejemplo el de-
notado Sansón. Si os dijera yo que era tal su valentía, que con sólo una pica en la mano contrastó el impetu de los filisteos, haríais gran concepto de su fuerza. Mas si os dijera que le bastó una espada, ¿no subiría de punto vuestra

Arg. 4.ª
Grandeza del po-
der divino ad in-
definido.

Proposición me-
nor.

Arguye gran po-
der por medio
de unos cordel-
os extraordinar-
ios; por ejemplo
del mismo J. C.

de Sansón,
por
estratagemas

¹ Job, xv, 25-26.

admiración? Y ¿cuánto más si os dijera que con el solo revolver de la maza desbarató las huestes enemigas? ¿Pues qué si os afirmara que con una quijada de jumento deshizo el formidable ejército? ¡Qué idea tan grande formaríais de este héroe, y qué pequeña de los reyes y príncipes del mundo!

De lo contrario. Yerran sin duda y groseramente se equivocan los que estiman por muy poderosos á los capitanes ó monarcas porque los ven salir al frente de innumerable infantería y caballería, de infinitas lanzas y arcabuces, de gruesa y espantosa artillería. Indicio es de debilidad tanto alarde de fuerza. Poder sería y esfuerzo singular salir al encuentro del enemigo con una quijada despreciable, y con ella desconcertar las haccs y destrozarias completamente. Porque, aquel que con instrumentos flacos logra mayores efectos, muestra más el valor y pujanza propia.

Construcción de la proposición mayor del alegamiento.

Proposición menor.
Eso hace Dios, por autoridad y ejemplo.

Luego es poderosísimo.

y seis años hacen en marcos contra él.

Transición por interrogación.

Pues esta campea y resplandece en Dios nuestro Señor. Y veis aquí por qué para humillar la soberbia de los egipcios no se valió, como nota San Crisóstomo, de osos y leones, sino de viles moscas y asquerosos renacuajos; ¡espectáculo digno de Dios y de la admiración del orbe universo!¹

Esto supuesto, decidme, cristianos, ¿en qué entendimiento cabe que el miserable hombre se envanezca y glorie de ofender la Majestad divina? ¿De dónde, pecadores, tanta temeridad? ¿De dónde esa jactancia y frenesí con que, lejos de poner fin á vuestros pecados, los vais multiplicando sin cesar?

III

Aunque no basta que confeséis con la boca la magnificencia del poder divino, si en vuestro corazón permanecéis soberbios. Y ¿sabéis, ¡oh cristianos!, la raíz de vuestra loca osadía? Pues nace de la abundancia de haberes temporales, mayormente de dinero. Ni es de maravillar. Al dinero todas las cosas obedecen, dice Salomón en el Eclesiastés: *Pe-*

¹ Grande spectaculum Deus universo orbi praestitit; superbiam Aegyptiorum non leonibus et ursis, sed tanis domuit et muscis. (In Gen.)

*curiae obediunt omnia*¹, y eso decís vosotros, amaestrados por la experiencia de cada día.—¿Qué he menester yo?, repetís en vuestro interior sin daros cuenta. Yo puedo hacer lo que me acomode. Si quiero ganar aquel pleito, el abogado ó notario cumplirá mi voluntad; si quiero satisfacer mi pasión, se rendirá la otra á mis deseos; si me empeño en tomar venganza de aquel ultraje, no me faltarán manos para ejecutarlo; y así os tomáis osadamente con el mismo Dios, como si no os pudiera acaecer ningún desastre, teniendo abundancia de dinero, idolo universal del mundo, y á quien acompañan todas las prosperidades y deleites.

Oíd la gallarda comparación de los Proverbios: La hacienda del rico es la ciudad de su fortaleza, y como robusta muralla que en torno le defiende: *Substantia divitis urbs roboris ejus, et quasi murus validus circumdans eum*².

Mas ¿no veis que si todas las cosas obedecen al dinero y le reconocen vasallaje, no le está sujeto el hacedor y dueño del dinero? Cuando quiera que disponga su divina Majestad derrocar esa ciudad fuerte y derribar esa altísima muralla, ¿por ventura habrá menester de gruesas baterías? ¿En qué consisten vuestros bienes? ¿En tierras y heredades? Muy al descubierto los tenéis. ¡Cuán á poca costa puede el Señor desposeeros de todo y dejaros por puertas y mendigos! Con hacer lo que hizo con Acab, que es no lloviendo sobre vuestros campos y barbechos una gota de rocío, ó enviando sobre vuestras mieses y frutales una tempestad de granizo, ó enjambres de mortíferos insectos, ¿qué fuera de vosotros? Una bandada de langostas, un pelotón de orugas, un ejército de gusanos roedores, bastan á Dios para castigaros, y á vosotros para empobreceros.

Y ¿no sabéis las gloriosas hazañas que ha rematado Dios con ese ejército tan flaco al parecer? No solamente lanzó con él á los canantes de la tierra de promisión para entregarla al pueblo israelita, mas con él derrotó á los persas, capitaneados por Sapor, al pie de los muros de Nisibe; con él arrolló y deshizo las tropas de Carlo Magno, acampadas en las cercanías de Gerona; y con él ¿no podrá destruir cua-

por pronoposeya

enumeración

confirmada

por sentencia bíblica.

Proposición menor.
Dios puede en un punto desposeer de todo;

por distribución y sobrecita.

A) Riqueza en campos y heredades.

por inducción rápida de antiguos escolásticos.

confirm. lo que puede Dios con instrumentos flacos.

por ejemplos de la historia;

¹ Eccles. x, 19.—² Prov., XVIII, 11.

tro palmos de sementera? Preguntad á Diodoro qué asolamiento no causaron en la Media unas bandadas de pajarillos muy pequeños ¹. Mirad en Sabelio qué inmensa carestía no acarrió á los reinos de Francia una como inundación de ranas, que estragaron las campiñas ². Ved en Cromero qué estragos no produjo una avenida de saltadores grillos en las provincias de Masovia ³. Revolved las historias de Plinio, y recordaréis la horrible desolación de entrambas Galias, causada por una plaga de moscas y mosquitos ⁴. Leed en Sigonio qué hambre tan universal no trajeron á Italia unas nubes de menudísimos insectos ⁵. Y decidme si puede ó no puede Dios derribaros por tierra con armas al parecer de nada.

Mas, por ventura, vuestra riqueza no está en el campo; así que no tenéis por qué temer ni sequías ó inundaciones, ni plagas y estragos de animales. ¿En qué consisten, pues, vuestros haberes? ¿Dónde está vuestro tesoro? ¿En el cambio ó en el comercio? — ¡Cuántas mentiras y mala fe! ¿En censos y arrendamientos? ¿Qué de incertidumbres! ¿En los bancos y seguros? ¿Qué cosa más insegura y arriesgada! ¿En un empleo ó cargo público? ¿Quién no ve los altibajos de la política? ¿En las mercancías? Pero están llenas de peligros. La nave donde depositasteis vuestros tesoros ¿no ha menester de mares sosegados, cielo limpio y vientos favorables? ¿Costaría mucho al Hacedor del mar y de la tierra trastumar vuestra embarcación, ó lanzarla contra un escollo donde se hiciese pedazos, ó sobre unos bajos donde encallase, ó á manos de corsarios y enemigos! ¿Cómo, pues, oh negociadores (á vosotros me dirijo en particular), cómo osáis ofender á Dios en el punto mismo en que, por ventura, está gran parte de vuestra riqueza zozobrando en medio del Océano?

Y aun cuando supierais que navega prósperamente y viento en popa, que se acerca á tierra, que va á entrar en el deseado puerto, fuera razón no dejar de temer; porque tiene Dios en los parajes más seguros, y en el mismo puer-

¹ Diod., l. III, c. 1.—² Sab., l. XLVII.

³ Cromer., l. VIII, c. 29.—⁴ Plin., l. XI.—⁵ Sig. Reg. Ital.

to, sus remolinos ocultos, sus vórtices y corrientes escondidas, que se encaminan adonde les señala el dedo del Señor. Oíd las palabras de Tertuliano á este propósito: «También es de temer esta violencia, cuando los bajeles andan lejos de los escollos Cafareos, ni son rechazados de los vientos, ni combatidos de las olas; antes, cuando halagados por suave marea, y deslizándose el navio blandamente, cantan muy regocijados los marineros, sobreviene de improviso un golpe de agua, una abertura enorme, un accidente no pensado, y vase á pique con toda seguridad y bonanza ¹. ¿Qué será de consiguiente, cuando navegan por alta mar, donde tiene Dios como á sus órdenes tantas trombas y turbellinos, tantas borrascas y furiosas tempestades, y donde, según la enérgica frase del Profeta, rompe las naves de Tarsis con sólo vehemente? *In spiritu vehementi conteres naves Tharsis* ².

Pasemos adelante. Si arroja Dios una centella, ¿no quedarán destruidas esas casas y edificios, de donde sacáis tanta ganancia? Si envía un aire contagioso, ¿no enfermarán las reses, cuyas ubres exprimidas os dan tanto provecho? Si manda lluvias y humedades excesivas, ¿no se enmohecerán y pudrirán vuestros graneros, sostén de vuestra familia y esperanza de la ajena? Pero si tenéis el oro y plata encerrada en arcones de hierro, resguardados con gruesas é ingeniosas cerraduras y envueltos y aforrados con planchas de metal, ¿pensáis con esto aseguraros de Aquel que trastornó en el templo las mesas de los negociantes? *Mensus numulariorum evertit*. ¡Oh torpe engaño! ¡oh necios de vosotros! Un pleito que permita el Señor que se os levante, una calumnia, una injusticia notable, bastan para dar en tierra con todos vuestros caudales. Porque es mucha verdad, católicos, lo que El mismo dice por boca del Profeta: Mía es la plata, mío es el oro: *Meum est argentum, meum est aurum* ³.

¹ Vis est et illa navigia, cum longe a Caphareis axis, nulla depugnata turbibus, nullis quassata decumanis, adulate flatu, labente cursu, lactante comitatu, intestino repate percussu, cum tota securitate decidunt. (L. de anima, c. 32). —² Ps., XLVII, 8.—³ Agg., II, 9.

oculación.

B) en la industria y el comercio.

por sujeción y ponderación de peligros.

especiales peligros de las embarcaciones.

Consecuencia fatal.

Confirm. peligro: las naves aun en mar tranquila.

en parajes que parecen seguros,

por anterior,

cuanto más en alta mar?

por estructura débil.

C) en edificios.

D) en ganancia.

E) en trigo.

F) en dinero.

no lo podrá quitar Dios.

¿cómo?

por qué?

Luego sola una
locos en alcorno
contra su Majes-
tad.
Confirm. por
ejemplo fictio.

Consecuencia fi-
nal por exclama-
ción
y paradoja,
explicación de
ella.

Arg. 3.^a
A fin de
Prepar. mayor:
De cada sirven
las riquezas a la
salud

(distinción filosó-
fica)

fundamento de to-
dos los bienes
temporales.

por experiencia

Y sabiendo esta verdad ¿le ultrajáis con tanto descaro? Imaginad, os ruego, que un príncipe tuviese en su poder y bajo llave todos vuestros tesoros, como José los de los Egipcios, de manera que pudiese á su libre voluntad ó tomarlos ó dejarlos sin que nadie le fuese á la mano: ¿seríais tan locos que osarais abiertamente enemistaros con él? Y, no obstante, ¿osáis tomaros con el mismo Dios! ¡Oh locura y frenesí! ¡oh audacia increíble! Porque poseéis muchas riquezas, por esto sois más osados contra Dios; y yo os digo que deberíais andar con más temor y respeto á nuestro Señor, porque poseéis muchas riquezas. Si fuerais pobres de bienes de fortuna, á menores castigos estuvierais sujetos; mas, siendo ricos y adinerados, sois capaces de mayor escarmiento, y de perdiosear un día como mendigos miserables.

IV

Pero concedamos que su divina Majestad os deja en pacífica posesión de vuestras riquezas ó pingües heredades; mas ¿cuán fácilmente, si le place, puede privaros del fruto y deleite de ellas! Que no son las riquezas apetecibles por sí mismas, como enseñan los filósofos, sino por los bienes que de ellas se derivan, cuales son honra, dignidad, nobles parentescos, amistades, juegos, convites, deleites y pasatiempos. Y tales bienes ¿no los tiene Dios cerrados en el palmo de la mano con que sostiene y gobierna la maravillosa máquina del mundo?

Porque, estadme atentos: ya que fuera prolijo hablar de todos particularizándolos, ciñámonos á un solo bien que los abarca todos. ¿Quién no sabe que la salud del cuerpo es fundamento de todos los bienes temporales? No hay censo ni renta tan pingüe como la salud: *Non est census super census salutis corporis*, dice el Eclesiástico¹. ¿De qué sirve poseer deliciosas alquerías, hermosos jardines y magníficos palacios, si, aprisionados en una cama, no podéis salir fuera á gozar de sus deleites, ni os queda más alivio ni

¹ Eccli., xxx, 16.

recreo que la visita de los médicos? Todo el fruto de las riquezas estriba en su uso, no en su mera posesión. Por donde, prosigue el Eclesiástico: Mejor es el pobre sano y de buenas fuerzas, que no el rico achacoso y azotado por la enfermedad: *Melior est pauper sanus et fortis viribus, quam dives imbecillus et flagellatus malitia*¹. Ya que un pobre y andrajoso goza al menos de aquello poquito que recogió; mas el rico, pero enfermo, ningún deleite recibe de lo mucho que posee.

Poco os valdria, pues, que el Señor os dejara los huecos llenos de riquísima fruta, y las viñas de vino suavísimo, y los sotos y arboledas de abundantísima caza, si al mismo tiempo os postra el paladar, y os dan asco los manjares más exquisitos. ¡Desgraciados de vosotros, si se os fija un dolor agudo en la cabeza, que de nada os aprovechará vuestra ciencia y vasta literatura! ¿No fué un gran letrado Angel Policiano? Pues tiempo hubo en que tomaba tan poco deleite de los libros, que andaba como desatinado dándose de cabezadas en la pared; ¡tal inquietud sentía con las punzadas que le taladraban la cabeza! Y ¿qué os valdria todo el poder y señorío, si una gangrena os carcomiese el pecho? Poderosísimo sin duda era el rey Herodes, y en medio de su pujanza anduvo muchos años tan triste y amargado, que iba á clavarse un puñal en el pecho; ¡asi le atormentaban los gusanos que en las entrañas le bullían! Por cierto, que os importara mucho la cama blanda, los almohadones bien mullidos, los regios cortinajes, si os sucediera lo que al misero Mecenas, que no pudo por tres años conciliar el sueño, ni cerrar una noche siquiera sus marchitos y cansados ojos: ¿Qué más? Una calenturilla basta á hacer infeliz al mortal más afortunado. Por eso, muy acertadamente, dijo San Agustín que, aunque es verdad que no son alegrías verdaderas las alegrías humanas, todavía eso poquito róbalos despiadadamente una leve calentura².

Decidme ahora: ¿no están sujetos vuestros cuerpos de barro á tales achaques y dolencias? Sois jóvenes, sois fuer-

¹ Eccli., xxx, 14.

² Quamvis humana gaudia non sunt gaudia, tamen, qualicumque sint, asfert omnia ista febricula.

Dios puede que
travésa fácilmente
muerte.

por enumeración,

por linda imágen
bíblica.

¿Largo debía te-
nerte?

Confiamos a
comparaciones a
fortior con los
jueces terrenales.

por la acerbidad
de los últimos casti-
gos.

por su duración,

comprobada

por efectos desatados.

tes, sois robustos, es verdad; pero, para quebrantar vuestras fuerzas de gigante, ¿pensáis que habrá menester Dios esforzar su omnipotente brazo? Un airecillo, un humor maligno que os viene, bastan á Dios para batir esa torre y derribarla en tierra. ¿En qué seso cabe, pues, que le temáis tan poco? ¿Ignoráis acaso que lleva Dios la salud y vida de los hombres entre las plumas de sus alas, *sanitas in peninis ejus*¹, y que, por lo tanto, á una ligera sacudida quítala á uno y resitúyela á otro, tómalas de éste y devuélvela á aquél, según su benéfico? ¿Gran Dios!, y el gusanillo del hombre ¿no te acata? Veo que los jueces terrenales se hacen temibles á los malhechores con mostrarles los grillos, las esposas, el palo y el cadalso, que les tienen apercibidos, y Dios no puede recabar de nosotros que le temamos con ponernos á los ojos ese aparato aterrador de enfermedades, como ordenadas en batalla, que amagan el miserable cuerpo, ya de nuestros padres y parientes, ya de nuestros amigos y conocidos, quienes por ventura lloran en este momento, aquejados unos de úlceras ó cálculos, otros de dolores de estómago ó cabeza, y otros, tal vez, de todas estas enfermedades juntas, muriendo mil muertes antes de morir. ¿Qué juez hay ó tribunal que atemorice á los reos con tormentos á estos comparables?

Por lo menos, aparte de la acerbidad de los castigos, es cierto que los que usan las justicias de la humana república tienen sus leyes y tiempo prefijado, que no es lícito traspasar; pero los que impone el soberano Rey y omnipotente Señor pueden extenderse á dilatados años, y á veces su misma duración los hace tan incomportables, que muchos prefirieron desesperadamente una muerte arrebatada á una vida tan penada y trabajosa. Así en la antigüedad acabaron sus días Tito Aristón y Sílio Itálico, injustamente celebrados por Plinio el joven; así el filósofo Speusipo, que se dió la muerte por no sobrelevar una parálisis; así Porcio, el célebre orador, que no pudo hacer rostro á unas cuartanas importunas; así Timantes Cleoneo, agobiado de languidez y pesadumbre; así el rey Sesostriis, inconsolable

¹ Malach. IV, 2.

y desesperado al verse viejo; y así en nuestros días el famoso y desaconsejado poeta Antonio Querno, el cual, no pudiendo ya sufrir los retortijones de sus dañadas vísceras, se rasgó el desventurado el vientre dolorido.

Digame ahora la soberbia humana, si con tantas y tan atroces dolencias puede su divina Majestad tomar venganza de nuestros pecados. ¿Qué locura tan rematada no temerle, sino eguir la cabeza con arrogancia intolerable? Yo tengo para mí que algunos se persuaden ser de temple tan recio, que no hay armas en la armería de Dios capaces de mellar sus cuerpos; y así viven muy asegurados mientras no envíe el Señor sobre la tierra alguna peste semejante á la que en el reinado de Felipe devastó la Alemania, cuando las provincias todas quedaron tan inficionadas que los pájaros huían de los nidos, las fieras de las cavernas, las serpientes de las quebras y escondrijos, y los hombres, destilando un sudor copioso y pestilencial, en el espacio de veinticuatro horas se consumían miserablemente y despedían por los abiertos poros la congajosa vida. No, no habéis menester tanto, oyentes míos. ¿Sois por ventura más fuertes que el coloso de Babilonia? ¿Y qué bastó á derrocarlo y hacerlo pedazos? Pues una piedrezuela que se desprendió del monte. Sólo una cosa pediría á Dios nuestro Señor, que hiciera diáfano y transparente como el cristal el cuerpo de cualquiera de nosotros, á fin de que pudierais ver de un golpe y con distinción la infinidad de huesos y huesecillos, de miembros y nervios, de venas y de arterias, de fibras y cartílagos que componen la primorosa fábrica del hombre. ¿Cómo os espantaríais al ver que esa labor tan delicada y divina puede con un soplo desconcertarse y deshacerse!

Oa reís y con razón al solo recuerdo de aquel loco quien, imaginando que era de vidrio, se estuvo por espacio de muchos años tendido sobre blandas plumas sin osar rebullirse, y gritaba desde lejos á cuantos se llegaban por allí, que por caridad no le tocasen, que se rompería de repente. Y á mí muéveme á llorar el ver que, siendo como somos más frágiles que el vidrio, nos creemos más fuertes que el mismo bronce. Agudamente notó San Agustín que el vidrio, aun que de suyo tan quebradizo, puede, bien guardado, durar

Concisión y

rebatada teoría
oy robusto.

Resp. indirectamente á contra-rio

directamente por el símil de la estatua de Babilonia.

probado por lo quebradizo del cuerpo humano.

por gracioso ejemplo

aplicación,

por concurrencia de San Agustín.

siglos: *Tanta fragilitas custodita durat per saecula*¹; pero el hombre, por mucho que se guarde, por más que se remire, ha de fenecer. ¡Oh increíble altanería, que se levante el hombre contra Dios, que puede en un momento y con cualquier cosilla destruirlo! ¡Cómo, exclamaré con Job, osa tu mezquino espíritu hincharse y ensoberbecerse contra la Majestad del Eterno? *Quid timent contra Deum spiritus tuus?*².

¿No sabes que una espina atravesada en las fauces mató á Tarquino, rey de los romanos? ¿No sabes que un caballo bebido con la leche arrebató á Fabio, y un grano de uva al famoso Anacreonte? ¿No sabes que un mosquito tragado junto con el agua quitó la vida al pontífice Adriano, IV de este nombre, y que una ligerísima punzada de alfiler atacó los días á la princesa Lucía, hija de Marco Aurelio? ¿Y tú no temes, no escarmentas, insensata criatura? ¿Y tú no glorificas á tu Hacedor, grita Daniel, que tiene en su mano el soplo de tu vida? *Et Deum, qui habet flatum tuum in manu sua, non glorificasti?*³.

Recuerdo á este propósito haber leído en las Historias de Indias, que un natural de aquellas tierras, por nombre Munatamá, fué acusado ante Vasco Núñez, gran conquistador, de un crimen de lesa majestad. Defendíase el pobre indio y trabajaba por deshacer aquella impostura con su bárbara elocuencia, pero todo sin provecho, hasta que, arrojándose á los pies del celebrado capitán, y puesta la temblorosa mano en el puño de la espada, resumió en estos términos la injusticia de aquel cargo: ¿Y podéis presumir, nobilísimo capitán, que pasase nunca por mi pensamiento el ofenderos, si lleváis al cinto un arma tan terrible que de un tajo parte al hombre más robusto? — Así argumentaba aquel salvaje, amaestrado en la escuela de la naturaleza, pues no parecía posible que hombre desnudo á la usanza del país, y sin más armas que un sable ó cimitarra de madera, se alzase contra otro que ceñía espada de cortante acero.

1.^a parte.

2.^a parte.

3.^a parte.

¹ Hom. 28 inter 50. — ² Job, xv, 13. — ³ Dan., v, 23.

Señor, como si no vierais la distancia infinita que media entre vosotros, vilísimos gusanillos de la tierra, y la soberana Majestad del Hacedor y gobernador del universo? ¡Oh, que lleva en su cinto divinal algo más que una espada de flexible acero! Cuantos rayos hay en las nubes, cuantas fieras en las selvas, cuantas hierbas ponzoñosas en los prados, cuantas chispas en el fuego, cuantas simas y despeñaderos en la tierra, armas son del omnipotente Dios, con que puede quebrantar vuestra altivez. ¿Y vosotros no le teméis? ¿Acaso tenéis algún escudo ó malla impenetrable con que rechazar tales golpes? Si con solo una calenturiflía, un aire pernicioso os tiene por tierra, ¿qué sería si esgrimiese contra vosotros las formidables armas de truenos y centellas, de pestilencias y terremotos? ¿No podrá con ellas deshacer y desmenuzar la altanería del hombrecillo ruin aquel Dios de Majestad que toca los montes y humean, enojase contra el mar y veislo seco, mira con ceño al sol y helo apagado, suelta de sus dedos la redondez del orbe y helo aniquilado? Altamente escribe Job: Vi á los obradores de maldad, sopló Dios y perecieron: *Vidi eos qui operantur iniquitatem, flante Deo, perisse*¹. Habéis notado, ¿cómo no dice tronó Dios, relampagueó, despidió rayos; sino simplemente sopló? Porque, verdaderamente, si á Él le place, puede de un soplo ó de una mirada matar á todos los ímpios de la tierra: *Spiritus labiorum suorum interficiet impium*².

Pero hay más, católicos; porque no solamente es árbítro y Señor para arrebatarnos la vida con el soplo de sus divinos labios, *spiritu labiorum suorum*, es decir, con gran facilidad y sin fatiga, mas también lo es para quitárnosla en la sazón más importuna, en las circunstancias más dolorosas que podemos imaginar. «Más violenta, dice Tertuliano, y más amarga es la muerte, que nos hace morir cuando el vivir es más deseable, á saber: en la prosperidad, en

Aplicación y ponderación gravísima del poder divino.

Acción de terror.

y asombro.

confirmados con divinos testimonios.

Arg. 4.^o a contestaciones.

Dios puede castigar en la ocasión más importuna y que más se desea.

Por autoridad.

¹ Job, iv, 8-9. — ² Id., ii, 4.

Luego osis una
locos en ofender á
su Majestad

por interrogación

enumeración de
ofensas.

los honores, en el descanso, en el deleite¹. ¿Cómo, pues, os atrevéis, jóvenes livianos y cegados por la pasión, á ofender al Señor para combatir la ajena castidad? ¿Cómo osáis, ¡oh avaros negociantes!, irritar á su divina Majestad para lograr aquella granjería? ¿Cómo osáis, ¡oh ambiciosos!, ofenderle para escalar aquel puesto que os deslumbra? Y vosotros, ¡oh padres inconsiderados!, ¿cómo pecáis por casar holgada y ricamente á vuestros hijos, si puede Dios atajarlos de un golpe y deshacer en un punto esa urdimbre de locos pensamientos?

Confirmase por
ejemplo de desastro,
narración.

narración.

imagen.

¿Quién dirá lo que sudó y afaná aquel célebre senador romano, por sobrenombre Bibulo, para llegar á la gloria del triunfo? ¿Qué de muertes no causó en los pueblos conquistados, ya con el veneno de las saetas, ya con los filos de la espada? Mas Dios halló camino de aguarle su contento y atajarle en la mitad de su carrera. ¿Y costóle mucho, por ventura? Bastóle en su providencia disponer que le esperase la muerte á la entrada del templo capitolino; y no armada de cimitarras ni de flechas, no de aríetes ó catapultas, sino de una teja. ¿Lo creeríais? Una tejuela ó canto, que al entrar en el Capitolio cayó sobre la cabeza de Bibulo, le mató en la misma carroza triunfal, convirtiendo en un instante los lauros en cipreses, las músicas en llantos y toda aquella pompa y regocijo en lúgubres funerales. Y Dios, con todo ese poder, ¿os infunde tan poco temor, que no sólo os atrevéis á ofenderle, pero tal vez os vanagloriáis de ello y aun provocáis á su divina Majestad, como aquellos de quien se dice en Job que descaradamente llaman á Dios á desafío? *Andacter provocat Deum*².

Consecuencia
de la
real.

Refutación tri-
lante de la dis-
cusión.

no tenemos por
que nunca vimos
el castigo?

por prosopeya

A la verdad, oyentes míos, siempre que pienso en la soberbia y vana confianza de los pecadores, cuanto más investigo su causa, más atajado me encuentro y se llena mi espíritu de confusión é incertidumbres. No os canséis, me responderá algún desalmado pecador; no os canséis, que al punto os lo diremos. A los principios, también nosotros temíamos ese infinito poder que tanto habéis encarecido, y

¹ Multo enim violentior mors est, quae tunc mori avertit, cum jucundius est vivere, in exaltatione, in honore, in requie, in voluptate.—² Job, XII, 6.

así, lejos, muy lejos estábamos de pecar. Mas pronto la experiencia nos fué disminuyendo ese temor; porque probamos á cometer algún pecado, y no por eso nos sobrevino ningún desastre. Animados con esta confianza, añadimos pecados á pecados, y corrimos sin vergüenza esa carrera, de los menores pasando á los mayores; del pensamiento á la obra deshonesta; del enojo á la venganza; de la codicia al hurto; de la palabra liviana á las blasfemias contra Dios; y, sin embargo de esto, vivimos y gozamos; tenemos hacienda y fructifica; tenemos hijos y suben que es un contento; tenemos amigos y nos honran; tenemos enemigos, pero nos respetan. ¿Cómo queréis, por tanto, que nos atemorice ese poder, á otros tan espantoso, para nosotros tan benigno?— ¡Para vosotros tan benigno! ¡Dios mío y omnipotente Majestad, que así os ultraje el polvo! ¿Cómo, si ois tanta arrogancia, no la castigáis, Señor? Veis aquí el fruto de vuestro largo sufrimiento: Perdonasteis, Dios mío, perdonasteis; mas ¿qué fruto sacasteis de ello? Por ventura ¿habéis sido glorificado? *Inaluisisti, Domine, inaluisisti, nunquid glorificatus es?*³ Muy al contrario, me veo forzado á exclamar con Isaías: *Elongasti omnes terminos terrae*². Has alejado todos los términos de la tierra. ¿Dónde están vuestros rayos, que arrojaís sin provecho sobre las cimas de los montes ó en las torres empinadas? Contra los ímpios y desalmados fuera justo que los arrojarais, Señor. Y si no ha de ser así, ¿por qué enviáis á vuestros predicadores que anunciamos el poder de vuestro brazo incontrastable, si después no lo extendéis y nos dejáis burlados y corridos? No me maravilla que vuestros profetas se resistieran á tomar este alto ministerio por no ser baldonados y hechos la risa de las gentes. ¡Infeliz de mí! Persuadíame haber hoy espantado á los pecadores, ó por lo menos doblegado su altivez con la terribilidad de vuestra omnipotencia; mas, cuando ahora oigo sus desatinadas razones, véolos que salen de aquí más engreídos que antes, y á mí que predico asolamiento, *vastitatem clamito*³, sin más arbitrio que llorar mi derrota y confusión.

gradación.

Luego.

Resp. indirecta.

por sentida queja
contra Dios

terrible impre-
sión.

confirmada por
los profetas y

experiencia pro-
pia.

¹ In., xxvi, 15.—² Ibid.—³ Jer., xx, 8.

por corrección vi-
vísima

y amarga con-
sola.

Resp. directa a
causas por alle-
ma

ó Dios se perdo-
nó la pena y en-
tonces? ¿Por qué
más, porque la pa-
ciencia ya enven-
ada revienta co-
tra.

confirmado por
autoridad.

por definición de
la majestad del
príncipe

y del castigo

luego

ó aplazó la pena.

Mas, ¡oh necio de mí, que estoy desvariando contra el cielo, cuya sabia providencia todo lo regula. Venid, pecadores: yo os concedo cumplidamente cuanto decís, que Dios nuestro Señor hasta ahora no os ha castigado, antes en todas las cosas favorecido y prosperado. Sea así; mas ¿qué se seguiría? ¿Luego ya no hay que temer nada en lo porvenir? No, hermanos míos; antes, en buena consecuencia, se sigue que habéis de temer más en adelante. Escuchadme con atención, porque voy á demostrároslo, no por vía de conjeturas, mas con razones tan evidentes que desvanecerán todo error.

El no haberos castigado su Majestad como vuestros pecados merecian, de dos causas puede proceder: ó de haberseis perdonado la pena, ó de haberla Dios aplazado para más tarde. Si sois cristianos, no podéis hallar otra razón. Demos, pues, que os haya perdonado hasta el presente día; entonces hay más que temer en lo futuro, comoquiera que cuanto más os ha perdonado por los pasados extrayos é insolencias, menos es de creer que os quiera perdonar en adelante. ¿No sabéis que la paciencia, largo tiempo apurada, revienta en ira? Es Dios clementísimo, pero también justísimo: *Dulcis et rectus Dominus*¹. Llegó á la justicia el tiempo de castigar, si ya la clemencia cumplió su oficio de perdonar. ¿No es gran desacierto poner Dios mandamientos que no ha de ejecutar, y prohibiciones que no ha de castigar? exclama muy amargamente Tertuliano. *Quale enim est, ut Deus precepta constituat non exequutus, ut prohibeat non vindicaturus?*². ¿Qué majestad de príncipe sería el que no castigase nunca y perdonase siempre? Es el castigo salvaguardia de la ley, defensor de la inocencia, terror del rebelde, base y fundamento de toda sabia gobernación; y así como cercenar á veces de la pena es propio de corajones hidalgos y clementes, así, descuidarla siempre, es de espíritus flojos y cobardes. Por esto, cuanto más se os perdonó en lo pasado, tanto menos se os perdonará en lo porvenir.

Pero si, como es de presumir, más bien que perdonado,

¹ Ps., xxiv, 8. — ² Contra Marc.

ha Dios aplazado el castigo para adelante, sea en esta vida, sea en la venidera, el no haber sido hasta ahora castigados no debe infundiros osadía, sino grandísimo temor, porque es indicio que quiere su Majestad cobrarse por junto y severísimamente. ¿Cuáles serán, pues, ¡oh pecadores!, las crecientes de su furor, si tan amargas fueron las gotas de su ira? ¿Qué estrago causan juntos los arroyos, que separadamente nada hacían! ¿Qué incendio tan horroroso forman las chispas juntas, que por sí cada una se apagaría luego! ¿Qué tempestad tan brava levantan los vientos coligados y revueltos, que separados no serían de temer! ¿Cuán espantosa será, pues, la cólera divina toda recogida y concentrada sobre vuestras cabezas como azote devastador, *flagellum inundans*, según habla Isaías¹, si un chispazo de esa ira es capaz de abrasar el universo! ¿Parécenos, por tanto, razón muy fuerte para vivir asegurados y tranquilos, no haber hasta hoy sacudido y ni aun ligeramente meneado su brazo poderoso? Antes esto mismo debería tenernos más humildes, más temerosos y temblando sin cesar. ¡Ay, si seguís pecando!, porque iréis acrecentando olas sobre olas á la corriente furiosa que os arrebatará para siempre, y á la cual alude el Eclesiástico, cuando dice: Como el diluvio embriagó la tierra, así la ira del Señor inundará y embriagará las gentes que no buscaron su ley: *Quomodo inundavit diluvium terram, sic ira ipsius gentes, quae non exquisierunt eum, haereditabit*². Mas ¿cuándo, me preguntaréis, ha de descargar ese diluvio y tempestad horrorosa sobre el soberbio pecador? Si queréis saberlo, estadme atentos, que espero en el Señor y en vuestra singular benevolencia no os descontentará la conclusión de mi discurso.

y entonces estre-
mezon, porque
tomará por junto
la venganza.

Amplif. por in-
dicaciones de la
naturaleza.

Abuso de te-
mor.

por aplicación

testamento la-
tico.

transición.

¹ Is., xxviii, 15. — ² Eccli., xxviii, 28.

SEGUNDA PARTE

VI

Arg. 5.^a
¿Cuándo toma
la venganza? De
cierto no la se:

por autoridad.

por imagen.

Muy probable
mucho si cuando
menos lo paséis.

Por gravísimo
su sostenida y
serenidad de la
ruina de Jericó.

Narración histo-
rica.

Exposición ó pro-
cedimiento.

Nada por gra-
tación magnífica.

Nadie puede saber á punto fijo el momento ordenado por la divina justicia para castigar al impío; cuanto más tarde, más áspera y rigurosamente. Misterios son éstos encerrados en el seno de Dios, juicios profundos guardados á solo el Padre: *Quae Pater possit in sua potestate* ¹. Por esta razón fingieron los gentiles que los dioses inmortales iban calzados de blanda lana ²; para dar á entender que van tan quedito á nuestro alrededor, que por mucho que miremos no repararás en ellos. Mas, puesto caso que sea así, pero si por lo pasado es lícito conjeturar lo porvenir, conforme la regla del glorioso San Jerónimo: *De praeteritis futura noscuntur*; figúraseme poder determinar, si no con certeza, con gran probabilidad, la hora y punto en que se ejecutará la venganza. Si queréis saberlo, escuchadme con atención.

Recordaréis, sin duda, el modo extraño con que fue tomada la ciudad de Jericó por los soldados de Josué. Habíales ordenado el valeroso capitán que, por siete días consecutivos, al amanecer llevasen el Arca alrededor de las murallas; con esta disposición: que vaya delante la gente de armas; siga en pos la muchedumbre del pueblo, pero desarmado; y los sacerdotes del Señor, mientras caminan todos silenciosamente, rompan los aires con el sonido de las trompetas. Así se ejecutó, y al séptimo día cayeron las murallas al sonido de las trompetas, y fué tomada la ciudad.

Dejadme ahora filosofar acerca de éste suceso tan sabido. Cuando, al amanecer del primer día, vieron los moradores de Jericó desde los alzados baluartes el ejército de los sitiadores, y aquella extraña procesión moverse en derredor al compás de las trompetas, ¿qué espanto les helaba el corazón? Sin duda imaginaron que luego al punto

¹ Act., 1, 7.—² Dii laneos pedes habent.

iban á formar las tropas en batalla, y á dar el asalto, y á escalar la plaza. Mas, como vieron que á tanto alarde y ruidosas amenazas nada se siguió, recobraríanse del susto y respirarían los infelices. Al amanecer del segundo día, como reparasen en la misma ceremonia de los sitiadores, el susto se convirtió sin duda en maravilla, sin comprender el por qué de tantas vueltas y revueltas. Al tercero día, la admiración se trocaría en risa, viendo, por la experiencia de los antecedentes, que todo el asalto se remataba en vano estruendo y algazara. Pero al cuarto, y mucho más al quinto y sexto día, entonces si que los sitiados, depuestos todo temor y envalentonados, ¡cómo se desatarían en burlas y chacota, en silbos y espantosa vocería, que resonaría por las almenas y murallas!—¡Gentil manera de sitiarse una ciudad, dirían por escarnio; nueva estratagemá por cierto; tomar una plaza, no á poder de máquinas de guerra, sino á fuerza de ruido! Tocad enhorabuena, que nosotros danzaremos al son de vuestros instrumentos. ¡Cobardes! ¿Pensáis amedrentarnos con ruido, ya que no podéis vencernos con el valor de vuestros brazos? Si sois valientes, dejad esas trompetas y empuñad la espada; entonces os creeremos.—Con estos y semejantes insultos provocarían diariamente el coraje de los nobles sitiadores. Mas, cuando subió de punto la risa y huyó el temor y creció la confianza fué, á mi entender, la mañana del día séptimo, después que habían tocado tantos argumentos de seguridad. Pues heos aquí, en esta misma mañana, derrocados en tierra los famosos muros. *Septimo circum, clangentibus tubis, muri illico corruerunt* ¹. Al séptimo rodeo, resonando las trompetas, cayeron de un golpe las murallas.

Imaginad el estrago de aquel derrumbamiento, tanto más horroroso cuanto menos esperado. Estaban los infelices con la risa en los labios, cuando sienten sacudirse los lienzos, desplomarse los torreones, hundirse los baluartes, y vense envueltos entre tanta ruina; uno cae muerto de repente, otro es aplastado y desparramados sus miembros, y todos gritan y se desesperan y atruenan los espacios. En esto los

Impresión de-
ciente en los mi-
sadores de la ciu-
dad.

por pronospeya.

por ironía.

Castro.

por hipocresía de
los sitiados

¹ Jos., vi, 16-20.

de los sacerdotes.

soldados de Josué saltan precipitadamente á la muralla por la parte donde cada uno se encontraba, y pasando encima de escambros y de cuerpos, antes que muertos sepultados, entran, desnudas las espadas y enristradas las lanzas, en la mísera ciudad, derrámanse por ella, hieren, matan, saquean y cubren la antigua Jericó de estragos y universal asolamiento.

Arg. 6.^a

la aplicación y demostración del sermón.

por atención.

por razón.

Aplicación de la 2.^a parte, por sacerdote.De la 2.^a parte,

por incremento.

Volvamos ya á nuestro propósito. ¿Qué queríais saber, oyentes míos? ¿Cuándo acontecerá la ruina de los malos? ¿Sabéis cuándo? Cuando la de Jericó, que es decir, súbitamente, según habla el profeta Isaías, y á la hora menos pensada: de repente, y cuando no se espere, vendrá la destrucción y quebrantamiento de ellos: *Subito dum non speratur, venit contritio ejus*¹. Que muy justo es que sean sorprendidos los pecadores cuando, más olvidados de Dios, ó desoyen sus amenazas ó se burlan de su poder, y viven contentos y como adormecidos en sus vicios.

Veis aquí á los sacerdotes del Señor, que con la trompeta de la divina palabra vienen á cercar la rebelde fortaleza del corazón humano; tocan, amenazan, vuelven á amenazar y pregonan la inminente ruina y próximo exterminio; que tal es el mandamiento dado por Dios á los predicadores de la verdad, por estas palabras: Clama y no te canses de clamar; levanta tu voz como trompeta, anuncia á mi pueblo sus maldades, y sus pecados á la casa de Israel: *Clama ne cesses; quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelerum corum, et domui Jacob peccata eorum*².

Los malos, cuando oyen por primera vez el sonido de esta trompeta y la voz de esta amenaza, tiemblan y conciben tal horror, que se arman luego con oración y penitencia, aperciéndose á la defensa con los santos Sacramentos, como si vieran caer sobre sus cabezas el castigo y destrucción. El castigo no viene. Y oyendo segunda vez á los predicadores vaticinar la misma ruina y los mismos estragos,

¹ Is., XXX, 13. —² Is., LVIII, 1.

cambian el temor en maravilla y piensan en su corazón: ¿Qué querrán estos burnos predicadores con semejantes gritos y amenazas? — La tercera vez módase la admiración en risa, y, no mucho después, la risa en menosprecio, el menosprecio en osadía y jactancia, la jactancia en befas y donaires de la palabra de Dios, hasta desvergonzarse en sus juntas y corrillos contra el celoso predicador, y para valerme de las pabras de Ezequiel: Oyen las intimaciones del cielo, y las convierten en cántares de su boca: *Audiunt sermones tuos, et in canticum oris sui vertunt illos*¹, y dicen, chanceándose, como los moradores de Jericó: — ¡Gentil sermón hemos oído! ¡terribles amenazas, á ser verdaderas! ¿Qué piensan los tales? ¿Atemorizarnos á fuerza de gritos y ponernos miedo con el lóbrego aparato de no sé qué asolamientos y miserias? Andad y creedlos vosotros. Por mi parte os aseguro que mucho tiempo ha que estoy oyendo las mismas amenazas, y el sonido de esas trompetas ensordece mis oídos, y ¿sabéis en qué ha concluido tanto estruendo? Pues en pesado y fastidiosísimo vocear, ¿Dónde están esas calamidades que nos anuncian? ¿Dónde tantas dolencias? ¿Dónde tanta ruina y destrucción? *Ubi est verbum Domini? venit?*². Si es palabra del Señor, ¿dónde está su cumplimiento? Antes parézeme que estamos más alegres y abastados que los sencillos que lo creen. — ¡Bso decís! ¡Ay, desventurados pecadores, que ha llegado vuestra hora postrimera! El instante de vuestra suma jactancia es el instante de la ira de Dios y del cumplimiento de sus amenazas. Ahora veréis el significado de aquella importuna vocería, y del sonido de las trompetas que tanto os molestaban. La cólera del cielo os tomará con la risa en los labios, y viéndoos en el trance inevitable, ¡ay! ¡ay!, exclamaréis; veo sangre, veo ruina, veo incendio, veo pestilencia, veo estrago, veo asolamiento, veo muerte. Tenéis razón, predicadores de Cristo. Vuestras amenazas se cumplieron ya. — Y así, atónitos y frenéticos, moriréis, antes que muertos, condenados.

¿No me creéis? Tomad las divinas Escrituras y leed.

Confirmase

¹ Ezech., XXXIII, 31. —² Jer., XVII, 13.

por inducción pa-
rística y subjección
ontológica.

Baltasar:

Nabucodonosor:

Antiocho:

Sennacherib:

Jezebel:

arrebatación con-
tra más seguro
se creían.Circunstancia fi-
nal, apoyada por

autoridad bíblica.

Baltasar, príncipe de los Caldeos, ¿cuándo vió la horrenda aparición de la mano en la pared, anunciadora de exterminios espantosos? A tiempo que estaba asentado en espléndido banquete, cercado de concubinas y bebiendo, para mayor escarnio, en los cálices del templo¹. Nabucodonosor, rey de Babilonia, ¿cuándo oyó el trueno de aquella voz celestial que le condenaba á vivir en los bosques como bestia fiera? En sazón que, más orgulloso que nunca, se paseaba entre numerosos enjambres de aduladores, y ponderaba fastuosamente su prosperidad en el mayor desenfreno de sus pasiones². Al rey Antiocho, dominador de la Siria, ¿cuándo le hirió el cielo con aquella vergonzosa enfermedad que le roía las carnes y le trajo á desesperación? Precisamente á tiempo en que más braveaba, y subido en su triunfal carroza decía que había de asolar la ciudad de Sión con la misma facilidad que las otras ciudades³. Sennacherib, rey de los Asirios, ¿cuándo recibió del Angel aquel golpe fatal que le destruyó su gente, yermando el vasto campamento? En el día que, menos receloso, se mofaba con extraño orgullo del brazo del Señor, como impotente para librar al pueblo de Israel de sus manos siempre vencedoras⁴. Y ¿cuándo la reina Jezebel vió ejecutada la amenaza triste de morir comida de perros? En el punto en que más envanecida y libre, al parecer, de temores y sobresaltos se asomaba á los balcones de palacio y miraba cómo asegurarla, con nuevo casamiento, la injusta posesión del trono⁵. Y si discurreis por los otros pecadores, en quien descargó de golpe y por junto la cólera divina, siempre hallaréis que les vino, ó cuando, más olvidados, no la aguardaban, ó cuando, más orgullosos, hacían de ella escandalosa burla. Y ¿por qué no nos alcanzará á nosotros el mismo fin que á ellos, si entramos á la parte en su jaectancia? No dudéis, responde el Apóstol, cuando dijeren: Ahora hay paz y seguridad y buena andanza; entonces les sobrevendrá la muerte repentina: *Cum dixerint: pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interitus*⁶.

¹ Dan., v. — ² Dan., iv, 26 et seq. — ³ 2 Mach., ix.

⁴ Reg., xix, 35. — ⁵ Reg., ix, 30. — ⁶ 1. Thess., v, 3.

VIII

Arg. 7.º ó epi-
logo.

Asentemos, pues, estos principios: lo primero, que nuestro Dios no es Dios de palo como el dios de los gentiles, y, por tanto, hay que temer su omnipotente majestad, pues con un azote de cuerdas, es decir, con muy flacas armas, puede vengarse rigurosísimamente, si le place. En segundo lugar, que si hasta ahora no lo hizo, no por esto ha de menguar nuestro temor, sino crecer y entrañarse en el alma; porque, ó es por habernos perdonado hasta ahora, y entonces sabido es que tras largo perdón es más implacable la justicia, ó un aplazamiento de la pena, y manifiesta cosa es que á largas treguas suele suceder mayor y más terrible venganza. Y, por último, que cuando hay más que temer la ira del Señor es cuando la prosperidad continuada, ó nos de la parte ciega hasta hacernos olvidar el castigo, ó nos hincha y ensorbece hasta despreciarlo.

JANL

UNIVERSIDAD DE BURGOS
NOMINA DE NUEVO LEÓN

REAL DE BIBLIOTECAS

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO SEXTO

No es la elocuencia de Séneca relámpago que encandila y no alumbra, sino á manera del sol, que amanece sereno, sube majestuoso, domina en el cenit resplandeciente y encendido, y se despeña en el ocaso, después de haber alegrado y vivificado la superficie de la tierra. Verdaderamente, si no hay astro ni más hermoso ni más útil que el sol, tampoco hay arte ni más bella ni más provechosa que la elocuencia.

Limitémonos al presente discurso. Tranquilo (aunque algo raro) en el **exordio**, aparece de súbito la **proposición** y hiere los oídos, como la rueda del sol hiere los ojos al asomar por Oriente; va subiendo esta luz de claridad en claridad, y de argumento en argumento, en la **confirmación**; llega á su mayor fuerza en la conclusión de la primera parte, y se precipita y esconde en la segunda, dejando al miserable pecador desengañado por una parte, y sobrecoigido y atónito por otra, con los horrores de la cerdana noche.

Dejemos ya metáforas. ¿A quién habla el orador? A gente rica y hacendada. ¿Qué fin se propone? Que no sigan ofendiendo á su divina Majestad. Para esto ¿qué hace? Arrancar del pecho de los ricos el mayor impedimento de su salvación. Y éste ¿cuál es? Una **secreta soberbia** con que imaginan que todo lo pueden por tener dinero, y con él, y porque no ven que lluevan rayos del cielo sobre sus cabezas, osan en cierta manera desafiar al mismo Dios. ¿Y qué remedio para abrir camino á la gracia, que sólo se comunica á los humildes? **Humillarlos** y desarrimarlos de sus riquezas, de sus amigos, de su salud; hacer que sientan y palpén cómo están colgados del poder divino que ellos menosprecian, y que oigan ya el chasquido del azote, ó sea el castigo del cielo, como en realidad casi se percibe en la segunda parte.

El artificio que emplea para **conciliar** é interesar á los oyentes es aquí la importancia del asunto, la novedad y extrañeza del exordio, la creciente fuerza de la argumenta-

ción, el dialogismo casi continuado, las descripciones rápidas, las refutaciones frecuentes, las historias sagradas y profanas sembradas acá y acullá con destreza y parsimonia, debiendo notarse la magnífica amplificación del cerco de Jericó y su aplicación magistral á los oyentes.

Para convencer el entendimiento, no lo entretiene en especulaciones teológicas sobre la omnipotencia del Hacedor Supremo, sino que viene luego, como suele decirse, á las inmediatas y, cotejando poder con poder, reduce á la nada la altanería y vana confianza de los ricos orgullosos, y los cerca de manera por todos lados, que no les queda más arbitrio que entregarse á discreción. La forma general es el silogismo y el dilema, que aventajan á las demás en claridad y nervio.

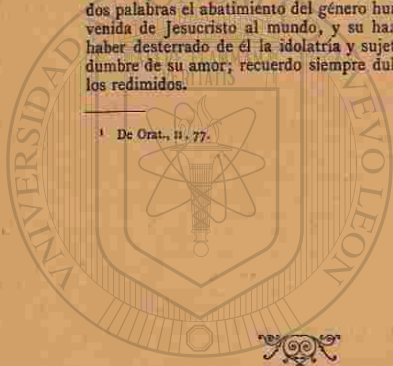
Los afectos que trata de mover principalmente son el **temor** y **desconfianza** de las propias fuerzas, los primeros que de ley ordinaria penetran en el corazón del pecador, si éste es rico y está sano y robusto. Para ello, según hemos notado en el sermón de la Muerte, donde los afectos son los mismos, procede por estos pasos: Primero: abate la hinchazón de los oyentes y los amedrenta, arrebatándoles uno por uno todos sus bienes, poniéndolos en las manos de Dios, absoluto dueño y árbitro de sus criaturas. Segundo: quítales á los tales la salud cuando más la habían menester, y los deja sin fuerzas para menear un dedo. Tercero: les aproxima este castigo y se lo acerca tanto, que les parece á los que escuchan que van á morir en saliendo de la iglesia. Porque en la primera mitad discurre acerca de la cuestión **quid**, ó si es razón temer á su divina Majestad; pero en la segunda trata la cuestión **quando**, que es la más grave y terrible, como que de ella pende la salvación ó perdición eterna. El argumento cuarto (párrafo quinto), hasta la conclusión del discurso, merece estudiarse por la vehemencia de los sentimientos, vivacidad de las imágenes y facundia del estilo.

Pero es de notar la maestría con que oculta la intención principal de **mover** y **conciliar** los ánimos, no mostrando más deseo que el de **enseñar** y convencer, rematando por esto en una recapitulación muy sencilla, sin color ni calor alguno. Porque sabía la regla que da el Príncipe de los Oradores romanos por estas palabras: «Cuando queremos persuadir á los otros, y traerlos á nuestra voluntad por estas tres vías, enseñándolos, agradándolos y moviéndolos, hemos de procurar sobre todo que no parezca sino que deseamos enseñar». *Quoniam tribus rebus homines ad nostram sententiam perducimus, aut docendo, aut conciliando, aut permovendo, una ex tribus rebus res pro nobis est ferenda, ut nihil*

*aliud, nisi docere velle vidcamur*¹. Y lo aclara con esta preciosa comparación: Como la sangre se derrama por todo el cuerpo, así la conciliación y moción de los afectos han de derramarse por todos los miembros del discurso, hermo-seándolos con sus gracias y avivándolos con su calor. *Reliquae diuae, sicuti sanguis in corporibus, sic illae in perpetuis orationibus fusae esse debebunt.* (Ibid.)

Con gusto hubiéramos sustituido por otro el exordio har-to peregrino; pero lo hemos respetado, ya por su mérito in-trínseco y trabazón con lo que sigue, ya porque pinta con dos palabras el abatimiento del género humano antes de la venida de Jesucristo al mundo, y su hazaña inmortal en haber desterrado de él la idolatría y sujetádole á la servi-dumbre de su amor; recuerdo siempre dulce al corazón de los redimidos.

¹ De Orat., II, 77.



DISCURSO SÉPTIMO

DE LA SALVACIÓN

Com autem immundus spiritus calcit ab homine, ambulat per loca arida quae sunt requiem, et non invenit.

Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por parajes áridos, buscando reposo y no le halla.

(MATH., XII, 43.)

EXORDIO

Por intimación.

I

TÓVose un tiempo por singular hazaña conseguir que las fieras, escondidas en las cavernas de los montes ó en la verdura de los valles, no hiciesen á los hombres daño alguno, limitándose la industria de éstos á evitar que los despedazasen los osos y jabalies, ó los mordiesen las víboras, ó los molestasen otros dañinos animales. Nos maravilla ahora tal poquedad de corazón; porque el nuestro ha sido tan animoso, tan valiente, ó, mejor dicho, tan codicioso de placeres y riquezas, que, no contentos ya con que no nos perjudiquen, nos valemos de las fieras, aun de las más bravas, para nuestra necesidad, regalo y entretenimiento. Servimos de sus pieles para cubrir y defender nuestros cuerpos; de sus carnes para alimentarnos, de sus huesos para las artes, y hasta de su ponzoña y veneno para la confección de antídotos y medicinas, en términos que puede asegurarse que más hombres conservan por ellas la vida y la salud que no la pierden víctimas de su ferocidad.

Esta valentía, cristianos amadísimos, hemos de tener

¹ª parte, donde se trata de la abstracción y racionalidad.

²ª parte de los antiguos respecto de las fieras;

valentía nuestra.

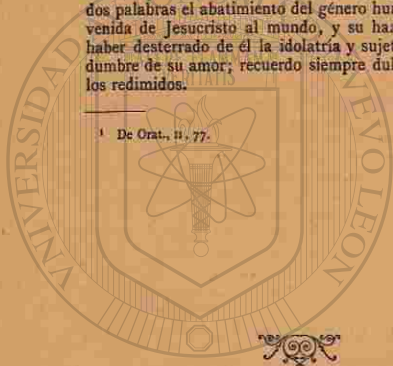
³ª parte ó aplicación;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

*aliud, nisi docere velle vidcamur*¹. Y lo aclara con esta preciosa comparación: Como la sangre se derrama por todo el cuerpo, así la conciliación y moción de los afectos han de derramarse por todos los miembros del discurso, hermo-seándolos con sus gracias y avivándolos con su calor. *Reliquae diuae, sicuti sanguis in corporibus, sic illae in perpetuis orationibus fusae esse debebunt.* (Ibid.)

Con gusto hubiéramos sustituido por otro el exordio har-to peregrino; pero lo hemos respetado, ya por su mérito in-trínseco y trabazón con lo que sigue, ya porque pinta con dos palabras el abatimiento del género humano antes de la venida de Jesucristo al mundo, y su hazaña inmortal en haber desterrado de él la idolatría y sujetádole á la servi-dumbre de su amor; recuerdo siempre dulce al corazón de los redimidos.

¹ De Orat., II, 77.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN



DISCURSO SÉPTIMO

DE LA SALVACIÓN

Com autem immundus spiritus calcit ab homine, ambulat per loca arida quae sunt requiem, et non invenit.

Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por parajes áridos, buscando reposo y no le halla.

[MATH., XII, 43.]

EXORDIO

Por intimación.

I

TÓVose un tiempo por singular hazaña conseguir que las fieras, escondidas en las cavernas de los montes ó en la verdura de los valles, no hiciesen á los hombres daño alguno, limitándose la industria de éstos á evitar que los despedazasen los osos y jabalies, ó los mordiesen las víboras, ó los molestasen otros dañinos animales. Nos maravilla ahora tal poquedad de corazón; porque el nuestro ha sido tan animoso, tan valiente, ó, mejor dicho, tan codicioso de placeres y riquezas, que, no contentos ya con que no nos perjudiquen, nos valemos de las fieras, aun de las más bravas, para nuestra necesidad, regalo y entretenimiento. Servímonos de sus pieles para cubrir y defender nuestros cuerpos; de sus carnes para alimentarnos, de sus huesos para las artes, y hasta de su ponzoña y veneno para la confección de antídotos y medicinas, en términos que puede asegurarse que más hombres conservan por ellas la vida y la salud que no la pierden víctimas de su ferocidad.

Esta valentía, cristianos amadísimos, hemos de tener

¹ 1.ª parte, donde se trata de la abstracción y racionalidad.

² Cobardía de los antiguos respecto de las fieras;

³ valentía nuestra.

⁴ 2.ª parte ó aplicación;

contra aquella bestia infernal, ruina y asolamiento del mundo, que se llama demonio, *fera pessima* ¹. No ha de bastar á nuestro valor que esquivemos sus acometimientos, que rechacemos sus impetus, que le ahuyentemos de nosotros; debemos, además, sacar de él provecho y comodidad. Mas ¿de qué puede servirnos el demonio? De gravísima enseñanza, hermanos míos; puede y debe servirnos de estimar en mucho nuestras almas. Las aprecia tanto el demonio, que, según atestigua Jesucristo en su Evangelio, si alguna se le huye, no duerme ni sosiega; antes se afana, se desvive y se revuelve noche y día hasta recobrar la presa: *Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida quaerens requiem, et non invenit*. Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, va por lugares áridos, buscando reposo y no le halla. Y nosotros ¿sufriremos indiferentes que la robe? Fijaos un momento en las mañas y violencias del enemigo de la naturaleza humana para arrastrarnos hacia sí y desafiarnos en los infiernos. Ya nos cerca con mentirosos halagos como á Eva; ya nos combate con adversidades como á Job; ahora nos ciega con la codicia del interés como á Judas, ahora, como intentó con nuestro divino Salvador, nos enlaza y prende con lisonjas vanas, con aplausos desmedidos, con magníficas promesas.

Y nosotros ¿nos descuidamos de nosotros mismos y estamos mano sobre mano? **Que no se estime la propia alma!** ¡que así se duerma en negocio de tanta monta de que depende la eterna salvación! Dejadme, hermanos míos, desahogar hoy mi sentimiento; dejadme llorar descuido tan fatal, y vosotros apiadaos de mi dolor y acompañadme en él; que si escucháis atentis mis razones, veréis si es cosa por todo extremo deplorable.

¹ Gen., xxxvii, 33.

la bestia es el demonio.

Su desvelo por recobrar las almas ha de ser el nuestro por salvarlas.

etopopeya:

distribución:

3.ª parte, donde se gana la perseverancia por su tratable celo de las almas.

por la eterna comunicación.

PARTE PRIMERA

II

Arg. 1.ª

Que viven muchos cristianos olvidados de su alma y de su eterna salvación, es, por desgracia, cosa manifiesta, si bien lo consideramos. Una de las señales por donde se descubre si un negocio se tomó de veras, es, á mi juicio, cuando sobre ello se habla, se conversa, se busca con ahinco alguna persona que lo pueda encaminar. El patriarca Jacob, que había ido á tierras extrañas en busca de Labán ¹, pregunta acerca de él muy por menor á los pastores de la comarca, que suponía más enterados; ¿por qué? Porque tenía verdadero deseo de conocerle. José ², enviado á buscar á sus hermanos, anda por caminos y veredas preguntando á los que pasan, de quien espera más ciertas noticias; ¿por qué? Porque deseaba verdaderamente saber su paradero. Y Saúl, que salió no más que á buscar unas pollinas que se habían extraviado á su anciano padre, porque le aguijoncaba el cuidado de hallarlas, ¿qué no hizo? ¿qué trabajos no pasó? ¿qué diligencias no puso para tan peregrino hallazgo? ¿Lo creeríais? Rodeó montes, cruzó valles, recorrió incansable villas y aldeas, y, no satisfecho su deseo, determina consultar al oráculo de Israel, al profeta de Dios más ilustre, al mismo Samuel. *Eamus ad videntem*. Vamos al vidente ³.

¿Qué decís, cristianos? ¿Puedo persuadirme que os congoja el cuidado de vuestra alma, si ni os veo pedir un consejo en asunto tan grave, ni consultar un letrado, ni tratar de ello con personas de espíritu? Refiere el evangelista San Lucas que tocada de Dios la muchedumbre por la predicación de San Juan, y atemorizada con sus truenos y amenazas, iban, deseosos de salvarse, hasta las cuevas donde se guarciaba el santo Precursor, y le decían: *¿Quid ergo faciemus?* ⁴ ¿Qué hemos de hacer para salvarnos? Iban los del

(Prop. del discurso.)
De los indicios ó señales.

Prop. mayor.
Cuando se quiere una cosa se habla de ella

por ejemplos,

Jacob;

José;

Saúl;

comunicación;

saludata;

incremento.

Prop. menor.
Vivieren más tratis de la propia salvación, ni os congoja este cuidado.

por ejemplo a contrario.

De las cuevas del gran Betfania;

¹ Gen., xliii, 5.—² Gen., xxxvii, 16.

³ I Reg., ix, 9.—⁴ Luc., iii, 10.

pueblo, é hiriéndose los pechos le preguntaban: *¿Quid faciemus?* ¿Qué hemos de hacer? Iban los publicanos y pedían á voces: *¿Quid faciemus?* ¿Qué haremos? Iban hasta los soldados y otra gente desgarrada y todos preguntaban: *¿Quid faciemus et nos?* ¿Y nosotros qué haremos para salvarnos? Y vosotros, confesadme la verdad, ¿cuántas veces habéis hecho esta pregunta con sinceridad de ánimo? *¿Quid boni faciam ut habeam vitam aeternam?* ¿Qué he hacer para salvar mi alma? Acudís, es verdad, alguna que otra vez al claustro de algún convento ó á la casa de algún sacerdote, mas ¿á qué propósito? A distraer vuestro fatigado espíritu con pláticas de mundo, con nuevas de victorias y desastres, de ejércitos y revueltas, de acontecimientos propios y extranjeros; mas, para saber el camino de vuestra salvación, ¿á cuán pocos habéis molestado!

Mas ¿qué maravilla que tratéis y consultéis tan poco sobre el negocio de vuestra alma, si tan poco llama vuestra atención ni ocupa vuestra mente? Quien tomó á pechos un asunto, no puede, aunque quiera, desviarlo de su pensamiento, á semejanza del ciervo herido que lleva á todas partes la saeta que le atravesó. En ello piensa de día, sobre ello revuelve de noche, y, aun sepultado en profundo sueño, en ello tiene fija la imaginación. Esto pasaba á Temístocles, célebre capitán griego, el cual, como refiere Tulio, aun entre sueños envidiaba amargamente la gloria y los trofeos de su rival Milciades. Esto acontecía al capitán de Roma, el gran Marcelo, el cual, según cuenta Plutarco, amenazaba durmiendo y desafiaba ferozmente á su enemigo Anibal; y esto, en fin, sucede siempre que se apodera del alma un afecto vehemente, que fuerza, aun á los dormidos, á dar voces y desahogar el sentimiento que les embarga; como se lee de Salomón, quien, preguntado entre sueños por el Señor qué merced quería, *postula quod vis, ut dem tibi*, únicamente pidió la sabiduría, como la cosa que más codiciaba. *Optavi, et datus est mihi sensus* ². ¿Qué deseos de asegurar la salvación eterna tiene, pues, ninguno de vosotros, si se os pasan, no ya las noches, pero los días en

por inducción cotidiana y

por antítesis.

Lo s.º no es congoja este cuidado.

por semejanza del ciervo herido.

por fatiduría de ejemplos profanos

y sagrados.

Aplicación y consecuencia íntel.

¹ Math., xix, 16. — ² Sap., vii, 7.

teros, sin que cruce por vuestro espíritu una ligera idea del negocio de vuestra salvación, y aun durmiendo estáis pensando pensamientos de vanidad, según el dicho de Miqueas, pensamientos de juegos y diversiones, pensamientos de banquetes y de danzas, pensamientos de teatros y torpezas? *Qui cogitatis inutili in cubilibus vestris* ¹, y ni vueltos á despertar, ni en el transcurso del nuevo día, sentís arrebataros una vez siquiera hacia el cielo vuestras almas?

Luego no os importa vuestra salvación.

III

Arg. 2.º

Pero hay más, cristianos; porque, si el no pensar nunca en la propia alma descubre poquísimo desvelo por su salvación, más lo descubre, en mi sentir, pensar en ella y no hacer caso ninguno. ¿No veo con sobrada evidencia que al alma dáis siempre el postrer lugar y, como á cosa menos importante, la posponéis á todas las demás? Si, harto lo veo, y ojalá tuviera ojos para llorar como los tengo para ver tal desoñociento. Siente cualquiera de vosotros remordimientos de conciencia, está cargado de pecados, lo conoce, lo ve; y ponderando un día en su corazón el estado lastimoso de su alma, y cuán á pique está de condenarse, oye una voz interior que le dice claramente: *Ve, miserable, ve á tal sacerdote y confiesa tus pecados. Vade, ostende te sacerdoti* ². ¿Y qué responde? Es cierto, esto no puede pasar, quiero confesarme. Pero ¿cuándo? Hoy mismo. — Hoy no puede ser; cabalmente estoy convidado á cierto pasatiempo; iré mañana. — Siento que me aprovecharía ir á la iglesia, oír misa y encomendarme á Dios. La oír, si me sobra tiempo, después de hablar de mis pleitos con el abogado. — Necesitaría acudir al sermón esta mañana. Bien, no faltaré en ajustando unas cuentas atrasadas con aquel comerciante. Id discuriendo por el estilo, y hallaréis que siempre se da al negocio de la salvación el mañana, el último lugar. *In crastinum seria*. ¿Y esto se llama diligencia y deseo de salvarse?

De los conserjos.

Al alma dáis siempre el postrer lugar. Luego poco os importa el alma.

Antes, por experiencia cotidiana.

por eficaz diálogo y enmascaramiento.

Luego.

¹ Mich., ii, 1. — ² Luc., v, 14.

Confirmación. Es así que esto no es tener cuidado ni diligencia.

por ejemplo de Eliezer. Narración compuesta.

1.ª parte por hipotesis.

y línea preposición.

por enumeración.

y gradación intersección.

2.ª parte. Amplificación por causas vivas apótrofe.

obtestación.

sentencia.

Tras un largo y trabajoso camino llegó Eliezer, aquel criado de Abraham, á la ciudad de Nacor, en la Mesopotamia, con orden de buscar en la parentela de Batuel digna esposa para el mozo Isaac. Llegado que hubo, y recibido, como era de costumbre, en regalado albergue, se adelantan todos á obsequiar y agasajar al huésped: éste le toma la valija, aquel le quiere enseñar la casa, y el otro, viéndole tan cansado del camino, corre á presentarle algún refresco en tanto que se prepara la comida. *Ei appositus est in conspectu ejus panis* ¹. ¿Qué imagináis que hizo entre tantos agasajos? No hay que molestarse: déjenme, les decía con instancia, déjenme, que, por vida mia, no comeré bocado hasta haber declarado mi embajada. *Non comedam donec loquar sermones meos*. Y así, de pie como estaba, sin desembarazarse siquiera de los avíos de viaje, toma la mano y hace un largo razonamiento, contando muy particularmente los deseos de Abraham, las virtudes de Sara, las prendas de Isaac, la riqueza y abundancia de su casa, la conversación habida con la honestísima Rebeca junto al pozo; cómo le ofreció agua para sus camellos, y para sí ricos presentes, y, finalmente, tal maña se dió el bueno de Eliezer, y tan solícito anduvo en el negocio de su amo, que logró de la primera visita, no sólo disponer los ánimos, sino concertar allí mismo las partes y ajustar las bodas, y no paró hasta oír aquellas sabrosísimas palabras: *En Rebecca coram te est, tolle eam, et sis uxor filii Domini tui* ². Aquí tienes á Rebeca: tómala y sea la esposa del hijo de tu Señor... Mas ¿á qué tanta prisa, noble Eliezer? ¿Temes por ventura que se huya el tiempo y escape la ocasión y traten sus padres de desposarla con otro? Nada de esto temes, fiel criado. Pues ten espera, descansas un poco, recibe los obsequios, agradece tan cordial hospedaje, y luego, en reparando tus fuerzas, di sosegada y tranquilamente lo que traes en el corazón, y cumple tu cometido.—¿Que espere el fiel criado ejecutar las órdenes de Abraham? No lo sufre el ansia de darle feliz remate. Lo que más urge, despáchese en primer lugar; y así no quiere descansar, no quiere comer. *Non comedam donec lo-*

¹ Gen., XXIV, 33.—² Gen., XXIV, 51.

quar sermones meos. En lo cual descubre, como advierte acertadamente Lira interpretando este pasaje, cuán en el corazón traía aquel negocio. *In hoc ostendit habere se negotium sibi impositum cordi* ¹.

Siendo esto así, ¿cómo, decidme, puede llamarse diligencia la vuestra en procurar la salvación, cuando veo que la posponéis, no sólo al necesario alivio de vuestro cuerpo, sino á los pasatiempos inútiles, á las diversiones vanas, á los entretenimientos mundanales? ¿Quién de vosotros dijo nunca en su corazón: Esta mañana he caído en pecado; pues no comeré hasta haberme confesado y lanzado de mí alma el mortífero veneno. *Non comedam*? He defraudado de su jornal á aquel pobrecito trabajador; pues no comeré hasta haberle tranquilizado, devolviéndoselo. *Non comedam*. He infamado á mi rival, he desdorado su buen nombre; pues no comeré hasta haber resarcido la injuria, retractándome. He quebrantado los fueros de la Iglesia, he cometido un desacato contra mi buen Prelado ó Superior con mi soberbia y contumacia; pues no comeré sin haber ido á sus pies y humilládome y confesado mi culpa, y propuesto la enmienda. *Non comedam*. ¿Quién de vosotros, amados míos, obra con este fervor y determinación? ó, más bien, ¿quién no relega el ajustar los negocios de su conciencia al postrer lugar, ó para cuando haya satisfecho cumplidamente con las obligaciones del mundo y con los antojos de su apetito?

conclusión.

3.ª parte ó apótrofe. Cautivo vehementemente.

por intersección.

completiones.

metáforas.

Consecuencia final.

NOMA DE NUEVO LEÓN

IV

Pero, ¡neco de mí, ¿de qué me maravillo? ¿No es mayor ceguedad la de aquellos que dejan para la vejez el cuidado de sus almas, y afirman que ya mirarán por ellas cuando la tengan en los labios marchitos y moribundos, y á punto de exhalar el último suspiro? No pensáis, por cierto, tan locamente en los negocios de la tierra. Trátase de colocar á la hija en ventajoso matrimonio; sin pérdida de tiempo que se haga. Trátase de un ascenso, de ilustrar el

Arg. 3.º De la circunstancia del tiempo. Aplazado el cuidado del alma para la vejez. Luego no es importa el alma.

Transición por corrección.

Consecuencia.

¹ In Gen., c. 24.

demonstrada por inducción.

No obráis así en negocios de monta; por enojeración y viva subycción.

Amplif. por causas y anticipación oratoria.

*Para salvar el alma basta un instante.

Resp. a) por indignación.

B) por razón teológica.

y autoridad de Escoto.

Conclusión por

enumeración

y sentencia;

nombre de la familia con pomposo título ó dignidad; que se negocié cuanto antes. Es menester trasladar poderes, terminar los pleitos; cuanto antes que se terminen. Hay que lograr la ocasión de una ganancia, ó acrecentar la hacienda, ó asegurar el patrimonio; que se asegure cuanto antes. Pero ¿á qué tanta prisa y diligencia? ¿No podríais dar largas y remitir esos quehaceres para la hora de la muerte? Ciertamente que podríais, pero no lo consentís; porque, para su despacho y buen recaudo, se necesitan, me decís, entendiimiento despejado, espacio largo, acuerdos muy sobre pensado, y multitud de particulares diligencias; mientras que, para salvar el alma, á muchos bastó un solo instante.

¡Oh, cristianos! ¡qué respuesta tan desatinada ha salido de vuestros labios! ¡Oh enorme ceguedad! ¡Oh seguridad detestable! ¡Oh palabras en un cristiano dignas de eterna reprobación!... Demos que sea así como decís, porque no quiero desviarme de mi principal intento. No podréis negarme que aplazar el negocio de la salud para la hora postrera es por lo menos arriesgarla sumamente, y que no á todos les va lo mismo en aquel riguroso trance, y que, por uno que se escape con felicidad, cien naufragan y se pierden. No es imposible, dice el esclarecido Escoto, no es imposible en la última hora tener verdadera penitencia: *Impossibile non est in extremis habere veram poenitentiam*; pero reparad en lo que se sigue: no obstante, esto es difficilísimo, ya por parte de Dios, ya por parte del hombre. *Hoc tamen difficilissimum est, et ex parte hominis, et ex parte Dei* ¹. Por parte del hombre, porque está más endurecido su corazón en la maldad; por parte de Dios, porque está más enojado contra el pecador. ¿Es, por consiguiente, indicio de voluntad verdadera y eficaz exponerse á tanto riesgo y aventurar antes la eterna salvación que el casamiento de la hija, el lustre de la familia, la terminación de los pleitos, el acrecentamiento de la hacienda, como sea certísima la sentencia de San Buquerio, que el negocio de los negocios, el cuidado de los cuidados y la suma solícitud debe ser de la eterna

¹ In 4. Sent., dist. 10.

salvación? *Summas sibi sollicitudinis partes, salus quae summa est, vindicare debet* ¹.

Con mejor acuerdo se portó en ocurrencia muy distinta el patriarca Jacob. Escuchadme, porque es divina la enseñanza que de aquí se colige ². Volvió Jacob con toda su familia á la tierra de Canaán, de donde vivía voluntariamente desterrado después de veinte años, para evitar contiendas con su hermano mayor, el implacable Esaú. Cuando de improviso, y no lejos de la amada patria, ve venir hacia sí muy bien armado á su fiero hermano, seguido de cuatrocientos soldados muy aguerridos. Sobresaltósele el corazón al ver al rencoroso rival, no ya porque presumió que tomaría una venganza tanto más rigurosa, cuanto más tardía, sino mucho más porque consideraba que necesariamente recaería también en sus esposas amadisimas é inocentes pequeñuelos. ¿Qué hizo el santo Patriarca? Dispone toda la gente á semejanza de escuadrón bien ordenado: en la primera fila, y como en la vanguardia, á las esclavas Bala y Zelfa con sus cuatro hijos; luego, en el centro, á Lia y los siete hijos que de ella el Señor le había dado; y en el paraje más seguro, y como en la retaguardia, á la hermosa Raquel, junto con el único vástago, el agraciadísimo José.

Pregunto ahora. ¿A qué viene disponer la familia como en orden de batalla? ¿Pensaba, por ventura, venir á las manos y acometer al enemigo, ó que podría resistir el ímpetu del ejército de Esaú? Pero ¿qué resistencia podrían oponer unas flacas mujeres y delicados niños contra el golpe de fieros combatientes, cuya sola vista amedrentaba? Harto conocía Jacob que resistir era imposible; pero, en semejante aprieto y trance casi de muerte, quiso guardar cierto respeto y no exponer por igual las personas que no eran amadas igualmente. Conforme á este dictamen, á las esclavas, que tenían el último lugar en su estimación, manda recibir el primer encuentro y embestida. En mayor aprecio que á las esclavas tenía á Lia, y en razón de esto la señala puesto menos arriesgado. Pero más que á Lia amaba á su Raquel, y así la pone en el punto más resguardado del ejér-

C) por ejemplo de semejanza de Jacob. Narración cronológica.

a. parte ó exposición

por expectación.

distribución

y graduación de algunos.

a. parte ó descripción de las causas.

(sustentación).

Quiso no arriesgar por igual lo que no amaba igualmente.

¹ Ep. 1.—² Gen., xxxii.

Conformase por autoridad.

3.ª parte ó aplicación patética

que es de aplicación.

polisindeton y interdicción.

Conclusión de indignación.

y ardiente celo.

Arg. 2.ª

Exponen el alma á tentaciones peligrosas. Luego no la estimarás.

cito. Oíd al egregio comentador Oleastro: «Puso delante á las esclavas para que las menos amadas recibiesen primero la ira del hermano; con lo cual nos enseña que hay que aventurar lo menos por lo más»¹.

Y si así es verdad, ¿qué diré, qué pensaré de vosotros, amadísimos hermanos, cuando considero que vuestra alma es la primera cosa que aventuraréis en lances forzosos que sobrevienen, y á quien toca en todos los reencuentros el lugar más expuesto, la frontera más reciamente combatida? El alma, la pobrecita alma es vuestra esclava, y como á tal le toca sin remedio recibir los golpes, á trueque de que se salve la honra, y prospere la hacienda, y no se pierdan las diversiones del mundo, y medren los hijos, y se dé gusto y se tenga contentos á la mujer, á los parientes, á los amigos, á los ídolos del corazón; que se salve todo, hasta los perros de caza y los caballos de montar, y que se hunda el alma. ¡Oh vanidad de vanidades! ¡Oh locura incomprendible! ¡Oh prodigio de maldad! ¡Oh monstruosidad y embrutecimiento del corazón del hombre! *Furore Domini plenus sum*, diré con Jeremías². Estoy lleno del furor de Dios; y el celo de su gloria me inflama las entrañas, y el corazón me revienta en el pecho: *Furore Domini plenus sum*. No puedo resistir más. *Laboravi sustinens*; y así me es forzoso, como al Profeta, dar gritos de dolor y desahogar la pena que desgarrá mi angustiada pecho; y heños aquí casi llegados al extremo tan deplorable que me propuse demostrar.

Pero hay más: porque si bien es cierto que el patriarca Jacob aventuró la vida de sus esclavas, pero no las apreciaba tan poco que las expusiera de propia voluntad, y á peligros buscados de propósito, sino á los forzosos é in-

¹ Posuit ancillas in principio, ut scilicet iram fratris minus dilectae acciperent prius; quo docuit minus dilecta pro conservatione eorum, quae magis diliguntur, esse periculis objectanda. In cap. 33 Gen.

² Jer., vi, 11.

esperados; comoquiera que no salió Jacob al encuentro de Esaú, mas Esaú al encuentro de Jacob, por donde el trance era de todo punto inevitable. Mas vosotros tratáis á vuestra alma peor que á esclava; porque no sólo la exponéis á los encuentros que no es posible excusar en esta vida, pero la lanzáis al campo á desafiar los peligros; y, como deseosos de su daño y perdición, la arrojáis donde el hablar es más obscuro, el mirar menos recatado, el trato más libre y licencioso; donde los demonios, digámoslo así, y combaten al alma por manera encubierta, por celadas y asechanzas, mas en guerra franca y con espadas desenvainadas hieren á diestro y siniestro y matan á los miserables hombres. ¿Y eso es cuidar del alma y de su eterna salvación?

VI

Luego.

Arg. 2.ª

¡Pobre madre del joven Tobias! Háblalo ella confiado á un ángel, si bien en la exterior apariencia no lo estimó sino por hombre de rara bondad y prudencia señalada. Y á pesar de ello, por el cariño que tenía á su Tobias, luego se arrepintió con el miedo de algún suceso desastroado en el camino. En tanto extremo, que lloraba noche y día con llanto inconsolable: *Flebat irremediabilibus lacrymis*¹. Suspiraba, gemía, lloraba la desconsolada madre, y amargamente le decía, como si oírlo pudiese: Hijo mío, hijo mío, ¿por qué te mandamos á lejanas tierras? ¡Oh lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, y esperanza de nuestra familia y descendencia! *Heu, heu me! fili mi, ¿ut quid te misimus peregrinari? Lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostrae, solatium vitae nostrae, spem posteritatis nostrae*. Y añadia estas bellísimas palabras: porque teniendo cifradas en ti todas las cosas, no debíamos alejarte de nuestro lado. *Omnia in te uno habentes, non te debuimus dimittere a nobis*². Mal hicimos, hijo mío, en arriesgar así tu salud y vida, de la cual estaba colgada la nuestra y todo nuestro bien; mal

por la cautividad conduxo de Jacob.

por inducción y experiencia.

Ni á un ángel de liberar á su pobre alma y la puso en manos del demonio. Luego no la apreciaba.

Transición ca. abrupta y afectuosa al sermón de la madre de Tobias.

Narración sencilla y afectuosa de tan terrible dolor, por el nacimiento y aseo de él, por su acuidad propiamente.

de cariño maternal.

predicho arrebatamiento.

¹ Tob., x, 4. - ² Tob., x, 5.

hicimos, y me duele entrañablemente de haberte enviado lejos de casa entre tantas contingencias. ¿Cómo te pusimos en ajenas manos? ¿Cómo te encomendamos á gente extraña? Bien hemos mostrado que no entendíamos que sin tí nada tenemos en el mundo y contigo todas las cosas. *Omnia in te uno habentes, non te debuimus dimittere a nobis.*

Crece el peaar
en casa

Con este quebranto lloraba la pobre madre á todas horas, sin que fuesen poderosas á consolarla las palabras de su anciano esposo, el cual, para esforzarla, le decia que se sosesgase, que era de toda confianza el compañero de su amado hijo, que se fiase y descansase tranquila en su fidelidad. *Tace, et noli turbari; satis fidelis est vir ille, cum quo misimus eum* ¹.

y fuera de casa:

No eran, digo, parte á calmar su inquietud: *Nulla modo consolari poterat.* Y así, salía de casa todos los días, y como fuera de sí, cercaba todas las sendas, recorría todos los caminos, llamaba á todas las puertas por donde podía recobrar á su hijo, y, subiendo otras veces á alguna colina ó altozano, parábase y miraba con ansiedad á todas partes, deseosa de exclamar á cada instante: ya está aquí, allí le veo. *Ut procul videret eum, si fieri possat, venientem.* Y como no le viesse, renovaba el llanto, esforzaba los sollozos, y al trasponer el sol volvía á su casa pesarosa y desconsolada. ¡Pobrecito, se decia: ahora estará mi hijo en algún paso peligroso; tal vez, sumido en algún despeñadero, invoca vanamente el nombre de su madre; tal vez alguna fiera está despedazando sus miembros, y él me llama homicida y cruel...!

Insimera hipó-
tesis.

Trazada y de-
mostrada.

por autoridad:

z.º miembro del
Aute. ex ponit
vuestra alma en
manos del demo-
nio?

Amados hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, tal había de ser el celo por nuestra alma, que ni á un ángel fuera bien que la encomendáramos, á no conocerle claramente, y después de averiguar con cuidado si tras los pliegues de su espléndido ropaje se encubría algún embuste. Así nos lo aconseja el bienaventurado San Juan en negocio de tanta monta. *Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sunt* ². No os fiéis de todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. Ahora bien, ¿qué diremos de tantos cristianos que ponen sus almas en manos del de-

¹ Tob., v. 6.—² I Joann., iv. 1.

monio, y al demonio escogen por guía y compañero durante su peregrinación sobre la tierra, dejándose por él llevar á ciegas por entre horrosos precipicios y derrumbaderos espantosos, es decir, á banquetes y fiestas mundanales, á visitas peligrosas, á danzas y sarasos, á tertulias y reuniones perversas, revolcaderos de torpísimas pasiones y despeñaderos del infierno? ¿Y esto es amar el alma, mirar por el alma, estimar el alma como el mayor y más rico tesoro del mundo? ¡Ah! Si tanto la estimaran, jamás la dejarían en tan malditas manos, llevados de no sé qué linaje de locura y desesperación.

Más todavía: ni aun de los hombres se fiarían tan ciegamente; ni aun á los hombres, torno á decir, la encomendarían sin mucha ponderación y acuerdo.—*Nolite omni spiritui credere.*—No os fiéis de todo espíritu. Pues, ¿qué harían? ¿Sabéis qué? En caso de arrimarse á algún amigo ó compañero, mirarían antes si es virtuoso ó alejado de los vicios; al asentar con un amo, atenderían si es honrado y favorecedor de la virtud; entre los confesores escogerían el más docto, entre los teólogos el más piadoso, entre los consejeros el más franco y desinteresado, y así en las otras cosas procurarían lo más que pudieran asegurar el negocio de su alma. Mas, ¡ay de mí, que muchos obran precipitadamente al reyés, y, si me es lícito valerme de la expresión de Jeremías: Ponen sus almas en manos de los enemigos de ella! Porque los tales, no sólo gustan de los amigos más desenvueltos y de los amos más licenciosos, sino que, al querer concertar su conciencia con algún confesor, buscan uno que les lisonjee sus flaquezas y pase de corrida por sus culpas; si han de consultar con un teólogo, saben hallar al más libre en doctrinas y costumbres; y si han de tomar consejo, no paran hasta dar con una persona de su gusto que siga la corriente de sus apetitos. Y siempre, ¡oh desvario increíble!, siempre entregan su alma en manos de sus enemigos. Y éstos ¿quieren salvar sus almas? ¡Ay infeliz de mí!, que antes esto parece frenesí y ansia furiosa de condenarse á todo trance, pues corrompen y true-

por instrucción y
enumeración de
ella.

Consecuencia por
amargos conver-
sion.

Confirmación

Ni de los hom-
bres la historia de
fear.

por autoridad

y distribución
suavida.

¿Y la entrega
á un extranjero?

por autoridad,

por distribución

condemnicación.

Conclusión

¹ Dedit dilectam meam in manu inimicorum ejus. Jer., xii. 7.

por antea's y

autidad.

Luzco no está
más viciosa al
ma.

Transición a la

Figuración de
compañero pro-
fanda y si lo ser-
vicio de la ac-
tú.Español, del
miserable desca-
do del alma pro-
pio y a) en de la
for.a) por el, ciclo
que se pierde.b) por el infierno
que se acercaeternidad, senti-
do apostrofe.

can las ayudas de salvación en medios de perdición, los co-
rros en daño, la triaca en ponzoña pestilencial. Lamen-
tase Salomón en los Proverbios de la ceguera y locura de
algunos hombres que ellos mismos se tejen lazos y echan
redes á su propia alma: *Moluntur fraudes contra animas
suas* ¹. Y ¿quién son éstos, quién son, oyentes míos, sino
los de que vamos hablando, los cuales se afanan por enre-
dar sus almas y engañarse miserablemente, y persuádense
que pueden vivir tranquilos en conciencia, por el dicho y
parecer de hombres sin conciencia? ¡Oh hombres desacon-
sejados! Si ellos estiman en poco su alma, ¿cómo estima-
rán la vuestra? Pero ¡ah! que esto es cabalmente lo que
vosotros pretendéis: poner vuestra alma en manos flojas y
descuidadas, dejarla peligrar, dejar que se pierda, que se
condene por una eternidad de Dios.

¡Oh crueles homicidas de vuestra alma y enemigos de
vuestro bien! ¡Oh desventurado de mí! ¿Quién diera á mis
ojos fuentes de lágrimas para lamentar tanta ceguera en
los hijos de Adán? Ahora es tiempo de que se arrasen en
llanto mis mejillas, y de que el rostro todo, como el santo
Job, se hinche y entumezca de llorar: *Facies mea intumescat
a fletu* ². Ahora es tiempo de que se derritan mis párpados
en torrentes de amargura, como el profeta Jeremías: *Dedu-
cant oculi nostri lacrymas et palpebrae nostrae defluunt aquis* ³.
Decídmelo, hermanos míos: ¿No es justo, justísimo, tan
grande sentimiento de dolor? Porque ¿habéis ponderado
alguna vez qué quiere decir ser bienaventurado eternamente
ó ser eternamente condenado? ¿Qué significa una eter-
nidad de gozo y ventura, ó una eternidad de rabia y cruji-
r de dientes? ¿Qué vale un paraíso donde eternamente se
canta, ó un infierno donde eternamente se llora y desespera?
Decídmelo, cristianos: ¿jamás os ha aterrado tan profun-
do pensamiento? Si así es, que nunca habéis pensado de
veras en esa pavorosa eternidad, id, id, os diré con Isaías
profeta, id y retiraos ahora mismo en un rincón ó aparta-
miento de vuestra casa: *Vade, populus meus, intra in cubi-
cula tua, et clauda ostia super te* ⁴, y allí, cerradas las puertas

y recogidos los sentidos, pensad, os ruego, y enclavad en
vuestro corazón esta verdad; pensad no vidas ajenas, sino
el paradero de la vuestra: *Claude ostia tua super te*; y des-
pués tornad aquí, que de seguro saldréis de vuestro ence-
rramiento tan otros, que no os vendrán ganas de reir ni
hablar con hombres, según estaréis de absortos y espan-
tados.

Y si me decís que lo tenéis pensado una y otra vez, cómo
yo creo, ¿qué descuido cabe imaginar más digno de llorar-
se con lágrimas de sangre, que no sentir congoja ni pasar
pena por ello, antes bien aventurar el alma por nonadas de
este mundo? ¿No reparáis acaso que aquí se trata única y
exclusivamente de vuestro bien, se trata de vuestra salva-
ción ó condenación, se trata de un negocio cuyo desempe-
ño corre todo por vuestra cuenta? Y si os condenáis y caéis
en los infiernos, ¡oh, no lo permita su divina Majestad!, pero
si os condenáis y caéis en los infiernos, ¿quién habrá tan
bueno ó poderoso que os saque de aquellos horrores perdu-
rables? Absalón, desterrado de su patria, tuvo un amigo
suyo y gran privado de David, que negoció, no sin graves
dificultades, la vuelta ¹. José, encerrado en obscura maz-
morra, tuvo por suerte al copero de Paraón, por cuya in-
tercesión logró, si bien tras largo olvido, la deseada liber-
tad ². Jeremías, arrojado por sus perseguidores en una cis-
terna profundísima con propósito de dejarle morir de hambre
y frío, de inmundicia y mal olor, tuvo un Abdemelech,
el cual, movido á lástima, le dió una cuerda y, asándose
de ella, salió el desgraciado ³.

Mas á vosotros, si os condenáis, ¿quién os socorrerá?
¿Quién os ayudará á salir de las profundidades del vientre
infernál? ¿Qué cuerda se hallará que desde el cielo llegue
á aquella hondísima caverna y abismo sin suelo? ¿Cáyo
brazo os sostendrá? ¿Cuál fuerza os levantará? Sentencia
es del Espíritu Santo por Job, y antes faltarán el cielo y
la tierra que falte su verdad: *Qui descendit ad inferos, non
ascendet, nec revertetur ultra in domum suam* ⁴. Quien bajare

c) porque si vos-
otros no la con-
déis, nadie la cul-
dará.

d) porque si os
condenáis, nadie
os sacará del in-
ferno.

por contracción
a castrore. -Ab-
salón. José, Je-
remlas, tuvieron
quien los ayu-
dó.

e) vosotros ¿quién
os sacará del in-
ferno?

por eternidad de in-
finito.

¹ Prov., 1, 18. — ² Job, xvi, 17. — ³ Job, ix, 18. — ⁴ Isai., xxvi, 20.

² Reg., xiv. — ³ Gen., xli. — ⁴ Jer., xxxvii.

⁵ De altitudine ventris inferi. E. cl., li., 2. Job, vi, 9.

á los infiernos, no subirá, ni volverá más á su casa. No, quien cae, no se levanta jamás; y quien baja, no torna á subir por los siglos de los siglos. *(Qui descendit non ascendet.* Y vosotros, ¿no hacéis caso de juicio tan espantable? Hijo mío, hijo mío, os diré á cada uno con el Eclesiástico, ten misericordia de tu alma, y dale la reverencia correspondiente á su valor y dignidad: *Fili, serua animam tuam, et da illi honorem secundum meritum suam* ¹.

Inprocaribón.

Si pretendiera yo, predicándoos hoy con tanto peso de autoridades y razones, alguna cosa concerniente á mi interés, como sería, por ejemplo, que concurrieseis muchos á mis sermones, que me aplaudieseis, que me alabaseis, que recompensaseis mis fatigas y sudores con justo y merecido galardón, podríais realmente tenerme por sospechoso y negar á mis palabras el crédito que demando. Pero yo, ni quiero ni pretendo mover vuestros corazones á otra cosa que al cuidado de vuestras almas, ó, por lo ménos, á misericordia y compasión de vosotros mismos. *Miserere animae tuae.* ¿Qué me puedo prometer de vosotros, si esto no consigo? ¿Qué alcanzaré, si esto no alcanzo? ¿Qué os persuadirá, infeliz de mí, si esto no os persuade?—No hay en la superficie de la tierra gente más dura que vosotros, así os quiero avergonzar con las palabras de Salviano, ni más fiera que vosotros, ni más impía y desalmada que vosotros, pues no puedo recabar que os améis á vosotros mismos ². Que no améis á vuestro rival, lo comprendo; que no améis á vuestros enemigos, me lo explico; pero que no améis á vosotros mismos, ¿quién lo sufrirá? ¿Quién, pregunta el Sabio, justificará al que peca contra su alma? *Peccantem in animam suam, quis justificabit?* ³

si, porque yo no busco mi interés.

sino que no améis á vosotros mismos.

Lícito y

obsecración.

si, por lo estima que de ella hace el demonio.

Pero si estas razones no os mueven á estimar vuestras almas, muévaoos, como al principio dije, la estima que de ellas hace el demonio, el ver cómo se fatiga y se desasosiega para arrebataroslas, y qué trazas inventa y qué ardidés

¹ Eclii., x, 31.² Nihil plane durius dici potest. nihil tam ferum, nihil tam impiam, a quibus impetrari non poterit: ut vosmetipsos amatis. (Lib. III, ad Ecl.)³ Eclii., x, 32.

forja cada instante para engañaros y enloqueceros y asegurar de día en día la posesión de ellas. Él es, él es quien tan lastimosamente os ciega y persuade que antepongáis los negocios de la tierra al negocio del cielo, los bienes temporales y de humo á los macizos y eternos. Pues ¿qué locura no será—exclama Salviano—tener por de vilísimo precio vuestras almas, que el diablo mismo tiene por muy preciosas y estimables? ¹

Si el demonio fuera señor del mundo, el mundo todo os daría gustosísimo en trueque de vuestra alma, conforme á aquel dicho: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me* ². Todo esto te daré si postrado me adorares. Y vosotros ¿se la venderéis por nada? ¿Por un deleite momentáneo, por una hermosura pasajera, por un mezquino interés correréis á precipitaros como incautos corderillos en la boca del lobo infernal? Jamás hagáis tal injuria y deshonra á vuestra alma: *Ne adducas animae tuae inhonorationem* ³; mas, entrando ya en vosotros mismos, pesad las cosas con la balanza de Dios, no con el peso del engañado mundo, y, como dice Moisés en el Deuteronomio: Guardad con vigilante cuidado vuestras almas: *Custodite sollicite animas vestras* ⁴.

visto lo que hace

y lo que promete.

Elogio de vuestro y de desearlo.

PARTE SEGUNDA

DIFICULTAD DE SALVARSE AL ALMA.

VIII

NOMINA DE NUEVO LEÓN

No os negaré, hermanos muy amados, que este descuido y flojedad de los hombres en el negocio de sus almas sería hasta cierto punto perdonable, si fuera el salvarse muy llano y hacedero. Pero ¿es así, pregunto? ¿Es, por ventura, facilísimo el salvarse? ¿Oh afortunados de vosotros, si tal pensáis!, ó, mejor dicho, ¡desventurados y dignos de toda lástima, pues tan enorme engaño padecéis! No, no sola-

Transición por concesión y

corrección.

Prohíbe por

¹ Quis furor est, quis furor viles a vobis animas vestras haberi, quas etiam diabolus putat esse pretiosas? (In lib. IV Ecl.)² Matth., IV, 9. — Eclii., I, 38.— Deut., IV, 15.

ejemplos de los
mayores santos.

mente no es fácil la consecución de la salud eterna, pero tan ardua, tan dificultosa y llena de incertidumbres, que á los mayores santos, después de inmensas fatigas é inauditas diligencias, tenía en grande congoja este temor de los juicios insondables de aquella Majestad altísima, que espanta á los mismos cortesianos que la cercan. *Terribilis super omnes qui in circuitu eius sunt* ¹. ¡Oh desconsolado San Jerónimo! ¡Qué no hizo el Santo para engendrar en su alma alguna confianza de salvarse! Huyó á la espesura de las selvas, sepultóse en vida en cavernosas grutas, golpeaba sus pechos con duras piedras, hizo continua guerra á todos sus sentidos y pasiones, y al terminar la carrera de la vida, ¿qué sentía? ¿qué decía? — Yo, miserable de mí, cargado de pecados, aguardo día y noche con temblor el momento terrible en que he de dar cuenta hasta del último maravedí, hasta del pensamiento más oculto ². San Gregorio, ¡qué gemidos no lanzaba desde la alteza del solio pontificio, sembrado para él de punzantes espinas! ³ El glorioso Bernardo, ¡qué suspiros de dolor, qué bramidos no arrojaba de su quebrantado corazón en las asperezas del monte Claraval! ⁴ Un Agustín, temblando de pies á cabeza, hondamente repetía: ¡Temo el fuego eterno, temo el fuego eterno! *Ignem aeternum timo* ⁵; sin que fuera parte su abrasado amor de Dios á sosegar las congojas é incertidumbres de su espíritu.

San Jerónimo:

asimilación

y propocopia.

San Gregorio:

San Bernardo:

San Agustín:

⁵ Por la espantosa vida de los solitarios.

Descripción:

Mas ¿por qué me ciño á estos ilustres confesores? Venid, venid conmigo, y penetremos hasta la espantosa Cueva de los solitarios, la cual, por el rigor de sus moradores, era llamada la Cárcel de los penitentes, y pudiera mejor decirse el infierno de los convertidos. Allí sí que se trabajaba de veras en aplacar la ira del Señor. Estaban unos de pie haciendo oración toda la noche al descubierto, otros hincados de rodillas, aquéllos encorvados profundamente, los más atadas las manos á las espaldas en ademán de reos, y todos

¹ Ps., LXXXVIII, 8.

² Ego peccatorum sordibus inquinatus, diebus ac noctibus opporiet cum timore, residere novissimum quadrantem. (Epiat. 5).

³ Lib. XIX, Mer., c. 9.

⁴ L. VI, de inter. dom. — ⁵ In ps. LXXX.

clavados siempre los ojos en tierra, sin osar alzarlos de pura reverencia. Otros yacían sentados en el duro suelo, descalzos, amarillos, cubiertos de ceniza, desgreñados los cabellos y escondida la cara entre las rodillas. Llanto de unigénito hacían sobre sus almas, duelo verdaderamente amargo: *Luctum unigeniti faciebant sibi, plañctum amaram* ¹. Como si dijera: Como suelen llorar las madres sobre el cadáver del hijo único muy amado, con estos lamentos y alaridos lloraban ellos sobre sus almas. Unos se golpeaban el pecho, otros se mesaban las barbas, y otros, con mirar sus carnes destrozadas á poder de malos tratamientos y asperezas y casi empodrecidas, parecían con esta vista cobrar algún alivio y consolación. ¿Allí un donaire? ¿allí burlas? ¿allí vanos pasatiempos? ¿Piedad, Señor, clemencia, perdón, misericordia, compasión! Tales eran las voces que por aquellas cavernas resonaban; aunque, hablando mejor, nada de esto se oía, porque los sollozos entrañables, los gritos de dolor, los ayes de compunción eran tan vehementes, que sólo estos sonidos se percibían en aquella horrorosa soledad.

Aquí de los ayunos prolongados, aquí del dormir breve é interrumpido, aquí un no acordarse de los regalos y del propio cuerpo sino para atormentarlo. Vicrais algunos, fatigados de la sed y secas las fauces, respirar penosamente y sacar como perros la lengua enjuta y abrasada. Vicrais á otros, desnudos en el rigor del invierno, sufrir toda la noche la crudeza del destemplado ambiente. Vicrais á éstos revolcarse en la nieve, á aquellos arrastrarse por cardos y rastrojos, y á otros, que no se animaban á tanto, pedir á sus superiores que los sujetasen con grillos y esposas en una como mazmorra, no un día, no dos, sino por todos los de su vida, hasta que, muriendo, fuesen llevados á la sepultura. ¿Qué hablo de sepultura ni de entierro? Muchos rogaban con ahinco que no usasen con ellos de este linaje de honra y piedad; antes bien, que su cadáver, caliente todavía, fuese lanzado á los perros ó abandonado á los cuervos y carnívoros buitres. Y no raras veces se les cumplía este desco,

hacible bíspita
penia y

semejanzas.

facinerosa perversa.

Visión y distri-
bución poética:

concepción y

extrema de penitencia.

¹ Jer., VI, 26.

para su mayor confusión, y los arrojaban allí sin pompa, sin luto, sin cánticos ni funerales.

Y ¿quién no creyera, hermanos míos, que con vida tan santa, tan austera y rigurosa, experimentarían cuando menos el consuelo de sentir alguna certidumbre de su eterna salvación, y si ésta no, grandes conjeturas y más probabilidades que temores, más esperanzas que congojas? Pues oíd y espantaos, que á mí sólo el recordarlo me llena de horror. Tan lejos estaban aquellos verdaderos penitentes de asegurarse por ello, que en acercándose á alguno de ellos la hora postrera, y tendido en la ceniza, que era el lecho que escogían para morir, iban todos y le rodeaban, y con lágrimas en los ojos y grandes congojas en el corazón y turbación en la lengua le preguntaban ¹: Hermano, hermano,

¿qué sientes de tí? ¿qué dices? ¿qué temes? ¿qué esperas? *Quid est frater? quomam modo tecum agitur? quid dicis? quid speras? quid suspiraris?* Has conseguido, finalmente, la salvación que procuraste con tantas lágrimas, ó, por ventura, temes todavía? ² Dinos, ¿qué te aguarda? ¿reino eterno, ó eterna esclavitud; cetro ó cadenas; paraíso ó infierno?

¿Qué te dice el corazón? ¿Oyes aquellas dulcísimas palabras: *Remittantur tibi peccata tua* ³, perdonados te son tus pecados; ó acaso la formidable voz de: Atado de pies y manos y arrojado á las tinieblas exteriores: *Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores?* ⁴ ¿Qué dices, hermano, qué dices? Descúbrenos algo de lo que pasa por tí, á fin de rastrear cuál será nuestra suerte en la hora de la partida. — A tales preguntas ¿qué pensáis que respondía el infeliz moribundo? Verdad es que algunos, alzando los ojos al cielo, bendecían al Señor y decían: *Benedictus Deus, qui non dedit nos in captivum dentibus eorum* ⁵. Bendito sea Dios, que no me entregó á las garras de mis enemigos. — Mas,

¡ay! cuántos respondían con un *tal vez*, entre olas de temor é incertidumbre! Tal vez, decían, pasó nuestra alma el agua intolerable: *Porsitan pertransiit anima nostra aquam intol-*

¹ Por su muerte á un más espantosa,

incertidumbre de aquella hora.

anunciación y diálogo.

interrogatorio de amigos y alrededores.

respuesta de espantosa.

de incertidumbre.

¹ Circumstantibus illum aestuantes et legentes, ac desiderio pleni.

² Percepisti me ex labore tuo quod quaerebas, an non valuisti?

³ Luc. v, 20. — ⁴ Math. xxi, 13. — ⁵ Ps. cxxiii, 6.

rabilem ¹, como si más abiertamente dijeran: Esperamos que si hemos pasado con la gracia del Señor, esperamos que si pero el río es caudaloso, la corriente brava, y las aguas cenagosas; aún podemos anegarnos. — Y lo que pone más espanto es que no faltaban quienes, rompiendo en lastimeros gemidos, ¡ay!, ¡ay!, exclamaban, y luego enmudecían: hasta que, rogados que declarasen la causa de su profundo penar, ¡ay!, repetían, ¡ay del alma que no guardó entera é immaculada su santa profesión! *Vae, vae, animae illi, quae non servavit professionem suam integram et immaculatam!* Desdichada de ella, y sobre toda desventura desventurada: ¡ay! ¡qué congojas sentirá en el trance postrero, cuando barrunte lo que le está aparejado! *Hac enim hora sciet quid illi praeparatum sit.*

Ya sé, católicos, que á muchos parece lo dicho inverosímil y aun fabuloso, porque desearían que así fuese; pero no hay que engañarse, ello es así y no cabe razonable duda. Refiérelo punto por punto quien lo vió con sus mismos ojos y oyó con sus oídos, el glorioso y celebrérrimo San Juan Climaco, y lo dió á la pública luz del mundo al tiempo que pasaba, cuando cualquiera podía tacharle de falsario ó encarecedor, si hubiese forjado el cuento de su cabeza, ó alterado en algo la verdad ².

por imagen.

por prolepsis.

y amarga conamiseración.

Confirmar la verdad del triste relato.

IX

PROFESIÓN

Más si es cierto, como lo es, preguntó yo: ¿por qué solamente nosotros estimamos por tan fácil y segura la salvación eterna, que no nos da el menor cuidado, ni nos apura más que si fuera negocio concluido? ¿De dónde, hermanos míos, os diré amargamente, con San Bernardo, de dónde proviene esta ceguera y flngimientto? ¿De dónde esta mortal tibieza? ¿De dónde esta maldita seguridad? *Unde nobis ista dissimulatio est, fratres mei?* ¿Unde haec tam pernicioza tepiditas? ¿Unde haec securitas maledicta? ³ ¡Ah cristianos, yo

Ento, hoid del mundo y vital por vuestra alma. Transición por conamiseración.

seguridad de los tenebras.

¹ Pa. v. — ² Scala spir. Grad. 5.

³ Serm. in Job, 19.

no hallo otra causa sino suma distracción, liviandad de espíritu é inconsideración profunda que nos ciega y no nos permite siquiera ver los precipicios que tenemos á los ojos, como está escrito: El camino de los malos es tenebroso, ni aun saben adónde se precipitan: *Via impiorum tenebrosa; nesciunt ubi corruant*¹.

Pues ¿qué hay que hacer? ¿Qué partido tomaremos?— Y á mí me lo preguntáis? Preguntadlo á otros, que yo no acierto á daros mejor consejo que el que yo mismo para mí tomé. Si queréis seguir mi dictamen y salvaros, huid os digo, huid del mundo y volvedle las espaldas; y si, como á Lot, os es posible todavía escapar de Sodoma y de las ciudades nefandas, daos prisa, no tardéis, que no pueden los inocentes vivir inocentes mucho tiempo en la compañía y junta de los pecadores. Pero si no tenéis aliento ó libertad para tanto, ¿por qué no abatis esa altanería en el trato? ¿por qué no cercenáis ese lujo y ambición desmesurada? ¿por qué no enfrenáis esas concupiscencias y bestiales apetitos? Y si esto no hacéis, ¿qué os he de responder? ¿Que deseáis de veras la salvación de vuestras almas? No, no la deseáis, lo digo en voz alta, aunque sé que todos me entendéis, si bien no á todos agradan mis leales amonestaciones.

Pero ¿qué más puedo hacer? Si no queréis escucharme, me volveré á hablar á esos altares, á esos mármoles y á esas piedras, para que el día del Juicio final me sean testigos en el acatamiento de la divina Majestad, de cómo no he faltado á mi obligación de predicaros con verdad y entereza. Mas no he menester tales testigos; aquí está real y verdaderamente el verdadero Juez de vivos y muertos: Él me escucha, Él me juzgará. Vos sabéis, Dios mío, cuán de corazón deseo la salvación de este cristiano pueblo, de este noble pueblo, que es todo vuestro. Dichoso yo, si pudiera dar por el mi corazón, mi vida y toda mi sangre, pues Vos la derramasteis toda por mi amor. Pero, ya que no me es dada tanta dicha, os prometo, Señor, decirles siempre la verdad de vuestro Evangelio. Haced Vos que la reciban ellos con aquel afecto con que yo se la predico. Yo heriré

¹ Prov., IV, 19.

con mis palabras el oído, herid Vos el corazón; yo alumbraré el entendimiento, inflamad Vos la voluntad. Vos sólo podéis, con amorosa fuerza, atraer á vuestro dulcísimo Corazón á los descarrilados y alejados de Vos. ¿Qué otra cosa puedo hacer yo sino iluminarlos en las tinieblas de este siglo, como el faro guía á los perdidos navegantes en la oscuridad de la noche? De Vos ha de venir el suave viento de la divina inspiración, que los lleve con prosperidad al puerto de la eterna bienaventuranza.

Conclusión por diálogo.

huid á los cielos, huid á los cielos,

á oscuridad de vidas,

dehó abrazad, que le abraza,

á alzar la voz,

á dirigirse á las piedras

'obtestación'

á Cristo tal vez, miastado.

Deprecación de amor entrañado de las almas

JANIL
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO SÉPTIMO

Imaginación brillante, raciocinio sólido, y más que todo un celo ardorosísimo de la salvación de las almas, son las dotes que luce el orador en este discurso, uno, sin duda, de los más acabados y perfectos. Es tal su fuerza para trocar los ánimos, que es imposible leerlo sin lágrimas, ni menos oírlo á un buen declamador, sin determinarse á huir del mundo ó á mudar de vida. En esto consiste el don de la palabra, éste es el arte de las artes realzado soberanamente, y como divinizado por la religión de Jesucristo. «Predicar—decía el Beato Maestro Avila—no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel: en esto está el talento de predicar». Y ¿cómo alcanza esto nuestro SENECA? Con un artificio no nada oculto á quien conoce la naturaleza del corazón del hombre, el cual más se mueve por el temor de perder lo que posee, que por el deseo de lograr bienes futuros, mayormente si éstos son espirituales y no ciertos.

Invenición. Es fecunda en extremo, por la amplitud de la proposición y universalidad de los argumentos: es interesante, porque no trata de la hacienda, de la salud, de la prosperidad, de la patria, de una virtud cualquiera, sino de cuestiones más vitales y personalísimas, de salvar ó perder la propia alma para siempre; es sólida, porque no hay sofisticarías ni vanos encarecimientos, sino razones macizas que atan de pies y manos. Supone en los oyentes una convicción profunda de la existencia del alma, de su espiritualidad é inmortalidad, de los castigos eternos y del eterno galardón. Hablando á un pueblo que no cree, ó cree con tibieza, es imposible ser elocuente; porque se gastan todos los nervios del orador en asentir los argumentos de las pruebas, labor árida que agosta la imaginación y enfría el entusiasmo, sin los cuales el discurso oratorio más parece lucubración de cátedra que peroración de púlpito. Así se comprende que apenas haya predicadores en Inglaterra y Alemania, y que abunden en los países católicos, y en éstos

donde más viva está la fe, sobre la cual se levanta victoriosa la elocuencia cristiana, ya aterrando, ya esforzando, ya enfrenando las pasiones, ya moviéndolas á los triunfos del espíritu. Si vacilan las creencias, ¿qué le queda al predicador sino el frío papel de maestro ó disertante?

Disposición. La proposición oculta es la siguiente: *Habéis de mirar por vuestra alma* (Primera parte), porque el demonio os la quiere arrebatar, porque es única, etc.; *y esto con gran empeño y tesón*, porque es negocio muy arduo (Segunda parte). La explícita es así: *No hacéis caso de vuestra alma* (Primera parte), *como si fuese muy fácil el negocio de la salvación* (Segunda parte). Va mucho en la manera de proponer. Véase cuánto gana el razonamiento trasladando el orador la cuestión del género deliberativo, que sería: *Habéis de trabajar mucho por la salvación del alma*, al género casi judicial y al estado que llaman conjetural, en esta forma: *¿Es verdad que tenéis cuidado de vuestras almas? No lo tenéis, con ser la salvación tan difícil, y negocio en que os va la eternidad.* Aquí ya se presentan adversarios que resisten; de la resistencia nace la lucha, de la lucha la argumentación vigorosa y la moción de afectos encontrados, y de aquí el triunfo del orador.

Elocución. Preñado de afectos este discurso, mal cuadraría en el cualquier vislumbre de hinchazón, ó de rebuscada elegancia en el estilo. El sentimiento que aquí domina es el celo; pero no un celo indignado é impetuoso, sino compasivo, entrañable, amorosísimo, que desearía meter en el corazón á los que le escuchan, y que daría mil vidas por que ninguno de ellos se condenase; y el celo blando y el dolor intenso no admiten otras galas ni atavíos que las lágrimas y los sollozos.

Pronunciación. No podemos estudiarla en SENECA los que no vimos aquel rostro penitente, pero amable, aquel ademán grave y apostólico, ni oímos aquella voz vibrante y persuasiva; pero nos es lícito conjeturar cuál sería la declamación de este discurso, donde no hay palabra que no brote de un pecho enamorado de Dios y consumido del celo de las almas. De ese volcán saltan, como bulliente lava, las expresiones de fuego, las cuales, encarnándose y tomando cuerpo en una voz robusta y flexible, en un semblante encendido, en un accionado noble, ora rápido, ora lento y desmayado, herían fuertemente los sentidos de los oyentes y traspasaban á sus almas los sentimientos del predicador. *Naturaleza, arte y ejercicio* bastan al orador profano para conseguir su intento; mas el orador sagrado ha menester una cuarta condición para *declamar con fruto, la santidad.* Sin ella, la declamación ó sale hueca y teatral, ó lánguida y so-

ñolienta, pudiéndose decir de los que así predicán del amor de Cristo, ó de las verdades eternas, lo que Cicerón dijo á Calidio, que, acusando á Gallo, contaba con gran frescura un envenenamiento: *Por ventura, si estas cosas fuesen verdaderas, ¿las dirías tú de esta manera? An ista, si vera essent, sic a te dicerentur?*¹.

¿A qué vienen dos peroraciones en un mismo discurso, pudiendo concentrar todo el calor y vehemencia para una sola, y con más éxito?—Responde que las dos peroraciones tienen fin distinto, y se valen de artificio diferente. La primera y principal, con que cierra la primera parte, se dirige á mover el afecto de *comiseración* de la propia alma y á persuadir *en general* el cuidado de la salvación. La segunda, que remata el discurso, mira á la *práctica* y propone y persuade los medios *particulares* para ello, como son huir del mundo, etc. A fin de preparar este efecto, trae la narración pavorosa de San Juan Climaco; y, á propósito de ella, rogamos al candidato de la elocuencia cristiana que lea el original del Santo en el cap. v de la *Escuela espiritual*, traducida por el venerable Fray Luis de Granada, y, cotejándola con la de SENECA, estudie las diferencias que distinguen la narración histórica de la oratoria. Por esta comparación echará de ver la destreza con que escoge el orador las circunstancias que le convienen y omite las que podrían perjudicarle, cómo deja las transiciones, acorta las repeticiones, compendia los monólogos, y pasa por alto que allí se trata de grandes pecadores. No obstante el cuidado del orador en conservar el acento lúgubre y el colorido horroroso del original, hay que confesar que éste produce una impresión más honda y duradera, ya por ser más circunstanciada, ya, sobre todo, porque desde luego aparece más creíble, oída de los labios mismos del sapientísimo San Juan.

¹ Cic. in fragm. Orat. pro Q. Gal.



DISCURSO OCTAVO

RESPETOS HUMANOS

Et ecce mulier Chananaea saepe
lille egressa, clamavit, dicens ei: Mi-
serere mei, Domine, Fili David!

Cuando he aquí que una mujer cana-
nea salió diciendo á Jesús: Señor hijo
de David, ten misericordia de mí.

(MATEO, XV, 22.)

EXORDIO

I

CUENTAN las historias profanas, y permitidme este recuerdo tal vez ajeno de la cátedra del Espíritu Santo, en gracia de su oportunidad, que Milón de Crotona, hombre fornido y de los más celebrados por la robustez hercúlea de su cuerpo, usaba, para ostentación de su fuerza extraordinaria, de muchas y maravillosas pruebas. Entre otras, tomaba en el puño una manzana y apostaba con todo el mundo á que se la arrancasen de la mano. Mas ¿quién había de atreverse con aquel gigante? Y ¿quién se puso á ello y salió vencedor de la porfía? Nadie, sino una flaca mujer á quien amaba. Porque, como resistiese bravamente á los demás, á solo ella, no sé cómo, se rendía.

Mayor y más alta victoria nos ofrece hoy el sagrado Evangelio. Una mujer venciendo y acabando con Jesucristo lo que no pudieron acabar los mismos Apóstoles. Porfiaban éstos y decían al Salvador: Despáchala, que nos fastidia con sus gritos: *Dimitte illam, quia clamat post nos*. Porfiaba

llegamos y ab-
resolución.

Parte prim. ra.
o ilustración: re-
vista, con que

encina la atracción
de los oyentes.

Parte segunda
A ilustración pró-
xima, para cap-
tarse la docilidad.

La CAUSA de-

ñolienta, pudiéndose decir de los que así predicán del amor de Cristo, ó de las verdades eternas, lo que Cicerón dijo á Calidio, que, acusando á Gallo, contaba con gran frescura un envenenamiento: *Por ventura, si estas cosas fuesen verdaderas, ¿las dirías tú de esta manera? An ista, si vera essent, sic a te dicerentur?*¹.

¿A qué vienen dos peroraciones en un mismo discurso, pudiendo concentrar todo el calor y vehemencia para una sola, y con más éxito?—Responde que las dos peroraciones tienen fin distinto, y se valen de artificio diferente. La primera y principal, con que cierra la primera parte, se dirige á mover el afecto de *comiseración* de la propia alma y á persuadir *en general* el cuidado de la salvación. La segunda, que remata el discurso, mira á la *práctica* y propone y persuade los medios *particulares* para ello, como son huir del mundo, etc. A fin de preparar este efecto, trae la narración pavorosa de San Juan Climaco; y, á propósito de ella, rogamos al candidato de la elocuencia cristiana que lea el original del Santo en el cap. v de la *Escuela espiritual*, traducida por el venerable Fray Luis de Granada, y, cotejándola con la de SENECA, estudie las diferencias que distinguen la narración histórica de la oratoria. Por esta comparación echará de ver la destreza con que escoge el orador las circunstancias que le convienen y omite las que podrían perjudicarle, cómo deja las transiciones, acorta las repeticiones, compendia los monólogos, y pasa por alto que allí se trata de grandes pecadores. No obstante el cuidado del orador en conservar el acento lúgubre y el colorido horroroso del original, hay que confesar que éste produce una impresión más honda y duradera, ya por ser más circunstanciada, ya, sobre todo, porque desde luego aparece más creíble, oída de los labios mismos del sapientísimo San Juan.

¹ Cic. in fragm. Orat. pro Q. Gal.



DISCURSO OCTAVO

RESPETOS HUMANOS

Et ecce mulier Chananaea ad Iesum
lille egressa, clamavit, dicens ei: Mi-
serere mei, Domine, Fili David!

Cuando he aquí que una mujer cana-
nea salió diciendo á Jesús: Señor hijo
de David, ten misericordia de mí.

(MATEO, XV, 22.)

EXORDIO

I

CUENTAN las historias profanas, y permitidme este recuerdo tal vez ajeno de la cátedra del Espíritu Santo, en gracia de su oportunidad, que Milón de Crotona, hombre fornido y de los más celebrados por la robustez hercúlea de su cuerpo, usaba, para ostentación de su fuerza extraordinaria, de muchas y maravillosas pruebas. Entre otras, tomaba en el puño una manzana y apostaba con todo el mundo á que se la arrancasen de la mano. Mas ¿quién había de atreverse con aquel gigante? Y ¿quién se puso á ello y salió vencedor de la porfía? Nadie, sino una flaca mujer á quien amaba. Porque, como resistiese bravamente á los demás, á solo ella, no sé cómo, se rendía.

Mayor y más alta victoria nos ofrece hoy el sagrado Evangelio. Una mujer venciendo y acabando con Jesucristo lo que no pudieron acabar los mismos Apóstoles. Porfiaban éstos y decían al Salvador: Despáchala, que nos fastidia con sus gritos: *Dimitte illam, quia clamat post nos*. Porfiaba

llegamos y ab-
resolución.

Parte prim. ra.
o ilustración: re-
sulta, con que

encina la atracción
de los oyentes.

Parte segunda
A ilustración pró-
xima, para cap-
tarse la docilidad.

La CAUSA de-

ciado de fortaleza varonil:

la Cananea por su parte, y recabó al fin lo que pedía, y lo recabó con tanta fuerza, que dijo maravillado el Salvador: ¡Oh mujer!, grande es tu fe, hágase lo que quieres: *O mulier, magna est fides tua, fiat tibi sicut vis*¹. Pues ¿qué merecimientos de esta bienaventurada Cananea forzaron á Cristo á que la otorgara su petición? ¿Los de su fe? Cierta fueron grandes, pero mayores fueron por ventura los de los sagrados Apóstoles. Figúrase me, si no me equivoco, que lo que más robó el Corazón de Jesucristo fué la noble intrepidez y santa desvergüenza que le nació de su espíritu de fe.

por antecedido.

por descripción de adjuntos.

Todos sabéis la historia. Hija de gentiles, criada entre gentiles, ¡qué fortaleza no hubo menester para abrirse camino hasta el Salvador y sobrepujar los respetos humanos! Que no va á buscarle en su casa, ó en el apartamento de la soledad, sino afuera, en lugar público, en camino frecuentado; y con ser mujer noble y principal, no se desdena de entrarse con pecho osado y postrarse á los pies de Cristo, y adorarle profundamente, y esto á la luz del sol, á los ojos de la apiñada muchedumbre, en medio del camino público, sin tener miramiento al que dirán. Desprecianla y persevera; deséchanla é insiste con mayor pufia; ni siquiera bastaron á descorazonarla las desabridas respuestas con que quiso mortificarla el Salvador y probar su magnanimidad hasta tratarla de perra: *Non est bonum sumere panem filiorum et dare canibus*². No está bien tomar el pan de los hijos y darlo á los perros. ¿No os parece tal virtud mercedora de cualquiera merced?

por antecedido é incesante.

Parte tercera, así que se gana la fortaleza. Proposición:

similitud de los animales y de los objetos.

Yo desearía, pues, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que este ejemplo de varonil fortaleza os animase á vencer el vano temor del mundo que arredra á muchos del servicio de Dios y del cumplimiento de su santa ley. ¿A qué preocuparse tanto con los dichos de los hombres? ¿A qué turbarse y desfallecer á una risa liviana, á una burla necia, á una palabrilla que se lleva el viento? Digan ahora buena lo que quieran, no hemos de desistir por ello de nuestros loables ejercicios. Dichoso yo, y más dichosos vosotros, si lograre, con el favor divino, grabar en vuestros co-

¹ Matib., xv, 28.—² Ib., 26.

razones tan provechosa enseñanza; porque, si así fuere, cierto estoy que los pecadores y malos os hariais justos y buenos, y los buenos y justos os hariais santos y perfectos. Mas empecemos ya, con los auxilios de la divina gracia.

PRIMERA PARTE

II

Pero, ante todo, no penséis que soy tan inhumano que no sienta entrañablemente con vosotros el vivo dolor que os causan esas habillitas y pesadas burlas. Enciende la sangre y subleva el corazón del cristiano ver que no bien determina aquella señora ó el otro caballero vestir con más llaneza, conversar con mayor recato, vivir con más recogimiento, agúzanse al instante cien malas lenguas para motejarlo. Pero semejante mal, siento decirlo, hermanos míos, es irremediable mientras haya mundo. Registrad, si no, los Padres, leed en los maestros de espíritu y no hallaréis uno que no sienta por principio que es imposible aborrecer el vicio y no ser aborrecido de los viciosos y perversos. Sobrado manifiesta es la sentencia de Salomón: Abominan los impíos á los que andan por el camino recto: *Abominantur impii eos, qui in recta sunt via*¹. Ello es cierto y no puede menos de ser así. Y Salviano se adelanta y da la razón; porque es imposible que no haya gran contrariedad de afectos donde reina tanta desemejanza de voluntades. ¿Cómo queréis que no os tengan los malos ojeriza, si todas vuestras acciones son una reprensión continua de su mal vivir? Con vuestra piedad confundís su irreverencia, con vuestra caridad y desprendimiento su tacañería, con vuestro recato su disolución, con vuestra templanza su glotonería; así que por fuerza os han de aborrecer si se aman á sí mismos. Oíd sus palabras: Poderosa causa de discordia es la diversidad de voluntades; porque es muy difícil, por no decir imposible, que

CONFIRMACIÓN.

Arg. 1.ª A nosotros. No está en vuestra mano evitar esas burlas. Luego debéis vencer los respetos humanos con santa desvergüenza.

(Transición de la introducción.)

Próbese por tres tiempos divinos.

por una oración de Salviano.

¹ Prov., xxix, 27.

alabe uno en su hermano aquello mismo que le da en rostro; por donde no sin causa os aborrecen los malos, ya que miran en vosotros lo que más detestan y persiguen en su corazón. Miranse en vosotros como en espejos, y ven los infelices todas sus fealdades. ¿Qué extraño, pues, que os desprecien, que os escarnezcan, que os maltraten, semejantes á los camellos, que, en viendo agua clara y en ella su enorme fealdad, revuélvenla con los pies hasta enturbiarla del todo? Pero, aunque esto sea así, no hay que desmayar, católicos, porque, el mismo saber que vuestro mal es sin remedio, es grandísimo remedio para vuestro mal.

Confírmase por
similitud.

y ejemplo.

Conclusión ne-
radical, y pú-
blos del sig.

Arg. 2.^a
A combatió-
Toda los SS. pa-
saron por ella.
Largo sería de-
clarar los rasgos
del mundo.

Por inducción
de los SS. (Ver-
tura y virtud
distribución).

José,
Jeremías,
Mardoqueo,

Daniel,

Aquior,
Susana

y Magdalena en
casa de Simón he-
rmano.

Si todo buen cristiano y fervoroso discípulo de Cristo es imposible que agrade á los perversos, ya echaréis de ver que ni fuisteis los primeros en padecer por tan justa demanda, ni seréis tampoco los postreros. ¿Qué aliento, pues, no debe daros el contemplar ese escuadrón fortísimo de compañeros, que os animan al vencimiento del mundo? Poned los ojos en Egipto, y veréis á José ahorrado por la envidia y la calumnia; volvedlos á Jerusalén, y veréis á Jeremías sepultado en una cisterna; fijados en la ciudad de Susa, y veréis á Mardoqueo casi, casi en el cadalso; tornadlos á Babilonia, y veréis á Daniel en el lago de los leones; mirad las cercanías de Betulia, y veréis al buen Aquior atado á un árbol; tendid la vista á la gran Babilonia, y os encontraréis con la casta Susana á punto de ser apedreada. ¿Y de dónde nace que contra vosotros puedan tanto las lenguas maldicientes? Porque si nos ceñimos á esas habillitas que tanto os hieren, aunque sin derramamiento de sangre, *citra cruorem*, ¿no basta el ejemplo de la noble Magdalena á confortar el corazón más apocado? La historia es muy sabida; pero acaso nunca hicisteis una observación.

1. Maxima enim causa est discordiarum, diversitas voluntatum; quia fieri omnino non potest, ut eam rem in alio quisquam diligat, a qua ipse dissentit; itaque, non sine causa vos oderunt, in quibus omnia sibi semula et inimica conspiciunt. (De Prov., II, 8.)

Como entendiase la enamorada Magdalena, herida del Espíritu Santo, que se hospedaba Jesucristo en casa de Simón, vase apresuradamente con una poma de oloroso unguento, entra á tiempo que estaban á la mesa y derrama muy devotamente su perfume sobre la cabeza del Salvador. ¡Oh desventurada mujer! Ni, si la hubiese rociado con veneno, fueran mayores el escándalo y turbación de los convidados. Comienzan muchos á murmurar, á indignarse, á rechinar de dientes, diciendo con profunda lástima: ¿A qué ese desperdicio? *Ut quid perditio haec?* ¿Válgame Dios y qué prodigalidad de unguento! ¿Qué profusión de cosa tan rica! ¡Cuántas familias y pobrecitos, que se mueren de hambre, se mantuvieran con el precio de solo el alabastro, si se vendiera bien!—Y embraveciase contra ella: *Et frembant in eam*, y la despedazaran allí mismo de puro coraje. ¡Gran desperdicio! La que había malgastado tanto dinero en olores y pomadas, en áfeites y perfumes, ¿qué mucho que gastara ahora trescientos dineros? ¿Qué de esencias y aguas odoríferas no se derramaron en aquella cabellera! Además, ¿cuanto no derrochó en galas y atavíos, en joyas y brillante pedrería! ¿No es cosa averiguada que malbarataba su caudal en trajes pomposos, en superfluos regalos, en banquetes opíparos, en espléndidas danzas y tertulias? ¿Y pensáis que nadie murmuró de ella jamás, llamándola derrochadora cara á cara? Por el contrario, ¡cuántos la adulaban entonces, y la cortejaban y aplaudían sus excesos, y al pasar ella se la inclinaban hasta el suelo! Pero hace de sus profanidades un corto obsequio al Salvador, y al punto desátanse las lenguas en mil denuestos, ultrájala, y ensañan contra la pobre mujer, y dan en decir que arruina la casa, que derrama la hacienda, que derrocha sus haberes y que ha menester de tutor que le vaya á la mano en sus demasías.

Ved por aquí, hermanos míos, cuán parecida fué en todo tiempo la condición de cuantos, como vosotros, se resolvieron á dar de coces al mundo y servir descaradamente á Jesucristo. Todos los que quieren vivir piadosamente en Je-

Narración sto-
cicia

por hermanas pro-
pópias.

Reflexión or-
tina; por aumen-
tación.

del Tajo de Mag-
dalena

de las fincas de
los adalides

Cochalita

Confirman.

por autoridad del
Apóstol

2 Math., xxvi, 8. — 2 Marc., xiv, 5.

nes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur¹. Y advertid que dice todos, y todos los que quieren vivir cristianamente; porque, aunque no repugna que los buenos y aprovechados gocen de paz y vengan con el discurso del tiempo la malignidad y acallen la maledicencia, en los principios empero, cuando el pecador rompe con el mundo y se abraza con la cruz de Cristo, todos, necesariamente todos, han de padecer contrariedades: *Omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*, torno á repetir con el Apóstol. ¿Y á cuántos acaece que han de aguantar estos acometimientos por toda la vida, á imitación de los israelitas, los cuales, no sólo á la salida del largo cautiverio tuvieron que batallar con los egipcios, y después con los amorreos, amalecitas y otras gentes que les salían al camino, mas aun en la misma Jerusalén se vieron forzados á sufrir perpetuamente al Jebuseo, es decir, según la propiedad de aquella lengua, al burlador ó conculcador? ¿Qué espejo más resplandeciente de inocencia que la princesa Matilde? Pues su amor magnánimo al Vicario de Jesucristo y á la Santa Sede fué interpretado soezmente; y por más que ceñía ásperos cilicios y vestía de jerga y vivía como un ángel, todavía los maliciosos pusieron dolo en su pureza. ¡Cuán reciamente fué combatida la virtud de Gregorio VII, celador intrépido de la inmunidad eclesiástica y obrador de maravillas! ¡Cuánto asimismo la entereza de Sergio II, del dulce y amabilísimo Sergio! San Ananias ¿no fué acusado públicamente de estupro y homicidio? Lo que dije de estos ilustres confesores, pudiera decir de Gregorio Taumaturgo, feamente calumniado de deshonesto; de Paladio, anacoreta, tratado de homicida; del santo obispo Estanislao, tenido por ladrón; y, á este tenor, de otros infinitos, cuya vida fué blanco yterro eterno de las lenguas maldicientes. Mas déjolo aparte, porque de la manera que es gran desacierto aducir pocas razones en materia muy dudosa, así lo es y mucho mayor, como dice Aristóteles, alegar muchas en cosa de suyo manifiesta.

Pues ¿qué debemos colegir de este discurso? Que es

republicada,

y por notable in-
dición de la
torcia eclesiá-
ca,

culminada Ma-
tilde

instituida

Gregorio VII,

Sergio II,

San Ananias,

otros innume-
rables,

proposición con-
traria

Conclusión cor-
recta

1 2 Tim. II, 13.

forcéis vuestro espíritu con la consideración de que hacéis causa común con tantos héroes del cristianismo, y que esa ruin persecución de lenguas y descortesos tratamientos que os embarazan en vuestro camino y os traspasan el corazón no os hieren á vosotros por vosotros, sino á vosotros por fervientes católicos, á vosotros por personas de espíritu, á vosotros por cuerdos y prudentes, á vosotros por discípulos y seguidores de Cristo, y que por tanto, más que á vosotros, hieren y abofetean la persona augusta del Hijo de Dios.

por repetición.

IV

Act. 3.^o

Pero paso adelante, y átrévome á decir que, aunque estuviere en vuestra mano que los hombres por vuestra virtud os estimasen y alabasen, deberiais preferir que os desestimasen y contradijesen. ¿Parécenos extraño lo que digo? Escuchadme con atención, como hasta ahora, que estoy cierto de probároslo palpablemente. Imaginad, pues, que los malos, en lugar de zaheriros y aborreceros, os quieren y loan por extremo; que todo el mundo os aplaude, que todos ensalzan vuestra virtud y cristiandad; en este caso, ¿quién obliga á quién? ¿Vosotros á Dios, ó Dios á vosotros? Cierto parece que los obligados seriais vosotros, puesto que granjeáis tanto provecho del servir á su divina Majestad. Si, empero, por su servicio y gloria es menester sufrir maldiciones y descomedimientos, entonces el obligado, por decirlo así, es Dios nuestro Señor. ¿Cómo? ¿Obligado Dios? Sí, hermanos míos, el Criador, obligado á su criatura. No penséis que invento yo este modo de decir; tómolo de San Juan Crisóstomo: Si nos aman y honran porque amamos á Dios, dice este Santo, deudores le somos de la honra que se nos hace; mas, si somos aborrecidos por su causa, su Majestad se hace deudor nuestro: *Si propter Deum diligamur, honoris impensi debitores illi sumus; sin vero ejus causa odio habemur, debitor Ipse fit nobis*. ¿Qué cosa más alta puede codiciar el hombre que tener por deudor al mismo Dios?—Si tanto me prometéis; ¡oh Padre!, dejad, dejad que, así como el esforzado San Ignacio provocaba las

de sí el honor.

Aunque estuviese
en vuestra mano,
debiáis preferir
que os injuriasen
los hombres y os
desalabasen.

¿ Porqué así
os hacen acre-
dores de todo un
Dios?

por sílema.

por institución
humana.

Conclusión pa-
trística

y deseó de injuriar, por devota exortación.

petición con más confianza al que es vuestro deador.

Si Porque glorificaba momentáneamente á S. D. M. mostrándole que le amaba de veras.

por anterioridad de San Cipriano.

por el merecimiento de Abraham.

galaría sustentación.

bestias fieras y embravecíalas contra sí, desafío yo las lenguas más procaces y las aguce contra mí persona y buena fama. Que láden enhorabuena, que desuelen y despedacen sin misericordia, ¿lograrán otra cosa que hacerme acreedor de todo un Dios? Harán que pueda invocarle más confiadamente; harán que lo incline con más facilidad á mis deseos; harán que ya no tema en adelante sus desvíos, porque es mi deador. El que fuere baldonado de sus amigos como yo, dice Job en confirmación de esta verdad, invocará al Señor, y el Señor le cumplirá su petición: *Qui deridetur ab amico suo, sicut ego, invocabit Deum, et exaudiet eum*¹. ¿Y no es de estimar dádiva tan rica, dignación tan soberana?

Eslo tanto, que no digo por esta aura pasajera y mentirosa; mas á costa del mundo entero fuera bien granjeada, y aun se nos daría de balde. Ni es de maravillar que así se obligue Dios á quien padece por su gloria, porque en este sufrimiento ve una prenda y testimonio claro de que no le servimos por intereses de la tierra, sino por amor. Este es el contraste y piedra de toque de la virtud sólida y maciza; esto declara la pureza de intención; esto la sinceridad de nuestra fe, que, por lo mismo que merecíamos alabanza, seamos vituperados y escarnecidos. Altísima verdad, por cierto, y como tal la inculcaba á menudo á sus perseguidas ovejas el glorioso Cipriano por estas palabras: Entonces campea todo el vigor de vuestra fe, cuando andáis en boca del malicioso vulgo hechos el oprobio de la gente; cuando os armáis y fortalecéis con pecho cristiano para hacer rostro á las habilllas y desatinos del populacho vil, contradiciendo con la santa vida cuanto echaren sobre vuestra persona los mundanos en desacato de Jesucristo².

¿Sabéis el principal merecimiento del patriarca Abraham en su celebrado sacrificio? Dicen unos que fué la obediencia heroica con que se rindió sin contradicción al áspero mandamiento; otros, la prontitud con que ejecutó sin tar-

¹ Job, xli, 4.

² Tunc omne fidei robur expenditur, cum in sermones vulgi atque in opprobrium venitis; cumque te contra illius populares insanias religiosamente firmaberis, convincens scilicet et repugnans quicquid super personam tuam in injuriam Christi profanus sermo jactaverit. (De laud. mart.)

danza el sangriento ministerio; otros, su admirable fe, con que abrazó, sin titubear, promesas, al parecer, encontradas y repugnantes. Todos dicen verdad; pero si preguntáis á San Zenón os responderá: ¿Sabéis qué? Una cosa, por cierto inesperada. Que el principal mérito del santo Patriarca consistió en hollar el qué dirán, en despreciar con pecho magnánimo las habilllas á que su obediencia le exponía. Y es así, que si llevaba á cumplimiento acción tan gloriosa, en vez de renombre de justo hubiera alcanzado fama de bárbaro y cruel. A la nueva de suceso tan inhumano, ¿cómo se hubieran desatado las malas lenguas y ensangrentado en su honor! Llamáranle tigre, no hombre; verdugo, no padre de sus hijos; y aquella constancia inexpugnable de su alma, merecedora de gloria inmortal, le hubiera acarreado atrocísimos insultos.—Bárbaro, dirían, ¿y con qué firmeza empuñó la cuchilla! ¿Visteis acaso derramar una lágrima, lanzar un ay de compasión, desviar el rostro al descargar el golpe? Antes él mismo, con sus propias manos, le ató al ara funesta; él mismo le vendó los ojos; él mismo le desnudó la garganta, y, alzando el brazo, él mismo, desapiedadamente, se la cortó; y un solo padre cumplió los oficios de muchos cruelísimos sayones.—Y advertid que no basta á justificarse con decir que era mandato de Dios. No, hermanos míos; porque ¿cómo diera á entender á aquellas gentes, infieles la mayor parte, que su resolución era ordenamiento del cielo y no delirio de su crueldad? Opusísimamente, por el contrario, que no se contenta Dios con sacrificios de víctimas humanas, y que sin duda serían voces infernales lo que se le antojó voz y mandamiento divino. Pues veis aquí el incomparable mérito del prudentísimo Patriarca, que, sin embargo de ver contra sí la universal desaprobación, cerró los oídos á los torcidos pareceres de los hombres. No temió, dice San Zenón, que le tuviesen por cruel y parricida; antes, para mostrar su rendimiento, alegrábase que Dios nuestro Señor le hubiese mandado sacrificio tan costoso: *Non timuit ne ei parricidium imputaretur, sed magis, ut devotioni pareret, lactabatur hoc Deum jussisse*¹, y

trais
probado por los consiguientes conjeturas de la muerte de Isaac,

antiteña.

prosopopeya,

resuplicación

y viva hipotesis.

Anticipación

desvanecida

cuo si dijo de San Zenón.

¹ Serm. 1 de Abraham.

pasaba gustoso por la nota de parricida y sanguinario, por no perder el mérito de la obediencia.

Consentidos y aplicados fervorosos

por enumeración y subjección

apoyada en testimonio bíblico

Conveniente con los ejemplos de Job

(Himnopoeya y sarcasmo)

Este es, hermanos míos, el mérito grande que os propongo: que sufráis magnánimos que os censuren agríamente lo más digno de alabanza. ¿Frecuentáis los santos Sacramentos por devoción? Pues sufrid que se diga lo hacéis por hipocresía. ¿Os estáis en vuestras casas por espíritu de recogimiento? Pues tomad en paciencia que se atribuya á mal humor. ¿Os absteneis de comilonas y banquetes por templanza? Pues aguantad que os tengan por tacaños y miserables. ¿Dais paz al enemigo por conciencia? Estad apercihosos, porque lo achacarán á cobardía. ¿Huís de las honras y dignidades por humildad? Pues resignaos á pasar por ruines y de apocados pensamientos. Harto veo que os pido mucho. Pero ¿qué queréis, si plugo á Dios que éste fuese el crisol de la virtud? En el fuego se acendrán el oro y la plata, dice el Eclesiástico; mas los hombres de buen temple, en el crisol de la humillación: *In igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humilitionis* ¹.

¡Desventurado Job! ¿Cuánt pensáis que fué el sentimiento más vivo, más acerbo, más cruel, que traspasó su alma en tanta tempestad de tribulaciones? Por ventura nunca disteis en ello. Fué, pues, imaginar que los que le mirasen cubierto de sucia y vergonzosa lepra, pensarían que era efecto de juveniles desórdenes, sin embargo de haberse conservado siempre con gran limpieza. Tal era la rabiosa sed de Satanás, según comentan muchos Doctores alegados por el sapientísimo Pineda, inficionar el cuerpo de Job y herirlo fuertemente con una especie de enfermedad que suele estragar á los sensuales, *ulcere pessimo*. Por donde forzosamente oíría muchas veces llamarse lascivo, disoluto, deshonesto.—Miradle, dirían: sus huesos están henchidos de los vicios de su mocedad: *Ossa ejus implebantur vitiiis adolescentiæ ejus* ². Su merecido se tiene.—Mas el pacientísimo varón, sin dárles ningún crédito, bendecía al Señor con aquellos labios, que Satanás le dejara intactos con el propósito infernal de que rompiera en alguna blasfemia ó desatino: *Derelecta sunt*

¹ Eclii., II, 5.—² Job, XX, 11.

tantummodo labia circa dentes meos ¹. ¿Cómo desgarrarían su corazón cargos tan feos como injustos! A bien que no fué el primero ni el postrero en padecerlos.

El gran libertador Moisés sobrellevó fatigas indecibles en el gobierno de seiscientos mil hombres, en oír sus querellas, apaciguar sus discordias, componer sus pleitos importunos; y, cuando esperaba de su pueblo loores y haciimiento de gracias, óyese de boca de un pastor, recién llegado de la majada, que era un necio y mentecato en tomar sobre sí tantos negocios: *Stulto labore consumeris* ². ¿Qué diré de Ana, la celebre esposa de Elcana, la cual, de ser admirada por el fervor perseverante con que velaba continuamente y oraba en los umbrales del templo, fué solemnemente escarnecida como beoda y mujer sin seso ³? ¿Qué de Vasti, la del rey Asuero, la cual, debiendo ser alabada de compuesta y recogida, porqué rehusó hacer alarde de su hermosura ante la muchedumbre de convidados, la tuvieron de común consentimiento por cabezuda y porfiada ⁴? Y el santo viejo Tobías, ¿no tuvo que oír de boca de sus amigos y allegados que él se tenía la culpa de la guerra que le aquejaba, que por qué se andaba de noche recogiendo cadáveres y dándoles sepultura?

Veis aquí, hermanos míos, la gloria á que debéis aspirar, en la medida de vuestras fuerzas y según la divina ordenación: ¡Oh qué dicha padecer injurias y baldones por la cosa más loable del mundo, que es la virtud y santidad! ¿Ignoráis, por ventura, que, si sois afrontados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados? *Si exprobraverint in nomine Christi, beati eritis* ⁵. Esta es la felicidad, ésta la bienaventuranza del cristiano, si no nos engañó la Sabiduría encarnada cuando dijo: Bienaventurados sois cuando os maldijeren los hombres: *Beati estis cum maledixerint vobis* ⁶; y por San Lucas: Dichosos de vosotros si los hombres os aborrecen: *Beati eritis cum vos oderint homines* ⁷. Así que, si no es cierta y verdadera esta bienaventuranza, ningún artículo de

¿Porque más bienaventurados si os aborrecen los hombres?

por congruencia de testimonios divinos.

¹ Job, XIX, 20.—² Ex., XVIII, 18.

³ Reg., I, 13.—⁴ Esth., I, 11 seq.—⁵ 1 Pet., IV, 14.

⁶ Math., V, 11.—⁷ Luc., VI, 22.

nuestra fe será verdadero, comoquiera que el autor de todos ellos es la misma verdad y persona de nuestro Señor Jesucristo.

V

ARG. 4.^o

De las congregaciones y con qué gusto. Frente los burladores se trocarán en burlados, y viceversa. Esos go burlos ahora los vases respectivos del mundo.

por autoevidencia humana.

por testimonio divino.

por grandiosa semejanza de Noé. Narración ilustrada.

Parte 1.^a
Noé burlado

en su santidad burlado.

Mas decidme, por vida vuestra, católicos, ¿cuánto en fin, durarán tales denuestos y trabajosos vivir? ¿Olvidasteis que se trocarán un día en admiradores de vuestra constancia los que ahora se burlan de vuestra simplicidad? Vendrá día, vendrá sin duda, exclamaré con San Jerónimo, en que este cuerpo mortal y corruptible se vestirá de incorrupción é inmortalidad gloriosa: *Veniet, veniet illa dies, qua corruptivum hoc et mortale, incorruptionem induat et immortalitatem* ¹. Y en este día grande y el postrero de los días, ¡qué regocijo el vuestro cuando, en el acatamiento del cielo y de la tierra, estaréis á rostro firme y con maravillosa constancia acusando á los que os atribularon y oprimieron! *Stabant iusti in magna constantia adversus eos, qui se angustiaverunt* ², y os burlaréis de vuestros burladores y os reiréis de los que de vosotros se rieron.

¿Sabéis qué se me viene al pensamiento cuando trato de representarme esa alegría? Figúrome ver á Noé cerrado en el Arca misteriosa. No creo que pueda describirse con mayor viveza. Jamás hombre en el mundo fué tan insultado por su bondad como el mansísimo Noé. Viviendo, como vivía, en medio de un pueblo desenfrenado, sin Dios, sin mandamientos, sin vergüenza, y brillando él como antorcha resplandeciente en todo linaje de virtudes, no es creíble, dice el Crisóstomo, la ojeriza que tendrían y las blasfemias que vomitarían contra el Santo ³. Mas creció esta mala voluntad cuando, hastiado el Señor del género humano, determinó en su ira destruirlo, y al efecto mandó á Noé que fabricase un Arca ó casa flotante, donde se guardiese

¹ Epist. 1 ad Heliod.,—2^a Sup., v. 1.

² Verisimile est, cum praeter morem, omnem virtutem coheret, eum subsannatum fuisse et irrisum ab omnibus. (Hom. 23 in Gen.)

del naufragio universal. ¡Oh, qué ocasión ésta para chan- cearse con el siervo de Dios sus necios burladores! Pudiera ser que infundiese temor en el ánimo de muchos la primera vez que les intimó la terrible sentencia del Eterno y el próximo exterminio; mas, cuando vieron que se pasaba un año y otro año, y aun no asomaba por ningún lado la amenazada catástrofe, y al bueno de Noé que se fatigaba más que nunca en su tarea, ¡oh, entonces cómo correrían alrededor del Arca, y harían burla del santo viejo, llamándole á boca llena desatentado, ridículo y profeta mentiroso! Y al reparar después que, muy aprisa y despejado el cielo, se metía en aquella concavidad tras un ejército numeroso de animales y bestias fieras, que iban entrando de dos en dos, como en vistosa carrera, ¡cómo subirían de punto las risas y carcajadas, los apodos y denuestos!—Mirad, mirad al trastornado viejo, dirían aun los menos desalmados. ¡Que pudiendo gozar del aire libre y de la hermosura del cielo limpio y sereno, se condene á cárcel tenebrosa y noche perpetua! Antojos de viejo fastidiado de vivir, pues sin aguardar la muerte, él mismo se labró la sepultura, y se entierra en vida el mentecato. ¡Lindas pláticas podrá trabar con los osos y jabalíes! ¿Qué hierros serán bastantes á frenar á tanta fiera que no le hagan pedazos? Y á fe que es torpeza. Teme que las aguas no le ahoguen, y no teme que le destroeen los tigres y despedacen los leopardos.—En estos ó semejantes términos motejarían á Noé mientras se entraba en el Arca. ¡Tan ciegos estaban, y tan tiesos é hinchados sus corazones!

Mas cuando de ahí á siete días vieron que, abriéndose poco á poco las cataratas del cielo, comenzó á llover con tanta furia, á engrosarse los arroyos, á bramar los torrentes, á embrivecerse los ríos y á desbordarse el mar; y cómo anegada por tantas partes la campiña y sumidos los valles, hasta los montes se maravillaban de ver las aguas salobres correr por los picos más elevados, ¡oh, qué sentimientos tan contrarios!, ¡qué escena tan diferente de la primera! Bizarra y majestuosa meciase en el nuevo océano el Arca del varón justo, no ya cárcel de ignominia, sino carro de victoria; y entre el fragor de las tempestuosas nubes que

en sus sacrificios y fabrica del Arca,

en su entrada en ella,

por primogenitura

amarquinismo dualista,

concluidas por epifonema.

Parte 2.^a
Noé burlado.

exposición por hipocritismo del diluvio.

semejaban el estruendo de cien batallas; entre el silbido de los vientos, que, crujendo tristemente, parecían lamentar la agonía del mundo; entre la grito de los que huían, y los clamores de los que se ahogaban, y los ayes de los que por doquiera se morían, sólo ella iba intrépida entre tantos sobresaltos, y segura en medio del asolamiento universal. Persuádome que el benignísimo Noé, al ver la ruina y pérdida de los impíos, sintió entrañable compasión, más bien que gozo ó rencorosa complacencia; y así no es de creer que le pasara siquiera por la mente asomarse á la ventanilla del Arca para insultar y hacer burla de los infelices moribundos.

de la seguridad del Arca,

transición.

Los burladores insultados.

por decirse entusiasmado y apasionado.

por construcción.

y sarcasmo satírico.

por sustitución de la dicción de ellos.

Mas permitidme que haga yo sus partes y tome su defensa, y que, mirando el espantoso naufragio desde elevadísima cumbre, les apostrofe de esta suerte: — ¿Dónde estáis, orgullosos pecadores, que os burlabais á vuestro sabor de la inocencia y simplicidad del siervo de Dios? Alzad, alzad un poco esas frentes contrastadas con los golpes de agua que están á punto de sumiros en lo hondo, alzadlas y mirad esta majestuosa mole que se pasea sobre vuestras cabezas. Es el Arca de Noé que navega victoriosa, sin temer naufragios ni recelar la muerte. ¿Dónde están, decidme, vuestros soberbios edificios? ¿Dónde vuestros palacios y torres almenadas? ¿Que esté más seguro Noé en su frágil leño que vosotros en vuestros castillos é inexpugnables fortalezas! ¿Os acordáis? Hacíais burla de él, porque con noble pecho y levantado corazón despreciaba vuestras pompas, aborrecía vuestro fausto, ni tomaba parte en vuestros sucios entretenimientos; y motejabais como delirio y desesperación de hombre melancólico encerrarse en vida dentro de una cárcel estrecha y movediza. Ahora es tiempo de reiros, ahora es tiempo de burlaros, con la muerte al ojo y el cuchillo de Dios á la garganta. ¡Oh, necios burladores del varón justo! Flotando van vuestros miembros por la superficie de las aguas, antes podridos que muertos, hechos juguete de encartadas olas que os arrojan arrebataadamente acá y acullá, sin esperanza siquiera de depositar los huesos fatigados en alguna desierta playa, ¡triste consuelo jamás negado al náufrago más miserable! Sólo Noé no se congoja

en tan deshecha borrasca ni teme que le falte puerto, pues lo lleva consigo mismo. Consigo lleva la seguridad y el descanso; y cuando á vosotros os es fuerza sumiros como el plomo en el profundo del mar, á él le lleva por encima de las aguas la mano del Señor.

Mas ¿qué hago? ¿Adónde me dejé transportar en alas de risueña complacencia? Justos son, pero desaprovechados, mis clamores, pues ya los desventurados ni tienen oídos para oír ni espacio para dolerse. No salgamos de este templo y discurremos en confianza entre nosotros. ¿No os parece horrible la catástrofe del diluvio universal, y la suerte de Noé más envidiable que la de los malvados burladores? Tal será, pues, vuestra dicha si perseveráis firmes entre las bestias y escarnios de los impíos. Riense ahora de vosotros, porque rehusáis hacerles compañía en sus bullas y diversiones; no cesan de morderos y atropellos porque, como si vieseis la muerte ya vecina, en lugar de espaciaros al aire libre determináis de propia voluntad irros al recogimiento del claustro y castigaros con las asperezas de la vida religiosa; y si á tanto no llega vuestro fervor, preferís pasar los días de fiesta encerrados en casa ó en alguna iglesia ú oratorio, á pasear por plazas y jardines tras el desvanecimiento del mundo ó el desenfrenamiento de la carne. Mas ¡ay, y cuán breve es su risa!, ¡cuán pasajeras sus burlas! Cuando estalle aquella tempestad y diluvio postrero, no de agua, sino de fuego, ¿adónde se refugiarán los infelices? Querrán entonces lograr un rinconcito de vuestra arca, llamada divinamente en la Sabiduría *contemptibile lignum* ¹, leño despreciable; mas en vano. Trocadas estarán las suertes, mudada la fortuna. Y vosotros, mirando cómo se hunden en las profundidades del abismo, estaréis á rostro firme y con admirable constancia contra los malos que os atribularon y oprimieron: *Stabant in magna constantia adversus eos, qui se angustiaverunt* ²; y aun desde el cielo podréis justamente reiros de sus risas y burlaros de sus burlas y denuestos. ¿No os alienta esta consideración á despreciar la vocería de esos perros, los cuales ladrar pueden, mas no morder.

y la confianza de Noé.

Parte 1.ª & aplicación de las anteriores. Transición por corrección.

Aplicación de la 2.ª parte á fuga de los malos contra los buenos.

por enumeración.

Aplicación de la 2.ª parte á burlas de los buenos contra los malos, el día del Juicio.

Consecuencia final y

¹ Sap., x, 4. — ² Sap., v, 1.

trámite por se-
mejara á la pe-
roración.

ros ni dañaros? Ea, pues, hermanos míos, dejad que ladren cuanto quieran, dejad que os ridiculicen, dejad que os calumnien á su gusto, que ya nos veremos en aquel solemne día y quedará confundida su jactancia y enfrenado su loco atrevimiento.

Arg. 5.º de Pas-
sador por atre-
tos de audacia sus-
ta y noble desor-
güenza.

Pomestado quien
nos los que vá-
ben.

quien son los que
ocurren.

¿quién es el
hombre y suer-
tal de Dios?

los ámbros que im-
piden estos res-
petos.

VI

¡Oh día grande! ¡oh día de luz y de claridad! ¿Cuándo vendrás á descubrir al mundo las verdades que he significa- do á mis oyentes? Gozaos, hermanos míos, no desmayéis; la vida es breve. Si es menester por corto plazo sufrir los tiros de la maledicencia y las mordeduras de esos reptiles asquerosos, ¿qué importa? Así será mayor vuestra gloria y ensalzamiento. Os alabarán los ángeles, os glorificarán los arcángeles, y todos los espíritus del cielo os cantarán cánticos de triunfo. ¿Por qué hacemos cuenta de lo que ahora nos dicen para mortificarnos unos hombrucillos viles y de barro? Oid lo que el Señor os intima por Isaías: No temáis los denuestos de los hombres, y de sus vituperios y blasfe- mias no hagáis caso. Porque se los comerá el gusano como roe la vestidura, y como un pedazo de lana los consumirá la polilla. Pero mi salud durará para siempre ¹.

¡Dichosos de vosotros si jamás olvidáis esta sentencia del Espíritu Santo! ¿Qué es el hombre, aun el más encumbra- do y desvanecido? ¿Qué es, sino un poco de tierra, un pu- ñado de ceniza? Y, sin embargo de ser así, hácesles más caso y reverencia que al mismo Dios! ¡Oh vergüenza! ¡oh desdoro! ¡oh confusión!

Veréis que hay muchos entre vosotros mismos, que se sienten movidos á la virtud, á la frecuencia de sacramen- tos, á macerar su carne con ayunos y asperezas, á leer li- bros piadosos, á componer á los desavenidos, á visitar cár- celes y hospitales, á promover obras de celo y común utili- dad, y con todo no llegarán á ejecutarlo; ¿sabéis por qué?

¹ Nolite timere opprobrium, et blasphemias eorum ne metuant. Sicut enim vestimentum, sic comedit eos vermis; et sicut lanam, sic devorabit eos tilia. (Is., LI, 7-8.)

Por temor de una lengua maliciosa que de ahí á poco ha de pudrirse. ¡Oh, cuántos habrá que por el mismo vanísimo respeto llegarán á cometer desórdenes que jamás les vinie- ron al pensamiento! Acércase un amigo:—¿A qué tanto sermón?—os dice.—Vamos á jugar, vamos al teatro, vamos al pasatiempo. Ea, no me deis un disgusto.—Y, en reali- dad de verdad, por no dárselo al miserable hombre, se lo dais á Dios. Os convida á la tertulia, y al instante respon- deis: vamos á ella. Os convida á bailes y saraos, os convida á banquetes y profanas reuniones, os convida tal vez á otros sitios más sospechosos y no nada limpios, y ni aun entonces tenéis corazón para negaros y decir que no. Teméis una chanza, una burla picante, una sonrisa maliciosa, y os de- jáis arrastrar del maldito compañero hasta la boca misma del infierno, sólo por el empacho de responderle á secas: No quiero, vete solo. ¡Oh cristiano! ¿Y no es locura y remata- da torpeza hacer tanta estima de un hombre como vos- otros?

Cuenta allá el historiador Plutarco ¹ de algunos persona- jes que, como fuesen convidados á comer en cierta casa donde recelaban una traición, fueron, no obstante, por no parecer descomedidos. Y así dice que murieron Dion á ma- nos de Calipo, y Antipatro á manos de Demetrio. Mas vos- otros, ¿no sois aún más locos y desatinados? Convidaos el mal amigo á la mala ocasión, donde os espera el demonio para dar con vuestra alma en el precipicio del pecado, y no obstante seguís como corderos, de miedo que no os moteje de desatentos ó mal educados. ¿Por qué no lo rechazáis con valentía? ¿Por qué no le dais con la puerta en los ojos, imi- tando á los que os dejaron nobles ejemplos de libertad y san- ta independencia?

Xenófanes, con ser gentil, oyéndose apostrofar de un man- cebo rico, que le llamó ruin y para poco, por rehusar acom- pañarle á una partida de naipes, respondió franca y desem- bozadamente que, en realidad, él era muy ruin y apocado para cosas tan bajas y apocadas ². Y á vosotros, cristianos,

¹ De vitioso pudore.

² Passus est, ad res inhonestas timidissimum esse. (Plut., ibid.)

los me á que ara-
cau;
por dialogo

y enumeración

Confirmase por
ejemplo.

afectos de ra-
bor y de vergüen-
za.

ejemplo y

aplicación.

¿faltaos pecho para protestar con semejante entereza en cosas más bajas, más ruines, más abominables?

Exclamación vehementemente al ejercicio de cristiana valentía.

Abrió ya y declaraos para siempre. Decid con el Profeta: *Vota mea Domino reddam coram omni populo eius* ¹. Ofreceré mis votos al Señor en presencia de todo el pueblo. ¿A qué tanto encubrirse? ¿A qué tanto recatarse? ¿A qué tanta disimulación y timidez? *In medio Ecclesiae laudabo te* ². Ensalzaré tu nombre en medio de tu pueblo. *In medio multorum laudabo eum* ³. Alabaré al Señor en medio de la muchedumbre. Si, en medio de la muchedumbre y á los ojos de las gentes habéis de observar la ley de Dios, como hacia el Profeta Rey. ¡Bienaventurados de vosotros si hoy tornáis á vuestras casas con este santo descaro en la frente, con esta gloriosa desvergüenza, bello timbre del verdadero cristiano! ¡Cuántas señoras arrancarían de sí esos atavíos que, como tan discretas, saben muy bien de cuánto peligro sean para sus almas, ya por la vanidad que engendran, ya por el escándalo que ocasionan, y que no se atreven á quitar del todo por no parecer menos, que es decir de miedo y cobardía! ¡Cuántos caballeros serían más recogidos y compuestos si holieran varonilmente el espantajo del temor mundano!

con los palabras y ejemplos de David.

del apóstol San Pablo.

Esta es la desvergüenza de que se gloriaba el Apóstol cuando decía: No me corro de profesar el Evangelio: *Non erubescio Evangelium* ⁴, y ésta deseo en todos vosotros. No os avergoncéis, no, de hincar ambas rodillas en el acatamiento de la divina Majestad, que le agrada mucho á Dios este derribarse profundamente la criatura, como se nota en las Escrituras, y es alabado de ello Salomón: clavó en tierra ambas rodillas: *Utrumque genu in terram fixerat* ⁵. No os avergoncéis de asistir con recogimiento y devoción á los oficios divinos y de callar cuando otros por ventura hablan, de orar cuando otros acaso rien. Decid con frente levantada: *Deus meus, in te confido, non erubescam* ⁶. Dios mío, en Vos confío; jamás me avergonzaré de ser y parecer vues-

¹ Ps. CIV, 14. — ² Ps. XXI, 23.

³ Ps. CVIII, 30. — ⁴ Rom., I, 16.

⁵ 3 Reg., VIII, 54. — ⁶ Ps. XXIV, 2.

tro. Y ¿de qué tengo de avergonzarme, Criador y Padre mío amorosísimo? En Vos pongo mi honra. Búrlense los demás, desprecíenme, escarnézanme norabuena; bástame, Señor, que os agrade á Vos. Ellos me maldecirán, y Vos me bendeciréis: *Maledicenti illi, et tu benedices* ¹. ¡Oh dulce consuelo! ¡Oh sabrosas palabras de David! Maldeciránme ellos y dirán que soy hombre para poco, y Vos me bendeciréis. Dirán que no tengo crianza ni modales, y Vos me bendeciréis. Dirán que soy un ridículo, y Vos me bendeciréis. Diránme hipócrita, mojjigato y farsante de religión, y Vos me bendeciréis. Ellos, en suma, me maldecirán, y Vos en tanto me bendeciréis: *Maledicent illi, et tu benedices*. Así, y con tales razones, debéis esforzaros, ¡oh católicos!, á hollar el mundo, á escupir sus perversos pareceres, á perseverar constantes en la práctica de la virtud, teniendo por norma la sentencia del humilde San Francisco: Poco importa que me alabe el mundo, si Dios me desalaba. Poco importa que los hombres me desalaben y vilipendien, si me estima y alaba Dios.

Desprezación de coalitaz.

por conmutación.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

SEGUNDA PARTE

VII

CONTEXTO DE LA LINGÜÍSTICA.

Hasta aquí hemos esforzado á los buenos á despreciar las malas lenguas, con aquel ardimiento y valentía con que despreció la Cananea las habillitas de la gente y se presentó á Cristo nuestro Redentor en el camino público. Mas ahora no puedo contener mi justa indignación contra los malos cristianos, enemigos y escarnecedores de la virtud que no practican; no puedo encerrar tanto el celo que me inflama, que no aice mi voz y les represente hoy la enormidad de su pecado y el extremado riesgo á que se ponen al combatir de propósito la bondad de sus hermanos. Y ¿quién creyera oyentes míos, que el mayor impedimento para ser bueno un cristiano está en los cristianos mismos? Y si en el corazón

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

de la virtud.

¹ Ps. CVIII, 28.

del cristianismo no es lícito ser virtuoso á cara descubierta, menester será que huyan todas las virtudes de la compañía de los hombres. Lo cual, conociendo bien el tantas veces alabado Salviano, reprende con lágrimas la temeridad de los malos con estas amarguissimas razones: Si al punto que uno se resuelve á ser mejor es pisado y escupido de los malos, todos, en cierta manera, se verán forzados á ser malos por no ser deshonrados y envilecidos. *Si statim, ut quis melior esse tentaverit, deteriorum abjectione calcatur, omnes quodammodo mali esse cogentur, ne viles habeantur.* Esto quisierais, infelices, arrastrarlos á todos al pecado para esconder vuestra maldad entre la muchedumbre de los pecadores, y decir como aquel perverso en el libro del Eclesiástico: *In populo magna non agnoscat* ¹. Confundido entre muchos, no habrá quien me conozca ó señale con el dedo.

Pues bien, lógrese vuestro deseo, cúmplase vuestra maldita voluntad. Pero escuchadme, y responded á mis preguntas. Vosotros perseguís al justo, al bueno, al fervoroso, ya con motes y apodos, ya con bías y calumnias, para desviarle del camino comenzado, ¿no es ello cierto? Pues sea así; deje aquella mujer su recogimiento por daros gusto, deje el otro joven sus devotos ejercicios, y vayan en vuestra compañía á gozar de los pasatiempos del mundo; jueguen, rían, dancen, huelguense á su sabor; y al sonido de las blandas cítaras, y al eco de las placenteras lisonjas, no haya prado que no paseen, ni flor que no cojan, ni deleite que no busquen y gocen hasta no poder más; ¿qué habéis sacado, miserables? Vosotros imagináis que gran ganancia; yo digo que, tal vez, pérdida é incomparable ruina. Porque, suponed un momento que aquel infeliz, desviado por vuestras sugerencias de la senda de la salud, y puesto en el precipicio de la perdición, no pare de resbaladero en resbaladero hasta condenarse por culpa vuestra.

Por el bien de vuestras almas, por la sangre de Jesucristo, permitidme que con apostólica libertad, no inferior al respeto que debo á tan ilustre auditorio, desahogue mi confidencia de razón y os declare un profundo sentimiento que, como es-

¹ Eclii., xvi, 17.

pina, me taladra y no me deja sosegar. Hermanos, tiemblo de pies á cabeza y me horrorizo al pensar cómo puede uno dormir tranquilo si sabe ó conjetura que por causa de él ha caído un alma en los infiernos. Un alma sólo que haya echado en el profundo, ¡qué congoja tan mortal! qué sobresalto ha de causarle! ¡Oh qué voces de dolor lanzará la desventurada, qué alaridos, qué llanto, qué rugidos de desesperación, sumida en aquellos lagos infernales! ¿Cesará nunca de gritar *venganza* contra el maldito que fué instrumento principal de su perdición? Nunca jamás, antes bien atronará los infiernos y rugirá la condenada ante el trono de su Majestad, pidiendo la sangre, pidiendo la muerte, pidiendo la condenación de quien fué causa de su eterna condenación.

Declara el Espíritu Santo que aun de las cenizas de venganzas claman continuamente *venganza* las tumbas de los Santos contra los matadores de sus cuerpos. ¡Cuántas veces oímos aquellas tremendas imprecaciones! Éntre, Señor, en vuestro acatamiento el gemido de los pobres encadenados. Vengad la sangre de vuestros santos que ha sido derramada: *Intra in conspectu tuo gemitus competitorum: vindica sanguinem Sanctorum tuorum, qui effusus est* ¹. Y eso que su muerte, aunque penosa, fué el principio de su eterna bienaventuranza, y, quitada la ofensa divina, más debieron al cuchillo del verdugo que á los pechos que los amamantaron. De donde dijo bien San Agustín: que nunca los enemigos de Cristo pudieron aprovechar tanto á nuestros mártires obsequiándolos, como aprovecharon aborreciéndolos de muerte ².

¿Qué harán, pues, los malaventurados que hubiesen recibido de nosotros, no ya la muerte temporal del cuerpo sino la eterna del alma? ¿Pasaráse momento en que no griten desde las mazmorras del abismo: ¡*Venganza*, Señor,

¹ *Intra* de la Misa de Mártires. El salmo dice así: *Innotescat in nationibus coram oculis nostris ultio sanguinis servorum tuorum, qui effusus est: introeat in conspectu tuo gemitus competitorum.* (Ps. lxxvii, 10-11).

² *Profanus hostis nunquam tantum profdesse potuisset obsequio, quantum profuit odio.* (Serm. 19 de Sanctis).

o) porque no queda por vosotros que desparezca del mundo la virtud;

por testimonio humano

y divino.

o) porque todo de quien se dice malo, se condena:

lper concetudo recuperacion.

y entonces Jay de vosotros?

Introducción de

horror y entrañable lastima)

porque en los infiernos clamarán venganza.

Por argumento á fortiori.

Los santos piden venganza contra los verdugos de sus cuerpos.

cuanto más los condenados claman los verdugos de sus almas.

venganza! Si, *venganza*, clamará rabiósamente aquel infortunado joven; *venganza*, Señor, contra mi enemigo eterno; pues teniendo yo costumbre de confesar y comulgar cada ocho días, él con sus befas y chacota me apartó de tan santo ejercicio y me fué ocasión de morir en pecado. *Venganza*, clamará aquella desgraciada mujer; *venganza*, Señor, *venganza* contra ese maldito que me arrancó de mis devociones y recogimiento con sus donaires, y así me entregué, como tantas, á la vanidad del mundo y me condené. *Venganza*, *venganza*, aquel otro infeliz mancebo; *venganza*, Señor, porque, llamándome Vos sin duda al sacerdocio ó á la religión, aquél me desvió del camino del cielo y me precipité en los despeñaderos del pecado.

Y si ellos así gritan y provocan la ira de Dios contra nosotros, ¿qué haremos para acallar sus gritos? ¿Cómo taparemos sus bocas, hambrientas de venganza? ¿Por ventura con ruegos, ó con dádivas y halagos? No, responde el Espíritu Santo: *Zelus et furor viri non parcat in die vindictae, nec suscipit pro redemptione dona plurima*¹. El celo y furor del varón irritado no perdonará en el día de la venganza, ni recibirá por su rescate don alguno. No sólo no quieren, mas ni pueden los infelices recibir solaz alguno; su único afecto es el odio; su placer único, el placer de la venganza. ¿Cómo, pues, se calmará su sed y hartará su justa indignación hasta ver en los tormentos al causador de su ruina? Y Dios,

¹ Y Dios se verá forzado á escucharlo.

Afectos de terror y espanto

cansado, por decirlo así, con tales voces y tan horrenda gritería, ¿cómo podrá recibir nuestras almas en el cielo, mientras la otra desdichada se despedace por culpa nuestra en los infiernos? ¿No se verá forzada la divina Justicia á darnos llamas por llamas, tormento por tormento, condenación por condenación? Quien se alegra en la perdición del prójimo, no quedará sin castigo, nos íntima la Verdad eterna: *Qui ruina lactatur alterius, non erit impunitus*². ¿Qué será, pues, de quien fué tropiezo y ocasión de ella? ¡Ay de mí, que se me huela la sangre de horror sólo al pensarlo, ni alcanzo á comprender cómo el que se fija en este pensamiento puede pasar un día alegre ni una noche sosegada, y que

¹ Prov., ix, 34-35.—² Prov., xvii, 5.

no le parezca ver entre sueños aquella alma condenada, que en talle de espantosa furia, ceñida de llamas, cercada de humo, lanzando veneno de sus sangrientos ojos, le azota los costados con enroscadas víboras. ¿Y nos pondremos nosotros á tanto riesgo?

Ruégoos, pues, amadísimos hermanos, ruégoos ardientemente por el Corazón suavísimo de Jesús, que una vez al menos deis oídos á este vuestro afectísimo, aunque desaprovechado siervo, codicioso únicamente de vuestra eterna felicidad. Suplicoos, pues, que al recogeros esta noche y al examinar vuestra conciencia, como supongo tenéis de costumbre, penséis un rato, reconociendo los escondrijos de vuestro corazón, y os preguntéis, como si estuviérais en el tribunal divino: ¿He escandalizado á alguno? ¿Aborrezco por su bondad? ¿Dámme en rostro las loables prácticas del prójimo? ¿He desviado á alguna persona del camino del cielo, ó ridiculizado su cristiano modo de proceder? Si la conciencia os responde que no, dad gracias al Señor; mas si os responde que sí, temblad y horrorizaos, no sea que os deparéis para el infierno un cnemigo, que grite ante su divina Majestad *venganza y muerte* contra vosotros, y repita sin cesar *muerte y venganza* hasta conseguir su petición.

Dulce oración cada

y práctica muy útiles;

conclusión á leerse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO OCTAVO

Dos **pasiones** ó afectos encontrados quiere excitar el orador en los oyentes: el uno de **aliento**, el otro de **temor**; el uno de fortaleza varonil, el otro de miedo y espanto; de lo cual nace un contraste magnífico de hermosura singular y de poder irresistible. Porque estos dos afectos, que se mueven en la primera y en la segunda parte respectivamente, no se embarazan ni van desunidos ó aislados, sino que se encaminan ambos á un mismo fin de hollar y desprestigiar el maldito *qué dirán*, ruina y asolamiento de las almas. Cuando alienta á las víctimas del respeto humano, ¡cómo temblan los *verdugos* y los *mofadores* de los buenos!; y cuando aterra á los *verdugos*, ¡cómo se esfuerzan las pobres víctimas viendo á sus enemigos confundidos y humillados! Así allana el orador el camino á la virtud, así triunfa del mayor obstáculo que encuentra el Evangelio en el pueblo fiel, que es la timidez y cobardía de los buenos, merced á la cual crece la arrogancia de los malos, y nos oprime, y nos amedrenta, y nos tienen sin voz y casi temblando, y esto no amenazándonos con *ecótes* y tenazas, sino con palabras que se lleva el viento.

Primera parte. El afecto principal que infunde es un **aliento varonil y santa desvergüenza**. ¿Cómo dispone los ánimos y los arrastra á la pública profesión del Evangelio, y á menospreciar los dichos y pareceres de los hombres? Moviendo por su orden estos afectos secundarios:

a) **Desesperación**, la cual ha engendrado muchas veces acciones muy heroicas. Hernán Cortés, quemando las naves, alienta á los suyos á la conquista de la Nueva España. Es inevitable que los malos se burlen de vosotros. Luego, adelante, y pecho por tierra seguid á Jesucristo.

b) **Emulación**. No hay como el ejemplo para esforzar á los flacos. «¿Qué ánimo, pues, no debe darnos ese escuadrón fortísimo de compañeros que va delante esforzándonos al vencimiento del mundo?»

c) **Propio interés**. ¿Queréis un bien sobre todo: bien?

¿Queréis tener de vuestra parte al mismo Dios? Pues aguantad, por amor suyo, esos baldones é injurias.

d) **Honra verdadera**. El temor de la afrenta es lo que espanta á los de apocado corazón y á las víctimas del respeto humano. Por esto les pone ante los ojos la gloria no perecedera de quien padece por Jesucristo, y les inculca aquella sentencia del Salvador: Bienaventurados sois cuando os maldijeren los hombres.

e) **Esperanza**. Pronto tendrán fin esas mofas y escarnios, y los burladores se trocarán en burlados, porque cercano está el día del Señor.

Y de estos afectos, sabiamente combinados, nace el de **aliento y fortaleza** para servir á Dios á rostro descubierto, diga el mundo lo que dijere.

Adviértase la maestría con que va colocando los argumentos. Juntáncese y se dan aquí la mano, la disposición lógica ó natural con el orden y disposición oratoria, que muchas veces suelen encontrarse en el discurso. Llamamos **orden lógico** cuando seguimos la **naturaleza** de las cosas. **Oratorio ó artificioso**, cuando se disponen las pruebas según el **efecto** que ha de producir en los oyentes, consideradas las circunstancias de personas, lugar, tiempo, estado de la causa, conmoción de los ánimos, ingenio y edad del orador.

Lógica es aquí la disposición, porque los **primeros** argumentos se refieren al tiempo pasado, donde siempre fué burlada la virtud; los **segundos** al presente, en que se granjean tantos bienes de ser vituperados por Cristo; y los **últimos** al tiempo porvenir, cuando se dará á cada uno el grado de honra ó deshonra que por sus acciones hubiere en este mundo merecido. También sería lógica si declarase en primer lugar la **naturaleza** del respeto humano, que es una sombra, un espantajo y nada más; en segundo, sus **propiedades** en materias diferentes; y en tercero, los **efectos** desastrados que causa en esta vida y en la otra.

Es asimismo **oratoria** y muy artificiosa, porque, comenzando por argumentos poderosísimos, intercala los menos fuertes y remata con el más valiente y vigoroso. Digo poderosísimos ó menos fuertes, no considerados en sí, mas atendida la flaqueza y mala disposición de los que escuchan, á los cuales se les hace muy duro creer que son dichosos y bienaventurados cuando son maltratados y escarnecidos; y, por el contrario, entienden muy bien este lenguaje: «Cuando estalle aquella tempestad y diluvio postremo (del Juicio)..., ¿á dónde se refugiarán los infelices? Querrán entonces un rinconcito de vuestra arc... pero en vano. Trocadas estarán las suertes, mudada la fortuna. Y vos-

otros, mirando cómo se hunden en las profundidades del abismo, estaréis á rostro firme y con admirable constancia contra los malos que os atribularon y oprimieron... y aun desde el cielo podréis reiros de sus pasadas risas y burlas de sus burlas y denuestos... Dejad que ladren... Este orden agradaba mucho á Cicerón cuando decía: *De firmisimis, alia prima ponet, alia postrema, inculcabitque leviora* (Or. xv, aliis VIII.)

Segunda parte. El afecto principal es aquí el de terror y espanto, el cual no se excita con otro artificio que el de presentar á un alma condenada por causa de los mofadores que la apartaron del camino recto, la cual desde allí está pidiendo venganza contra el causador de su ruina. ¡Ley de expiación terribilísima, que exige «llamas por llamas, tormento por tormento, condenación por condenación!» Donde son de notar dos cosas. **La primera**, que no asegura que se condenarán los tales burladores de los buenos, sino que deja el pleito indeciso, con un *¿No se verá forzada la divina justicia...?* porque habría exageración, pues en realidad, mientras hay vida, hay esperanza. **La segunda**, que si bien espanta y atemoriza con la una mano, convida con la otra blandamente y ofrece á todos, por malos y perversos que sean, la gracia del perdón. Porque el fin último del orador no es espantar, sino salvar; no sobrecoger los ánimos ó desmayarlos, sino enclavar los corazones con el temor de Dios y tapar la boca de los maldicientes con la piedra del pozo infernal.

DISCURSO NONO

EL PURGATORIO

Domine, hominem non habes.
Señor, no tengo un hombre que me ocupe
en la piscina.

(JOAN. V, 31)

EXORDIO

I

UNO de los hombres más desgraciados de que hay mención en las historias es, á mi parecer, el paralítico del cual se habla en el Evangelio de este día. Oid si no su lamentable desventura y os persuadiréis de ello. Había treinta y ocho años que estaba el infeliz junto á la probática piscina clavado en su carretón, todo tullido y quebrantado de dolores; ni podía menos, por el mismo caso, de ser muy conocido de cuantos acudían al milagroso estanque, ya por remedio, ya llevados de la curiosidad. Con la prolijidad de la dolencia, tenía el color quebrado, hundidos los ojos, las carnes amortecidas, rotos y sucios los vestidos, y con esto y las voces lastimeras y los hondos quejidos y los ademanes y meneos dolorosos, debía mover á compasión las mismas piedras. Por otra parte, no siendo menester para remediar su necesidad más esfuerzo ni fatiga sino que uno cualquiera le zambullese en la piscina, cuando la menease el ángel del Señor, no tuvo un hombre en tantos años que hiciese con él esta misericordia. ¡Triste suerte! ¡incomparable miseria!

Al levantarse y de las mismas estruendo de la matriz del sermón.

Defecha, del paraltico.

por su estado lastimero.

por la misma facilidad de remediarle, atendido el lugar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

otros, mirando cómo se hunden en las profundidades del abismo, estaréis á rostro firme y con admirable constancia contra los malos que os atribularon y oprimieron... y aun desde el cielo podréis reiros de sus pasadas risas y burlas de sus burlas y denuestos... Dejad que ladren... Este orden agradaba mucho á Cicerón cuando decía: *De firmisimis, alia prima ponet, alia postrema, inculcabitque leviora* (Or. xv, aliis viii.)

Segunda parte. El afecto principal es aquí el de terror y espanto, el cual no se excita con otro artificio que el de presentar á un alma condenada por causa de los mofadores que la apartaron del camino recto, la cual desde allí está pidiendo venganza contra el causador de su ruina. ¡Ley de expiación terribilísima, que exige «llamas por llamas, tormento por tormento, condenación por condenación!» Donde son de notar dos cosas. **La primera**, que no asegura que se condenarán los tales burladores de los buenos, sino que deja el pleito indeciso, con un *¿No se verá forzada la divina justicia...?* porque habría exageración, pues en realidad, mientras hay vida, hay esperanza. **La segunda**, que si bien espanta y atemoriza con la una mano, convida con la otra blandamente y ofrece á todos, por malos y perversos que sean, la gracia del perdón. Porque el fin último del orador no es espantar, sino salvar; no sobrecoger los ánimos ó desmayarlos, sino enclavar los corazones con el temor de Dios y tapar la boca de los maldicientes con la piedra del pozo infernal.

DISCURSO NONO

EL PURGATORIO

Domine, hominem non habes.
Señor, no tengo un hombre que me eche
en la piscina.

(JOAN. V, 11.)

EXORDIO

I

Uno de los hombres más desgraciados de que hay mención en las historias es, á mi parecer, el paralítico del cual se habla en el Evangelio de este día. Oid si no su lamentable desventura y os persuadiréis de ello. Había treinta y ocho años que estaba el infeliz junto á la probática piscina clavado en su carretón, todo tullido y quebrantado de dolores; ni podía menos, por el mismo caso, de ser muy conocido de cuantos acudían al milagroso estanque, ya por remedio, ya llevados de la curiosidad. Con la prolijidad de la dolencia, tenía el color quebrado, hundidos los ojos, las carnes amortecidas, rotos y sucios los vestidos, y con esto y las voces lastimeras y los hondos quejidos y los ademanes y meneos dolorosos, debía mover á compasión las mismas piedras. Por otra parte, no siendo menester para remediar su necesidad más esfuerzo ni fatiga sino que uno cualquiera le zambullese en la piscina, cuando la menease el ángel del Señor, no tuvo un hombre en tantos años que hiciese con él esta misericordia. ¡Triste suerte! ¡incomparable miseria!

Al levantarse y de las mismas estradas de la matriz del sermón.

Defecha, del paralitico.

por su estado lastimero.

por la misma facilidad de remediarle, atendido el lugar.

el modo sencillo. Si para aliviársela hubiese sido necesario gastar en la curación gran parte de la hacienda ó patrimonio, en busca de médicos sapientísimos, ó en costas de medicinas y remedios exquisitos, aun comprendiera yo por qué así le abandonaban. Pero que, bastando para ello tomarle de la mano y meterlo en las revueltas aguas del aljibe, ¿no es de maravillar que en treinta y ocho años no diese con un amigo, con un pariente ó allegado, con un hombre caritativo que le valiese en esto poco? Mayormente si es verdad lo que graves autores dicen, que el descendimiento del ángel era en hijo y determinado tiempo, por él de Pentecostés, según presumen; por tanto, era más fácil hallar sazón y coyuntura favorable.

La desgracia de este desventurado trae á mi espíritu otra consideración más lastimera y desgarradora, la cual podrá pareceros extraña é inesperada, mas no ingrata ó enojosa. Imagínome, pues, contemplar en este paralítico la suma infelicidad de las almas que padecen abandonadas en el purgatorio. ¡Oh, qué piscina aquella, amadisimos hermanos! ¡Qué gran muchedumbre de enfermos, de desvalidos, de cojos y ciegos, de tullidos y dolientes! Más ha de treinta y ocho años que padecen muchas los tormentos, otras ciento, otras más de ciento y millares de años, y algunas padecerán allí hasta el día del Juicio. Y con bastar, no para lanzadas en el agua, sino para sacarlas del fuego, que uno de este mundo les alargue la mano, hállanse las pobrecitas sin un hombre que misericordiosamente las socorra. Yo, pues, movido de entrañable compasión y obligado de innumerables favores que por su mediación he recibido, vengo hoy á negociar con vosotros su remedio, exponiéndoo la sentida y profunda queja que cada una de ellas os dirige por mi voz, *hominem non habeo*. No tengo un hombre que me ayude.

Y si, por ventura, os maravilla que me aparte hoy de la general costumbre de los oradores en la exposición del sagrado texto, ruegooo que perdonéis mi atrevimiento, ó más bien el amargo pesar que desgarrá mi corazón. No me sufren las entrañas oír sus lamentaciones por más tiempo, y me traspasa el agudo sollozar de esas benditas almas y es-

posas escogidas del Cordero. Considerándoos, además, por de los oyentes. de noble, compasiva y generosa condición, persuádome que lograrán en este día muchos hombres que les valgan y favorezcan. Mas ¿á qué me detengo en razonamientos inútiles, si, mientras nosotros deliberamos, se están ellas abrasando? Reconozco mi incapacidad para trazar un discurso elocuente, pero poco importa en la causa que defiendo; **bástame ser fiel en mi embajada**; porque, según Salomón, el embajador que es fiel y cumple su cometido, hallará descanso para su alma: *Legatus fidelis ei, qui misit illum, animam ipsius requiescere faciet*¹. Pluguiera á Dios que la fidelidad en el desempeño de mi cargo procurara hoy algún descanso y refrigerio á los difuntos.

PRIMERA PARTE

I

Una triste embajada os traigo, pues, hermanos míos, á saber: que las almas de los que más amabais en este mundo están padeciendo espantosamente, y más sin comparación de lo que ningún hombre padeció bajo el poder de todos los verdugos y crueles tiranos. ¿Dudáis de ello? Plegue á Dios que no lo probéis por experiencia; mas, entre tanto, creed á quien os habla en nombre de esas pobrecitas y atormentadas almas. Y ¿quién es capaz de mirar siquiera de lejos sus padecimientos horrosos sin estremecerse de espanto? Si es así, imagináos debajo de vuestros pies una cárcel profundísima, cuya proximidad al infierno de los condenados, si no le pega su impiedad y desesperación, pero si las penas y cuanto en él se encierra de duro y trabajoso. Yazga esta cárcel en tinieblas y espesas sombras, crucen su negro ambiente centellas y pavurosos rayos, retiemble su pavimento con continuos terremotos, resuenen en sus concavidades inconsolables gemidos, rujan leones, silben

¹ Prov. xxv, 13.

serpientes, aúllen monstruos y fieras ponzoñosas; todo este amontonamiento de horrores, no es más que una sombra cotejada con la realidad del purgatorio. A par de aquellos tormentos, todos los de este mundo son alivio y refrigerio.

Confirma. por actividad.

Si os merece crédito el gran San Agustín, sabed, católicos, que el fuego del purgatorio es más atormentador que cuantas penas pueden verse ó imaginarse ó padecerse en este siglo: *Ille purgatorius ignis durior est quam quicquid in hoc saeculo potest poenarum aut videri, aut cogitari, aut sentiri* ¹. Por manera que, si Dios introdujera en aquella lóbrega morada lo más cruel y espantable que puede inventar nuestra fantasía, correrían tras ello las desventuradas almas como á un lugar de esparcimiento. Correrían á los toros de bronce, á los ecúleos y navajas, á las parrillas ardiendo, á los estanques helados, á las ruedas y descayuntamientos de huesos, y á las crueldades más horribles que forjaron en su rabia los Nerones y Dioclecianos y todos los tiranos y perseguidores del mundo. Hasta las llagas del desastrado Job y toda carne corrompida con toda su hediondez y podredumbre, tuvieran ellas por ambrosía y regalo. Nuestras espigas fueran rosas y jazmines, nuestros venenos bebidas deliciosas, nuestro azufre y aceite hirviendo suavísimo rocío; en una palabra: tomarían por recreo lo que más nos atormenta y horroriza. Y allí están, ¡oh hijos!, vuestras madres queridísimas; allí están, ¡oh maridos!, vuestras esposas muy amadas; allí, ¡oh amigos!, vuestros antiguos compañeros; allí, ¡oh nietos!, vuestros abuelos y antepasados. Y ¿os sufre el corazón dejarlos que padezcan por más tiempo? ¡Oh hermanos míos!, bien se ve que no penetráis ni rastreáis siquiera, cuán atroces sean sus tormentos, cuán agudos sus dolores, cuán hondas sus llagas, cuán incomfortables sus penas. Pero ¿á qué cansarme? ¿No basta saber lo que sabemos, es decir, que están sumidas en fuego, y fuego de purgatorio?

Concluye a su vez y amplifica por espíritu. Es de típicos conserción.

Transición a)

¹ Lib. xx De civ. Dei, c. 23.

III

Argum. 2.^a
á 3.^a

Vehemente, activo y eficaz sobremanera es el fuego de un crisol donde se acendra la plata y el oro; pues entendido que es nada comparado con el fuego del otro mundo, del cual, en sentir de San Agustín, habló el profeta Malaquías, cuando dijo: *Sedebit confians, et purgabit filios Levi, et colabit eos, quasi aurum et quasi argentum* ¹. Sentaráse, dice, su divina Majestad soplando y atizando el fuego, y purificará á los hijos de Levi, y los acendrará como el oro y la plata. Dicese que se sentará, para darnos á entender que no son atormentadas las almas brevemente y como de paso, según algunos imaginan, sino muy de asiento y prolijamente; y añádesse que se sentará soplando y atizando el fuego, *sedebit confians*, para significar la intensidad y aplicación con que está Dios perpetuamente como atareado en avivar las llamas de aquel incendio vengador, por que no se apague ni disminuya su fuerza. Por esto dijo de él San Hilario que era fuego infatigable: *Nobis est ille inextinguibilis ignis obcondus* ², fuego penetrante, fuego activo y obrador, donde, como en crisol terribilísimo, abrasará Dios á los hijos de Levi, que son sus escogidos, hasta quitarles toda escoria y herrumbre de pecado. *Et purgabit filios Levi, et colabit eos, quasi aurum et quasi argentum*. ¡Pues qué pensar aquél, oyentes míos, qué padecer tan mortal y acerbo! No hay entendimiento de hombre que pueda ponderarlo.

Y, con todo, nada dije de su amarga realidad. Porque, con decir que es fuego purificador, no creáis que su eficacia atormentadora es igual ó parecida al del fuego de este mundo. No, por cierto. Fuego es de actividad y de intensidad incomparablemente mayor, ya que es como la flor y lo más puro del fuego. Extráese, por medio de la química, lo más fino y acrisolado, ya de los licores, ya de otras substancias, á lo cual llaman espíritu y quinta esencia; pues la quinta esencia del fuego, su espíritu horriblemente abrasador, lo destió la divina Justicia en la concavidad del purgatorio.

Pasarán fuego atrocísimo. Luego debéis conocerlas

Eficacia de aquel fuego.

¿Porque es criado para purificar por actividad y prolijamente

es imagen sublimi.

Conoce.

¿Porque es suma de toda la dulzura?

por comparación.

¹ Malacli, iii, 3. — ² In Psalm. cxxii.

Válgame á veces, para actuar mi torpe fantasía, de la siguiente imaginación: Si un ángel pudiese recoger y amontonar todos los dolores esparcidos en el mundo, de todas las dolencias que aquejan á los mortales, de ijada y gota, de riñones y jaqueca, de corazón y estómago, y cuanto hay de agudo y aflictivo en la tierra, y concentrándolos luego y destilándolos por celestial alambique, extrajese una como quinta esencia de padecimiento, uno como espíritu de dolor, ¡qué vivísimo dolor sería éste, Jesús mio! Si se pudiesen juntar en uno todas las calenturas que abrasan las entrañas de tantos infelices, y de ellas alambicar como un espíritu de encendimiento febril; si se pudiesen reunir todas las postemas y asquerosas úlceras que roen las carnes empodrecidas de los miserables dolientes, y extraer de ellas uno como espíritu del penetrante ardor que las consume, ¡qué ardor, qué fuego tan horroroso é inexplicable! Pues tal imaginad el fuego del purgatorio.

¿No me creéis? Oíd la valiente expresión del gran Profeta. Lavará, dice Isaías, las inmundicias de las hijas de Sión en espíritu de juicio, esto es, con toda severidad, y en espíritu de ardor, ó, como otros leen, en espíritu de incendio, en espíritu de combustión. *Abluet Dominus sordes filiarum Sion in spiritu judicii, et in spiritu ardoris, in spiritu combustionis*¹. Tan consumidor será, y más activo que los torrentes de lava que vomitan por sus cráteres los volcanes más encendidos.

Y nosotros ¿no nos dolemos de aquellas ánimas, ni damos un paso para extinguir, ó por lo menos para templar, este fuego? ¡Oh ánimas desconsoladas! ¡Oh tristes y desamparadas ánimas! ¿De qué os aprovecha que, secos y enrojecidos los labios, con ronca y lastimera voz gritéis á los mortales: Misericordia, hombres; misericordia y compasión: *Miseremini mei, miseremini mei*, que nos abrasamos vivas en este fuego devorador? ¡Ay infortunadas, cuán pocos comprenden vuestro mal, y por esto desearía darlo á conocer, á fin de que todos los hombres se apiadasen de vosotras! ¡Oh, quién tuviese luz del cielo para ver, y fuerza sobrehumana

¹ Is., IV, 4.

para ponderar los tormentos inenarrables de esa cárcel y crisol de Dios! Pero, por ventura, cristianos, ¿puedese decir más de lo que dije? Infinitamente más, porque padecen este fuego horroroso á la vista del paraíso celestial. Miran aquella patria bienaventurada, contemplan su gloria, vislumbran la anchura y regocijo de los palacios del Señor; mas ¿qué importa si están en la cárcel y no saben el día de su libertad? Este destierro, esta incertidumbre, es increíble ¡cuán atrozmente las angustia!

IV

A fin de hacer Dios más áspera la pena y destierro de Adán, ¿sabéis qué hizo su divina Majestad? Mandóle que habitase frente por frente del paraíso de deleites: *Habitare fecit ipsum e regione paradisi voluptatis*¹. Púsole allí, delante del paraíso terrenal, y ordenóle que, teniendo ante los ojos la hermosura y las delicias del codiciado jardín, se afanase, y sudase y quebrantase la dureza de la tierra. ¿Sabéis por qué? Responde San Crisóstomo: para que, renovándolo, le su congoja la continua vista del paraíso, le acrecentase el sentimiento de la pérdida².

Mas ¡cuánto va de paraíso á paraíso, de deleites á deleites, de tierra tenebrosa á cielo resplandeciente! Y, no obstante, es así: y á vista del cielo penan las desterradas ánimas, y se abrasan, y se lamentan y se consumen en ansias entrañables y mortales agonias, y yacen sumidas, según la expresión de Zacarías, en estanque sin agua, *in lacu, in quo non est aqua*³, que es decir, en hoya profunda donde las mezquinas ánimas no hacen más que desear y codiciar el sumo Bien, sin tener á mano una gotita de agua que amortigüe su sed abrasadora. No hay agua en aquella hondísima cisterna, ni una gota con que templar su sed.

¹ Gen., III, 24 juxta Sept.

² Adám e regione paradisi habitare jussit Deus, ut assidue conspectus molestiam renovans, exactiorem illi præberet sentium expulsiónis bonis (Hom. 2 de Laz.)

³ Zach., IX, 12.

Traslado por corrección típica.

Art. 3.º
A concubina-
liber, ó pena de
falso. Estas pri-
vas del paraíso
y á la vista de
Dios. Luego Ge-
n. 3.º socorria.

Ante, por com-
paración a modo
de Adán: ante el
paraíso.

Aplicación con-
firmada por Za-
carías.

por congresos de
mártires.

por amargura
amarguísima

d-1-a tormento
que padecía

7 de la gloria que
ahora gozaba:

Conclusión

Averías de do-
lor por ejemplo
dentado.

Aplicación por
analogía al dolor
de similes.

de testimonios
patéticos

y prosopopeya de
llanto.

¡Oh dicha inefable, si pudiesen alzar el vuelo, rotas las paredes de su dura cárcel! Trocarían el abismo pavoroso en amenísimos verjeles, los ayes de dolor en cánticos de triunfo, las cadenas de cautivos en coronas reales, las fraguas de tormentos en tronos de majestad. ¡Cómo se regocijarían con las vestiduras de inmortalidad, recamadas de púrpura y de oro; cómo resplandecerían con las eternas aureolas; cómo se anegarían en gozo soberano é inmenso, no ceñido por el tiempo, ni alterado con mudanzas, ni amargado un punto con las hieles de este siglo! ¿Qué más? Lanzaríanse arrebatadamente á su centro, á su descanso y á su Dios, que las atrae con vehemencia irresistible. Imaginad ahora, si podéis, el desasosiego, el afán, la ansiedad y congoja de su amante y prisionado corazón.

Si elegido uno emperador de Oriente ú Occidente, y en camino para la ciudad Imperial, y casi en ella, le atajasen la jornada y sus alegres pensamientos unas galeras de corsarios, y se viesse de repente metido en el cepo, cargado de cadenas, y condenado á trabajosísima cárcel, ¿no es verdad que sería más penoso su cautiverio que no en trances ordinarios? Veis, pues, aquí la desventura de aquellas benditas ánimas, destinadas á la posesión del reino de los cielos. Sumidas están y sepultadas en lóbrega cárcel á vista del paraíso, enfrente de los palacios de la gloria, á la orilla del torrente del placer, sin serles lícito llegar á él sus marchitos y sedientos labios: *E regione paradisi volutatis*. ¿Qué gemidos no arrojarán á cada instante de su angustiado pecho! Quién, dirá con Manasés: Encorvado estoy con prisiones y muchas cadenas de hierro, para que no pueda levantar la cabeza: *Incurvatus sum multo vinculo ferreo, ut non possim attollere caput meum*¹. Quién, derramará su corazón con Job: A Dios van mis ojos destilando lágrimas: *Ad Deum stillant oculi meus*². Quién, exclamará con Jeremías: Destallicieron mis ojos de tanto llorar: *Defecerunt prae lacrymis oculi mei*³; y muchos, en fin, con doliente y desmayada voz, dirán las palabras de David: Mis ojos languidieron de miseria y pesadumbre: *Oculi mei languerunt prae inopia*⁴; y así todos,

¹ Oral, Manasés.—² Job, xvi, 21. —³ Thre, ii, 11.—⁴ Ps. lxxviii, 10.

en diversos tonos y lúgubres lamentaciones, gemirán, ó más bien aullarán y bramarán, según Isaías, por el quebrantamiento de su espíritu: *Præ contritione spiritus ululabitis*¹.

¿Estaba Absalón en dura cárcel? No, sino en espaciosa ciudad, en la rica y floreciente Jerusalén, y en magnífico palacio cercado de obsequiosos cortesanos. Y, sin embargo de esto, porque tenía prohibido presentarse en el acatamiento de su padre, *faciem meam non videat*, juzgábase infelicitísimo, malhadado, y dolíase y lamentábase amarguísimamente, y llegó á decir á Joab: Ruegote que me lleves á la faz del rey, y si, por ventura, aún se acuerda de mi maldad, pido que me maten: *Ossecro, ergo, ut videam faciem regis; quod si memor est iniquitatis meae, interficiat me*². Ponderad, pues, el íntimo dolor de aquellas almas privadas de la faz de Dios y de la bienaventuranza de los hijos, y encarceladas en cambio en prisión tenebrosísima, y tanto como el mismo infierno, conforme al profeta Jeremías: Aséntome en lugares tenebrosos, como á los muertos sempiternos: *In tenebris collocavit me, quasi mortuos sempiternos*³.

Y pudiendo vosotros romper sus ataduras y acelerarles la posesión del reino y la vista de su Padre, ¿nada hacéis, nada trabajáis para obtenerlo? ¡Ah!, que si no las socorréis á tiempo, ellas por sí no pueden valerse para nada. Atadas tienen las manos, encadenados los pies, aprisionado el pecho y sujetas las cervicés; sólo conservan libre y desembarazado el corazón. Mas ¿para qué? Oid á Salviato: «Una misma fuerza las obliga á cosas muy encontradas, raíz de sus tormentos; porque de una parte el amor las arrebatá á Dios y aspiran á la verdadera libertad, y de otra el mismo amor no les deja poseer lo que les compele á desear»⁴. ¿Preferís, pues, que se consuman de pesar, que no que vuelen ya al lugar de tanta gloria?

¹ Is., lxxv, 14.—² 2 Reg., xiv, 32.—³ Jer. Th., ii, 6.

⁴ Una re ad duas diversissimas coarctantur; summa vis exigit, ut adparare ad libertatem velint; sed eadem posse non sinit, quae velle compellit.

por comparación
á misero, de Absalón,

aplicación confir-
mada con autori-
dad.

Conclusión de to-
do el argumento

por hipotiposis y
afectos de

comparación.

V

Arg. 4.º

Es cosa fácil ha-
ma el rescate. Luego se in-
terroga si se lo ha-
ce.

Antes, por com-
paración del cas-
tivo,

Intermedio

y exclamación.

Aun es más fácil
libertar las her-
mas,

ya con dinero

ya sin él, con
obras de piedad,

enumeración.

Consej. por en-
gice interroga-
ción

y comparación se-
cunda.

¿Qué os detiene, pues, hermanos míos? ¿Pensáis que es tan costoso lo que os piden? Oid, y espantaos de vuestra inhumanidad. Menos cuesta el rescatar un alma del purgatorio que un cautivo de Argel ó Berbería. ¿Quién de vosotros no saltaría de júbilo, si entendiese que con un millar de pesetas ó ducados podía arrancar del cautiverio sarracénico al hijo, al hermano, al amigo ó pariente que gime en vergonzosa servidumbre? Si no tuvierais á mano la tal cantidad, importunaríais al pariente, apremiaríais á los deudores, negociaríais con el mercader, empeñaríais las alhajas y venderíais parte de la hacienda, y, á poder enviar hoy mismo el precio del rescate, no aguardaríais á mañana para adelantar un día la suspirada libertad.

¡Oh te divina, que sólo tus tinieblas han quedado en nuestros entendimientos! Decidme, cristianos con este caudal ¿no podríais despoblar el purgatorio, ó libertar gran muchedumbre de cautivos? Y ¿os duele, no obstante, gastar una nonada por su eterno descanso en hacer decir una misa, celebrar un oficio, ó en otras prácticas del culto católico, en rescate de las pobres almas, y aun pluguiera á Dios que no mostraseis esa crueldad, no socorriéndolas siquiera cuando, sin tocar al dinero, lo pudierais hacer! ¡Oh cuántas veces con visitar una iglesia, con ganar una indulgencia, con ofrecer una comunión, pudierais pagar el precio del rescate, y por no abandonar el juego, ni aplazar el negocio, ni perder de vuestro regalo, las dejáis consumir y encallecer en los hierros, pudiendo con leve fatiga ó rompérselos del todo para que volasen al deseado cielo, ó aflojarlos de manera que se les aliviase la prisión! ¿No es esto un linaje de crueldad y más propio de pechos bárbaros que de blandos y cristianos corazones? Tal fué el crimen que Isaías echó en cara al rey de Babilonia, el cual rehusó abrir las puertas al pueblo de Dios cautivo: *Vincti ejus non aperuit carcerem*¹.

¹ Is., xiv, 17.

VI

Arg. 5.º
Causa del
conculante au-
torice Servit usus
á Nabal.

por interdicción de
la Samaritana

del rico Nabal
del rico Epulón,

que pudiendo ha-
cer beneficios no
los hicieron.

Conclusión pri-
mera á manera,
por sacramento y
autoridad de San
Gregorio.

Conclusión se-
gunda. Luego se
gustó de sus tor-
mentos.

efecto de indig-
nación por re-
pellido eclesiás-
tica.

Transición por
autoridad y
exclamación.

Todo el mundo execró con odio eterno la memoria de los desapiadados que, pudiendo con leve incomodidad hacer otros un notable servicio, no quisieron hacerlo. ¿Quién no detesta el descomedimiento de la mujer Samaritana, que, so color y escrúpulo de religión, negó al divino Maestro un jarro de agua, y eso que la tenía á mano, recién sacada de la fuente de Jacob? ¿Quién no aborrece á Nabal, que se hizo sordo á las súplicas de David sediento y necesitado? ¿Quién no se indigna contra el rico Epulón del Evangelio, que negó á Lázaro las migajuelas de pan que arrojaba á los perros? Mayor es y más aborrecible vuestra dureza, pues á tan poca costa pudierais no refrescar á un sediento, no dar de comer á un hambriento, sino hacer bienaventurado y glorioso á un pobrecito, que padece juntos los dolores todos de la sed y del hambre, del frío y del calor, de las fiebres y convulsiones más horribles, y todos los tormentos que se padecen en el infierno de los condenados, menos la eternidad, según la celebrada sentencia de San Gregorio: *Eodem igne et crematur damnatus et purgatur electus*. Con el mismo fuego se abrasa el condenado y se purifica el escogido.

¿No parece este comportamiento como gozarse en sus males, siendo verdad que quien fácilmente puede estorbar el mal ajeno y no lo estorba se reputa que lo quiere y abraza: *Qui non vetat, vetare cum passit, jubet*?¹ Nosotros, pues, mantenemos viva aquella hoguera, mientras no la apagamos con nuestras oraciones; nosotros apretamos aquellos hierros y cadenas, mientras no extendemos la mano á desatárselas; nosotros, si, nosotros cerramos las puertas de su largo cautiverio á aquellos infelices presos, por no gastar una poquedad ni hacer un pequeño sacrificio. Y no tememos el juicio rigurosísimo de Dios sobre nosotros? *Mortuo ne prohibeas gratiam*², nos recomienda el Eclesiástico: Al difunto no le niegues tu favor. ¡Ay del hombre que cierra sus entrañas á los muertos!

¹ Ex Senec. Troad., act. 2, sc. 2. —² Eccli., vii, 37.

VII

Arg. 5.^a

Por parte vuestra
se obliga la nari-
cia. Luego temed
el castigo de Dios
si no las socorred.

Prueba la con-
fesa por el ejem-
plo de Mauricio.

Narración com-
puesta. Parte 2.^a
por sustentación.

y castigo de la
imperial familia.

Informe cre-
dente.

Parte 2.^a ó cas-
sus del castigo

Si hubo en el mundo justicia formidable y manifiesta, fue sin duda la que hizo Dios con el desventurado emperador Mauricio. ¿Quién no ha leído su desastrado fin, descrito por Nicéforo? Pero voy á contarlos sucintamente, porque declara á maravilla el punto que tratamos. Hallábase en la cumbre de su gloria y navegaba prósperamente su gobierno, cuando de súbito, disgustado el ejército no sé por qué, alza el grito de rebelión, y levantando sobre un pavés á cierto soldado tan vil como atrevido, por nombre Focas, le apellida emperador. Atónito y amedrentado Mauricio á semejante nueva, toma precipitadamente una barquilla para, con pocos de los suyos que le siguieron, ponerse en salvamento. Mas he aquí que, revolviéndose los vientos y la mar y conjurándose á favor de los rebeldes, fué lanzada la navicilla á una escarpada costa. Apenas puso pie en tierra, como ojease los contornos y buscase cerca alguna espesura ó concavidad donde guarecerse, le asaltan dolores agudísimos de gota, que le derriban en la arena y le hacen dar gritos y revolcarse y desmayar. Á las voces del doliente acuden los emisarios de Focas que iban al alcance, reconócenle, sujetanlo, y así maniatado llévanlo con toda su servidumbre al puerto Eutropio, donde fué forzado á contemplar, ¡infeliz y desdichado padre!, la sangrienta muerte y cruel carnicería de cinco hijos varones, tras de los cuales fué el mismo bárbara y vergonzosamente asesinado. Ni se hartó con esto la rabia de sus enemigos. Porque, clavando la cabeza en una pica, expusieronla, hasta que se pudiese, al aire libre, y apenas logró muy tarde decorosa sepultura; y de ahí á poco fueron pasados á cuchillo el resto de la imperial familia, otro hijo suyo por nombre Teodosio, un hermano llamado Pedro, Constantina Augusta, su mujer, y tres hijas, las tres jóvenes y de caras prendas y hermosura.

Y tal infortunio ¿habéis averiguado nunca de dónde le vino al malaventurado Emperador? Preguntado al ya citado Nicéforo, y os responderá que, como el rey de los ábaros, Cayano, habiendo derrotado y hecho prisionero buen

número de soldados imperiales, y viniendo á tratar del rescate, según la costumbre de aquel tiempo, el vencedor exigió una moneda de no gran valor por cada prisionero. Negóse Mauricio, y el rey ábaro tornó á pedir otra menor; y como ni ésta le contentase á Mauricio, propone todavía otra más vil; mas, no pudiendo recabar suma tan módica, embraveciose el bárbaro é hizo cortar á cerceñ aquellas cabezas, para cuya libertad y redención parecía exorbitante un precio tan mezquino. Heos aquí la raíz de toda la desventura de Mauricio. Porque tras este desafuero é inhumanidad fué arrebatado en espantosa visión al tribunal divino, y al resplandor de aquella luz vió por el suelo gran multitud de cautivos prisioneros que, sacudiendo ferozmente las cadenas del cuello y los grillos de los pies, pedían á voz en grito *venganza* contra el ruin Emperador. A los clamores de las víctimas volvió los ojos el soberano Juez hacia Mauricio, pálido y trémulo de zozobra y sobresalto, y por respeto á merecimientos contraídos preguntóle que dónde prefería ser castigado: si en la vida presente ó en la otra.—En la presente, ¡oh clementísimo Señor!, si así place á vuestra divina Majestad—respondió Mauricio.—Y al punto sentenció el justo Juez que fuese entregado á uno de los soldados cautivos por nombre Focas, á cuyas manos perdiere vergonzosamente el imperio, y la reputación, y la vida, y la mujer, y los hijos y la futura sucesión y descendencia, según arriba hemos contado.

Escarmentad, católicos, y entended el grave riesgo á que se expone quien cierra sus entrañas y no quiere dar lo que pudiera á poca costa. A vosotros también se os pide una limosna con que rescatar á los infelices cautivos del purgatorio, y enviarlos presto á la gloriosa libertad del paraíso; una limosna, siquiera corta y menguada. Y ¿aún vaciláis y resistís y rehusáis este pobre servicio á los difuntos? ¡Ay, repetiré, del que cierra sus entrañas á los muertos! *Mortuo ne prohibeas gratiam.* ¿No teméis que los infelices clamen contra vosotros y contra vuestros hijos?

Yo no estoy obligado á rescatarlas, me diréis, como lo estaba Mauricio á sus vasallos.—¿No estáis obligado? En ley de justicia, bien puede ser; mas, en razón de caridad,

explicación, poca
piedad del emperador
Mauricio
con los pobres
cautivos.

made por brillante
hipopótamo y
protopopeya.

descente trágico.

Aplicación por
determinación.

Antes: por propi-
dad. No está
obligado.

Resp. por sum-
maciones de obli-
gaciones gravísi-
mas de justicia.

todos lo estáis y mucho. Mas ¿qué digo en razón de caridad? ¡Oh quién pudiera escudriñar vuestras casas y recorrer vuestras estancias! ¿cuánto dinero se encontraría tal vez debido á los miseros difuntos! Confesad llanamente la verdad. ¿Habéis cumplido todas las obligaciones del testamento, pagado todas las deudas, satisfecho todas las restituciones, ejecutado todas las mandas y legados píos? ¿Son estos títulos de mera piedad, ó derechos de justicia? Mas ¿á costa de quién vivís, decidme, sino á costa y expensas de los que murieron? ¿No os compraron con sus desvelos vuestras rentas y caudales, con su fatiga vuestro descanso y bienestar? ¿Cuántas veces ayunaron ellos lo que vosotros coméis, y sufrieron mil incomodidades para que pudieris ahora pasarlo más holgadamente, y hasta con regalo y esplendor! ¿Y os parece que sudaran tanto si hubieran previsto los infelices que andarían sus hijos pesando en balanza rigurosa los maravedises que les debían de justicia? ¿Son estas por ventura las promesas que les hicisteis de no olvidaros para siempre de sus almas? ¿Os acordáis cuán ahinadamente os suplicaban en la hora postrera, os conjuraban y apremiaban con lágrimas en los ojos que los socorrieseis en la mayor necesidad? Y vosotros en la misma tumba sepultasteis, según veo, sus cenizas y su memoria, y, ocupados en disfrutar de sus herencias y caudales, ni os cruzo por el corazón un pensamiento de sus almas, y, como dice gravemente Guillermo Parisiense: Permittis que sean recia y duramente azotados en el purgatorio aquellos mismos con cuyas heredades os hartáis: *Durissime in purgatorio permittitis flagellari, quorum bonis derelictis satiamini.*

afectos de ver-
güenza y con-
fusión.

Arg. 7.^o
Estáis obliga-
dos por ley de hu-
manidad. Tenéis
ellos por conce-
sion.

Pero, demos que ninguna obligación os fuerza á ello. Demos que podáis impunemente ser crueles con los muertos, que no tengan en su prisión y desamparo ni cólera con que encenderse, ni manos con que vengarse de vuestra enorme ingratitud; ¿no os basta para que se os conmuevan las entrañas, no digo el ser cristianos, pero ser hombres? ¿Qué

otro afecto sino el de humanidad y natural comiseración arrancó de los corazones de los mismos gentiles tantas demostraciones de amor y cariño, de obsequio y reverencia, de magnificencia y liberalidad á la memoria de los muertos? A la memoria de los muertos dedicaron pirámides soberbias, colosales mausoleos, espanto y maravilla del mundo; y no satisfecha la reina Artemisia con tales pruebas y monumentos de su dolor, imaginó la traza más peregrina para hacerse ella misma sepulcro vivo de su esposo idolatrado; y fué que, diluyendo en una copa de oro las cenizas del muerto, bebióselas muy sabrosamente, y sepultóle así en su mismo corazón. Pues ¿qué hiciera la desolada princesa si esperara, como esperamos nosotros, poder llevar un alma tan querida al paraíso? ¿Hubiera ahorrado gastos ni fatigas á trueque de sacarlo del hondo calabozo, ó le sufriera el alma verle penar, pudiéndole tener feliz y bienaventurado?

¡Dichoso Efestión, si en muriendo fué á una cárcel de fácil salida, y no á las prisiones de donde nadie sale! Ni un momento le hubiera dejado allí el célebre Alejandro, que gastó en sus funerales doce mil talentos, ¡tantos fueron los marfiles y tapicerías, las esencias y perfumes, el oro y piedras preciosas arrojadas en la pira donde ardía el cuerpo de su dulce amigo! Y si las matronas romanas se arrojaban á veces de su voluntad en las hogueras de sus maridos muertos, sin duda se lanzaran vivas, si pudieran, en los fuegos del purgatorio, para sacar de allí las almas inmortales de los que tanto amaron.

Costumbre fué en la antigüedad que, mientras se quemaban los cadáveres, rodeasen la pira, al compás de músicos instrumentos, hombres y mujeres, parientes y conocidos del finado, y que á cada vuelta echasen en las llamas quién los pendientes, quién un dije ó anillo, quién una ajorca, quién la misma cabellera ú otra preciosidad en obsequio del difunto. ¿Qué diríais, cristianos, si os pidiera por las almas de vuestros padres y hermanos una partecita de lo que hicieron paganos y gentiles? ¿Qué diríais si os apretare á que os desprendieseis de las alhajas impertinentes, de los adornos superfluos, para socorrer á las almas que están penando? ¿Qué diríais si á vosotros os demandase, no ya las

Lo que hicieron
los gentiles en
memoria de los
muertos.

Artemisia.

Alejandro.

las matronas ro-
manas.

costumbres anti-
gua.

Aplicación, y

afectos de ver-
güenza

trenzas de vuestros cabellos, sino los ídolos de vuestra vanidad, las joyas y aderezos inútiles, para aliviar las almas que se están abrasando en las hogueras expiatorias? ¿Qué más? Un Timón Ateniese, para recobrar el cadáver de su padre y darle sepultura, vendiéndose á sí mismo, y de amo hizo siervo, y de libre esclavo, para satisfacer á su piedad y devoción. Y vosotros, ¿no haréis el más pequeño sacrificio para sacar almas del purgatorio y llevarlas á la gloria sempiterna? ¡Oh crueldad! ¡oh dureza de corazón! ¡oh insensibilidad indigna de cristianos!

á indignacib.

Arg. 2.^o
Por el proceso
y honra que gran-
deáis.

Transición a con-
trario.

Guárdese el ve-
lamiento de las al-
mas que libertaís.

en todos los rios
que de esta vida;

de los santos de
gelo.

de los bienaventu-
rados,

Mas ved la inmensa ventaja de los que abrazamos la fe de Jesucristo; que los gentiles no esperaban recompensa alguna de sus servicios á los muertos, antes pensaron muchos, en su pagano desvario, que de un golpe morían cuerpo y alma; por lo cual no eran de esperar agradecimiento y buena correspondencia donde faltaba conocimiento del beneficio. Mas los cristianos ¡qué de bienes no podemos prometeros! Constanos que aquellas almas viven y vivirán eternamente. ¿Qué ventura, pues, la nuestra si lográsemos rescatar muchas almas, y romper sus hierros é introducir las en la ciudad eterna? En qué otra cosa podéis gastar mejor vuestros caudales? Por este camino alcanzaríais el inmortal renombre de pobladores del cielo, y tendríais allí muchedumbre innumerable que rogaria por vuestro bienestar; millares sin cuento que os guardarían de todo riesgo en la peligrosa navegación de este mundo; y vuestra bien lograda vida se prolongara sin duda á fuerza de los suspiros y lágrimas de las infelices que, detenidas aún en el purgatorio, pedirían al Señor que alargase vuestra preciosa existencia, á fin de participar ellas también de vuestra liberalidad. Los ángeles de la guarda de las almas, por vosotros libertadas, no acabarían de agradeceros bastantemente la honra que recibieran con el rescate de sus encomendadas. Los santos todos y bienaventurados del cielo que con perfecta caridad se comunican en sus alegrías, os que-

darian perpetuamente agradecidos, no sólo porque acrecentasteis el número feliz de sus compañeros, sino mucho más porque multiplicasteis los glorificadores de su divina Majestad. ¡Oh cómo os regalaría la Santísima Virgen en ver por vuestra industria salvadas y gloriosas aquellas almas que aprecia la divina Señora como su misma sangre, pues costaron la de su precioso Hijo! ¿Qué diré del mismo Jesu-
cristo y adorable Redentor, que por ellas dió su vida con infinitos tormentos? ¿Qué del Padre Eterno, que entregó á su Unigénito por ellas? Inclinaréis á la divina Justicia en favor vuestro, contribuyendo á pagar la deuda de sus pobres criaturas; inclinaréis el Amor eterno, allanándole con vuestra caridad el cumplimiento de sus deseos; inclinaréis, en una palabra, á todo el cielo en vuestra ayuda, pues no hay cosa que así codicien aquellos celestiales cortesanos como la bienaventuranza de los hombres.

¿Qué esperáis, pues, hermanos míos? Levantaos ya, concluiré con las devotas palabras de San Bernardo, levantaos en su ayuda, importunad con suspiros, interceded con oraciones, demandad socorro con gemidos entrañables, inmolad por ellas el sacrificio de suavidad y expiación. ¿Por qué no comenzáis desde este momento á sacrificaros por el rescate de las benditas y desamparadas almas? Haceros amigos, granjeaos valedores con el dinero de la maldad; si, hermanos, granjeaos valedores con el dinero de la maldad, para que, en falliendo vosotros, os reciban en los eternos tabernáculos: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis, ut cum defeceritis, recipiant vos in aeterna tabernacula*. Y ¿de qué pobres habla aquí nuestro Señor Jesucristo? ¿Por ventura de los vivos? No, si creemos á graves expositores y con ellos Belarmino, porque muchos de ellos no irán al cielo, y así mal podrán recibirlos en las eternas moradas. Los pobrecitos que se están abrasando en el crisol del purgatorio, éstos podrán acarrearos tanto bien en la hora tremenda de vuestra muerte; entonces, en saliendo de

de la Santísima
Virgen.

de toda la Santí-
sima Trinidad,

de toda la corte
celestial.

Incremento.

Exortación por
apóstrofo y sim-
licación.

Protección de las
almas en la hora
de nuestra muer-
te.

por testimonio di-
vino,

¹ Surgite ergo in adiutorium illis, interpellatæ gemitibus, imploranté spiritu, orationibus intercedite, satisfacite sacrificio singulari.

² Luc., XVI, 9.

esta vida, os cercarán, os asistirán á porfia y os llevarán en triunfo á la posesión del reino celestial. *Recipient vos in aeterna tabernacula*. Hacéoslos amigos, ganáoslos de antemano, que es gran prudencia prevenir aquel trance inevitable. ¿De qué dudáis? ¿De la fidelidad de esas almas, de su gratitud, de su autoridad, de su poderoso valimiento? Probadlo, os ruego, y veréis si tuvo razón el Eclesiástico cuando dijo: *Haz bien al justo y hallarás muy cumplido galardón: Beneficue justo, et invenies retributionem magnam*¹. Veis aquí mi embajada; á vosotros toca responder á ella, no con palabras vanas de compasión, sino con obras de largueza y liberalidad.

por razón.

Epiíops.

Muestras para explicar el Purgatorio La Penitencia corporal.

Traducción perfecta ó exacta.

Propos. general por vía de protesta, con que está la atención.

Se capta la doctrina.

SEGUNDA PARTE

X

La bien ordenada caridad, como es sabido, por nosotros mismos ha de comenzar. Por esta razón, amadísimos hermanos, si hasta aquí hemos tratado cómo sacaremos á los otros de las llamas expiatorias y tormentos del purgatorio, justo es que pensemos en nosotros mismos y busquemos traza para no caer en ellos, ó, ya que cayéremos, para no estar tan colgados de la cortesía de personas, acaso ingratas, tal vez olvidadizas, ó por lo menos remisas y perezosas en el negocio de nuestro rescate y libertad. Muchos y muy varios son los caminos para conseguirlo. Pero, dejadas aparte otras industrias santas que la Iglesia nos ofrece y que hemos de usar conforme á la propia necesidad y devoción, hallo como más seguro el que nos enseña el Eclesiástico por estas palabras: *Aute obitum tuum operare justitiam*². Antes de la muerte haz justicia de todos tus pecados; conviene á saber, que paguemos y satisfagamos de presente la deuda de nuestras culpas con penitencia y mortificación de la carne, ora ayunando voluntariamente, ya macerando nuestro cuerpo con cilicios y disciplinas, ya maltratándolo con otras asperezas y rigores, haciendo justicia y tomando

¹ Ecdi., xii, 2. — ² Ecdi., xiv, 17.

venganza de nosotros mismos antes que la muerte nos asalte.

Bien sé yo que no faltará quien se ría de mí, y se maraville de mi extraña pretensión. Porque, á decir verdad, eso de austeridad y mortificación de la carne parece cosa rara y nombre relegado á los yermos y monasterios; que en el mundo no se oyen de ordinario más que palabras de juegos y diversiones, de regalos y deleites, de pompa y de riquezas, y de ello se habla, y en ello se piensa, y con ello se pasa la vida. Y si es así, como lo es, ¿qué cosa más extraña que exhortar á los seglares, bien hallados en el mundo, á penitencia y castigación del cuerpo? ¿No parece osadía y atrevimiento grande? Y, no obstante, á nadie conviene más la **penitencia y mortificación corporal que á los seglares** enfrascados en el mundo. Pidoos que no os enojéis, católicos, si por ventura os lastimare mi razonamiento, antes deberíais acrecentar vuestro cariño hacia mí, pues á trueque de aprovecharos más, me resigno gustoso á seros menos agradable.

ria benevolencia, por delicada insinuación.

Propos. particular.

XI

Confesión.

Dos razones da el angélico Doctor Santo Tomás por qué se ha introducido en la Iglesia el uso de castigar la carne con ayunos y disciplinas, con cadenillas y cilicios y otros linajes de tormentos voluntarios, á saber: para borrar y satisfacer el hombre las culpas pasadas y para preservarse de los pecados futuros: *Vera poenitentia non solum removet peccata praeterita, sed etiam praeservat hominem a peccatis futuris*¹. La primera y principal á nuestro intento es la satisfacción y justa venganza de los pecados cometidos; la segunda, la preservación de los venideros; porque si las bestias fieras se amansan con halagos y caricias, nuestra carne, según nota agudamente San Lorenzo Justiniano, con ellos se ufana, se engríe y se embravece más, y sólo á poder de malos tratamientos se rinde y obedece: *Blanditiis ferar mansuescunt silvestres, caro autem protervior efficitur*².

Propos. mayor. La castigación de la carne es medio para borrar las culpas pasadas y prevenir las venideras.

¡Qué autoridad de Santo Tomás y semejanza de San Lorenzo just!

¹ 3 p., q. 84, a. 8, ad 1.º — ² De disciplina monast., l. 1.

Prologa, menor.
1.ª parte. Los se-
glares tendrán más
que satisfacer que
los religiosos.

por generosa co-
municación.

por antítesis

y hermosa pintu-
ra de la vida reli-
giosa.

Luego.

Prologa, menor.
2.ª parte, tendrá
más peligros de
pecar

Discurso, pues, en la siguiente forma. Cuanto á la primera causa, que es la satisfacción de las culpas pasadas, *ut removeat peccata praeterita*, preguntóos, hermanos míos, ¿quienes han menester más principalmente de tales satisfacciones: los que, entrados de ordinario religiosos en su temprana edad, conservan en la religión la inocencia que trajeron, ó los que en el mundo corren á rienda suelta tras de sus gustos y pasiones, inficionada la carne con liviandades, emponzoñado el corazón con odios y rencores, obscurida la mente con las tinieblas de ambición, de altanería y de codicias desordenadas? Y aunque hagan los tales algunas obras meritorias, ¿qué hacen para contrarrestar desmerecimientos tan frecuentes? Y si miráis bien los ejercicios de los religiosos, veréis á unos empleados en la cura y alivio de los enfermos, á otros ocupados en la redención de cautivos, á otros afanados en la extirpación de las herejías y conversión de los infieles. Quién se atarea en escribir, quién se desvela en cantar salmos, quién adoctrina la juventud en las escuelas, administra los sacramentos en las iglesias, consueta los presos en las cárceles, esfuerza á los moribundos en las casas, cruza selvas y espesuras á caza de salvajes, y suda y trabaja sin cesar por la propagación y defensión del nombre de Jesucristo; por manera que en parte serían excusables si tratasen sus cuerpos con más blandura que rigor. Mas los que viven en el siglo, á quienes aun repugna ejercitarse en obras de caridad y misericordia, ¿no tendrán mayor necesidad de penitencia y castigación de la carne en compensación de sus pasados yerros?

Y si atendemos á la segunda razón por qué la santa Iglesia practica y recomienda el uso de las penitencias corporales, que es para preservarse el hombre de pecar en adelante, *ut praeservet hominem a peccatis futuris*, ¿quién tendrá más necesidad de tan eficaz preservativo: los que viven apartados del mundanal bullicio, ó escondidos en los yermos, ó encerrados en el claustro; ó más bien los que moran en medio de un pueblo depravado é incendio de Babilonia, *in medio nationis praevae*, donde no hay espectáculo ó representación á que no asistan, ni libro profano que no lean, ni

objeto ni hermosura ocasionada que no miren; desarmados por otra parte y desapercibidos del socorro de la oración, arma omnipotente con que podrían defenderse de los asaltos del demonio?

No infero de aquí que estén desobligados los religiosos, so color de vivir en la soledad, de afligir y maltratar su carne. No, hermanos míos. Un solo pecado que hayan cometido, fuera de otros motivos que fuerzan al alma religiosa á mortificarse; un solo pecado, digo, demanda justisimamente del ofensor una penitencia áspera, continua é implacable. Pero también digo que no es menos conveniente este rigor á los que viven en el mundo. Y no obstante esta verdad, ¿dónde hallaréis entre los seglares quien así se castigue y maltrate, quien refrene las lozanas de su cuerpo con ásperas penitencias? Mas ¿qué digo? Mayor maravilla es ver que ni siquiera arrostran al ayuno cuaresmal. ¿No vemos con amargura con qué facilidad se ximen algunos de obligación tan santa, coloreando su inmortificación y sensualidad, no con dolencias ó achaques que de presente padezcan, sino con enfermedades probables, posibles ó tal vez imaginarias? Y ¿así cumplis el consejo del Eclesiástico: Antes de tu muerte haz justicia de ti mismo: *Ante obitum tuum operare justitiam*? ¡Oh locura! Esto es hacer misericordia y regalarse en este mundo, aplazando la justicia para otro Juez más riguroso.

y aumento de
defensa.

Luego.

Ocupación tí-
cica

y amplificación ó
contraria de la vi-
da relajada de los
seglares.

quero curar mal.

NII

No se me oculta que, acostumbrados de mucho tiempo al regalo de la carne, la tenéis tan delicada y tan mal dispuesta, que dificultosamente se hará á tales austeridades y rigores. Mas esto mismo, si desapasionadamente lo miráis, os muestra la suma necesidad de satisfacer ahora y cercenar vuestras pasadas demasías; porque, si esperáis á la otra vida, ¡qué tormentos tan insoportables os aguardan!

Un príncipe de Italia, á la sazón mancebo y de gallardas esperanzas, convidó á un predicador famoso y de ilustre nacimiento á visitar su palacio, recorrer las soberbias

Arg. último ó
Confirmación por
ejemplo.

¿Cuánto más os
regretaréis, si
sufrieris el purga-
torio.
Luego hacéis pe-
nitencia.

Narración ilus-
trada

con descripciones
y enumeraciones
galanas.

estancias y principalmente su magnífico salón y lujosa galería, una de las preciosidades y maravillas de estos reinos. Después de enseñarle copiosa vajilla de oro y plata, mesas de ágata esmaltadas de rubíes, lienzos primorosos, esculturas admirables, condújole á la recámara ó guardarropa donde viese la suntuosidad de los trajes y atavíos; de allí á las piezas interiores, colgadas de riquísimos damascos; á las regias alcobas, adornadas de lechos de marfil; y por remate á los jardines amenísimos ciertamente, ya con la variedad de flores é intrincados bosquecillos, ya con las cuevas sombrías, fuentes, cascadas y surtidores graciosísimos; y enseñado todo, y tratando amigable conversación por aquellas arboledas, vinole á preguntar el príncipe, con singular llaneza, qué le parecía de todo aquello. Agradeció el buen Padre tanta fineza, y aprovechando cuerdamente la ocasión de hacer bien al alma de aquel su noble y cordial amigo, como acostumbraba en otros lances: El sentimiento más vivo, respondióle con toda cortesía y reverencia, que la vista de tanta magnificencia ha excitado en mi corazón, ha sido el de una profunda compasión á vuestra alteza, ponderando dentro de mí cuánto más intolerables y atroces parecerán las penas del purgatorio á un caballero criado en tanto regalo, que á un pobre misionero que ha hecho callos en los trabajos y fatigas¹. Esta santa libertad se tomó aquel buen religioso, animado sin duda de la humanidad y llaneza del príncipe, y con la misma quisiera cerrar hoy mi discurso.

diálogo entre el príncipe regalado y el penitente predicador.

fin de la parábola ó ejemplo.

Aplicación poética.

Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: á quien ha cabido en suerte nacer en la opulencia y el regalo, y en el pasasteis la niñez y la mocedad, y con él habéis llegado á la edad viril ó á la vejez, forzoso es confesar que estáis mal aparejados para sufrir las gravísimas é inauditas penas del otro mundo. ¿Cómo haréis para dormir clavados sobre planchas hechas ascua, los que halláis dura la mullida cama y los blandos almohadones? ¿Cómo sufriréis los punzantes agujones que os taladrarán las carnes, los que tenéis por áspero el lino más sutil y la seda más fina y delicada? ¿Po-

¹ Juan Boter, Dichos memorables.

dréis aguantar el hedor y horrura del lugar, la podredumbre de los gusanos, el infatigable hervir de los estanques de pez y azufre, los que mal acostumbrasteis vuestros sentidos á los polvos olorosos, al aroma de las flores, á la fragancia de los ámbares, á los baños regalados y á las viandas exquisitas?

¿Qué haremos, pues, en adelante? ¿Qué rumbo hay que tomar? Penitencia, hermanos míos, penitencia, para que seamos dignos del perdón y absolución eterna con el castigo y mortificación presente, os diré con Salviano: *Ut in indulgentiam absolutionis aeternae praesentis poenae ambitione mereamur*¹. Que bien se puede encubrir bajo vestidos ricos y galas autorizadas un hábito grosero ó la aspereza de un cilicio, como lo usaron las Cecílias, las Melanias, las Paulas é Isabelas, de sangre nobilísima. Bien se compadecen la hidalguía y caballerosidad con la penitencia y mal tratamiento de la carne; que hidalgos eran, y la misma flor de la cortesanía, los Luises, los Enríques, los Carlos y Casimiro, quienes solían macerarse con ordinarias y sangrientas disciplinas. Tal es y no otro mi parecer, oyentes míos. Ni debéis por ello tacharme de indiscreto, como quien aconseja que os aborrezcáis á vosotros mismos; porque, si bien se considera, no hay amor de tantos quilates como este aborrecimiento saludable, pues nos hace abrazar un mal tan pequeño por huir de tormentos horrosos. Escuchad, para concluir, esta magnífica sentencia de San Gregorio, y guardadla en vuestro corazón todos los días de vuestra vida: *Audacter dico: salutari hostia post mortem non indigebimus, si ante mortem Deo ipsi hostia fuerimus*²; Osadamente os prometo, hermanos míos, que no habremos menester de sacrificio y saludable expiación después de muertos, si antes de morir nosotros mismos nos hicéremos ante Dios hostia viva, por la penitencia y continua mortificación.

Peroración á hacer penitencia

confirmada con ejemplos ilustres.

Peroración oratoria.

Epítogo de la 2.^a parte.

por sentencia de San Gregorio.

¹ L. 1 ad Eccles. — ² Dial. 4. cap. ult.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO NONO

La compasión nace de amor y engendra amor, el cual, si es eficaz, luego pasa á las obras. He aquí en dos palabras el fin y traza de este discurso, encaminado: 1.º, á que **socorran** los oyentes á las almas que padecen en el purgatorio, y para ello los mueve á entrañable **compasión** de sus tormentos. 2.º A que procuren **no ir ellos** á ese lugar de expiación, y para esto los exhorta á hacer **penitencia**. En la primera parte los excita á la misericordia de los demás: en la segunda á tener compasión de sí mismos. Por la primera quiere hacerlos caritativos y limosneros. Por la segunda penitentes y mortificados, empresa tanto más difícil, cuanto va de dar nuestras cosas á sacrificar nuestra carne. Así avanza el orador de victoria en victoria, procediendo siempre de lo más llano y hacadero á lo más arduo y costoso: en esta gradación y crecimiento consiste casi todo el secreto de la elocuencia.

Es el afecto y virtud de la compasión amabilísimo, pero que exige suma delicadeza y tacto en su manejo. ¡Cuánta luz derraman acerca de esta materia las siguientes observaciones de Aristóteles! «Es la misericordia, dice¹: Una pesadumbre del mal ajeno, corruptivo ó contrastativo». Pero advierte tres cosas muy á nuestro propósito. Primera, que la persona que padece nos parezca merecedora de mejor suerte. Segundo, que temamos caer en la misma ó semejante desgracia. Tercero, que esto no sea muy tarde. «Por esta causa, añade, no saben compadecerse ni los muy desgraciados y rematadamente perdidos, porque ya no temen sufrir más de lo que sufren; ni los muy felices, porque se imaginan que no vendrá la calamidad por su casa, y esta seguridad la cuentan ellos por la mayor de sus venturas... Conduélense, empero, los que ya padecieron y temen padecer aún más²; los flacos y débiles; los ancianos, por su juicio

y experiencia; los sabios, porque piensan mucho y conocen la fragilidad humana; los padres de familia, que temen por sus mujeres é hijos... No es lo mismo lo atroz que lo miserable; aquello repele, esto provoca la conmiseración... Las calamidades presentes mueven más; pero las desgracias que ha diez mil años que pasaron, ó han de acaecer de aquí á veinte siglos, ni la memoria de aquéllas, ni el temor de éstas, nos despierta el sentimiento, ó muy poco... Lo que se nos representa con traje, figura y voces lamentables, aunque sea fingiéndolo (como en la tragedia), hace en el ánimo más impresión (porque nos aproxima á la fuente del dolor...) Lo que ha poco sucedió ó dentro de poco sucederá, muévenos por la misma razón... Provocan sobre todo nuestra misericordia las acciones, los meneos, las palabras de los que mucho sufren ó exhalan el alma; mayormente si es virtuoso el que padece, y vemos con nuestros ojos cómo padece.»

Teoría preciosa que se compendia en nuestro refrán: *ojos que no ven, corazón que no llora*; por esto SENECA traslada la fantasía de sus oyentes al lugar ó escena de las llamas purgadoras por medio de imágenes, de visiones, de sentidas hipotiposis. ¡Cuán discretamente comienza el exordio con la viva representación del paraltico! ¡Cómo suaviza la violenta aplicación del texto con el vehemente pesar que le embarga el corazón! ¡Qué bien hallada y cuán natural aquella corrección súbita! *Mas ¿á qué me detengo en razonamientos inútiles, si mientras nosotros deliberamos se están ellas abrasando?* Grito de dolor que supone en el que habla y en los que escuchan una fe vivísima de la inmortalidad de las almas, de las penas del purgatorio y de la eficacia de los sufragos... ¡Pobre SENECA si hubiera tenido que gastar sus aceros en demostrar estos dogmas! ¿Cuándo hubiera llegado al fin que se proponía de sacar pronto aquellas almas y de apercebir á sus oyentes con la mortificación y penitencia?

Pocos oradores pueden como el nuestro aplicarse aquellas palabras de Antonio¹: «Nunca me propuse mover á dolor, á misericordia, á detestación y odio, sin que primero sintiese en mí mismo estos afectos, que deseaba comunicar á los demás. Porque no es fácil que se irrite el juez contra alguna cosa ó persona si tú hablas de ella tranquilamente, ni que aborrezca á alguien, si ve que tú no le aborreces, ni que se mueva á compasión, si tú no das muestras de dolor con las palabras, con las sentencias, con el tono de la voz,

¹ Rhetor., l. 2, c. viii.

² Non ignara mali, miseris succurrere disco. Virg., Aeneid., l. 634.

¹ De Orat., ii, 45.

con el semblante del rostro, con las lágrimas y gemidos». Y lo declara con esta comparación bellísima: «Porque así como no hay leña tan bien dispuesta que llegue á encenderse, si no se le aplica el fuego, así no hay corazones tan preparados para comprender la fuerza del orador que lleguen á inflamarse, si tú primero no te muestras inflamado y encendido: *Ut enim nulla materies tam facilis ad exardescendum est, quae, nisi admoto igne, ignem concipere possit; sic nulla mens est tam ad comprehendendam vim oratoris parata, quae possit incendi, nisi inflammatus ipse ad eam, et ardens accesseris.*

Conmóvido el orador y vertiendo lágrimas, ¿cómo no las ha de arrancar á sus oyentes cuando, abiertas las cárceles del purgatorio, exclama: «Y allí están, oh hijos, vuestras madres queridísimas; allí están, oh maridos, vuestras esposas muy amadas; allí, oh amigos, vuestros antiguos compañeros; allí, oh nietos, vuestros abuelos y antepasados. ¿Y os sufre el corazón...?» Mas no se contenta SENECA con lágrimas estériles: porque entiende la misericordia no en el sentido naturalista de Aristóteles, sino del modo divinamente práctico de San Agustín, quien la define así: «Es la misericordia una compasión de la miseria ajena que en nuestro corazón sentimos, la cual nos mueve poderosamente á remediarla, si pudiéremos»¹.

De aquí la batería de argumentos, sacados ya de la **facilidad** en librar á aquellos cautivos, ya de la **justicia**, ya de la **natural humanidad** de nuestro corazón; ya, finalmente, de la **honra y provecho** que nos viene en vida y en la hora de la muerte; mezclando varios sentimientos, pero subordinados al principal de la compasión. ¡Cuán oportuna es aquella consecuencia: «Nosotros, pues, mantenemos viva aquella hoguera... nosotros apretamos aquellos hierros... nosotros, si, nosotros cerramos las puertas de su largo cautiverio á aquellos infelices...!»

Y no menos aquella última en que describe á todo el cielo inclinado á favor del misericordioso que ha libertado muchas almas, las cuales salen al encuentro de su bienhechor, le asisten en el trance postrero, le cercan y le llevan en triunfo á la posesión del reino celestial.

En la segunda parte **convence** la necesidad de la penitencia por dos razones de Santo Tomás, que verdaderamente concluyen contra los seculares regalados; **agrada** y man-

¹ Quid est autem misericordia nisi alienae miseriae quaedam in nostro corde compassio; qua utique, si possumus, subvenire compellimur? De Civit. Dei, lib. ix, cap. 5.

tiene la atención con descripciones pintorescas, tal vez demasiado minuciosas, pero siempre vivas y oportunas; **mueve** con la dulcísima violencia de algunos ejemplos, y sobre todo con el suyo propio, por lo cual la victoria en esta parte era segura. Si un semejante engendra otro semejante, ¿qué efecto habían de producir las palabras del penitencioso P. SENECA sino espíritu de mortificación y penitencia?





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

DISCURSO DÉCIMO

EL CIELO

Dominus, honorat nos hic esse.

Señor, bueno es estaros aquí.

(MATEO, XVII, 4.)

EXORDIO

Ex abrupto.
Deseo de la gloria.

I

Al cielo, al cielo, amadísimos hermanos; al cielo todos, a nuestra patria, al lugar del descanso y alegría. ¿Quién no desea romper las ataduras de esta mortalidad y volar libre a la bienaventuranza de la gloria? ¿Quién ha de vivir gustoso en esta cárcel tenebrosa y valle de miserias, donde no se oyen sino ayes de dolor y hondo sollozar, ni se ven más que lágrimas, calamidades y pecados? Quejarse los ricos de los pobres y los pobres de los ricos, los criados de los amos y los amos de los criados, y nadie vive contento con su suerte. Hermosa es Raquel, pero lamentase porque no es fecunda como Lía. Fecunda es Lía, pero se aflige por no ser de la hermosura de Raquel. Rico es Naamán; pero ¿de qué le sirven las riquezas si la lepra le consume? Poderosísimo Augusto, mas no tiene sucesión. Temido Tiberio, pero no tiene un amigo que se le acerque.

por descripción de las miserias del mundo,

(distribución y

de gloria



Y aun este poquito de felicidad águano mil zozobras y sobresaltos. Al poderío de los príncipes, acechan con las armas los súbditos rebeldes; al sosiego y privanza de los validos, otros cortesanos con intrigas y marañas; al renombre de los letrados, sus émulos envidiosos; a la seguridad de los

de sus bienes
o su adquisición.

ricos, astutos robadores; al bien de los amantes, rivales encarnizados. Todo es discordia, todo malquerencia, todo inquietud, peligros, ansiedad, desasosiego, turbación. ¿Y hay quien se enamore de esta vida? ¿Y hay quien guste de vivir más tiempo en lugar tan ruin y miserable? Bien dijo el que dijo que es tan mentirosa, tan apocada y llena de asechanzas la vida humana, que nadie la recibiera de su voluntad, si se la ofrecieran de balde, conociéndola ¹.

Contec. tantis, mada con testi- moio.

Amplificación y semillas de los asntos.

Y nosotros que la conocemos, que hemos gustado su amargura de hiel, ¿aún sufriremos permanecer más tiempo desterrados de nuestra patria? Al cielo, pues, al cielo, amadísimos hermanos; subamos hoy al cielo, si no con el cuerpo, con el pensamiento y el corazón; si no con la carne pesada y pegajosa, con el espíritu ferviente y desembarazado. El carro de Eneas, el de los caballos de fuego, habemos menester, *currus igneus, et equi ignei* ², para encumbrarnos á tanta alteza; carro de fuego que luzca y centellee; carro de fuego que encienda sin quemar, que arrebate sin trastornar en su carrera. Porque sólo quien ardorosamente desee la posesión de la gloria, podrá seguir mi vuelo á aquellas altísimas regiones; y si levantándoos yo sobre las nubes os llevo á representar siquiera la **entrada de un alma justa en los tabernáculos de Dios**, persuadido estoy que no sólo rebotaréis de júbilo, como Pedro en el Tabor, al descubrir una pálida vislumbre de los eternos gozos, sino que saldréis tan sabrosos de la plática, que por ventura excluiréis con el apóstol San Pablo: Quebrantad, Señor, estas cadenas, deshaced los grillos que me aprisionan á este cuerpo mortal y delcizable: Señor, no puedo más: *Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* ³ Prestadme, pues, vuestra benévola atención, que es difícil empresa la que tomo, no fiado de mi elocuencia, que nada vale, mas del favor divino y de la grandeza misma del asunto.

Proposición,

az y blanco del discurso.

¹ Nihil tam fallax, nihil tam insidiosum quam vita humana; non mehercule quisquam accepisset, nisi daretur inscius. Sen. de Consol. ad Marc. c. 22. — ² 4 Reg., II, 11. — ³ Rom., VII, 24.

PARTE PRIMERA

II

•Imagine, pues, cada cual que ha llegado el dichosísimo momento en que, desahuciado felizmente de los médicos, va á trocar la tierra por el cielo, la baja de este valle de lágrimas por la alteza de la gloria. Ya se despide, si no con la boca, con el corazón, y dice á los atónitos circunstantes: Adiós, padres; adiós, hermanos; adiós, amigos; quedaos en paz, que yo me voy al cielo y á la casa de mi Dios: *In domum Domini ibimus* ¹. Y dejando en la tierra la pesadumbre de vuestro cuerpo, para recobrarlo más tarde glorioso y resplandeciente, subis conmigo sobre el carro del profeta Eneas, y en él os llevo como en triunfo á la suprema región de los palacios de la gloria. Tránsito bienaventurado, viaje felicísimo, con cuya memoria se consolaba David y templaba las congojas de este siglo con las alegrías de lo porvenir, diciendo al Señor: ¿Cuándo veré tus cielos, obra de tus dedos soberanos? ¿cuándo contemplaré de cerca la luna y las estrellas que fundaste? *Videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam et stellas quas tu fundastis* ².

Arg. 1.º
Jiboles del alma, desde el punto de la muerte hasta llegar al sol.

Partida de este mundo por tierra propropiosa.

•Porque atravesaréis primero esa atmósfera que nos circunda, y veréis la maravillosa disposición de la Providencia en el mantenimiento de los mortales. Veréis cómo produce Dios y saca los vientos de sus tesoros, en expresión del Profeta ³, y se encaminan, despacio ó violentamente, adonde y como el Gobernador del mundo los envía ⁴. Veréis cómo prende y ata las aguas en las nubes, como dice Job ⁵, de tal manera que no caiga de lleno en lleno sobre la haz de la tierra, sino colándolas como por tela de cedazo. Entonces podréis responder al santo Job, que atónito preguntaba: ¿Por ventura has entrado en la recámara de Dios, donde tiene encerrados los tesoros de la nieve y del granizo? ⁶

Enumeración y descripción de los fenómenos del aire.

vece las causas de los vientos.

de las lluvias.

de las nieves y granizos.

¹ Ps. CXXI, 1. — ² Ps. VIII, 4. — ³ Ps. CXXIV.

⁴ Job, XXXVII. — ⁵ Job, XXVI.

Numquid ingresses est thesauros nivis, et thesauros grandinis aspexisti? ¹ Porque veréis cómo se engendran los rocíos de la mañana, las heladas escarchas del invierno, las nieves que blanquean las montañas, los granizos que talan los sembrados y el arco-iris que arrebola el cielo y rodea la tierra con abrazo de alianza. Ya sin temor ni sobresalto veréis las fraguas de los rayos y los carros centelleantes de Dios, como llama el Profeta á las nubes preñadas y tempestuosas con que, atronando el Hacedor, espanta á los vivientes. De aquí levantados veréis la redondez de la luna tan vistosa y plateada, sus cumbres y hondonadas, la causa de sus mudanzas y semblantes, su jurisdicción y señorío en este mundo menor, y aquellas como riendas que tiene en la mano este satélite, con que se apodera de las aguas y los mares, y los rige y los trae á su mandar.

•Mas ¿qué sentiréis al ver de cerca aquel vaso admirable de lumbré, obra del Excelso y verdaderamente grande del Señor que lo formó, como dice el Eclesiástico ²; aquella hoguera inmortal y encendidísima del sol, palacio del Hacedor, según David ³, y como tienda de campaña clavada para la divinidad en las soledades del firmamento? ¡Oh qué admiración al ver su hermosura incomparable como de esposo que sale á bodas, muy compuesto y gallardo, de su título! Hermosura que nunca se marchita; con cuya luz, no bien raya sobre la tierra, se engrien las plantas, despliegan las flores sus corolas, matizanse los frutos, corren con más alegría las fuentes, soplan con suavidad los vientos, cantan las aves, todo el mundo recobra nueva vida. ¡Oh qué pasmo al ver la esfera inmensa de su actividad, sus fuerzas de gigante, que no hay quien se esconda de su espantosa eficacia y resplandor, como aseguró al Profeta! ⁴ ¡Qué asombro contemplar su magnitud de un millón cuatrocientas mil veces mayor que el planeta que habitamos, y cómo desde esa distancia tan apartada de treinta y ocho millones de leguas, él madura las mieses, da los esquilmos de las vides, la propagación de los animales, que por su virtud se multiplican

de los rayos y tempestades.

de la luna.

del sol.

Se hermosea por varias visuales de las Sietes Letras.

su actividad y magnitud.

y conservan en el mundo, y de su claridad y virtud reciben virtud y claridad los astros, que, como al rey los cortesanos y grandes, le rodean majestuosamente y reconocen homenaje! ¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, oh Señor! exclamaréis enajenados; ¿cuándo llegaré al cielo y pareceré delante de vuestro acatamiento? *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* ¹ Si tan hermosas son tus criaturas, tan lindas las huellas de tus pies, ¿qué será contemplar tu cara en el lleno de tu gloria y bienaventuranza? *Videbitur in gloria sua* ². ¿Qué será mirar de hito en hito y bañarse y sumirse en la lumbré celestial del Sol eterno? *Ea, es spiritus soberanos, apresurad el vuelo, que se me tarda mi felicidad.*

Imagen del Sol eterno, Dios.

¡Sueños de deseo y de maravilla.

III

•Llegaréis; pero es fuerza cruzar rápidamente los dominios del sol, donde se mueven los demás planetas, oscuros y sin más luz que la reverberada por el astro del día y ojo del mundo. Dejemos al sanguinoso Marte, á Vesta, á Juno, á Ceres, á Palas, á Júpiter y Saturno, á Urano y á Neptuno con sus satélites y anillos, con sus lunas y coronas, con sus movimientos ánuos y diurnos de Occidente á Oriente, y entremos y atravesemos sin tardanza en el mar infinito del espacio esplendoroso.

•¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién os colgó en el aire, soles inconmensurables, lumbreras incansables, lámparas inextinguibles, antorchas que vais alumbrándonos en el camino de la gloria? ¡Oh cómo os gozaréis viendo las virtudes é influencias de las estrellas y os abrumará tanta muchedumbre, que sólo aquel Señor que las hizo sabe su número y llama á cada una por su nombre! ³ ¿Cómo diréis, con el profeta Baruc: Dios es el que envió la luz, y la luz obedeció temblando. Las estrellas dieron luz en sus estancias con alegría: fueron llamadas y respondieron: Aquí estamos; y obedecieron muy alegres al Se-

Arg. 1.^o Júbilos del alma: desde el sol hasta llegar á las puertas del paraíso.

Transición, por preferencia de los planetas.

Descripción poética de los cielos estrellados.

muchedumbre de astros, sus influencias.

su concierda, y distancias.

¹ Job, xxxviii, 22.—² Eccii., xliii, 2.

³ Ps. xviii, 6.—⁴ Ibid.

¹ Ps. xli, 3.—² Ps. cii, 17.—³ Ps. cxlvi.

ñor que las crió!¹ Veréis el orden de sus movimientos, sus órbitas inmensas por los ámbitos celestes, y veréis aquel concierto y armonía suavísima, nacida de la proporción y variedad con que se mueven, de que habla Dios por Job, diciendo: ¿Quién contará la disposición de los cielos? Y su armonía ¿quién la hará callar?² Preludios son de las músicas del paraíso, hermosa pradería de vistosisimas flores con que se adornan los arrabales de la ciudad eterna.

«Pero ¿cómo no volveréis involuntariamente la cabeza hacia la mezquina tierra, morada de los miseros mortales? Entonces si que miraréis la tierra desde lejos, como dijo Isaías: *Cernent terram de longe*³; porque, si la estrella más vecina dista de la baja tierra más de seis billones novecientos mil millones de leguas, ¿dónde centellean y se mueven las postreras del firmamento y cuya luz no ha llegado todavía? Pues, á tal distancia, ¿qué os parecerá la habitación de los hombres?—¿Dónde está mi antigua vivienda?, exclamaréis. ¿Dónde mis heredades? ¿Dónde está mi patria? ¿Dónde España? ¿Dónde, que no parece en aquellos abismos profundísimos, Europa? ¿Qué pequeña es la tierra cotejada con la inmensidad de los astros! ¿Qué espesa noche envuelve á los mortales, si se compara con los torrentes de luz que me rodean! ¿Y por un palmo de tierra vil aventuré la posesión del cielo? ¿Ciegos é insensatos hombres, que, por ensanchar los lindes de vuestros estados y señorios, lucháis y os hacéis pedazos! Un punto es, un punto ese terruño vil donde navegáis por el mar inmensurable del espacio; eso donde guerréis á muerte, donde repartis los reinos y provincias, es un punto, dijo Séneca: *Punctum est, punctum est in quo navigatis, in quo bellatis, in quo regna disponitis, punctum est*⁴. Un palmo de tierra, de la cual os roban la mayor parte los mares y los ríos, y os merman notablemente las montañas y desiertos páramos, es el vasto campo de vuestras grandezas. Allí tenéis vuestras contienas, allí limitáis los horizontes de vuestra ambición, allí ceñis vuestra felicidad y allí estrecháis vuestro apocado es-

Dimensión. Una mirada á la tierra por prospectiva ilustre.

y apóstrofa á los mortales.

por hipérbolos.

por anticlitas

¹ Bar., III, 2.—² Job. XLXVIII, 37.

³ Is., XXXIII, 17.—⁴ De quæst. nat., l. 1.

píritu, con ser capaz de estos cielos, capaz de la gloria, capaz del infinito Dios. *Levate in excelsum oculos, et videte*¹. Alzad los ojos al cielo y mirad las relucientes antorchas que reconocéis ser millares de millares de veces mayores que la tierra, y sabed, hombres, que todo es para vosotros, *Qui viderit, possidebit hæc*². El que venciere, todo esto poseerá.³ Para vosotros son estos campos, estas estrellas, estas provincias amenísimas y dilatadísimas; para vosotros cuanto encierra la interminable redondez de lo criado.»

y repetición elegante.

IV

«Atonitos y enajenado el corazón traspasaréis un cielo y otro cielo, una esfera y otra esfera, un mundo y otro mundo, y embelesados en su contemplación, hariais alto y pararíais allí eternamente, si no os agujara el ímpetu del espíritu de Dios, que os quiere introducir ya en las moradas perpetuas de los santos. Otros cielos os esperan, otras armonías, otros deleites, otros bienes sobrecelestiales y divinos. Albricias, llegado hemos á la vista del empireo. Angeles, aceleremos la carrera. Apresurémonos á entrar en el descanso perdurable: *Restinemus ingredi in illam requiem*³. Jerusalén, Jerusalén se ve, veis aquí la hermosa Jerusalén; hela, ya pareció la hermosa Jerusalén, por la cual suspirábamos tan dolorosamente junto á los ríos de la Babilonia terrenal, *super flumina Babylonis*⁴.

Arg. 3.^o Juicio del alma á la primera vista de la ciudad eterna.

por conductación.

«¡Oh dulce patria! ¡Oh tierra de los vivientes! Salve, puerto deseado, paraíso de deleites, refugio de las almas acosadas. Salve, corte de inmensa majestad, casa de bendición, reino y tabernáculo de Dios reconciliado con los hombres pecadores: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus*⁵. ¡Qué hermoso! ¡qué resplandeciente! ¡qué arrebatador! Cuanto de bello, de lindo, de grandioso visteis en los cielos inferiores, os parecerá la lucecita de una candela puesta á par del sol. Y ¿por qué imagináis que quise particularizar

exclamación.

repetición.

¹ Is., XL, 26.—² Apoc., XXI, 7.—³ Hebr., IV, 11.

⁴ Ps. CXXXVI, 1.—⁵ Apoc., XXI, 3.

las magnificencias del tránsito y peregrinación celeste, sino para que saquéis la hermosura y lindeza de la ciudad por la de sus afueras y arrabales?»

«No, no es tiempo malgastado, católicos, el que empleé en semejantes descripciones. Porque, discurrid conmigo y respondedme: si tan ricas y primorosas son las piezas del mundo, que para los bienaventurados vienen á ser como los bajos y cavernas subterráneas, lugar vil y despreciado, ¿qué tales y tan primorosas serán las estancias donde han de vivir eternamente, los atrios que han de recorrer, los jardines en que han de solazarse? Si tales son los cimientos, ¿qué serán las bóvedas y techumbre? Si así relumbra el suelo y bajo pavimento, ¿cómo resplandecerán las columnas y artesones? ¿No os parece que será opulenta la morada que fabricó Dios para descanso y galardón de sus escogidos; para un San Pedro, crucificado por su amor; para un San Pablo, degollado por su amor; para la inmensa muchedumbre de los gloriosos mártires que por su amor se descarnaron de sí mismos y sacrificaron sus vidas hasta la muerte? *Non dilexerunt animas suas usque ad mortem* ¹. Si la liberalidad de este Señor es tan copiosa en este destierro hasta con los Decios y Nerones, ¿cuál será el palacio real aparejado para sus amigos? ¿Cuán magnífica y galana será la hermosura de las cosas inmortales, pues las caducas y perecederas son tan lindas y hermosas! Podemos justamente exclamar con San Equerrio: *Quam magnifica fulgebít perpetuis forma rebus, cum sit nunc tam speciosa perituris!* ²

V

Veréis, pues, aquella soberana Jerusalén asentada sobre los cielos de los cielos, en la región del mundo más pura, más levantada y resplandeciente. La grandeza y anchura de sus ámbitos, si lo preguntáis al santo profeta Jeremías, os dirá que sobrepujan toda medida: *Si mensurari potuerint coeli*

*Harmonia del cielo, como a *facti sursum* ³; la transparencia de sus altos muros excede la de*

¹ Apoc. xii, 17.—² Epist. 4. Patian. —³ Jer. xxxv, 37.

las aguas y cristales; sus alhajas y atavíos, todas las galas y hermosuras del mundo. La cortedad de nuestro entendimiento, sumido y encarnado en la materia, ha menester que le guíen por las cosas materiales y sensibles al conocimiento de las espirituales y eternas. Y así, el glorioso San Juan, que vió la ciudad de los vivientes, describela cuadrada y de hechura primorosísima. Su fábrica son perlas y diamantes, las labores de su edificio más ricas que la misma fábrica. Verdaderamente es ciudad de perfectísima hermosura, *urbis perfecti decoris* ¹; al fin como casa de Dios y asiento de su gloria.

Veréis los cimientos labrados de piedras preciosas y las doce suntuosísimas puertas, que son doce lucientes margaritas: *Duodecim portas, duodecim margaritae* ². ¿Qué forma tan peregrina! ¡qué elegancia! ¡qué grandiosidad! ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, oh Jacob, y tus tiendas de campaña, oh Israel! *Quam pulcra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel* ³. Acercuémonos á sus puertas inmortales, llamemos con ansiedad y júbilo, repitiendo las palabras del Profeta: *Attollite portas, principes, vestras* ⁴. Alzad, Principes, las puertas de la gloria; abridme la casa de mi eternidad. Mas ¿á qué cansarse, si espontáneamente se abrirán y os saldrán al encuentro coros de regocijados ángeles que, con festivas músicas y aplausos, os acompañarán y entonanán el celebrado verso: *Intra in gaudium Domini tui* ⁵. Entra, ¡oh mortal bienaventurado!, entra en el gozo de tu Señor; dándoos á entender la grandeza de vuestra felicidad y bienaventuranza; bienaventuranza y felicidad tan inmensa, tan infinita, que, según anota San Anselmo, no pudiendo el ancho mar del gozo entrar en vuestro espíritu, deberéis vosotros entraros y sumiros en el gozo.

VI

Y aquí os dejo, hermanos míos, en tan buenas manos como las de los santos ángeles. Lo que en compañía de

¹ Thren., ii, 15.—² Apoc. xxi, 21.—³ Num. xxiv, 5.
⁴ Ps. xxiiii, 7.—⁵ Matth., xxv, 21.

Heremosura del cielo, como a *facti sursum* de la hermosura de la tierra.

el fin de entrar en.

por contrapositiones y ejemplos.

Arg. 4.^o Júbilo del alma, al abrirse las puertas celestiales.

por el lugar.

por la grandeza y perfección de la obra.

Entrada triunfal por apoteosis.

por corrección.

por hipotiposis.

por divina inspiración.

Arg. 5.^o Júbilo del alma, por la bienaventuranza accidental.

ellos veréis y gozaréis, no lo sé. Bástame haberos encaminado á los umbrales del celestial palacio; que son además tan soberanos y sobre todo sentidlo que encierra, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni cabe en entendimiento de hombre cuanto preparó el Señor á sus fervientes amadores: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis, qui diligunt illum*¹. Y ¿qué he de decirlos, miserable de mí, que tan poco alcanzo de las cosas del cielo? ¿Qué he de decirlos sino que entraréis en una región nueva y por extremo deleitosa, donde ni hay rastro de dolor que os lastime, ni noche que os entristezca con sus sombras, ni estío que os enfadé con sus ardores, ni invierno que con sus rigores os moleste? ¿Donde los ojos, renovados y esclarecidos sobre la lumbre del sol, verán cuanto de lindo pueden codiciar, y los oídos oírán cuantas armonías podrán apetezer, y el olfato será recreado de cuantos suavísimos olores puede percibir, y el tacto de todo linaje de dulzuras es imposible imaginar, y el tacto de todo linaje de blanduras y deleites celestiales? ¿Donde vuestro cuerpo será tan luminoso y resplandeciente, que todas las cosas claras y relucientes, y el mismo sol, parecerán negrura y oscuridad; tan ágil y ligero, que venceréis al rayo y á la luz; tan sutil y penetrante, que aventajaréis al fuego; y tan fuerte é impasible, que el diamante en su comparación es deleznable y quebradizo? ¿Donde las edades todas del hombre concurrirán en uno para formaros perfecto; la niñez con su candor y frescura, la juventud con sus aceros, la edad varonil con su robustez, la ancianidad con su seso y venerable continente? ¿Donde, á un abrir los ojos, os hallaréis con un perfecto conocimiento de las lenguas de todos los pueblos, de las historias de todas las naciones y de las gracias y donaires de todos los vocabularios, y con esto, dotados de todas las voces y suavísima garganta, de todas las invenciones é ingenios, de todas las especulaciones de los sabios? ¿Donde... pero ¿qué estoy balbuciendo como niño, si los gozos y riquezas de la gloria son inefables, ni puede hombre mortal rastrearlos con su entendimiento, ni menos

¹ 1 Cor., II, 9.

declararlos con su torpe lengua? *Arcana verba, quae non licet homini loqui*². Arcanos los llama San Pablo, sacramentos recónditos, investigables misterios; mientras, cuanto acabamos de decir predicase en los pulpitos, estampase en los libros, dibújase en los lienzos, y, lejos de ser arcanos, son vulgaridades muy trilladas.

Direós solamente lo que me figuro ha de suceder en el primer recibimiento de los ángeles: que os llevarán como en palmas y entre cantares de alegría por calles empedradas de finísimo oro al trono de la majestad de Dios, pero no sin que os muestren de camino las estancias y mansiones tan diversas, en cuya posesión esforzaba Jesucristo sus tristes y desmayados apóstoles. Descubrirán á vuestros ojos la maravillosa hermandad de los escogidos, y cómo aquella distinción de grados no arguye discordancia de voluntades; porque aquella heredad celestial para todos es una, para cada uno toda, y, por comunicación recíproca, de los gozos de todos recibe cada uno alegría tan colmada como si él mismo los poseyera; que allí la muchedumbre no engendra confusión, ni la preeminencia altanería, ni la inferioridad emulación, ni la desigualdad rompimientos ó desavenencias; porque, señoreándose la caridad y participando todos de un mismo espíritu, no hay hermano que desee más parte de la herencia que la señalada por el gran Padre de familia; por donde todo es unión, todo concordia, todos son tan amigables entre sí, que parecen un alma, y un corazón, y un pueblo verdaderamente sentado en la hermosura de la paz: *Sedebit populus in pacititudine pacis*³. Paz del hombre con Dios, paz de los inferiores con los superiores, paz del cuerpo con el alma, paz de los apetitos con la razón.

Así es de creer que os instruirán los ángeles, vuestros ilustres compañeros, cuando á la nueva de vuestro advenimiento veréis que salen á porfía y en alegres coros los bienaventurados de Dios, más regocijadamente que las hijas de la otra Jerusalén al encuentro de David cuando volvía de su famoso triunfo. ¿Qué sentiréis, qué diréis, pues, al

² 2 Cor., XII, 4. — ³ Is., XXXII, 18.

confirmada por el dicho del Apóstol.

Protopopeya táctica y nuevas jubas.

con la compañía de los escogidos.

su entrañable concordia.

por bellísimas angélicas e hipotípicas.

La verdadera paz.

Crecente jubas con la vista de amigos y parientes.

encontraros por ventura entre la infinita muchedumbre de los santos que os aplauden, con los amigos, con los padres, con los hermanos amabilísimos que os precedieron en la carrera? ¡Oh, con qué alegría los abrazaréis y os abrazarán! ¡Con qué gozo les daréis y os darán paz en el rostro! ¡Qué torrentes de placer inundarán vuestra alma viendo asegurada la compañía eterna de aquellos cuya partida y breve ausencia tan amargamente llorasteis!—¡Esposo mio dulcísimo!, dirá la pobrecita viuda; ¡madre mía muy amada!, dirá el hijo, ¿conque os torno á ver, oh madre mía? Aquí estáis, ¡oh mi más cordial y entrañable amigo! Pero ¡cuán trocado y acrecentado en hermosura! ¿Os acordáis cuando nos preguntábamos qué sería de nosotros por toda una eternidad? Heños aquí juntos, heños aquí hermanados para siempre, sin temor de que nadie rompa nuestra amistad en Dios: *Sic semper cum Domino erimus* ¹. Pues ¿qué júbilo será el vuestro en viendo los Santos de vuestro amor y devoción: á San José, Esposo de Nuestra Señora; al gran Bautista; á San Francisco, á Santo Domingo, al glorioso San Antonio, al bienaventurado San Ignacio, á Santa Teresa de Jesús, y conocéis de cara y converséis rostro á rostro con aquellos cuyos altares tanto visitasteis, en cuya reverencia tantas veces ayunasteis, por cuya gloria tanto os desvelasteis en los días de vuestra peregrinación?

Si el ver y conocer á un Tito Livio tuvieron muchos por sobrado galardón de sus viajes desde los últimos confines de la tierra, ¿qué será ver y tratar mano á mano con el príncipe de la Iglesia, San Pedro; con el predicador de las gentes, San Pablo; con el oráculo de las escuelas, Santo Tomás de Aquino; con un Agustín, con un Crisóstomo, con un Jerónimo, y poderles decir las palabras del santo Job: Con mis oídos oí gustosamente tus alabanzas, tus virtudes y tu gloria; pero ya no habré menester quién me lo cuente, pues lo veo con mis ojos: *Auditu auris audivi te; nunc autem oculus meus videt te* ². Querréis, sin duda, postraros á sus pies, mas ellos no lo sufrirán y os tomarán regaladamente

per distictissimos dulcissimos

y espoliciones óncimas;

con la vista de los santos de nuestra particular de vocación.

Amplificación por comparación á misterio,

per protopopeya y víbionca.

de la mano, trayéndoos á la memoria que ya no sois sus devotos, sino conciudadanos suyos; no protegidos, sino amigos y compañeros: *Fam non estis hospites et advenae, sed estis civis sanctorum et domestici Dei* ³.

VII

Con este nobilísimo acompañamiento iréis acercándoos al trono de la majestad de Dios en las alturas, y subiendo sobre todos los coros de los ángeles; y visto cómo triunfan los supremos principados, cómo se alegran las potestades, cómo se enseñorean las dominaciones, cómo resplandecen las virtudes, y relampaguean los tronos, y lucen los querubines, y arden los serafines; y hecho profundo acatamiento á la bendita sobre todas las mujeres, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, Reina del cielo y Señora nuestra, María Santísima, y adorada la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo, vuestro amorosísimo libertador, os confortarán el entendimiento con una lumbré poderosísima, y veréis, ¡oh vista maravillosa!, ¡oh vista bienaventurada!, veréis en un abismo de inmenso resplandor, en un solio de infinita majestad, en un centro de gloria y beatitud, á vuestro Dios y supremo Hacedor: *Urbem illam, sicuti est* ⁴.

Veréis á Dios; pero ¿qué significa ver á Dios? ¡Oh quién alumbrata mi entendimiento, quién purificara mis labios para trazaros siquiera un borrón de lo inefable que encierra este ver á Dios! Veréis aquella altísima substancia, aquella esencia nobilísima, aquella divinidad incomprensible, que, anegada en el mar de su misma bienaventuranza, ha estado infinitas eternidades sin entendimientos de criatura que lo conociesen, y no era por ello ménos feliz por vivir solo, ni ménos glorioso por más oculto y escondido. Veréis á aquel que es la bienaventuranza universal de todo lo criado y fuente de perennal hermosura; á aquel por quien es todo lo que es, por quien vive todo cuanto vive, por quien

Arg. 6.º Júbilo del alma por la bienaventuranza celestial.

Tenacida notable por su posición y su naturaleza.

los nueve coros, María Santísima.

Jesucristo;

¡oh incomprensible y extático!

La visión beatífica.

es declaración.

¹ 1. Test., IV, 17.—² Job, XLII, 5.

³ Eph., II, 19.—⁴ 1. Joan., III, 2.

obra todo cuanto obra, y, sin embargo de esto, de ninguno recibe el ser, de ninguno la vida, de ninguno el poder y ejecutar; á aquel que es remotísimo y el más cercano, presentísimo y sin lugar, en todos los siglos y sin mudanza. Viéndole á él, no imaginéis ver cosas que no son él. Estas son criadas, él increado; éstas materiales, él simplicísimo; éstas dependientes, él absoluto, Rey de reyes y Señor de los señores; éstas limitadas, él infinito; éstas caducas, él inmortal; éstas en muchas partes defectuosas, él en todo cumplidísima y perfecto. Y, no obstante, cuantas cosas no son él, las veréis más cabales y hermosísimas en él. Veréis cómo está en las criaturas trabajando y haciendo cuanto las criaturas hacen y trabajan, y cómo todas están en él por modo eminentísimo y sobrexcelente. En el veréis los rayos del sol, los resplandores de la luna, el centellear de las estrellas, la lindeza de las flores, el serpentear de los arroyos, la frescura de los céfiros, la suavidad de los manjares, la dulzura del canto y armonía. ¿Y veréis, por ventura, que sea él alguna de ellas? No: que sin ser canto, ni manjar, ni suave marea, ni fuente, ni flor, ni lumbre de sol ó estrellas, tiene la perfección de todas, pero no su ser ceñido é imperfecto. Veréis en él blanca sin mancilla, beldad sin menoscabo, poderío sin rivalidad, sabiduría sin magisterio, bondad sin mengua de pasiones, substancia sin accidentes, vida sin recelo de muerte. Veréis, en una palabra, ¡oh dichosos mil veces los que merezáis gozar de tanto bien!, veréis cara á cara al mismo Dios: *Videbitis eum, sicuti est.*

¿Quién podrá decir lo que experimentará vuestro corazón á la primera vista de Dios vivo? ¡qué desfallecimientos de amor! ¡qué abrasamientos de caridad! ¡qué dulzura! ¡qué éxtasis! ¡qué embriaguez! Atónitos á vista de tanta majestad, y reconociéndoos indignísimos de tanta merced, queiréis humildemente derribaros, queiréis llorar y sollozar para desahogo de vuestro crecido afecto, mas no os será permitido, cristianos: *Non audietur ultra vox fletus et vox clamoris*¹. El mismo Dios enjugará vuestras lágrimas y

¹ Is., LXXV, 19.

limpiará vuestra faz: *Auferet Dominus Deus lacrymam ab omni facie*². no más llanto, no más gemidos, no más dolorosas lamentaciones, porque la lumbre de Dios disipará la noche de vuestras congojas pasadas: *Oblivioni traditae sunt angustiae priores*³. ¿Quién se ha de acordar en aquel endiosamiento de cuanto en este mundo padeció por Dios? ¡Imagináis que os vendrán á la mente, si no es para colmaros de gozo, los ayunos que pasasteis, las asperezas y rígidas mortificaciones con que aquí maltrabais vuestro cuerpo? Antes bien, oid lo que cantan uniformemente los bienaventurados todos: *Laelati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti; annis quibus vidimus mala*⁴. Alegrámonos, dicen, por los días en que nos humillabas, por los años en que vimos trabajos y penalidades. En que vimos, dicen, no en que padecemos trabajos, porque sienten que los martirios más atroces, los ecéleos, las tenazas, los peines de hierro fueron un sueño, puestos en balanza con el deleite macizo y perdurable de que gozan.

VIII

Parece que desearíais siquiera barruntar en qué sentimientos, en qué vehementes expresiones prorrumpiréis al veros en el regazo dulcísimo de Dios, y vestidos de su lumbre y transformados en su imagen y semejanza. Misteriosos son de su misericordia que no se pueden apear, unión purísima y amabilísima que agota el entendimiento criado y entumedece la lengua de los ángeles, cuánto más la nuestra torpe y tartamuda. Solamente diré lo que en mi rudeza tengo pensado decir, si merezco tanta dignación y soy admitido á la posesión de tanta gloria.

—Alabado, sobrenalzado y glorificado seáis por los siglos de los siglos, he de exclamar en mi anonadamiento: alabado, sobrenalzado y glorificado seáis, oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que pusisteis los ojos de vuestra piedad en el gusanillo de la tierra, y, mereciendo yo por mis pecados arder en los profundos infiernos,

¹ Is., XXV, 8. — ² Ibid., LXXV, 16. — ³ Ps., LXXXIX, 15.

alegría con más y olvido de todo pesar.

por testimonios bíblicos.

Arg. 2.^a Júbilo del alma en el seno de Dios.

Transmisión y participación íntima.

Afectos de amor.

de humilde agradecimiento.

me levantó vuestra diestra á la participación de vuestra divinidad. Beneficio es de vuestra largueza, no merecimiento mío; comunicador sois y derramador infinito de vuestros tesoros, y yo un vilísimo y miserable pecador. *Salvum me fecit, quoniam voluit me* ¹. Le diré que ése es mi mayor contentamiento, y que no sería mi bienaventuranza tan cumplida, si fuera obra de mis manos y no favor de su inagotable liberalidad; que pensar en ella y en su amor graciosísimo me abrasa más y más é hinche de júbilo mis huesos. Le diré que, si me alegro en la contemplación beatífica de su Deidad, no es por el gozo que redunda en mí, sino por el gozo y bienaventuranza de él. Le diré que por su amor querría sacrificar mil vidas, que en su obsequio padeciera gustoso los tormentos del infierno, y que, si no viéndole más, pudiera añadir un rayo á la corona de su eterna dicha, un solo adarme á su gloria, aunque extrínseca y accidental, escogiera la privación de no verle, aun después de experimentado el placer de haberle visto. —

Esto, é infinito más, pienso decir cuando amanezca mi día, en compareciendo ante la faz benignísima de mi Señor, de mi Padre, de mi Esposo, de mi Dios, cuando me junte con él y me transforme en él. Porque á la manera, dice Santo Tomás, que el hierro encendido y hecho ascua en la fragua viste las propiedades de fuego, y el aire embestado y penetrado de los rayos del sol resplandece como el sol, así Dios me entrará en sus entrañas y me penetrará tan íntima y profundamente, que pareceremos uno yo y Dios, Dios y yo. *In eandem imaginem transformabimur*.

Peró ¿qué estoy desvirtuando, ciego de mí? ¿qué enloquecimiento de amor me arrebató? ¿Oh alteza! ¿oh sumo Bien! ¿oh exceso de caridad! ¿Es posible que ha de llegar día en que éste mi pobre corazón le posea, y mi carne y mis huesos se hinchen de Divinidad, y mis ojos de tierra se embriaguen mirando al Rey de la gloria en el lleno de su hermosura? *Regem in decore suo videbunt oculi mei*? ². ¡Oh! ¿cuándo será, Señor, cuándo será? Cadenas importunas de este mundo que tenéis aherrojado mi noble espíritu, ¿cuándo os

¹ Psalm. LVII, 20. — ² Isa. XXXIII, 17.

quebraréis y me dejaréis volar á mi Dios, como la saeta al blanco, como la piedra al centro, como el fuego impetuoso á su esfera? ¡Oh vida larguísima é incomportable! ¡oh muerte! ¿dónde estás, que no te veo? Mátame el vivir; y si ya muriera, verdaderamente viviera. ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? *Quis me liberabit de corpore mortis hujus*? ¹. ¡Oh montes! ¡oh valles! ¡oh jardines y praderas de la tierra, nada tengo que ver ya con vosotros! ¿Qué me podéis ofrecer de lindo y admirable, que no esté muy más aventajadamente en el cielo que me espera? Teneos, reyes, vuestros estados; teneos, soldados y conquistadores, vuestra gloria; teneos, sabios, vuestra ciencia; teneos, regala-dos, vuestros deleites; teneos, avarientos, vuestros tesoros y riquezas. No os lo envidio; el cielo, el paraíso quiero. *Melior est una dies in atriis tuis, super millia* ². Un día, un solo instante de ver á Dios, no ya en el *Sancta Sanctorum* de la Divinidad, sino en los portales del templo de la gloria, *in atrijs Domini*, me colmará de más gozo que el que tuvisteis en los eriales de acá abajo desde que el mundo existe, hasta que se acabe. ¡Oh día venturosísimo! ¡oh entrada del alma justa en la ciudad eterna! Momento feliz y solemnidad de las solemnidades: *In insigni die solemnitatis meae* ³.

Confúndome, hermanos míos, deslumbrado está mi entendimiento, anegado mi corazón en este golfo de sobrehumana dulcedumbre. No sé si vivo en el cuerpo, ó si arrojado lejos de este cuerpo, no lo sé: *Sive in corpore nescio, sive extra corpus nescio* ⁴. ¿Qué se pasa en mí, que me parece por una parte estar enajenado y suspenso, y por otra que ando sin rumbo fijo, sin seguir el hilo de un afecto ó discurso? Termino, pues, por donde comencé. Ténganse la tierra los que aman la tierra; mas los que ansian ser verdaderamente bienaventurados y felices, al cielo encaminen los suspiros, al cielo enderecen los pensamientos, en el cielo claven sus corazones inmortales, no en los bienes viles y caducos de este siglo: *Quae sursum sunt quaerite, quae sursum sunt sapite, non quae super terram* ⁵.

¹ Rom., VII, 24. — ² Ps. LXXXIII, 11. — ³ Ps. LXXX, 4.

⁴ 2 Cor., XII, 2. — ⁵ Coloss., III, 2.

de amor deído.

de fricción íntima.

Delección del alma, encendida

por las similitudes del hierro y el fuego, del aire y el rayo, del sol.

Corrección y transición á los afectos contrarios de mansueto y de la tierra.

percepção sobre-humana á Dios.

á la vida y á la muerte.

al mundo y á los hombres.

arrobamiento á eternidad.

por concienças.

y antitesis.

Epilogo.

Volver en sí del éstatis.

Peroración.

SEGUNDA PARTE

IX

Fig. 8.ª b
Conclusión
PRÁCTICA.
Estima que ha-
cer de hacer del
cielo.

Reanimo de la
primera parte por
diminución.

propio paradój-
ca:

Largo el cielo
es dignísimo de
granjearse á toda
costa.

Por ficción be-
llosa.

Si os prometie-
ra eterna juven-
tud.

pensaréis por mil
trabajos.

He procurado hasta aquí poner á vuestra vista una como entrada triunfal del alma justa en la gloria de los santos, tal como me lo sugirió mi pensamiento tras larga y atenta consideración. Lejos de mí creer que la copia remede ni de mucho la grandexa del original. Trazó el profeta Ezequiel sobre ladrillos de arcilla la planta y disposición de la Jerusalén terrestre; mas yo en mi atrevido pensamiento osé describirlo la Jerusalén celestial. Tosea labor, por cierto, borraré feísimo no comparable con la obra altísima del Dios galardoador. He hablado del cielo muy ruin y limitadamente, harto lo sé, ni es menester que nadie me lo advierta. Pero ved aquí una de aquellas ocasiones en que haber predicado mal me ayuda á perorar bien, y el haber dicho poco sírveme para deducir muchas y graves consecuencias.

Convencido estoy que no dije ni declaré una partecita mínima de aquella bienaventuranza que los santos gozan en el cielo; pero, aun dado que no hubiese más, ¿no os parece que sería digna de granjearse á toda costa? ¿Pues qué si es tanto mayor que, en cuanto dije, nada dije de sus secretos bienes y dulzuras inefables? Oid un argumento del Crisóstomo, no menos gracioso que verdadero y convincente. Decidme, pues, ¡oh anciano!, si os prometiera en un momento quitaros las arrugas de la frente, y remozaros totalmente, y daros encima mil años de florida juventud, siempre frescos, siempre lozanos, siempre hermosos y robustos, ¿qué no me daríais? ¿Qué no dió por alargar la vida el infeliz Antígono á su médico Erasístrato? ¿Qué no dió Fálaris á Policletes? Y Luis XI, rey de Francia, ¿no sabemos que, deseoso de vivir, pagaba á su médico el salario de diez mil escudos mensuales, suma exorbitante para aquel tiempo, con no recibir de él más que tormentos y crueldades? No dudo, hermanos míos, que si esperaseis de mí este beneficio de juventud é inmarcesible lozanía, os pondríais

á cualquier trabajo que os pidiese. Si os exigiera en retorno que perdonaseis á aquel enemigo, al punto le perdonaríais; que no soltaseis vuestra lengua blastemadora, no la soltaríais; que lanzaseis de casa aquella ocasión, al instante la lanzaríais; por abreviar, viviríais como santos, si fuera menester, y á trueque de la prometida juventud y longevidad, dice el Crisóstomo, haríais y perderíais mil trabajos: *Nihil est, quod pro hac promissione non eligeres tam facere, quam pati.*

Respondedme, pues: ¿no os he prometido, entre otros innumerables bienes, el de una juventud siempre lozana, siempre pujante é inmortal? Ciertamente. Renovarése, dice el Profeta, tu juventud con los bríos y pujanza del águila: *Renovabitur ut aquilas juventus tua*¹. Esto sólo debiera inflamar vuestro corazón en vivísimos deseos de la gloria, y tener por ligeros los trabajos, y por dulces las amarguras de este destierro. Mas ¿qué es esto, cotizado con los infinitos bienes y tesoros sin cuento que os prometí en nombre del Señor? La contemplación de los cielos, el señorío de cien mundos, la compañía de tantos ángeles y santos, la variedad de tantos deleites, la posesión de todas las ciencias, las dotes de vuestro cuerpo glorioso y la vestidura de inmortalidad, y señaladamente la visión clara de Dios, bastante por sí á henchir vuestro corazón con hartura perdurable: *Operatur omnia in omnibus*². ¿Es posible que no hagáis por lo más y tanto más lo que haríais por la consecución de lo menos y tanto menos?

X

Mas ¿que digo posible? Es la triste realidad de cada día. Los bienes de este mundo, hermanos míos, los bienes de este mundo, bienes pintados, contrahechos y mentirosos bienes, como los llama el Eclesiástico, *visa mendacia*³, son los que se estiman, los que se buscan, los que se compran á todo precio entre los hombres. Pero los bienes de la gloria no tal. Antes bien, en cuantos lances ocurren, lo prime-

¿qué no debiera hacer promisión. Dios no sólo son, pero bienes infinitos?

Constitución á me- jor por congrua y recompensación.

Arg. 9.ª
Deseo una gen- eral y genuína pro- cejo del cielo, per- que á todos las cosa se le puep- 27.

¹ Ps. cii, 5. - ² 1 Cor., xii, 6. - ³ Eccii., xxxiv, 2.

ro que echamos, digámoslo así, por la ventana, es el cielo, es el paraíso. ¿Trátase de perder el cielo ó el dinero? Piérdase el cielo. ¿Trátase de renunciar al cielo ó al deleite bestial? Renúnciese al cielo. ¿Trátase de ceder la posesión del cielo ó el puntillo de honra? Cédase la posesión del cielo. ¿Qué enajenamiento es éste, oyentes míos?

por distribución y conversión.

Amplificación por repetición en el mercader,

que en medio de la tempestad

cuando temerariamente más se vea:

por incremento é hipocorístico.

Aplicación del símil á contrario.

¡Sale alegre el mercader del puerto, muy cargado de riquezas el navío, y si por desgracia en alta mar le sobreviene una borrasca que le pone á pique de perderse, lo primero que procura es asegurar sus mercancías, que forman su único caudal. Mas, si la furia de los vientos, la agitación de la nave, el embate de las olas, la grito de la marinería y la muerte, casi al ojo, le fuerzan á arrojarlas al mar, ¿qué hace el infeliz? ¿Hecha por ventura mano de lo más precioso? No; más con semblante triste y descolorido y con mano trémula vase primero á lo menos estimable. Toma, por ejemplo, las sacas de lana, y da con ellas en el mar alborotado. Si éste no desbrava, toma las de seda y lánzalas también. Si la tempestad arcecia, despójase después hasta de los aromas y géneros más exquisitos. Pero quedále una arquita de oro, ó un estuche de preciosísimas joyas. ¡Oh, esto no le sufre el corazón arrojarlo! Ruge el mar, embravécese el mar, pide con sus bramidos la codiciada presa, mas él rehusa dársela. Escóndela, encúbrela con grandísimo secreto; y si los marineros dan con ella, y se empeñan en descargar totalmente la embarcación, tómalas en sus brazos, apriétala contra su pecho, báñala con sus lágrimas, y, ya junto al agua, dos y tres veces saca los brazos en ademán de lanzarla, y dos ó tres veces arrepentido los retira, prefiriendo por ventura morir abrazado á su tesoro que sobrevivir á la pérdida de él.

Hermandos míos en nuestro Señor Jesucristo, no hay trance ni tempestades en este golfo borrascoso que navegamos que nos fueren á arrojar á las furiosas olas la mercancía del cielo, porque todo lo deseable no se puede comparar con la joya del paraíso: *Omne desiderabile et non potest comparari*¹. Vale más que las riquezas, más que las dignidades,

¹ Prov., VIII, 11.

más que la reputación, más que la misma vida; vale tanto, que dice el gran Padre San Agustín que adquirirse puede, pero no puede tasarse su valor: *Acquiri potest, aestimari non potest*. ¿Qué es esto, pues, ¡oh hombres!, que lo primero que arrojáis al mar es el paraíso eterno?—Salvemos la hacienda, salvemos la venganza, salvemos la amistad, salvemos el casamiento y el noble parentesco, salvemos el regalo y el placer, que para el cielo espacio quedará más tarde. Más tarde pensaremos en ello, más tarde nos confesaremos, más tarde nos convertiremos á Dios, y desandaremos lo andado, y recobramos lo perdido.

por amarga permutación

álviese todo y que se pierda el cielo.

¡Oh ceguedad! ¡oh locura y frenesí de los mortales! ¡Oh hermoso cielo desconocido de los hombres, menospreciado de los hombres, hollado y escupido de los hombres! ¡Que haya tantos por esas calles y plazas tan encorvados y pegados á la tierra, como si hubieran propuesto fijar en ella los ojos y corazón para siempre! *Oculos suos statuerunt declinare in terram*¹. No quieren alzar su frente á la patria bienaventurada: cosidos están con la tierra como brutos sin razón, de tierra hablan, en tierra piensan, y por la tierra se afanan y desviven. ¿Y seremos nosotros de ese número? Nunca jamás. No permita el Señor semejante bastardía. Del cielo somos, al cielo queremos ir.

Pasación por afectos de desamor del mundo.

Resolvámonos, pues, cuantos aquí estamos á despreciar con magnánimo corazón la basura y apariencias de este mundo, y, vueltos los ojos al otro eterno y bienaventurado, digámosle tiernamente: *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei*². Maravillas nos cuentan de ti, ciudad de Dios y paraíso de deleites. Duéleme no haberlas antes entendido. Si te poseses á la tierra, perdona mi insensatez; no fué mérito tuyo, sino locura y desconocimiento mío. En adelante, ¿quién jamás me apartará de ti? ¿Por ventura la tribulación? No, que tu memoria me la endulzará con suavísima alegría. ¿Las congojas y apreturas? No, que tú me ensancharás el pecho con firmísima esperanza. ¿Acaso el hambre? No, que tú me hartarás con la ambrosia de tus recuerdos. ¿La desnudez? Tampoco, que tú la cubrirás con manto de escar-

Dulce deprecación al cielo.

Fin y blanco de todo este discurso.

¹ Ps. XVI, 11.—² Ps. LXXVI, 3.

lata. ¿Los peligros? Nunca me harán zozobrar, porque con tus áncoras me aferrarás al cielo. ¿Las persecuciones? Tampoco las persecuciones, porque tú me las pagarás en triunfos gloriosísimos. Pues ¿qué criatura será bastante á desquiciar mi fortaleza? ¿El cuchillo? ¿El filo de la espada? Tampoco el cuchillo ni la espada podrán apartarme de ti, hermosa patria mía, porque tú convertirás su hierro en oro resplandeciente, sus filos en rayos de luz, su hoja en corona de rubíes y esmeraldas. ¡Oh, qué gran verdad encierran aquellas palabras del Apóstol: No son de comparar las pasiones y trabajos de esta vida con la gloria venidera que se revelará en nosotros: *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis!*¹ En nosotros, dice, porque tu gloria no estará fuera, como la que florece en el mundo, sino dentro, muy dentro de nosotros. A ti suspirará de día, á ti suspirará de noche mi yermo corazón, ya que no puede aún extender las alas y volar á tu descanso. A ti consagro mis pensamientos, á ti mis afectos, á ti todas mis ansias y latidos. ¡Dichoso de mí si aceptases ahora mismo este ofrecimiento en olor de suavidad! ¡Cuán gustosamente moriría! Pero, si rehusas aceptarlo por ahora, permaneceré aún, porque Dios lo quiere, en el lugar de mi peregrinación: *In loco peregrinationis meae*². Mas ¿qué fin? Solamente para dar á entender al mundo, por medio de la predicación, la verdad de lo que ha dicho Dios por Isaías, á saber: que los escogidos no trabajarán de balde é inútilmente por Dios nuestro Señor: *Electi mei non laborabunt frustra*³.

¹ Rom., VIII, 18. — ² Ps. CXXVIII, 54. — ³ Is., LXV, 23.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMO

En pocos discursos hemos puesto tanto de nuestra cosecha como en éste¹, para de tal manera variar la forma y las añejas teorías del orador del siglo XVII, que guardásemos toda la fuerza y hermosura del original. Pero no nos pesa de nuestra labor: es tanta la vehemencia de los afectos, la galanura de la frase, el noble robustez del raciocinio, la extremada popularidad y juntamente la sublimidad de las ideas, y sobre todo la progresión ascendente y descendente del plan oratorio, que en una sola pieza admiramos un discurso y un poema.

Digo un discurso que convence, y un poema que suspende y arrebatá; un razonamiento de teólogo y un canto de serafín; un viaje celestial y un éxtasis divino; un mundo de esperanzas y un sabor anticipado del convite de la gloria. Porque en él, á semejanza del mismo cielo que se describe, todos los sentidos hallan su deleite, todas las potencias su objeto, todos los deseos del corazón su cumplimiento y hartura. Las artes y las ciencias todas prestan al orador sus arreos y sus armas: la poesía, el encanto de las descripciones; la música, la sonoridad y consonancia de las cláusulas.

¹ Los primeros párrafos que van entrecorados en el texto. Dos camiones siguieron los traductores de este discurso. Los unos, como Las Casas, lo vertieron todo rastroamente, y aun lo aficaron con muchas impurezas de estilo; los otros, como Fernández, borraron de una plumada todo el viaje aéreo con su acompañamiento de fábulas y mitología, sin reparar en que truncaban lastimosamente y desvirtuaban todo el discurso, dejándolo como columna sin base y edificio sin fundamento. Sistema cómodo, pero nada artístico. El tercer camino, y el más conforme á la mente del autor, sería traducir afectos por afectos, elocuencia por elocuencia y aun ideas por ideas, cuando éstas, comunes en otro tiempo, no chocasen en el nuestro; y si fuera posible, sustituir á los nueve cielos de los antiguos, el sistema hoy más general. El orador no es un astrónomo. Válese de las ideas más comúnmente admitidas para el fin que pretende, que es aquí levantar los corazones de la tierra al cielo. Este tercer camino he intentado yo seguir.

las; la astronomía, el número y tamaño de los cielos; la filosofía, el conocimiento del hombre y de la naturaleza creada; y más que todo, la teología le levanta al Criador y le revela la resurrección de la carne, la comunión de los santos, la visión bienaventurada, y el piélago sin riberas de espacio ni de tiempo en que se anegan los escogidos.

No nos maravilla lo que se cuenta sobre este discurso, y es que, queriendo su autor suprimirlo en la colección que daba á la estampá, por parecerle algo pueril y que no llegaba á la raya de los otros, al fin lo dejó, acordándose que á él debía la conversión de muchos pecadores. Nosotros creemos que no sólo no desdice de las demás oraciones, pero que hace ventaja á muchas de ellas en la inspiración natural que nos va remontando gradualmente sin desfallecer un punto, y en la fuerza que entraña para conseguir el fin que se propone.

Es el fin próximo representar á los ojos de los oyentes la entrada de una alma justa en los tabernáculos de Dios; y el fin último, engendrar en los ánimos gran menosprecio de las cosas de la tierra, y persuadir que nos dejemos hacer mil pedazos antes que pecar, con riesgo de perder el paraíso.

Los sentimientos que para ello excita son: el amor, el deseo, el gozo y la esperanza; tan eslabonados y juntos entre sí, que obran en los oyentes casi de golpe y los rinden con su fuerza. Para mover á amor del cielo, comienza en el exordio á despertar horror y desvío de la tierra, y va ponderando en la confirmación las maravillas de los espacios estrellados y las magnificencias de la gloria. Para encender el deseo, encarece los deleites de la patria, cotejándolos con la hortura de esta cárcel en que vivimos. Infunde el gozo dejándose llevar de éxtasis dulcísimos á la vista del sumo Bien; y aviva la esperanza, allanando las dificultades y abrazándose con Dios tan estrechamente, como si le tuviera en posesión segura. Así nos lleva de la tierra al cielo para gozar de sus delicias, y del cielo nos baja á la tierra para luchar contra nuestros enemigos y merecer así la gloria; y finalmente nos torna á llevar al cielo, donde los predestinados tienen fijos su corazón y sus ojos mientras peregrinan lejos de su patria.

¡Cómo se tocan y dan la mano la poesía y la elocuencial! Decimoslo, por la semejanza de afectos y aun de figuras y palabras de que se vale nuestro orador y aquel gran poeta, el cual, cuando contemplaba el cielo de innumerables luces adornado y tornaba los ojos hacia la tierra, rodeada de noche y sepultada en sueño y en olvido, exclamaba, despidiendo sus ojos larga vena:

Morada de grandexa.
Templo de claridad y hermosura.
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Y qué movimiento más oratorio que éste?

¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño:
¿Las almas inmortales
Hechas á bien tamaño
Podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay!, levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera:
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

Y ¿por qué razón? Por la misma que da nuestro orador:

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

.....
¿Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Pero aunque es así que la inspiración de SÁNNERI semeja á veces el soberano vuelo de Fray Luis de León, mas en cien pasajes se separa infinito, y cada uno se encamina derecho al fin y blanco de su arte. El poeta solo quiere desahogar el amor y la pena que despiertan en su pecho una ansia ardiente; el orador intenta arrastrar á los que escuchan al desprecio de las cosas temporales y á la mortificación de sí mismos. Aquél es un mero contemplador, éste eminentemente práctico. Aquél emplea la forma subjetiva, y sólo de pasada apostrofa á los mortales; éste sólo de paso se concentra en sí mismo y se deja extasiar, para volver con más valentía sobre los oyentes.

Cotéjese también nuestro orador en este discurso con

los prosistas españoles Granada, Rivadeneira y Malón de Chaide, que pintaron con maestría de pincel los deleites del paraíso, en las *Meditaciones* ¹, en la *Festividad de Todos los Santos* ² y en la *Conversión de la Magdalena* ³. Véase lo que tomó de ellos nuestro SÉNTERI, y cómo, si bebió en esas puras fuentes el entusiasmo y la altura de algunos conceptos, toda la traza del discurso es de su caudal. Granada, hablando del cielo, es el más fecundo y original; Rivadeneira más teólogo, Malón de Chaide más pintor. Granada es el primero en la invención, Rivadeneira en la disposición, Malón de Chaide en la elocución y en primores de estilo. El uno es suavísimo, el otro es perfectísimo, y el tercero tan hermoso y brillante en el decir, que sus cláusulas parecen piedras finas arrancadas á los cimientos de la ciudad de Dios. Todos tres aventajan á SÉNTERI en la unción y en la profundidad, y él los aventaja á todos en la fuerza de la intención oratoria.

¹ Meditación para el Sábado en la noche.

² *Flos Sanctorum*, Día primero de Noviembre.

³ Parte cuarta, cap. xv.



DISCURSO UNDÉCIMO

DE LA PRONTA CONVERSIÓN

Quærenti via, et in peccato vestro moriemini.

Vosotros me buscaréis, y moriréis de vuestro pecado.

(JOAN., VIII, 21.)

EXORDIO

I

COSTUMERE es y estilo de los hombres que si dos enemigos tratan de reconciliarse entre sí y hacer las paces, no sea el ofendido quien primero las pida al ofensor, sino más bien el ofensor al ofendido. Así nos recuerdan las Sagradas Escrituras que, deseando Benadad, rey de Siria, reconciliarse con Acab, rey de Israel, á quien había irritado con sus armas, adelantóse á demandar perdón, y dió orden cómo algunos de sus ministros, vestidos de saco y cubiertos de ceniza, se encaminasen á la corte de Israel, y postados á los pies del enojado príncipe, con lágrimas en los ojos y sogas al cuello, en ademán de suplicantes, le pidiesen la codiciada paz.

Muy de otra manera os portáis vosotros, hermanos amadísimos, respecto de Dios nuestro Señor. Porque, la mano en el pecho, respondedme: ¿quién es aquí el ofendido, vosotros de Dios, ó Dios de vuestra ingratitud y villanía? Cierro que vosotros sois los que ofendisteis y ofendéis por ventura á su divina Majestad; vosotros sois los quebrantadores de su ley y menospreciadores de todos sus mandamientos.

Al castigarlos, del pedir las paces, no los ofendidos.

por ejemplo del rey Benadad.

Aplicación: Dios el ofendido

(especifico)

Ofendisteis de pensamiento, ultrajásteis de palabra, vilipendiásteis de obra. Parecía, pues, muy puesto en razón que os anticipáseis vosotros á enviar embajadores de paz y poderosos medianeros que negociasen con el Rey del cielo vuestra reconciliación. Mas Dios nuestro Señor, con extraña liberalidad, ha mandado á sus ministros á solicitar la paz; hame enviado á mí, aunque indignísimo, cerca de vosotros; no de otra suerte que si vosotros fuerais los ofendidos y Dios el ofensor, y no como ello es en realidad, Dios el ofendido y vosotros los ofensores.

pide la paz á los ofensores, por un medio.

Comunicación.

Desearía, pues, hermanos míos, que me dijeseis si están ya las paces concertadas. Ciertamente, al considerar la asistencia, el fervor y devoción de la mayor parte de mis oyentes, inclínome á creer que sí; pero como siempre se hallan desgraciadamente algunos de más rebelde y empedernido corazón que dejan pasar la oportunidad de ponerse bien con Dios y reconciliarse con su Majestad ofendida, diciendo que tendrán tiempo á la hora de la muerte vengo hoy á intimaros en nombre de nuestro Señor Jesucristo que, si **no aceptáis ahora las paces que os ofrece y os demanda, no las aceptará el cuando vosotros se las ofrecáis y demandéis: Quæretis me, et in peccato vestro moriemini**: Buscaréme á mí, y moriréis en vuestro pecado. Conque ¿no os aterroriza, no os estremece, no os confunde el espantoso trueno de la divina intimación? *In peccato vestro moriemini*; en vuestro pecado moriréis. ¿Oisteislo, pecadores? En vuestro pecado moriréis. ¿Quién osará, pues, repetir que no es menester para salvarse vida santa, sino santa muerte? ¡Oh abuso y perversidad del corazón humano! ¡oh consejos desalumbraos! ¡oh maldita resolución! ¿Cómo podéis prometeros santa muerte, si el mismo que ha de dáosla dice que no os la concederá, antes con palabras espantosamente claras os protesta que moriréis en pecado: *In peccato vestro moriemini*?

y proposición del discurso.

semillas de las argucias y adlocuciones generales.

Precauciones oratorias.

Mas, porque nadie crea que quiero doblegarle á fuerza de gritos y desahoradas declamaciones, pienso seguir hoy otro camino; y así, estadme atentos, que más que sermón será mi discurso una consulta ó amigable plática. Vamos, pues, á tratar sencillamente el gran negocio de vuestra conver-

sión y á examinarlo con todas veras y claridad. Si, oídas mis razones, os pareciere cordura aplazarla, según sentís ahora, para lo postrero de vuestra vida, no seré yo quien os fuerce á apresurarla; mas si viereis con vuestros mismos ojos el engaño, ¿llevaréis á mal que os exhorte con todo miramiento y cortesía, ó más bien que os pida y os anime á enmendaros, á fin de que no seáis del miserable número de los pecadores engañados? Asístame el favor divino, y no me neguéis vuestra benévola atención.

or dilema y comunicación.

PRIMERA PARTE

II

Pero antes de proseguir, ¿qué hombre hay, pregunto, tan enemigo de sí mismo que, pudiendo librarse desde luego del grave mal que le aqueja, se detenga en él muy pausada y advertidamente? ¿Qué preso, pudiendo quebrantar los grillos, se detuvo en escapar? ¿Qué enfermo, estando en su mano despedir la dolencia, dilató la curación? ¿Qué náufrago, pudiendo, acostándose, tomar la playa, se entretuvo en el vaivén de las tempestuosas olas? Y padiendo vosotros asegurar de presente vuestra salvación eterna, ¿la aplazaréis para adelante? Acaso nunca ponderasteis la profunda ceguedad de Faraón, terco y obstinado entre las plagas célebres que affigieron el Egipto. — ¡Ay de ti, malaventurado rey!, dijole Moisés: si no dejas salir á mi pueblo, pronto y muy reciamente lo pagarás. No armaré contra ti numerosos ejércitos de guerreros esforzados; no traeré para tu castigo los rayos del cielo, ni los leones del desierto, ni las fieras de los montes. ¿Sabes de qué me valdré? Para baldón y afrenta de tu poderío, haré salir, en nombre de mi Dios, de los pantanos y lagunas ejércitos de vilísimas ranas. Y estas fiacas y desarmadas bestezuelas tomarán mi partido, y se ventarán en tu cabeza, y cercarán tu palacio, y ocuparán tus salones, y te lanzarán de tus mismos retretes y aposentos. — A risa tomó Faraón las amenazas del Profeta; mas presto

Arg. y n.º 48 in Apos. Es necesario no huir pronto de los males que nos aquejan.

Largo es necesario dilatar la conversión.

Antes por inducción.

por ejemplo. Habiendo Faraón hecho un monstruoso ejército de ranas al remedio de sus males.

Largo más cíngulo es vosotras si dilatais la conversión.

Antes por las circunstancias del hecho.

Primera parte.
proposición, ha
sido Moisés.

descripción por
aumento de la
pasión.

Segunda parte.
Respuesta, mesa
del Faraón

(diálogo).

Ampliación de
esta perlocución
de la grandeza
de su pasión.

la risa tornóse en amargo llanto. Al imperio de Moisés saltaron repentinamente de los pantanos y ríos, de las fuentes y lagunas, enjambres mil de cenagosos y chirriadores animales. Derramáronse por la ciudad, y la entraron, por decirlo así, á saco, como furiosos enemigos; apoderáronse de las fortalezas, cerraron las calles, introdujéronse en las casas y, avanzando victoriosos hasta el regio alcázar, saltaron á Faraón en su mismo sitio. Si se asentaba á comer, forzábanle á levantarse de la mesa; si se escondía en ocultas estancias, obligábanle á salir de su encerramiento; si se echaba á dormir, constreñíanle á saltar rabiosamente de la cama.

Figúraos cuál estaría de congoja y sobresalto el pecho de Faraón, puesto por tales sitiadores en trance de muerte. Llamó á Moisés, pesados del pasado yerro.—Has vencido, díjole con muestras de arrepentimiento; ruega á tu Dios que aparte de mí y de mi pueblo esta calamidad, y soltaré á tu gente para que sacrifique en el desierto: *Ora te Dominum, ut auferat ranas a me et a populo meo, et dimittam populum, ut sacrificet Domino*¹. Moisés, que deseaba la conversión, no la perdición de aquel impio,—Que me place, le respondió; y ¿cuándo quieres que ruegue por ti y por tus siervos y por tus vasallos, para que el Señor arroje de vosotros este ejército devastador? *Constitue mihi, quando deprecere pro te, et pro servis tuis, et pro populo tuo, ut abigantur ranas*². Paróse Faraón como quien toma consejo, y díjole después: Mañana, si; mañana deseo que roguéis por mí. *Qui respondit cras*³. Y así puntualmente se cumplió.

Hermanos míos: ¿Quién, al ver este relato, no se pasma de la insensatez de Faraón? ¿Cabe mayor locura y desatino? Rodeado de enemigos, tanto más fieros cuanto más inevitables; aquejado por la muchedumbre que ha invadido su palacio, trocando en charcos y pantanos los salones y lujosas galerías; enfadado con los chirridos; atormentado con la vista; molestando con la inmundicia y hedor de tantos animales, que ni come, ni bebe, ni descansa, ni se recrea en un solo punto, en ofreciéndosele ocasión de librarse en un mo-

¹ Exod., VIII, 8.—² Ibid., 9.—³ Ibid., 10.

mento, da largas, entretiene el tiempo y responde que *mañana*. Y ¿por qué no hoy?, exclama elocuentemente San Ambrosio. ¿Cómo en tanto peligro tan corta resolución? Si no hubiera arbitrio de salvarse prestamente, no me maravillara; pero Moisés no fija plazos ni dilata el remedio. Dime, ¿cuándo quieres que ruegue por ti? *Constitue mihi, quando deprecere pro te*; como si más claramente le dijera: Cuando tú quieras, yo satisfaré á tu demanda; á ti cumple ordenar, á ti disponer este negocio, como y cuando te pluguiere; ¡y el desaconsejado Faraón responde que *mañana*! Debiendo, en tan urgente necesidad, dice San Ambrosio, rogar á Moisés que orase sin dilación, respóndele que al día de mañana. ¡Ay de ti, perezoso y negligente Faraón, que pagarás la pena de tu tardanza con la ruina de todo Egipto!

Paréceme que ninguno de vosotros dejará de lamentar tanta ceguera, y respuesta tan desvariada. Pues, si debe reputarse por desvario y ceguera ese descuido de la salvación del cuerpo, ¿qué diremos de vosotros, de vosotros, digo, que puestos á peligro de perder, no la vida temporal, sino la eterna; y estando cercados de continuo, no de viles animales, sino de ferocísimos demonios, que hambrientos desean tragáros el alma pecadora; y viéndoos alejados de Dios, desheredados del cielo, mercedores del infierno que ruge á vuestros pies, á pesar de todo, no acabáis de resolveros, ni de salir del hondo precipicio? ¿Faltaos, por ventura, una mano bienhechora? No, no faltan fervorosos Moisés, que os ofrecen cada día remedio y salvación, diciéndoos: *Constitue mihi quando deprecere pro te*. Sentados están los sacerdotes en el sagrado tribunal de la penitencia, segura la libertad, el socorro cierto, con que el pecador recurra á ellos confiadamente. Y ¿hay quien no acuda? Y ¿hay quien responde que *mañana*? ¡Oh, infelices y empedernidos pecadores! Tal es nuestra maldita costumbre y perversísimo lenguaje, diferir, dar largas, engañar el tiempo. Hablo á aquel, encenagado en torpezas, y le digo:—Hermano, vais

¹ Cum deberet, in tanta positus necessitate, rogare ut jam oraret, nec differret, respondit: crastina die: otiosus et negligens morae poenam Aegypti soluturus excidit.

de la facilidad del remedio.

por testimonio de San Ambrosio.

Aplicación á fieros.

á mayores peligros.

á más facilidad, de salvarse, vea más duresa y ceguera.

por apóstrofos insignes.

mal; esas liviandades os roban la hacienda y la salud; tenéis un alma: ¿queréis al menos salvar el alma? ¿Cuándo queréis, pues, que despidamos esa mala compañía, y limpiemos la conciencia, y recobremos la divina gracia? *Constituam diem, quando deprecet pro te.*—Agradezco tanta caridad, me responden los lujuriosos; mañana, á la hora de la muerte, nos volveremos á Dios y saldaremos las quiebras; ahora estoy sano y robusto. *Et respondit cras.* Diríjome al otro, y, lastimado de su vivir, le digo: Hermano mío, que esta rabia y enemistad os roe el corazón. Harto sé que la ojeriza y enanamiento con Fulano os han amargado los mejores años de vuestra vida. ¿Queréis ya pasarla tranquila y quieta? ¿Cuándo pondremos fin á vuestros odios? ¿Cuándo trataremos de paces? —*Mañana*, me responden los vengativos; está caliente la sangre, me encuentro bien: á la hora de la muerte le perdonaré.—¿Ciegos y desventurados de vosotros! ¿Conque mañana? ¿A la hora de la muerte? Desahogaos, pues, entre tanto, soldad la rienda á vuestras pasiones; mas contestad antes, si podéis, á las preguntas urgentísimas con que pienso he de apremiaros y venceros.

III

Decidme, pues, en primer lugar: comoquiera que en la hora postrera de vuestra muerte debéis negociar asuntos de tanta monta, ¿os habéis certificado de qué linaje de muerte moriréis? Sin duda os imagináis que nunca como entonces estarán vuestras potencias más expeditas, más vigorosas todos vuestros sentidos. ¡Oh ilusión!, exclama el Eclesiástico. ¿Qué médico os aseguró tan pacífico y tranquilo remate? No sabe el hombre sus postrimerias: *Nescit homo finem suum* ¹. ¿No puede ser vuestra última dolencia una calentura que os saque de juicio y os cause desmayos mortales ó arrebatos de frenesí? ¿No pudiera ser una modorra profundísima, un pasmo, un pujamiento de sangre, un golpe de apoplejía? ¿No puede ser un violento dolor de cabeza,

¹ Eclii, ix, 12.

que así os desazone y destemple el cuerpo, que no os dé ganas de pensar en nada?—Nuestra complexión es fuerte, me decís, y no es probable que nos acometan semejantes accidentes.—Muy al revés, os responderá la medicina y la experiencia; que los más robustos, más expuestos están á enfermedades violentas que los flacos y achacosos; porque en los humores del cuerpo acaece como en los instrumentos músicos, donde las cuerdas más tirantes y sonoras corren mayor peligro de súbito rompimiento.

Torno, pues, á preguntar: ¿En qué prudencia cabe que guardéis para la postrera enfermedad la conversión, no sabiendo como no sabéis, cuál ha de ser la postrera enfermedad? Y si ella fuere tal que os deje en pleno señorío de vuestras potencias, veis aquí otro riesgo mayor, porque entonces os llamaréis á engaño creyendo que una tal enfermedad no será la postrera, os forjaréis ilusiones y dilataréis las esperanzas, como el perezooso caminante que, visto el torrente no lejos de su manantial, va diciendo entre sí: Lo pasaré más abajo, más abajo lo pasaré,—hasta que tan abajo camina, que, cuando quiere, ya no es posible vadearlo. Y cuando llegaseis venturosamente á tiempo de remedio, ¿qué remedio, qué traza imagináis?—El de una buena confesión: ésta es mi áncora y segura medicina.—Pero, dime, hermano mío, en trance tan apurado, en aprieto tan angustioso, en tan negra y revuelta tempestad, como es el postrer término de la vida, ¿piensas tú que podrás aparejarte con examen tan puntual y distinto, y confesarte luego con tranquilidad de conciencia de haber declarado el número, las especies y circunstancias de tus culpas?

IV

Puede ser que no, pero tampoco es necesario, me responderéis; ¿no sabemos que, á más no poder, basta en aquel trance una señal de arrepentimiento? Un movimiento de cabeza, un apretar la mano al sacerdote, un golpe de pecho, bastan y sobran, si no es posible articular palabras, para recabar plenaria absolución.—¡Oh cristianos!, ¿cómo

por dialogamos.

Respuesta: á la hora de la muerte es conveniente.

Transición por permiso.

Arg. 2.º Si desistieran la conversión, morirán miserables.

—A continuación.

Por parte del hereje, porque podéis morir convenientemente.

¿A quedar sin juicio?

infestación rápida.

No creéis que sea la última enfermedad?

simil del que intenta vadear un río.

Transición por anticipación. Hace una confesión sincera.

Refutación de hereje.

Arg. 3.º 6 Refutación de hereje del vicio de un golpe de pecho.

Resp. 2.º por indignación vehemente.

3.º por tristeza y recuerdo de varios santos, que por alcanzar perdón hicieron la penitencia.

El emperador Otón III.

Potamo,

Fabiola,

los religiosos.

Los romeros que hacen peregrinación por recabar la absolución.

prosopopeya indirecta.

no se me rompe el corazón de ira al oír lenguaje tan protervo y desatinado? ¿Qué decís, desavisados pecadores? ¿Quién os sugirió esa idea fatal, que puebla los infiernos de incautos cristianos? ¿Quién ha entenebrecido y trastornado vuestra inteligencia sino el demonio, enemigo de vuestro bien? ¡Una confesión por señas en el artículo postero basta para recibir la absolución sacramental! Ciertamente que sí, y aun deberíais añadir, sea cualquiera el sacerdote que absolviere. Y si es así, como lo es, lastíme el alma la desventura del emperador Otón, tercero de este nombre, el cual, para ser absuelto de un homicidio, aceptó de San Romualdo la asperísima penitencia de peregrinar á pie descalzo hasta el monte Gargano, y de pasar allí una cua resma, vestido de sayal, durmiendo en el duro suelo y ayunando rigurosamente. ¡Simple y apocado emperador! ¿No podís, como vosotros, guardarse para la hora de la muerte, y recabara entonces con una señal de arrepentimiento lo que le costó tantas lágrimas, tantas peregrinaciones, tantos ayunos y asperezas? ¿Qué diré de Potamo, obispo bracarense, el cual, caído en flaqueza de carne, publicó su debilidad y demandó perdón en uno de los concilios más célebres de Toledo? ¡Gran necedad, por cierto, tomarse la penitencia con tanto apresuramiento! Y no fué menor la de Fabiola, matrona romana y princesa muy ilustre, la cual, como hubiese quebrantado una ley eclesiástica, venciendo el natural empacho, ella misma confesó su pecado en la concurrida puerta del templo Lateranense.

Mas, puesto caso que á los muertos no podéis notificar vuestra ampha y cómoda doctrina, ¿por qué no la descubris á los religiosos encerrados en el claustro, ó sepultados en la Trapa ó en la Santa Cartuja, donde se atormentan día y noche para alcanzar perdón de sus pecados? ¿Por qué no la reveláis á los peregrinos que van en romería á los santuarios célebres de la cristiandad, para recabar la apetecida absolución? Retenedlos en su camino, atajad sus trabajosos pasos, y decidles que es superflua tanta diligencia, nacida de ignorancia. Decidles que vosotros estáis tan cargados de censuras y sacrilegios como ellos, y por ventura más, pero que no os dan pena y tenéis firme esperanza

de morir absueltos. Decidles—¿qué os cuesta, amigo, en la hora de la muerte, apretar la mano á un sacerdote, ó inclinar la moribunda cabeza, ó herir vuestros pechos? Pues esto basta para salvaros. Idos, por tanto, á vuestra casa, daos á vuestros pasatiempos y no os sometáis á las duras penitencias que os imponen confesores más celosos que sabios y discretos.—¿Pues qué? ¿No pensáis, oyentes míos, que el peregrino y el penitente os agradecerían esta merced, y, enseñados por vosotros, dejaría el uno su bordón y el otro su sayal de penitencia?

¡Oh mal doctrinados entendimientos, ó, por mejor decir, peor inclinados corazones, que, desconociendo ó despreciando las verdades teológicas, sólo toman de la teología lo que les acomoda, y lo que mal entendido y peor aplicado les acarrea su eterna perdición! Porque, entendido bien, esa confesión incoada ó por señas es un último remedio. Y quien ignora que los últimos remedios son de éxito dudoso, y que así no hay que elegirlos por consejo, sino versele de ellos por necesidad? ¿Creéis, por ventura, que las absoluciones todas, dadas en ese artículo á los moribundos, obran su efecto y cancelan luego las pasadas deudas? Así es, si hay verdadero dolor y contrición: así es, si no falta ninguna de las disposiciones requeridas para una buena confesión.

Mas aquí está el punto, hermanos míos. ¿Quién os asegura de ello? ¿No estáis acostumbrados de largos años á beberos los pecados como agua? ¿No habéis hecho tales callos en la maldad, que os preciáis de vuestras demasías, y las encarecéis y hacéis de ellas escandaloso alarde? ¿Cómo, pues, esperáis, desgraciados, trocar de un golpe y como por ensalmo vuestras voluntades y juicios, y aborrecer sobre todo mal lo que hasta entonces apreciasteis sobre todo bien? ¿A quién presumís convencer que es verdadera esa mudanza? Acaso engañéis con ello á los idiotas y gente ruda que no entienden la doctrina de la sincera compunción. Mas, persuadidse lo á San Jerónimo, quien se ríe de tales arrepenimientos y penitencias, y exclama: ¿Qué penitencia es la que uno toma, forzado del peligro y porque ve que no puede vivir más? *Quae est ista poenitentia, quam solum quis accipit, quia*

directa.

1.º por parte teológica.

2.º por parte teológica.

3.º por parte teológica.

4.º por parte teológica.

5.º por parte teológica.

6.º por parte teológica.

7.º por parte teológica.

8.º por parte teológica.

9.º por parte teológica.

10.º por parte teológica.

11.º por parte teológica.

se vivere non posse amplius cernit? ¹ Persuadidsele á San Agustín, que la llama penitencia enferma ²; persuadidsele á San Bernardo, que la llama presuntuosa ³; persuadidsele á San Isidoro, que la llama sospechosa ⁴; persuadidsele á San Cesáreo, á San Hugón ⁵, á San Ambrosio ⁶, á San Gregorio ⁷, á San Crisóstomo ⁸, á Santo Tomás ⁹, y á otros Padres y sapientísimos Doctores, los cuales todos, ó se burlan de esa penitencia como forzada, ó ponen dolo en ella y gravísima sospecha; ¿Qué doctrina tan para temer, oyentes míos! ¿Puede darse mayor encarecimiento?

San Cipriano

San Cipriano, aquel gran obispo de Cartago, vino á promulgar un edicto público vedando á todos los sacerdotes la administración del sacramento de la penitencia á los pecadores que, habiéndola despreciado en vida, la demandaban en la hora de la muerte. Oid su espantoso mandamiento: *Prohibendos omnino censuramus a spe communicationis et pacis, si in infirmitate atque periculo coeperint deprecari, quia rogare illos non delicti poenitentia, sed mortis urgentis admonitio compellit* ¹⁰, que, vertido á nuestro romance, dice así: «Prohibimos y mandamos que absolutamente sean los tales apartados de la esperanza de la comunión y de la paz, si en el último trance la pidieren; porque quien los compele á pedirla no es la penitencia y arrepentimiento del pecado, sino el aviso de la cercana muerte. Bien sé yo, hermanos míos, que el santo erró en esta parte; porque, en fin, puede acontecer que el tal pecador se duela de corazón; pero todavía, cuando un santo de tanta ciencia y experiencia llega á decir que los compele el temor de la muerte, fuerza es confesar que no será tan fácil y hacedero como vosotros imagináis.

ontemperamento

Amplificación de ese dolor íntimo y consuelo recobrada, por ejemplo, á par.

¹ Tom. cit. Euseb. epist. ad Damas. — ² Serm. 67 de Temp.
³ In parv. serm., 38. — ⁴ L. 1. Sentent. De summo bono, c. 13.
⁵ De sacr. L. 2, p. 14, c. 15. — ⁶ L. 2 de poenit.
⁷ L. 18 Mor., c. 7. — ⁸ In c. 25 Math., hom. 5, 2.
⁹ In. 4 Sent., dist. 20. — ¹⁰ L. 4, Epist. 2 ad Antiochian.

vuestro dolor? Como el de Antioco, el cual se dolió amargamente de haber perseguido á los judíos; pero fué por temer que morir comido de gusanos ¹; como el de Cain, que lloró la alevosa muerte de su hermano, pero sólo porque, en pena de su fratricidio, debía vagar errante por montes y des poblados ²; como el de Agar, á quien pesó de haber disgustado á su señora, mas en realidad porque la despedían de la casa ³; como el de Saúl, el cual se afligió en su corazón de haber perdonado á los Amalecitas, mas era porque, en castigo de su desobediencia, el Señor le despoecía de su trono ⁴; como el de Semei, el cual se retractó de las injurias dichas contra el rey David; pero en hecho de verdad por el miedo de perder la vida ⁵. De esta suerte, no será de maravillar que, cuando llegue la hora de la cuenta, os amarguen los pecados de la vida pasada; pero os amargarán por el temor servilísimo de la muerte; os amargarán porque veis la sepultura abierta, el infierno aparejado, el Juez presente, la condenación cercana; que si tales penas cesaran, cesaría el dolor de vuestras culpas, causadoras de aquellas penas y castigos.

Antioco,

en Cal.

y Agr.

Saul.

Semei.

Conculión, por retractación y consergias.

V

Fuera de lo dicho, ¿creéis por ventura que el demonio, que tan larga posesión ha tenido de vuestras almas, se dormirá en aquel paso, y se las dejará arrebatar por un esfuerzo de nonada? No, cristianos; entonces descargarán los demonios todo su furor. Hay espíritus, dice el Eclesiástico, criados para la venganza, y en la hora de la consumación derramarán todo su coraje y fortaleza: *Sunt spiritus, qui ad vindictam creati sunt, et in tempore consummationis effundent virtutem* ⁶. Sabido es que en la batalla última y decisiva sácanse al campo todas las fuerzas del ejército, sin que ni uno quede en los cuarteles. A la campaña van los escuadrones todos, todos los soldados, toda la gente de guerra. ¿Por qué? No más sino porque es la postrera batalla campal, y

Arg. 4.ª A CENSO. POR PARTE DE LOS DEMONIOS. ESTOS LAFAN EL ÚLTIMO ESFUERZO. LUEGO MURTIEN IMPENTROSA.

Antec. por autoridad divina.

por similitud de la guerra.

¹ Mach., vi. — ² Gen., iv. — ³ Gen., xvi.

⁴ 1 Reg., xv. — ⁵ 2 Reg., xix. — ⁶ Eccli., xxxix, 33-34.

1.ª parte,

en ella juegase el todo por el todo. Si ella se pierde, ya no hay esperanza de victoria; si ella se gana, ya no hay temor ninguno de derrota. Por esta razón hácese en ella el último desesperado esfuerzo.

2.ª parte,

Esto, pues, os acontecerá á la hora de la muerte. Saben los demonios que de aquel punto pende todo el suceso de su largo batallar; y, por tanto, ¿cómo se embravecerán en aquella hora! ¿No queréis dar fe á mi palabra? Escuchad la de Cristo, nuestro Señor, en el Apocalipsis de San Juan: Venirá, dice, hacia vosotros el diablo con crecida saña.

3.ª parte. Es prueba de las virtudes de J. C.

Veis aquí el infierno todo junto y conjurado en vuestra ruina, veislo abrasado en grande ira contra vosotros. Y por qué tan extraño encarnizamiento? Porque le queda poco tiempo: *Descendit diabolus ad vos habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet*¹. Si pierde el lance, si os escapáis de sus dientes, jamás os alcanzará; si entonces os coge entre sus garras, jamás se le escapará la presa.

Aplicación por imagen del mismo tiempo acordado de demencia.

Apercibios, pues, y estad seguros que Lucifer llamará á campal batalla todas las fuerzas y poderío del infierno, y sentará sus reales en derredor de vuestro lecho, y todas las huestes condenadas os darán la más recia pelea que pueden inspirar en pechos diabólicos la rabia y la desesperación. A un santo ermitaño, por nombre Esteban, que había gastado su vida en oración y ayunos, en vigiliass y malos tratamientos de su cuerpo, le dieron tal batería los demonios á la hora de la muerte, encareciéndole las faltitas más livianas como enormes pecados, que estuvo el infeliz á pique de desconfiar. Por los mismos filos acometieron á la santa virgen Ildegunda, por ahí al obispo San Humberto, por ahí á otros innumerables, que sería prolijo enumerar.

confirmada con ejemplo.

Pues bien: ¿qué harán con vosotros, si pueden con verdad echaros en cara tantas confesiones mal hechas, tantas comuniones sacrilegas, tantas deshonestidades manifiestas, tantas murrnaciones y nombres infamados, y, en fin, casi todo linaje de excesos é impedidas? ¿Será por ventura muy dificultoso dar con vosotros en el abismo de la des-

Argumentos á fortiori y confirmados por enumeración de pecados en que el demonio los precipitaba.

desconfianza,

¹ Apoc., xii, 12.

confianza, y persuadiros que no hay remedio, que no hay entrañas en la divina clemencia para perdonar tantos pecados? Más aún; estáis habituados á hablar de religión y de cosas tocantes á la fe con muy poco acatamiento. ¿Qué mucho, pues, que os tientes de infidelidad, y titubeéis en algún artículo, al parecer de escasa monta, con que os despeñéis para siempre? Además, acostumbrados á llevar y traer en vuestra boca el sacrosanto nombre de Dios, ¿qué cosa más fácil que ser entonces combatidos del espíritu de blasfemia, que os haga caer en alguna secreta maldición? Más todavía..., pero ¿á qué fin amontonar dificultades? Resolved, os pido, cualquiera de las que acabo de exponer, contestad á ellas, y doyme desde luego por vencido. ¿Diréis acaso que esperáis en la asistencia de los sacerdotes y religiosos? Pero ¿con qué ojos miraréis á los ministros de Dios, cuyo nombre escarnecisteis tantas veces? ¿Diréis que confiáis mucho del patrocinio de los santos? Mas ¿con qué corazón recurriréis á su valimiento, si tan poco caso hicierais de su culto? ¿Diréis que os valdrá en aquel trance la virtud de la gracia omnipotente, que ya otras veces os sacó de peligros semejantes? Pero ¿no veis que es un absurdo? ¿Ya otras veces me fueron dados estos sobrenaturales auxilios; luego también entonces se me darán! ¡Oh disparatada consecuencia! ¡oh alucinados corazones!, estadme atentos, y os convenceré.

infidelidad,

blasfemia

(religiosa).

Transición por vía de nueva refutación.—Recordamos al en los sacerdotes,

¿en la gracia de Dios que tantas veces me ha valido.

VI

Arg. 3.ª A saber: Por parte de Dios.

Conocido es el desastrado caso del valiente Sansón, mas no creo que os haya movido á lágrimas la historia de su desventura. Él se la quiso y él se pagó la pena de su temeridad. Quieroos recordar aquel suceso peregrino. Habíase entregado Sansón á los antojos de una liviana mujer, por nombre Dalila. Sobornada ésta por los filisteos, trató de averiguar astutamente el origen de las prodigiosas fuerzas de su amartelado. — Dime, por tu vida, díjole acariciándole, ¿en qué consiste tu maravillosa fuerza? ¿con qué cosa bien atado, no podrías escaparte? — Fácil es, respondió Sansón; si me ataren con siete cuerdas de nervios recien-

R

Sansón fué prouiso, y Dios se abandonó. Votivos también lo ois. Luego os abandonará.

Antec. por ilustración oratoria 1.ª parte. Sansón prouiso.

tes, quedaré como los demás hombres.—No aguardó más la mala mujer: llévanla los filisteos siete cordeles, arna el lazo, pónense en acecho los enemigos, y atado el infeliz:—Sansón, Sansón, que vienen los filisteos, exclamó Dalila: *Philistim super te, Sanson*¹; Sansón despierta y rompe las ataduras de nervios como hilacha de estopa. Corrida Dalila de burla tan pesada, dijo al burlador: ¡Ah fermentido y desteall!, ¿por qué me engañas? *Ece illuxisti mihi*². Mal dices que me quieres, pues no me abres tu corazón, ni descubres tus secretos—Oyóle segunda vez Sansón, y díjole que, si le ataban con cordeles nuevos y por entrenar, sería como los demás hombres. Házelo así y le aprieta Dalila, y grita por el mismo tenor que antes:—Sansón, los filisteos sobre tí: *Philistim super te, Sanson*. Desperézase y sacúdense Sansón y rompe las nuevas ligaduras como ligeras telarañas. Vuelve despechada la mujer, primero á desfogar su enojo, y luego á requerir con nuevas instancias y mujeril zalamería que le descubra el por qué de su robustez; y él de nuevo le responde: Si entretejes mis siete trenzas de cabellos con la trama de la tela, y revueltas á un clavó lo hincas en el pavimento, quedaré sin fuerzas. Dalila enclava la blonda cabellera y grita como antes: Sansón, los filisteos sobre tí: *Philistim super te, Sanson*. Sansón despierta, y rebulléndose un poco, y meneando la cabeza, arranca el grueso clavó, como hierbecilla del prado.

Hermanos míos, no osaré decir si en este comportamiento dió mayores muestras de amor que de necedad y tontería. Porque ¿quién, tras tantos argumentos de traición, no cayera en la cuenta de la mala fe de la mujer? Debiera Sansón decirle: ¡Ah, pérfida! ¿Así me engañas, fementida? ¿Este es el retorno al carino que te profeso? ¿Esta es la fe que me juraste? ¿Valerte de mis armas propias para ponerme asechanzas?—Debía volverle las espaldas, y huir de aquella casa, y escapar de tan manifesto peligro. Y el ciego y desatinado de Sansón no acierta á resolverse. Ve al ojo y despenadero, adonde le había arrastrado la maldada hembra. Tres veces le había puesto en manos de sus ene-

por diálogo entre él y Dalila.

Justicia é incompromiso.

Comportamiento conjetural de Sansón.

migos, tres veces á peligro de muerte ó perpetua esclavitud, y, sin embargo de esto, no la abandona. Antes por el contrario; pues que de tal manera le cegó la pasión que, importunado por Dalila, le reveló el secreto de cómo su fortaleza estaba en los cabellos. Bástale á la mala mujer. Pasa recado á los filisteos que se pongan en acecho; hácele dormir sobre sus rodillas, reclina la cabeza en su regazo; llama quien le corte las siete guedejas de cabello, y empújalo y échalo en manos de sus enemigos, gritando más alto que nunca: *Philistim super te, Sanson*.—Sansón, Sansón, que vienen los filisteos. Despierta Sansón y, creyendo salir de aquella celada con la buena fortuna de las otras, dice para su corazón: ¡Brava cogida! ¡qué locos estos filisteos! Pues me escaparé como antes y me desembarazaré de ellos: *Egrediar sicut ante feci, et me excutiam*.—Como lo dijo, así le sucedió todo al revés; porque el Señor se había retirado de él: *Nesciens quod recessisset ab eo Dominus*¹. Y de allí, amarrado con cadenas, lo llevaron á Gaza, le sacaron los ojos y le hicieron moler á una tahona como bestia.

Oyentes míos, recorred las Sagradas Letras, y por ventura no hallaréis ejemplo más acomodado para darnos á entender la extremada locura de los rebeldes pecadores. Filosofemos, pues, y apliquemos la doctrina á nuestro propósito. ¿Qué cosa trajo á Sansón á tan desdichado fin? ¿Acaso el amor apasionado? Solo, no, hermanos míos; fue la vana confianza con que menospreciaba arrogantemente los futuros riesgos, vista la facilidad con que escapara de los primeros: *Egrediar sicut ante feci, et me excutiam*. Saldré y le hurtaré el cuerpo como antes. Esta absurda consecuencia le perdió, y ésta pierde ahora á los obstinados pecadores, no advirtiéndolo en su ciego desvario que vendrá día en que Dios les dejará de su mano: *Dominus recedet ab eis*. Veis á aquel mancebo envuelto en una causa criminal por un atropello que se cometió y en que anduvo incautamente; hallaréislo preso, agobiado y lloroso. Id y consoladle en su desgracia.—¡Oh Padre!, os dirá. Si Dios me hace la gracia de salir de este lance, veréis qué mudanza de costumbres! Ja-

comportamiento para descubrir el secreto.

Parte 2.ª Sansón dejado de la mano de Dios por testimonio.

por los efectos.

Conclusión y

aplicación de la 1.ª parte ó proposición rectora. Pecadores pervertidos:

por insignie diálogo y contradicción recriminatoria.

el jugador.

¹ Judic., xvi, 9.—² *Ibid.*: 10.

Judic., xvi, 20.

más me entremeteré en riñas y pendencias; jamás pondré el pie en casa de juego; jamás tocaré un dado ni malgastaré un maravedí con los amigos.—Sale del apuro; al principio te veréis muy reportado. Mas, poco á poco, va arriñándose á las antiguas compañías.—¿Qué puede suceder?—dicese interiormente.—¿Que me vea en los atolladeros de antaño? ¡Bah! Si salí con bien una vez, saldré con bien otra segunda. *Egrediár sicut ante feci, et me exultiam.* ¡Ea, vamos á jugar, vamos á divertirnos.—Veréis al otro, viejo y ricazo, hundido hasta los ojos en usuras y malos tratos. Cae enfermo. Oíde en su dolencia.—¡Oh Padre! Si Dios se apiada de mí y llevo á recobrar la salud, ¡qué trocado me veréis! Nunca más me embarazaré en usuras, que ahora me despedazan la conciencia; nunca más oprimiré á las viudas y pobrecitos; nunca, Padre, robaré ni cercenaré el jornal á los obreros y trabajadores.—Convalece. Anda al principio sobre sí. Pero, poco á poco, reverdecen las antiguas afecciones, enamórase del pasado cebo, y—¿Qué me puede acaecer?—se pregunta.—¿Que me vea en las mismas agonías? ¡Y serán por ventura las primeras? ¡Bah! Si salí ayer prósperamente, también saldré mañana y Dios me ayudará. *Egrediár sicut ante feci, et me exultiam.* Volvamos á la codicia y á la usura.

Aplicación de la segunda parte. Pecadores desconfiados de Dios.

¿Conque Dios te ayudará? ¿Quién te lo ha revelado? No hermano mío, Dios no te ayudará; Dios se apartará de tí. *Dominus recedet a vobis.*—Argüir de los auxilios pasados los auxilios por venir, cuando se retarda la penitencia con deliberación, y sin advertir que Dios nuestro Señor alza su mano de los tales, y retira sus favores, y se esconde, es un engaño groserísimo. Porque, reparad bien en ello, ¡oh cristianos!, si no repugnó á la divina misericordia que dejase á Sansón en manos de los filisteos, tampoco repugnará que os deje á la hora de vuestra muerte en las garras de los demonios. No, cristianos, no os engañéis. ¿Contradice acaso á la bondad divina dejar que diariamente se condenen tanta muchedumbre de mahometanos, de cismáticos, de herejes, de judíos y gentiles? No diréis esta blasfemia. Y ¿por qué, pues, porfiaréis que repugna á su misericordia dejar que se pierdan cristianos tan rebeldes como vosotros? Es-

Consecuencia final y transición por paradoja.

por inducción á propósito de tantos que Dios permite se pierdan.

cuchad, por el contrario, la extraña conclusión que siento. Vosotros decís que Dios os amparará en aquella hora, porque es misericordioso; yo digo que, por lo mismo que es misericordioso, no os querrá favorecer en aquella hora. ¿Os maravilláis? Voy á demostrároslo hasta la evidencia, y termino.

VII

Si Dios es clementísimo y misericordiosísimo, como ciertamente lo es, ¿serálo más respecto de vuestro bien particular, ó respecto de la salvación ó bien universal del género humano? Respecto del bien universal y salvación de todos los hombres. Pues ¿cuántos tomarían mal ejemplo y se alentarían á pecar, si vieran que tras una vida rota y estragada, y después de quebrantar todas las leyes del Señor, el os favoreciera en la hora postrera y murierais como santos? ¡Qué tropiezo para los flacos! ¡Qué tentación para los buenos! ¡Qué ufanos y engrtidos los impíos! Y ¡qué de almas se condenarían para siempre por una que por ventura se salvase! Luego cumple á la misericordia, acaso aún más que á la justicia de Dios, ordenar su Providencia de manera que, quien viviere mal, muera mal y lleve su merecido. De otra suerte, ¿quién duda sino que se llenaría el mundo de pecados, se despoblarían los monasterios, se disolvería el sacerdocio católico y serían befa del ignorante vulgo los Hilariones y Macarios, los Sabas y los Arsenios, que compraron á tanta costa de penitencias lo que los más de los hombres sensuales y mundanos lograrían á poquísima fatiga?

Dije los más de los hombres sensuales y mundanos, porque, que alguno que otro de perversas costumbres haya roto matado santamente sus días, lo confieso. Pero ¿qué se concluye de aquí? Un Jonás lanzado en las hinchadas olas, y cuando más bravamente rugía la tempestad, dió con una ballena que le recibió y le entró en su vientre, y al tercero día lo arrojó vivo y entero en la seca arena: *Evomuit in aridam* *. Y este ejemplo ¿os bastará á vosotros para, cuan-

Arg. 6.º á causa repugnante. A la misericordia de Dios cumple mirar por el bien universal; este es el que muera mal quien mal viviere.

Luego morirán en vuestro pecado.

Ahora, por los efectos que de lo contrario se seguirían.

Anticipación. Algunos vivos morirán mal y murieron bien.

Esto, por inducción; ejemplo de Jonás.

* Jon., II, 11.

do estalle la borrasca, pedir á los marineros que os lancen al mar? No, sino que os mantendréis firmes y os asiréis de la última tabla. A un José, fueron ocasión la cárcel y los hierros de subir al virreinato de Egipto. Y por esto, para medrar vosotros y haceros ilustres, ¿os meteréis en la cárcel? Para un Mardoqueo fué la calumnia y abatimiento el escalón de su grandeza. Y por esto, si ambicionais honores, ¿provocaréis enemigos? Y si es lícito mezclar lo profano con lo sagrado, os recordaré lo que Plinio cuenta de un tal Falerio, el cual, como hubiese consumido su hacienda en médicos y medicinas para remedio de una pertinaz gangrena, se arrojó desesperadamente en lo más recio de un combate, donde recibió la salud de una saeta desmandada, la cual, enclavándosele en el lugar de la postema, abrióla y desahogó toda la podre. Y por esta casualidad ¿iréis vosotros, cuando padezcáis esa dolencia, á las riñas y motines, ó en medio del fragor de las batallas? Sería manifiesta locura. ¿Por qué razón? Porque los casos raros no deben servir de norma al varón cuerdo. No os maravilléis, pues, que, fuera de la ley universal, use Dios de especial gracia con algunos, y dé muerte de justos á los que vivieron vida de pecadores; porque debe tenerse á milagro del cielo, y hácelo su Majestad para no cerrar á nadie la puerta de la salud, y dejar á los hombres viadores un rayo de esperanza; que vale tanto como decir, para distinguirlos de los miserables condenados.

Por lo demás, ¿en qué estriba vuestra confianza de alcanzar misericordia? ¿Tendís promesa especial ó revelación extraordinaria, ó bien fundáis este derecho en el propósito presente ó intención deliberada que ahora tenéis de arrepentiros entonces, como si tal intención y propósito desbaratado no fuese más bien un insulto al Dios de la Majestad? Hablad claro y decid de una vez lo que queréis decir con ese «á la hora de la muerte me convertiré». Esto es burlarse de Dios; esto quiere decir en limpio y descaradamente: Señor, prometo no ofenderos, cuando no tenga ni tiempo ni lugar para ello; prometo entregaros mi corazón, cuando no pueda desahogarlo; prometo arrepentirme de mis pecados, cuando no pueda pecar más. Por fuerza me confesaré vencido, por

de José,

de Mardoqueo

y de Falerio;

los casos raros no
deben servir de
regla al varón
cuerdo.

Confianza de
alcanzar misericordia.

Este sea converti-
do después de un
insulto á nuestro
Señor. Luego os
desahogará.

protopopeya.

fuerza; y el lazo al cuello y el nudo á la garganta, diré que no hay poder contra vuestro poder, y que fui un loco en tomarme contra Vos. Mientras ande yo libre, resuelto estoy á no dejar el pecado, hasta que el pecado me deje á mí.— Veis lo que significa vuestro maldito y desaprovechado propósito de convertirlos en la hora de la muerte; ¿y os parece que os quedará Dios muy obligado por un obsequio, que pudiera más bien llamarse vilipendio y escarnio de su nombre?

Ea, pues, hermanos míos en el Corazón dulcísimo de Jesús, ya que no queda más arbitrio y os veis cercados por todas partes de lazos de caridad, daos á partido, arrojad la lanza y el escudo de vuestra ciega pertinacia; resolvos de una vez á reformar la vida y derribaos ahora, como nobles prisioneros, á las reales plantas de Cristo crucificado, que, si hoy os promete misericordia, no os la promete para la hora postrera de vuestra muerte.

Proposición de
entrar al misme-
ricordia.

PARTE SEGUNDA

VIII

No sé ciertamente por qué amontonar tantos argumentos, á fin de desengañar á los ciegos pecadores, que reservan su conversión para la hora de la muerte, siendo verdad, como lo es, que este convertirse, si por ventura se convierten, es convertirse á la tarde de la vida y al sombrear los horizontes la noche de la eternidad. Y ¿qué dice el Señor por boca del Profeta de los que á estas horas se convierten? Que padecerán hambre canina: *Convertentur ad vesperam, famem patientur ut canes*¹. Muchas son las interpretaciones de este pasaje, pero veis aquí una que cuadra maravillosamente á vuestro intento. Dice, pues, Dios al pecador rebelde: Tú me trataste como á perro; pues como á perro te trataré, cuando más me llares.—Y ¿cómo tratáis á este

Arg. 2.º Dado
á Dios lo peor.
Luego él no dará
sustento los an-
gustias ordinarias.
Lo que os mortifica
en vuestro peccado.

Decírase por
autoridad divina.

y por semejanza
de como tratamos
á los perros.

¹ Ps. LVIII, 7.

animal cuando, asentados á la mesa, acude al olor de las viandas, da saltos á vuestro alrededor, ladra, husmea, para ver de sacar algún bocado? ¿Daisle, por ventura, lo mejor? No, por cierto, sino los desperdicios y sobras, los huesos y espinas, para que roa y se entretenga.

Aplicación. 1.^a parte. El pecador respecto de Dios en vida:

Pues así puntualmente tratan muchos á Dios nuestro Señor; trátanle, ¡vergüenza da decirlo, pero mayor desvergüenza es hacerlo!, trátanle como perro, danle siempre lo peor, las sobras y desperdicios. Quieren para sí los mejores años, la edad florida y lozana. Mientras son jóvenes quieren gozar de la juventud, quieren darse á los placeres y vanidades del mundo, quieren holgar y divertirse. Y á Dios nuestro Señor ¿qué le reservan? Lo peor, lo más vil y desechado; reservan para él los postreros años de la vejez, los días últimos de su vida. Quieren invocar al Señor, mas ¿con qué labios? ¿con qué corazón? Con los labios marchitos y moribundos, con el corazón medio podrido; en conclusión, á Dios, como á los perros, lo peor y más despreciado.

2.^a parte. Dios respecto del pecador en la muerte:

Pues bien, dice el Señor, tú me trataste como á perro, yo como á perro te trataré á ti. *Convertentur ad vesperam, et famem patientur ut canes.* Vendrá la tarde, sobrevendrán las congujas, te ahogarán las agonías de la muerte. Te miraré postrado y enclavado en el lecho mortal, como perro á la cadena; oíré tus clamores; resonarán en mis oídos, pero no en mi corazón, tus plegarias de forzado, tus ladridos de hambre, tus quejas importunas en demanda de socorro. Pero ¿qué imaginas, infeliz; que te daré aquellos auxilios poderosos, aquellas gracias copiosísimas, que ablandan y penetran los corazones de diamante? En vano las esperas. Te daré las ayudas puramente bastantes, con las cuales, si copperaras, podrías aún levantarte de la culpa; mas, hallándote tan preso y desacostumbrado, no te levantarás. Esto te daré, lo peor y desechado de mi mesa. *Convertentis ad vesperam, et famem patieris ut canis.* Cristianos, por vuestras almas, por la sangre de Cristo, por la majestad de Dios omnipotente, que no os portéis con el tan irrespetuosos, que no le tratéis como á perro; morique, si no, ¡ay de vosotros, que moriréis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini!*

Inmensurable por topopos, y

consecuencia final: Moriréis en vuestro pecado.

IX

Había un caballero, oíd este caso funestísimo y horriporosos, había un caballero de sangre ilustre, pero de costumbres estragadas, el cual, aficionado torpemente á una mujerzuela, morisca de nacimiento, la tenía en su casa y vivía con ella livianamente, sin dar jamás oídos ni á las reprensiones de los ministros de Dios, ni á los blandos consejos de sus amigos. A cuantos le importunaban que echase de sí aquella ocasión, afrenta de su casa, respondiales con despecho y acrimonia: *No puedo*; como dando á entender que era necesidad de la naturaleza lo que brotaba de su libre, pero incontinente corazón. Mas lo que él no quiso desatar, la muerte lo desató de un golpe. Sobreviéndole una grave enfermedad en la flor de sus años, ríndese, acuéstase y, declarada su dolencia de peligro, va un religioso, á quien yo conozco, á disponerle para el trance postrero. Entra en la alcoba del doliente, acércasele, saludale y comienza con blandas razones á insinuársele en estos términos.— Bien veo que tiene usted más motivos para esperar que para temer. La edad lozana, las fuerzas vigorosas, recia la complexión; muchos salieron de accidentes como ése, pero muchos también murieron. Y aunque deseo, como nadie, y pido al Señor que usted sea de los primeros, pero ¿qué se pierde con apercibirse como para ser de los segundos, si así lo dispone su divina Majestad?—Decidme, pues, ¡oh Padre!, repuso muy alentado el enfermo, decidme qué he de hacer: que pronto estoy y dispuesto á cumplir lo que mandareis. Harto conozco la gravedad de mi mal, mayor de lo que vos decís; y si bien he tenido la desgracia de vivir la vida que he vivido, todavía quiero morir como buen cristiano.

No se puede imaginar el consuelo que recibió el buen religioso al oír tan devotas palabras. Quisiera él venir luego al punto principal de la perversa mujer, que vela con indignación en el cuarto mismo del moribundo, el cual, so color de ésta ó aquella necesidad, siempre la quería junto á su lecho. Su prudencia, empero, le aconsejó ir allanando el

Arg. 3.^o o confirmación del anterior, por ejemplo: Muerte horriporosa de un pecador incontinentemente.

Narración ilustrada.

Es necesario, la enfermedad.

Nada, la enfermedad.

por diálogo de insinuación.

afectos de confesión.

camino con demandas fáciles, antes de llegar á la más dificultosa.—Ya que con el favor divino le veo tan animado, prosiguió, quiérole hablar con aquella libertad que me inspiran la santidad de mi profesión y el amor entrañable de su bien. Los médicos le han desahuciado; por tanto, si quiere usted arreglar sus cuentas con Dios y limpiar el alma para presentarse en su tribunal, pocas horas le quedan.—Razón de más para darnos prisa; ¿qué queréis que haga?—¿Tiene, por ventura, que pagar á algún acreedor?—repuso el Padre.—Tenlalo, pero ya está pagado.—¿Hay alguna cosa que restituir?—Hablala, pero ya está en manos de su dueño.—Y si hasta aquí ha conservado usted resentimiento personal ó malquerencia con alguno, ¿está dispuesto á perdonarle?—Le perdono.—¿De todo corazón?—De todo corazón.—¿No gustaría, pues, de recibir los santos sacramentos de la Iglesia, como cumple á cristiano caballero, para armarse contra las sugestiones del enemigo y peligros del infierno?—Los recibiré con sumo gusto, y desearía que vos mismo me los administraseis para mi consuelo.—Pues ya sabe usted que para darle este consuelo es preciso que antes despida usted esa mujer.—¡Oh Padre, pedidme otra cosa; en esto no puedo complaceros!—¿Qué oigo, pecador de mí? ¿No puedo? ¿Por qué no ha de poder?... Puede y debe despedirla, si quiere salvarse.—Le digo que no puedo.—Pero ¿no ve que de aquí á poco la ha de dejar por fuerza? ¿Qué sacrificio, pues, dejar con voluntad y merecimiento lo que forzosamente ha de dejar por necesidad?—No puedo, Padre, no puedo.—¿Cómo? ¿A un Dios crucificado por su amor, dando por su amor hasta la última gota de sangre divina, no puede concederle una gracia que le pide? Mírele enclavado en un madero, mírele todo sangriento y despedido, mírele con los brazos y el corazón abierto para recibirle. ¿No le entenece su vista? ¿No le compunge el corazón?—No puedo; vuelvo á decir que no puedo.—Mire que no recibirá los sacramentos.—No puedo.—Que pierda el paraíso.—No puedo.—Que pierda el alma y se despena en los infiernos.—No puedo.—Y ¿será posible que no oiga de sus labios sino esta voz que me desgarrá el corazón? ¡Oígame, por caridad!

á todo se aganta
de memoria.

Transición y afecto
de terror.

No puedo.

de tierna comi-
seración.

de ardiente celo.

¿No es mejor, ¡oh desventurado!, perder esa mujer, que la mujer, y la fama, y el cuerpo, y el alma, y la vida, y la compañía de los santos y María Santísima, y á Jesucristo, y al mismo Dios, y tras esto morir excomulgado y ser arrojado como perro en asqueroso muladar?—Entonces aquel infeliz, lanzando un hondo suspiro:—No puedo, tornó á repetir, no puedo.—Y, recogiendo las pocas y cansadas fuerzas, asió del brazo á la pérdida mujer, y con encendidos ojos y alta, pero atropellada y tartamudea voz dijo estas formales palabras, á las cuales, os aseguro que ni quito ni añado nada: Ésta ha sido mi gloria durante mi vida; ésta es mi gloria durante mi muerte; ésta será mi gloria por toda la eternidad.—Y estrechándola luego fuertemente, y abrazándola, ya por el rigor de la enfermedad, ya á causa de la violencia de los movimientos y afecto extraordinario, aceleró su fin y exhaló entre aquellos inmudos brazos su inmundo y desesperado espíritu.

—¿Habéis oído? Éste es, cristianos, el triste remate de los tardíos y rebeldes pecadores; en esto acaban, en tener que gritar:—No puedo, no puedo. ¿Por qué causa? ¿Porque, en realidad de verdad, no podrían convertirse si quisieran? De ninguna manera: agravio hariales, y agravio inmenso, á la gracia de Jesucristo, la cual á nadie se niega, por lo menos la suficiente, si con verdad se pide. Pero al mal habituado, al sumido y arraigado en el vicio, no basta cualquiera gracia; es menester aquella que San Agustín llama triunfadora; aquella que vence toda perfidia, que atierra toda contumacia, que doma toda obstinación y rebeldía; es menester, en una palabra, la gracia eficaz. Mas este poderosísimo socorro, no está Dios obligado á darlo por ningún título; no en ley de providencia universal, no por título de copiosa redención; Dios puede negar esta gracia á quien quiere. ¿Y no os parece justo que la niegue á los ingratos que, pudiéndola mil veces alcanzar y ofreciéndosela liberalísimamente, la rechazaron? *Dixerunt Deo; recede a nobis, scientiam viarum tuarum nolumus* ¹. Dijeron á Dios: apartate de nosotros, no queremos saber el camino de tus mandamientos.

Todo en vano.

Castigado, muere
re impenitente.

Aplicación y
prueba teológica.

Los grandes pecadores han microscopio de extraviada gracia. Ha la de amarcellos voluntarios. Luego morrelos en vuestro pecado.

¹ Job, xxi. 14.

Amplificación:
el falso es peor
de la vida tras el
verdadero su por-
do de la muerte.

Id y exhortad á muchos cristianos que enfrenen su livianidad, y os responden sacudidamente.—No puedo, no puedo; si despido de casa esta ocasión, ¡qué de habillitas y malas sospechas entre el vulgo!—Vos, restituid lo ajeno.—No puedo; si lo restituí ahora, arruino la familia.—Reparad vos aquella fama.—No puedo; si de pronto la reparo, yo mismo me desacredito.—Por Dios, que amainéis la ira y os reconciliéis con el otro.—No puedo, no puedo; ¿cómo queréis que tan presto mire con buenos ojos á quien tan hondamente me lastimó?—Y así, con este maldito *no puedo*, piensan tatar la boca á los sacerdotes y al mismo Dios. ¡Oh embaucadores y embaucados! ¡Oh engañadores y engañados! ¡Plegue al cielo que no llegue un día en que digan con verdad lo que ahora aducen para colorear su mal encubierta malicia! Terrible sentencia del gran San Agustín: *Nulla est peccati poena justissima, ut qui recto facere, cum possent, noluit, amittat posse cum velit*¹. Justísima pena del pecado, que quien no quiso arrepentirse y ser bueno cuando pudo, pierda el poder de serlo cuando quiera.

Deprecación por
metáfora del ham-
briento.

No, hermanos míos, aprovechad la coyuntura, trabajad ahora, corresponded fielmente á la gracia del Señor y á las misericordias inefables con que nos previene en la mañana de nuestra vida. *Repleti sumus mane misericordia tua*². No aplacéis vuestra conversión y santificación para la tarde, no la reservéis para el anoecer, porque sería ir al banquete de la divina magnificencia á manteles levantados; porque podría ser que os dieran con la puerta en los ojos, y que os volvierais de allí hambrientos para siempre jamás. *Convertentur ad vesperam, famem patientur ut canes*.

¹ Lib. 3. De lib. arb., c. 18.—² Ps. LXXXIII, 14.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO UNDÉCIMO

¡Cuán vivo contraste ofrece este discurso comparado con el del cielo! Allí se dilataba el corazón con la **esperanza**, aquí se angustia y estrecha con el **temor**; allí todo era júbilo y deleite, aquí todo congoja y tristeza; allí todo luz y seguridad, aquí todo tinieblas é incertidumbre. Tal es el hombre, que ha menester, mientras vive en este mundo, de espuela y de freno, para que siga su camino, de manera que ni desmaye en la adversidad, ni en la prosperidad se ensoberbezca. Temor y esperanza son los dos afectos sobre los cuales, como sobre dos quicios, se revuelve toda la elocuencia, y aquél será más perfecto orador que más diestramente maneje el arte de **atemorizar** sin desesperar, y de **consolar** y encender los corazones sin desvanecerlos.

Invencción. Por dos razones, dice Aristóteles¹, son los hombres atrevidos: ó porque no experimentaron los peligros, ó porque tienen con qué librarse de ellos; lo cual explica con esta comparación: «Como algunos que navegan por el mar no temen las tempestades, ó porque no saben lo que son, ni jamás se vieron en ellas; ó porque saben por la experiencia cómo se han de haber en esos trances para no naufragar». ¿Cómo, pues, humillará **SÉNBERI** la temeridad de los pecadores que dilatan su conversión hasta la hora de la muerte? Quitándoles todos los **medios de convertirse** entonces, y de salvarse en aquel naufragio y horrenda tempestad; y á fe que lo hace con tal maestría y fuerza, que no les deja ni una tabla de que asirse.

Pertenece, pues, al género **deliberativo**, y versa la cuestión, no sobre el **hecho** de si han de convertirse á penitencia, mas de **cuándo** ha de ser ésto, si desde luego y sin tardanza, ó si á la hora de la muerte.

Los argumentos están sacados de tres fuentes, que son otras tantas causas de nuestra salvación ó de nuestra condenación: el **pecador**, como causa material y eficiente se-

¹ Rhet. Lib. II, cap. V. *Αἰτίαι γὰρ ἀτρεθείας ἡ ἀπειρία τῶν ἀποκινῶν, ἡ τῶν ἐπιπέσεων, ἡ τῶν βοηθῶν, ἡ τῶν ἐπιπέσεων, ἡ τῶν βοηθῶν, ἡ τῶν ἐπιπέσεων.*

cundaria; el **demonio**, como causa instigadora; y **Dios**, con sus auxilios y atributos, como causa eficiente principal.

Hay que advertir, empero, que ninguna de las razones demuestra que en **efecto**, si ahora no se convierten, tampoco se convertirán en el último trance, sino únicamente que será **muy difícil**, lo cual vale tanto como una imposibilidad moral. Ni el texto del sermón se refiere á un pecador cualquiera, sino á los judíos que no creyeron en Jesucristo, y le enclavaron en una cruz, y le persiguieron después en sus miembros y, siempre más obstinados en su maldad, rechazaron todos los socorros de la gracia y murieron por fin en su pecado. El *queretis me* no dice que me buscaréis para pedirme perdón, sino para darme la muerte y crucificarme de nuevo, si pudierais. Así lo confirma San Agustín: «Me buscaréis, dice, no por deseo, mas por odio y malicia. Porque todos buscaron á Cristo después que desapareció de entre los hombres, los malos y los buenos, los que le aborrecían y los que le amaban; aquellos persiguiéndole, éstos deseándole tenerle consigo y unirse con él. Por esto añade el sagrado Evangelio: «Porque me buscaréis después de la resurrección para matarme, y seguiréis en vuestra incredulidad y saña contra mí, por eso moriréis en ella y os condenaréis para siempre. Y así, adonde yo voy no podréis acompañarme vosotros, porque yo subo á los cielos y vosotros bajaréis á los infernos»¹.

En esta interpretación concuerdan los Padres, y generalmente los comentaristas más ilustres. Tómense, por lo tanto, estas palabras del Salvador, no en el sentido **literal**, sino en el sentido **lato é impropio**; y la fuerza de la conclusión no nace de esta sentencia, sino de los argumentos, que, en efecto, demuestran que si tendrán gracia **suficiente**, pero no **eficaz y vencedora**.

Disposición. No se desvia del **orden natural**, que consiste, según Marco Tulio, en decir algo que prepare á los oyentes, en exponer el asunto, en probar la tesis, confirmando nuestro partido y refutando las razones del contrario, y, finalmente, en epilogar y perorar en favor de nuestra causa: *Ut aliquid ante rem dicamus, deinde ut rem exponamus, post ut eam probemus nostris præsertim confirmandis, contrariis refutandis, deinde ut concludamus, atque ita peroremus, hoc dicendi genus natura ipsa præscribit*².

La **introducción** es muy delicada, la **exposición** de la controversia breve y luminosa, la **confirmación** robusta, la **refutación** interesante y progresiva, la **conclusión** enérgica, la **peroración** llena de vergüenza, de temor y de esperanza,

¹ Vide Aláipide sobre este lugar. —² De Orat., II, 76.

pero de suerte que prevalezca el afecto de la incertidumbre, que es el blanco á que se encamina todo el razonamiento.

Elocución. Es popularísima con dignidad. Los oradores de corta talla apenas se atreven nunca á hablar directamente á su auditorio, y menos cuando conviene reprender ó amenazar. Otros hay á quien el deseo de agradar á los hombres y el temor de desagradarles los desmaya y enflaquece, y si no les hace perder el habla, pero los turba para que no acierten á cumplir su ministerio con palabras de verdad, y con esfuerzo y valentía de Dios: *In verbo veritatis, in virtute Dei*¹. No es de ellos nuestro **SEÑERÍ**; antes parece que le dijo el Señor, como al profeta Ezequiel, cuando le enviaba á predicar al pueblo de Israel: «Esta gente es gente dura y tiene callos en la frente: no temas de entrar en pelea con ellos, que yo te armaré con un rostro más valiente que su rostro de ellos, y con una frente más dura que su frente de ellos; como diamante y como pedernal pondré tu rostro; no tengas miedo, que con mi ayuda y favor te hallarás otro del que eres».

Con este valor propone la embajada de paz en nombre del autor de ella; habla con los oyentes, escucha sus dificultades, satisface á sus dudas, les íntima la sentencia de reprobación, si se obstinan en su pecado; ya ruega, ya amenaza, ya esfuerza, ya confunde; en todo campea y sobrepaja la caridad de Jesucristo. Vélese más que en otros razonamientos del **dialogismo** y de la **comunicación**, propias de una consulta ó conferencia, que es el carácter peculiar de este discurso. Con este artificio se introduce en el corazón de los oyentes, recorre sus senos y escondrijos, y arranca de ellos todos los obstáculos de una pronta conversión.

Acérca de la oportunidad de tratar este argumento, notaremos con el venerable Luis de Granada que, aunque sea algún peligro hablar de esta materia, porque podría ser ocasión de desconfianza para algunos flacos, pero muy mayor peligro es no saber los hombres el peligro á que se ponen cuando para este tiempo se guardan. De manera que, pesados ambos peligros, sin comparación es mayor éste que el otro; pues vemos cuántas más son las ánimas que se pierden por indiscreta confianza que por demasiado temor. Y por tanto, á nosotros, que estamos puestos en el atalaya de Ezequiel², conviene avisar de estos peligros; por que los que por nosotros deben ser avisados no se llamen á engaño; y si ellos se perdieren, no cargue su sangre sobre nosotros»³.

¹ s Coloss., VI. —² Ezech., III, 33.

³ Guía de pecadores, I, 1.º, parte 3.ª, cap. 26.



DISCURSO DUODÉCIMO

PECADOS PÚBLICOS

Omnia opera sua facient ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras hacen para ser vistas de los hombres.

(MATH., XVII, 4.)

EXORDIO

Legítimo compararlo.

CUATRO géneros de males hay en el mundo, dice el **Sa-**bio: La generación que maldice á su padre y no obedece á su madre; la generación que se tiene por limpia, y con todo eso no es limpia; la generación que trae los ojos altivos, y levanta sus párpados en alto; la generación que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra.—Generaciones infames, y por tanto justamente maldicidas de Dios en las santas Escrituras. Pero ¿sabéis, cristianos, cuál es la raza más infame y peligrosa del mundo, y así la más detestada por nuestro adorable Salvador? La raza de los fariseos, la generación de los hipócritas, que es decir la generación que se tiene por limpia y no es limpia, sino muy inmunda.*

Propos. 1.ª La peor raza, la de los hipócritas.

declarase por comparación e irrisuente.

El mansísimo y piadosísimo Cordero trocábase en fierísimo león contra los tales, y ya los llama sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos á los hombres y dentro de ellos bullen la podredumbre y los gusanos; ya los apellida raza de víboras y muy solícitos en las ceremonias y apariencias de virtud, teniendo los corazones llenos de rapina y de maldad; ya los maldecía, porque, si hacían algunas

por el testimonio del Salvador;

obras buenas y pagaban escrupulosamente el diezmo de las legumbres y hortalizas, y repartían alguna limosna, publicábanlo á los cuatro vientos, para que todos los tuviesen por buenos y de todos fuesen reverenciados: *Omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus*. Encubrían las abominaciones de su alma y fingían de fuera virtudes postizas y contrahechas con que, embaucado el pueblo, teníanlos por justos siendo injustos, por limpios siendo torpes, por santos y guardadores de la ley siendo perversos y ajenos del espíritu de la ley. Ralea vil y abominable, aborrecida de Dios y de los hombres.

«Pero ¿qué digo? ¿Por qué me ensaño en los hipócritas? Ojalá, perdonadme, divino Salvador, si parezco desviarme de vuestras enseñanzas; ojalá que abundasen en nuestro siglo los fariseos; yo los excusara, y aun propondría por dechado á mucha gente escandalosa, que no se recatan siquiera, como los antiguos Letrados y Sacerdotes, de hacer el mal á cara descubierta, y están tan lejos de sobredorar el vicio y esconder sus errores, que se precian de ello y los sacan á plaza en sus conversaciones, y cantan sus liviandades al son de músicos instrumentos, y las representan públicamente con aplauso, y, en fin, como dijo San Pablo, gloríanse de su misma confusión: *Et gloria in confusione ipsorum*.¹ Nuestro siglo sobrepuja, pues, la maldad de la aborrecida Sinagoga; que si entonces la soberbia y vanagloria los llevaba á encubrir los vicios y á publicar las virtudes, hoy, rotos los diques á la vergüenza cristiana, llévanos á encubrir las virtudes y á publicar y hacer glorioso alarde de los vicios. Ya los cristianos se jactan de sus pecados, dice San Ambrosio, y tienen por caso de honra y fortaleza sus caídas y maldades: *Fam se christiani in flagitiis suis jactant, et ibi putant insigne esse virtutis, ubi lapsus est criminis*.

Así, que no os maravilléis si trueno hoy contra tamaña desvergüenza. Esto me atraviesa el corazón, esto punza y ensangrienta mi alma, ver que hoy día no se puede recabar de los pecadores que, ya que lo sean, sean pecadores modestos, por hablar así, y encubridores de su malicia.

¹ Phil., III, 19.

¡Oh enorme libertad! ¡Oh descaro intolerable! ¡Que haya tantos en el pueblo cristiano que se precian de mala vida y se alaban en público, y hacen profesión de ello, y quieren que todo el mundo los tenga por tales, y en este conocimiento y creencia universal ponen su mayor alabanza: *Ut videantur ab hominibus*! Vosotros, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo; vosotros, tan fervorosos en el cumplimiento de la ley divina y tan verdaderamente cristianos, ayudadme á detestar tan feo atrevimiento; pues, aunque lo siento en mi alma, para explicarlo bien he menester los auxilios de la divina gracia y vuestro favor y benévola atención.

PRIMERA PARTE

II

¿No veis? Atajado me encuentro y sin palabras, como al principio recelaba; fáltanme conceptos correspondientes al asunto, y expresiones conformes á los conceptos y sentimientos. Pero exclama por mí y divinamente desengaña el real Profeta á los blasonadores de sus vicios, diciendo: ¿Por qué te glorias en tu malicia, tú que eres robusto en la maldad? *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate?*¹ Dende en pocas palabras encierra, si no me equivoco, altísimas enseñanzas. Porque ¿qué mayor ceguedad que honrarse en la impiedad y vanagloriarse de ella? Discúrrid por los oficios y profesiones de los hombres, y no hallaréis que nadie se engría y ande ufano de haber errado ó equivocándose groseramente. El ateniense Herodes, el declamador más célebre de su tiempo, mientras peroraba en presencia del emperador Marco Antonino, se perdió de súbito, comenzó á titubear, y, no pudiendo dar con el hilo del razonamiento, hubo de bajarse de los Rostros ó tribuna pública. ¿Credéis acaso que se preció de su yerro? No por cierto; antes fué tanta la confusión, que vino á enfermar de grave-

¹ Ps. LI, 3.

conclusión.

Propos. 2.^a por correctivo y ilustración.

Presenciar que los hipócritas son sus escandalosos.

declárase por el dicho de San Pablo y

San Ambrosio.

Propos. 3.^a y general contra los pecadores públicos.

semillas de afeitos de terror y vergüenza.

Presunción cristiana.

Arg. 2.^a A comparación. Transición por correctivo e hipérbole.

Prop. mayor. Nación de gloria de haber errado en caso de ser arte ó profesión.

por ejemplos varios.

un declamador,

un escritor,

un autor de tragedias,

un militar,

Tropas menores. Solo el cristiano hace gala de pelear

un deshonesto,

un vengativo,

un ambicioso,

un avariento.

Consecuencia por apatido y ebriedad

transición.

Arg. 2.º. Acomparacion. Dificilmente os salvarian, porque es tan la desahuciacion, poca piedad sin verguenza.

dad, y á peligro de la vida, por no arrostrar á ningún manjar; ¡tan desganado estaba é inconsolable en su bochorno! ¿Vanagloriose por ventura Lavieno de haber escrito libros que merecieron la reprobación del Senado? Antes fué tal su vergüenza, que se escondió vivo en los sepulcros de los muertos. ¿Quedó Sófoeles muy ufano de aquella su tragedia, no recibida de los griegos con aplauso universal? No ciertamente, sino que de vergüenza y corrimiento se clavó una estocada en el costado. Y el valiente hijo de Emilio Escauro ¿cómo se hubo en el desastre é ignominiosa fuga cuando desamparó el campo de batalla? Que no osando parecer ante la presencia de su padre, el mismo se dió la muerte, con más vergonzosa cobardía.

Sólo el pecado, el mayor yerro y abominación del hombre, tiénese por gala y por materia de alabanza. Sorprende uno la castidad de la doncella, ó viola los fueros santos del matrimonio con ingenioso ardid y trama inicua, y ¡cómo se envanece de su empresa! Toma el otro venganza de su enemigo por medios arteros y ruines, y ¡cómo se pavonea con los suyos! Llega aquí á infamar á su rival, y derribale con torpes calumnias del pedestal de su bien merecida nombradía, y le oírás cantar victoria y relatar su hazaña con fruición inexplicable. Si aquel abogado ó pleiteante llega con sus embustes y marañas á estrujar el bolsillo de la viuda, ¡no se jacta de su industria mal empleada? Y en estas vilezas ¿os honráis?, repetiré con David: *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate?* ¿No hacéis profesión de cristianos? ¿Cómo, pues, os ufanáis y tenéis por honra lo más opuesto á vuestra noble y divina profesión? ¡Desventurados de vosotros! ¿Qué he de decir sino que es gravísima vuestra dolencia, honda vuestra llaga, irremediable y tan mortal la herida de vuestra alma, que difícilmente escaparéis de la muerte eterna?

III

No se me esconde que no deben los médicos espirituales desahuciar á ningún enfermo, por grave que esté, según la sabia advertencia del gran Pontífice León. Mientras se vive

en este mundo, de nadie hay que desesperar, sino que de todos hay que desear corrección y penitencia: *Dum in hoc corpore vivitur, nullius est desperanda reparatio; sed omnium est optanda correctio* 1. Mas todavía, ¿de quiénes hay menos que esperar sino de aquellos pecadores que pecan con mayor desalmamiento? Porque ¿quién ignora que el pecar tan desvergonzadamente es indicio de costumbre envejecida? Nadie, la primera vez que peca, peca con descaro. ¡Tan arraigado está en la naturaleza racional el aborrecimiento á la culpa! ¡tal horror le causa la ofensa de su Majestad y el quebrantamiento de las leyes eternas! Alarga, si, la mano á la golosina del vedado fruto, pero con timidez; cómelo, pero con mil recelos y sinsabores. De aquí que se huya de lugares frecuentados, que se busquen las sombras, que se recaten de todo y, gozando de la maldad, todavía esconden la maldad, como sabiamente observa Séneca: *Omnes peccata dissimulant, et quamvis feliciter cesserint, fructu illorum utuntur, ipsa subducunt* 2. Todos disimulan los pecados, y, si les salen felizmente, aprovechense del fruto; pero encubren la maldita y criminal raíz. Y no imaginéis que nace este sobresalto del temor del castigo, si llega á descubrirse nuestra falta, no; que, aun dado caso que estuviéramos seguros de la impunidad, si somos principiantes y como novicios en el mal, queremos encubrirlo, procuramos echar ceniza encima, que nada se trasluzca por de fuera, y nos corremos y avergonzamos grandemente si se sabe. Lo cual debe atribuirse necesariamente al horror natural á todo lo que tuerce ó contradice á la razón.

IV

¿Qué delito podía cometerse en la tierra con mayor impunidad que el fratricidio de Abel? Ruégoos que paréis en ello vuestra atención. No habia entonces tribunales de justicia, no se conocían fiscales y acusadores, no se pensaba entonces en jueces y verdugos; la palabra suplicio era vocablo

Prohibido por los contrarios: el primer pecado causa gran rabia!

por los efectos.

por testimonio.

por razón: es un horror que naturalmente causa el pecar.

Arg. 2.º ó confirmación del anterior, por el fratricidio de Cain.

Este se horrorizó. Luego, si no se había al pecar, por qué sintió que Cain; desahuciados están.

1 Serm. 4 de Epliph.—2 Epiat. 97.

desólo entre los hombres. Pues ¿de quién había de temer Caín? No existía en la haz de la tierra más que una sola familia, como parece sentir el glorioso San Ambrosio, la cual, si tras la muerte de Abel hubiera castigado el crimen con la muerte de Caín, quedaba sin hijos; mas si había otras familias, según opinión más probable, ¿quién había de tocar al matador, siendo, como era, el mayorazgo y primogénito del linaje humano, joven robusto, de gallarda disposición y extraordinaria valentía?

Y, sin embargo de esta inmunidad, ¡qué de cautelas no tomó al intentar por vez primera la perpetración de su pecado! Imagínome que cuando, herido su corazón con el torcedor de la envidia, determinó la primera vez de matar al inocente y candoroso hermano, se le crizaron los cabellos de horror y helósele la sangre en las venas; esto y no otra cosa significa el sagrado texto al decirnos de él antes de la sacrilega matanza que andaba cabizbajo y cariacontecido: *Concidit cultus ejus* ¹; como dando á entender que tenía el color amortiguado, arrugado el ceño, los ojos hundidos, perdida la paz y todo el semblante desfigurado. ¡Qué noches tan inquietas y desasosegadas pasaría! ¡Qué sueño tan mal dormido! ¡Qué pesadillas tan tenaces é importunas! Y ya que se resolvió á poner en efecto su pensamiento, ¡cuánta disimulación y rodeos para encubrir su maldad! Convidó al bonísimo de Abel á tomar consigo algún esparcimiento en el campo, diciéndole con la sonrisa en los labios y la ponzoña en el corazón: *Egrediamur foras* ². Desvióle de poblado, buscó un escondrijo en la espesura de la soledad, y, acometiéndole improvisamente, le mató á traición: *Cumque essent in agro, consurrexit Cain adversus fratrem suum Abel, et interfecit eum* ³. Y ¿qué qué tantas diligencias? ¿No era, por ventura, mayor de edad y más forzado? ¿No estaba más aperebido? Abel, como nada receloso, andaría siempre interme y desaperebido; mas Caín, que tramaba el atentado, iría siempre pronto y aparejado á su atentado criminal. Y con todo, ¡qué de reservas y precauciones, cuantas apenas se usan en nuestros días, donde, para terror de los malos,

¹ Gen. IV, 5. — ² *Ibid.*, 8. — ³ *Ibid.*, 8.

vigilan tantos ministros de justicia, entáblanse tantos procesos, ejecútanse tantas penas y suplicios!

¿Quién no ve en ello pintado al vivo el horror que causa el pecado al pecador la primera vez que se introduce en su ánimo? No osa entonces presentarse el vicio á cara descubierta; disfrázase, oculta su fealdad. La rabia se viste de benevolencia; la envidia, de afabilidad; el odio, de amor; y sobresaltado el ánimo, huye el hombre aunque no haya quien le persiga; escóndese, aunque nadie le mire; dale vuelcos el corazón y teme el infeliz, aunque no tenga quien castigue su maldad.

Y en corroboración de esto, ¿sabéis, oyentes míos, la pena que impuso Dios al fratricida Caín? No que la tierra lo tragase vivo, como á Nadab, ni que lo abrasase el cielo y lo redujese á cenizas con sus rayos; mas, en lugar de todos los tormentos, dejóle con solo el temor: *Pro his omnibus solo timore cruciatur* ¹. Pero ¡qué temor tan espantoso, al fin como de quien comienza á pecar! Porque, tierna la conciencia y desacostumbrada al vicio, no es creíble las agnias que pasa, las furias que la atormentan, las sospechas que le cercan y despedazan, y la vergüenza que le confunde y le devora. *Omnis qui invenerit me, occidet me* ². Todo el que me encontrare, me matará, exclamaba despavorido, congojado; todo el que me encontrare, me matará; como si todo el mundo hubiese de saber su felonía; como si hasta las fieras y bestias de los montes hubiesen de tomar venganza y mostrar su pena devorándolo. «Tal es, concluye divinamente el Crisóstomo, la costumbre de los pecadores en los primeros pasos de la maldad. Recátanse de todo, tiemblan hasta de las sombras, espantales el zumbido de una mosca, imaginándose que todos van á cogerlos y matarlos» ³.

Decidme, pues, oyentes míos: si tal horror produce el pecado en el corazón la primera vez que entra y se apodera

¹ De Prov., l. 1. — ² Gen., IV, 15.

³ *Talis est peccantium consuetudo, cuncta suspecta habent, omnes umbras tremunt, omnem strepitum timent, quemque putant contra se venire.* (Hem. 8 ad pop.)

de él, que en un Caín, que debía tener pecho de bronce y corazón de fiera, hizo tanta impresión y ocasionóle tan extraño accidente, ¿qué diremos en nuestros miserables días de aquellos que, pecando, no sienten ni se conmueven nada? Cometieron abominaciones y no se afrentaron, como dice el Señor por Jeremías: *Abominationem fecerunt, et confusione non sunt confusi* ¹. ¿Qué diremos, torno á repetir, de aquellos que no solamente no sienten turbación, antes gran satisfacción y contento; no sólo no buscan la soledad, pero desean la concurrencia; no sólo no se recatan con disimulación, pero se desvergüenzan á la faz de todo el mundo? Respondedme, os pido: ¿qué sentís de los que se alegran cuando han pecado, y, pasando más allá, se regocijan y alborozan, como se lastima el sábio, en cosas perversísimas y abominables? *Lactantur cum male fecerint, in rebus pessimis* ². ¿No es muestra evidente de corazón encallecido en la maldad, que ha vencido las primeras resistencias y despedido los primeros sobresaltos, y acallado los primeros remordimientos?

Mientras batallan en el alma las primeras contradicciones, imposible es llegar á tanta licencia y desenfreno. Aquel gusano mordedor que roe la conciencia, es increíble la tristeza y pesadumbre que trae. Por más que se procure ocultar su veneno, transparentase en el rostro, marchita el color, seca las mejillas y desfigura todo el semblante. De forma que si, por desgracia, no se revelan en el pecador estas señales de confusión y tristeza, sino de alegría y libertad, ¡malaventurado de él!, tenedle por desahuciado y sumido en la más profunda sima del pecado, según el dicho del Espíritu Santo en los Proverbios: *Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit* ³.

V

Donde es de considerar que no determina el Espíritu Santo qué linaje de desprecio sea éste, sino que en absoluto

¹ *et.*, VIII, 12. — ² *Prov.*, II, 14. — ³ *Prov.*, XVIII, 3.

dice: *impíus cum in profundum venerit peccatorum, contemnit*. El impío, cuando llega al profundo del pecado, menosprecia. Porque, una vez rota la vergüenza, que consigo trae el ofender á Dios, no hay freno que no rompa, ni respeto que no desprecie. Dadle un consejo saludable, y lo desprecia; hacelle severas amenazas, y las desprecia; encarecedle la monstruosidad del pecado mortal, y no hace caso; mostradle los infernos, abierta la garganta para tragarle, y vuelve la espalda. En una palabra, todo lo desprecia, á todo más duro que las piedras. Menosprecia los avisos, menosprecia las súplicas, menosprecia los castigos, no hace caso de los hombres, riése del mismo Dios, y lleno de presunción osa decir: ¿Quién es nuestro Señor? *Quis noster Dominus est?* Por donde, concludid, hermanos míos, cuán escasas esperanzas de salvación eterna tienen estos miserables. Porque ¿cómo se enderezará lo que tanto tiempo está torcido? ¿Cómo despertarán, si están sordos al remordimiento? ¿Cómo se encaminarán derechamente, si es cómplice y traidora la conciencia? No es probable su salvación, pues tan improbable es su conversión.

Que se convierta quien peca con cierta timidez, con recelo y alguna sombra de pudor, no es difícil, como lo expresa el mismo San Gregorio por aguda manera: Cuando un hombre se avergüenza de parecer de fuera lo que no teme ser de dentro, llega á avergonzarse de ser de dentro lo que rehuye parecer de fuera: *Quia dum mens erubescit videri, quod tamen esse non metuit, erubescit quandoque esse, quod fugit videri* ¹. Y es así, que, quien se corre de parecer malvado, viene, andando los días, á correrse de serlo; pero ¿cómo se avergonzará de serlo quien no se avergüenza de parecerlo? El último afecto de que el malo se despoja, es del deseo de parecer bueno y honrado; y por esta causa da el avariento á su tacañería el nombre de economía ó parsimonia, como Judas cuando se azoró al ver derramado el ungüento de la Magdalena sobre la cabeza del Salvador, con tanto perjuicio de los pobres; y el cobarde da á su cobardía el nombre de cautela, el arrogante á su soberbia el de magnanimidad, y

Desprecia todos los remedios.

por condecoración

y respetación.

ninga no puede convertirse: si algo no puede salvarse.

CONFESIÓN 2.^a por parte del hombre: es difícil.

Quien peca con amparo es fácil que se truenga.

por testimonio y por razón.

lo último de que el pecador se despoja, es del deseo de parecer bueno;

¹ *Past.* p. 3. adm. 32.

el cruel á su ferocidad el de justicia, y así los demás vicios duermen á la sombra de hermosísimas virtudes.

¿Qué mujer más pérdida y descarada que la pérdida Jezebel? Y todavía no se desvergonzó tanto que se alabase de haber robado la hacienda á un particular, sino que se cubrió con el manto de la religión. Hizo ver que era preciso castigar como blasfemo al infeliz Nabot; publicó un ayuno general, congregó á los ancianos, y tuvo con ellos juntas ó concilios acerca del presunto desacato. ¡Cuán lejos estaba de hacer alarde de su maligno corazón! Con el mismo disimulo procuró Ammón disimular su incontinencia y amores no castos so color de enfermedad; así Amán disimulaba su saña con pretexto del bien de la república. Cuando, por consiguiente, llega el pecador á descararse tanto que, hollando todo respeto, se gloria de sus locos atrevimientos, y alardea de malo y quebrantador de la divina ley: *Exultat in rebus pessimis*¹, fuerza es confesar una de dos cosas: ó que no reputa el pecado por gran falta, ó que no tiene por azote ni mengua el ser infamado y deshonrado. Y llegado á tal extremo, ¿qué esperanza habrá de reducirlo? ¿Quién le abajará la cerviz al yugo santo del Señor?

¿Reducirlo? ¿Abajarle la cerviz? Antes tened por cierto que será severamente castigado al par de su padre Lucifer. Porque, reparad que también Lucifer se envaneció muy soberbia y pomposamente. Pero ¿en qué estríbaba su desvanecimiento é hinchazón? En la soberana hermosura de su espíritu: *Elevatum est cor tuum in decore tuo*; así se lo echa en cara el profeta Ezequiel, razonando con el ángel caído². Vanaglorióse de su entendimiento el más vasto y perspicaz, de su ciencia la más profunda, de su naturaleza y dignidad la más alta y encumbrada; vanaglorióse de los rubíes y diamantes con que la mano del Hacedor esmaltara su corona, la más resplandeciente del empireo; vanaglorióse de ser la imagen más perfecta de la divinidad, el dechado más cumplido de sus perfecciones, la criatura más vecina al Criador, y tan vecina que entre él y Dios no cabía ni concebia ser ninguno. Pues en este colmo de hermosuras y grandezas,

¹ Prov., II, 14. — ² Ezeq., XXVIII, 57.

parecíame excusable hasta cierto punto su vano engrandecimiento y soberbia, conforme á la sentencia de Isaías: Tu sabiduría y ciencia te engañaron: *Sapientia tua et scientia tua, haec decepit te*¹. Mas estos menguados é infelices pecadores que se envanecieron con su iniquidad, y se enorgullecen de estar henchidos de infamia y abominación; éstos que se precian de ser y parecer hediondos en el acatamiento de la divina Majestad; éstos que ponen su gloria en tener un alma depravada, un corazón inmundo, un cuerpo corrompido y un vivir como los brutos animales, ¿qué excusa alegrarán de su envanecimiento en el tribunal de Dios? ¿Qué indulgencia esperan de los divinos ojos? ¿Creen que los sufrirá, hinchados vanamente con sus vicios, quien no sufrió á Luzbel, ensoberbecido de sus altas perfecciones?

No, cristianos; antes teman y escarmenten los tales en cabeza ajena; teman los rigurosos castigos con que humilló Dios á los soberbios. Comoquiera que, si fué penado con tal severidad un gigante filisteo, porque se jactó presuntuosamente de sus fuerzas; un Absalón, porque se pavoneaba en su hermosa cabellera; un Senaquerib, porque hizo ostentación de sus ejércitos; un Amán, porque se engrió con su privanza; un Antioco, porque se desvaneció en sus victorias; un Herodes, porque se hinchó neciamente con su elocuencia; un Nabucodonosor, porque se deleitó en la suntuosidad de los edificios; un Ezequías, porque mostró con vano complacimento sus tesoros; y, lo que es más de maravillar, un Fariseo², porque se agradó demasadamente en sus ayunos y abstinencias, en sus diezmos bien pagados, y en sus limosnas repartidas con liberalidad; ¡Dios mío! ¿Dios mío! ¿qué será de vosotros, que hacéis presuntuoso alarde, ¿de qué cosas?, de vuestras liviandades, de vuestros hurtos, de vuestros embustes y amancebamientos, de vuestras supercherías y maldades, y, en lugar de encubrir las como baldón y afrenta, las sacáis á plaza como bazañas memorables? Esperáis que os sufra Dios, cuya ojeriza á los vanagloriosos es tan grande, como dice Judit, que hasta á los que se glorian de la virtud los humilla con su diestra?

¹ Is., XLVII, 10. — ² Luc., XVII.

Jezebel,

Ammón.

Amán.

Edmundo, y su hijo
profunda por vía
de dicitura.

CONFESACIÓN
2.^a por parte de
Juan. Dios alio-
truce á los que se
glorían de cosas
buenas á infide-
rentes.

como á Luzbel

(repetición de la
comenta).

Luzbel mucho
más á los que se
jactan de su mal-
dad.

por repetición es-
tética y
enumerada.

Más castigo,
en Gofiat y Ab-
salón.

en Senaquerib y
Amán.

en Antiocho y He-
rodes.

en Nabucodonosor
y Ezequías.

en el Fariseo.

Comenc. por in-
tenciones y repeti-
ción apoyada.

portestamiento de. *De sua virtute gloriantes, humiliat*¹. Y ¿queréis vosotros que os perdone? No, cristianos, no puede ser; porque esta licencia y público desacato traspasa toda medida y enciende en el pecho de Dios un enojo inextinguible.

Arg. 5.ª

VI

CONFIRMACIÓN de la última parte.

Los pecados públicos.

¿Ofenderá más a Dios, por comparación del hombre?

por la mayor deshonra que hace y desestima que muestra.

Inposición, repetición, incremto.

3) Dificultadmente se perdonan.

por autoridad del Crisóst. y

Y ¿quién no experimenta en sí este efecto de la injuria recibida? Si alguien nos ofende en particular y, como si dijéramos, á puerta cerrada, llevámoslo á mal, pero, en fin, somos fáciles en perdonárselo. Nadie lo sabrá, nada se traslucirá del caso, y con esto nos parece que no se menoscaba tanto nuestra reputación. Mas si el ofensor pregona la injuria con jactancia, ¡qué ira, qué indignación sentimos! Cerramos los oídos á intercesores, desecharnos las paces, no queremos admitir disculpa. Parécenos que sólo la sangre es capaz de borrar tal mancha en nuestra honra.

Pues imaginad que, en su manera, pasa lo mismo respecto de Dios nuestro Señor. Oféndele uno secreta y escondidamente, con recelo, con timidez, con sobresalto del corazón; pues éste no muestra tanto menosprecio, y así no irrita tanto á su divina Majestad. Mas ¿qué desestima no muestra quien hace gala de ofenderle? Señales da, y como protesta á la faz de todo el mundo, que él no hace caso de los mandamientos de Dios, ni teme sus amenazas, ni cuida de sus obras, ni acata su poderío, ni le importa su amistad, y, en confirmación de ello, parece que pone por testigos de su inicua protestación á todos los sabedores de su crimen. Por tanto, no es maravilla que tan ásperamente castigue Dios esta desococada publicidad en el pecar.

Averiguado es, oyentes míos, que un pecado secreto, aunque más grave, es más fácilmente perdonado; y otro público, aunque más ligero, difícilmente queda sin castigo. Tal vez² no osaría yo declararlo tan terminantemente, si no me alentara á ello la autoridad del Crisóstomo. Sus palabras son explícitas: si uno, dice, ha pecado gravemente,

¹ Judith, vi, 15.

pero á escondidas, menor pena recibirá que quien pecó ligeramente, pero con desvergüenza³. Y no lo declaró el Señor muy bastante en uno de los amigos más privados que ha tenido sobre la tierra? Oíd el lance sucedido con Moisés.

Para llevar al pueblo judío á la tierra prometida, pasó más trabajos el gran libertador que cualquier capitán para tomar una plaza é introducir en ella sus ejércitos. ¡Qué no hizo con Faraón! ¡Qué no trabajó para desbaratar las trazas de los magos hechiceros! ¡Qué pecho para resistir á las iras del tirano! Y salidos finalmente de Egipto, ¡cuántas penalidades en el desierto! Capitanecía y como llevaba sobre sus hombros una muchedumbre sin cuento de hombres y mujeres, de niños y viejos, de fuertes y achacosos, todos de genio tornadizo, de antojadiza voluntad, de corazones incrédulos, de frente dura, de manos prontas á la venganza y pesadas para el trabajo. ¡Cuántas veces lo vió tumultuar y rugir contra él, como las olas del mar alborotado! Maltrataron á su caudillo con malas lenguas, le irritaron con sus discusiones, le ensordecieron los oídos con importunas quejas, le infamaron con atroces calumnias, le acometieron impetuosamente á pedradas. Y ¿no fué menester que más de una vez bajase Dios á defender á su siervo contra los revoltosos, ora reprimiéndolos con incendios, ora con terremotos, ora con generales pestilencias?

Puera de esto, á él incumbía el cuidado de la guerra, siéndole forzoso, por lo tanto, ir siempre con las armas en la mano, haciendo frente á las huestes enemigas que le embarazaban el camino. Él ordenaba los escuadrones en batalla, él daba corte en las querellas de su pueblo, él componía las enemistades, él enseñaba la ley y religión, él dirigía los movimientos de la guerra y concertaba los negocios todos de la paz. Y tanto afanar, y tanto desvelarse, todo para poseer la tierra de promisión. Y, esto no obstante, cuando se llegaba el feliz momento, no quiso su Majestad que Moisés se llevase la gloria. ¡Oh qué desconuelo el de aquel anciano cuando, en los umbrales mismos de la tierra prometida,

³ Etiam si graviter quis peccavit, et clam, minorem dabit poenam, quam qui leviter peccavit, idque impudenter. Contra concub.

Ejemplo de Moisés.

Ilustrado oratoria.

exposición

Moisés en Egipto.

en el desierto.

en tiempo de paz.

en tiempo de guerra (comparación, repetición).

¿Y si no por ostentación? ¿por qué no pudo entrar?

oyó la intimación de su muerte! *Vidisti eam, ei non transibis ad illam* ¹. La has visto, pero no la gozarás. Había derramado tantos sudores, y otro recogía el fruto; había sobrelevado mil molestias, y otro llevábase la honra.

por corrección,
sobre xixenta
cibos.

Pregunto yo ahora: ¿por qué el Señor se hubo tan severamente con Moisés? ¿Quién de vosotros atinará en la causa del divino enojo? ¿No era, por ventura, en sus costumbres arregladísimo, en sus iras mansísimo, en el culto de Dios muy fervoroso y celador ardiente de la ley? Así era, en verdad. Mas, porque en una ocasión dejöse deslizar en ciertas palabras no bien consideradas, enojöse Dios tan amargamente contra él, que no fué posible amansar su cólera en adelante. ¿Sabéis el suceso? Desmayada de pura sed andaba su gente por el desierto, y amotinándose en torno del caudillo, pedíanle con voces amenazadoras que les diese de beber. Él, mohino por demás, y harto ya de tanta contumacia, levantó en alto la prodigiosa vara, y con voz fuerte y airado semblante, — ¿Qué es esto, dijoles, oh rebeldes? ¿Queréis que broten fuentes de la Peña? *Num de Petra hac vobis aquam poterimus ejicere?* ² Mas, reportándose luego, viendo que había hablado con poca confianza, quiso enmendar con la mano el deslíz de la lengua, hirió la Peña viva, y, á pesar y despecho de su escasa fe, víéronse brotar frescos y copiosísimos raudales. Pero ya fué tarde. Porque Dios nuestro Señor, no pagado con aquella satisfacción, le significó en seguida que no gozaría del cumplimiento de sus promesas quien había titubeado en la verdad de ellas. Bien merecida pena de su incredulidad.

¿Por qué no cae
sich omnia desono-
rantes de Mo-
sis?

Pero mi corazón no se aquieta. Porque, decidme, ¿era por ventura aquella la primera vez que Moisés desconfió? Otras muchas había vacilado la esperanza del buen viejo, y, por cierto, con mayor cobardía. Averiguada cosa es que, no sabiendo en cierta ocasión cómo dar de comer á tanta gente, desconfió hasta de que Dios pudiese proveerles, y se las tuvo, diríamos, con él, y le llamó de impotente y de falso prometedo. Oíd su atrevido lenguaje: Seiscientos mil van de á pie, y tú dices: Yo les provereé de carne un mes éñ-

enumeración

¹ Deut., xxxiv, 4. — ² Num., xx, 10.

tero? ¿Quieres acaso que matemos toda la muchedumbre de bueyes y carneros de la tierra para mantenimiento de la gente, ó que se junten en uno todos los peces del mar? ¹

Y, no obstante, el Señor le responde con suma apacibilidad y mansedumbre que los hechos hablarían. Por ventura, dijole, ¿el brazo del Señor ha enflaquecido? Ya verás si mis promesas se cumplen: *Nunquid manus Domini invalida est? Jam nunc videbis, utrum meus sermo opere compleatur* ². Y antes de esto ¿no se mostró rebacio á la voluntad divina? No la contradijo en Egipto al mandarle Dios que se presentase á Faraón? ¿Con qué ahinco desvió los hombros de la carga cuando se le ordenó que llevase á Israel por el desierto! ¿Cuántas veces y cuán apocadamente se quejó de Dios y desmayó de pesadumbre, y llegó á pedirle que le matase de una vez, porque no podía con tantas penalidades y trabajos! *Obsecro ut interficias me, ne tanta afficiar malis* ³, como si su Majestad no pudiese protegerle, ni su bondad quisiera consolarle. Y, sin embargo, por nada de esto le castigó el Señor; antes bien le respondía amigablemente, esforzaba su esperanza y reanimaba su espíritu con nuevas prendas de cariño. Sólo cuando se deslizó en la lengua, junto á la Peña del desierto, se airó Dios contra él, y le castigó con aspereza inflexible.

¿Por qué tanto rigor? No me lo preguntéis á mí, que ninguna autoridad tendría mi respuesta, sino al gran Crisóstomo, que dice: Nada pudo privar á Moisés del galardón prometido, sino lo que aconteció en el agua de la contradicción, lo cual, aunque por su naturaleza era mucho menor, fué tenido por mayor y más grave desacato. Y ¿por qué causa? Porque aquellas resistencias y desacatos fueron cometidos oculta y privadamente, mas este último manifestamente y á la faz de todo el pueblo. ⁴ ¿Puede darse explicación más

De donde: la cau-
sa fué la publi-
dad de su peccato

por autoridad del
Crisóstomo.

¹ Sexcenta millia pedum sunt, et tu dicis: Dabo eis esum carnium mense integro? Nunquid ovium et boum multitudo caedetur, ut possit sufficere ad cibum? Vel omnes pisces maris in unum congregabuntur? Numer., xi, 21-22.

² *Ibid.*, xi, 23. — ³ *Ibid.*, 15.

⁴ Nihil aliud potuit Moyses propositis praemis privare, quam solum illud, quod apud aquam contigit: quod natura quidem minus aliis erat, sed

clara? El pecado de la pena, aunque más liviano, fué público; los otros, aunque en sí mayores, quedaron ocultos. Nadie los vió, nadie los oyó, nadie se escandalizó, y así no hizo Dios tanto sentimiento, ni mostró tanta amargura. Mas del otro fué conecido y testigo todo el pueblo, y así, por más que Moisés no solamente no se alabó de ello, sino que lloró su desatino muy de veras, todavía, por haber sido público, no pudo quedar impune.

Hermanos míos, cuando pecamos dentro de nuestras paredes y en lo secreto de nuestras estancias, hacemos mal, muy mal, y ultrajamos á su divina Majestad, cuyos ojos penetran las tinieblas, y no se les esconden los obradores de maldad, como nos avisa el santo Job: *Non sunt tenebrae, ut abscondantur tibi, qui operantur iniquitatem*¹; pero, no obstante, cabe entonces alguna esperanza más fundada de perdón. Mas cuando el pecado es público, temamos, hermanos míos, y temblemos, porque la cuenta que se demandará será rigurosísima y el castigo terribilísimo. Pregonaron su pecado y no lo encubrieron, exclama Isaías: ¡ay desventurados de ellos!, ¡ay de sus almas! *Peccatum suum praedixerunt, nec absconderunt; vae animae eorum*. Y ¿por qué, desventurados? Porque, responde, con grandes castigos han sido castigados: *Quoniam reddita sunt eis mala*². Pero, ¿cómo? Quien amenaza ¿no propone males venideros? Debiera, pues, decir: ¡Ay desventurados de vosotros!, ¡ay de vuestras almas!, porque con grandes castigos habéis de ser castigados, y no con grandes castigos sois de presente castigados. Cristianos, tan cierto es el castigo de los hombres escandalosos, que puede darse por presente.

VII

Y en hecho de verdad, ¿qué pecados son los que más desdoran el nombre de Jesucristo y nuestra sagrada reli-

multo majus judicatum. Illa enim privatim et occulto accidebant; hoc autem manifeste, et apud omnem populum committebat. Contra concub.

¹ Job, xxxiv, 22. —² Is, lxx, 9.

gión entre los enemigos de ella? ¿Los secretos y escondidos? No por cierto; los públicos, entendedlo bien, hermanos míos; los pecados públicos son los que la infaman y desautorizan feamente. El saber los herejes y gentiles que en el pueblo cristiano hay mercados y ventas públicas de honestidad, y una Tamar en cada calle ó esquina; que públicamente se enseñan en los teatros las artes de amar y ser amado; que se adornan los salones con cuadros indecentes; que en parajes públicos se venden libros licenciosos y pinturas provocativas; que en las veladas y tertulias se usan mil chistes poco cristianos, por no decir obscensísimos; que en las públicas academias se leen poesías deshonestas, atizadoras de brutales apetitos; que hasta en las iglesias se tienden lazos á la honestidad y se galeatea por ventura en ellas y se permiten las vistas requebradas, las palabras amorosas, las conversaciones tiradas, como en la plaza pública; que se estilan las usuras exorbitantes, y que pasan como industrias las artimañas más inicuas y las extorsiones más sangrientas; que públicamente se mantienen honradas enemistades, no reputadas por crímenes, sino por rasgos de valentía; que públicamente es leada la contumacia contra los legítimos superiores; que se despedaza sin rebozo la fama de los religiosos; que públicamente se vitupera el estado y las personas eclesiásticas; que el sacrosanto nombre de Dios (lo diré, aunque sólo oírlo me hace estremecer las carnes), que el sacrosanto nombre de Dios es públicamente blasfemado en calles y plazas, en las tiendas y talleres, en los sitios más frecuentados, como si fuese el nombre de algún saltador ó bandolero, sin que apenas haya quien se espante de ello, como fuera razón; estos y semejantes delitos desautorizan la fe de Jesucristo entre sus enemigos, y hacen que sea hollada ó menos estimada su Majestad por los gentiles y herejes: *Blasphemare faciunt nomen ejus in gentibus*.

Mientras éstos entienden que en el pueblo cristiano, si se peca, se peca de puertas adentro, y que anda el crimen como á sombra de tejado, persuádense que entre ellos se estima la virtud, porque nadie esconde aquello de que se precia; pero cuando ven que se cometen los pecados á cara descu-

Conciben por sus pecados ocultos.

y terribles castigos de los pecados.

por testimonio divino.

Arg. 6.^o
Conmencian á ser públicos los pecados que más infaman nuestra religión.

por enumeración amarga y sublime de ellos;

respetación é incremento.

Después con razón los castigos más severos.

ó castigo

de los pecados ocultos.

bierta, que se tienen por bizarria, que se publican á voz de pregoner. ¿qué han de decir? Pensarán que está desacreditada la bondad y recomendada la malicia; pensarán que entre los cristianos, no solamente se tiene por afrenta ser discípulo de Cristo, sino por gloria serle contrario y enemigo.

Arg. 7.^oCONTÉNGASE ESTE
SÍMBOLO Y PERSE-
RACION.El carece de la pu-
blicidad de los pe-
cados.y la terribilidad y
proximidad de su
castigo.Aljotas de te-
ror, por vrosos-
peya.

Hipotesis.

VIII

Porque, ¡oh infamia del nombre cristiano! ¡Cuántas veces llegamos á tal extremo de impudencia, que los pecados de suyo privados y secretos hacémoslos públicos con referirlos! No basta que nuestras liviandades broten en la obscuridad, sino que nuestra desvergüenza las saca luego á la pública luz del mundo. No basta que se fraguen en nuestro corazón malos pensamientos, juicios mal fundados, envidias ponzoñosas, sino que, arrancando nuestros crímenes de la cuna donde nacieron, los paseamos por las calles y encrucijadas; y para que no se cometa delito que no sea público, publicamos hasta los más secretos. Y ¿pareceos pequeño daño? ¿Pareceos si tendrán buen fin los que traen tanta mengua á la religión católica, y tanto descrédito á la gracia de Jesucristo? *Vae animas eorum, quoniam reddita sunt eis mala!* ¡Ay de sus almas! ¡ay de sus almas! torno á decir, porque con grande castigo han sido castigadas. No es pecado éste que tan fácilmente se perdona.

¿Por ventura, decía Dios irritado á la prevaricadora Jerusalén, por ventura las carnes santificadas apartarán de ti las abominaciones en que te vanagloriaste? *Numquid carnes sanctae auferunt a te malitias tuas, in quibus gloriata es?* Como si dijera: más que víctimas son menester para aplacarme. Bastarán éstas y la sangre derramada de toros y becerros para lavar tu iniquidad, si las hubieras cometido con vergüenza y llorado con amargura; pero, pues que te has desmandado tanto que te engries en ella, *malitias tuas in quibus gloriata es*, ya pronto llevarás tu merecido. Mira la destrucción á tus puertas. ¿No sientes retremblar tu suelo

1 Jer., XI, 43.

y vacilar tus murallas? Ves aquí los caldeos, oye el relinchar de los caballos que vuelan contra ti á desagruar mis ofensas. No me importan tus sacrificios, asco me da el estiercol de tus solemnidades, y me hieden tus holocaustos. Sangre quiero, y en tus ruinas sepultaré mis agravios. *Numquid carnes sanctae auferunt a te malitias tuas in quibus gloriata es?* Así amenazaba Dios á la ciudad de Jerusalén. Plague al Señor no tenga que hablar con la misma aspereza á nuestras villas y ciudades. Procuremos nosotros con las obras aplacar su justa indignación, antes que estalle sobre nuestras cabezas.

Hipotesis.

Conclusión.

PARTE SEGUNDA

IX

Dos puntos
prácticos.

Dos cosas restan que tratar, en orden á la publicidad del pecado, que hasta aquí hemos tan enérgicamente combatido. La primera, que hay que hacer para resarcir el escándalo pasado; la segunda, que debemos practicar para prevenir los venideros. Veámoslo con la mayor brevedad.

Respecto de lo pasado, á la vista está el remedio. Quien escandalizó con sus obras ó palabras, conviene que reedifique lo que destruyó, y que sea tal su actual comportamiento, que compense su anterior licencia. Conviene que, convertido de corazón á Dios, aparezca así á los ojos del mundo, y no haga como algunos que se avergüenzan de parecer buenos y ejercitar obras de piedad. Conféanse á escondidas, comulgan secretamente, y hasta para oír la santa misa, casi desearían que volbiesen los tiempos en que era forzoso celebrarla en las hondas catacumbas. No tal, hermanos míos, no puede sufrirse semejante timidez al que ha cometido pecados públicos. *Quae dicitis in cordibus vestris, in cúbilibus vestris compungimini*!. De los pecados que hicisteis en vuestro corazón, compungíos en vuestros aposentos, de-

Se ordena á la
pública: públicos
ejemplos de vir-
tud.y contrario de la
conducta de mu-
chos que se reco-
nden.y de los pecados
secretos.

1 Pa. IV, 5.

cía el profeta David, y eso os digo yo, y con ello me satisfago. Si pecasteis en el retrete de vuestros corazones, en lo secreto de vuestra estancia, *in cordibus vestris*, haced allí penitencia, arrepentíos allí y lavad con fervorosas lágrimas vuestra culpa; allí castigaos severamente, allí compungios de veras, pedid á Dios perdón y misericordia: *Quae dicitis in cordibus vestris, in cubilibus vestris compungimini*.

Mas otra penitencia se requiere, si vuestros pecados fueron á otros manifiestos. Preciso es entonces hollar resueltamente los respetos humanos y no tener para el bien la vergüenza que no tuvimos para el mal. Necesario es frecuentar las iglesias públicas, confesarnos en lugar público, comulgar en público, en una palabra, hacer penitencia pública y reparar los daños ocasionados y procurar devolver al Señor pública y descaradamente la gloria que descarada y públicamente le quitamos. Oid la voz del apóstol San Pablo á los Romanos: Así como entregasteis, dice, públicamente vuestros miembros para servir á la iniquidad, del mismo modo entregad ahora públicamente vuestros miembros para servir á la justicia: *Sicut exhibuistis membra vestra servire iniquitati, ita nunc exhibete membra vestra servire iustitiae*¹. ¿Habeis notado la correspondencia de los términos? Así como entregasteis públicamente, así entregad públicamente. No le contenta en este caso la penitencia privada. Os mostrasteis públicos pecadores, mostraos públicos penitentes.

Confirmarse por
suplico y

autoridad del
Apóstol.

Conclusión.

Respecto de la
porvenir.

A los superiores:
Premiar siempre
la virtud y dejar
postergados á los
viciosos.

Y lo dicho valga para satisfacción del mal pasado. Para prevenir eficazmente el venidero, ¿cual será el medio más fácil, más llano y más seguro? Si me permitís que lo proponga, vedlo aquí. El medio más eficaz, y lo más hacadero al propio tiempo, es, á mi parecer, que todos los que tengan autoridad y gobierno prosperen y favorezcan á los buenos, y den la mano á los virtuosos, y los premien y levanten cuanto puedan; y á los viciosos y malos cristianos los déjen

¹ Rom., VI, 19.

sepultados en el olvido. Entonces, á fin de valer y levantar cabeza, procurarían, aunque tuviesen mala vida, tener buena fama; entonces, no sólo no harían alarde de sus atrevimientos, sino que los ocultarían; y el deseo de medrar y merecer la gracia de los hombres recabaría lo que no puede conseguir el temor de la desgracia de Dios.

¡Oh, si entendiesen los príncipes, tanto seculares como eclesiásticos, cuán á poca costa podrían mejorar la ciudad y el clero, y cambiar completamente su faz, pasmarianse de su extraordinario poder! Que digan como David: *Oculi mei ad fideles terrae ut sedeant mecum*¹. Mis ojos en los fieles de la tierra para hacerlos sentar conmigo; que vale tanto como decir: que sepa todo el mundo que para con ellos no hay prenda que así recomiende á un sujeto como la virtud, ni cualidad que así le desacredite como el vicio; que no miran al favor, sino á los merecimientos; no á las intercesiones, sino á las obras; no al afecto, sino á la justicia; que se porten con esta dignidad sin aceptación de personas, y veréis que los más ambiciosos procurarán parecer y ser tenidos por más honrados.

Y lo que digo de las autoridades y personas de gobierno respecto de sus vasallos y feligreses, dígolo de los amos respecto de los criados, de los dueños y señores respecto de sus subordinados y dependientes, en las muestras de cariño y en el repartimiento de los cargos. Si inquieren en los suyos la virtud, dado que ellos no la tengan, más harán en beneficio público que, si teniéndola ellos, no la exigen en los otros sus gobernados. Y universalmente hablando, en todo gobierno grande ó pequeño, civil ó religioso, desde el momento en que consta que los bien quistos y los prosperados son los virtuosos, y los mal quistos y olvidados son los malos y escandalosos, queda atajada en gran parte, si no la práctica y ejercicio, al menos la publicidad y desenfrenamiento del pecado.

¹ Ps. c, 6.

efectos que se
guirían.

por testimonio y
hipocresías.

suprema digni-
dades.

dignidades in-
fiores.

consecuencia á
nad.

®

Arg. 9.^a Axi-
ciencia:

XI

Será fomenta-
la hipocresía.

Pero diréisme, por ventura, que esto sería más bien fo-
mentar la hipocresía que propagar la virtud, como quiera
que para granjear fama de buenos basta parecerlo sin serlo
de corazón. Por donde, llevados los hombres de ambición
terrena, con que puedan encubrir sus malos siniestros, poco
les importa corregirlos, y consiguientemente habrá en las
ciudades muchos justos fingidos y contrahechos, pero pocos
verdaderos y macizos. — No os dé pena este inconveniente.
Es la hipocresía el vicio más difícil de practicar. Púedese
llevar la máscara por algún tiempo, pero no dura la ficción.
La simulación misma de la virtud es ardua y cuesta mucho
cuando falta la realidad. Y así encontraréis que son más los
disolutos que los hipócritas. Tienen éstos lo amargo de la
virtud, y no gustan de sus dulzuras inefables. Por esto,
como afirma de ellos Teofilacto, aunque finjan alguna tem-
porada, mas con el discurso del tiempo ellos mismos se
descubren: *Licet ad tempus simulent, successu tamen temporis
produntur*. Son tantas las ocasiones de pecar, tan hala-
guños los deleites, tan vivas las sugestiones, y nuestra na-
turalidad tan cortada para ello, que es imposible resistir á
todos los encuentros por simples respetos humanos. Y quan-
do más, resistirán en las ocasiones ligeras, pero blandea-
rán en las vehementes y prolongadas.

Resp: que no,
porque si la hipoc-
resía es difícil á
la fama?

por razón,

por autoridad,

á razón;

Si poca ó poquise
aficionaran á la
virtud verdadera.

Y al menos se im-
pedirán los escán-
dalos.

consecuencia pa-
ra los superiores.

Con lo cual, ¿sabéis qué sucederá en sabiéndose en un
gobierno que no se hace cuenta de la gente menos virtuosa?
Que practicando las virtudes fingidas se aficionarán á
las verdaderas. Comenzarán por fines torcidos y terrenos, y,
prosiguiendo, fácil es que obren con más levantados pen-
samientos. Cuando no, se atajarán los escándalos, que
es forzoso se vean donde no sólo es licito ser malo, sino
también de provecho. Ésta es la norma de los gobernadores
cristianos, de los padres cristianos, de los amos y señores
cristianos. Su Majestad esfuerce á los regidores del pueblo
católico para que no se guíen por otro norte que las leyes
de justicia.

¿Por qué, pues, he dicho lo que he dicho? ¿Sabéis por
qué? Para deducir de esta doctrina un motivo de confusión
y vergüenza. ¿Es posible que el amor de Jesucristo no pue-
da recabar de nosotros lo que logra tan eficazmente el te-
mor ó estima de los hombres?, como dijo á semejante pro-
pósito San Agustín: *Quod a nobis extorquet hominis timor,
debet a nobis exigere Christi amor*. Si supiéramos que los
que nos mandan en lugar de Dios, cualesquiera que sean,
alejan de sí y de su gracia y valimiento á todos los que no
profesan abiertamente la virtud, que á los tales no distribu-
yen los cargos, no admiten á los honores, no reparten los
beneficios, todos procuraríamos aventajarnos en las virtu-
des cristianas. Y haciéndolo así Cristo nuestro Señor, ¿no
será bastante, siquiera, á ponernos un freno en el corazón
y un poco de vergüenza en la cara? ¡Oh dolor! ¡oh infamia!
¡oh baldón del cristiano!

para los súbditos.
Transición á los
afectos de ver-
güenza.

Más puede en
nosotros el temor
humano que el di-
vino;

por semejanza á
santi,

¿Conque puede más una criatura que el Criador, la amis-
tad humana que la amistad divina, una gloria ó interés ca-
duco que la bienaventuranza inmortal? Pregona el Reden-
tor del mundo su resuelta voluntad por boca de San Pablo,
diciendo á todos sus vasallos que los malvados no poseerán
el reino de Dios: *Iniqui regnum Dei non possidebunt* ¹. Y
¡cuán pocos, no obstante, se apartan del pecado! Y espe-
cificando, exclama luego: *Neque fornicarii, neque adulteri,
neque molles, neque masculorum concubitores, y ¡cuántos, á
pesar de este pregón del Rey eterno, cuántos viven enlodados
en estas carnalidades nefandas y profanan sus cuerpos,
templos del Espíritu Santo! Y continúa el sagrado Apóstol:
Neque fures, neque avari, neque ebrios, neque maledici, neque
rapaces*. Ni los ladrones, y con todo, ¡cuántas usuras, cuántas
trampas y embustes en los contratos y comercios! Ni
los avaros, y ¡qué de vilezas por un puñado de oro! Ni los
glotonos y bebedores de vino, y ¡cuánta embriaguez, no
obstante, cuánta destemplanza en los convites! Ni los mal-
dicientes, y ¡qué de calumnias tan atroces! Ni los robado-
res, y, sin embargo de esto, ¡qué licencia no vemos en las
rapinas é injusticias!

Aplicación confir-
mada por el Após-
tol.

para fraires y per-
suasio vehemen-
te.

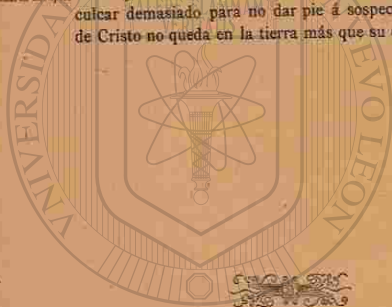
afectos de rubor y
confusión.

¹ I Cor., vi, 9.

Si un rey ó gobernante, tomando el texto mismo del Apóstol, y copiándole á la letra de su propio puño, lo mandase fijar en los sitios más públicos de las ciudades con sola esta variante: que donde el Apóstol dice *no poseerán el reino de Dios*, escribiese en su lugar: no poseerán mi amistad, *amicitiam meam non possidebunt*, no tendrán parte en mi privanza, no granjearán mi favor, no lograrán los cargos y dignidades, ¡qué enmienda tan notable se vería de todos los pecados que el Apóstol reprende! Cristianos, verdades son éstas muy ciertas y experimentadas, pero que no conviene inculcar demasiado para no dar pie á sospechar si de la fe de Cristo no queda en la tierra más que su cadáver.

por comparación
conjetural

y hasta es abreviada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DUODÉCIMO

«El primer orador que tiene la gloria de haber restaurado la elocuencia sagrada en Italia á su antigua majestad y hermosura, fué el P. Sèneri, que murió el 1694, y había abandonado el camino trillado casi cien años seguidos; bien que siempre conservó algunos resabios del estilo antiguo, como era regular.»

Así califica á nuestro orador D. Antonio de Capmany en el discurso preliminar á su *Teatro histórico crítico de la Elocuencia española*; y es cierto que no anduvo desacertado en llamarle por una parte restaurador de la antigua majestad y hermosura de la elocuencia sagrada, y por otra en atribuirle resabios de mal gusto. De ello tenemos un ejemplo en esta arenga ó sermón contra el escándalo. ¡Qué señorio de los corazones! ¡Con qué vehemencia atera y persuade! ¡Cuán bien traído y explanado el fratricidio de Caín y la desconfianza de Moisés! ¡Con qué magisterio allana el camino á la corrección y á la enmienda! Pero, en cambio, ¿qué mayor extravagancia que la de encabezar el sermón con la historietita del anillo de Giges? Sin duda á sus oyentes les debería parecer de perlas, mas á nosotros nos parece detestable. Creemos que, sustituyendo lo que en el texto va entrecorado, se conserva todo el efecto del conjunto; que es declarar cómo los pecadores públicos son peores que los mismos hipéritas, con ser éstos tan aborrecibles á los ojos de Dios.

Por no abultar demasiado esta colección, suprimimos ordinariamente los trozos más inficionados de mal gusto; porque ¿de qué sirve entretener el tiempo en lecturas impertinentes, que luego hay que borrar de la memoria? Mas, para muestra, queremos trasladar algunas cláusulas de este exordio. Helas aquí literalmente traducidas:

«Uno de los hombres más envidiados que tuvo la antigüedad, fué, si yo no me engaño, aquel Giges que por la virtud, ciertamente más mágica que natural, de un cierto anillo puesto en un dedo, se hacía de tal manera invisible á los circunstantes, que podía libremente cometer cualquier

delito sin vergüenza en su rostro ni temor en su corazón. Por extremo envidiado debió de ser, según yo conjeturo; porque si es propio de cualquier malhechor desear ser desconocido, ¿cuánto habrían pagado por tener en la mano ese anillo misterioso, como una noche portátil á su mandar? Ciertamente, yo me imagino que si Gíges, alentado de aquella impunidad, vió á una reina condescendiente, mató á un rey desprevenido, y de vil pastor que era, llegó á hacerse, como refiere Platón¹, señor de Lidia; otros más viciosos que él no hubieran dejado castidad intacta, ni tesoro seguro, ni émulo sin venganza; sino que, soltando la rienda á sus pasiones y desahogando todos sus apetitos, hubieran desenfrenadamente inficionado todo el mundo de impurezas, de latrocinios, de sangre. Con todo eso, oyentes míos, os diré claramente mi parecer. Si semejante anillo se pudiese hoy en venta en las plazas ó mercados del pueblo cristiano, Dios sabe si acudirían muchos á comprarlo, no sólo aunque se le ofreciese por cantidad módica, pero aunque se diese á precio vilísimo. ¿Y por qué? ¿porque los cristianos huyen de pecar, ó porque saben que, quien peca, en vano procura esconderse de los hombres, no pudiendo esconderse de Dios? Pluguese al cielo que fuese ésta, oyentes, la verdadera razón. La razón es... porque el día de hoy los cristianos no temen obrar mal aun á cara descubierta, aun á la luz del medio día; y están tan lejos de afanarse por ocultar las propias maldades, que antes se precian de ellas.

Arte de enseñar y convencer.—Como el fin no es precisamente hacer que no pequen, mas que no pequen en público y á cara descubierta, saca los argumentos de dos fuentes muy féculdas, de la naturaleza del hombre y de la condición de Dios. El hombre, despojado de la vergüenza de pecar, casi es imposible que se convierta; Dios, ofendiendo pública y descaradamente, casi es imposible que se deje inclinar al perdón. Luego estáis desahuciados de remedio. Así razona en la primera parte. La segunda es meramente expositiva, pero de gran fuerza. Porque, de tres operaciones distintas que abraza la tarea de convencer, que son: exposición, confirmación de los argumentos y refutación de las dificultades, la más noble y la más fructuosa, en la generalidad de los casos, es la simple exposición con que aparece la verdad en toda su hermosura y resplandor. Aquí, sobre todo, cuando ya los ánimos están resueltos y abominan del escándalo, amontonar más pruebas sería poner dolo en la convicción de los oyentes y comprometer el fruto de la primera.

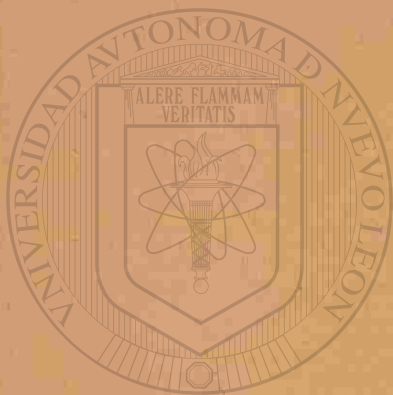
¹ De Rep., dial. 2.

Arte de agradar y conciliar los ánimos.—En el exordio, desvía y tuerce el razonamiento contra los ausentes escandalosos, y pide la cooperación de los que oyen para detestar semejante abuso; si así lo hiciera, por ventura, se haría odioso desde el principio y le cerrarian los oídos y el corazón. Esmalta el discurso con ejemplos continuos de la Escritura, que maneja con gracia imitable; nos lleva á los campos, cultivados por los primeros hombres; y vemos el rostro turbado y sentimos las palpitaciones y sobresaltos del fratricida Caín; súbenos al cielo y contemplamos la arrogancia de Luzbel; trasladanos al desierto, y asistimos á las perplejidades de Moisés y á las rebeldías de un pueblo tumultuoso; acompañanos por toda la tierra de cristianos, y en ella vemos deshonrado el nombre de Dios y desacatada la divina Majestad, con escándalo de los mismos gentiles. En este como cambio de escenas está escondido incomparable deleite, y no es ilícito al orador valerse de él con discreción, para traer embecido al auditorio, como á los simples pececillos con el cebo.

Arte de conover.—El afecto principal es aquí el terror de la justicia divina y el temor de condenarse, si el escándalo no se ataja. Porque dos han de cooperar á la salvación: el pecador, avergonzándose, y Dios, desenojándose; pero esto ¿cómo ó cuándo podrá tener lugar en los escandalosos? Y así exclama: «¡Ay de sus almas! ¡ay de sus almas! porque con grande castigo han sido castigadas... Más que víctimas son menester para aplacarme... Pronto llevarás tu merecido... ¿No sientes retremblar tu suelo y vacilar tus murallas? Ves aquí los caldeos, oye el relinchar de los caballos que vuelan contra ti á desagrarar mis ofensas. No me importan tus sacrificios, asco me da el estiércol de tus solemnidades, y me hieden tus holocaustos. Sangre quiero, y en tus ruinas sepultaré mis agravios».

Templa estos sentimientos con otros más nobles, como el de vergüenza, de compasión, de celo ardiente de la salvación de las almas y de la gloria de Dios, que ve menoscabada por los públicos pecadores.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

DISCURSO DÉCIMOTERCIO

RIQUEZAS MAL ADQUIRIDAS

Dixit et sedens ait duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo, etc. Nescitis quid petatis.

Concedéme que éstos mis dos hijos se sienten el uno á tu mano derecha y el otro á la izquierda en tu reino, etc. No sabéis lo que os pedís.

(MATH., XX, 21, 22.)

EXORDIO

I

A Francisco, ó sea, de la narración evangélica.

Si hubo jamás quien por medios honestísimos procurase el engrandecimiento de su casa y familia, fué, sin duda, la mujer del Evangelio, la afortunada madre de San Juan y Santiago. Deseó entrañablemente adelantar á sus hijos y encumbrarlos de la barquilla al trono, del trabajo de la pesca á la majestad del mando; y en orden á la consecución de este fin diligenció con grande ahinco que fuesen colocados uno á la diestra y otro á la siniestra del Salvador del mundo, como principales asesores del nuevo reino que, según ella imaginaba, iba á asentar Jesucristo en la Judea.

Mas no se valió para su pretensión, como suele acontecer, de malas artes. No se dió á perseguir y derribar á los demás apóstoles que podían, como rivales poderosos, atacarle sus pensamientos; ni tejió embustes, ni urdió marañas, ni se sirvió de vanas lisonjas, ni echó mano de usuras claras ó encubiertas para granjear con dádivas la gracia del

Figuración de la madre de San Juan y Santiago.

(R)

Justificará por los medios de que sea

por los que em-
bleó.

nuevo príncipe. ¿Qué hizo, pues? Tras algunos años que sus hijos servían trabajosamente al Redentor, haciéndoles ir día y noche en seguimiento de él, los pies descalzos, y rotos los vestidos; después de haberlos expuesto más de una vez por esta causa á las befas del vulgo, al odio de los escribas, á las burlas de los fariseos; después que ella misma determinó seguir al divino Maestro á todas partes, dejando, por amor de él, la casa desamparada, el marido solo, la hacienda descuidada; después, digo, de tantos merecimientos para con Cristo nuestro Señor, no hizo más la buena mujer que parecer un día ante la presencia de Jesús, derribarse á sus pies y presentarle la demanda sencillamente, sin malicia en los rodeos, ni ostentación en la fórmula: *Dic ut sedeat hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo.* Señor, haz que estos hijos míos se asienten uno á tu derecha y otro á tu izquierda, cuando estableciéres tu reino en Israel. Jesucristo, no obstante, lejos de dar alguna muestra de aprobación á tal demanda que sonaba á ambición de mando, la lanzó de sí con grave enojo, reprendiéndola de necia, tachóla de temeraria y presuntuosa y con aquel desabrido: No sabéis lo que os pedis: *Nescitis quid petatis*, cubrió de vergüenza el rostro de los confiados suplicantes.

Respuesta del
Salvador tan des-
abrido.

Transición ex-
abrupto y aplica-
ción á forisori.

por repetición,
esmeración.

á incremento.

Propos general y
su demostración.

Semillas de los
afectos de este
discurso.

¿Dónde están, pues, los avarientos que, deseados de engrandecer la familia y mejorar la posición de los hijos, se valen, no sólo de artes honestas é industrias de buena ley, sino de fraudes y mentiras, de trampas y vejaciones, de calumnias é injusticias? ¿Dónde están los que por adelantar su casa no tienen vergüenza de sentenciar inicuaemente en los tribunales? ¿Dónde los que fuercen las cláusulas y sentido de las mandas y testamentos? ¿Dónde los que defraudan á los trabajadores de su jornal y á la Iglesia de sus diezmos? ¿Dónde los que sólo mirando al mejoramiento de su casa oprimen al huérfano, sonsacan á la viuda y chupan la última gota de sangre del desvalido y pobrecito? Vengan hoy todos al presente razonamiento; quiéroles hacer ver palpablemente cuán errados andan en sus pretensiones. Pues ¿cómo? No perdona el Redentor del mundo á una madre, tan merecedora por otra parte de cualquiera recom-

pensa, aquel afecto excesivo que la lleva á pedir modestamente la exaltación y prosperidad de su casa, ¿y perdonará á los que se afanan en prosperarla y enriquecerla con ofensa del Señor? ¡Oh trabajos mal logrados! ¡oh vigiliias mal empleadas! Sobre usuras, sobre hurtos y rapinas, sobre trampas y embustes, sobre las ruinas de los miserables ¿queréis levantar vuestra casa? ¿Tan apasionado es el amor que la tenéis? Mirad, hermanos, que **si esto es amor, es un amor cruel y sin entrañas.** Hoy más que nunca necesito de vuestra atención y los auxilios de la divina gracia.

teme y con-
sido.

Frugos particu-
lar por paradoja.

PRIMERA PARTE

II

Mas, en primer lugar, ¿cómo no veis cuán desaprovechados son vuestros afanes para el fin que pretendéis? Cierito es que, si vuestros herederos quieren portarse cristianamente, no podrán retener nada de lo que vosotros les dejareis injustamente adquirido. Por donde en vano sudáis ahora y os fatigáis por enriquecerlos; porque, en muriendo vosotros, será preciso que tornen de nuevo á su modesta posición, que dejen el boato, que despidan criados y cercenen los gastos superfluos; en una palabra, que vomiten (para valermos de la valiente frase del santo Job), que vomiten las riquezas que tragaron: *Divitias quas devoravit, evomet*¹. Y si no ¿qué sucederá? Que Dios mismo se las arrancará de las entrañas: *De ventre illius extrahet eas Deus.* Y ¿qué significa esta amenaza? Que si ellos porfían en sostener lo ajeno, veis á Dios nuestro Señor enemigo jurado de vuestras casas. Y ¿os parece, respondedme, oyentes míos, os parece que la dejáis bien asegurada vinculando en ella tan poderosa enemistad?

Arg. 1.ª Avar
cruel á vues-
tras casas

A. conseqüen-
cia.

Transición por
dilema.

si obran cristi-
anamente, habrán
de restituirla;

si no lo hacen,
vinculada en vues-
tras casa la ene-
midad de Dios;

Acuérdome haber leído de Julio Agrícola, ilustre senador de Roma, que, derribado los postreros años de la privanza

Mas esto es terri-
bilísimo.

¹ Job, xx, 15.

del emperador Domiciano é incurriendo en su indignación, fué despojado de sus rentas muy crecidas y de su alta dignidad, y aun dicen que si fué traídoramente envenenado. Sufrió tanto contratiempo con prudente disimulo, y, más cuidadoso de su familia que de sí mismo, tomó al morir esta rara determinación. Hizo testamento, y en él instituyó heredero de los bienes que le quedaban á la persona del Emperador, hablando de él con extrañas demostraciones de agradecimiento, como pudiera hacerlo, no un procónsul vilmente envenenado, sino un siervo creado cónsul. Pasmados quedaron todos de tal consejo, achacándolo al natural de Agrícola, que primero dejaba de vivir que de adular. Pero los más avisados penetraron la profunda intención del ilustre finado, y vieron que en realidad de verdad más montaba al bien de la familia tener mermada la herencia y favorable al Emperador, que no prosperar la herencia y tener al Emperador desfavorable y enemigo, como lo mostró el suceso.

Y si vosotros mismos, habladme con llaneza, os encontraseis en este trance, ¿no preferierais dejar vuestros hijos menos adinerados, pero con el favor y valimiento del príncipe, que florecientes y ricos pero con el príncipe enojado? Toda enemistad de persona grande y poderosa os congojaría en extremo, y á toda costa procuraríais componerla antes de partir de este mundo. Y ¿cómo no os espantáis de dejar á vuestros hijos y descendientes por enemigo al mismo Dios? ¿Parécenos, por ventura, tan flaco que no podrá tomar justa venganza, ó tan poco avisado que no hallará traza de ejecutarla? Oíd, oíd, lo que dijo por boca de Malaquías á los edificadores de palacios allá en la soberbia Idumea: *Isti edificabunt, et ego destruam* ¹. Que es decir: levanten enhorabuena suntuosos palacios, mejoren sus viviendas, encúmbrense hasta el cielo; veremos cuyo brazo es más fuerte, el suyo en construir ó el mío en derribar.

¹ Malach. 3, 4.

III

Y que lo cumple así como lo dice, nos lo confirman las sagradas Letras en las historias lamentables de las familias que, con los patrimonios mal adquiridos, heredaron juntamente la enemistad de Dios. Leed en ellas con atención y decidme después si les valió nada el ilustre nacimiento, los parientes poderosos, las amplias posesiones, las pingües rentas, ni aun la majestad de la corona ó el poderío del supremo mando. Antes veréis que entonces hizo las mayores demostraciones de enojo. Sabéis muy bien que de ley ordinaria no pagan los hijos inocentes la iniquidad de sus padres: *Filius non portabit iniquitatem patris* ¹. Mas, toda vía, el Señor ha derogado algunas veces esta ley, y por el pecado de los padres castigó no solamente á los hijos, sino á los hijos de los hijos y á los nacidos de ellos hasta la cuarta generación, última que un padre anciano puede alcanzar en sus días.

Ahora bien; si escudriñáis por qué linaje de pecados en los padres acostumbró su Majestad ejecutar tan singular venganza en los descendientes, advertiréis que fué por este criminal abuso de enriquecerlos con injustas adquisiciones. Con ganancias injustas quiso Acán engrandecer su estado, hurtando, contra el mandato de Dios, una suma de oro que encontró escondida en la ciudad de Jericó; y por ello, no sólo su persona, mas con él toda la familia, fueron entregados á las llamas ². Con ganancias injustas quiso enriquecer Giezi, quien, valiéndose de engaños, sonsacó á Naamán parte de los presentes que rechazó Eliseo; y por ello, no sólo él, mas todos sus descendientes, fueron heridos de vergonzosa lepra ³. Con ganancias injustas quiso medrar el rey Saúl, quien, á pesar del ordenamiento de Samuel, guardó para su tesoro el botín de los vencidos Amalecitas; y por ello, no sólo él, mas toda su raza y descendencia, fueron privados de la regia potestad. Con ganancias injustas quiso acrecentar sus caudales el rey Acab, el cual, con ma-

Arg. 2.^a
Por iniquidad
paterna.

Los herederos
de posesiones in-
justas heredarán
con ellas la ira de
Dios. Luego.

Antec. prohibido en
general, así de-
rogando á la ley
contraria.

En particular:
desastrado fin de
la desobediencia de

Acto.

Gleat.

Acab.

¹ Ezech. xviii, 20. ² Josue, viii. ³ 4 Reg. v. ⁴ 1 Reg. i.

niesta sinrazón, tomó á Nabot una viña que por vías legales no se pudo apropiár; y por ello, no sólo él, mas toda la familia, tuvieron muy violento y desastroso fin. Y eso que, al morir (cosa increíble, si las divinas Escrituras no lo afirmaran) y eso que, al morir, dejaba el rey Acab asentada su floreciente casa sobre sesenta y dos hijos varones; por donde parecía que sobrada por otra parte de rentas y heredas, y propagada extensamente la parentela, habia de durar siglos enteros, dilatándose de generación en generación. Y, no obstante, toda murió en menos de quince años, absolutamente toda, sin que uno siquiera de los parientes, próximos ó remotos, sobreviviése á la catástrofe: *Et percussit Jehu omnes, qui reliqui erant de domo Acab, donec non remaneret ex eo reliquias*¹.

Conque ya veis cómo por los pecados de injustos acrecentamientos, no sólo son atormentados los padres que los hicieron, sino los hijos por quien se hicieron, y tras ellos los hijos de los hijos y los nacidos de ellos; siendo muy puesto en razón que sea el hombre castigado en aquello mismo que fué materia de su culpa. Y para adelantar vuestra casa ¿os valdréis de las artes que más derechamente la destruyen? ¿Os prometéis que durará mucho, dejándole por enemigo á aquel Señor que pudo echar por tierra y aniquilar en un corto tiempo linajes tan dilatados, tan poderosos, tan encumbrados? Si os parece que no hay por qué temer, haced lo que se os antoje; mas si el riesgo es inminente, ¿qué necesidad tan grande, por dejar á los hijos algo más acomodados, dejarlos tan mal seguros y en el borde del abismo?

Conclusión, confirmada por el testimonio.

peroración explicada.

afectos de temor.

Arg. 5.^o
A similitudine.

Si levantáis un edificio, no lo hacéis en invierno, porque se arrollaría presto.

IV DIRECCIÓN GENERAL D

Si habéis de construir un edificio, no levantáis su fábrica en la estación más cruda, sino que esperáis que se templen los rigores del invierno. ¿Por qué causa? Porque lo edificado entonces, no es duradero. Las heladas y escarchas trasportan la cal, las lluvias reblandecen la arena y las piedras

¹ 4 Reg., x, ii.

pierden su trabazón y consistencia. Y ¿no sabéis, en frase de la Escritura, qué es trabajar con oro ajeno? Los que edifican su casa á costa ajena son como los que amontonan piedras en el invierno, ó sea para edificar en invierno, como declaran todos los intérpretes: *Qui edificat domum suam impendit alienis, quasi qui colligit lapides suos in hyeme*¹. Edificáis en invierno, hermanos míos, edificáis vuestras casas en invierno. Y, por lo tanto, aguardad un poco, que esa soberbia fábrica bamboleará muy pronto, se cuartearán sus paredes y se desplomará en un momento, y tantos afanes y sudores se desvanecerán como el humo.

¡Ay del que edifica su casa sobre cimientos de injusticia, y sus comedores no en juicio!, exclamaba Jeremías: *Vae qui edificat domum suam in injustitia, et conacula sua non in iudicio*². ¡Ay del que edifica su ciudad, amasándola con la sangre del pobre, y abre las zanja en la iniquidad!, añade Habacuc: *Vae qui edificat civitatem in sanguinibus, et preparat urbem in iniquitate*³. Y vosotros ¿más estribáis en vuestros locos designios que en las amenazas inefables de los profetas? ¡Oh cuántas familias poderosas vienen á tierra cada día, no por otra causa, sino ésta! No advierten los desgraciados que duran más los arroyuelos que se alimentan de su propio caudal, que los torrentes impetuosos, que se ceban de aguas allegadizas y precipitadas. Cuando, agradecido Zaqueo á la visita del Señor, le dijo: Si en algo defraude á alguno, le vuelvo cuatrodoblado: *Si quid alicui defraudaui, reddo quadruplum*, ¿que respondió Jesucristo? *Hodie salus domui huic facta est*⁴. Hoy ha venido la salud á esta casa. Pero ¿cómo? ¿Qué contestación es ésta? Parece que debia decir á este hombre; porque Zaqueo cometió los hurtos, Zaqueo los fraudes y engaños; Zaqueo quería resarcir los perjuicios; y así á sólo Zaqueo debia ceñirse la salud. No; el Redentor del mundo lo entendía mejor que nosotros, y así no dijo á este hombre, sino á esta casa y á toda la familia, porque anteveía que, si Zaqueo no hubiese restituido lo ajeno, la pena de los caudales mal adquiridos no la pagara él solo, aunque él solo los había acumulado.

Esto hace quien se agrada de su casa á costa ajena, por autoridad divina.

Largo.

Confirmación por testimonios.

por similitudine de los arroyuelos y de los torrentes.

por ejemplo a contrarij de Zaqueo.

¹ Eccl., xxi, 9.—² Jer., xxxii, 13.—³ Hab., ii, 12.—⁴ Luc., xix, 8-9.

V

Arg. 4.^a
Antes creí á
vosotros mis-
mos.

Transición por
concesión.

A consecuencia.

Con caricaturar
á vuestros hijos,
os hundéis sin
remedio.

una vez es abo-
rrecerlos con gran
término.

porque vais con-
tra la naturaleza;

porque os odian
más que vosotros
mayores enemi-
gos;

Pero, séase como queráis; demos que á vuestra casa nin-
gún perjuicio acarreará la enemistad de Dios; demos que
con vuestra industria vais á eternizar el lustre de la fami-
lia; demos que adelantáis su posición, que le granjeáis au-
toridad, que se enlaza con nobles parentescos y entronca
con esclarecidos linajes. Mas ¿qué os importa á vosotros la
prosperidad de vuestros descendientes? ¡Oh desventurados
una y mil veces! ¡dejadme desahogar mi afecto, pero de lo
íntimo de mi corazón, con las palabras de Salviano) ¡oh
desventurados una y mil veces y los más infelices de los
hombres! ¡Estáis pensando cuán bien y desahogadamente
lo pasarán vuestros herederos, y no pensáis cuán mal y
desastradamente lo pasaréis vosotros por toda una eter-
nidad! Y ¿quién os enseñó jamás á estimar la felicidad tem-
poral de vuestros hijos en tanto extremo, que no vaciléis
por ella arriesgar la bienaventuranza eterna de vuestras
almas? ¡Oh ceguedad digna de ser llorada con lágrimas de
sangre! ¡Conque tan poquito os estimáis, que por un hom-
bre cualquiera os resignáis á abrasaros eternamente en los
infiernos, á blasfemar con los condenados, á rugir con los
demonios?

Yo tenía entendido que el hombre se amaba á sí sobre
todos los demás, y aun recuerdo el dicho de aquel otro:
Omnis sibi malis melius esse quam alteri ²; que más mira uno
por sí que por el prójimo. Mas ¡oh dolor!, que veo falsada
esta verdad en tantos hombres que procuran con grande
ahínco á los otros felicidades y temporales grandezas, y á
sí mismos fuegos sempiternos ³. Y ¿qué mayor desventura
podría traerlos el enemigo más encarnizado de la tierra? Po-
dría acosarlos, podría perseguirlos tenazmente; pero ¡hasta

¹ Infelicissimi hominum, cogitatis quam bene alii post vos vivant; non cogitatis quam male ipsi moriamini. Ad Ecll., l. 3.

² Terent., Andria, Act. II, scen. v.

³ Et ut alios affluere faciant deliciis temporalibus, se tradunt urendos ignibus sempiternis. Salv. ibid.

dónde? Hasta la muerte, hasta la tumba. Más allá no.
Porque toda enemistad, como nota el mismo Salviano, se
quiebra y acaba con la muerte: *Omnis siquidem inimicitia
morte dissolvitur*. Mas vuestra saña contra vosotros mismos
no se contenta con tan poco. Os aborrecéis, y de tal manera
os aborrecéis, que ni después de la muerte dejáis vuestro co-
raje ¹. Comoquiera que no sólo lleváis en beneficio de vues-
tros herederos una vida penosísima, ya en pleitos y litigios,
ya engolfándoos en un mar de negocios y cuidados que os
agobian con su balumba, sino que tras ese vivir tan apena-
do os perseguís y extendéis vuestra propia enemistad más
allá del sepulcro, y, no satisfechos con haber perdido la
tranquilidad y la salud en este destierro, no reparáis en
perder el alma y el paraíso. Y ¿qué enemigo, por bravo y sa-
ñoso que fuese, podría acarrearos tanto mal? Veis aquí ve-
rificado lo que dijo Habacuc: ¡Ay, ay de los que multiplican
bienes no propios! ¿Hasta cuándo, miserables, arrojarán
sobre sí denso fango? *Vae ei qui multiplicat non sua. Usque-
quo aggravat contra se densum lutum?* ² ¿Habéis advertido?
No dice contra los otros, sino contra sí.

Contra sí, hermanos míos, contra sí mismos, porque con
un amor entrañablemente cruel, para enriquecer á los
otros, se pierden á sí mismos, cargándose con aquel lodo ó
fango vil, que á la postre los sumirá para siempre en el in-
fierno. ¿Y habéis de camino reparado cómo se llama en el
estilo y vocabulario de Dios ese oro que tanto amáis, y por
cuya adquisición tanto os desvivís? Pues llámase lodo es-
peso, fango cenagoso: *densum lutum*.

VI

Mas, por ventura, ¿os servirá de algún alivio en los in-
fiernos entender la gloria y la prosperidad de vuestros here-
deros? Antes al contrario, esto os atormentará más atro-
zamente; ver que gozan y medran ellos á costa vuestra, y que
pensáis vosotros por el insensato amor que les tuvisteis. ¡Ay

¹ Vos contra vos ita agitis, ut inimicitias vestras nec post mortem eva-
datia. — ² Hab., II, 6.

malas temporales
y eternas.

(por tratarme de
dicho)

Ceñido.

Arg. 5.^a
De los erectos,
por anticipacion
táctica.

*) Me consolaré
en los infiernos
con la gloria de
mis hijos.

desdichado de él, si alguno de los que presentes me escuchan (no lo permita Dios), pero, desdichado de él, si por engrandecer su casa peca y se condena! ¡Cuántas veces se despedazará de rabia y maldecirá la hora y punto en que nació y el día en que desató su lengua blasfemadora y abrió su pecho al mal aconsejado carino! Figúrase me que le cercarán con semblante de fingidos consoladores los demonios, y con feas cataduras y horribles visajes diránle con mofa y escarnio:— Alégrate, regocíjate; dármoste la más cumplida enhorabuena. Venimos del otro mundo, y hemos visto y reconocido á todos y cada uno de tus hijos. Buenos todos, robustos y lozanos, gozando muy alegres del patrimonio que tú les procuraste, vendiendo tu alma y viniendo á nuestra compañía. Fulano está en la corte, en gran valimiento de su príncipe; Zutano se casó con la otra señora, tan calificada y rica; aquél tiene un beneficio, y aspira, para dentro de poco, á una de las mejores mitras. ¿De qué, pues, te apenas? ¿qué más quieres, quejumbroso y mal acondicionado? ¿No escogiste perder tu alma á trueque de enriquecerlos á ellos? Ya has logrado tus deseos. Recibe nuestros plácemes. Ya la hija, por cuya dote y esplendor no reparaste en chupar la sangre de los pobres y en dejar burlados ó mal pagados los trabajos del jornalero y oficial, esa hija ha encontrado ya el partido que deseabas; ya crecen tus nietecitos, y pronto se esperan otros que den lustre á tu prosapia. ¿Y tú aúllas, desventurado, y te atormentas miserablemente?— Cristianos, ¿pareceos que os consolarán mucho estas razones? No; antes serán como saetas pasadoras, arrojadas por brazo robusto, y como ascuas de asolamiento ó carbones de destrucción: *Sagittae potentis acutae, cum carbonibus desolatoriiis*¹.

No miréis al entrañable afecto que sentís ahora á vuestros hijos y posteridad, porque en el infierno se trueca en rencor, en asco, en saña y ferocidad. De Agripina, madre de Nerón, se cuenta que, deseando con vivas ansias ver en manos de su hijo el cetro de la capital del mundo, afanábase para conseguirlo con tesón más que de mujer. En vano los adivinos de Caldea, consultados por ella sobre la ventu-

Resp. Este será
vuestro mayor
lamento.

por hipótesis.

prosepeya y
dialogismo.

satirismo burla
ble.

distribución.

interrogación.

largo.

1) Pero, si los amo
ahora tanto!

Resp. Es ansar
se trovar en odio
crual.

ra de su amado hijo, le respondieron á una que él la mataría á ella, si porfiaba en conseguir para él la imperial dignidad. ¿Qué me importa?, respondió la ambiciosa madre: *Occidat, modo imperet*¹. Muera Agripina, mientras Nerón sea emperador. Mas, cuando vino á efecto su codicia, ¡qué pensamientos tan trocados! No bien barruntó su propia muerte en la crueldad del malhadado hijo ya emperador; acosóle un amargo remordimiento de su primera conducta. Y, ¡quién lo creyera!, ella misma intrigó secretamente y no dejó piedra por mover para destronar á Nerón y reemplazar en el imperio á Británico, su entenado, á quien justamente correspondía por derecho de sucesión. Y, desembozándose más, hizo saber al mismo Nerón que estaba aparejada á ir en persona á las legiones del imperio, y que atizaría á los soldados, y lloraría tanto, y les diría tales cosas, que los determinaría á la proclamación del nuevo príncipe. De poco valieron estas amenazas, más arrebatadas que prudentes, á la desdichada madre. Porque, más encolerizado Nerón, hizo envenenar á Británico y custodiar á la madre en su palacio, con apariencias de filial obsequio.

¿Qué decís, oyentes míos? Si alguien fuera entonces á Agripina, que desvariaba y enfurecía en aquella cárcel como leona entre prisiones, y para consolarla le dijera: ¿De qué os quejáis, serenísima señora? ¿No pronunciasteis vos aquellas enérgicas palabras — *Reine Nerón, muera Agripina? Occidat, modo imperet*. ¿Cómo tan presto las olvidasteis? Alegraos, pues, afortunada mujer, que vuestro hijo reina en el solio que tan sagaz, por no decir malvadamente, le aparejasteis vos. Ya recauda copiosos tributos de las provincias extranjeras, ya recibe el vasallaje de todo el ejército sumiso, y con la muerte de Británico, único estorbo á su vasta dominación, señorea pacífico el imperio. Así que, no os contriste el encarcelamiento que padecéis, no os aterre la muerte, si por ventura no está lejos; comoquiera que todas estas penalidades las teníais previstas y aun abrazadas gustosamente de antemano, porque con ellas granjeabais el imperio para vuestro hijo idolatrado.

Por el ejemplo de
la madre de Ne-
rón.

Exposición.

auto,

distribuce.

Amplificación por
acción oratoria y
prosepeya;

escarnio,

construcción,

¹ Tacit., *Anales*, lib. xiv, cap. 9.

comunicación.

Decidme, os ruego, oyentes míos: si uno hablara en semejantes términos á Agripina, ¿parécenos que se hubiese calmado aquella mujer ó enfureciérase más, considerando que sólo podía desfogar su rabia contra sí? Y que tales argumentos no la tranquilizaran, se ve claro, pues no desistió de tramar el destronamiento de su hijo con la sagacidad con que negoció su exaltación, hasta tal punto que hubo de comparecer en juicio como reo de lesa majestad. Trató de justificarse y esquivar la muerte que le amagaba, pero, viendo que era inútil, mostró en el último trance el odio que tenía al que primero amó tan locamente. Porque, como viese parecer en su aposento al centurión ejecutor de la sentencia, desnudo el acero para pasarle el pecho ó segarle la garganta: Hiere aquí, hiere aquí, dijo frenética presentando el seno al matador¹, no sé si por aborrecimiento ó en venganza de haber llevado en él un monstruo como Nerón.

catástrofe por

hipótesis.

Aplicación de la 1.ª parte, arguyendo a miso:

Perdonadme, si he sido prolijo en referir este suceso, profano, sí, pero de grande enseñanza. Porque podemos filosofar así: Si una madre tan loca por su hijo, que por verle emperador se ofreció á la muerte, en llegando ésta, trocó tan de raíz los pensamientos, y el cariño se convirtió en implaceable saña, ¿qué sentirán los miserables que se vean condenados al fuego eterno por levantar á los suyos, no á emperadores, que fuera ciertamente una honra, sino de pobres á más acomodados, de plebeyos á caballeros y señores, de caballeros y señores á títulos ilustres? ¿No se despedazarán de coraje, como la infeliz Agripina? Decidles ahora á estos codiciosos y avarientos:—Mire usted lo que hace. Estos tratos no son lícitos; estas industrias no son de buena ley. Con oprimir á los pobrecitos, bien puede usted comprar para su hijo tal cargo, tal título ó encomienda; mas tenga por cierto que con esto puede vender usted su alma y compre su eterna condenación.—¿Qué os responderá? Burlaránse de vosotros, y, si no de palabra, con las obras os dirán: *Occidat, modo imperet; occidat, modo imperet*. Muera mi alma, con tal que viva y prospere mi casa. Muera mi

de la 2.ª parte, por distiguentem.

¹ In morte centurioni, ferrum distingenti, pretendens uterum; eventrem feri exclamavit. Tacit., *Annales*, lib. xiv. c. 8.

alma y perdámosla enhorabuena, mientras se afiance más y más y se engrandezca mi familia. ¡Oh desatentados amadores de la carne y sangre! No comprendéis ahora qué significa perder el alma, infernar el alma; mas cuando se os abran los ojos y os veáis cercados de tormentos y atormentadores, y amargados con hiel de víboras, y aquel eterno crujir de dientes, ¿cómo se trocará vuestro cruel cariño en ponzoñosa rabia!

Conclusión.

VII

Pesuádome, hermanos míos, oído bien, que si Dios nuestro Señor os diera entonces licencia para salir de los infernales abismos y que volvierais unas horas á vuestra antigua morada, entraríais sin duda silenciosos y en la obscuridad de la noche, y reconociendo las estancias y mirando en ellas los muebles y aderezos, los adornos y ricos paramentos, por vosotros tan injustamente adquiridos, no podríais refrenar vuestro enojo, y con las llamas que os rodearían quisiérais prender fuego en todas partes. Abrasaríais despechados las camas de marfil, los magníficos damascos, las holandas y carmesies, las pinturas primorosas, las mesas y escritorios, los armarios y aparadores de trajes y vajilla costosísima. De allí bajaríais primeramente á las caballerizas y almacenes á incendiarlo todo; pasaríais á los jardines, saldríais á las haciendas del campo y talaríais en un punto su hermosura, y reduciríais á ceniza las heredades, que comprasteis con oto mal ganado.

Arg. 6.º Amplificación de el anterior por otros efectos en el padre condenado.

Ejercicio oratorio: si le dejasen, todo lo incendiaría;

enumeración é

lucramento.

Mas no permita Dios tal calamidad, que os condenéis ninguno de vosotros; antes reconoced con Salviano que la mayor locura que se puede imaginar es que, por hacer bien á otro hombre, llegue uno á condenarse para siempre. ¡Oh infeliz y lamentable condición!, exclama el elocuente obispo. ¡Que con sus bienes mal adquiridos prepare á otros felicidad, á sí mismo perdición; á otros deleites, á sí lágrimas y quebrantos; á otros gozo pasajero, á sí mismo fuego perdurable! Estimad vuestra salvación, interesaos en vuestra dicha, guardad vuestra alma.

Corrección trasunto á la exhortación.

por similitudena.

¹ O infelicia ac miseranda conditio: bonis suis aliis proparare beatitudi.

Epilogo del primer y segundo argumento.

por antitesis

y entencia.

Arg. 2.^a
A MORALIZACION CONTRA VUESTROS NIÑOS, porque los exponéis a la eterna condenación.

Demostro a favor.

Las riquezas, aun las justas, son peligrosas a la virtud por actividad y efectos que causan.

¿Cómo es posible que la tengáis en tan poco que la aventuréis por el hijo, por el hermano, por el deudo ó allegado, ó por otros supuestos herederos que no presentan otro vínculo de parentesco que un sobrenombre, tal vez equivoco y postizo? Amad á vuestros parientes, esto manda la caridad, pero más vuestras propias almas; buscad su prosperidad temporal, pero más vuestra eterna bienaventuranza; procurad su terrenal grandeza, pero más vuestra gloria celestial; en una palabra, amad entrañablemente á vuestros hijos, no lo estorbare yo; pero amadlos en segundo lugar después de vosotros. Amadlos de suerte que no parezca que os aborrecéis á vosotros mismos. Porque es muy necio y desaconsejado amor acordarse del prójimo y olvidarse de sí propio. Así dice hermosamente Salviano ¹.

VIII

Pero dije mal; porque semejante amor no es amor; es odio implacable, es aborrecimiento feroz, es bárbara y diabólica crueldad. Escuchadme y os lo mostraré palpablemente: ¿No veis que, dejando á vuestros hijos riquezas mal habidas, los ponéis por el mismo caso en riesgo de condenación? Toda riqueza, aun la allegada con justicia, es peligrosa, si es abundante. Porque bien y elegantemente dice San Cirilo: ¿Qué son las riquezas de este mundo sino halagos de la liviandad, incentivos de la codicia, carga y pesadumbre de muerte? ² Confírmalo San Ambrosio, quien las llama materia de perfidia, cebo y aceite de todos los pecados ³. Confírmalo Pedro Blesense, apellidándolas ruina de las virtudes

nam, sibi afflictionem; aliis gaudia, sibi lacrimas; aliis voluptatem brevem, sibi ignem perennem. Lib. 3 ad Eccl.

¹ Amate, non obstitimus, amate filios vestros, sed tamen secundo a vobis gradu. Ita illos diligite, ne vos ipsos odisse videamini. Inconsultus namque ac stultus amor est, alterius memor, sui immeritor.

² Quid enim sunt carnales divitiæ, nisi blandimenta libidinis, fomenta cupiditatis, onera mortis? Lib. 3 Apolog. mor., c. 3.

³ Materia perfidiæ, illicebra delinquendi. Lib. 2 in Job, c. 5; et apud Dan., c. 4.

y semillero de vicios ¹. Confírmalo San Crisóstomo, quien dijo de ellas... ¿qué no dijo de ellas y qué mal no les achacó? Llámalas homicidas, llámalas crueles, llámalas tiranos sin entrañas, y que nunca apagan ni disminuyen el rencor que tienen á los poseedores de ellas ². Llámalas recios vientos, que levantan á todas horas bravas tempestades; llámalas bestias fieras, que despedazan continuamente el corazón; llámalas incendio voracísimo, que abrasa sin cesar la redondez de la tierra; llámalas manantial hediondo de todas las abominaciones del mundo. De aquí, dice, brotan las enemistades, de aquí las riñas, de aquí las guerras y disensiones, de aquí los vanos recelos, de aquí las palabras afrentosas, de aquí los hurtos, de aquí las matanzas, de aquí los sacrilegios ³. Luego cierto es que, por ley general, cuantas más riquezas dejareis á vuestros hijos, á mayores riesgos los exponéis; ni obraréis con más cordura que la del que pusiese en manos de un niño travieso un cuchillo muy agudo, por tener el mango primorosamente engastado en piedras preciosas.

Pues si de toda suerte de riquezas cabe afirmar lo mismo, ¿cuánto más, decidme, de las que siendo, como son, parto de la iniquidad, suelen ser asimismo, según la valiente frase del Eclesiástico, madres de perdición y matadoras de sus dueños! *Conservate in malum domini sui* ⁴. ¡Cuán angustiada y cargada dejaréis la conciencia de vuestros herederos, los cuales no podrán retener con buena fe lo que vosotros allegasteis contra la ley de Dios! Que restituyan, difícil será; y si no restituyen, están perdidos. ¿Cómo no veis claramente que los despenáis con tales bienes en la eterna perdición? ¿Y esto es amor, y esto es cariño de padre? Furor, aborrecimiento debiera decirse, y furia de verdaderos parricidas. Triste realidad, que los enemigos más crueles

¹ Virtutum subversio, seminarium vitiorum. In Job.

² Homicidae, crueles, implacables, quæque nunquam erga eos, a quibus possidentur, remittant similtatem. Hom. 6 de avar.

³ Hinc inimicitias, hinc pugnae, hinc contentiones, hinc bella, hinc suspensiones, hinc convicia, hinc furta, hinc caedes, hinc sacrilegia. Hom. 66 ad pop.

⁴ Eccl., v, 12.

corrección.

repetición.

incremento.

enumeración.

conclusión por comparación del cuchillo en manos de un niño travieso.

A species: Luego cuánto más peligrosas a su salud las riquezas mal habidas.

por testimonio de Cirilo.

por ditema.

base de testimonio.

o no les servirá para salvarse.

del hombre son sus domésticos y parientes: *Inimici hominis domestici eius* ¹. Mejor les fuera que los dejarais pobres y mendigos, dice el Crisóstomo: porque, por fin, de la pobreza, por muy trabajosa y extremada que sea, podrían sacar sus almas algún provecho, como Lázaro de su miseria; pero, de las riquezas mal habidas, ninguno. Pues no puede servir de nada bueno lo que se granjea mal é injustamente ². No pudiendo con ellas enriquecer las iglesias, ni proveer á los menesterosos, ni socorrer las necesidades de los siervos de Dios, ni ayudar con sufragios á los muertos, ni aplacar á la divina Majestad; porque, como sin culpa no se pueden retener, mucho menos sin culpa se podrán gastar. Decidme si hay hombre más desventurado que este hombre cercado de semejantes riquezas. ¿Y éstas legáis en patrimonio á vuestros hijos, á los pedazos de vuestro corazón? ¡Oh amor cruel! ¡oh entrañas desapiadadas! ¡oh cariño loco y desenfrenado!

mucho de afectos de compasión.

Comprensión de toda la primera parte por terrible y ¿en qué he de ser padre que lego á te uno de estos ricazos de que hablamos, á quien exhortaba el sacerdote que restituyese los caudales mal habidos; si quería salvar su alma. Mas él estaba inmóvil como un peñasco. No se doblegaba á las súplicas, ni despertaba á los castigos ni amenazas. Hasta dos hijos que tenía se interpusieron con sus lágrimas y ruegos. A los cuales díjoles el moribundo: No puedo, hijos de mi alma, no puedo restituir; porque, si yo salgo de esta enfermedad, tendría que mendigar de puerta en puerta; y si muero, deberíais mendigar vosotros. Replicaron ellos que perdiese cuidado, que más querían quedar pobres y mendigos, con tal que su padre se salvase, que muy ricos, pero á costa de su alma. Entonces, incorporándose, y con mirada torva y amenazadora voz: Callad, les dijo, ¡oh mal aconsejados!, no digáis tal. ¿No sabéis que Dios nuestro Señor es más misericordioso que los hombres? Si soy pecador, puedo esperar que se apiadará de mi alma; mas, si quedáis pobres y miserables, ¿cómo

Espejismo,

muo,

¹ Matth., x, 36.

² Non enim potest ad bonum proficere, quod congregatur de malo. Imperf. Hom. 38 in cap. 22. Matth.

esperaréis que los hombres os tengan compasión?—Y, persuadido de tan necio discurso, exhaló su condenado espíritu. Hicieron gran mella estas palabras en el corazón de los dos hermanos, poseedores de las mal heredadas riquezas, y uno de ellos resolvióse desde luego á restituir su parte; pero el otro no quiso desprenderse de la suya. ¿Qué sucedió á éstos? Que el hijo avariento murió en breve, y el temeroso de Dios entró en la sagrada religión de San Francisco.

Estando, pues, una noche en solitaria contemplación el religioso, he aquí que ve abrirse el pavimento y una sima muy honda ante sus ojos, y entre remolinos de humo, entre negruzcos nubarrones, torrentes de fuego y espesas llamaradas, mira á su padre y á su hermano, cercados de innumerables demonios y muchedumbre de condenados. Y ¿en qué postura imagináis que vio á los dos malaventurados? Juntos y asidos como rabiosos perros, ya se arrancaban el uno al otro los cabellos, ya se arañaban furiosamente la cara, y, renegando recíprocamente de su suerte: Por ti, hijo maldito, decía uno, estoy padeciendo estos tormentos.—Y yo, decía el otro, por ti, maldito padre.—Mejor me fuera haber engendrado una serpiente, decía el padre;—y á mí ser engendrado de una fiera, respondía el hijo.—Apártate, hijo infame, que me estrujas y despedazas.—Apártate, padre cruel, que me abrasas.—Y con estos insultos, y rabianado y aferrándose más y más, se mordían y maltrataban, como si en tantos y tan atroces tormentos no tuviesen mayor alivio que devorarse vivos, como hienas hambrientas que se disputan la ración.

calatrónico por hipopótamo ó vice.

proscopopera

y dialógico: el padre venía cuando del hijo, y el hijo del padre.

Veis aquí, hermanos míos, cuál será, conforme á esta gravísima relación de San Antonino, el galardón de los padres por las riquezas mal habidas que dejaron á sus hijos, y el galardón de los hijos por las riquezas mal adquiridas que heredaron de sus padres. ¿Pareceos, pues, si merece comprarse á tanta costa la breve y momentánea prosperidad de la familia? Si esto es amarse á sí mismos, ¿qué será aborreerse? Si esto es hacer bien á los hijos y parientes, ¿qué será malquererlos y perseguirlos?

Comencemos el mal.

Quede, pues, asentada esta conclusión: que aun dado el caso que los caudales mal adquiridos contribuyesen á en-

espejo

grandecer temporalmente vuestra casa, tales engrandecimientos no serán útiles ni á vosotros ni á vuestros hijos y herederos. Conjeturad, por consiguiente, cuánto menos útiles serán si, como al principio demostré, éste es el camino más seguro de arruinar vuestra familia. ¡Ay de aquel que allega para su casa injustas avaricias, á fin de levantar su nido!, exclama Habacuc. ¿Y por qué, profeta santo?—Porque, responde y yo respondo yo, porque en ello ha acrecentado la confusión y asolamiento con ella. *Vae qui congregat avaritiam malam domui suae, ut sit in excelsu nidus ejus. Cogitasti confusionem domui tuae*¹. Ponderadlo, os ruego, y resolvéis en vuestro corazón.

alestra de terror.

Fig. 2.
¿Qué hay que hacer pues?

o) PENSAD MÁS EN VUESTRA ALMA.

porque está cercano el día de la cuenta.

Es así que en ella no se justifican con la prosperidad de vuestros hijos.

SEGUNDA PARTE

IX

Presuponiendo, pues, que movidos de las razones dichas no queréis mejorar vuestra familia con injustos acrecentamientos, ¿qué resta sino que dejéis en adelante el congojoso y desmedido cuidado del futuro bienestar de vuestros herederos, olvidándoos con amor cruel de vuestras propias almas? Ea, hermanos amadísimos en Jesucristo, comenzad á estimar y dar á las cosas su valor. Recapacitad en vuestro corazón cómo por ventura estáis cargados de años, el cuerpo trabajado y achacoso, y tal vez cercanos al último trance. De aquí á poco, fuerza será que comparezcáis en el tribunal de Cristo á dar cuenta y razón de vuestras almas. Ya os esperan por una parte los ángeles, como testigos de vuestras obras, y los demonios por otra, como implacables acusadores.

Y ¿aún os estáis pensando cómo banquetearán vuestros herederos después de vuestra muerte, dónde habitarán más cómoda y lujosamente, cómo vivirán con más regalo? Ves aquí que te espera, dice Salviano, ves aquí que te espera á

¹ Hab., II, g. 20.

punto de salir de esta vida el augusto y riguroso tribunal; ¿y tú revuelves en tu pensamiento los deleites de los otros? Es á saber: cuán regaladamente se comerá lo tuyo tu heredero, de qué provisiones henchirá su vientre, cómo ensanchará los senos de sus repletas vísceras¹.

Conque ¡éstos son vuestros cuidados más graves, éstos vuestros más continuos pensamientos, como si en el tribunal divino debierais comparecer con tanta mayor seguridad, cuanto más ricos dejareis á vuestros hijos y herederos? Donosa manera, por cierto, de justificaros, si podéis decir en aquel trance: Salvadme, Señor, llevadme á vuestra gloria.—¿Por qué? ¿Acaso porque, siguiendo mis consejos, vestiste tantos desnudos, rescataste muchos cautivos, dotaste muchas doncellas, diste de comer á tantos hambrientos y procuraste dilatar de mil maneras mi nombre?—No, Señor; por nada de esto, sino porque dejo mi casa muy acomodada, porque mis hijos y herederos banquetean cada día opíparamente, porque se regalan con las tapicerías y brocados que yo hice, porque amancillan su cuerpo en las sedas y holandas que yo, bondadosamente, les dejé². Y así, piadosísimo Señor, salvadme en vuestra gran misericordia.—Si con estas razones pensáis justificaros en el tremendo tribunal, seguid enhorabuena amontonando riquezas con tanta congoja y agonía; mas, si veis que no os aprovecharán, trocad este cuidado y aprovechadlo mejor en vosotros mismos. Vuélvete, vuélvete á mirar por ti, diré á cada uno de vosotros con las sentidas frases de San Eugenio. Vuélvete, vuélvete á mirar por ti, para que se vea que te tienes á ti más cariño que á los tuyos³.

Que si os congoja el cuidado de los hijos, confiad en nuestro Señor que lo tendrá más que de padre de todos

¹ Ecce expectat te jam egressurum de ista vita officium tribunalis sacri et tu delicias aliorum mente pertractas; quam bene scilicet post te haeres tuus de tuo prandent, quibus copis ventrem repleat, quomodo viscera exturata distendant? L. 3 ad Eccl.

² Epulantur quotidie splendide, luxuriantur in petriormatis, que ego feci, fornicantur in sericis, que reliqui. Salv. L. 4 ad Eccl.

³ Revertete potius in te, ut tu sis carior tibi quam tuis. Epist. 1 Patmenet.

prosopopeya y

análogo dialógico.

Consecuencia por vía de exhortación.

Conferenciación por paralelismo. Y mis hijos.— Dios

enidará de ellos; por indacela de

Rut.

Ester.

(autiteia)

Tebias

(transición)

Arg. 9.^a

5) CONFIAN EN
DIO, QUE NO PAL-
TARÁ Á VUESTROS
MION, NI LE TR-
WILL.

Comprobación
por el ejemplo de
Tobias.

Narración ilus-
trada.

1.^a parte. Destin-
terio de Tobias
gran caridad.

serrección.

2.^a parte. La con-
fianza en Dios.

Dialogismo bi-
nico:

ellos, si vosotros tenéis más cuenta de la honra de él que de la carne y sangre. ¡Desdichada Rut! ¿No vino á Belén viuda y necesitada? Pero Dios, que tiene providencia de las avejillas del aire, la tuvo muy singular de ella, y le deparó en extranjera tierra un esposo feliz y adinerado. ¡Infortunada Ester! ¿No vivía en Susa, doncella y huérfana, desconocida y olvidada? Pero el Señor, que glorifica á los que en él confían, la levantó del polvo de la esclavitud al trono de poderosísimo monarca. Fíad y confiad en Dios, que Dios cuidará de vosotros y multiplicará vuestras haciendas. Y si queréis ver un dechado de confianza cristiana, para vuestro ejemplo y edificación, representaos, hermanos míos, el del célebre Tobias.

X

Tenia en su decrepita ancianidad un solo hijo, esperanza de su linaje, arrimo de su vejez y casi lumbre de su tristísima ceguera. Mas si bien le amaba tan entrañablemente, tan lejos estaba, no obstante, de enriquecerle por caminos no justos, que, como oyese un día balar dentro de su casa un cabrito, que había comprado la madre, atónito el buen viejo de semejante novedad, ¡ay de mí!, exclamó despavorido, ¿qué novedad es ésta? ¡Un cabrito dentro de casa! Ved no sea del aprisco de algún vecino; devolvedlo inmediatamente á sus dueños, porque no nos es lícito, ni conviene en manera alguna comer ó tocar en cosa hurtada. Y, no satisfecha su caridad, cuanto ahorraba del cotidiano mantenimiento de su corta familia repartíalo amorosamente á las personas necesitadas, á los huérfanos y encarcelados.

Al manebro Tobias podíale parecer crueldad ó escaso cariño ver que su buen padre no cuidaba de dejarle, si no grueso patrimonio, al menos decente á su estado. Y así, como queriendo tomar la mano y sincerarse con su hijo, llámole un día el anciano padre y, después de muchos consejos y

¹ Videte ne forte futurus sit: reddite enim dominis suis, quia non licet nobis, aut edere ex furto aliquid, aut contingere. Tob., II, 21.

saludables enseñanzas, significóle lo escaso del capital y la menguada hacienda que poseían. Luego, llorando con entrambos ojos tiernas lágrimas, añadió: Hijo mio muy amado, no temas ni te congoje nuestra pobreza y necesidad. Bien veo lo poquito que te dejo, estrecha la habitación, humilde el traje, no sobrada la comida; pero sábette, hijo mio, que seremos muy abastados, si no nos falta el santo temor de Dios y el fiel cumplimiento de su ley: *Noli timere, fili mi; pauperem quidem vilam gerimus, sed multa bona habebimus, si timerimus Deum*¹. Así habló el anciano Tobias. Y por ventura ¿no sucedió de la misma manera que lo prometió? Transcurrido corto tiempo, ofreciósele al mozo Tobias un brillante casamiento, cuantiosa dote, honradísima parentela, pingüe patrimonio.

De aquí, pues, desearia yo que aprendieseis todos provechosísimos ejemplos, y que tomando aparte á vuestros hijos, dada la ocasión y oportuna coyuntura, razonando con ellos: Hijos míos, les dijeseis, harto veis el estado y condición de nuestra casa. Bien podría yo, si quisiese, mejoraros y enriqueceros, valiéndome de las malas mañas, que hoy se estilan y de que muchos usan en esta población. Podría echar mano de negociaciones y tratos no limpios, de fraudes y engaños, de falsificaciones y bien urdidas tramas en el comercio ó en la banca, de pleitos y ambiciosos pasos, camino corto para medrar en este siglo de villanías. Pero no permita Dios que me manille con tales bajezas. Por ahí, ni á vosotros vendría utilidad, ni á mí honra ó provecho. Hijos míos, vivid en santo temor de Dios y no os faltará nada, porque buen padre y riquísimo proveedor os tomará á su cuenta. No tengáis envidia, si otros de vuestra condición, con ruines y mal habidos caudales, levantan enfrente de casa palacios muy mejores que los en que nacieron, y edifican junto á vuestras tierras granjas y alquerías, doble mayores que las que heredaron de sus padres. No miréis con envidia ni codiciéis sus inicuas posesiones: *Nolite attendere ad possessiones iniquas*², como nos aconseja el Sabio, sino traed siempre á la memoria que más produce

el mejor patri-
monio el santo te-
mor de Dios.

aplicación y

peroración in-
directa.

protopopeya y
sermonización.

sentimientos de
entrañable con-
fianza.

¹ Tob., IV, 23.—² Eccl., V, 1.

un corto patrimonio al justo, que otro muy crecido al pecador: *Melius est modicum iusto, super divitias peccatorum multas*¹. Dejad que medren ellos, que por un breve tiempo den rienda suelta á su ambición desmesurada é insaciable codicia, que ya vendrá día en que el Señor pagará á cada uno según su merecido. Guardad vosotros sus santos mandamientos, respetad su nombre, humillaos y hacédle reverencia; y si después no cuida de vosotros y de vuestra hacienda, quejaos de mí y tenedme por embaucador y mentiroso. *Pauperem quidem vitam gerimus, sed multa bona habebimus, si tamenimus Deum*. Viviremos, es verdad, no muy sobrados, pero poseeremos muchos, pero muchísimos tesoros, si perseveramos en santo temor de Dios.

Tales sean los avisos y enseñanzas con que, á imitación del Santo Tobías, adoctrinéis á vuestros hijos; y descansando en los amorosos brazos de la divina Providencia, comenzad vosotros á esta edad á mirar por vuestra alma, y á pensar en ella más que en vuestra casa, en vuestra conciencia más que en el negocio, en Dios más que en el mundo.

Y si por ventura en el tiempo pasado manchasteis vuestras manos ó cargasteis vuestra conciencia con riquezas mal adquiridas, pronto, hermanos míos, al punto lanzadas de vosotros, desprendeos de ellas sin tardanza; pagad al pobre jornalero, ejecutad las mandas y legados pios, restituid lo ajeno, dad á los hospitales y devolved á las iglesias y religiosos lo que es suyo; y no os sufra el corazón tener, ni un momento siquiera, la hacienda ó el dinero, que en vuestras manos sólo servirían para acarrearos á vosotros la eterna condenación, á vuestros hijos ruina y estrago, y, finalmente, de mantener viva é implacable la ira de Dios contra vuestra casa y posteridad, según el dicho de Miqueas: Fuego son en la casa del impío los tesoros de la maldad: *Ignis in domo impij, thesauri iniquitatis*².

¹ Pa. XXXVI, 16.—² Mich., VI, 10.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOTERCIO

No siempre la elocuencia ha de **excitar** las pasiones y commover los afectos; á veces su mérito consiste en **apaciguar** los ánimos, restableciendo en ellos la armonía de la paz. ¡Gran loa es y privilegio insigne del arte de bien decir, poner en concierto las olas de pasiones y movimientos furiosos que alteran y turban nuestra alma! Tal es el fin de este discurso, del cual podemos afirmar lo que de Cátulo decía su amigo Craso: *Istum audiens, equidem sic iudicare solet, quidquid aut addideris, aut mutaveris, aut detraxeris, vitiosius et deterius futurum*¹.

Porque, si miramos lo que en él intenta, es arrancar del corazón tres **amores** viciosísimos y muy vehementes, que, como tres vientos desencadenados, revuelven el corazón de los padres de familia: **el amor á la casa, el amor á los hijos y el amor de sí mismos**, raíz y fuente de los otros dos amores; y todos á una atizan al miserable padre y le espolean á amontonar riquezas, con tan desapoderada codicia, que ni teme á Dios, ni acata su ley, ni respeta derecho ninguno, con tal de engrandecer su estado y mejorar la posición de su familia.

¿Pues qué arbitrio para calmar ese golfo tempestuoso? Raro artificio y traza maravillosa la de nuestro orador, que estriba en demostrar que ese amor no es amor, sino aborrecimiento; no cariño de padres, sino crueldad de fieras, pues por este camino arruinan su casa, pierden á sus hijos, y á sí propios se condenan para siempre. De este modo, del mismo amor á los hijos, á la casa é intereses saca fuerzas la elocuencia para desentrañarlo del corazón, y con la espada de Goliat da la muerte al mismo Goliat. Con lo cual no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona; no tanto arranca esos amores, como los acendra, los levanta, los robustece. Tal es la obra del orador, aprovecharse de las inclinaciones de los oyentes y encauzarlas hacia nosotros, de suerte que más bien parezca que nosotros los seguimos á

¹ De Orat., III, 8.

ellos, que no ellos á nosotros. De esta industria se valia Cicerón cuando decia que no hay que despreciar las pasiones y movimientos de que está poseído el auditorio, sino más bien servirnos de ellos á nuestro fin; dando por razón que es más fácil empujar al que corre, que no mover al flojo y desmayado. *Atque illud optandum est oratori, ut aliquam per motionem animorum sua sponte ipsi afferant ad causam iudices, ad id, quod utilis oratoris feret, accommodalam. Facilius est enim currerem, ut ajunt, incitare, quam commovere languentem*¹.

Exordio. Es como un ordenar la artillería delante de la plaza que hemos de rendir al señorío real de Cristo con las armas de la verdad. Es un ultimar la rendición á los avaros y ambiciosos con pregones tan claros y terribles como éste: «¿Dónde están, pues, los avarientos, que deseosos de engrandecer la familia... se valen no sólo de artes honestas é industrias de buena ley, sino de fraudes y mentiras, de trampas y vejaciones...? ¿Dónde están los que por adelantar su casa no tienen vergüenza de sentenciar inicuaente en los tribunales...? ¿Dónde los que defraudan á los trabajadores de su jornal y á la Iglesia de sus diezmos? ¿Dónde los que...?»

Confirmación. Tan recia es esta primera batería (diremos siguiendo la comparación del cerco militar), que los baluartes más robustos, es decir, los más obstinados corazones, han de estremecerse. ¡Dejar vinculada en mi casa la enemistad de Cristo! ¡Darles á mis hijos por enemigo mortal, cuando yo muera, al omnipotente y sempiterno Dios! Cada amenaza, cada castigo que se enumera, es un golpe dado á los muros de la codicia, la cual se guarece en el amor desordenado de la casa y del linaje. ¡Cuántos ejemplos desastrosos podría añadir el que hoy predicara sobre este asunto, de familias opulentas, que se enriquecieron de súbito con los bienes de la Iglesia y de los religiosos, y ahora yacen casi sumidas en la miseria y reducidas á la mendiguez!

La segunda batería va encaminada contra el amor propio, y derribado este baluarte que señorea y defiende á los demás, la fortaleza puede darse por vencida. ¿Y qué pecho es capaz de resistir á tan porfiados golpes? La demostración es rápida y sucinta, pero la moción de los afectos continúa y siempre creciente. Desde que exclama: ¡Oh desventurados una y mil veces, y los más infelices de los hombres!... hasta que perora diciendo: «Amad á vuestros parientes, esto

¹ De Orat., II, 44.

manda la caridad, pero más vuestras propias almas; buscad su prosperidad temporal, pero más vuestra eterna bienaventuranza...» ¡qué lucha tan reñida de una y otra parte! Ya abruma á los oyentes con las sentencias de Salviano, ya los espanta con las penas del infierno, donde la canalla de los demonios avivan la saña de los padres infelices contra los hijos venturosos, ya desvanece la dificultad que nace del amor que ahora sienten, ya despierta la atención con el desastre de Agripina, ya enciende el mismo el aborrecimiento contra los hijos, causadores de la desventura del padre, que sale desesperado del infierno con propósito de incendiarlo todo.

Así triunfa el orador, y, tomado este fuerte, endereza los tiros de su elocuencia dominadora contra el último baluarte del amor ciego á los hijos, probando que si los enriquecen por malos medios y no restituyen (lo cual es muy dificultoso), irremisiblemente perecerán. Valos estrechando y combatiendo: 1.º Con la demostración vigorosa y llena de vida de los males que traen las riquezas, y más las adquiridas injustamente. 2.º Excita la imaginación con el ejemplo de San Antonino. Y 3.º Conmueve los afectos y arranca de cuajo el desordenado amor de los hijos, que es como tomarles á los enemigos la bandera, y dar el asalto al corazón.

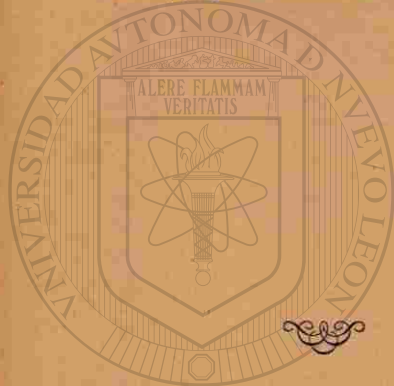
Entrada ya la fortaleza del alma, y entregados los oyentes á discreción del sitiador, conciértanse las paces en la parte segunda, que consisten en renunciar al cuidado congojoso de los hijos, abandonándose confiadamente en brazos de la providencia paternal de Dios, á ejemplo de Rut, de Ester y de Tobías.

Peroración. Eslo toda la conclusión desde que termina la historia de Tobías, y equivale al juramento de fidelidad ó pleito homenaje que hacían los vencidos al monarca vencedor, y á las promesas de éste de proteger y amparar á sus vasallos.

En punto á lengua y estilo hay copia, mas no redundancia; hay claridad, hay grandeza, y á veces rebosa la pasión en frases de fuego. No diría de él lo que de algunos contemporáneos suyos nuestro licenciado Juan de Robles en su primera parte del *Culto Sevillano* ¹: «Esa es la desdicha y ese el dolor, y eso es lo que yo siento, que esto (conviene á saber: el depravado gusto de los oyentes) obligue á los predicadores á que se trate más á echar perlas por la boca, con que se adornen los oídos, que centellas de fuego con que

¹ Reimpreso en Sevilla, año de 1883.

se abrasen los corazones; y de sembrar, en vez de trigo, flores que, cuando nazcan en la mejor tierra, es fuerza que sean tan inútiles, como si cayesen en la mala; pues las flores no son para comer, sino para oler no más. Pan substancioso de verdad ha menester el pueblo cristiano; no le entretengamos con flores, que se marchitan, ó con fuegos de artificio, que presto se desvanecen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DISCURSO DÉCIMOCUARTO

EL INFIERNO

Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.

Murió el rico y fué sepultado en el infierno.

(Luc., xvi., 22.)

EXORDIO

HERMANOS míos, ó infierno ó penitencia. ¿Á qué tanto vocear y fatigarse los ministros de Dios para reducir á los pecadores? Ó infierno ó penitencia. Abrazad el partido que queráis; es menester determinarse pronto. ¿Hay acaso entre vosotros quien, desechando la penitencia, prefiera sepultarse en los infiernos? ¡Ah! si tal hubiese, bien claro daría á entender que jamás pensó detenidamente y de propósito qué significa infierno y eterna condenación. Permittedme, pues, que sin más exordio venga hoy á demostrároslo.

Gran Dios, justísimo remunerador y castigador de los hombres, que tenéis en vuestra mano las llaves del abismo para abrir y cerrar sus puertas, dignaos hoy prestarlas á vuestro siervo, siquiera por brevísimos instantes. Abrir quiero la horrenda cárcel é infernal mazmorra de los condenados, no para dar libertad á ninguno de aquellos miserables, no para amortiguar sus abrasamientos con el refrigerio del agua, ni calmar sus llagas con el bálsamo, ni su tristeza con una palabra de consuelo. Padezcan los malaventurados, y paguen allí la justa pena de los ultrajes hechos

Vehemente é abrupto. Tesis por dilema: ó infierno ó penitencia.

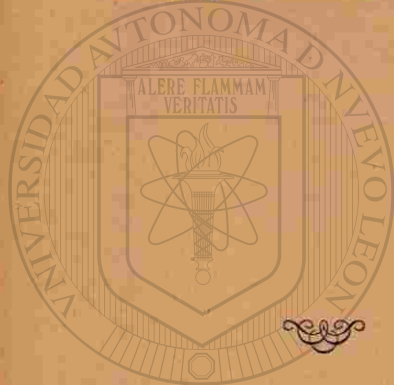
Comunicación ilastre:

proposición general.

Deprecación soblime

por exortación.

se abrasen los corazones; y de sembrar, en vez de trigo, flores que, cuando nazcan en la mejor tierra, es fuerza que sean tan inútiles, como si cayesen en la mala; pues las flores no son para comer, sino para oler no más. Pan substancioso de verdad ha menester el pueblo cristiano; no le entretengamos con flores, que se marchitan, ó con fuegos de artificio, que presto se desvanecen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D



DISCURSO DÉCIMOCUARTO

EL INFIERNO

Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.

Murió el rico y fué sepultado en el infierno.

(Luc., xvi., 22.)

EXORDIO

Vehemente é abrupto. Tesis por dilema: ó inferno ó penitencia.

Comunicación llastre:

proposición general.

Deprecación soblime

por exortación.

HERMANOS míos, ó infierno ó penitencia. ¿Á qué tanto vocear y fatigarse los ministros de Dios para reducir á los pecadores? Ó infierno ó penitencia. Abrazad el partido que queráis; es menester determinarse pronto. ¿Hay acaso entre vosotros quien, desechando la penitencia, prefiera sepultarse en los infiernos? ¡Ah! si tal hubiese, bien claro daría á entender que jamás pensó detenidamente y de propósito qué significa infierno y eterna condenación. Permittedme, pues, que sin más exordio venga hoy á demostrároslo.

Gran Dios, justísimo remunerador y castigador de los hombres, que tenéis en vuestra mano las llaves del abismo para abrir y cerrar sus puertas, dignaos hoy prestarlas á vuestro siervo, siquiera por brevísimos instantes. Abrir quiero la horrenda cárcel é infernal mazmorra de los condenados, no para dar libertad á ninguno de aquellos miserables, no para amortiguar sus abrasamientos con el refrigerio del agua, ni calmar sus llagas con el bálsamo, ni su tristeza con una palabra de consuelo. Padezcan los malaventurados, y paguen allí la justa pena de los ultrajes hechos

astudent.

Gratificó la benevolencia.

propósito particular.

Argum. 1.^o
A priori.

Por comparación a par.

La justicia y la misericordia son atributos iguales y proporcionales.

Las obras de misericordia fueron expensas.

Logo también lo sea la gran obra de su justicia.

contra Vos; indignos son de misericordia, indignos de todo socorro y alivio. Rabien, desesperense, despedácense. Su merecido se tienen. Lo que yo intento y con abrasadas ansias os demando es, Señor, que ninguno de mis oyentes, á quien amo tan de corazón, tenga la desgracia de bajar á aquella cárcel de tormentos; y por esto voy á descubrirla á quien peca, para que abra los ojos y vea, aunque poquito y entre sombras, la terribilidad y muchedumbre de tormentos á que voluntariamente se sujeta por un pecado mortal. Si más no consigo, bastarame que entienda que escoge un mal sin mezcla de bien, un puro padecer, un purísimo penar, condición la más horrible de todo mal.

PRIMERA PARTE

II

La misericordia y la justicia, como todos sabéis, son los dos brazos con que sustenta y gobierna Dios la grandiosa máquina de la creación. Por donde entramos á dos brazos han de ser iguales y proporcionados, si no queremos imaginar un monstruo; entramos infinitamente poderosos, entramos infinitamente robustos, entramos infinitamente obradores de estupendas maravillas. ¿Quién ignora, pues, que usando su Majestad del brazo de su misericordia, ha hecho cosas sobre todo criado entendimiento? Porque, no sólo sufrió con inefable mansedumbre las injurias de vilísimos gusanos, y manteníalos y regalábalos y acariciábalos en aquel mismo punto en que ellos le ultrajaban con incomprensible villanía; pero vino á morir por ellos muerte de cruz, tan dolorosa y afrentosa, que sólo creer en ella lo festimaron unos por escándalo, muchos por locura y desvarío. Luego fuerza es decir que, cuando sacuda de propósito el brazo de la justicia, hará cosas igualmente grandes y espantables, y se asombrarán las criaturas cuando el omnipotente Criador derrame su saña hasta donde derramó su misericordia: *Effundens iram*

secundum misericordiam ¹. Y como Dios, cuando quiso hacer alarde y gloriosa ostentación de su misericordia, hizolo de suerte que pareció como ajeno de justicia, así, cuando la quiera hacer de su justicia, parecerá como ajeno de misericordia.

No me traigáis, pues, á la memoria, ni forjéis en aquellas moradas infernales obscuras cavernas, muladares inmundos, visajes espantosos, cuchillos, ruedas, navajas, estanques de azufre ardiendo, plomo derretido por bebida, calderas y parrillas, leznas de fuego para sacar los ojos, tenazas y horribles garfios para despedazar los costados, mazas y cadenas para magullar los huesos; no me describáis en los infiernos hachas encendidas para abrasar las entrañas de los condenados, monstruos feroces que les roan los miembros, potros que los desencajen, cuerdas que los ahoguen, ponzoña que los envenene, catastas, uñas de acero, segures y otros tormentos semejantes. Porque, si bien son horribilísimos y exquisitos, pero no tanto que el hombre no haya llegado á intentarlos con su ingenio y á aplicarlos con su menguada fuerza. Los toros de bronce fueron invención de Périlo; las sillas de aceradas púas, de Ágatoles; los egipcios dieron en la maldita traza de meter por las uñas cañas aguzadas; Nerón inventó la otra de vestir los cuerpos de los hombres con pieles de bestias fieras y arrojarlos á los rabiosos perros; discurrió Mecencio aquel ardíd de atar los vivos á los cadáveres de los muertos, hasta deshacerse en una misma podredumbre. No imaginéis por el estilo los tormentos del infierno; que, si tales fueron las invenciones de los hombres, ¿qué serán las invenciones de un Dios de sabiduría infinita, de poder inmenso, de odio inmensurable á la maldad, cuando, justamente irritado contra el réprobo, se vea como forzado á hacer muestra de su ira, derramándola por los mismos cauces de su misericordia, *effundens iram secundum misericordiam*, y á manifestar al mundo que, si fué grande en perdonar, no es menos gran-

Contracción por comparación a misericordia de las obras de los hombres;

Vira protección y rápido incremento.

Eran penas fieras inventadas por hombres;

enumeración por metáforas.

el infierno es invención de Dios!

¹ El sagrado texto dice así: «12. Misericordia enim et ira est cum illo. Potens exoratio, et effundens iram, 13. Secundum misericordiam suam: sic correptio illius; hominem secundum opera sua iudicat. Ecci., xvi, 12-13.

Conclusión.

de en castigar al culpado? Tales, son por consiguiente, las penas infernales, que sobrepujan toda criada inteligencia, para que más campee la ventaja infinita que á la flaqueza del hombre hace la omnipotencia de Dios.

Fuera de esto, es tan grave el desacato cometido contra la divina Majestad por el pecado mortal, que no hay suplicio, por extraño y espantoso que sea, bastante á repararlo; y así, por más que castigue Dios á los condenados, jamás ellos pagarán la deuda ni satisfarán cumplidamente á la divina justicia, antes siempre quedarán deudores, y siempre acreedora la justicia del Eterno. Conjeturad, pues, hermanos míos, la terribilidad de los tormentos, donde no es posible pecar por exceso ó crueldad. Allí sin duda lloverá el Señor todo su coraje y los estragos de su guerra, como dice Job: *Pluet super illos bellum suum* ¹; y vaciará, por decirlo así, las saetas de su aljaba, y los rayos de sus fraguas, y las armas todas de su justicia irritada, si no para satisfacerla según la grandeza de las culpas, al menos para tomar la posible reparación. Henchiré, dice, mi indignación en ellos: *Complebo indignationem meam in eis* ². Y si es así, ¿quién de vosotros espera en los infiernos, linaje alguno de alivio, de refrigerio ó consolación? Ni le hay ni puede jamás haberlo. Serian efectos de piadosísima misericordia, no de vengadora justicia: *In inferno nulla est redemptio*. No hay ninguna redención en los infiernos, absolutamente ninguna; y en consecuencia, prosigue San Agustín, hay gemidos allí, hay hondos suspiros, pero no quien se mueva á compasión; hay dolor allí, hay quebranto y lamentación, pero no quien los oiga y se apiade ³.

Consecuencia natural y

transición.

Argum. 2.^o
De las mismas penas sin alivio y sin término.

4. Sin alivio por rápida extenuación de tormentos y exclusión de consuelos.

En este mundo estáis acostumbrados á ver que para todo mal hay algún linaje de consuelo ó confortativo; no hay herida sin bálsamo, ni ponzoña sin triaca. Mas no imagi-

¹ Job, xx, 23.—² Ezech, vi, 12.

³ *Ibi gemitus sunt et suspiria, sed non est qui misereatur; ibi dolor et plangens, sed non est qui audiat. Serm. ad erem.*

néis tal en el infierno. Son allí vivísimas las quemaduras, pero no hay unguento que las suavice; abrasadora la sed, pero no hay agua que la refrigere; veheméntísima el hambre, pero no hay un bocado con que aliviarla; profunda la tristeza, pero falta sueño donde se adormezca y calme; la vergüenza y confusión grandísima, pero no hay velo con que cubrirse, ni rincón dónde esconderse.

(repetición, antítesis).

¿Si al menos hubiese en aquellas mazmorras infernales una muerte que pudiese término á tanto padecer! ¿La muerte allí? Respóndaos el Espíritu Santo por el Sabio: *Non est in illis medicamentum exterminii* ¹. No tienen siquiera la medicina, por otra parte tan amarga y repugnante, del exterminio y propio aniquilamiento; antes la muerte y exterminio pacerá á los condenados, según la profecía de David; porque como el ganado no acaba la hierba de los prados, porque pacida reverdece, así la muerte los pacerá, pero no los acabará ni consumirá. Recogerán en sí lo peor de la muerte y lo más intolerable de la vida; de la muerte el peecer, y de la vida el penar y atormentarse. ¡Oh muerte, cuánto les fuera más dulce si les quitaras la vida! Pero tendrán los miserables muerte sin muerte y fin sin fin, porque allí la muerte siempre vive y el fin siempre comienza. «Imaginaos vosotros mismos enterrados debajo de la tierra y sepultados en la hoya, pero con vida y sentido y forzados á vivir, que no podéis ver sino tinieblas, ni oír sino los que os pisan, ni oler sino la podredumbre de otros muertos, ni comer sino vuestras carnes, ni tocar sino la tierra que os oprime, ó la fría losa que os encubre. ¿No es verdad que buscaríais la muerte, pues no os serviría la vida sino de batallar con la misma muerte?»

Porque basta falta el consuelo de morir.

por autoridad parafrazeada.

la yerba que siempre crece.

(paradoja)

Por suposición del que está enterrado vivo.

El emperador Zenón, que fué enterrado vivo, tuvo tan grande pena, que se despedazó á bocados. Despedazaránse también y se mataran los condenados, si pudieran. Pero buscarán la muerte, mas no la hallarán: *Quaerent mortem, et non invenient*, exclama el apóstol San Juan en el libro de las revelaciones ². Éste será su ejercicio, ésta su eterna ocupación, para mientras Dios fuere Dios. Buscar

Zenón.

Por testimonio bíblico: Buscarán la muerte y no la hallarán.

¹ Sap., 7, 14.—² Apoc, ix, 6.

la muerte, aunque sea la más cruel y sanguinaria; buscar la muerte con más ansia que buscamos la vida, y nunca jamás dar con la muerte; porque la muerte que los mata es muerte que nunca muere. ¡Oh muerte, muerte!, ¿dónde estás? (irán gritando con desahogada vocería por aquellas cavernas tenebrosas). ¿Dónde estás, ¡oh muerte!, que no acabas con este desventurado que te invoca? Espíritus infernales, dadme la muerte y acabad de matarme de una vez. ¡Desdichado de mí! ¡Que no tenga á mano el puñal agudo que en otro tiempo dió fin á mis desgracias!, dirá desesperadamente Abimelec. ¡Que no haya hogueras que me acaben!, exclamará el rey Zambri. ¡Que me falte aquel lazo ó dogal donde apretar mi garganta!, gritará Aquitofel. ¡Cómo!, en lugar de tantas penas y tormentos tan atroces, ¿no hay uno poderoso á matarnos? ¿Qué hacéis, gusanos roedores, que no acabáis de devorarnos? ¿Qué hacéis, incendios, que no acabáis de consumirnos?

Y viendo, por ventura, allí cerca un estanque de más bullente azufre y hervidora resina, correrán desalados á zambullirse en él, con la esperanza de encontrar la muerte; pero la muerte huirá de entre sus brazos: *Quaerent mortem, et non invenient*. Saldrán entonces más enfurecidos contra sí, y esperando quizá dar con ella en donde la horra del infierno es más hedionda, ó los tormentos y atormentadores más crueles, ó los peñascos que se derrumban más enormes; se arrojarán, codiciosos de morir, á sepultarse ó triturarse entre ellos, pero no lograrán sus ansias; porque por mucho que mueran no morirán, y por mucho que busquen la muerte no hallarán rastro de ella en las tinieblas sempiternas: *Quaerent mortem, et non invenient*. Podrán, sí, lanzarse como á porfía en las abiertas fauces de dragones y basiliscos; podrán revolcarse entre las sangrientas garras de fieros leopardos; que allí encontrarán suplicios horribles, martirios espantosos, pero no mortales. Porque pagará el condenado todo lo que hizo (palabras son del santo Job), pero no por esto será consumido: *Luct, quae fecit omnia, nec tamen consumetur*¹; y se verá manifestamente

¹ Job, xx, 28.

que no faltan en las cárceles de la divina justicia dogales y cuchillas, hogueras é instrumentos de matanza; falta únicamente la muerte, y no muerte como quiera, sino muerte que mate, muerte mortal, muerte que remate para siempre.

Pero muerte semejante sería un bien en aquel lugar de males, y males eternos, que no han de tener acabamiento ni con las mudanzas del mundo, ni con las variaciones de la naturaleza, ni con el revolver de los siglos; males, por añadidura, que nunca jamás se interrumpirán, ni menguarán, ni se menoscabarán una tilde jamás, jamás, jamás... Hermanos míos, ¿no os tiemblan los huesos? ¿no se os erizan los cabellos de horror y las carnes se estremecen de solo pensar en la eternidad del infierno? ¿Qué corazón no se rompe de espanto?, diré como San Buenaventura; ¿qué entendimiento no se asombra al considerar las penas infernales, no sólo por su acerbidad intolerables, sino también perpetuas é interminables por su eternidad? ¹

¡Penar y siempre penar! ¡penar y siempre penar! ¡padecer y nunca cesar de padecer! ¿Qué entendimiento lo alcanzará? *Et erit tempus eorum in saecula*. Y el tiempo del padecer de ellos, decía hablando de los condenados el Profeta Rey, y el tiempo del padecer de ellos, por los siglos de los siglos.

Pero ¿qué quiere decir por los siglos de los siglos? ¿Por ventura que padecerán hasta tanto que, bebiendo un pajarito una gotita de agua cada año, llegase á agotar todos los mares? Más, por los siglos de los siglos. ¿Significa que penarán los miserables réprobos hasta que un menudo insecto, por ejemplo, dando un solo bocadito cada año, viniese á comer todos los bosques de la tierra? Más, por los siglos de los siglos. ¿Quiere decir que serán atormentados hasta tanto que una hormiguita, si caminase un paso cada año, llegase á dar la vuelta al mundo? Más, por los siglos de los siglos. Y si imaginásemos toda la redondez del universo henchida de menudísima arena, y que de siglo en siglo se

¹ Cujus cor non concutiat, si consideret inferni poenas, non solum intolerabiles acerbitate, sed interminabiles aeternitate? Serm. 3 in Dom. 2 post Epiph.

amplificase por
prolepsis, re-
duplicación.

excreción.

opación

de las muertas
más atroces:

incremento.

acutis.

hipótesis.

conclusión.

si se
trata,
por conspica-
ción sustituye.

por hipérbole.

exclamación.

terminación divina.

Acerca de la
comparación
de los siglos
gradual:

del insecto.

de la hormiga.

del grano de
arena.

quitase un solo grano, ¿acabarían los malaventurados el penar cuando el mundo estuviese limpio y desembarazado?

del plomo de dis-
tante.

de las lágrimas y
el diluvio.

corrección.

sinonimia.

Otro testimonio
que da lugar á

exclamación de
horror.

apoteosis á las
grutas.

conduplicación.

comparación del ar-
gumento.

Por ninguna manera; entonces comenzaran á padecer. Y si toda esta máquina de la inmensa creación se hiciese de durísimo diamante, y de siglo en siglo se le diese un golpe por mano de un pequeñuelo, ¿dejarían de penar cuando estuviese el mundo hecho pedazos y menudo polvo? No, por los siglos de los siglos. Pues para ayudar nuestra flaqueza, supongamos que tras cada millón ó cuento de siglos derrama un condenado una sola lágrima; ¿cesará de padecer cuando haya llorado tanto que formen sus lágrimas un diluvio mayor que el en que se anegó el mundo en los días de Noé?... Pero dejemos tales burlerías y juegos de muchachos, que tales me parecen, á decir verdad, semejantes comparaciones. *In saecula, in saecula*, por los siglos de los siglos han de padecer los condenados; que vale decir por tiempo inconmensurable, por edades sin número, por plazos infinitos, por duraciones sin término ni tasa.

Por esta razón Dios nuestro Señor, oid esta protesta formidable y como divino juramento; por esta razón Dios nuestro Señor declara abiertamente que entregará las carnes de ellos al fuego infernal, para que se abrasen y se atormenten vivamente: *Dabit ignem in carnes eorum, ut urantur et sentiant. ¿Y hasta cuándo? Usque in sempiternum!* Por siglos sempiternos, por toda la eternidad, para mientras Dios fuere Dios. ¡Oh trueno espantoso! ¡Oh torbellino abrasador de la cólera divina! ¿Cómo esta voz eternamente, mientras Dios fuere Dios, no nos turba el seso y hace reventar el corazón? Grutas de los montes, cuevas y soledades del desierto, dónde estáis, ¡desventurado de mí, que deseo sepultarme en vuestras horriblas concavidades, donde no vea ni faz de hombre, ni rayo de luz, y solo y despavorido y temblando lloraré conmigo, repitiendo: ¡Eternidad! ¡eternidad!, hasta que comprenda qué quiere decir padecer en los infiernos por toda la eternidad de Dios: *Usque in sempiternum.*

¹ Judith, XVI, 21.

IV

Vemos acá que los mismos regalos y esparcimientos, si se prolongan demasiado, dan enojo; por donde las comidas y banquetes han de ser moderados, templados los juegos, con medida las cacerías y diversiones; los espectáculos, los recreos y la música tienen su raya, por mucho que al principio nos deleiten. ¿Qué será, pues, perseverar constantemente por toda la eternidad en los mismos tormentos, y en tormentos por su muchedumbre innumerables, por su terribilidad dolorosísimos?

Yendo camino, en las horas abrasadoras del estío, me encontré alguna vez con un verde y florido prado, y cansado como estaba, y quebrantadas las fuerzas, tendíame á la sombra de los árboles, gozando de la frescura del ambiente, del murmullo de las aguas, de los gorjeos de los ruiseñores. ¡Qué dulcísima impresión sentía al principio! Pero ¿quién lo creyera? Al poco rato, veníame deseos de levantarme y cambiar de postura. Y si acaso me forzaran á estar allí inmóvil y del mismo lado un día entero, ¡oh tormento! ¡oh pesadumbre!, todo aquel encanto se me trocaba en martirio, y con sólo pensar en ello parecíanme los trinos de las aves melancólicos, desapacible la frescura, la sombra ponzoñosa, las flores mismas zarzales ásperos.

¡Oh infelices condenados! ¿Qué suplicio tan atroz permanecer no un día, sino siglos infinitos echados sobre las mismas ascuas, sumidos en el mismo estanque de fuego bullicioso? *In stagno ardenti igne et sulphure!* Estanque, dice, por la firmeza y estabilidad; de fuego bullicioso, por la actividad y sobrenatural fuerza con que abrasa. Siempre ceñidos y estrechados de las mismas serpientes, siempre sofocados por las mismas víboras, siempre mofados de los mismos demonios, sin jamás en tantos siglos poder desahogarse ni respirar. Por siempre jamás no tendrán los tormentos del infierno ni alivio ni remate, como dijo San Cipriano: *Nec erit unde habere possint aliquando tormenta, vel requiem vel*

Arg. 2.^o
Templado la ve-
hemenza del re-
quido, por esta
última a con-
trario:

Los deleites
demasiadamente
prolongados tie-
nen á cansar, o por
serán los tormen-
tos eternos!

Antec. por una
diligencia ó expe-
riencia personal.

Descripción: la
sombra en el es-
tío. Primera par-
te; el placer.

Parte 2.^a

el tormento.

Aplicación por
repetición y gra-
dad.

Amplificación
rápida de horror.

¹ Apoc., XXI, 8.

finem ¹. ¡Oh qué rabia! ¡qué desesperación! ¡qué frenesí! ¡Oh, cómo maldecirán su desastrada suerte al ver aplomada sobre sus cabezas la horrible eternidad! ¡cómo maldecirán la noche en que fué dicho: Concebido es este hombre, y el vientre que lo llevó y los pechos que lo amamantaron! *Pereat dies in qua nati sumus, periat nox in qua concepti sumus* ². Pero rujan y rompan sus entrañas con suspiros, y blasfemen cuanto quieran: que éste es el desdichado pueblo de quien ha dicho Miqueas: Pueblo infeliz, contra el cual está el Señor irritado por los siglos de los siglos: *Populus cui iratus est Dominus, usque in aeternum* ³.

consecuencia (f. m.)
del por vía de im-
procaación.

Argum. 4.^o
De las circun-
stancias. Compañía
de los condenados,
por vía de
refutación.
retención.

Sólo una cosa podrían imaginar de algún consuelo en el infierno, conviene á saber, que son tantos los condenados... al fin la compañía de tantos... ¡Bah!, dirá alguno para sí; si voy al infierno, no estaré solo.—¡Oh ciego! ¡oh frenético! ¿Qué dices? ¿que no estarás solo en el infierno? ¿No ves, desatinado pecador, que esa misma muchedumbre redoblará tus tormentos? ¿Estuvieras solo en el claustro de áspera religión? No, sino en compañía de ángeles. ¿Por qué, pues, no te encierras en un devoto apartamiento? ¿Y figúrate el infierno más llevadero con la compañía de tantos condenados?

Responde a per.

No puede negarse que en esta peregrinación nos es de algún alivio tener compañeros de nuestro dolor y desventura; y la causa es, según entiendo, porque esperamos ser más fácilmente socorridos, ó cuando menos consolados ó compadecidos de quienes por experiencia conocen nuestro mal. Pero en los infiernos, donde todos contribuyen al mal de todos, será muy de otra manera. Allí están como un haz de espigas, las cuales enlazadas y trabadas entre sí, sólo sirve su compañía y vecindad de punzarse y ensangrentarse mutuamente. Semejanza es ésta muy puntual traída por el Es-

Amplificación
por hipotiposis.

se advierte, porque
mutuamente se
atormentan.

piritu Santo: *Sicut spinæ se invicem complectuntur* ¹. Andan abrazados y enclavijados como espigas. Luego ¿de qué aprovecha la multitud de compañeros en aquella zahurda de Satanás?

No cierto para ayudarse unos á otros, sino para acrecentar la carga, la estrechez, la confusión, la barahunda y el tormento. Pues ¡cuánto mejor les fuera penar solos! Consumidos de coraje unos contra otros, es verdad que lo desahogan maldiciéndose, ultrajándose, ensangrentándose, el padre en el hijo, el hermano en el hermano, el marido en la mujer, el amigo en el amigo. En la saña del Señor de los ejércitos habrá un pueblo como pasto de la llama, dijo Dios por Isaías: *In ira Domini exercituum, erit populus quasi esca ignis* ², y el hermano no perdonará al hermano, y cada cual despedazará á bocados su misma carne, esto es, Manasés devorará á Efraim y Efraim á Manasés. *Vir fratri suo non parcat, unusquisque carnem brachii sui vorabit: Manassen Ephraim, et Ephraim Manasses* ³. Pero esta satisfacción ¿de qué les sirve, si nace de corazón emponzoñado; si aun este infernal deseo no pueden cumplir á su voluntad, porque se odian unos á otros tan horriblemente, que tienen por ligero el daño que hacen á su prójimo en comparación del que hacer querrian, si pudiesen? Y así muy divinamente añade el Profeta, pintándonos al vivo la desesperación del condenado: Tornaráse á la diestra, y tendrá hambre; revolveráse á comer á la siniestra, y no se hartará: *Et declinabit ad dexteram et esuriel, et comedet ad sinistram, et non saturabitur*.

Confirmación é
labentento: al
ano de hacerse
mal se hartan
los condenados.

por razón.

por testimonio hi-
bético.

VI

Si el aborrecimiento que un condenado mostrará á otro es tan sin consuelo, y causador de tantos infiernos, como condenados se junten, dejo á vuestra consideración el ponderar cómo los atormentará el que tienen á los demonios, principales autores de su ruina. ¡Espectáculo verdaderamente horrendo! Verán ante sus ojos, sin poderlos desviar,

Argum. 5.^o
Compañía de los
demonios.

¹ Epist. ad Demetr.—² Cf. Job, III, 3.—³ Malach., I, 4.

¹ Nahum, I, 1.—² Is., IX, 19.—³ Ibid.

que los mismos que fueron un día los más blandos y lisonjeros en tentarlos, son ya los más fieros é inexorables en martirizarlos; y al contemplarse tan torpemente engañados, ¿quién dirá la rabia de su pecho contra los traidores, y si podrán sufrir su vista, ni oír su maldonado nombre? Y sin embargo de esta aversión, cada condenado verá siempre en derredor suyo á los diablos tentadores, que, como dice Job, vendrán en cuadrilla y arremeterán furiosamente contra él: *Vadent, et venient super eum horribiles*¹, y á todas horas oirán insultos de la boca de ellos, y serán atormentados por la mano de ellos, sin poder vengarse en lo más mínimo, porque allí son los demonios verdugos del condenado, pero el condenado no puede ser verdugo del demonio.

VII

Pero todavía no me parece esta pena tan inconsolable respecto de otra mayor, que les coerá como carcoma las entrañas. Porque los demonios asimismo penan y se despedazan como ellos; por donde, en cierta manera, desfogan los miserables su coraje, si no con el daño que hacen á sus verdugos, con la vista de los tormentos que sus verdugos padecen. Mas ¿qué diremos de la rabia que sienten contra los bienaventurados del cielo, ahogada en sus pechos sin mezcla de ningún alivio? ¡Oh qué tormento tan atroz, tan profundo, tan insoportable, que los hará desatinar y enloquecer! Alzarán los ojos al emíreo, mirarán la celestial Jerusalén desde las sucias ondas del río de Babilonia, y considerando cuán á poca costa lograron sus hermanos la felicidad que ellos han perdido, ¡qué sollozos! ¡qué rechinar de dientes! ¡qué ayes de lo más hondo de su corazón!

Los hermanos de José, con sólo ver á éste más acariciado y regalado de su padre, concibieron tal ojeriza contra el inocente mozo, que propusieron matarle: *Venite, occidamus eum*. Y ¿qué regalos y caricias recibía más que ellos? Una túnica más vistosa, un mirar más amoroso, un beso más

con qué porfiria los atormentas,

(hipótesis)

sin poder tomar venganza.

Argum. 6.^o
De la persona de los bienaventurados.

Propos. menor.
Los reprobos se desfogan como ellos.

demostrao. por los efectos.

por comparacion á los hermanos de José.

tierno y paternal. ¿Qué sentirán, pues, los miserables reprobos viendo junto al trono de Dios y en la cumbre de la gloria, no á un hermano, mas por ventura á su rival, á su enemigo, á aquel que en vida despreciaron como á pobre, ó escarnecieron como á loco, ó escupieron y maltrataron como á esclavo? Este sentimiento les taladra tan hondamente el corazón y enciende en ellos tal saña, que á serles licito escoger, ó subir ellos á gozar en compañía de los santos, ó traerlos consigo á los infiernos, tengo para mí que antes quisieran verlos en los infiernos que no subir ellos á la gloria.

Maravilloso es lo que digo, pero no increíble á quien alcanza el tormento que consigo trae la ponzoñosa envidia. Las otras enfermedades del ánimo tienen por su naturaleza algún remedio; la envidia ninguno, pondera el glorioso Cipriano. *Calamitas sine remedio est odisse felicem*¹: Calamidad es irremediable aborrecer al dichoso y bien afortunado.

Y por el mismo tenor, si reparasteis en ello, queriendo Dios amenazar á Heli un castigo severo y proporcionado á la maldad y desenvoltura de sus hijos, ¿sabéis qué pena le intimó? ¿Acaso que desbarataría su hacienda? ¿que daría muerte á sus hijos? ¿que destruiría su casa y descendencia? No era esto lo que más debía lastimarle. Pues ¿qué fué? Que haría que viese con sus ojos encumbrado en el templo á su rival, cercado de todas las prosperidades de Israel: *Videbis aculum tuum in templo in universis prosperis Israel*². Y, asimismo, ¿qué torcedor hizo á Esaú que prorumpiese en rugidos de dolor, y al rey Saúl que anduviese como frenético, sino ver que no podían estorbar la pujanza y buena dicha de sus émulos?

Pero no quiero buscar pruebas extrañas: fijaos en el rico Epulón del Evangelio de este día, y escudriñad la causa por qué abrasado de sed entre las infernales llamas, y deseando una gotita de agua, pidió que le enviasen á Lázaro: *Mitte Lazarum*. ¿No fuera más decoroso pedir que le llevasen á el adonde estaba Lázaro gozando, que no instar que bajase Lázaro adonde estaba el tan ferocemente atormentado? ¿A qué

por suposición muy dicar.

Propos. mayor.
Mas el tormento de la envidia es atrocísimo.

por autoridad,

por los ejemplos de Heli,

(sustentación)

Esaú,
el Rey Saúl.

el rico acurrido
(sustentación)

(sustentación)

¹ Job, xx, 25.

² Lib. de calam.—¹ 1. Reg., II, 32.

importunar que interrumpiese Lázaro el descanso de que gozaba en el dulcísimo seno de Abraham? ¿A qué molestar al buen mendigo? ¿A qué turbar su sosiego? No os maravilléis, responde San Pedro Crisólogo: lo que pide ese desventurado no nace de nuevo dolor, sino de inveterada envidia; más vivamente le abrasa ésta que no el fuego mismo del infierno: *Zelo magis incenditur quam gehenna* ¹. No puede ver en tanta gloria al que tuvo en menos que sus perros de caza. Y así, cósteos, hermanos míos, que no ansía tanto mitigar sus propios ardores con el refrigerio del agua, como dañar á Lázaro y arrancarle siquiera un punto del bienaventurado seno.

Pesado tormento, añade el Santo, é incendio intolerable, ver á los mismos que aquí hollaron y escupieron, en suma y eterna bienandanza; por esta razón no pide que le lleven á él hacia Lázaro, sino que le traigan á Lázaro hacia sí ². Donde me imagino yo que, si desgraciadamente alcanzara el Epulón al bienaventurado Lázaro, embistiera en él, como perro rabioso ó como toro embravecido, y le estrujara entre sus garras, y por una gotita de agua vomitara de sus entrañas un mar de fuego, y forcejara por traspasar á él, é infundir en sus huesos y en sus venas y en su misma alma, todo el infierno de la suya. Pero que se consuma el gloton, que se retuerza y desespere, que tiempo tendrá para desfogar su saña; porque ni á los glotones es permitido subir al reino de los cielos, ni á los Lázaros llegarse á la sentina de los inmundos glotones; *Chaos magnum firmatum est* ³. Hay entremedio un espantoso caos é impenetrable sima.

[Qué despecho, qué gran coraje experimentarán los infelices viendo que, por más que ladren, por mucho que aúllen y se enfurezcan, serán sus rivales eternamente bienaventurados, y que nunca podrán, en su desesperación, ni aguar la alegría de ellos, ni causarles pesadumbre, ni tocar á un solo cabello de su cabeza, ni turbarles un mo-

¹ Serm. XII, 2.

² Est grave illis malum, est incendium non ferendum, quos hic habere contemptui, videre felices; ideo, non se ad Lazarum, sed ad se Lazarum vult deduci. *Ibid.*—³ Luc., XVI.

mento sus eternas aléluyas! Si esto no es veneno que emponzoña y pudre toda el alma del condenado, no sé qué nombre se merece. La Sabiduría éste le dió, definiendo la envidia: podredumbre de los huesos: *Putredo ossium invidia* ¹.

VIII

Mas este horroroso penar fuéales tormento liviano, si no viesen que todo el cielo hace fiesta y como se saborea en los padecimientos de ellos; y que no solamente los santos y santas de la gloria, no sólo todas las jerarquías angélicas, pero el mismo Dios de la Majestad, se ríe de ellos y hace burla, y desde el alto trono de su realeza omnipotente recibe, mirándolos, soberana complacencia. *Illos autem Dominus irridebit*. El Señor se reirá de ellos, nos anuncia la divina Sabiduría ²; y *Dominus subsannabit eos* ³: El Señor se mojará de ellos, nos declara el Salmista; y el mismo Dios, por estilo aún más amargo, dice en Ezequiel: *Quin et ego plaudam manu ad marium, et implebo indignationem meam* ⁴. Mas ¿qué? (dice): Yo mismo aplaudiré y heriré la palma con la palma y henchiré el cáliz de mi indignación.

Al jugador que pierde no se le puede lastimar más vivamente que refrearse á la cara, mientras él llora de despecho; sólo esta vista le hace patear, y rasgar las cartas, y morder los dados, y dar con la cabeza por las paredes, si no puede revolverse contra su vencedor. Conjeturad por aquí la furia de los condenados, roídos de envidia por la fortuna de sus enemigos y rivales, y viendo á los enemigos y rivales moñándose y riéndose de ellos. Si he de decir lo que siento, esta risa y eterna burla es el mayor suplicio de los réprobos; ni desconfío de representároslo con bastante exactitud, si traéis á la memoria y pintáis en vuestra fantasía la ciudad de Roma en el imperio de Nerón, abrasándose toda y ardiendo como un infierno.

Ya me imagino ver con espantados ojos cómo prende el

¹ Prov., XIV, 30.—² Sap., IV, 18.

³ Ps. II, 4.—⁴ Ez., XXI, 17.

(autoridad.)

Luzgo.

Amplificación por viva comparación.

Lázaro en poder del Epulón.

(impresión)

(antitesa)

(abreimiento)

Compañerías: 8-ual.

Arg. 7.^a
De la petencia de Dios nuestro Señor. Transición.

Prop. mayor. Dios y todo el cielo se reirá y hará eterna mofa de ellos.

por divisiones testamentos.

Propos. menor. Pero esta risa los mortificara más por todos los sentidos.

por semejanzas 2) del jugador y condenado.

3) de los romanos en el incendio de Roma por Nerón.

Descripción oratoria.

fuego en muchos barrios de la ciudad, y cunde y se desparra por todas partes, y descuellan victoriosas las llamas sobre la humilde vivienda del plebeyo y sobre los palacios de los nobles y patricios. Las soberbias torres, trocadas en hachas ó fanales, descubren desde lejos los horrores del incendio. Derrúmbanse con estrépito los altos edificios, en cuya fábrica se agotaron tantos ingenios y se fatigaron tantos brazos. Propágase la llama á las florestas y jardines, á los huertos más hermosos; de allí, chisporroteando, penetra en los graneros públicos y trágase en una hora los frutos de naciones infinitas. Atónita la gente, no sabe qué hacerse ni qué partido tomar. No tienen tiempo de salvar, el pintor sus lienzos, ni el escultor sus mármoles. Las banderas enemigas, los arcos y trofeos, los despojos militares de tantos ejércitos, ó huidos ó desbaratados en cien batallas, todo yace miserable pasto del incendio destructor. Óyense por todas partes confusos alaridos de pequeños, que, cegados por el humo y envueltos en la obscuridad, buscan á tientas el regazo de sus madres; de esposas desavoridas, que ven arder el tálamo conyugal; de sacerdotes, que miran derruirse los sagrados templos; de nobles y caballeros, que contemplan reducirse á pavesas sus magníficos salones; de negociantes y menestrales, que son forzados á ceder á las voraces llamas lo que por codicia rehusaron entregar á los compradores. Y viendo que el incendio se difunde, quiénes huyen atropelladamente por los campos, quiénes se guarecen en las cuevas, quiénes corren hacia el río Tiber, como pidiéndole, con su inmensa vocería, que rompa sus márgenes é inunde como tantas veces la amada é imperial ciudad.

¡Roma! ¡Roma!, ¿quién te ha puesto en este miserable trance? ¿El furor de los vándalos? ¿la barbarie de los godos, ó, lo que me parece más creíble, las furias infernales, desencadenadas de los profundos abismos? No vayas tan lejos á buscar la causa de tu enorme desventura. Ahí está; tu mismo Nerón es el autor de ella. A Nerón has de acudir por remedio, á Nerón has de suplicar, á Nerón refugiar; porque, si el mal admite cura, sólo Nerón puede aplicarla. Mas, cuando acuden los miserables ciudadanos al palacio

de la ciudad incendiada,

(enumeración)

de los miserables ciudadanos.

(distribución)

(imagen)

Nudo por apoteosis;

sustentación;

repetición.

de Nerón, encuéntrale en la torre más alta, que señorea la ciudad, tañendo la cítara y endechando gemidos en son de burla y sarcástico donaire. ¡Oh, qué furor, qué saña tan brava debió encender el pobre pueblo! ¡Roma se está abrasando y Nerón se ríe! ¡Oh, qué bramidos de frenética desesperación, qué alaridos los de aquella infelicísima muchumbre! ¡qué mueras lanzarían contra el príncipe! ¡qué insultos tan atroces! ¡qué ideas tramarian en su irritado corazón! Tengo para mí que se arrojarían muchos desesperadamente en medio de las llamas por no sobrevivir á tanto horror; y si la torre del cruel tirano, donde tañía, no estuviera amurallada y bien cercada de imperiales guardas, ligáraseme que correrían todos á pegarle fuego, ó á derribarla, si no con la batería de los arietes, á fuerza de redobladlos golpes.

Pues tal, pero inmensamente mayor y más frenética, imagino yo la rabia de los réprobos en la infernal Babilonia. Arden en llamas más vivas y penetrantes, que no consumen estrados y salones, joyas y preseas, sino la misma vida; y sus almas son el cebo de que se apacientan, como dijo Isaías: *Erit populus quasi esca ignis* ¹. Y si vuelven los abrasados ojos á aquel Señor altísimo que atiza el incendio, miranle (¿lo diré?), miranle para con ellos, y según el sentimiento de su estado, convertido en su Nerón, no por injusticia, mas por la justísima severidad con que, no sólo no quiere socorrerlos ni compadecerse de ellos, pero que, además, se ríe y golpea la palma con la palma en señal de regocijo: *Plaudit manu ad manum*, con muestras de ineftable complacencia.

¿Sois capaces, hermanos míos, de ponderar la cólera, la furiosa gritería de los malaventurados á vista de semejante escarnio? ¿Abrasámonos, y Dios se ríe? ¿Abrasámonos, y Dios hace burla de nosotros? ¡Oh Dios cruelísimo! Despechados vocearán: ¿Por qué no nos hieres con tus rayos, en lugar de insultarnos con tu risa? Redobla nuestro infierno: aviva, si te place, nuestras llamas; acrecienta su vehemencia y nuestros tormentos; pero no te rías ni saborees en

Desenlace: Nerón tañendo la cítara!

Ampliación de los efectos por conjeturas o

Incremento.

Aplicación de la 2.ª parte;

los réprobos van á Dios mortificados de ellos.

Aplicación de la 2.ª parte, por prosopeya.

paralelismo herético.

¹ Isa., IX, 19.

nuestras penas. ¡Ah risa amarga, más que nuestras lágrimas! ¡Ah gozo funesto, más que nuestros males! ¿Por qué no hay en los despeñaderos del infierno una concavidad tan honda, donde escondernos de la cara de un Dios castigador, que se está riendo de nosotros? Mal nos habló quien dijo que nuestro mayor tormento sería mirar el rostro de un Dios airado; de un Dios riéndose, deberían decir; de un Dios moviéndose de nuestra eterna desventura. Para huir de esa vista, desearíamos que se desecajesen los montes y se desplomasen sobre nuestras cabezas, ó que, rasgándose la tierra, nos sumiese en otro abismo. ¿Dónde están aquí las tinieblas perdurables, y las tempestades tenebrosas, que nos prometió un día? *Quibus procella tenebrarum servata est in aeternum* ¹. ¿Dónde los horrores espantosos? ¿Dónde los días sin sol y las noches sin alborada? ¡Ay menguados de nosotros!, harto vemos lo que nos atormenta; á todo ciegos y sin lumbre, menos para aquello que quisiéramos.

Con estas y semejantes blasfemias se desahogarán los malditos de Dios, y como no podrán, á guisa de los gigantes, mover guerra contra él, la moverán contra sí mismos, y morderán sus lenguas de dolor, como lo vió San Juan en el Apocalipsis: *Commun. tucaverunt linguas suas prae dolore* ², y se comerán las carnes á bocados, y quebrantarán sus dientes, y se mesarán los cabellos, y se desollarán rabiosamente con las uñas, y las hincarán luego en las cuencas de los ojos para arrancarlos de una vez y no ver jamás al que los atormenta con su risa.

Pero, hagan y deshagan cuanto quieran, ello es que por toda la eternidad y mientras Dios durare han de aguantar tan importuna vista; sí, por toda la eternidad y mientras Dios durare. Roma al fin, si se miraba cercada de llamas por arte de Nerón, podía morir Nerón y resucitar ella, como resucitó, de sus cenizas y engalanarse con más espléndidos palacios, y ataviarse con jardines y florestas más hermosas. Pero aquellos malaventurados arderán siempre para más arder, y se consumirán eternamente en aquellas hogueras inmortales, donde, amontonados como en inmen-

¹ Judae, xiii. — ² Apoc., xvi, 10.

sa pira, formarán ante la divina Justicia un sacrificio perpetuo, el humo de cuyas víctimas subirá por los siglos de los siglos: *Fumus tormentorum eorum ascendet in saecula saeculorum* ¹. Por donde, aféandose cada día más y ennegreciéndose los miserables tizones del infierno, y más tostados y más fétidos y espantables, imaginad vosotros en qué blasfemias, cada día más desesperadas, se desatarán sus condenadas lenguas. Ven fenecida toda esperanza de socorro; ven cerrados todos los caminos, comoquiera que Dios mismo, lejos de apiadarse, se ríe de sus miserias. Oiga, quien dudo de ello, las amenazas que hizo Moisés á los reprobados de Dios en figura de los malos israelitas: Como antes se regocijó el Señor sobre vosotros, haciéndoos bien y multiplicándoos maravillosamente, así se alegrará y regocijará destruyéndoos y disipándoos: *Sicut ante laetatus est Dominus super vos, bene vobis faciens vosque multiplicans; sic laetabitur disperdens vos atque subvertens* ².

Veid aquí el postrer mal que he contemplado al visitar hoy la infernal carcelería. Respondedme vosotros y decidme si hay en ella linaje de consuelo. No, ninguno. Con razón es llamado lugar de tormentos, *locus tormentorum*; porque los tormentos están allí como en su centro, y el padecer es puro y el penar acendradísimo y sin mezcla. Cerremos la mazmorra, y, entregadas las llaves del abismo al ángel del Señor, concluyamos espantados con las palabras del espantado Emiseno: *Vae, vae, vae, quibus haec prius experienda sunt quam credenda* ³. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! de los que experimentarán estos tormentos horrosos, antes de haber creído en ellos.

SEGUNDA PARTE

IX

Si habéis escuchado con atención lo mucho y tan atroz que se padece en los infiernos, juzgaréis que todos trabajarán con ahinco por no despeñarse en ellos. Porque si Acab,

¹ Apoc., xiv, 11. — ² Deuter., xxviii, 53. — ³ Hom. ii.

corrección:

imprecaciones
congeladas.

Confirmando por
la devoción eterna
de servir de Dios

por testimonios
sagrados.

primero.

segundo.

Conclusión de
toda la 1.ª parte:

cierra los infi-
ernos:

epitafio de ho-
mor.

Fin de ella: mo-
ver afectos de ter-
ror y penitencia
á vista de la mis-
eranda de los
que se condenan.

con profetizarle Elías castigos tanto menores, sobrecogido de terror rasgóse la vestidura de escarlata, vistióse de cilicio, cubrióse de ceniza y maceró su cuerpo con ayunos, ¿qué deberán hacer los que han oído sobre sí el trueno de tales amenazas? Todos seguramente tornarán á sus casas compungidos y llorosos, correrán á los claustros de las sagradas religiones, se desterrarán inmediatamente á los desiertos de penitencia... ¡Necio de mí! Oso decir, que apenas si tal y tal se encontrará que no haga, con todo esto, lo posible para condenarse. ¡Cuántos hay que preferirán despeñarse en los infiernos, á dejar los tratos torpes en que andan enlazados! ¡Cuántos que se abrazarán con los demonios antes que restituir la hacienda ajena! ¡Cuántos escogerán los infiernos antes que devolver la honra mancillada! ¡Cuántos se arrojarán á las llamas eternas antes que dar paz al enemigo! ¡Cuántos, oh, cuántos!...

¿No recordáis la sentencia terminante y espantosa de nuestro divino Salvador, que es ancho el camino que lleva á la perdición, anchísima la puerta que introduce en los infiernos? ¿Quién es capaz de contar el número sin número de los que diaria y continuamente se condenan? Estaba en la ciudad de París á punto de muerte un noble canceller. Apre- ciábase en extremo el Arzobispo, el cual, viniendo á visitarle en aquel trance, suplicó al moribundo que, si Dios le daba licencia, se le apareciese después de muerto, y le diese noticia del estado de su alma en la otra vida. Prometióselo el agonizante y murió. De ahí á un mes, como estuviese solo estudiando en su aposento el Arzobispo, he aquí que se le presenta ante los ojos su buen amigo, envuelto en un funerarío capuz, en ademán profundamente melancólico y tristísimo. Atónito y fuera de sí quedó á tal vista el Arzobispo. Mas, recobrándose un poco, preguntóle á qué fin había venido del otro mundo.—A cumplir la palabra, replicó la visión, y así os hago saber en el nombre del Señor que estoy en los infiernos condenado á las llamas eternas, parte por mi soberbia, parte por mi sensualidad.—Conjeturad vosotros el asombro y compasión del buen prelado. Preguntóle si podía socorrerle ó aliviarle. Dijo le el condenado que se maravillaba de tal pregunta, pues debía saber que en los

por ejemplo y autoridad humana, del condenado que vio cómo caían las almas en el infierno, á manera de copos de nieve.

infiernos no hay remedio ni sombra de consuelo: *non est qui redimat*. Una cosa, añadió, deseo saber únicamente, y es: ¿cuánto tiempo ha pasado desde mi muerte?—Hoy, puntualmente, se cumplen treinta días, respondióle el Arzobispo.— ¡Treinta días no más!, exclamó el condenado, ¡treinta días no más! ¡Ayl, ayl, ayl! *Vae, vae, vae*.—¿Qué tenéis? ¿qué significan estos ayes? dijo le el Arzobispo.— ¡Ayl, ayl, ayl! malaventurados de nosotros, repuso el infeliz, que pensábamos los condenados todos que estaba muy próximo el día del juicio: *Putabamus quod vicina esset dies iudicii*.—Y ¿por qué?—Porque como caen los copos de nieve sobre la tierra, así caen almas en los profundos infiernos: *sicut nix ruit de coelo, ita animae ruunt in infernum*. Y dichas estas palabras, lanzando un grito horrible, desapareció.

¿Oisteis, hermanos míos? ¿Como copos de nieve, llueven almas en los profundos infiernos! ¿Y no es de temer, por consiguiente, que alguno de los que hoy estamos reunidos en este santo templo sea del número de los desventurados que probará por experiencia lo que por el discurso enoarecemos? ¡Ah! que no se frustrará la amenaza del gran Profeta, denunciando á los hombres que el infierno ha ensanchado su garganta y abierto sin término su boca: *Dilatavit infernus animam suam, et aperuit os suum abque termino* ¹. [Qué boca la del infierno! ¡qué fauces tan anchas y desmesuradas! Y, no obstante, ha menester ensancharlas más. ¿Quién contará, pues, los que se traga cada día? No tienen guarismo ni medida: *aperuit os suum ubique ullo termino*.

X

¿Qué tengo ya más que hacer sino llorar con inconsolables lágrimas la desventura de tantas almas, que, viendo á sus pies abierto el infernal abismo, no se apartan horripiladas, antes se precipitan en sus llamas con temerario atrevimiento? No, hermanos míos, les diré, esforzando mi voz para que llegue á todos los pecadores de la tierra; de-

¹ Is., v, 14.

infiernos no hay remedio ni sombra de consuelo: *non est qui redimat*. Una cosa, añadió, deseo saber únicamente, y es: ¿cuánto tiempo ha pasado desde mi muerte?—Hoy, puntualmente, se cumplen treinta días, respondióle el Arzobispo.— ¡Treinta días no más!, exclamó el condenado, ¡treinta días no más! ¡Ayl, ayl, ayl! *Vae, vae, vae*.—¿Qué tenéis? ¿qué significan estos ayes? dijo le el Arzobispo.— ¡Ayl, ayl, ayl! malaventurados de nosotros, repuso el infeliz, que pensábamos los condenados todos que estaba muy próximo el día del juicio: *Putabamus quod vicina esset dies iudicii*.—Y ¿por qué?—Porque como caen los copos de nieve sobre la tierra, así caen almas en los profundos infiernos: *sicut nix ruit de coelo, ita animae ruunt in infernum*. Y dichas estas palabras, lanzando un grito horrible, desapareció.

¿Oisteis, hermanos míos? ¿Como copos de nieve, llueven almas en los profundos infiernos! ¿Y no es de temer, por consiguiente, que alguno de los que hoy estamos reunidos en este santo templo sea del número de los desventurados que probará por experiencia lo que por el discurso enoarecemos? ¡Ah! que no se frustrará la amenaza del gran Profeta, denunciando á los hombres que el infierno ha ensanchado su garganta y abierto sin término su boca: *Dilatavit infernus animam suam, et aperuit os suum abque termino* ¹. [Qué boca la del infierno! ¡qué fauces tan anchas y desmesuradas! Y, no obstante, ha menester ensancharlas más. ¿Quién contará, pues, los que se traga cada día? No tienen guarismo ni medida: *aperuit os suum ubique ullo termino*.

X

¿Qué tengo ya más que hacer sino llorar con inconsolables lágrimas la desventura de tantas almas, que, viendo á sus pies abierto el infernal abismo, no se apartan horripiladas, antes se precipitan en sus llamas con temerario atrevimiento? No, hermanos míos, les diré, esforzando mi voz para que llegue á todos los pecadores de la tierra; de-

Confirmación

(áfecto de lastimura)

por otros testimonios.

(imagen)

Arg. 9.^a á Punición.

Afectos de compasión y de terror

Comunicación patética y parafrástica

teneos, no paséis adelante; y si porfiáis en despeñaros en la horrenda sima, respondedme, os ruego, á la pregunta que os hago con las palabras de Isaías: *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? Quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis?*¹ Decidme, amadísimos oyentes, y nadie salga de este sagrado templo sin haber satisfecho á mi demanda. ¿Quién de vosotros, torno á decir, podrá morar con los ardores sempiternos? ¿Qué respondes, mujer vana y delicada, tan solícita en regalar tu carne: podrás morar con los ardores sempiternos? No puedes sufrir ahora una picadura de alfiler, que apenas enrojece la piel y tan ligeramente te lastima: ¿cómo podrás sufrir las horribles carnicerías que te están aparejadas en el infierno, cuando sus atormentadores te azoten, te desuelen y atencen las carnes, te desmiembran y quebrantan tus huesos y los desmenucen con eterna crueldad? ¿Qué respondes, hombre comodón y enemigo de la mortificación de Jesucristo: cómo podrás morar con los ardores sempiternos? No puedes sufrir ahora la vista de un pobrecito, luego te da asco su miseria y desaseo. Dime, pues: ¿podrás aguantar el abominable hedor de la infernal sentina, adonde desagua toda la podredumbre de este mundo, con las pestilentes exhalaciones de sus estanques de pez y piedra azufre, que te sofocarán y ahogarán con bascas inmortales? ¿Qué respondes tú, ¡oh cristiano!, tan indevoto y desasosegado en la misma iglesia: podrás morar con los ardores sempiternos? No tienes paciencia para estar una hora en el acatamiento de Dios sin que vaguen los ojos, y bullan y se descompongan los pies, y se desmande la lengua en continuas parlerías: ¿parécete, si podrás permanecer por los siglos de los siglos, no digo sentado ó de rodillas, sino extendido sobre caballetes de hierro, ó enclavado en sillas hechas ascua, y á las orejas el insultante aullar de los demonios? Y tú ¿qué respondes, ¡oh glotón y bebedor!, qué dices, ¡oh desenguado! Y tú, joven atrevido y acostumbrado á dar siempre rienda suelta á tus pasiones, dime, te ruego: ¿podrás morar con los ardores sempiternos? *Quis habitabit ex vobis*

por distribución y comparaciones á sentir.

la mujer liviana.

(antítesis)

el que regalaba.

el distraído en la iglesia.

el glotón y bebedor.

el sensual.

¹ Is., xxxiii, 14.

cum ardoribus sempiternis? ¿Quién de vosotros?, respondedme, hermanos míos.

Pero... ¿por qué me derramo en la reprehensión de los demás? A mí, á mi debiera hacer esta pregunta; á mi que, si bien soy religioso, pues de tal es el hábito que llevo, pero tan inmortificado, tan impaciente y voluntarioso persevero, como lejos del espíritu de penitencia que mis muchos pecados merecían. Si no sé estarme un rato devoto y recogido á los pies de mi Señor crucificado; si soy tan amigo de mis comodidades; si miro tanto por mi propia estima, ¿cómo podré, desventurado de mí, estar por toda la eternidad á los pies de Lucifer; comoquiera que los pies de Lucifer es el lugar aparejado para mí y para todos los que, haciendo profesión de ayudar á los demás á santificarse, y habiendo recibido á este fin de Dios nuestro Señor tanta luz sobrenatural, tanto conocimiento de las cosas divinas, tantas mercedes y regalos, no correspondieron á su alta vocación ni ajustaron las obras á la grandeza de sus votos y juramentos?

Perdón, Señor, perdón y misericordia, que no hay ninguno de nosotros capaz de padecer los tormentos del infierno. Pésanos de haberos ofendido; confesamos en vuestro acatamiento que somos grandes pecadores, que hemos obrado mal y perversísimamente y quebrantado todos vuestros mandamientos: *Peccavimus, impie egimus, inique gessimus in omnibus iustitiis tuis*¹; y tanto hemos pecado, que no osamos pedirnos que no nos castigéis. Castigadnos, Señor, castigadnos como queráis, que bien merecido lo tenemos: *Redde retributionem superbis*²; pero, por vuestra inmensa bondad, infierno! Su solo nombre nos llena de horror y hácenos estremecer las carnes. No por nuestros merecimientos, mas por los de vuestra sangre preciosísimas, os suplicamos, Señor, que nos libréis de los incendios sempiternos. Azotadnos, Señor, pero sea en el juicio de vuestra misericordia, no en el furor de vuestra justicia: *Corripé nos, Domine, verumtamen in iudicio, et non in furore tuo*³. Henos rendidos á vuestras plantas soberanas y dispuestos á pagar en esta vida

Corrección terzísima, y

acatación á sí propio.

Deprecación fervorosa de dolor.

Vengan trabajos con tal que nos libren del infierno.

por expoliación y

similitudencia.

¹ Baruch, ii, 12. — ² Ps. xciii, 2. — ³ Jer., x, 24.

nuestras culpas, con todo el rigor que á Vos pluguiere. *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in aeternum parcas.* Castigádnos en este mundo, azotádnos, atribuládnos cuan pesadamente queráis; no nos perdonéis aquí, como nos perdonéis eternamente. Enviádnos pobreza, mas perdonádnos eternamente; enviádnos deshonras, mas perdonádnos eternamente; enviádnos enfermedades, mas perdonádnos eternamente; enviádnos todas las cruces, todas las penalidades del mundo, mas perdonádnos eternamente: *Hic non parcas, ut in aeternum parcas.*

Y ¿qué haremos de nuestra parte, hermanos míos, para recabar del ultrajado Señor tan gran merced? La respuesta está á la mano. Penitencia, cristianos, penitencia. Cercenar los juegos y diversiones, tener á raya los apetitos de la carne, declarar todos los pecados á un legítimo confesor, borrarlos con fervorosas lágrimas, satisfacer por ellos con ayunos, redimirlos con limosnas y obras de misericordia. Si esto hacemos, Dios se apiadará de nosotros y nos perdonará para siempre.

¿Hay quien se niegue, quien rehuse, quien no quiera echar mano de estos medios de salvación? Rehúselo en hora mala. Yo me volveré á Dios y le diré que de mi parte he satisfecho á mi sagrada obligación. ¿Qué más resta que hacer? He tocado lo que más podía conmover el corazón de un cristiano. He agotado todas mis fuerzas, faltame el aliento, siento el cuerpo todo bañármese en copiosísimo sudor. Si hay alguien todavía tan loco y sin seso que porfie en condenarse, que se condene, perezca en hora mala, no le neguemos el cumplimiento de su maldita voluntad. *Interceat in saeculum saeculi*¹; dejémosle caer de precipicio en precipicio, entregado á su réprobo sentido; dejémosle reir y desbocarse cada día más hasta la muerte; y si en aquel trance, por ventura, llegare á abrir sus ojos y reconocer el yerro de su vida, que no le aproveche su desengaño. Clame á Dios el infeliz, y Vos, enojado, no les respondáis; pidaos tiempo de penitencia, y Vos negádselo al insolente; pidaos misericordia y compasión, y Vos, sordo, no se la otorguéis.

¹ Ps. xcii, 8.

¿Tenéis acaso necesidad, para llenar las sillas del cielo, de andar en pos de las almas contumaces que huyen de Vos? Dejadlas, pues, dejadlas que se pierdan como merece su ingratitude, que son indignas de vuestros favores: *In tempore furoris tui abutere eis*¹. En el día de vuestra saña os burlaréis de ellos.

Y si tanto os apremia vuestra bondad que deseáis á todo trance derramar abundantemente vuestras gracias, mirad con ojos misericordiosos á tantos de mis compungidos oyentes que, vueltos hacia Vos los corazones, os piden perdón de sus pecados. Haced que crezca como el mar su quebranto y contrición, la cual ya brota impetuosamente de sus ojos, hechos fuentes de lágrimas; dad oídos á sus ruegos, no desechéis sus fervorosas súplicas. Y así demostrad á todo el mundo, con relevante ejemplo, cómo realmente habéis puesto en manos de los hombres el agua y el fuego: *Apposui tibi aquam et ignem*². ¿Qué resta, pues, sino que elija cada uno lo que quiera? *Ad quod volueris, porrige manum tuam.* Ó llorar por breve tiempo con los penitentes, veis aquí el agua de la contrición; ó arder eternamente con los condenados, veis aquí el fuego de la Justicia divina.

¹ Jer., xviii, 25. — ² Eccli., xv, 17.

Misión de reprobata parte: penitencia.

¿Hay quien se niegue?

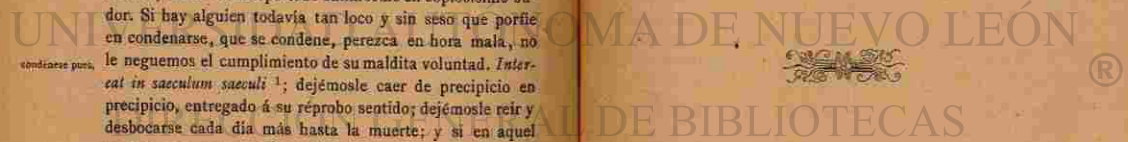
en vano me he casado.

condenase para.

motos de terror y

misericordias y contrición.

llago por dilema.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOCUARTO

¡Pluguiese á Dios que este lenguaje divino y esta predicación robusta y apostólica tuviese fervorosos imitadores, que ya con el temor de las eternas llamas, ya con la esperanza de los gozos eternos, atasen nuestras manos para el vicio y nos impeliesen con suave fuerza á la virtud! Sabía SÉNBERG que gloria y pena, castigo y galardón son las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana; son los dos remos de esta navegación; son las dos principales espuelas con que se anda este camino; porque, como bien dice el venerable Granada, «es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda, si no viene, ó apremiada con castigo, ó acompañada con provecho»¹. Por esta causa, el bienaventurado San Francisco en su Regla, Santo Domingo y San Ignacio en las suyas, todos con un mismo espíritu y casi con unas mismas palabras, mandan á sus predicadores que no prediquen más que vicios y virtudes; pena y gloria; lo uno para enseñarnos á bien vivir; lo otro para inclinarnos al deseo de bien vivir.

Del infierno habla nuestro orador ya de propósito, como en este lugar, ya de pasada en otros infinitos, mayormente en las peroraciones, juntándolo con la consideración de la gloria; porque, no tratar nunca ó secamente del infierno, tenialo el apostólico varón por una especie de crueldad respecto de las almas que se despeñan en él, porque no hay quien les dé voces y las aparte del precipicio; por una traición hecha al sagrado ministerio; por una cobardía y apocamiento vil con que teme contristar al auditorio, anunciándole estas verdades, al sentido tan desabridas; por una oculta blasfemia contra Dios, á quien calladamente juzga por injusto en castigar á los malos; por un agravio á nuestro Señor Jesucristo, que en su Evangelio nos recuerda tantas veces aquel fuego eterno, aquellas tinieblas exteriores, aquel llorar y crujir de dientes. ¿Y de qué artificio se vale para

convencer los entendimientos, conciliar los ánimos, mover los corazones? Veámoslo.

Arte de convencer. El fin que se propone es inclinar los corazones á que abracen la penitencia y reformen las costumbres; y para ello se sirve como de medio principal de la consideración del infierno. En orden á este fin hace revolver toda la argumentación sobre este silogismo:

No hay remedio: ó infierno, ó penitencia.
Pero no querréis ir al infierno, porque es un mal terribleísimo, sin mezcla de bien alguno.
Luego forzoso es que hagáis penitencia.

La proposición mayor se expone en el exordio, la menor se demuestra en la primera parte, y la conclusión se dilata en la segunda.

Para probar que el infierno es un mal terribleísimo, sin mezcla de ningún bien, considera primero las causas del infierno: la eficiente, que es la justicia de Dios ofendida; la moral, que es el pecado, de malicia y gravedad como infinita; la material, que es el fuego y demás tormentos de los condenados. De aquí pasa á las circunstancias de esos mismos tormentos, sin ningún alivio; del tiempo que durarán, que será para siempre; de las personas que rodean, ó atormentan, ó miran á los réprobos. Rodéanlos otros condenados, atormentanlos los demonios, miranlos los bienaventurados del cielo, y sobre todo la majestad de Dios.

¿Y cómo saca de ahí que el infierno es un puro penar, sin mezcla de consuelo? Con una fuerza de argumentación y con razones tan bien dispuestas, que se ve un forzado á exclamar con el orador al final de la primera parte: «¡Ay, ay, de los que experimentarán estos tormentos horrosos, antes de haber creído en ellos!» Comienza, pues, por las razones más fuertes hasta la conclusión del párrafo tercero; descansa un poco en los tres siguientes, para proseguir con nuevos bríos en el séptimo y octavo, en esta forma:

Argumento 1.º Cuan grande es la misericordia de Dios, tan grande es necesario que sea su justicia; como por la grandeza de un brazo sacamos la del otro.

Pero las obras de la divina misericordia son tan espantables, que el mundo las tuvo por locura:

Luego también lo han de ser las de su justicia. (§ II). Vide Granada. *Guía de pecadores*, lib. I, cap. X, donde se amplifica este argumento.

Arg. 2.º Por más que se castigue el pecado mortal, siempre será poco, porque su malicia tiene cierta infinitud: Luego en el infierno no hay refrigerio alguno. (§ II.)

¹ *Guía de pecadores*, lib. I, cap. 7.

Arg. 3.º Los condenados no tienen siquiera el consuelo de poder matarse, y así morir de una vez: Luego el infierno es puro penar. (§ III.)

Arg. 4.º Ese vivir muriendo, ese puro padecer, ha de durar por toda la eternidad de Dios: Luego en el infierno no hay sombra de bien, ni rayo de esperanza. (§ III.)

Este argumento se amplifica en el párrafo IV con una comparación *a minori* de lo que enfada cualquier regalo, si se prolonga de demasiadamente; y esta prueba sirve de confirmación de la anterior, y de transición a la siguiente:

Arg. 5.º El único consuelo pudiera ser la compañía de tantos...

Mas esto, lejos de aliviar las penas, las acrecienta horrorosamente:

Luego el infierno es un puro padecer. (§ V.)

Argumento que se corrobora en el párrafo VI con la ponderación de lo que padecen de sus atormentadores los demonios; y, alzando el orador sus ojos al cielo, saca de allí otros dos argumentos poderosísimos con que cierra la segunda parte, y con ella las puertas del infierno.

Arg. 6.º La envidia es uno de los tormentos más atroces é irremediables.

Pero los réprobos sienten entrañable envidia á los bienaventurados del cielo, sin mezcla de ningún alivio, porque jamás podrán derribar á sus rivales:

Luego el infierno es un mal sin mezcla de bien alguno. (§ VII.)

Arg. 7.º Dios se reirá y mofará eternamente de los condenados.

Pero esta risa es más atormentadora que todas las demás penas y tormentos:

Luego el padecer de los condenados es puro padecer. (§ VIII.)

Arte de conmovet y doblegar los ánimos. El primero y principal artificio que emplea para infundir horror al infierno, y por ahí al pecado, que es el afecto que se propone despertar, es hallarse el mismo profundamente conmovido. Después de larga meditación, aterrado con el pensamiento de aquel *jamás, jamás, jamás*; pasmado, temblando y como fuera de sí, al ver á los hombres encenagados en vicios y sin hacer penitencia de sus culpas, prorrumpe en este grito de compasión y de espanto: *Hermanos míos: ó infierno ó penitencia. ¿A qué tanto vocear y fatigarse los ministros de Dios*

para reducir á los pecadores? Y torna á exclamar con igual fuerza: *Ó infierno ó penitencia.*

Heridos los oyentes con este rayo y con la invocación á Dios pidiéndole las llaves del abismo, pasa á pintar cuanto puede causar horror en hombres carnales y regalados. ¿Qué es la cosa que á éstos más aterra? El padecer, y al mayor padecer más horror sienten. Luego el horror será sumo, si el penar se les representa como sumo, y tal es el que abarca todo linaje de tormentos y por toda una eternidad. Lo arduo de esta empresa consiste en que los oyentes palpén de cerca y casi experimenten en sí ese eterno padecer, ese abrasarse mientras Dios fuere Dios, sin que Dios se compadezca de ellos, antes todo lo contrario. ¿Y cómo lo alcanza el orador? Por medio de lo que llaman *visiones* los retóricos.

De ellas está empedrado, ó, por mejor decir, iluminado todo el discurso, porque sabía SÉNARI que el orador que mejor sabe concebir y expresar estas *visiones*, ése es el rey de la palabra, ése el más potente para mover los afectos. *Has (visiones) quisquis bene conceperit, is erit in affectibus potentissimus*, afirma Quintiliano: ¹ Y es posible presentar las cosas ausentes, como si se viesén con los ojos? «Por ventura, responde el mismo Fabio, si quiero llorar la muerte de un hombre, ¿no puedo imaginarme lo que probablemente sucedió en aquel acto? ¿No veo acaso cómo le asalta el asesino, cómo se asusta el otro y se estremece? ¿Gritará, rogará, echará á huir? ¿No le veo descargar el golpe y caer herido? ¿No miro con horror cómo corre la sangre, y palidece el rostro, y lanza un gémido y da la última boqueada? A esto se sigue lo que los griegos llaman *éπιφάνεια*, y Cicerón *ilustración y evidencia*, la cual más parece que muestra que no que habla: de ahí nacen los afectos no con menor fuerza que si nos halláramos presentes.» Mas ¿cómo pintaremos cosas que ni ojo vió, ni oído oyó, ni caben en entendimiento criado, cuales son las penas del infierno? Aquí luce y campea el cristiano orador. La fe guía sus pasos y alumbrá aquella región de tinieblas; los profetas le dan los colores, y el celo de las almas es el artífice que va pintando en el corazón de los oyentes una imagen, aunque imperfectísima, del infierno, la cual tiene fuerza para librarnos de él y llevarnos al paraíso.

Dos son las principales *visiones* en la primera parte. La una para hacer sentir la idea abstracta de la eternidad, y el perpetuo luchar con la muerte, sin jamás matarla ni jamás ser muertos por ella, lo cual corresponde á la *pena* que

¹ Inst., vi, 2.

llaman de **sentido**. (§ III.) La segunda, para que vean y experimenten qué es ser apartados de Dios y de su dulce presencia, sin piedad en él, antes con placer y gusto de su divina Majestad, que es la que dicen **pena de daño**. (§ VIII.)

¿Qué cosa más para horrorizar que la primera, donde los condenados buscan la muerte y no la hallan? ¿Qué efecto ha de producir aquel *jamás, jamás, jamás*, en que se pierde la imaginación, sino el que expresa el orador con aquella exclamación: «Hermanos míos, ¿no os tiemblan los huesos, no se os erizan los cabellos de horror y las carnes se estreñecen de solo pensar en la eternidad del infierno? ¿Qué corazón no se rompe de espanto, qué entendimiento no se asombra...? Y aun más natural y penetrante es el otro grito de: «¡Oh trueno espantoso! ¡oh torbellino abrasador de la cólera divina! ¿Cómo esta voz eternamente, mientras Dios fuere Dios, no nos turba el seso y hace reventar el corazón? Grutas de los montes, cuevas y soledades del desierto, ¿dónde estáis, desventurado de mí, que deseo sepultarme en vuestras horribidas concavidades, donde no vea ni faz de hombre, ni rayo de luz, y solo, y desparvorido, y temblando, lloraré conmigo, repitiendo: Eternidad, eternidad, hasta que comprenda qué quiere decir padecer en los infiernos por toda la eternidad de Dios?»

Este horror saludable me recuerda el que producen estas mismas palabras dichas por el célebre predicador de Portugal P. Sebastián Barradas, de nuestra Compañía. Hacía estremecer el auditorio cuando exclamaba: Eternidad, eternidad. Otras veces repetía con igual pavor: ¡Oh momento del cual pende la eternidad! Repetía muy á menudo y con grande energía: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. Y luego, recordando las eternas llamas y el eterno crujir de dientes, exclamaba otra vez, que parecía un trueno: Eternidad, eternidad; y con tanto espíritu, que, á los que no convenía, dejaba tan amedrentados, que les parecía tenían ya sobre sí el juicio de Dios. La misma impresión hacían sin duda pronunciadas por SÉNTERI; y ¿á cuántos arrancaría del siglo para encerrarse en los claustros? Del P. Barradas sabemos que pobló las religiones de manebos ilustres, de aventajados estudiantes, de famosos catedráticos; y el año de 1592, predicando en Coimbra de la vanidad del mundo y de la pavorosa eternidad, movió á tantos jóvenes á abrazar el estado religioso, que dijo el guardián de San Francisco: «O los superiores de la Compañía manden que no predique el P. Barradas, ó recíbanse ellos los que nos vienen á pedir el hábito, porque no hay sustento para tantos».

Acerca de la otra **visión**, Nerón tañendo la citara mientras arde Roma, Dios mofándose y riéndose de los condenados que se abrasan en vivas y sempiternas llamas, es la más horrorosa y verdadera que se podía imaginar para hacer sentir en algún modo la **pena de daño**, sobre todas las demás terribilísima. Porque **tres actitudes** podía el orador representar en Dios respecto de los condenados. La primera, de un desvío ó desdén eterno, como quien los aleja de sí y olvida para siempre; actitud que podríamos llamar **negativa**. La segunda, de ira y enojo, como quien toma venganza de los ultrajes recibidos y manda al fuego que abraze, y á los demonios que atormenten, y á la muerte que mate sin acabar de nunca matar; esta actitud se puede llamar **vengadora ó vindicativa**. La tercera, que puede llamarse **vencedora ó beatífica**, de triunfador que tiene á sus pies al enemigo rebelde, y sin más pasión ó afecto que el de inmenso júbilo, se mofa de él y deshace toda su hinchazón y altanería.

¿Cuál de las tres había de adoptar nuestro orador? No la primera, porque á los oyentes, hombres mundanos y terrenos, qué les importa estar eternamente alejados de Dios, á quien ellos menosprecian? No la segunda ó **vindicativa**, porque ver á Dios enojado, alterado, apasionado, parece que sería á los réprobos de algún alivio; y se ha de probar que en el infierno no le hay, sino que es puro padecer. Luego la tercera es la **más á propósito** para el fin de este discurso, sobre ser la **más digna de Dios**, y la **más justa** para castigar á los pecadores.

Digo la **más digna de Dios**, porque siendo no sólo feliz y bienaventurado, antes la misma bienaventuranza esencial y piélagos infinito de felicidad, no cabe en él sombra de dolor, ni rastro de pasión ó alteración. Todo en Dios es gozo, paz, contentamiento. Gózase al ver cada cosa en su lugar, á los buenos en el cielo, á los malos en el infierno; gózase contemplando la perfección de su justicia, y á todas sus criaturas premiadas ó castigadas conforme á sus méritos ó deméritos; gózase, en una palabra, del orden del universo.

Es la pena **más justa y adecuada** al pecador; porque, si éste se rió y mofó de Dios, menospreciando sus mandamientos, justo es que Dios se ría y mofe de él. ¿Cómo? Lo primero castigándolo reciamente y arrojándolo de sí, como horra del mundo y baldón del universo; lo segundo, echándole en cara su ingratitude y villanía, como lo hará el día del juicio con los que no se compadecieron de los pobres; lo tercero, gozándose de la justa pena que padece, y haciendo que se gocen también los ángeles y santos del cie-

lo, según aquello de San Juan: Regocíjate, oh cielo, en la ruina de Babilonia; alegras, santos apóstoles y profetas, porque Dios ha sentenciado contra ella, según vuestro juicio¹. Lo cuarto, entregándolo á sus mayores enemigos los demonios, que lo maten y triturén y juntamente le baldonen y escarnezan.

Luego los críticos que han calificado este pasaje de violento y extremado, ó lo entendieron mal, parándose sólo en la corteza, y fijándose más bien en la repugnante figura de Nerón, que en el alto sentido y pensamiento del orador, ó no supieron de elocuencia ni de justicia de Dios. Por ventura se dejaron arrastrar del sentimentalismo de nuestra época, que, dando rienda á todas las pasiones, se forja un Dios á su talante, y nos le presenta, ó indiferente á nuestros desórdenes, con que le quita la providencia, ó sin voluntad y sin fuerza para vengar sus agravios, con que niega su justicia. Lean los tales como insulta y se mofa Dios del impío rey Baltasar, por boca de Isaías, en los capítulos 13 y 14, y de la ciudad de Tiro en todo el capítulo 28 de Ezequiel, y de Parafó y Egipto en los capítulos 29 y siguientes del mismo Profeta; y confíesén con San Agustín: «Tú eres, Señor, justísimo y poderosísimo; estable y sin mudanza; amas, y no te apasionas; tienes celo, mas sin zozobra; te arrepietas, mas sin dolor; te enojas, mas sin perder la tranquilidad»².

Pero donde triunfa SENERI de los corazones más obstinados es en la segunda parte; dignísima de estudio por la variedad de sentimientos que conmueve, por la gradación y encadenamiento de los afectos, por la suma naturalidad de las transiciones, por el fuego que brota de todas y cada una de sus cláusulas. Véase el orden de los afectos, y cómo de unos nacen los otros y se encienden y propagan á manera de chispas en regueros de seca pólvora.

Esperanza. «Si habéis escuchado con atención lo mucho y tan atroz que se padece en los infiernos, juzgaréis que todos trabajarán con ahínco por no despenarse en ellos... Todos, seguramente, tornarán á sus casas compungidos y llorosos, correrán á los claustros de las sagradas religiones...»

Desengaño y dolor, que sirve de arraigar la esperanza. «Necio de mí!... ¡Cuántos hay que preferirán sepultarse en los infiernos, á dejar los tratos torpes en que andan enlazados! ¡Cuántos que se abrazarán con los demonios...!»

Horror y miedo de que algunos de los oyentes se condenen, porque es muy ancho el camino que lleva á la perdi-

¹ Apoc., xviii, 20. — ² Lib. 1. Confes., cap. 4.

ción: «¿No recordáis la sentencia terminante y espantosa de nuestro divino Salvador...? Como caen los copos de nieve sobre la tierra, así caen almas en los profundos infiernos. ¿Y no es de temer que alguno...?»

Exhortación, que entraña afectos de ternura y de pismo. «¿Qué tengo ya más que hacer, sino llorar con inconsolables lágrimas?; deteneos, no paséis adelante... Decidme, ¿quién de vosotros podrá morar con los ardores sempiternos? ¿Qué respondes, mujer vana y delicada...?»

Confusión y vergüenza de sí mismo. «A mí, á mí debiera hacer esta pregunta; á mí, que si bien soy religioso..., pero tan inmortificado, tan impaciente y voluntarioso... Si no sé estarme un rato..., ¿cómo podré, desventurado de mí, estar por toda la eternidad á los pies de Lucifer...?»

Pesar y arrepentimiento. «Perdón, Señor, perdón y misericordia... Castigadnos, Señor, castigadnos..., pero no nos condenéis á las penas del infierno. ¡Oh infierno, infierno!, tu solo nombre nos llena de horror... Enviadnos pobreza... deshonras... enfermedades, mas perdonadnos eternamente.»

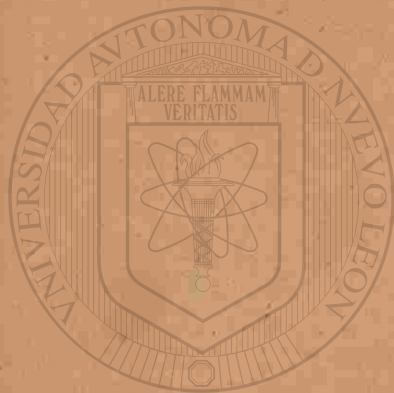
Exhortación más práctica y fin de todo el discurso. «¿Y qué haremos de nuestra parte, hermanos míos...? Penitencia, cristianos, penitencia. Cercenad los juegos..., tener á raya los apetitos de la carne, declarar todos los pecados...»

Imprecación contra los que aún resisten, y que acaba de ablandar los corazones. «¿Hay quien se niegue á echar mano de estos medios de salvación?... He agotado todas mis fuerzas, faltame el aliento... Si hay alguien... que porfie en condenarse, que se condene. Dejémosle caer de precipicio en precipicio.»

Conclusión de misericordia. «Y si tanto os apremia vuestra bondad, mirad con ojos misericordiosos á tantos de mis compungidos oyentes... Haced que crezca, como el mar, su quebranto y contrición, la cual ya brota impetuosamente...»

La elocución es propia y se revuelve con facilidad, porque sabía lo que dicta la misma naturaleza y confirma la retórica. ¿Quién puede sufrir, exclama Quintiliano, á uno que se indigna, que llora, que suplica con antitesis rebuscadas, con frases cadenciosas, con ritmos asonantados y simétricos? Aquí el cuidado de las palabras disminuye el crédito á los afectos, y, dondequiera que se ostenta el arte, parece que falta la verdad. *Quis ferat contra positos et pariter cadentibus et consimilibus tracentem, flentem, rogantem? cum in his rebus cura verborum derogat affectibus fidem: et ubi cum que ars ostentatur, veritas abesse videatur*¹.

¹ Inst., ix, 5.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DISCURSO DÉCIMOQUINTO

DE LAS DIVINAS AMENAZAS

Malos male perdet.
A los malos destruirá miserablemente.
(MARC., xxi, 47.)

EXORDIO

Es obstruido. De las circunstancias de la ciudad de predicar.

Y para denunciar castigos á una ciudad tan ilustre y benemérita ¡he de levantar mi voz desde esta cátedra sagrada? No, Dios mío. Si queréis que os sirva de profeta Jonás, enviadme, os ruego, á una Ninive; enviadme á otras ciudades nefandas, á otros pueblos prevaricadores y sacrilegos, que yo correré al punto gustosísimo, y predicaré con apostólica entereza (no lo dudéis, Señor) vuestros enojos y venganzas. Mas, comoquiera que me habéis enviado á una ciudad tan católica y ferviente, ¿qué he de hacer sino desear para ellos todo linaje de prosperidad y bienandanza, vida larga, tiempo bonancible, cosechas abundantes? Así querría yo que sucediese; esto pido á Dios nuestro Señor, que os dé siempre del rocío del cielo y la grosura de la tierra.

Las amenazas de Dios deben hacerse á pueblos prevaricadores!

(apóstrof.)

(optativo)

®

Pero ¿quién me asegurará? ¿quién disipará mis temores? (subtitución.)

Veo con lágrimas que la iniquidad se propaga por todas partes, y cunde furiosamente, y se derrama sin cesar, y señorea las cumbres más altas y privilegiadas; y así temo, ¡oh amadísima ciudad!, temo que llegue á tus puertas y suban tanto tus pecados, que enciendan contra ti las iras del muy alto. Comoquiera que sea, heme aquí intimándote en nombre del Señor, que á los malos castigará reciamente y los destruirá: *Malos male perdet*. No mires á la antigüedad de tu

Si tú lo eres, razón tienes de temer.

por comparación
a míself.

origen, ni atiendas al lustre de tus antepasados, ni fíes en la cantidad de tus mayores; porque ley es de la justicia divina que el pecador lleve la pena de su yerro.

Jerusalén. 1.ª parte.
10.º Qué hizo Dios por ella.

¿Qué ciudad un tiempo más acepta á los ojos de Dios que la hermosa Jerusalén? Habiasele plantado él mismo como su viña de recreo en los amenos collados de la risueña Palestina; dióle por cercados sus preceptos, y por guarda y valladar su protección; limpióla de las espinas y malezas de cananeos, de amonitas, de amorreos y otras gentes, que la afligían y asolaban; levantó por torre y atalaya su santo templo; añadió como lagar sus altares y sacrificios, y no aborrió, finalmente, para embellecerla ni costa de dinero ni primores de artificio, hasta poder decir su Majestad: ¿Qué otra cosa debí hacer con mi viña y no la hice? *Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci?*¹

2.ª parte.
Causa de su ruina: a despreciar las amenazas de Dios.

¿Y qué es hoy de la hermosa Jerusalén? ¡Id y vedlo con vuestros ojos. Poco menos que zarzales y malezas. ¿Y por dónde le vino tal asolamiento? Por no dar crédito á las amenazas del Señor: *Malos male perdet*: á los malos castigará reciamente. ¿A qué tanto amenazar? No vendrá el mal sobre nosotros: *Neque veniet super nos malum*². Estas arrogantes palabras tenían siempre en los labios, ya en tiempo del profeta Jeremías, los incrédulos judíos. ¡Bah! ¡Nuestros profetas hieren el viento y dicen lo que se les antoja! *Prophetae fuerunt in ventum locuti*³. Espantarnos quieren y aterrorizarnos con sus fatídicas predicciones; griten en buen hora, y nosotros holguémonos, divirtámonos, regocijémonos... ¡Ah contumaces israelitas! ¡Ah gente desatentada! Por ventura sobre gente tan loca ¿no se vengará mi alma?, dice el Señor: *Nunquid super gentem hujusmodi non ulciscetur anima mea, dicit Dominus?*⁴. Esperad un poco, que suelte Dios la represa de su indignación, y veréis si hieren el viento sus profetas.

poa dialogismo:

transición:

impresión:

corrección:

Mas ¿para qué alegar ejemplos extraños y remotos? No faltan en la cristiandad quienes menosprecian á Dios y le tienen como Dios de palo, incapaz de tomar venganza de sus ultrajes, diciendo continuamente: No vendrá el mal so-

¹ Is., v. 4. ² Jer., v. 12. ³ Ibid., 13. ⁴ Ibid., 29.

bre nosotros: *Neque veniet super nos malum*. Quiero, pues, confundir á estos incrédulos; ¿sabéis cómo? Denunciándoles en nombre de Dios, grandemente enojado por su insolencia, que si no hacen caso del trueno de sus amenazas, pronto descargará la tempestad de su ira.

Proposición por metáfora: Dios castiga á los que desoyen sus amenazas.

PRIMERA PARTE

II

Arg. 1.ª
Por inducción de ejemplos antiguos.

Uno de los mayores argumentos que por ventura hay de la infinita misericordia de Dios son, á mi entender, las terribles amenazas con que acostumbró su Majestad poner espanto en los desalmados pecadores. Porque ¿qué otra cosa pretende con ello, sino dar plazos para que se conviertan y vivan? Pocas ganas tiene de herir quien gasta tanto espacio en amenazar. Por donde bien dijo el que dijo que la amenaza es un escudo del amenazado, puesto que le da tiempo ó para escapar huyendo del peligro ó para resguardarse y precaverse. En confirmación de lo cual dice maravillosamente San Agustín: que si Dios nos quisiese castigar, no nos avisaría tantos siglos antes. Forzado, y á más no poder, toma venganza quien tan anticipadamente nos señala el camino por donde podremos escapar; porque no te quiere herir quien te grita en alta voz: guárdate, guárdate¹.

Dios amenaza para no castigar, pero castiga á los que menosprecian sus amenazas. Luego.

2.ª parte del argumento por autoridad:

Conforme á esta ley regaladísima de su providencia, ningún castigo leemos haber enviado sobre la tierra que no precediese antes el trueno de sus amenazas, no sólo vagamente, sino muy en particular y por menudo. De suerte que ésta fué una de las principales causas de enviar profetas á su pueblo, en trances varios en que deseaba traerlo á

por la conducta de Dios que convierten, como

¹ Si nos Deus noster punire vellet, non nos tot ante saecula commoret. Invitus quodammodo vindicat, qui quomodo evadere possumus, multo ante demonstrat: non enim te vult ferire, qui tibi clamat, observa. Serm. 38 de Sancti.

buen camino. Oid y alabad las divinas misericordias. Quiere denunciar á los pueblos de Egipto y Etiopia el universal estrago y perdimiento de sus bienes; y ¿qué hace? Manda que salga Isaías desnudo y de penitencia por esos caminos ¹. Quiere denunciar á Israel la miserable servidumbre y cautividad de Babilonia; y ¿qué hace nuestro Señor? Manda á Jeremías que recorra las calles y plazas cargado de cadenas ². Quiere asimismo pronosticarle la extremada miseria que se aparejaba á los sitiados, y dispone que el profeta Ezequiel, por trescientos noventa días, durante los cuales estuvo siempre recostado del mismo lado, no tome por mantenimiento más que unos viles panes cocidos con estiércol por combustible ³. Y así constantemente, á diversos azotes, hizo preceder diversas maneras de avisos y amenazas. Que en realidad son un apercebir á los pueblos é intimarles que se reporten, que lloren sus pecados, que reformen sus costumbres, y que huyan de la faz de la divina indignación; lo cual como considerase el Real Profeta, exclamaba poseído de maravilla: Hiciste, Señor, á los que te reverencian una señal para que huyan de la faz del arco y sean libertados tus queridos: *Didisti metuentibus te significationem, ut fugiant a facie arcus, liberentur dilecti tui* ⁴.

¹ Parte del altar, por los castigos ejecutados;

diluvio de agua;

de fuego;

en el mar Rojo.

¹ Is., xx, 2.—² Jer., xxvii, 2.—³ Ezech., iv, 4.—⁴ Ps. lxx, 6.

⁵ Joan., xx, 25.—⁶ Gén., vii, 1.—⁷ Gén., ix, 24.

olas del mar Bermejo, donde miserablemente se anegaron, porque despreciaron los portentos con que les pronosticaba el cielo su catástrofe ¹. Esta condenó á innumerables israelitas á morir en el desierto, los cuales tomaron á burla las protestas y amenazas de Moisés ². Esta ocasionó la rota y desolación de los asirios, junto á los muros de Betulia, porque se enojaron contra Aquior, que les avisaba del desastre ³.

Y plegue á Dios que no sea ésta la perniciosa causa, oyentes míos, de tantas calamidades que azotan nuestro siglo y asuelan casi todas las provincias de la cristiandad. ¿Y aún tenemos vergüenza para decir: No vendrá el mal sobre nosotros: *Neque veniet super nos malum*? ¿No hay por qué atemorizarse tan presto!—¿Eso dices, pecador? ¿Querías ver palpablemente cómo Dios, sentado en el real asiento de su gloria, tiene ojos para mirar tus pecados, corazón para sentir los ultrajes, brazo para castigarlos? ¿Querías ver, por ventura, cómo ejecuta su diestra las amenazas de su boca? Helo aquí, quiero cumplir tu deseo; ni he menester para declarártelo que te traslades con el pensamiento á los siglos que pasaran; en el nuestro pido que lo fijes, que lo presente hace más mella y nos conmueve más.

III

Dime: en este mismo siglo ¿no ha mostrado Dios abiertamente que no son vanas sus voces amenazadoras, como tú querías, sino muy verdaderas é infalibles, como no querías? ¿No vendrá el mal sobre nosotros! *Neque veniet super nos malum*. ¡Cómo!, ¿estás por ventura ciego, que no ves tantos ríos de sangre, tanto hacinamiento de huesos, tantos montones de cadáveres? Bastíate, para certificarle, pasear la tierra y recorrer las ciudades y campiñas. ¡Qué huellas de exterminio y encarnizamiento militar por todas partes! ¿Hay reino, hay provincia, hay villa ó ciudad en la infeliz Europa, á cuyas puertas no haya resonado el sonido

en el desierto;

en el campo asirio;

en nuestra ciád.

Tronación por comunicada.

Arg. 2.^o
Por invocación de castigos reventados.

Dios ha castigado á

Europa con terribísimos azotes.

Luego espere el golpe de Dios quien no teme sus azotes.

Anota: por viva su voz (salvo o) de guerra y consiguientes de ellas:

¹ Ex., xiv.—² Num., xiv.—³ Judith, v, 36.

distribución,

de las trompetas, el redoblar de los tambores, el estampido de la horrenda artillería? Ni España, ni Italia, ni Francia, ni Alemania, ni Flandes, ni Inglaterra han logrado un punto de sosiego ni un rayo de paz firme y duradera. Y ¿cuánta gente, te figuras, habrá perecido en tanto trastorno y universal tumulto? ¿Quién puede reducirla á guarrismo? Basta decir que la primera guerra de este siglo, que fué la toma y ocupación de Ostende, costó á Europa ochenta mil combatientes. Conjetura por aquí los estragos y desolación acaecidos en parajes tan varios, en ejércitos tan numerosos, en ánimos tan feroces, en guerras tan prolijas y sangrientas.

y vecinos

Pero ¿á qué detenerme en averiguar lo que no sabemos, pudiendo recordar lo que vemos con nuestros ojos? ¿Cuántas granjas y alquerías, antes hermosísimas, vemos hoy trocadas en yermos y eriales? ¿Cuántas campiñas y huertas, lozanas antes y frondosas, hoy infecundas y desiertas! ¿Cuántas aldeas y lugares, antes muy poblados, despoblados hoy y solitarios! ¿Cuántas ciudades, magníficas antes, ahora derruidas y en escombros! Y ¿qué es tanta calamidad sino fiel cumplimiento de la amenaza de Dios en el Levítico: Si menospreciareis mis leyes, desenvainaré contra vosotros mi espada, y vuestra tierra quedará desierta y vuestras ciudades destruidas? ¡Oh miserable hombre!, y ¿aún osas decir que no vendrá el mal sobre nosotros? *Neque veniet super nos malum.*

ejemplándose en la amenaza del Señor.

Conoció.

A) De revueltas y sediciones por enumeración general

y particular de los sucesos próximos.

Abre, á tu pesar, abre los ojos y mira en corto tiempo tantos levantamientos y revueltas en casi todas las provincias de Europa; pues han sido continuas en nuestros malhadados días las revoluciones, ora en los estados de Alemania, ora en el reino de Portugal, ya en Cataluña, ya en París, Nápoles, Polonia, é Inglaterra. A unos han ocupado sus temporalidades, á otros han privado de sus puestos, á otros encarcelado ó cautivado, á otros han echado por tierra sus palacios, á otros quitado la vida y aun infamado su memoria. ¿En qué siglo se encuentran guerras más encarniza-

¹ Si spreveritis leges meas, evaginabo post vos gladium, eritque terra deserta, et civitates vestrae dirutae. Lev., xxvi. 15-33.

das, contiendas más hondas, conjuraciones más frecuentes, tramas más inicuas, saqueos y destrucciones más injustas, matanzas más horribles, crueldades más sanguinarias y nefandas? A Italia quizás ha cabido la menor parte de tamañas desventuras, aunque serán memorables en la historia la despoblación de Monferrato, el asolamiento de Mantua, el desastre de Turin.

Mas quien, derramando la vista por otras provincias y lejanas naciones, viese lo que han padecido los católicos de los herejes, los cristianos de los gentiles, y, lo que es más lamentable, los católicos de los católicos, ¡cómo se horrorizaría de semejante espectáculo! Vería estampadas aún en los campos de Polonia las huellas de obra de trescientos mil entre tártaros y turcos, capitaneados por el gran Sultán. Vería otra escena peor de polacos guerreando contra polacos,

predicción é bipo. oiposa. El tártaro Gustavo

y la gente cosaca muy levantisca y altanera. Vería ¡oh Germania sin ventura!, vería humeantes en tu rasgado seno las reliquias del incendio devorador, levantado por tu enemigo triunfante, por ese Gustavo que, recorriendo tus provincias á fuer de rayo exterminador é impetuoso, se apoderó en breve tiempo de Herbípolis, de Bamberga, de Maguncia, de Augusta y de casi toda la Franconia, la Suevia y el Palatinado. Y el Turco, enseñoreado nuevamente de Baradino, de Nitria, de Navarino y gran parte de Hungría, ¿adónde ó á qué pueblo de la afligida cristiandad no llevaría, si Dios no le fuese á la mano, las cadenas de miserable esclavitud ó vergonzoso vasallaje? Más bravo y codicioso cada día de sangre cristiana, infesta nuestros mares con frecuentes correrías, nuestros puertos con repentinos asaltos, nuestros dominios con notables conquistas.

[apostrofo]

El Turco

[gra. facinor.]

Candia [primopopeja]

Y si Candia, subyugada finalmente por el bárbaro y aherrrojada en dura servidumbre, pudiese hacer llegar á nuestros oídos sus ayes y lamentos, sobrepujando el estruendo de las olas que la circundan, ¿quién podría contener las lágrimas? ¿Hubo edad tan desastrada que viese, no diré tantos cetos y coronas casi puestos en almoneda pública; no diré tantos príncipes y reyes destronados ó prisioneros, ejemplos cotidianos en la historia, mas un rey, de linaje tan antiguo como el de Inglaterra, ajusticiado en público

Inglaterra

conclusión. cadalso por sentencia de sus mismos vasallos, usurpadores de una autoridad inaudita y desastrosa en el mundo? Conque ¡no vendrá el mal sobre nosotros! *Neque veniet super nos malum*.

el Hambre. ¿Cómo así? Por ventura, quien escapó del hierro, ¿ha podido defenderse del hambre? Paréceme, hermanos míos, poder exclamar aquí con Jeremías: Si saliere á los campos y despoblados, he aquí muertos á cuchillo; y si entrare en la ciudad, he aquí consumidos por el hambre: *Si egressus fuero ad agros, ecce occisi gladio; et si introiero in civitatem, ecce attenuati fame*¹. Hablen tantas familias emigradas de sus hogares, donde los acababan los trastornos y cargas de tributos; hablen tantas comunidades dispersas, tantos por-dioseros vagabundos.

Sequias. Y como si no bastasen tantas miserias, el cielo mismo ha querido acrecentarlas, afligiéndonos con la esterilidad. Ni una gota de rocío ha refrescado, en algunas partes, la abrasada tierra por largo tiempo, verificándose á la letra la amenaza del Señor: El cielo que miras sobre ti séate de bronce, y la tierra que huellas con tus pies séate de hierro: *Sit coelum; quod supra te est, aeneum; et terra, quam calcas, ferrea*².

Inundaciones. Por azote muy diferente han provenido las carestias de acá, de inundaciones y espantosos desbordamientos. De aquí la escasez y falta de lo necesario, que ha consumido al pobre pueblo y ensaquecido sus brazos para el trabajo. Yo mismo encontrábame en la ciudad eterna, dominadora del mundo cristiano, en sazón que morían por las calles los mendigos, unos yertos de frío, transidos otros de hambre, no alcanzando las almas caritativas, que repartían el pan, á la muchedumbre incomparablemente mayor de los pobrecitos que lo pedían. ¿Qué pasaría, pues, en las provincias y términos, en los lugares y aldeas, donde, siendo igual la necesidad, era tanto menor el socorro y providencia? ¿No cumplió aquí manifiestamente la intimación del Profeta que dice: Te herirá el Señor con pobreza y riguroso frío; los pueblos yacerán en los caminos y encrucijadas, desmayados de pura hambre: *Percutiat te Dominus egestate et frigore*³,

¹ Jer., xiv, 18. — ² Deuter., xxviii, 23. — ³ Deuter., xxviii, 22.

et populi erunt projecti in viis proas fame?⁴ Conque ¿no vendrá el mal sobre nosotros? *Neque veniet super nos malum*. ¡Oh ciegos y desalumbados, que no quieren ver las pestilencias, las hambres, las avenidas de los ríos, los derramamientos de sangre, las mortandades de todo género, que han asolado la Europa entera!

En vano el vulgo necio atribuyó á la aparición de un cometa, que ocupó gran zona del cielo por espacio de treinta días, la muerte de un Sumo Pontífice, de dos reyes, el de España y de Suecia, la de un hijo del Emperador, la del gran Sultán, y otros príncipes y potentados, que murieron en el término de un año. La misma mano, que azotó á los grandes, hirió reciamente á los pequeños.

¿No se derramó por el mismo tiempo aquel pestilencial contagio, que asoló y asuela todavía las provincias más florecientes de la culta Europa? Ahora mismo, quien pasease sus pueblos y comarcas, oiria aún los lamentos de las madres, llorando desconsoladas la pérdida reciente de sus hijos; vería aún el duelo y la descompuesta cabellera de las esposas, condolidas por la muerte de sus esposos. ¡Qué horror y lástima no causaba ver que ciudades tan hermosas, tan populosas y regocijadas se cubriesen repentinamente de luto, de soledad y lamentación! A doquiera que volviesses la vista, encontrabas con enfermos sin esperanza y moribundos sin alivio. Rodaban cada día por las calles los carros henchidos de cadáveres, como llevando en triunfo á la muerte, cuanto más pálida y descarnada, tanto más osada y atrevida. Todas las casas y vecinos apresurábanse á pagar el doloroso tributo que lanzaban por las puertas ó ventanas. Quién daba el amigo, quién el amo, quién la esposa, quién la hermana, quién el padre ó la madre, con presentimiento de seguir á la tarde á quienes enviaba por la mañana.

Y si me preguntares: ¿dónde se encarnizó más la pestilencia?, ¿qué he de responder? Mostrárame primero la Sicilia, de donde salió el horrendo azote y fiera carnícera, la cual de allí pasó á Italia, y no dejó escondrijo ni vivienda que no visitase, tragándose un millón de infelices ciudada-

⁴ Jer., xiv, 16.

epilogo.

⁴ Mortes inhi-tas de grandes.

⁴ Pestilencia, amplificadas por hipotiposis de ciudades heridas.

hipotiposis.

personificación de la muerte.

enumeración de ciudades con-tagiat.

nos. Mostrárate luego la vecina Francia, y España, y Dalmacia, y Candia, y, tras de estos pueblos y naciones, Inglaterra, Polonia, Córcega y Cerdeña, en las cuales quedaron por largo tiempo las huellas de tan horrible mortandad, como en el mar, después de la tormenta, las tablas del navío y los cuerpos de los náufragos.

amenaza de un naufragio.

Amenaza de Dios verificada.

Conclusión.

Hundimiento de los cocodrilos.

por subterfugio.

visión.

conclusión.

Terremotos en general.

en particular.

Ragusa y Rimini.

por sustitución azotes del temblor.

Y ¿esto no es cumplirse muy cumplidas las amenazadas protestas del Señor: Aumentará Dios vuestras heridas, heridas grandes, enfermedades pésimas y duraderas; vuestras calles serán hechas un desierto? *Augebit Dominus plagas vestras, plagas magnas et perseverantes, infirmitates pessimas et perpetuas* ¹; *desertaque fient viae vestrae* ²? ¿Qué dices á tan recios azotes? ¿Te obstinas en tu perverso sentimiento de que no vendrá el mal sobre nosotros? *Neque veniet super nos malum*.

¿Qué más querías ver para tu desengaño y convencerte de que Dios á los malos castiga duramente? *Malos male perdet*. ¿Quieres ver tierras espaciosas tragadas por el mar? Ve y preguntalo á la remota Flandes. ¿Campos inmensos y dilatados montes incendiados? Contempla los términos de Nápoles. ¿Pueblos sepultados por espantosos terremotos? Ve y recorre la Calabria. ¿Qué espectáculo para quebrar el corazón y asombrar á los siglos venideros! ¡Desventurada Calabria! Nubes de espeso humo, lluvias de ceniza, granizos de enormes piedras, torrentes de azufre y asfalto derretido, ríos impetuosos de hirviente lava, derrumbamientos de edificios, anchas grietas, sepultura de infinitos animales. ¿Qué digo de infinitos animales? De poblaciones enteras, las cuales, al abrir la tierra sus inmensas fauces, desaparecían en un momento y sus infinitos moradores quedaban sepultados en los abismos.

Mas ¿á qué traer á la memoria lejanos desastres? ¿No son recientes los estragos de Ragusa y Rimini? ¡Cuán ajenos estaban sus habitantes hace pocos años de la horrenda catástrofe que les amagaba! Negociaban, comerciaban pacíficamente y esperaban celebrar alegres la solemnidad de la Pascua. Pero ¡cuán triste la pasaron ambas ciudades,

¹ Deut., xxviii, 59.—² Lev., xxvi, 22.

azotadas á un tiempo por la mano de Dios! Aún se oye el eco aterrador de aquella universal consternación y gritaría, cuando los míseros ciudadanos, no teniendo dónde estribar el pie, huían de la ciudad al campo y del campo á la ciudad, noche y día á sus plantas el terremoto, la muerte á sus espaldas y ante sus ojos el sepulcro.

después del temblor (visión)

Y ¿no veis en tanta desolación ejecutada la amenaza de Dios? De día y de noche temerás, y en tu vida no confiarás. Dirás á la mañana: ¿quién me asegurará la tarde?; y á la tarde: ¿quién me asegurará la mañana?, según los temores de tu corazón con que serás atemorizado: *Timébis nocte et die, et non crederis vitae tuae. Mane dices: Quis mihi det vespertum? Et vespere: Quis mihi det mane? propter cordis formidinem, qua terreberis* ¹. Anda, pues, y sigue diciendo: no vendrá el mal sobre nosotros: *Neque veniet super nos malum*. Lo sobredicho lo viste con tus ojos, ó lo has leído en mil impresos, ó lo oíste de innumerables testigos, y tan rápida voló la fama de tan grandes calamidades y hundimientos, que el saberlo no es de tanta gloria, como ignorarlo de afrenta ó ignominia.

Ejecución de las amenazas de Dios

Conclusión

IV

Mas ¡necio de mí! ¿Por qué cansarme tanto, á fin de confundir vuestra incredulidad? Ciego debe de estar quien no vea los extraños azotes que cada día nos afligen y lastiman. Por donde tengo para mí, oyentes míos, que asenté mal aquel principio, que no queremos creer las divinas amenazas hasta verlas con nuestros propios ojos; debiera haber dicho que, aunque las veamos y experimentemos, no queremos creerlas. Veis aquí el último extremo y la más rematada incredulidad del corazón humano, conforme lo lamentaba Jeremías: *Attrivisti eos, et renuerunt accipere disciplinam* ². Tú los azotaste y no quisieron creer; como si dijera: He aquí, Señor, el perverso proceder de los pecadores.

Añ. 3.^a Refutación de la mayor dificultad.—No vienen de Dios.

Exposición de él.

por testimonio de las Santas Escrituras:

¹ Deut., xxviii, 66-67.

² Jer., vi, 3.

mientras oyen los truenos y amenazas, burlanse diciendo que, si no lo ven por sus ojos, no lo creerán; y cuando estalla la tempestad y sobreviene el castigo, obstinanse los miserables en que no quieren creer aunque lo vean: *Attrivisti eos et renuerunt accipere disciplinam*.

Mas ¿cómo, profeta santo? ¿No ven por sus ojos el azote? ¿no lo palpan con sus manos? ¿no sienten sus duros golpes? ¿Cómo se compadece, pues, que no lo crean? ¿Sabéis cómo? Negaron al Señor y dijeron: No es él: *Negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse*¹. Creen, sí, que real y verdaderamente es un azote, y azote riguroso, pero no creen que sea Dios quien los azota y castiga. No creen que es su Majestad quien les envía aquellas guerras y hambres, aquellas pestilencias é inundaciones, aquellas tempestades y terremotos: *Negaverunt Deum, et dixerunt: Non est ipse*.

Venid, si no, acá y respondedme. ¿Acaso no veía Paraón palpablemente los castigos que llovían un día tras otro sobre su cabeza, las tinieblas que oscurecían al sol, los granizos que desgajaban los árboles, los ejércitos de langostas que estragaban los sembrados, las úlceras que llagaban á los hombres, las pestilencias que destruían los animales? Harto lo veía; y, no obstante la evidencia, ¿cuánto no hizo para no asentir al dictamen de los suyos que abiertamente confesaban: *Dignus Dei est hic*²: Aquí anda la mano de Dios, esto es obra del poder divino! Llamó á sí los hechiceros y nigromantes más celebrados de Egipto, y mandóles que averiguasen si tales maravillas podían atribuirse, por ejemplo, al diablo y potestades infernales; buscó, inquirió, escudriñó las causas; procuró que los magos ensayasen los mismos prodigios de trozar las varas en serpientes, de enrojecer y ensangrentar el Nilo, de congregar las ranas de charcos y lagunas, de amontonar en el aire enjambres de mosquitos. Mas como los mismos hechiceros se diesen por vencidos, ¿cedió él por ventura? ¿dió á torcer su brazo? ó rindióse al testimonio de los hechos y de los hombres? Por ninguna manera, jamás se persuadió que no eran embustes

¹ Jer., v, 12. — ² Exod., viii, 19.

y malas artes de Moisés, ¡Tal es la repugnancia de los pecadores en reconocer á Dios por autor único de todos los contratiempos y trabajos!

No que los cristianos lleguen de ordinario á la rebeldía y estupidez de Paraón, que sería maldad abominable; pero, todavía, ¿cuánto les cuesta ver y acatar en el azote la mano que los hiera! Confesadlo vosotros mismos y decidme: si entra un lobo carnicero en vuestro aprisco, que hace lastimosa riza en el ganado, ¿a quién lo atribuis? Al descuido del pastor. Préndese fuego en vuestras mieses y asuela los sembrados. ¿Quién tiene la culpa? La malquerencia del vecino. Abrásase vuestro cuerpo con calentura pertinaz, que mina vuestra existencia y os acaba sin remedio. ¿A quién se debe? A la impericia del médico. Las guerras que se mueven ¿no se achacan á la ambición de los reyes y codicia de engrandecimiento, ó á la inquietud de los vasallos, deseosos de sacudir ó aligerar el yugo de la que llaman servidumbre? A la licencia del soldado atribúyense el aislamiento de los campos y el saco de las ciudades; á la incuria ó cortedad del capitán, la rota de los ejércitos y la horribilidad de los estragos; á la negligencia de los marinos, la pérdida de las mercancías y hundimiento de las navés; á la rapacidad de los ministros y subordinados, la extorsión de tributos y la opresión del pueblo; á la injusticia del juez, el mal suceso de la causa y el patrimonio mercedado.

Y, no contenta nuestra soberbia, inventó los vocablos vanos de fatalidad, desgracia, mal hado, mala fortuna y otros tales. Desgracia se llama el despeñarse de una altura, desgracia el anegarse en el río, desgracia perecer en el incendio, desgracia quedar sepultado en los escombros. Y aun ha llegado nuestra incredulidad á leer en las criaturas irracionales é insensibles, y en el movimiento de los cielos y en la influencia de las estrellas la serie de nuestros infortunios, para atribuir las malas venturas más bien á los seres sin razón que al sapientísimo gobernador del mundo. ¡Oh torpeza! ¡oh ceguedad espantosa! ¡oh delirio de entendimientos tercos, que, forzados á confesar el castigo, no quieren confesar á su autor omnipotente! Tú los castigaste, y

habitación.

interrogación.

Por ejemplo: algunos. Paraón jamás reconoció la mano de Dios.

enumeración.

sustentación.

conclusión por.

Por ejemplo: cristianos.

subjeción.

Obras y palabras demuestran que no reconocen á Dios por autor.

obras.

palabras.

la fortuna ó desgracia.

las estrellas.

Conclusión.

no quisieron reconocerlo. Negaron al Señor y dijeron: No es él¹.

Arg. 4.^o
DENÚNCIAS LA
REPLICAN. LAS
CRISTIANAS todas
son instrumentos
de la divina pro-
videncia.

V

No os llaméis á engaño, hermanos míos, en materia gravísima y que hiera el corazón de Dios y su adorable providencia. No hablo solamente de las causas é influencias celestiales, que no pueden tocar á nuestro libre albedrío, por donde nos enseña Jeremías que no temamos las señales del cielo que amedrentan á los gentiles: *A signis caeli nolite metuere, quae timeant gentes*². Hablo de las demás criaturas, ora sean racionales, ora sensitivas, ora irracionales é insensibles. ¿No sabemos la verdad católica que dice que todas son instrumentos de Dios, con que, si le place, nos azota y castiga? Principio es muy averiguado en las Santas Escrituras, donde son llamados los impíos y poderosos reyes varas del furor divino y azote de su vengadora mano: *Virga furoris Domini, et baculus ipse est*³.

por autoridades
bílicas,

por influencias y
compensaciones á
par.

de la espada y del
azote,

del verdugo y de
la piedra.

razón directa.
No queremos re-
conocerle por au-
tor, por no con-
fesar nuestras cul-
pas, causa de los
castigos:

¿Qué abuso, pues, y perversión tan grande mirar el azote y no reparar en la mano que lo menea? ¿Hay alguien tan torpe y mentecato que, herido de su enemigo con una espada, diga y sostenga que la espada y no el enemigo le hirió? ¿Hay muchacho que, azotado en la escuela por el maestro con unas disciplinas, diga que éstas y no el maestro le han lastimado más de lo que quisiera? Y si un reo sentenciado por el rey es ejecutado por mano del verdugo, ¿atribuirá la muerte á la mano que ejecutó, ó al rey ó juez que sentenció? ¿Por qué, pues, siendo Dios causa y autor de las tribulaciones que padecemos, no queremos reconocerlo así, sino que decimos: No es él quien nos affige, é imitamos á los perros que muerden la piedra y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró?

¿Queréis que os diga llanamente la verdad? Obramos así y cerramos los ojos á sabiendas, porque no queremos entrar dentro de nosotros mismos, ni caer en la cuenta ni recono-

¹ Flagellasti eos, nec voluerunt credere. Negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse.

² Jer., x, 1.—³ Ib., x, 5.

cer nuestros yerros. Porque mientras el causador de nuestros infortunios no sea Dios, podemos desviar la consideración de las culpas por las cuales padecemos el castigo, ni ponderamos la severidad de la divina justicia, y nos vamos despojando de aquel saludable y natural temor que está Dios en todas partes, que mira y remira nuestras obras, que pesa y registra nuestras maldades, que es aquel sentimiento que los pecadores quisieran desarraigar de su alma, conforme al dicho del Profeta: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*¹. Dijo el necio en su corazón: no hay Dios.

por autoridad,

Elohim, Dios
vengador.

expolición.

Expolio.

Concluido final.

Y si por ventura no lo sabéis, la palabra *Dios* corresponde en el texto hebreo al vocablo Elohim, que significa Dios observador, Dios juez, Dios castigador y vengador: *Quasi dicat insipiens in corde suo, non est ultor*. Porque á los pecadores embaraza y da en rostro, no Dios proveedor, Dios bueno y benignísimo, sino Dios escudriñador, atento y riguroso juez de los delitos. Esto les punza y les atormenta, esto les inquieta y saca de tino; y así, en el tiempo y á la vista del azote, se empeoran y endurecen, y en lugar de atribuirlo á su autor principal, Dios nuestro Señor, atribúyenlo á los hombres; y si á los hombres no, porque no pueden, atribúyenlo al acaso, ó mala ventura; y si á ésta no, tal vez á las estrellas ó causas naturales, con lo cual van lisonjeando su maldad y adulando su perverso corazón. Repetamos, pues, con el Profeta: Tú los castigaste y no quisieron reconocerlo: negaron al Señor y dijeron, no es él: *Flagellasti eos, nec voluerunt credere*². *Negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse*.

VI

Y ¿cómo se concibe, ¡oh cristianos!, que si creemosivamente ser Dios, quien nos castiga por nuestros delitos, todavía perseveremos en ellos, añadiendo pecados á pecados? Veis aquí que el cielo nos affige, y no hay ningún temor de Dios entre los hombres; diré llorando amargamente con Cipriano: Veis aquí golpes de lo alto, veis azotes rigu-

Arg. 5.^o
DE LOS CON-
VINCIENTES: Con
los castigos cre-
cen los pecados.
Luego no creamos
que nos castiga
Dios. Luego teme-
mos nuestros
desastres.

¹ Ps. xiii, 1.—² Así lee San Cipriano este lugar de Jer., v, 3.

rosos, y no hay por esto sobresaltos de conciencia, congojas de corazones compungidos: *Ecce irrogantur divinitus flagae, et nullus Dei metus est: Ecce verbera desuper, et flagella non desunt, et nulla trepidatio est, nulla formido*¹. ¿No lo vemos por experiencia cada día? ¡Cuán pocos se mejoran á la vista de la tribulación! ¡Cuánto no creen, por el contrario, con las pestilencias los robos y hambreras; con el hambre las injusticias y las usuras; con la guerra la disolución y desenfrenamiento! Yo, decía Dios á su pueblo por boca del Profeta: Yo os di pasmo de dientes en todas vuestras ciudades, y no os volvisteis á mí, dice el Señor. No quise llover sobre vuestras hazas y barbechos, y no os volvisteis á mí. Os afigí con oruga, y no volvisteis á mí. Hiceos subir á las narices la podredumbre de vuestros cadáveres en el campo de batalla, y no os volvisteis á mí, dice el Señor².

¿Quién sabría decirme, hermanos míos, en qué circunstancias dió el rey Baltasar aquel convite tan solemne, ó mejor, tan sacrilego y abominable, descrito por Daniel? *Baltassar rex fecit grande convivium optimatibus suis*³. ¿Por ventura con ocasión de bodas, ó recepción de príncipes, ó de paces concertadas, ó vencimiento de enemigos? ¿Quién lo había de imaginar?, exclama San Jerónimo; fué á tiempo que estaba apretado por el rey Ciro con rigurosísimo cerco. A tanto olvido llegó de sí el malaventurado rey, que, sitiado y todo, dábase á banquetes y regocijos⁴. Entonces, y en trance tan peligroso, rodeado de una manada de rameras, emborrachábase el príncipe, bebiendo en los sagrados cálices del templo, y, sin hacer caso de tantos infelices que morían en los adarves de los muros, brindaba él y adoraba sus paternos dioses, dioses de plata y oro, dioses de bronce y de

¹ Ad Demetr.

² Ego dedi vobis stuporem dentium in cunctis urbibus vestris, et non estis reversi ad me, dicit Dominus. Prohibui a vobis imbrem, et non rediistis ad me. Percussi vos in aurigine, et non rediistis ad me. Ascendere feci putredinem castrorum vestrorum in naves vestras, et non rediistis ad me, dicit Dominus. Amos, iv, 6.

³ Daniel, v, 1.

⁴ In tantam venerat rex oblivionem sui, ut obissus vacaret epulis. In Dan. 5.

hierro, dioses de piedra y de madera¹. ¡Qué escena tan horrosa aquel universal diluvio, que Dios derramó sobre la tierra, para limpiarla de sus inmundicias y carnalidades! Pues, á raíz de aquella explosión de la divina saña, no tembló un hijo de Noé de manciullarse con nuevas impurezas. ¡Qué espectáculo tan aterrador ver el otro diluvio de fuego que lanzó Dios sobre Sodoma y Gomorra, sólo en castigo de sus torpezas execrables! Pues, á la vista de aquel fuego, no temieron las hijas de Lot de cometer incestos².

Mas, para no zaherir á los extraños en su miseria, teniendo tanto que llorar en la nuestra, decidme con sinceridad, después de los castigos enormes con que Dios se ha servido castigarnos, de los cuales tanta parte nos ha cabido: ¿qué reforma de costumbres habéis visto? ¡Ah! Téme-me, cristianos, no podamos decir al Señor las palabras de Isaías: He aquí que os enojasteis, y nosotros hemos pecado: *Ecce tu iratus es, et peccavimus*³. Si dijera: Hemos pecado y Vos os enojasteis, vería la razón; mas decir: Os enojasteis Vos, y seguimos pecando, es descaro sobre todo encarecimiento. Y por más que lo repugnéis, ello es así. Salid por esas plazas y calles, y mirad si, después de azotes tan recientes, es menor ó la licencia en el trato ó la injusticia en los negocios. Entrad en las casas de los particulares, é informaos allí si son menores las rencillas entre hermanos, y la división y enemistad de las familias. Penetrad en los aposentos y alcobas, y observad si ha disminuído la soltura de las palabras y la liviandad de las obras. Visitad las tertulias y reuniones, y examinad si es menos frecuente el murmurar, ó los chistes menos libres y procaeces. Rodead las fondas, pasad á las granjas ó alquerías, y notad si es menor la destemplanza en los banquetes, y las demasías en los juegos. Parad mientes en la misma iglesia, y advertid si son menores las irreverencias en el hablar y la curiosidad é inmodestia en el mirar.

Verdaderamente, Señor, Vos os enojasteis, y nosotros

¹ Bibebat vinum, et adorabat deos suos, aureos et argenteos, aereos, ferreos, ligneosque et lapideos. S. Jo. Chryz., hom. 18 in Gen.

² Gen., xix, 32. — ³ Is., lxxv, 5.

Antec. por autoridades divinas

(proposición)

(conversión)

Por ejemplo extrínsecos.
Baltasar: banquetes y regocijos.

antiteles.

Cam y el diluvio:

Pentapólis y las hijas de Lot.

Por ejemplo pro-pios.

Nos castiga Dios y somos peceros!

comunicación:

pecados públicos

y privados:

en la ciudad y to-
tes.

en los templos.

Consecuencia final.

pecamos sin vergüenza: *Ecece tu iratus es, et peccavimus. Poned, poned la mano en el pecho y confesad conmigo: Vos os enojasteis, y nosotros pecamos sin vergüenza. ¿Y creemos que nuestros vicios han provocado la ira de Dios y sido causa de tantas y tan espantosas calamidades? Decímoslo con la lengua, pero negámoslo con el corazón. *Flagellasti eos, nec voluerunt credere; negaverunt Dominum, et dixerunt: Non est ipse. No, hermanos míos; créamoslo y convezámonos de ello, y confesemos que hay juez que nos mira, que hay Dios que nos sentencia, que hay brazo vengador que castiga nuestras culpas. Entremos en cuentas con nuestra conciencia y veamos de aplacar con tiempo á su divina Majestad.**

y exhortación rápida.

Arg. 2.^a
De los contrarios.

Aligúese los inocentes y duerman los culpados. Mas el azote no os castiga hasta que éstos se arrepientan.

Propos. mayor, por la S. E. Los martires atribuyéronlos.

(distribución)

y Jonás dorme.

VII

Sé que hay quien lo hace muy de veras. Mas ¿quién son? Los que menos culpa tienen cabalmente en tantas calamidades, los más irreprehensibles, los más limpios en sus costumbres, los más piadosos y temerosos de Dios; pero los culpables, ¡oh ceguera y embaimiento del mundo!, los verdaderamente culpables, no hacen caso ni les pasa por el pensamiento. ¿Sabéis lo que acaece en este punto? Lo que en la nave del desobediente Jonás. Los mareares y pasajeros que no tenían culpa, como vieron la súbita borrasca que se describe en las Sagradas Letras, llenáronse de espanto; luego se apercebieron á amainar velas, sacar el agua, aligerar la cargazón: quién daba órdenes, quién consejo, quién ayuda; unos corrían al timón, otros al remo, aquellos á las jarcias y maromas: aquí lloraban, allí vocaban, acullá rasgaban el cielo con lamentos. Y mientras tanto ¿qué hacia el delincuente? Pues el delincuente dormía á buen reposo en lo profundo del combatido leño, sin que fueran parte á sacudirle ni el sibido de los vientos, ni el bramar de las olas, ni el estallido de los truenos, ni el fragor de los rayos, ni la gritería de los turbados marineros: *Et Jonás dormiebat sopore gravi*¹. Y Jonás estaba sepultado

¹ Jon., 1, 5.

en profundo sueño. Tanto, que fué menester que se acesara en persona el mismo piloto ó capitán, que le sacudiese y le despertase con palabras mayores y de grave enojo, diciéndole: ¿Qué haces?, ¿cómo duermes? Levántate é invoca á tu Señor, si por ventura Dios se apiada de nosotros y no morimos anegados: *Et accessit ad eum gubernator, et dixit ei: Quid tu sopore deprimeris? Surge, invoca Deum tuum, si forte recogitet Deus de nobis, et non pereamus.*

Propos. menor por la increpación del capitán.

¡Oh, cuántas veces temo, hermanos míos, no acaezca lo mismo entre nosotros! Nos amenaza el cielo con espantosas señales, muéstrase irritado, embravecido, sañoso, y que no parece sino que va á tragarnos en su cólera. Y ¿hay quien acuda entonces á aplacarlo? Si, algunos hay por dicha. Pero ¿quiénes? Los inocentes y que pagan la pena de las ajenas culpas. Éstos se congojan los pobrecitos, y con lágrimas y oraciones, con limosnas y ayunos, con cilicios y disciplinas y por todas las vías imaginables procuran calmar la furiosa tempestad. Mas los pecadores, los usureros, los vengativos y rencorosos, los carnales y sin freno, ¡oh dolor!, lejos de azorarse, duermen muy descuidados y reposadamente en el regazo de la ociosidad ó del delito.

Aplicación de la 1.^a parte:

enumeración,

antibéis.

Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ¿hay entre vosotros algún dormido Jonás, causador por ventura en gran parte de las horribles tempestades que nos afligen? Decídmelo por vida vuestra, indicádmelo, os ruego, que quisiera llegarme á él y despertarle al punto con las palabras del prudente y celosísimo piloto: *Quid tu sopore deprimeris? Surge, invoca Deum tuum, si forte recogitet Deus de nobis, et non pereamus.* ¡Ah pecador de mi alma!, ¿quienquiera que tú seas, ¿qué haces? ¿cómo sigues dormido y sepultado en el sueño del pecado? ¿qué pesadez y entorpecimiento es éste? El cielo multiplica por instantes los castigos, y ¿tú duermes? ¿Aun no acudes á Dios nuestro Señor? ¿aun no vuelves en tí? ¿aun no haces penitencia? Levántate, levántate, pecador mío muy amado; levántate, y sacude de tu alma ese letargo tan profundo; levántate y abandona aquel trato deshonesto, ya que por nuestras liviandades hiere Dios y empodrece nuestros cuerpos con asquerosas pestilencias; levántate, y haz, finalmente, aque-

Aplicación de la 2.^a parte:

interrogación retóricamente y obtención.

repetición por reduplicación de castigos.

afectos de queja y de sobresalto.

Projet. menor explicita

Art. 7.^o
Yo soy por ventura
ra ca' Jonás.

(apóstrofa)

Razon a fortiori

Santo Domingo.

epitáfico oratorio.

llas amistades, ya que por vuestras rencillas y enconados odios asuela Dios las provincias de la cristiandad con estragos inauditos; levántate y restituye aquellas usuras y deshaz aquella injusta granjería, ya que por nuestra avaricia tala Dios los campos con sequía tan pertinaz; levántate, en fin, é invoca á tu Dios, si por ventura se apiada de nosotros y no morimos todos anegados en las olas de la celeste indignación: *Surgit et invocat Deum tuum, si forte recogitet Deus de nobis, et non pereamus*. Porque es muy de presumir que no quiera su Majestad alzar la mano y desviar el azote hasta que mire á sus pies, rendidos y suplicantes, á los mismos que provocaron su ira y armaron su brazo justiciero.

VIII

Pero ¿quién sabe si, predicando á los otros, soy yo mismo el desventurado Jonás, que duermo mientras ruge la tormenta, y no lo echo de ver? Señor, Señor, si acaso he sido yo quien mantiene vivo el fuego de vuestra saña, ¿qué queréis que diga? Heme aquí, lanzadme al mar: *Mitte me in mare*¹, y sálvense vuestros fieles servidores. Espántame el pensar que un Santo Domingo de Guzmán (con ser que fué columna de la Iglesia é insigne bienhechor de todo el mundo), todavía, en llegando á una villa ó ciudad, temía no le acarrese la total destrucción con su venida. Y así, antes de entrar en ella, parábase lloroso, é hincadas las rodillas, suplicaba á nuestro Señor con entrañable afecto no enviase por sus pecados sobre aquellos habitantes algún terrible y desacostumbrado castigo. Pues ¿qué diré, miserable de mí y abominable pecador? ¿No puedo justamente recelar si seré yo aquel Jonás que iba buscando? Vine á esta ciudad, Vos lo sabéis, Señor, con deseo de ayudarla con mi predicación, según la poquedad de mis fuerzas. Pero ¡ojalá no sea ocasión de su ruina por la muchedumbre y gravedad de mis pecados! No lo permitáis, Señor. Antes morir, antes morir que traer sobre ella ninguna desventura.

¹ Jon., 1.

Veisme, Señor, á vuestras plantas benditísimas; aquí me consagro como víctima de vuestros enojos. Si mis pecados pesan ya demasiado sobre la tierra, heridme á mí, lanzad en mi cabeza vuestros rayos, pero que nadie pague la pena de mis culpas. Cierto, Dios mío, que deseo vivir para serviros; pero renuncio al vivir si mi vida sólo ha de aprovechar para acrecer vuestros castigos y multiplicar las calamidades de los hombres.

SEGUNDA PARTE

IX

DE LOS CASTIGOS ETERNOS.

Menor fuera el daño, hermanos míos, si nuestra incredulidad sólo acarrese castigos temporales y transitorios; lo grave y espantoso es que traerá también consigo males eternos y castigos perdurables. Porque, dime: ¿qué linaje de excusa alegaremos, pueblo mío, rescatado con la sangre de un Dios, qué excusa alegaremos, si nos condenamos para siempre? Cuéntalo, te diré con Isaías, cuéntalo, si tienes con qué justificarte: *Narra, si quid habes ut justificeris*¹. ¿Podremos alegar en descargo que su Majestad no nos intimó muy anticipadamente tan incomparable desdicha? No, que son infinitos los medios y coyunturas que su bondad nos ofrece para que nos apercebámos. ¡Cuántas inspiraciones nos envía! ¡cuántos consejos y avisos por sus ministros! ¡de cuántas trazas se vale para aguijar nuestra pereza y que nos pongamos en seguro! Si después de tanto vocear y con tantas ayudas de costa nos perdemos, ¿de quién será la culpa? Hasta aquí fuisteis oyentes para recibir las divinas enseñanzas; ruégoos que seáis ahora jueces para sentenciar en una causa muy ilustre. Oíd antes la historia del peregrino suceso.

El emperador Valente, desagradecido á aquel Dios que de proscrito le alzara al trono de los Césares, como estuvo

Si no es enmendado, se condenará á los eternos. Luego.

Por parte de Dios no han faltado avisos.

Confirmación por vía de intimación, de Valente.

NARRACIÓN ó episodio oratorio.

¹ Is., XLIII, 26.

asegurado en el mando, dió en perseguir á los católicos y favorecer á los arianos, de manera que toda la Iglesia, rasgada y despedazada como entre las garras de carniceiro lobo, lloraba con amargo desconsuelo. Compadecido Dios de tantas lágrimas, movió contra el imperio la barbarie del Septentrion, y para reprimirle fué forzado Valente á sacar poderosísimos ejércitos. Llegó la noticia á Isacio, varón de Dios, habitador de los desiertos, y por impulso del divino Espíritu, dejando la amada soledad, salió apresuradamente al encuentro del Emperador, que con sus huestes marchaba á la campaña, y acercándosele que le pudiese oír, gritó en alta voz: Emperador, manda abrir las iglesias de los católicos, que tú cerraste, y volverás con victoria; si así no lo haces, serás muerto.—Oyólo Valente; mas, teniéndole por mentecato, siguió sin responderle su camino.

No desmayó Isacio, y tornando al siguiente día, y llegándose más cerca del temerario príncipe, repitió tan alto como la primera vez: Emperador, manda abrir las iglesias de los cristianos y volverás con victoria; si así no lo haces, serás muerto.—Turbóse á la repetida intimación Valente, y combatido de encontrados afectos, parecía el dar oídos debilidad, y menospreciar aquellas voces temeridad y presunción. Finalmente, halló corte en el negocio y llamó á consejo los principales capitanes. Eran éstos arianos, y, como era de presumir, le aconsejaron que, si volvía el necio del ermitaño, convenía castigar su atrevimiento. He aquí que al tercero día comparece Isacio, más alentado que nunca, y, rompiendo por las tropas imperiales, vase derechamente hacia el Emperador, y tomando de las riendas su caballo: Emperador, exclamó deteniéndole: que mandes abrir las iglesias de los católicos torno á decirte, y volverás vencedor de la batalla; si no, sábete que morirás en ella.—A la orilla del camino donde esto pasaba había una sima muy profunda, erizada de cambroneras y zarzales; allí mandó el enojado príncipe que fuese precipitado el ermitaño; y, persuadiéndose que quedaba muerto al mismo tiempo y sepultado, prosiguió su camino, no sin algún remordimiento de su mal aconsejada obra.

Pero ¿quién prevalece contra Dios? Apenas pasó el ejér-

cito imperial, veis aquí que tres mancebos hermosísimos, con vestiduras blancas como la nieve, penetraron en la concavidad de la hoya y sacaron á Isacio, no sólo vivo, pero sano y vigoroso. En el súbito desaparecer de los tres mancebos conoció que eran ángeles en figura humana, y, derribándose en tierra, dió gracias al Señor de tanta dignación: de allí, por un atajo que por las breñas se hacía y en alas de su caridad y celo de las almas, alcanza al Emperador, y con semblante de fuego: ¿Qué creiste?, careándose le dijo: ¿que moriría en los hondos matorrales? Heme aquí, para denunciarte otra vez que abras las iglesias de los católicos, si quieres la victoria; y si no, sábete que morirás en la refriega: ¿entiendeslo bien?; y si no, morirás en la refriega.—¿Quién tal pensar! Ni á la cuarta intimación se rindió el obstinado Valente; antes dió orden cómo prendiesen á Isacio y fuese entregado á dos senadores, Victor y Saturnino, para que lo custodiasen hasta que, vuelto de la jornada, le castigase según su merecido.—¿Tú volver para castigarme?—replicó Isacio con las palabras de Miqueas al fementido Acab: ¿Tú volver para castigarme? Anda, ve, desdichado Emperador, y, si tú volvieres, ten por cierto que no ha hablado por mi boca Dios. Presentarás batalla al enemigo; mas, no pudiendo contrastar su ímpetu, flaquearás, huirás y, cayendo en sus manos, morirás por fin abrasado de repentino incendio.

Como lo dijo así se cumplió. Sentó sus reales, puso gente en escuadrón, combatió bravamente, pero fué vencido y deshecho al poco espacio; y huyendo precipitadamente con su campo roto y desmandado, escondióse en una pajiza choza para huir el cuerpo á los vencedores, que seguan el alcance, los cuales, averiguando el caso, prendieron fuego á la cabaña y quemóse vivo el infortunado Emperador. Isacio recobró la libertad, y los dos senadores le hicieron á su costa sendos monasterios de santísimos monjes.

Ahora, pues, que visteis el proceso, ruégos que sentenciéis. Si Valente en el juicio universal quisiese poner cargo á Dios nuestro Señor, como si el morir abrasado fuese culpa del cielo, no suya propia, ¿no os parece que bastara Isacio para hacerle enmudecer?—Calla, le diría Isacio, calla,

Españoles.

El emperador y el ermitaño.

primera intimación.

Nudo.

segunda intimación.

el mal consejo.

tercera intimación.

el castigo.

Los tres ángeles.

y la cuarta intimación.

última amenaza.

su desolación.

en del emperador.

en de Isacio.

Comunicación.

Fallo de Isacio en el tribunal divino.

Falle del audite-
rio y transición.

Aplicación por
enumeración a
part.

El auditorio es
Valente, los pre-
dicadores Isacio.

peroración mé-
rica.

por enumeración
de pecadores ob-
tinados.

Preceptos.

—No te creemos.

desvergonzado y arrogante; ¿no fui cuatro veces á propo-
nerte un medio facilísimo para salvar la vida del cuerpo y
la del alma? Y si tú te ensoberbeciste contra Dios y menos-
preciáste me á mí, ¿cómo osas, ¡oh rebelde!, lamentarte?—
Decidme, oyentes míos, con toda lealtad vuestro sentir:
¿quién tendría razón, Isacio ó Valente? ¿No quedaría bas-
tantemente justificada con tal defensa la divina justicia?

Pero si es así, ¡ay miserables pecadores, que está ya pro-
nunciada sentencia de condenación contra vosotros! ¿Ima-
gináis acaso poder achacar á Dios la ruina sempiterna,
adonde por esos caminos precipitadamente os despeñáis,
sin advertir los muchos Isacios que os saldrán al paso y os
harán callar con ignominia? ¿Solamente los predicadores
no bastarían á tapanos la boca y cubrir vuestro rostro de
vergüenza? Perdonadme, oyentes míos; yo, yo mismo, vi-
simo gusano, veríame forzado en aquel día á bajar al pa-
lenque y defender la causa de la divina justicia, deponiendo
contra vosotros, como Isacio, y protestando, en calidad de
testigo, que también yo, desde la cátedra del Espíritu Santo,
os intimé repetidas veces, en nombre del Señor, que si
no queríais caer en los infiernos, dejaseis, ¡oh lujuriosos!,
los malos tratos en que vivís encenagados; que huyeseis, ¡oh
jóvenes!, de las conversaciones y lugares peligrosos; que no
prosiguieseis, ¡hombres del negocio!, en vuestras injustas
granjerías; que reparaseis, ¡oh murmuradores!, la fama aje-
na, villanamente conculcada; que hicieseis, ¡oh vengativos!,
las descaídas amistades. Si habéis despreciado tan saluda-
bles avisos, ¿cómo osaréis quejaros de su divina Majestad?
¿Cómo justificaros? ¿Cómo respirar en su augusto acata-
miento? ¿No ha Dios sobreabundantemente satisfecho á su
justicia y á su providencia con las nuevas amenazas que
hoy os hago, repitiéndoos que á los malos reciamente cas-
tigará? *Malos male perdet*. Los castigará en esta vida, los
castigará aún más en la vida por venir.

No me digáis que al punto cumpliríais mis consejos á
saber de cierto que, no cumpliéndolos, os condenaríais de
seguro, pero que no dáis gran fe á mis palabras; que aun el
mismo Valente, si creyera con certidumbre que, no abrien-
do las iglesias de los católicos, había de morir quemado

vivo, las abriera al punto; y no lo hizo, porque tuvo por
desdoro dar crédito á un pobre hombre, descalzo y desarra-
pado, que ni sabía quién era, ni de dónde venía, ni qué
vida llevaba. Poco os ha de aprovechar este reparo; que si
el consejo es conforme á la ley de Dios, á los libros reye-
lados y á la doctrina del Evangelio, no ha menester más
para su abono y vuestra condenación. Nada importa que lo
dé un sabio ó un simple é ignorante, un varón santo ó otro
pecador. Pecador soy yo, hermanos míos en nuestro Señor
Jesucristo; soy pecador y el más ignorante de cuantos pre-
dican en vuestros púlpitos la divina palabra; pero el Evan-
gelio me abona y asegura que, si mejoráis de vida, os sal-
varéis; si no mejoráis vuestras costumbres, os condenaréis.
¿Habéislo entendido, cristianos? Si no mejoráis de costum-
bres, os condenaréis. ¿Qué esperáis, pues? Manos al trabajo
desde luego, á reformar vuestras vidas; que podría ser éste
el postrer aviso y el último sonar de la trompeta: *Novissi-
ma tuba*. Si, oyentes muy amados, la última señal de la
trompeta. Los Isacios enviados por vuestro Padre celestial
han vuelto, no dos, no cuatro, sino diez y veinte veces á
avisaros; y ¿quién sabe si el fuego infernal está muy cerca
de vuestra casa para abrasar la paja seca de vuestras ini-
quidades? Pronto, pues, muy pronto; que, por ventura, tras
esta no haya más intimación; y como ya tantas veces ha he-
cho oír nuestro Señor el trueno de sus amenazas, al fin des-
cargará sobre nosotros la tempestad de su ira.

Resp. No miréis
á la persona, mira
á la verdad.

Tener cruci-
ta por la proximidad
del castigo.

Epitafio.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOQUINTO

Magna eloquentia, sicut flamma, materia alitur, et motibus excitatur, et urendo clarescit. La grande y poderosa elocuencia, dice el autor del Diálogo sobre las causas corruptoras de la elocuencia romana¹, se nutre, como el fuego, de leña, levántase con las turbulencias y contradicciones, y, abrasando, se ilustra y resplandece. No es, por consiguiente, grandilocuencia la que se apaga ó debilita, cuando más necesarios son su **luz** y su **calor** para alumbrar á los ciegos, y encender á los tibios, y alentar á los cobardes á la práctica de la virtud ó á la defensa de la religión y de la patria. Elocuencia es *dicere accommodata ad persuadendum*; y cuán-do es menester la persuasión sino en los grandes conflictos del espíritu?

SÉNERI, considerando por una parte las calamidades públicas y el azote vengador, que vibra ya sobre las espaldas del pueblo cristiano, y por otra á este pueblo muy tranquilo y aun burlándose del tal azote, como de cosa vana y que nunca descargará, alza su voz potente, le hace sentir la tempestad de la ira de Dios, no lejana, sino cerca, muy cerca y próxima á estallar: la multitud despierta, abre los ojos, apla á Dios y se salva. Así Demóstenes increpa al pueblo ateniense, que mataba el tiempo preguntando por los corrillos si Filipo había muerto, mientras Filipo estaba á las puertas de la ciudad; el pueblo torna en sí á la voz del orador, apercebese á la lucha y vence. Así los profetas, así los varones apóstólicos, como San Vicente Ferrer, despertaron á las gentes con la trompeta de Dios, que son sus juicios y terribles amenazas: las gentes que temieron, se salvaron; las que no temieron, ¿dónde están...?

La **materia** de este discurso son las divinas amenazas y las calamidades públicas. La **cuestión**, ó lo que acerca de ellas se controvierte, es si Dios es un Dios de palo, que siempre amaga y nunca descarga el golpe, ó si castigará de veras y reciamente á los que desoyen su voz. El **fin** ó in-

¹ Probablemente el historiador Cayo Cornelio Tácito. Véase el cap. XXXVI, edic. de Lemaire.

tento principal, es decir, lo que SÉNERI se propone recabar de sus oyentes con la fuerza de su palabra (presupuesta la gracia de Dios), es que despierten del sueño del pecado, que restituya el usurero, que se enmiende el carnal, que hagan las paces los enemigos, porque, si no, será cierta su ruina. El **estado** de este discurso, es á saber, lo que aquí se trata de demostrar, es que sin duda Dios nuestro Señor os castigará en este y en el otro mundo, si menospreciáis sus amenazas.

Tiene cinco partes, á saber: **exordio**, **narración**, **confirmación**, **refutación**, **peroración**. Prescindo de lo que llama segunda parte, porque sin ella hay un discurso perfecto.

En el **Exordio** granjéase la **benevolencia** ó simpatía del auditorio, alabando modestamente su fervor y cristiandad, anteponiéndolos á los de otras ciudades; deseándoles mil dichas, y, sobre todo, temiendo por su futura suerte, como teme y se sobresalta una madre ante los riesgos que amenazan á su hijo. — Hácelos **dóciles**, es decir, los instruye y prepara para que entiendan el razonamiento, declarádoles que si Dios arruinó y assoló la ciudad de Jerusalén, sin tener respeto á sus bellezas y antigüedad, hará lo mismo con ellos si no se reportan. — Despierta la **atención** con la importancia de la materia que trata, pues es cuestión de vida ó muerte; con la novedad de la forma, que es artística y natural por extremo; con la diversidad de los tonos que emplea, tantos y tan varios en tan breve espacio: de **dolor**, de **parabienes**, de **zozobra**, de **menosprecio**, de **ira**, de firme **resolución**. Y aquel volverse con tanta flexibilidad de sentimiento, y dirigir la palabra, ora á Dios, ora á la ciudad, ya á los presentes, ya á los ausentes, haciendo hablar á Dios en son de queja y á los hombres en son de sarcasmo y menosprecio?

La **Proposición** es muy **verdadera**, aunque envuelta de una alegoría **falsa**, porque supone que es antes el trueno que el rayo, siendo así que primero luce el rayo y cae la centella que se perciba el fragor del trueno. Mas poco importa al orador, pues también es cierto que antes que caiga aquí un rayo suelen preceder otros muchos truenos de nubes diferentes, cuyas electricidades se van descomponiendo en el espacio. En este sentido se tomó la proposición.

La **Narración**, que así puede llamarse el preámbulo á la confirmación, cuenta cómo Dios siempre suele amenazar antes de castigar; ¡gran misericordia! Es el fondo claro y luminoso de Dios en que se destaca la negra conducta del hombre, siempre obstinado, siempre incrédulo, siempre sor-do á los clamores del que bien le quiere.

La **Confirmación** es **popularísima** en la **invención**, por que todo está sacado de la **historia**, y las cosas singulares las aprende el vulgo con facilidad y deleite; es muy **natural** en la **disposición**, porque á los castigos **recientes** hace preceder los **antiguos**, por manera que siempre crezca el interés y la curiosidad, la cual se ceba más en los sucesos actuales que en los antiguos y remotos; en la **elocución** ya es **grave**, ya **rápida** é impetuosa, y siempre **lúgubre** y sombría, como el hablar de los profetas, cuando Dios declara al hombre el rigor de su venganza. Toda la confirmación se resume en este sencillo entimema:

Dios ha castigado y castiga aún á los individuos y á los pueblos, que no hacen caso de las divinas amenazas: Luego también os castigará á vosotros, si ahora las desois y menospreciáis.

La consonancia estriba en que no hay razón por que Dios guarde con unos los respetos y miramientos, que no ha usado con el resto de los hombres. Dos cosas son muy de advertir en esta confirmación, de donde nacen su vigor y elocuencia. Es la **primera** la **repetición** enfática del «*Neque veniet super nos malum*, con que, ¿no vendrá el mal sobre nosotros?», que es un dar otra recia martillada en el hierro ya caldeado y blando del corazón de los oyentes, atemorizados cada vez más con los horrores que se cuentan. La **segunda** es la diferencia grande que por aquí se echa de ver entre el **orador** y el **historiador** en el arte de contar los sucesos. ¿Qué busca el uno? la **verdad** de la historia. ¿Y el otro? la **persuasión**. Para la verdad, todos los pormenores y circunstancias son buenas; para la persuasión, muchas perjudican; y así, el orador como el poeta, han de guardar la ley de elegir y desechar con tino, conforme al precepto de Horacio:

*Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor*¹.

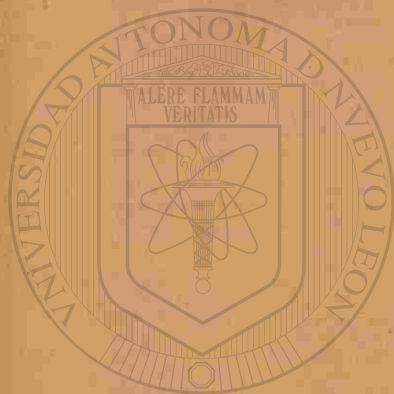
La **Refutación**, que comienza en el párrafo IV, y contiene la parte doctrinal de este discurso, resuelve aquella tremenda dificultad.—No es Dios quien nos azota y castiga: el autor de tantas calamidades es la casualidad, la desgracia, el odio y perversidad del hombre.—Aquí brilla la discreción de SÉNERI; porque, lejos de robustecer el argumento con la consideración, *verbi gratia*, del ingenio y astucia de nuestros enemigos ó de las **fuerzas ocultas** de la naturaleza, deshace la dificultad con un artificio muy

¹ Epist. ad Pisones. 45.

peregrino y eficaz. Porque, lo **primero**, afirma y comprueba esa misma objeción de un modo tan vivo que la hace odiosa, y, antes de desatarla, ya los oyentes ven su deformidad y exclaman con el orador: «¡Oh torpeza!, ¡oh ceguera espantosa!, ¡oh delirio de entendimientos locos, que, forzada á confesar el castigo, no quieren confesar á su autor omnipotente!» Lo **segundo**, refutala **directamente**, probando que todas las criaturas, así las racionales como las sin razón, son **instrumentos** de Dios para los fines de su adorable providencia. Lo **tercero**, aun la deshace más cuando declara que el motivo de no querer atribuir á Dios esos castigos no es otro que porfiar en **no reconocerle** por juez y castigador de nuestras culpas, y á fin de poder continuar en ellas cerramos los ojos y decimos: No hay Dios. Lo **cuarto**, hace subir de quílates la fuerza de la refutación, demostrando que, si creyéramos que nuestros vicios han provocado la ira de Dios y sido causa de tantas calamidades, hubiéramos **reformado** nuestras costumbres: Es así que no hicimos tal, sino muy al contrario: Luego no lo creemos. Que es forma lindísima de argumentar, y que incita y espolea al más lerdo á la ejecución de lo que se pretende.

La **Peroración** abarca desde el párrafo VII hasta la segunda parte, y estriba su eficacia y hermosura en la acertada aplicación de la historia de Jonás, que, siendo la causa de la tempestad, mientras todos se azoran y se turban, sólo él duerme profundo sueño en el fondo del navío. El **primer movimiento** del fervoroso predicador es de **celo** en busca del Jonás causador de tantas borrascas, para increparle con las palabras del piloto. Mas ¡con qué ternura lo hace! ¡cómo les roba el corazón! El **segundo** afecto, de **holocausto de sí mismo**, no es de los que enseña Aristóteles, sino Jesucristo en la escuela de la caridad y del propio conocimiento. «¿Quién sabe si, predicando á los otros, soy yo mismo el desventurado Jonás...? Si mis pecados pesan ya demasiado sobre la tierra, heridme á mí, lanzad en mi cabeza vuestros rayos, pero que nadie pague la pena de mis culpas».

Aquí terminaría, y terminaría bien este discurso, sin necesidad de la **segunda parte**, que, si bien agrada, creo que **enfria** el afecto y **debilita** la persuasión. En SÉNERI se verifica algunas veces lo que se afirma de las novelas, que nunca segundas partes fueron buenas. Con todo esto, la presente es deliciosa en sí por el interés de la narración, por la viveza de los **diálogos**, por la verdad de los **caracteres** Valente é Isacio, en quienes luego descubren y ven, como en un espejo, los oyentes su propia ceguera y la impertinente constancia del mensajero de Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

DISCURSO DÉCIMOSEXTO

DE HUIR LAS OCASIONES

Com fortis armatus custodit atrium
sonus, in pace sunt ea quae possidet.

Cuando el fuerte armado guarda la
entrada de su casa, seguros están to-
das las cosas que posee.

[Luce, 13, 21.]

EXORDIO

SIEMPRE me pareció muy discreto y avisado el consejo del otro filósofo ateniense¹, el cual, como hubiese escapado con vida de una brava tempestad, donde, roto el timón, quebrado el mástil, perdidas las jarcias, estuvo á pique de anegarse, llegado venturosamente á su casa, ¿sabéis lo primero que hizo el escarmentado náufrago? Mandó tapiar al punto y cerrar á piedra y lodo las ventanas, que miraban al mar, vista hermosísima por cierto, por temor, decía, que, viéndolo de ahí á poco sosegado y bonancible, no le viniesen tentaciones de embarcarse otra vez.

Sé muy bien, oyentes amadisimos, que en este sagrado tiempo de cuaresma, los más, y aun osaré decir casi todos vosotros, movidos, ya de las eficaces razones de los ministros del Señor, ya de los ejemplos saludables que habéis visto, vais saliendo, aunque no sin forcejar, del miserable naufragio de la culpa. Pero ¿imagináis con esto que me fio totalmente de vosotros? No, hermanos míos, no. Antes re-

Legítimo, por
ilustración, ó pa-
rábola del náu-
frago.

que cerró las ven-
tanas que daban
al mar.

Excluyó la aten-
ción.

Grandioso la de-
servencia.

¹ Troquilo, discípulo de Platón.

(similitud de los
libros)

la sociedad.

Fin del discurso.

Exposición de la
tesis, comprobación de la primera.

El Fuerte que
guarda el atrio.

Afectos de temor
insinuación.

Proposición.

célebre que, recién salidos del pecado, y tornándolo á mirar con otros ojos, no imitéis, ¡oh incautos pecadores!, á los que, huídos milagrosamente de las tempestuosas olas, sientáanse en la playa á recoger las despedazadas velas y á remendarlas con presteza, para fiar su vida al alborotado elemento, cuya infidelidad experimentaron poco antes. Vengo, pues, hoy á exhortaros muy encarecidamente á que cerréis las ventanas y postigos todos que miran hacia el mar; vengo, para hablar sin metáforas ni rodeos, vengo á pedirlos que huýais las ocasiones todas de reincidir en las antiguas culpas; porque, una sola que quedase en pie, sería bastante á arrastraros de nuevo y á hacerós prevaricar del camino comenzado.

No se me esconde que á muchos parecerá demasiado rigor y exagerada pretensión la mía de querer vedar hasta una vista desmandada; pero el Evangelio os atestigua lo contrario, y os hace saber que el medio único de vivir en paz es tener cerradas las puertas y amurallado el corazón contra los acometimientos exteriores. *Dum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet*: Mientras que el fuerte armado guarda su atrio, seguras están todas las cosas que posee. ¿No habéis notado cómo no dice, mientras guarda las piezas interiores, los apartamientos retirados, sino el atrio ó zaguán exterior? Porque, en metiéndose la tentación dentro de casa, ¿quién puede resistir á ella? ¿Queréis, pues, que vuestra conversión sea verdadera, y firme y estable? No hay más arbitrio que éste, conviene á saber: que dejéis, no sólo el pecado, mas juntamente cuanto pueda con facilidad provocaros á pecado. Si esto no cumplis, creedme, vuestra conversión es vana. ¿Por qué? Porque, si escucháis con atención mi razonamiento, veréis clarísimamente ser **gran arrogancia y temeridad confiar que os mantendréis sin pecado entre las ocasiones de pecar.**

PRIMERA PARTE

II

Los objetos delectables tienen esta propiedad, que puestos ante los ojos, dificultosamente juzgamos con rectitud si deben abrazarse ó rechazarse; porque con su presencia, como con encanto dulcísimo, fascinan los sentidos, turban el entendimiento, y ganan y aprisionan la voluntad. Así lo enseña el Filósofo¹, y trae para confirmación de ello el ejemplo de los troyanos, los cuales, ausente la famosa Elena, jugaron sabiamente que debía ser lanzada de la ciudad, para conjurar de ella la ira de los hombres y los dioses; pero, cuando vieron con sus ojos aquel portento de hermosura, acordaron los ciegos consejeros que debían retenerla consigo, á pesar y despecho de toda la irritada Grecia.

Mas ¿quién no experimenta cada día la fuerza de esta verdad? ¿Cuánto más dificultoso es á un hambriento abstenerse de comer ante una mesa regalada, y al calenturiento privarse de beber, teniendo delante el vaso lleno? Lejos del tablero fácilmente propone esotro jugador jamás llegarse á los dados, causadores de su ruina; dados que aborrece, que detesta, que maldice; mas, cuando los mira entre las manos de su ruin compañero, ¿quién le detendrá que no vuelva súbitamente al detestado juego? Asimismo es más difícil, presente el ofensor, reprimir la ira, y presentos los montones de oro, abstenerse de injusticias, y entre los aplausos y li-sonjas no engreirse, y ante el objeto peligroso conservar limpio el corazón. ¡Tanto es el hechizo de las cosas delectables si están presentes! Cuando se codicia desordenadamente alguna cosa, así dice San Gregorio, la presencia misma de la hermosura codiciada atiza poderosamente y acrecienta el mal deseo².

Arg. 1.º
De los adju-
tos.

Propos. mayor.
El objeto dele-
table, presente,
tuerce gran fuer-
za y casi rinde el
corazón.

por autoridad y
ejemplo de cris-
totomas.

por experiencia
cotidiana de to-
das las pasiones.

Conclusión por
exposición y sec-
uencia.

¹ Arist. Lib. Eth., c. 9.

² Ad hoc, quod male concupiscitur, praesentia concupitae formae validissime famulatur. Dial. L. 3, c. 7.

Confírmase por el modo con que fué tentado J. C.

Y que ello sea así, convéncese manifiestamente de aquella tentación y postrer asalto del demonio para rendir á nuestro divino Redentor en el desierto. Prometiéndole el señorío del mundo, si postrado en tierra le daba adoración. Mas antes ¿qué hizo el muy astuto? Llevóte consigo á la cumbre de un monte altísimo, y desde allí, mostrándole uno á uno todos los reinos y provincias, todos los estados y regiones del universo, hizo su malvada proposición. Y ¿á qué tanto trabajo? ¿No podía hacer lo mismo y proponerle su intención dañada en las espesuras de un bosque ó en las profundidades de una caverna? Aquí como allí pudiérale decir, como enseñándole el mapa de todo lo descubierto de la tierra: En tres partes se divide hoy la redondez del mundo, que son: Europa, Asia y África. El Asia, que es la más dilatada, encierra tales y tales provincias; tales el África, la más desconocida, y tales Europa, la porción más bella. Encuéntrense en ellas éstas y esotras riquísimas provincias, vegas deliciosas, ríos de abundante y regalada pesca, mares espaciosos, que por todas partes las rodean; y tras de este mundo conocido hay otro ignorado de los hombres, donde se ocultan minas inagotables de oro y plata, pueblos infinitos, curiosidades y maravillas sin cuento. Pues todo esto te daré si, doblando tu rodilla, me adoraes: *Hanc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*¹. Mas ¿por qué no se contentó el demonio con esto, sino que quiso poner á la vista del Salvador cuanto le prometía, enseñándole todos los reinos del mundo: *ostendit illi omnia regna mundi*, y á este fin condujole por los aires á un monte tan escarpado y altísimo, que, si creemos á San Crisóstomo, fué el más levantado de la tierra: *in montem excelsum valde*? Porque sabía el taimado cuánta es la fuerza del objeto presente, y que, sojuzgados los sentidos, con facilidad se conquista el corazón.

Consecuencia por las inominadas transacciones a la

Propos. minor. En las ocasiones tenéis presente el objeto delectable

Tal es, pues, vuestra condición, oyentes míos, viviendo entre las ocasiones de pecar. Tenéis á la continua delante de los ojos, y casi traéis en las manos el objeto delectable; oís sus voces lisonjeras, veís sus encantos, sentís sus cari-

¹ Matth. IV, 9.

cias y atractivos, ¿y esperáis resistir á sus halagos? ¿aburrirlos? ¿desecharlos? Arrogancia es, clama contra vosotros, justamente indignado, San Jerónimo; porque nuestro corazón piensa naturalmente aquello que los ojos ven, que los oídos oyen, que huele el olfato, que toca el tacto, que gusta el paladar, y es arrastrado el apetito de aquello que le deleita y aprisiona¹. ¿Cómo, si esto es así, os prometéis derramar vuestra vista á toda suerte de profanidades y no sentir alguna complacencia? ¿Cómo leer en las novelas todo linaje de amorosas aventuras y no recrearos? ¿Cómo escuchar largas horas aquellos cantares livianos y no ablandarse ni prendarse vuestro corazón? Decidme, os ruego: ¿quién os promete tal fortaleza de diamante? Respondedme, porque por ahí determinaremos si nace vuestro atrevimiento de esperanza justa ó de presunción temeraria.

sinonimia:

confirmación

por autoridad.

Conclusión: Lib. difícilmente termina.

Luego solo temerario.

III

Ciertamente, siendo universalísima la regla que acabamos de asentar acerca del poder avasallador del objeto presente, fuerza es decir que vuestras esperanzas, si no son temerarias, estriban en razones privadas de gran monta. Decidme, pues, ¿en qué esperáis al arrojaros tan osadamente en medio de las ocasiones? Pero no es menester que os embaracéis en responderme; si no me engaño, apóyase vuestra confianza ó en vuestra propia virtud ó en la divina gracia. La primera os hace fuertes, la segunda os arma y defiende. Parécenos, sin duda, ó que tenéis tan domadas las pasiones que no se rebelarán por ningún accidente, y esto os hace fuertes y de bronce; ó que Dios os ampara siempre con tan singular protección que jamás os abandonará, y esto os hace inexpugnables. ¿No es así, oyentes míos? A la verdad, no veo en qué razones más poderosas pueda estribar vuestra confianza. Ponderemos, pues, el peso de ellas, y veamos si os podéis tener por tan

Arg. 2.^a De la fragilidad humana en forma de refutación.

—Podré resistir.

Recap. por dilema. O combis en la gracia virtud ó en la gracia.

¹ Sensus enim noster illud cogitat, quod videt, audit, odoratur, gustat, attrahit, et ad ejus rei trahitur appetitum, cuius capitur voluptate. Lib. 2 adver. Jovin.

fuerres y bien armados que no sea menester guardar el atrio.

No en la virtud propia: a comparación.

Las mayores santos temieron y ayunaron las ocasiones:

por indecencia contra.

particular de San Jerónimo: repugnación.

examenación.

Anticipación: No es cobardía.

Resp. que aquí se cobardes venían.

Respecto de las pasiones domadas y sujetas á la razón y ley de Dios, ¿es verdad que las tenéis tan sujetas y domadas? ¿Más por ventura que aquellos santos que pasaban casi toda su vida en oraciones y lágrimas, en penitencias y asperezas? Oso decir que no; mas todavía veo que aquellos santos temblaban ante las ocasiones peligrosas, y llanamente confesaban que no se prometían la victoria, sino luchando á la usanza de los Partos, esto es, no haciendo rostro, sino huyendo del enemigo. Valga por todos la pública protestación de San Jerónimo ¹ respondiendo á Vigilancio, que le preguntaba, ¿qué temías, ó por qué causa, pudiendo vivir holgadamente en la ciudad, como animal sociable, se había emboscado en el desierto, como bestia salvaje?— ¿Sabes qué temo?, respondióle el Santo; temo el verte á ti, temo el oírte, temo no tener virtud para sufrir tu altanería. Y si esto te parece poco, temo los infinitos riesgos de pecar en que tú vives; temo los encuentros de la ira; temo las parlerías ociosas; temo las avaricias insolentes; temo las ambiciones soberbias; temo las miradas procaces; temo, si todo esto te parece poco, temo (lo diré con sus mismas palabras, ya que el Santo no se avergonzó de escribirlas) que no me enlace la vista de la meretriz, y su hermosura engañadora me precipite en los despeñaderos del pecado: *Ne me capiat oculus meretricis, ne forma pulcherrima ad illicitos ducat amplexus*. Y como instase Vigilancio que aquello no era venter con gloria, sino huir cobardemente del campo de batalla.—Verdad es, respondióle el Santo; confieso mi gran fragilidad: *Fateor imbecillitatem meam*. No me siento con fuerzas para guerrear en campo descubierto, como tú, con enemigos tan poderosos; porque, si bien podría salir vencedor de la pelea, pero vence en mí el temor de la derrota; que es más acertado en los combates del espíritu huir por no ser vencido, que ser vencido por no huir: *Fateor imbecillitatem meam, nolo spe pugnare victoriae, ut perdam aliquando victoriam* ².

¹ Lib. contra Vigil. — ² Ibid.

Si un Jerónimo, pues, hermanos míos, tan poco fiaba de sí mismo en ocasiones al fin no próximas, sino remotas, como la de encontrar en la calle una mujer liviana, ¿cómo vosotros os prometéis seguridad en peligros no lejanos, sino muy próximos, como sería, para seguir el mismo ejemplo, mirar fijamente el rostro de persona de suyo ocasionada, hablar con ella, oír sus razones y conversar con ella familiar y libremente? ¿Cómo no teméis el trato, pues él tenía la mirada? ¿Cómo no teméis la visita, pues él tenía un encuentro casual? ¿Tenéis acaso más cárdeno vuestro pecho con los golpes de la piedra que San Jerónimo? ¿Tenéis el semblante más flaco y descolorido que el suyo con los ayunos, las rodillas más encallecidas de tanta oración, los brazos más cansados de tanto mortificaros, los ojos más hinchados de tanto llorar? ¿Habéis velado más que él en la meditación de las divinas Escrituras? ¿Cuántas más noches acosturasteis vosotros no reclinar los fatigados miembros en otro lecho que el duro suelo? ¿Cuántos cilicios más, cuántas peregrinaciones, cuántos prolijos rezos y penosos ejercicios habéis emprendido para sojuzgar vuestra carne? Y ¿me persuadiréis que tenéis las pasiones más rendidas que ese hombre extraordinario? No lo creo, permitidme que os lo diga, no lo creo, por mucho que lo aseveréis; conque es forzoso que hayáis con Jerónimo, aun dado que le igualéis en fortaleza.

Salvaránse los que huyeren, dijo Ezequiel, y como palomas de los valles posarán en los montes todos los medrosos: *Salvabuntur qui fugerint, et erunt in montibus, quasi columbae convallium omnes trepidati* ¹. Las palomas en las alturas temen menos que volando por los valles. Mas no así los justos. Lo mismo han de recatarse en las cumbres de la más alta perfección, que en la humilde falda; porque dado que la caridad, cuando es perfecta, lanza todo temor: *Perfecta caritas foras mittit timorem* ², no lanza empero el temor de la culpa, sino el temor de la pena, como dice el Doctor Angélico ³: *Timorem poenae, non timorem culpae*; que al te-

Mas no teméis las domadas las pasiones.

Las ocasiones en que os ponéis son más próximas;

la sujeción de vuestra carne es más fuerte.

(interrogación).

Conchistáis de lo dicho.

Todos deben huir las ocasiones, imbecillitatem participati.

por testimonio de los valles.

por anticipación.

¹ Ez., vii, 16. — ² 1 Joan., iv, 18.

³ D. Thom. in cap. 8 ad Rom. P. 4.

La caridad acrecienta el temor filial.

Confirmar por los motivos que hay de temer.

La fragilidad del hombre probada por inducción de varios caídas.

Jacobo

reflexión)

Victorino, etc.

por un axioma.

Consecuencia inferencia.

atención)

mor de la culpa, no sólo no lo arroja y despidе la caridad, antes lo perfecciona y acrecienta, comoquiera que el que más ama á Dios nuestro Señor, más temeroso anda de perderle.

Pero, sea de esto lo que fuere, para que no imaginéis que son éstos mal fundados temores propios de un Jerónimo, de conciencia nimiamente delicada, entended, oyentes míos, que podría presentaros un numeroso catálogo de varones santísimos que, puestos en lances parecidos, no solamente reconocieron con vergüenza su propia fragilidad, mas la confirmaron, por desgracia, con afrentosas caídas. ¿Quién no tiembla al recordar la historia de aquel Jacobo, famoso anacoreta, el cual, ya denegrida la piel y ensortijado el pelo con los horrores de tanta soledad y áspera penitencia, no tuvo pecho para resistir á una ocasión de pecar, y, malbaratando en un punto todo el caudal de merecimientos granjeados en el transcurso de cincuenta años de austerísima vida, pasó de la torpe complacencia al estupro, del estupro al homicidio, del homicidio... cayera sin duda en los abismos de la desesperación, si Dios no se diera prisa á sostenerle? Pues así cayó por los mismos pasos un Victorino solitario, como escribe San Jerónimo; así cayó un Teófilo, así un Tolomeo, así un Macario romano, así también otros, un tiempo santísimos anacoretas y columnas firmísimas, que refiere Paladio, quienes con su ejemplo comprobaron que si es cierto aquel axioma de que ninguno de repente se hace muy santo, *Nemo repente fit optimus*, porque arribar á la cumbre y levantarse sobre las nubes cuesta mucho; pero que no es igualmente cierto aquel otro que dice que ninguno de repente se hace muy malo, *Nemo repente fit pessimus*, porque despenarse en un abismo cuesta poco: basta dejarse caer por la pendiente.

¿Parécenos ya si fueron temores mal fundados los de Jerónimo, ó basados en ejemplos de funestísimas caídas? Mas si él tenía sobrada razón para temer, ¿cómo vosotros os gloriáis de no temer? ¿Cómo vosotros, vestidos ricamente, vosotros, perfumados con aromas exquisitos, vosotros, mecidos en holandas, criados en delicias y regalos, os prometéis en las ocasiones la fortaleza de ánimo que hombres

marchitos y mortificados por amor de Cristo en los yermos y cavernas no osaban prometerse? ¡Oh presunción maldita! ¡oh engreimiento intolerable! Torno á denunciaros con el Sabio que el que confía en sus fuerzas caerá: *Qui confidit in divitiis suis, corruet*¹.

IV

Y si aquellos santos, tras el logro de tantas virtudes merecimientos que los hacían fuertes, todavía no se prometían del cielo los socorros abundantes, que los armaran y defendieran, ¿quién de vosotros, para tocar la segunda razón en que estriba vuestra confianza, quién se atreverá á prometérselo para sí mismo? Jamás niega nuestro Señor la gracia suficiente á sus criaturas; ello es muy cierto. Debéis, empero, advertir, oyentes míos, que si un fin puede alcanzarse por vías ordinarias, no suele Dios echar mano de medios exquisitos. Regla es ésta general y traza común de la divina providencia, así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia. De aquí que nunca veréis que obre Dios un milagro, cuando sin milagro puede llegarse al mismo término. Ley es de la gobernación del mundo, así dijo doctamente el gran Tostado, que donde falta el humano poder, acuda el divino; por esto solamente se hacen los milagros, cuando no puede humanamente proveerse por otro camino².

Y si queréis un ejemplo, entre los innumerables que podría entresacar de las divinas Letras, ahí tenéis el de los Reyes Magos. Bien sabéis que, para encaminarse al portal de Belén, Dios les envió una estrella milagrosa que les sirviese de guía; mas no así para volver á su patria. Ello es cierto, pero no menos lo es que, debiendo hacer su camino de vuelta por sendas acaso más intrincadas, más trabajosas y desconocidas, parece que tenían de la estrella no menor

Consecuencia inferencia)

(exclamación)

Arg. 3.^a Segunda parte del primer dilema: OY FALTARÁ Y GRACIA EXTRAORDINARIA.

Transición.

Prop. mayor. Dios no hace milagros sin necesidad.

Por autoridad del Tostado.

Por inducción de los Reyes Magos y la estrella

(sustentación)

¹ Prov., xi, 28.

² Scilicet, ubi deficit humana potentia, ibi divina incipit subvenire; ideoque, miracula solum fiunt, quando non potest aliter humanitus provideri. In Matth., c. 13, q. 708.

la ida,

la vuelta:

de San Pedro y el
Ángel del Señordel Apóstol San
Pablo en el mar,de la losa que co-
brija á Lázaro.Conclusión de
la mayor.Pronos. mejor.
Vosotros, arro-
jándose á peligros
voluntarios.firzéis á Dios á
obras milagrosas y
sin necesidad.

(restricción.)

necesidad. ¿Por qué esta diferencia? Para encontrar al divino Infante érales forzoso buscarle en un paraje que ningún hombre les podía señalar, á saber: en la bendita cueva de Belén, tan ignorada en la tierra como celebrada en el cielo, y así dióles el Señor para que los guiase aquella celestial lumbrera; mas para volver á su patria, término de todos ellos concocidísimo, no habian menester de tal portento; podian, en caso de extraviarse, buscar gula, preguntar á los viandantes, enviar exploradores. Así también á Pedro, en la prisión, rompió el Ángel las cadenas que le aherrojaban é hizo pedazos las esposas; mas no le ayudó á ponerse las vestiduras, porque podía él ponerlas por sus manos. Asimismo el Ángel del Señor salvó la nave de Pablo del rigor de la tormenta, y con ella á todos los marineros; pero no les ayudó á desembarcar y tomar tierra, porque á esto bien alcanzaban sus fuerzas é industria. Y Jesucristo nuestro Señor, ¿quién duda que así como pudo resucitar á Lázaro cuatrídvano y hediondo de la lobreguez del sepulcro, podía con igual facilidad alzar la losa que le cobijaba? Mas todavía quiso que el levantarla fuese obra de los circunstantes, por donde les dijo: *Tollite lapidem* ¹, porque ello no excedía las humanas fuerzas. De esta inducción bellísima se deduce que no hay que esperar un socorro extraordinario, donde bastan las ayudas comunes y acostumbradas.

Así que, volviendo á nuestro propósito, ¿quién ignora que, desviándoos vosotros de las ocasiones de pecar, en las cuales abiertamente os enlazáis y tropezáis, podríais manteneros sin pecado con sólo los auxilios que de ordinario reparte la divina providencia? *Qui caveat laqueos, securus erit* ². Quien evita los lazos, vivirá seguro; así os lo promete Dios en los Proverbios, y su palabra no puede faltar, porque *os Domini lectulum est* ³. ¿Cómo pretendéis, pues, una protección especialísima, y fiados en ella os abalanzáis á riesgos voluntarios, como forzando á su Majestad á milagros manifiestos? Si esto no es arrogancia, ¿qué nombre daré á vuestro ciego arrojó? Si la representación ó comedia engendra en vuestro corazón sentimientos no limpios, huid de aquel

¹ Joan., xi, 39. — ² Prov., xi, 15. — ³ Is., LVIII, 14.

revolcadero; si el juego levanta en vuestro pecho centellas de ira y secreto coraje, apartaos de aquel lugar; si la conversación y plática con tal persona prende en vuestro seno llamas infernales, escapaos del incendio.

¿Queréis que Dios os mantenga ilesos en medio de las llamas, pudiendo vosotros, con no entrometeros, no quemaros? No, católicos, por ninguna manera. Sé muy bien que á los mancebos de Babilonia los conservó en el abrasado horno tan ilesos, que las llamas no tocaron á un cabello de sus cabezas, ni siquiera les dieron molestia con el humo: *Non tetigit eos omnino ignis, neque contristavit* ¹. Conservó al pequeñuelo Moisés en la cestilla de juncos, sin ahogarse en las corrientes del Nilo; conservó á Daniel en medio de hambrientos leones, sin que osaran lastimarle; conservó á Jonás en el vientre de espantosa ballena, sin ningún daño; y lo que maravilla por ventura más, conservó la familia de Noé encerrada en una como jaula de osos y jabalíes, de lobos y panteras, de tigres y leopardos, sin lesión de nadie. Mas no veréis que ninguno de éstos se entrometiese por su antojo en tales riesgos.

De lo cual deduzco esta enseñanza importantísima: que no hay que esperar extraordinaria protección del cielo, cuando uno por su voluntad se pone en la ocasión. ¿Quién puede prometérsela? Quien se pone en ella por razón de su oficio, quien se pone por cumplir la obediencia, quien se pone por ley de caridad. A sus ángeles, dice el Profeta, mandó el Señor al rededor de ti, para que te guardaran en todos tus caminos: *Angelus suus Deus mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis* ². ¿Habéis notado dónde dice que seréis amparados y socorridos de los ángeles? ¿En los precipicios y despeñaderos? No; sino en tus caminos, que es decir en los trances inevitables de tu incumbencia y obligación. Quien por cumplir sus antojos se abalanza á las quiebras y peñascales, á las simas y derrumbaderos, ¡ay infeliz, qué pronto quedará sumido en el profundo! He aquí, nos denuncia el mismo Dios por el santo Job; he aquí que sus esperanzas quedarán fallidas, y á vista de todos se pre-

Anticipación y confirmación. Otros se salvaron en peligros peligrosos.

Los mozos de Babilonia.

Moisés.

Daniel.

Jonás.

Noé.

Reap. No se entrometieron por propio antojo, mas por voluntad de Dios.

por autoridad del Salmista.

y del santo Job.

¹ Dan., iii, 50. — ² Ps. xc, 11.

cipitará: *Ecce spes ejus frustrabitur eum, et, videntibus cunctis, præcipitabitur*¹.

Averiguación por vía de espionaje.
Paralelo entre Judit y Dina.

1.ª parte, Judit retrato;

peligros en otros

en sí

2.ª parte, Dina: narración sencilla.

exposición,

audo.

desenlace de una y de otra por alegoría.

Conclusión por antitesis y

similitud.

Paréceme á este propósito muy oportuno el suceso tan diferente que tuvieron Judit, gloria y ornamento de Betulia, y la otra Dina, hija del patriarca Jacob. Sabido es, cómo osando Judit penetrar en los reales sirios para cercenar, si pudiese, la cabeza al orgulloso Holofernes, quedóse varios días en los campamentos enemigos, cercada siempre de libre soldadesca, ora hablando con los espías, ora con los centinelas y atalayas, ya departiendo con los regios cortesanos, ya conversando mano á mano con el príncipe, y esto ataviada bellísima y ricamente, con sandalias primorosas, con anillos y brazaletes, con perlas y esmeraldas, respirando por doquiera fragancia y hermosura. No hizo, por cierto, tanto la sin ventura Dina. Como llegase, en compañía de sus hermanos, no lejos de la ciudad de Salem, pararon allí cerca y sentaron sus tiendas de campaña en un paraje comprado á este propósito. Aburriase la pobre niña encerrada todo el día en aquellos pabellones, y picóle la curiosidad de salir áfuera, únicamente para ver, como sucede, qué tal andaban y vestían las mujeres de aquella región: *Egressa est Dina, ut videret mulieres regionis illius*². Y ¿cuál fué el suceso? Que apenas la inocente paloma salió del nido, cayó, por permisión de Dios, en las garras del sanguinario gavilán, que tal fué para ella el desenfadado príncipe de aquella tierra, y, logrando Judit tornarse á la ciudad tan casta como antes, Dina no pudo volver al pabellón doncella.

¿Cómo es posible, oyentes míos, que en riesgos tan inferiores tuviese una la desgracia de perderse, y estuviese firme la otra en peligros tanto mayores? Metióse Judit en medio de un ejército, Dina apenas se desvió del pabellón; Judit fué á conversar con hombres, Dina á ver las mujeres de la tierra; Judit iba muy ataviada para ganarse la gente, Dina no hizo mudanza en el traje; Judit demoró mucho entre las huertes, Dina salió muy de paso y á hurtadillas; y, sin embargo de esto, Dina cayó con ignominia, donde Ju-

¹ Job, xiv, 28. — ² Gen., xxxiv, 1.

dit gloriosamente se mantuvo. Y ¿por qué tan desigual suceso, sino porque Judit entró en el palenque por impulso divino, no llevada de liviandad, como nos lo dice el sagrado texto, *Non ex libidine, sed ex virtute*¹; mas la otra de su propio querer y espoleada de mujeril curiosidad, *Ut videret mulieres regionis illius?* Averiguad, si no, una razón más obvia y mejor fundada.

Mas ¿á qué averiguarla, si es constante ley de la Providencia proteger más especialmente al que se encuentra por necesidad en trances arriesgados, que no al osado que los desafia? ¿No guardó á Sara sin mancilla de su castidad entre las garras de Faraón?² ¿No guardó á Rebeca, cerca de la casa de Abimelec, que la codiciaba?³ ¿No guardó al casto José entre los halagos de la mala hembra que le quería seducir?⁴ ¿No guardó á Susana de los desenfadados viejos que acechaban á su castidad?⁵ Guardólos el Señor con el escudo de su protección; mas todos estos, ó arrojaron la ocasión por mandamiento divino, como Sara y Rebeca, ó por lo menos no de propia voluntad, como José y Susana. Muy al revés del profeta David, varón no inferior en santidad á los sobredichos, el cual, como se entretuviese, por simple recreación, en mirar desde los balcones de palacio la hermosura de Bersabé, alzó Dios su poderosa mano y dejóle, no deslizar, sino despeñarse en el abismo, primero del adulterio y después del homicidio escandaloso⁶.

Concluid, por consiguiente, muy amados en Jesucristo, de estas soberanas enseñanzas que, si os hallareis por ventura, en ocasiones tales por fuerza y necesidad, ó contra vuestro querer, si invocáis de veras á Dios nuestro Señor, no os faltará su misericordia, de suerte que la ocasión con su mortífera ponzoña no os ofenda; mas, si os aventuráis osadamente y jugáis con la ocasión emponzoñada, ¡ay de vosotros, cristianos!, temblad, temblad os digo, porque es arrogancia y locura esperar auxilios especiales para no ser tocados del infernal veneno.

¹ Jud., x, 4. — ² Gen., xii, — ³ Gen., xvi, 26.

⁴ Gen., xxxix. — ⁵ Dan., xiii, — ⁶ 2 Reg., xi.

Signe la inocencia generalizada.
Primera parte.

Sara y Rebeca.

José y Susana.

por interrogación y repetición.

Segunda parte.
David.

Conclusión final de la 2.ª parte del dilema.

®

por alegoría de la ponzoña.

El colicón nortia: si encasido el mordido de la víbora.

Primera parte.

Segunda parte, aplicación.

exhortación.

Transición.

Quis miserabitur incantatori a serpente percusso? ¹ ¿Quién tendrá misericordia del encantador mordido de la serpiente?, decía á sus oyentes el Eclesiástico. ¿Quién se apiadará de él si la víbora le muerde? Y ¿qué significa con esta tan sentida exclamación? Que si á un pobre hortelano ó labrador, si á un viajero ó pastorcillo le muerde una víbora, maliciosamente escondida entre la hierba, todo el mundo le compadece y acude con triaca á remediar su desventura; mas si es mordido un charlatán ó embaucador que por mero entretenimiento la toma en la mano, juega con ella en la plaza pública, halácala, acariciala y se la acerca á la boca en ademán de besarla cariñosamente, dicen todos á una voz: Bien le está.—La víbora ponzoñosa es la ocasión; no esperéis, pues, del cielo la misma lástima y socorro si la víbora es la primera en acometeros, que si vosotros sois los primeros en provocar la víbora. ¡Y que no acabéis todavía de creerlo! ¡Y que, persistiendo un confesor en negaros la absolución, si no apartáis, estando en vuestra mano, la ocasión próxima, digáis luego que es rígido en demasía, que es intratable, que es indiscreto! ¡Tanto exigís que se fie de vuestra virtud y fortaleza! Pero ¿cómo puede fiarse, si sabe cierto que Dios no os quiere favorecer en tal estado? Escuchad, por vuestro bien, este último argumento, que es el más digno de vuestra atención y vigilancia.

Arg. 4.^o
Signe la 2.^a parte del dilema. Ecos no sólo puede no acontecer extraordinariamente, mas yo quiero.

Por los efectos. Propono mayor: Al vedar una acción, vedó también la ocasión.

Es constante que al vedar á su pueblo alguna cosa, vedábase asimismo Dios nuestro Señor, por regla general, todo lo que pudiera serle lejanamente ocasionado á que se desmandara en aquello que prohibía. Así, por ejemplo, al vedar á nuestros primeros padres que comiesen del árbol de la ciencia, púsoles mandamiento que no lo tocasen: *Praecipit ne tangeremus* ². Por el mismo respecto, cuando á los israelitas les prohibió que no adorasen ninguna clase de ídolos ó falsos dioses, mandóles que no los tuviesen cabe

¹ Ecdi., xii, 13.—² Gen., iii, 3.

si ¹; y cuando les ordenó que no usasen en la Pascua pan con levadura, añadió que no lo conservasen ²; y si les prohibió subir al monte Sinaí, prohibióles también avecinarse á la raíz ó falda ³; y si vedó aderezar la comida en el sacrosanto día del sábado, por el mismo tenor les prohibió que no hiciesen lumbre; y á los Nazarenos, al vedarles que no bebiesen vino, les vedó también que no gustasen ni el grano de la uva ó de la pasa, no fuese que, engolosinados con la suavidad del fruto, codiciasen luego la dulzura del licor ⁴.

Próbate por inducción del V. T.

Con mayor solicitud aún ha proveído Dios en el nuevo Testamento. Preguntad al glorioso San Crisóstomo ⁵, y os dirá que Jesucristo nuestro Redentor, con la nueva ley de su Evangelio, casi se limitó á ir atajando las ocasiones por donde se vienen fácilmente á quebrantar los mandamientos de la Ley antigua. Veámoslo en algunos ejemplos más señalados. En la Ley vieja se prohibía el homicidio: *Non occides* ⁶. Pero ¿qué acasía? Que no se observaba, por cuanto, irritados los hombres frecuentemente con dichos picantes y palabras ásperas, apenas podían contenerse que no pasasen de las palabras á los golpes, de los golpes á las muertes y derramamientos de sangre. Pues ¿qué hizo el Salvador? Añadió un antemural á este precepto, diciendo así: Sabéis que se dijo á los antiguos: No matarás. Pero os digo de verdad que cualquiera que dijere á su hermano Raca, será reo de consejo público: *Audistis, quia dictum est antiquis: non occides. Ego autem dico vobis, quod omnis qui dixerit fratri suo Raca, reus erit concilio* ⁷. ¿Veis cómo, para desviarnos de matar al prójimo, nos quita la ocasión que suelen dar las palabras injuriosas?

y sobre todo del nuevo.

El homicidio;

Ley vieja;

Ley nueva.

Además, en la Ley vieja se prohibían los falsos juramentos: *Non perjurabis* ⁸. Pero los hombres no lo guardaban, porque, hechos á encarecer las cosas y abultarlas, venían con facilidad de la exageración al juramento, del juramento pa-

El perjurio;

Ley vieja

¹ Ex., xx, 3 y 4.—² Ex., xii, 15 y 19.

³ Ib., xii, 12.—⁴ Num., vi, 31.

⁵ In Matth., xvi, 17 et alibi passim.—⁶ Ex., xx, 13.

⁷ Matth., v, 21-22.—⁸ Lev., xix, 12.

saban al perjurio. ¿Qué hizo Jesucristo? Puso otro cercado á este mandamiento por las siguientes palabras: Sabéis que á vuestros antepasados se mandó que no perjurasen. Mas yo os digo que no juréis ni aun por un cabello de vuestra cabeza, y que vuestro ordinario hablar sea: sí, sí; no, no. *Audistis quia dictum est antiquis: non pejerabitis. Ego autem dico vobis, non jurare omnino; sed autem sermo vester: est, est; non, non.* ¿Veis cómo, para desviarnos de jurar en falso, quita la

Ley nueva.

La fornicación.

Ley vieja.

Ley nueva.

Conclusión de la mayor.

Cristo edificador de valladares.

Propos. menor: Esto es declarar su voluntad de no querer socorrerla.

a centrarla.

ocasión de los vanos encarecimientos? Allende de esto, en las tablas de la vieja Ley severamente se prohibía el adulterio y la fornicación: *Non moechaberis* ². Pero fué por demás, porque, avezados los hombres á derramar la vista y á fijarla en bellezas transitorias, malamente acertaban luego á no pasar la raya de lo vedado, resbalándose del desordenado mirar al mal deseo, y del mal deseo á peores obras. ¿Qué remedio halló el celestial Legislador? Perrechó el antiguo mandamiento con este valladar: Sabéis que á vuestros mayores se prohibió que cometiesen adulterio. Pero yo os digo que todo el que mirare la mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón: *Audistis quia dictum est antiquis: non moechaberis. Ego autem dico vobis, quod omnis, qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam moechatus est eam in corde suo* ¹. ¿Veis cómo, para quitar los adulterios, cortó la raíz de las miradas licenciosas? Por donde parece que todo el blanco de la ley de Jesucristo fué poner reparos á la antigua, alejando las ocasiones próximas de quebrantarla; á lo cual alude por ventura Isaías al profetizar que será llamado el Salvador del mundo edificador de cercas ó valladares: *Vocaberis edificator septium* ³.

Y ¿qué se concluye de aquí? Lo que yo precisamente me propuse, es á saber: que Dios nuestro Señor no os favorecerá con su gracia en casos semejantes. Porque, si no, decidme: ¿á qué mandar tan estrechamente que nos apartemos de los riesgos y contingencias, si tenía su Majestad determinado de acudir á nuestro socorro con auxilios extraordinarios, sobreabundantes y señaladísimos? Vanamente, si fuera así, nos apartara tan lejos del precipicio, pues podía

¹ Matth., v. 33. — ² Ex., xx, 14. — ³ Matth., v. 12. — ⁴ Is., lxxvi, 12.

dejar que llegásemos á la orilla y allí proveer que no cayésemos. Podía permitir que mirásemos desenvueltamente cuanto nos pluguiese, que exagerásemos sin medida, que zahiriésemos con libertad, y poner luego su divina mano á fin de que no resbalásemos en deshonestidades, en perjurios, en homicidios. Mas, dada otra divina ordenación, ¿qué quiere darnos á entender el supremo Legislador? ¿No es esto decirnos que nadie se exponga á peligro de pecar, con achaque de que Dios le asistirá? Discurso es éste palpable y evidéntísimo.

Comunicación de la menor.

Conclusión:

epilogo.

Y si es así, como lo es, ¿qué hacéis, hermanos míos? ¿Cómo vivis tan embebecidos y descuidados? ¿Cuándo echaréis de ver que, si no guardáis con vigilancia el atrio, os robarán la casa y moriréis? ¿Esperáis acaso nuevos argumientos? Harto claro habéis visto que ni en la propia virtud que os fortalece, ni en la protección divina que os escuda, podéis hallar fundamento de sólida esperanza; antes bien, los ajenos sobresaltos os enseñan á temblar, y las ajenas ruinas á mirar por vuestra alma.

¿Qué más queréis? Muy arrojado es, clama San Agustín, quien porfia en pasar, habiendo visto á otros arrebatados de la corriente ¹. Loco es el caminante que se empeña en vadear el río salido de madre, después que vió á los que iban delante arrastrados por el raudal de las aguas. Temerario es el viajero, que osa pasar de noche la espesura de una selva, después de saber que los que iban delante dieron en manos de salteadores y asesinos. Arrojad, pues, esos libros perversos en que malamente os recreáis, libros corruptos y corruptores, libros impíos y pestilentes; desviaos de esas tertulias y reuniones profanas; renunciad á esos juegos peligrosos; cercenad esa licencia que hasta en las calles públicas con escándalo se acostumbra, y sobre todo, hermanos míos en Jesucristo, sobre todo resolvéos varonilmente á despedir y lanzar, pero de veras, pero para siempre, de vuestra casa cualquier trato ó comunicación no conforme á la ley santa del Señor.

CONSERVACIÓN por inducciones y semejanzas.

R

saboricidlo.

¹ Nihilum praecepit est, qui transire contenderit, ubi conspexerit alium cecidisse. De singular, cler.

AMPLIFICACIÓN
por vía de pro-
pósito.— Ya esta-
re sobreesavio.

Resp. a compa-
rañer a los que
no la idolatran.

Interrogación y
conduplicación.

Afecto de aho-
mización y de
odio en la

PUNERACIÓN

por ejemplo del
que arroja al mar
riquezas al mar

No me digáis: Padre, no hay en ello ningún peligro; ya no soy aquel; vivire muy sobre aviso, estaré firme, trataré con la persona que decís, pero con limpio pensamiento.— Despedidla, os torno á decir, despedidla prontamente; esto exige de vosotros Dios nuestro Señor. Quien de verdad abomina de la idolatría, no hay remedio, ha de arrancarse por el mismo caso de los ídolos. ¡Desdichado Salomón! Por no seguir este consejo, según muchos doctores, se condenó¹. Vuestra idolatría ya sabéis en qué consiste. Al adorar aquella hermosura terrenal, que ha de convertirse en podredumbre y gusanos, celebrándola tal vez con epítetos de celestial y divina, volviendo las espaldas á Cristo, ¿qué hicisteis sino idolatrar? ¿Qué hace, pues, ese ídolo en vuestra compañía? Lanzadlo, lanzadlo al punto: *Auferit offendicula*. ¡Ojalá que arrojaseis también su pegajosa memoria, si queda algún rastro de ella en vuestro corazón! Y aquellas pinturas que adornan las paredes de vuestra casa, con afrenta del nombre cristiano y menoscabo de la veneración debida á los santos y á la Reina de los Angeles, la Virgen nuestra Señora, aquellas figuras y estatuas de vuestros atrios y jardines, ¿qué son, qué representan? Idolatría, idolatría. ¿Y con gente tan ruin en casa queréis que os halle Jesucristo, cuando á la hora de la muerte venga á juzgaros y sentenciaros? ¡Oh desventura! ¡oh infortunio irremediable! No os deseo mal tamaño, porque, en realidad de verdad, quedara muy dudosa vuestra salvación eterna, si murierais, como Salomón, dejando vuestros ídolos en pie. Eá, pues, seguid mi consejo, ó, por mejor decir, el mandamiento de Dios, que os denuncia su expresa voluntad en estos términos: *Idola comminite*², *confringite statuas, sculptilia comburite*³, *disperditie nomina eorum de locis vestris*⁴. Desmenuzad los ídolos, hacéd pedazos las estatuas, echad al fuego los simulacros de madera, lanzad hasta la memoria de sus nombres de vuestras viviendas. Hacedlo así, hermanos míos, arrancad las imágenes ú objetos que pueden emponzoñar el alma y abrirnos las puertas del infierno; pulverizadlas,

¹ Abul. in 2. Reg. c. 7, q. 24.

² Deut. xii, 13.—³ Deut. vii, 5.—⁴ Deut. xii, 3.

destruidlas, y, si queréis más eficaz remedio, arrojadlas al fuego. Y como el otro filósofo¹ que, echando al mar todas sus riquezas, á cada prenda que arrojaba iba diciendo: *Mergo vos, ne marar a vobis*: os hundo para que vosotros no me hundáis; así también, al entregar á las llamas los ídolos de vuestro corazón, repetid con gran pecho y entereza: *Uro vos, ne urar a vobis*. ¡Ah traidores!, os quemó porque no me queméis; os quemó porque no me queméis y me hunda por vuestra causa en las hogueras sempiternas. Así mostraréis que habláis de veras; si no, entendedlo bien, vuestra conversión será de burlas y contrahecha, porque es evidente que no puede pretender en modo alguno vivir lejos de pecado quien le abre de par en par las puertas de su corazón.

protopopeya.

Anacástoleis.

SEGUNDA PARTE

VI

Y ¿á qué fin me he cansado y aducido tantos argumentos? Para probar que es á todo hombre muy difícil guardarse y precaverse entre las ocasiones de pecar. ¡Necio de mí, que ahora advierto que he perdido miserablemente el tiempo. Verdad es ésta la más inculcada de los predicadores y la más sabida de todo el mundo. No hay quien lo ignore, no hay quien no lo experimente. ¿Por qué, pues, no huyen todos los cristianos de semejantes redes y escollos de perdición? Porque tienen estragado el corazón y herido de la dulce pestilencia. Gústales el pecado y se abrasan allí dentro en llamas de concupiscencias bestiales. Y ¿qué hacen los infelices? Correr desalados tras aquellos espectáculos y diversiones que les ofrecen pasto emponzoñado, aunque oculto, donde cebar su pasión desapoderada. Corren á las danzas y saraos, vuelan á las fiestas y regocijos, devoran los libros y papeles, frecuentan las visitas ocasionada; pero, en realidad de verdad, buscan dónde satisfacer sus mal

DE LAS CAUSAS
por qué no se huyen
las ocasiones
peñinas en ma-
terias de justicia.

Transición por
corrección orato-
ria.

Primera causa.
El corazón co-
rrompido y injus-
ticia.

concomitacion.

¹ Crates.

refrenados apetitos y hartar su hambre de placeres. Así que siempre que veáis, oyentes míos, á una persona, sea quien fuere, que se entra voluntariamente en tales sitios de pasatiempo y de placer, decid, sin riesgo de caer en juicio temerario, decid que peca. Si no peca descaradamente con la obra, que sería intolerable desvergüenza, peca con la mirada, peca con los gestos y meneos, peca mayormente con las codicias de su torpe corazón¹. Son, dice Oseas, como un horno encendido, cuyas centellas no saltan porque no pueden, están comprimidas, están ahogadas y sepultadas en el seno; que si pudiesen derramarse fuera sin obstáculo, veríaislas subir á más codos de altura que el incendio de Babilonia: *Incedit, quas reperit*².

¿Hay quien se maraville de que hable hoy un lenguaje tan extrañamente severo? ¡Ah ciudad prevaricadora, que ya no se te puede hablar de otra manera! ¿Es posible que no te cubres de vergüenza y confusión al mirarte tan trocada en tus costumbres? ¿Eres tú, por ventura, aquella ciudad tan celebrada, de quien en otro tiempo aprendían los extraños gravedad, asiento, severidad y compostura? ¿Cómo has bastardeado tanto del antiguo rigor y templanza, y dádote á la licencia y desenfreno? En pocos años te has desfigurado, y en tus conversaciones, ya públicas, ya privadas, vas soltándote de suerte que, si Dios no lo remedia, no sé en qué abismos pararás. ¿Cómo te has hecho, ciudad mía (vendrá tiempo en que tendré que exclamar llorando con el proleta Isaias), cómo te has trocado, ciudad mía, en pública ramera, ciudad antes fiel y piadosa, y, lo que más hace para reprimir la liviandad de las costumbres, llena de severidad y justicia! *Quomodo facta est meretrix, civitas fidelis, plena iudicii*³. Porque es así que, en faltando la separación entre las personas en condición y sexo diferentes, revuélvense todas las pasiones atizadas, con el continuo trato y rozamiento. De los charcos donde se juntan y entremezclan todo linaje de horrores é inmundicias, brotan

¹ Omnes adulterio incalverunt, quasi cibus succensus á coquenté. Os., vii, 4 juxta LXX.

² Dan., iii, 48.—1a, 1, 22.

luego olores pestilentes, y se engendran mil insectos y sabbandijas. ¿Qué ha de salir, pues, del trato y familiaridad continua de personas de todas clases, que están siempre juntas, juntas en casa, juntas en paseo, juntas en la mesa, juntas en el palco, sino vaho de infierno y engendros monstruosos, como de hediondo y revuelto cenagal? Plegue á Dios que sean falsas mis sospechas, pero confirma mis temores, ver la poca cuenta que de esos pecados se hace, por manera que llegan muchos á tenerlos por ligereza y aun por donaire, ó cuando más por enfermedad y flaqueza tan natural al hombre, como al león la fiebre.

VII

¡Cuántas veces se oyen estas ó semejantes razones: Gran mal un deslíz ó fragilidad en materia de este jaez! Que sean pecados gravísimos la blasfemia, los juramentos, los hurtos, las venganzas, se comprende; pero ¡una flaqueza, mayormente cuando no redunda en daño del prójimo...! Con que ¡es nada una flaqueza de carne ¡nada los pecados deshonestos! ¡Oh ángeles de Dios, decid, decid si son ó no ¡mal liviano y á la infinita Majestad aborrecibles esos pecados! que tantos cristianos casi menoscapan hoy día! ¿No sois vosotros los que abristeis las cataratas del cielo para descargar en la tierra las aguas del diluvio? Pues decidnos: ¿por qué pecado sino por este abominable y tenido en tan poca cuenta os mandó el Señor que rompíeis los diques del firmamento? Ciertó que, al anegarse el mundo con aquella espantosa inundación, no faltaban otros géneros de vicios y maldades. Había robos, oíanse blasfemias y juramentos, bramaban las iras y venganzas, reinaban todos los pecados, menos, como nota Santo Tomás, la idolatría. Mas ¿por cuál se desató el diluvio? Por los pecados de la carne. Así lo confirman las Escrituras, así lo atestiguan los doctores. Porque, dice el sagrado Texto, porque toda carne había corrompido su camino: *Omnis quippe caro corripereat viam suam*¹. Si llovió Dios tan grande inundación, fué

¹ Gen., vi, 12.

por similitud de los charcos y reduplicación.

Traducción por opción.

Verena causa. No hace caso de este vicio abominable. Principia.

ironía.

Expone su gravedad por los efectos.

El diluvio Apócalíps. 1a SS. Angeles.

instatación.

para lavar aquella inmundicia, aquel hediondo muladar; ¡tan pestilencial es este vicio, y al Dios de la limpieza tan abominable!

¿Y aun diréis que no es nada una flaqueza de carne, y el amancillar el cuerpo con vilezas? Andad, os ruego, y recoged con la imaginación esa muchedumbre, casi infinita, de cadáveres que veis zambullirse y sobreñadar en ese océano tan dilatado, reunidlos, amontonadlos y horrorizaos ante esa pira horrenda que casi toca al cielo, y decid si es ligero el pecado que tan rigurosamente se castiga. Vosotros despreciáis este desorden, porque es desorden, puede decirse, universal y cuasi común á toda suerte de personas. Mas yo digo que, por lo mismo que se ha generalizado tanto, conviene temer más el escarmiento. Mientras se ceñía á pocos este vicio, no vino sobre la tierra un castigo tan espantoso y destructor como el diluvio; vino sólo cuando había contaminado casi á todos esta halagueña é infernal pestilencia.

Pero ¿qué estoy haciendo, oyentes míos muy amados? Hablo y clamo entre vosotros, no de otra suerte que si estuvierais mancillados con una fealdad, cuyo hábito jamás empañó por ventura el lustre de vuestras almas. ¡Bendito sea Dios, y compadeceirme, porque bien sé que los que tienen mayor necesidad, ésos acuden menos á oír la divina palabra. Sin embargo de esto, ¿sabéis lo que hice, desahogándome con vosotros? Como los ofendidos y amargados que, no pudiendo haber á las manos al causador de su mal, se desfogan y enardecen con el primero que encuentran, aunque sea inocente y desconocido.

Pero, volviendo á nuestro propósito, ¿no es cierto, mis amados hermanos, que en las ocasiones de pecar comúnmente presumen los hombres de fuertes é inexpugnables, y que se deleitan y saborean en el vicio, ó al menos hacen poco caso, engañados del demonio con aquel loco pensamiento—qué gran pecado es una fragilidad? Veámoslo y concluyamos.

¿Qué gran pecado es la lujuria y deshonestidad? Éste es el pecado que más embrutece el generoso espíritu del hombre; éste embota el entendimiento y ofusca la imaginación; éste debilita las fuerzas y amortigua la hermosura; éste el

Amplificación por vilezas.

horrenda pira.

Amplificación: Es vicio general. Resp. tanto peor.

Corrección y contumelias. Oratorio.

por licencia.

y comparación.

Otros efectos por enumeración de.

cavillos presentes.

(repetición)

que más le asemeja en sus apetitos á los brutos animales; éste el que le despoja y arrebatara mayores bienes en menos espacio; éste le roba el tiempo, éste le gasta la hacienda, éste le quita la reputación, éste le inquieta el reposo, éste le menoscaba la salud, éste le trastorna el seso y la cordura, éste le priva de la libertad, y, por decirlo todo en pocas palabras, éste es el que acelera más arrebatadamente la muerte temporal y acarrea más ciertamente la eterna del infierno.

No entregues tu alma al vicio de la fornicación en cosa alguna, oíd la voz de Dios que os habla por el Eclesiástico; no entregues tu alma al vicio de la fornicación en cosa alguna, no sea que te pierdas á ti mismo: *Ne des fornicariis animam tuam in ullo, ne perdas te*¹; que no dice perderás tu hacienda, sino á ti mismo para siempre. Y así, velemos, hermanos míos, porque el mayor castigo que puede Dios enviar al hombre, con quien está enojado, es dejarle que se despeñe en la honda sima de la lujuria y liviandad, conforme al dicho del Sabio: Con quien Dios se enojare, caerá en ella: *Cui iratus est Dominus, incidet in eam*². Mas ¿quién de vosotros mostrará deseos de caer en sima tan profunda? Quien se ponga á jugar y entretenerse todo el día junto á la margen del horrible precipicio.

(gradación)

y estrías.

Perforación por consonancia bíblica.

Epléjico.

¹ Eclli. ix, 6.—² Prov. xxii, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS



®

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOSEXTO

¡Ardua empresa, por cierto, acometió nuestro orador! Querer arrancar á sus oyentes de las ocasiones próximas en que viven, es más dificultoso que descusar una encina ó que pasar una montaña de la otra parte del mar. Porque el objeto ocasionado ase y trava con dulcísima violencia al miserable corazón, y donde está el corazón, ahí está el pensamiento, ahí la imaginación, ahí los sentidos, ahí, finalmente, todo el hombre. ¿Y lo alcanza SÉNERI? No lo sé, ni es necesario que lo alcance para tener esta pieza por cabal en su género; pues una cosa es el fin de la elocuencia, y otra muy diferente el oficio del orador. El fin es persuadir, como el de la medicina es curar, y el de la táctica militar vencer á los enemigos; mas el oficio del orador es *dicere accommodata ad persuadendum*, como el del médico es aplicar los remedios más convenientes, y el del capitán disponer las fuerzas en orden á la consecución de la victoria. Mas ello es cierto, que el modo que solemos tener por mal médico al que ordinariamente no da la salud á los enfermos, y por ruin capitán al que siempre va de vencimiento en vencimiento y de derrota en derrota; por la misma causa reputamos por mal orador y que no cumple con su oficio al que no alcanza de ordinario el fin de la persuasión.

Para alcanzarlo SÉNERI con más seguridad, no combate á todos sus enemigos, es decir, á todos los que viven en ocasiones próximas; mas solamente á los que, temerosos de Dios y de caer en pecado mortal, porfan, no obstante, en vivir entre tales ocasiones. Esta suposición, sobre ser muy hábil y artificiosa, es harto probable en un auditorio que ha oído ya las verdades eternas y recobrado con la confesión la gracia de Dios. Así fijo y determinado el blanco y aislados los enemigos, es casi segura la victoria. ¿Cómo?

Si quisiéramos persuadir á uno que se aparte de la ribera y que no se arroje á vadear un río, ¿que le diríamos? Que la corriente es impetuosa y arrebatada, que él con sus pocas fuerzas no podrá contrastar su empuje, y que si las olas le arrastran ó le sume un remolino, en vano espera que le

ayuden, porque nadie tendrá que le dé la mano; finalmente, le mostraríamos los estragos que ha causado y los muchos que perecieron, víctimas de su temeridad y arrojamiento.

Estos mismos pasos sigue SÉNERI para desviar á su auditorio de la corriente de las ocasiones. Muéstrales, pues, lo primero, que la **ocasión**, conviene á saber, el objeto deleitable presente, **tiene una fuerza terrible**, inmensa, avasalladora. Lo segundo, que ellos, dentro de sí mismos, **no tienen virtud bastante** para resistir. Lo tercero, que fuera de sí, **no pueden contar con los auxilios divinos** ni con la gracia extraordinaria, que sería menester. Esto en la primera parte. Lo cuarto, decláralos en la segunda la extensión funestísima de la **culpa** y vicio deshonesto, y luego la terribilidad de la **pena** con que es castigado, aun en este mundo, por el Dios de la pureza. En la primera parte va quitando á sus oyentes toda suerte de arrimos y los deja inermes, solos y desamparados ante el ímpetu furioso de la ocasión: en la segunda dales un empuellón más, los desvía del peligro y los salva. En la primera cíñese á tratar con los temerosos de Dios, que se aventuran más de lo que conviene: en la segunda, con estos y con otros de más ancha y rasgada conciencia, que traen enviado y casi podrido el corazón. Por esta causa, en la primera parte habla de las ocasiones de pecar, pero en la segunda del mismo pecado, que es pasar, como dicen los retóricos, de la **hipótesis** á la **tesis**, de lo particular á lo general, donde, conviene á saber, en la tesis, se explaya con más holgura la elocuencia.

Para ese triunfo, ¿qué bien dispone los ánimos en el **Exordio**! Despierta la **atención** con el ejemplo del naufrago; granjéase la **benevolencia** con la buena opinión que muestra tener de su auditorio, y con el recelo de que tornen á perderse y naufragar; hácelos **dóciles** con explicarles el texto sagrado, y con asentar una proposición tan sencilla y categórica, á saber: que «es temeridad arrojarle uno en las ocasiones de pecado, porque sin duda pecará.»

La **fuerza persuasiva** de la **Confirmación** nace de la trabazón maravillosa y orden ascendente de los argumentos, del rigor dialéctico, con que maneja el silogismo, el dilema y el entimema, y de la verdad teológica moral de todas sus conclusiones. He aquí la **moral relajada** de los jesuitas: ni una vista desmandada permite á sus oyentes, ni una lectura vana; ni un paso, ni una palabra ociosa.

El **agrado** y **deleite**, que produce, se causa principalmente de la variedad de **similes** y **ejemplos** de que todo el discurso va sembrado. El paralelo entre Judit y Dina es digno de un maestro, aunque, por ventura, algo difuso; y

no hay cosa que tanto corte ó debilite los nervios de la verdadera elocuencia como el vaguear de la fantasía ó las agudezas del ingenio. Nótese, empero, que no hay aquí galas y ornamentos inútiles, ni siquiera traídos *ad delectandum*, para deleitar á los oyentes y hermohear el discurso: los ejemplos que trae, casi todos de la Sagrada Escritura, sirven derechamente *ad probandum*, para probar y convencer, aunque, sin pretenderlo, deleitan en sumo grado. ¿Y qué maravilla, pues, el ramaje de los árboles, la corteza y cáscara de los frutos, la caballera del hombre, los pies, manos, ojos y demás sentidos, que sirven de defensa ó están hechos para nuestra utilidad, son al propio tiempo tan hermosos, que, si se mira á la **belleza**, no parece que pudieran hacerse más lindos y proporcionados; y si á la **utilidad**, no se concibe cosa más á propósito para el fin á que se destinan? Con que, sin duda, aquel será más perfecto orador que mejor sepa hermanar lo útil con lo hermoso y dulce:

*Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando pariterque monendo* 1:

porque se asemejará más al soberano artífice y Criador del mundo que en todas las obras que hace, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia y de la gloria, siempre junta lo útil con lo hermoso, la solidez del provecho con la dulzura del deleite; y es la causa de ello, que en todo obra **con amor** y **por amor**, pues Dios es caridad, y no hay cosa más útil y fecunda que el amor, ni más gustosa y hermosa que la caridad. Ame de consiguiente, ame mucho á Dios el orador cristiano, y tenga cierto que serán sus razonamientos todos utilísimos y sabrosísimos.

La **moción de los afectos**, aquí tan poderosa, engendrarse, si no me engaño, de la firmeza de los dictámenes, que preceden, y de la brillante ampliación, con que remata la primera parte y mantiene el calor hasta la postrera palabra del discurso. Porque, desde la mitad del párrafo V, donde dice: «Y si es así, como lo es, ¿qué hacéis, hermanos míos? ¿cómo vivís tan embebecidos y descuidados? ¿cómo no echáis de ver que, si no guardáis con vigilancia el atrio, os robarán la casa y moriréis? Harto claro habéis visto que ni en la propia virtud, que os fortalece...» hasta la última sentencia de los Proverbios: «Con quien Dios se enojare, caerá en ella», es decir, en la sima de la lujuria y del infierno, ¿qué es todo ello, repito, sino ardiente peroración compuesta de palabras vivas y agudas, como saetas,

¹ Horat. Epist. ad Pisonem, 343-344.

que enherboladas con gracia divina, traspasan el corazón de claro en claro?

Nuestro español Fabio, en el libro octavo de sus Instituciones, capítulo cuarto, trae cuatro modos de amplificar: por **congeries**, por **comparación**, por **incremento** y por **raciocinación**. Los mismos emplea SENERI, y por el mismo orden. Comienza por un resumen de los argumentos anteriores; trae después algunos símiles y ejemplos, del que intenta vadear el río ó cruzar una selva de noche; sigue una exhortación por incremento á que arrojen los malos libros y huyan de visitas y tertulias ocasionadas, y pondera luego la idolatría de Salomón, cotejándola con la otra especie de idolatría de los que viven en malos tratos.

Todo esto se endereza á formar buenos **propósitos**, los cuales arranca el orador, primero **indirectamente**, animando á su auditorio á lanzar de sí las malas ocasiones y clamando: «¿Qué hace, pues, ese ídolo en vuestra compañía? Lanzadlo, lanzadlo al punto... Desmenuzad los ídolos, haced pedazos las estatuas...» Segundo, más **directamente** haciendo decir á sus oyentes: *Uro vos, ne urar á vobis.* «¡Ah traidores! (ídolos), os quemó porque no me queméis y me hunda yo por vuestra causa en las hogueras sempiternas.»

Más, de qué aprovecha quitar las **ocasionas**, si queda la **mala afición** dentro del pecho? Eso sería cortar solamente las ramas y dejar intacto el tronco y la raíz. A ésta aplica la segur en la segunda parte, encareciendo con apóstrofes y prosopopeyas vehementes la **fealdad** de la fornicación, y ejercitando actos de **ira**, detestación y lástima, é inundándoles el **temor de Dios** con la viva representación de los castigos.

Compárese ese discurso con el de Cicerón contra P. Servilio Rulo, donde reprueba la Ley agraria. Ambos pretenden apartar al pueblo de una cosa muy deleitable: Cicerón de un proyecto que halagaba tanto á los Quirites; SENERI de las ocasiones de pecar, mil veces más halagüeñas al viciado corazón del hombre. Véase por qué medios tan diferentes se encaminan á su fin, y ambos lo alcanzan. De Cicerón nos consta que ablandó de suerte á los Quirites con el encanto fascinador de su elocuencia, que ellos mismos rechazaron la ley que el tribuno de la plebe les había propuesto. ¡Oh magia del bien decir! ¿Qué fue esto sino persuadir al pueblo romano que no comiese el bocado sabrosísimo, que ya tenía en la boca, y que, á pesar del hambre que le devoraba las entrañas, lo soltase de su bella gracia? Así que la elocuencia de un solo Cicerón pudo más que la autoridad de todo el Senado. Igual triunfo es de crear alcanzaria SENERI de sus oyentes, ayudándole, además de la

gracia, el ejemplo admirable de su vida, tan alejado del mundo, tan enfrenado en sus apetitos, tan puro y casto en sus costumbres, que el cardenal Sforzia Pallavicini, de la Compañía de Jesús, formó del nombre *Paulus Segnerus* este lindo anagrama: *Purus angelus es.*—Eres un puro ángel.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DISCURSO DÉCIMOSÉPTIMO

CONTRA LOS INGRATOS

Et intraverunt, et ejecerunt eum extra civitatem, et dixerunt illi usque ad supercilium mundi, super quem civitas illorum erat edificata, et precipitavit eum.

Levastronó, y le arrojaron de la ciudad, y le llevaron hasta la cima del mundo, sobre el cual su ciudad estaba edificada, con ánimo de despeñarle.

Luc., IV, 4-9.

EXORDIO

13 intencional.

AMADOS hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: escuchad con atención y revestidos de equidad, porque voy á denunciar ante el tribunal de vuestra conciencia cristiana el mayor crimen de la tierra, para que oigáis y sentenciéis. Hablo de la ingratitud de los hombres. Hoy vemos por primera vez en el sagrado Evangelio que hubo en el mundo gente tan desalmada, que tuvo el atrevimiento de poner las manos en nuestro adorable Redentor, y con ejemplo funestísimo arremetieron furiosamente contra él, sujetáronle con afrenta nunca vista, y como á vil prisionero le llevaron á la cumbre de un monte, para despeñarle desde allí.

Propos. Denuncia el mayor crimen de la tierra: LA INGRATITUD.

Pruebas: por simple enunciación del hecho.

Pero ¿qué veo? ¿No es éste el celebrado Mesías, deseado por tantos siglos, solicitado con tantas súplicas, atraído de los cielos con tanta violencia de amorosos suspiros? Él es, y no otro, el prometido Mesías. ¿Cómo, pues, así le desconocen los hombres y tan fieramente le maltratan, después

Por las circunstan- cias de la per- sona del Reden- tor.

debitación.

gracia, el ejemplo admirable de su vida, tan alejado del mundo, tan enfrenado en sus apetitos, tan puro y casto en sus costumbres, que el cardenal Sforzia Pallavicini, de la Compañía de Jesús, formó del nombre *Paulus Segnerus* este lindo anagrama: *Purus angelus es.*—Eres un puro ángel.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DISCURSO DÉCIMOSEPTIMO

CONTRA LOS INGRATOS

Et intraverunt, et ejecerunt eum extra civitatem, et dixerunt illi usque ad supercilium nostrum, super quem civitas illorum erat edificata, et precipitavit eum.

Levataronle, y le arrojaron de la ciudad, y le llevaron hasta la cima del monte, sobre el cual su ciudad estaba edificada, con ánimo de despeñarle.

Luc., IV, 4-9.

EXORDIO

1.ª Intimación.

AMADOS hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: escuchad con atención y revestidos de equidad, porque voy á denunciar ante el tribunal de vuestra conciencia cristiana el mayor crimen de la tierra, para que oigáis y sentenciéis. Hablo de la ingratitud de los hombres. Hoy vemos por primera vez en el sagrado Evangelio que hubo en el mundo gente tan desalmada, que tuvo el atrevimiento de poner las manos en nuestro adorable Redentor, y con ejemplo funestísimo arremetieron furiosamente contra él, sujetáronle con afrenta nunca vista, y como á vil prisionero le llevaron á la cumbre de un monte, para despeñarle desde allí.

Propón Denuncia el mayor crimen de la tierra: LA INGRATITUD.

Pruebas por simple enunciación del hecho.

Pero ¿qué veo? ¿No es éste el celebrado Mesías, deseado por tantos siglos, solicitado con tantas súplicas, atraído de los cielos con tanta violencia de amorosos suspiros? Él es, y no otro, el prometido Mesías. ¿Cómo, pues, así le desconocen los hombres y tan fieramente le maltratan, después

Por las circunstan- cias de la per- sona del Reden- tor.

1.ª Intimación.

que tienen al que tanto deseaban? ¡Ah! Razón tenías, ¡oh celestial y soberano Padre, en mostrarte tenaz é inexorable á las plegarias de tus criaturas y en dilatar la preciosa dádiva de tu Unigénito Hijo. ¿Cómo le enviaste, si sabías los malos tratamientos con que sería recibido? Pero vengza la caridad de Dios al desalmamiento de los hombres. Sea entregado á muerte el inocente, ya que así lo reclama á gritos la humana perversidad, y, para apartarlo más lejos de su vista, llévenlo á la cima de la montaña y despéñenlo en el hondo precipicio. ¿Quiénes serán los primeros y temerarios que osarán injuriar al divino Salvador? ¿De qué pueblo de la tierra, de qué gente ó república saldrán, de qué ciudad ó casa, ó, por mejor decir, de qué desierto ó madriguera tales monstruos y primeros matadores del Hijo de Dios? No me obliguéis á repetirlo, hermanos míos, que de puro asombro se os erizarán los cabellos y helará la sangre en vuestras venas: Nazaret, la patria de Jesucristo, es la primera en alzar las manos contra su divina persona y darle la muerte.

Aquí, aquí quiero ver confundida la ingratitud de los hombres. ¿De qué suerte? Nazaret, la ciudad más obligada de toda la Palestina al Salvador del mundo, la de donde le plugo tomar el sobrenombre ó apellido, la que escogió por morada y vivienda, fué la primera en alzarse contra Cristo, en embravecerse contra él y á voz en cuello demandarlo para que muriese; ¡tanto le aborrecían sus naturales y conciudadanos! Si los primeros en mostrarle tal ejeriza fueran algunos extraños, no favorecidos y regalados del piadosísimo Jesús, hombres bajos y la escoria del mundo, casi les perdonaría su desmán. ¡Pero los Nazarenos! ¡los amados Nazarenos! Ésta es horrible y no imaginable ingratitud...

Pero ¡ay de mí, que, si á ellos condeno, he de condenar con la misma sentencia á muchos cristianos. Perdonadme, oyentes míos, si lo digo; á tal extremo de ceguedad y desagradocimiento hemos llegado por nuestros pecados, que los más favorecidos del Señor vienen á ser sus mayores enemigos. Más claro: las personas más calificadas en dignidad, más celebradas por su fama y nombradía, más acomodadas por sus riquezas, más ilustres por su prosapia, son, por des-

gracia, no pocas veces los que con mayor osadía ofenden á su divina Majestad. ¿Qué diré, pues? ¿qué partido tomaré? Los confundiré y pondré en una cuenta con los pérfidos Nazarenos, y demostraré, aunque sólo en general, porque nadie se dé por lastimado, la enorme ingratitud de aquellos cristianos que pagan mal por bien á su magnífico Bienhechor.

PRIMERA PARTE

II

Mas apenas tomé sobre mi palabra la demostración de esta verdad, ya me encuentro atajado, y casi me pesa de mi empeño. Porque ¿en dónde estoy, hermanos míos? ¿á quiénes hablo y enderzo mi discurso? ¿Hallámonos, por ventura, entre salvajes ó entre cristianos, entre bestias fieras ó entre hombres de razón? Argumento fuera éste para ser tratado á un auditorio de menos entendimiento y perspicacia que el vuestro. Que si los brutos animales fueran capaces de inteligencia, yo me esforzara en darles á entender la fealdad que encierra recibir bienes y devolver en recompensa males.

Pero ¿qué digo? Ni aun ellos tengo para mí que llevarían en paciencia mi amarga reprensión, y probaríanme con ejemplos innumerables que siempre aborrecieron tamaña ingratitud, y que siempre amaron y jamás hicieron mal á sus amigos y bienhechores. Podríanme citar en su abono la solemne protestación de Séneca: Los beneficios aun las mismas fieras los reconocen, y no hay animal tan indómito, á quien los favores no ablanden y los halagos no domestiquen y hagan amoroso¹. Traerian en testimonio de su dicho la gratitud de los fieros leones, y el señorío grande que sobre ellos tuvo por esta causa Annón Cartaginés, señorío que le hizo sospechoso á su patria, temerosa que todo lo

¹ Officia etiam feræ sentiunt; nec ullum tam immanisæetum animal est, quod non cura mitiget, et in amorem sui vertat.

(epítrofe)

(licencia)

De la persona de los enemigos

(interrogación)

(sustentación)

(hipérbolo)

(antítesis)

(intrecreación)

(epítrofe)

(licencia)

(conduplicación)

Comunicación á segunda parte á los oyentes:

(contraste)

(hibitación)

Propos. univers. tal.

Arg. 1.º
A comparatione.

Transición por corrección.

Silingimo martirin.

Las bestias feræ no pagan mal por bien. Vencorum rebus de Deo mil beneficiis, y le obedirán. Longo soia más ingratos que las bestias.

Propos. mayor en forma de táctica prosopopeya:

por autoridad de Séneca.

sujeteria quien hasta las bravas fieras había domado. Recordaríame las caricias que á Mentor Siracusano hizo un león, por haberle sacado una espina que se le bincara en el pie, y los servicios y muestras de lealtad de otro león á Elipidio de Samos, porque le arrancó al animal un hueso que se le había atravesado en las quijadas. Contaríame cómo una pantera se hizo no sólo amiga, mas amparadora y defensora de un hombre que, movido á lástima, le sacó de una profunda hoya sus cachorros ó pequeñuelos. Mencionaríame lo del dragón de Arcadia, que salvó de manos de unos salteadores á su favorecedor Toantes, que le daba de comer; y el extraño reconocimiento de aquel otro león, el cual defendió de las garras de las otras fieras á un bienhechor suyo, lanzado al circo de Roma por sus maledicíos, llegando á él y halagándole amorosamente, con espanto y aclamación de todos los espectadores.

Y confuso yo ante la muchedumbre de casos tan extraños, ¿qué diría? ¿qué respondería? ¿Negaría la verdad del hecho? Mas esto fuera negar no sólo la autoridad de Plinio, por ventura demasiado crédulo, pero juntamente la de un Séneca, la de Gelio y Aristóteles, la de Casiodoro y Guillerme Parisiense, la de Isidoro Pelusiota y San Basilio Magno, que de consuno lo atestiguan. ¿Lo concedería llanamente? Pero entonces forzárime la propia vergüenza y noble indignación de mi pecho á volver á este sagrado pulpito y á gritar á voces y como fuera de mí: Hombres, hombres, cristianos, cristianos, que os preciáis de hidalgos y bien nacidos; venid conmigo á las selvas y soledades, á las rocas y cavernas, donde aprenderéis de los brutos leyes de humanidad y agradecimiento. Estos irracionales, regalados por vosotros, veis cómo se amansan y domestican, oyen vuestra voz, obedecen á una señal de vuestra voluntad, si guen vuestras pisadas y no aguzan los dientes para despedazaros, cuando vosotros alargáis la mano para darles de comer; que los beneficios hasta las fieras los reconocen: *Officia etiam feræ sentiunt.*

Y vosotros ¿hacéislo al rey con Dios, vuestro bienhechor? ¿Qué no hace este Padre benignísimo para ganar vuestros corazones?, decidme, ¿qué no hace? Él, desde la

por ejemplo va-
rios.

Concedido por
dilema:
Negar esto, es
imposible:

por testimonio
privado:

Comordero, ver-
gonosísimo:
Transición á la
menor, por sabi-
me apoteosis,
y conoposición:

antitesis

beneficio divi-
no,

altura de su majestad y en el lleno de su bienaventuranza, mira de continuo por vosotros, como si no tuviera otro cuidado, y, no contento con proveer á vuestra necesidad, atiende asimismo á vuestro bienestar y regalo. ¡Cuántos bienes ha derramado en la tierra sólo para vosotros! Animales infinitos, unos para vuestro recreo, otros de suma utilidad; plantas varias y diversas, de ellas hermosísimas, de ellas provechosísimas; minas inagotables, cuáles para vuestra riqueza, cuáles para medicinar vuestros cuerpos. Todos los elementos ha hecho como tributarios de vuestra comodidad y servicio. Por vosotros tiene ocupadas en revolver los cielos las inteligencias nobilísimas; por vosotros mueve sin cesar esos planetas, y por vuestro bien mantiene encendidas las estrellas del firmamento. No da punto de reposo ni á los ríos, ni á los mares; antes ordena su Providencia que siempre estén en perpetuo movimiento para vuestro bien, y fecunden vuestros campos, ó refresquen el calor de vuestros entrañas, ó transporten vuestras mercancías, ó satisfagan vuestra codicia insaciable. Todo el universo está en movimiento por vosotros. Y ¡vosotros, en el tiempo mismo que Dios os beneficia y regala, le ofendéis, y pareciéndoos esto poco, entonces le ofendéis con más osadía y desvergüenza, cuando él os regala con mayor cariño y liberalidad?

Ciertamente, católicos, me parece tan monstruoso este desconocimiento, que, si yo viniese de nuevo al mundo y oyera tal nueva, no la creyera; y si me saliese al encuentro un Lactancio, varón gravísimo, y me dijese: ¿Sabéis lo que está pasando? Son los humanos tan esquivos y desamadoros con su Dios, que en el punto mismo que gozan de sus favores y mercedes, y debían deshacerse en alabanzas de la divina bondad, ellos jamás alzan los ojos á mirar de dónde les viene tanto bien¹; figurásemme que le contradiría en estos términos.—No lo creo, no puede ser. Encarecimientos son de lenguas mentirosas; embustes, tal vez, de corazones aviesos.—Pero ¡oh desengaño! Si luego, en afectos de rubor,

¹ Tum maxime Deus ex memoria hominum elabatur, cum beneficiis ejus fruentes, honorem dare divinæ indulgentiæ debent. Divin. Inst. Lib. II, c. 1.

confirmación de su dicho, me adujese la experiencia de los siglos y de todas las generaciones, sería finalmente forzado á darme por vencido y á decirle muy á pesar mío: Así es: tenéis mucha razón.

III

¿no es cosa averiguada cuánto se desvanecen y empeoran en las prosperidades los corazones de los hombres? Oid cuán amargamente se querella Dios por Jeremías: Mis hijos fueron engrandecidos y prosperados, engrosaron y fueron abastecidos; mas ¿qué sucedió á esta bienandanza? Quebrantaron mis mandamientos con grande desvergüenza:

*Magnificati sunt, et dilatati, incrassati sunt et impinguati, et proterierunt sermones meos pessime*¹. Los que en Egipto, entre el lodo y estiércol de los adobes y bajo el yugo de miserable servidumbre, se habían mantenido fieles á su Dios, por manera que, de común consentimiento de los sagrados doctores, no resbalaron en todo aquel tiempo en ningún linaje de idolatría; apenas vieron que los mares se abrían á su paso, y que las nubes les llovían suavísimas viandas, y que la noche se iluminaba y el día se obscurecía, y las duras piedras les manaban raudales cristalinos, y el desierto florecía para su deleite; no bien empezaron á sujetar á los pueblos con la fuerza y á dominarlos con potente señorío, cuando se apartaron del culto del verdadero Dios con insufrible altanería, y no hubo árbol bajo cuya copa no quemasen incienso á mentirosos dioses, ni piedra sobre la cual no levantasen altares de abominación, como por galana manera los zahiere Oseas: Vid frondosa Israel, según la muchedumbre de sus frutos multiplicó los altares, y, conforme á la abundancia y grosura de su tierra, así creció en abominables ídolos: *Vitis frondosa Israel, secundum multitudinem fructus sui multiplicavit altaria; juxta ubertatem terrae suae exuberavit simulacris*². Saúl, que, apacentaando las pollinas de su padre, era el hombre más piadoso y sencillo, vino con el mando á ser el más pérfido y arrebatado³. David, que,

Fig. 2.^a
De la circunstancia del tiempo.

Los hombres empobrecen al tiempo mismo de la prosperidad. Pero se les hizo borrados los gritos. Luego.

Mayor, demostrada por autoridad.

por ejemplo de los reas.

(analogía)

(semejanza de la vid frondosa)

de Saúl.

de David.

¹ Jer., v, 27-28. — ² Ose., x, 1. — ³ 1 Reg., xxii.

fugitivo y perseguido, era dechado de inocencia y mansedumbre, establecido y asegurado en el reino fué adúltero y homicida¹. Tras la pujanza vino á idolatrar el sapientísimo Salomón; Ozías, después de la paz, fué sacrílego; Joás, con los honores, insolente; Ezequias, tras la salud, vano y fastuoso; Agar, fecunda y con un hijo, petulante; Sansón, después de la victoria, lascivo y blando; y, generalmente, raros han sido los que mantuvieron en la próspera fortuna aquella virtud que mostraron en la adversidad.

¿Y qué es esto sino corresponder con ofensas enormes á su gran Bienhechor? Decíanle á Dios (veis aquí el lenguaje de esos ingratos, según leemos en Job): Apártate de nosotros, que para nada te hemos menester. Apártate, que nada tenemos que ver contigo.—Mas ¿cuándo le ultrajaron con tal descaro y villanía? ¿Cuándo los estrechaba con hambre? ¿cuando los afligía con enfermedades? Muy al revés; no fué sino cuando había henchido sus casas de bendiciones. *Dicebani Deo: Recede a nobis, cum impleisset domus eorum bonis*²: en el momento mismo que derramaba sobre ellos mil felicidades y venturas, ó, por mejor decir, cuando ya las había derramado: *Cum impleisset, non cum impleret*. Porque, mientras tenían que recibir, veneraban á Dios aquellos ambiciosos y avarientos con alguna muestra de acatamiento y reverencia; pero, en viendo la casa llena, decíanle al Señor: Ya te puedes apartar, que no te hemos menester.—¿Sentencia espantable, pero profundamente verdadera!

IV

Mas, para no combatir más largamente la ajena ingratitude, teniendo tanto de qué confundirnos nosotros mismos, ¿qué diremos de nuestro olvido y deslealtad? ¡Oh, hermanos míos muy amados!, meta cada uno la mano en el seno, que fácil será que la saque, como Moisés, leprosa. Quiero decir, que nos reconozcamos y averigüemos si somos mejores y más humildes cuando el Señor, con diestra favorable,

de Salomón; etc.

Propon. mejor: por las palabras de los mismos hombres.

prospere.

Conclusión.

significans.

Arg. 3.^a
De la circunstancia del modo; aplicación del anterior.

Valdramos de los beneficios de Dios, como de armas contra Dios. Luego.

¹ 2 Reg., xi, 4-14. — ² Job, xxii, 17-18.

prospera nuestros deseos y alivia nuestras necesidades. Decidme, por ejemplo, ¿no estimamos por singularísima merced el que nos otorgue cosechas abundantes? Así es, y todo el año estamos suspirando por ello, y pidiendo que hermosee nuestras campiñas con más ricas y doradas mieses; que cubra nuestros viñedos con más espesos racimos; que fecunde nuestros árboles y lleven más copioso y regalado fruto. Pero el Señor nos favorece, y ya hemos conseguido lo que deseábamos; ¿qué hacemos? ¿Somos acaso más diligentes en las cosas de su servicio? ¿Corremos á darle gracias? ¿Vamos á los templos y llenamos de presentes los sagrados altares? ¿Sotoremos más liberalmente á los pobres y menesterosos?, ó cuando menos, dice Salviato, ¿sacriñamos en nuestro corazón víctimas de pecados? ¿Prometemos nueva vida? ¿Entablamos costumbres más concertadas y edificantes? Parece natural que nos desvelemos en compensar á Dios los beneficios que de su larga mano recibimos, multiplicando los sacrificios de veneración, de culto y alabanza.

Pero ¿imagináis que sea así?, exclama aquel varón insignificante. Pues hacémoslo muy al revés. Si Dios nuestro Señor nos envía copiosas rentas y abundancia y tranquilidad, más aun de lo que acertáramos á desear, luego nos desvanecemos y maleamos con la próspera fortuna, y viciámonos con estragadas costumbres, por manera que casi llegados á olvidarnos de Dios y de nosotros mismos ¹. ¿Sabéis entonces en qué pensamos? En ensanchar nuestros graneros, en doblar nuestras bodegas, y, olvidados de la vida por venir, decimos á nuestra alma con el rico del Evangelio: *Anima mea, habes bona posita in annis plurimos*. Alma mía, tienes hacienda para muchos años; por consiguiente, comamos y bebamos y démonos á convites y regocijos: *Comede, ergo, bibes, epulare* ². Albricias, pues; tiempo es ahora de holgarme, de

¹ Compensare, credo, domino Deo nostro cultu, honore, reverentia, ea que ab eo accipimus, nitimur... Si quando nobis Deus proventus aberes, tranquillitatem et abundantiam dederit super vota crescentem, tanta secundarum rerum prosperitate corrumpimur, tanta insolentium morum pravitate vitiamur, ut et Dei penitus obliviscamur, et nostri. Lib. vi de Prov.

² Luc., xii, 19.

jugar, de divertirme dondequiera que haya zambra y diversión, para gastar lo que hemos ahorrado. Tiempo es, decimos en nuestro corazón, de llevar á efecto aquella venganza; tiempo es de combatir aquella castidad y desfogar mi pasión; tiempo es de ganar aquel juez; tiempo de sobornar al otro magistrado; y á este tenor, ¿quién lo creyera?, venimos, en nuestra ceguedad y bestial ingratitud, á valer nos de los beneficios de Dios como de armas contra el mismo Dios.

¿Pues qué? Imaginad que tras larga guerra alcanzamos la suspirada paz; ¿no vamos desalados á los bailes y teatros, á los saraos y banquetes? Figuraos que convalecemos por la misericordia divina de obstinada enfermedad; ¿no tornamos á nuestro antiguo desenfreno, á la libertad, á los celos y competencias? Y ¡cuántas veces nosotros, que en calidad de simples ciudadanos éramos corteses y respetuosos con todo el mundo, en viéndonos revestidos de alguna dignidad, ó con títulos más ilustres, ó emparentados con familias más conspicuas, ó enricados en la cumbre de la grandeza, erguimos de súbito la frente, fruncimos el ceño, vestimos con lujo, desdenamos el antiguo trato y familiaridad y nos avergonzamos tal vez de que nos vean en las iglesias ú oratorios de penitencia, que antes piadosamente frecuentábamos! ¿En qué empleamos el ingenio que el Señor nos dió para estudios más provechosos y macizos, sino en escribir cantares profanos ú obras baladías? ¿En qué la cordura y consejo, de que el Señor nos dotó para empresas de su servicio, sino en urdir trazas perversas ó interesados manejos? ¿En qué la dignidad y señorío, que el Rey eterno depositó en nuestras manos en orden al común provecho, sino en vejaciones desapiadadas ó intolerables violencias? ¿Qué más? Abusamos de la salud para la liviandad, de las riquezas para el lujo y ambición, de la hermosura y buen parecer para la vanidad y torpeza, como ya en sus días lo lloraba San Jerónimo: *Sanitate abutimur in libidinem, divitiis vertimus in luxuriam, bonanique formam sordida conversatione turpamus*.

Y ¿no es esto, hermanos míos, devolver mal por bien á nuestro Dios? Semejante es nuestro indigno proceder al del

Antec. por in-
ducción cotidiana:

en las formas co-
suechas.

(interrogaciones)

lo que fuera bien
hacer:

lo que hacemos.

lo que decimos:

(onomatopeya)

reduplicación

conclusión final.

Sigue la inlocu-
ción más rápida:

abstracción de la
paz

de la honra.

(imagen)

del ingenio.

de la prudencia,

del mando,

de la salud y her-
mosura.

Conclusión final
y confirmación a
pari del otro ca-
pitulo.

otro capitán por sobrenombre Eribato, el cual, como hubiese recibido una gruesa cantidad de su rey Creso, valiöse de ese oro para alistar contra él muchedumbre de soldados con que hacerle guerra. Yo robustecí sus brazos, oigo decir á Dios por su profeta Oseas. Yo robustecí sus brazos, y ellos ¿qué hicieron?, y ellos tramaron contra mí pecados y maldades: *Ego confortavi brachia eorum, et ipsi in me cogitaverunt malitiam!* ¡Ah! y ¡cuán frecuentemente se ve entre nosotros deslealtad tan monstruosa! No es menester detenernos en probarlo; lo que importa es trabajar en destruirlo.

y por autoridad.

(exclamación)

Arg. 2.^a
Anticipación del anterior.
Tramada por símas.

Es como ingrato
quiere matar al que le
obedece. Eso ha hecho
peccando. Luego.

Mover, por hipótesis
de los oyentes.

por autoridad de
San Zenón y San
Crisóstomo.

He cometido
esta hereje.

Porque, en hecho de verdad, ¿qué pecado sería tan feo y detestable no dar á Dios las debidas gracias por tantos beneficios? Pero ¿qué sería el ocultarlos? ¿qué el negarlos? ¿qué el lanzarlos de nuestra memoria? Pues ¿qué nombre merece quien ultraja á tal dador? Decídmelo, por vida vuestra, ¿qué sabía concebiríais contra uno á quien, dándole vosotros un rico presente, os da en retorno un bofetón, y, librándole vosotros tan la misma muerte, él en desquite os clavó el corazón de una estocada? Digo más; si vieseis tan villano proceder, no ya respecto de vosotros mismos, ni de personas allegadas, ni conocidas ó naturales, sino de extraños y desconocidos, ¿no se os encendería la sangre de pura indignación? ¿No llamaríais sobre la cabeza de aquel ingrato todos los rayos del cielo y las furias de todo el infierno? El bienaventurado San Zenón² no puede contener su lengua que no la desate contra Saúl, que intentaba dar muerte á David, cuando éste le templaba su dolor con las armonías de la cítara. San Crisóstomo esgrime su elocuente pluma contra los hermanos de José, porque concertaban entre sí de quitarle la vida, cuando él los buscaba con la cestilla al brazo para proveerles de mantenimiento.

Mas quiero presentaros un suceso menos conocido, y, considerándoos como jueces en tribunal para sentenciar en de-

¹ Os., vii, 25. — ² De liv. et indiv.

recho, tomaré yo las partes de fiscal, y el reo que traigo á vuestro examen es la persona de un emperador. Dad, pues, audiencia y escuchad la acusación. Basilio, emperador famoso del Oriente, andaba una vez montando por los cerros y espesuras de una selva, cuando acaeció que un ciervo de desmesurada grandeza le salió al encuentro, y el reo cazador le acometió, le detuvo en la carrera, y ya enristraba la pica ó lanzón para matarlo. El ciervo revolviase bravamente, y tan junto se llegó al príncipe que, metiéndole en la cintura ó talahí un asta de su larga cornamenta, levantáralo en alto, y le quitara sin duda la vida, si un gentil-hombre, que á la sazón estaba cerca, no se abalanzara con gran impetu y, desenvainando su espada, no cortase rápidamente el ceñidor del príncipe. Vueltos á palacio al anochecer, y divulgada por la ciudad la fama de aquel hecho tan hazñoso, apresurábanse todos y cercaban al magnánimo cortesano, y dábanle el parabién por la buena suerte que le había cabido de salvar la vida al Emperador. Quién imaginaba que sería muy luego encumbrado á la imperial privanza, ó á los cargos más preeminentes del Estado; quién que recibiría algún título de primera grandeza; quién le pronosticaba magníficos presentes de la real casa, parentescos ilustres, puestos honrosos y brillantes: cuando el ruin Emperador, no sufriendo, conforme á la mala costumbre de muchos sublimados en dignidad, reconocerse por deudor á ningún súbdito ó vasallo, ¿qué hace el muy ingrato y desconocido? Manda llamar al ministro de justicia, y, so color de que el tal gentil-hombre había atentado contra la imperial persona, ordena que le corten públicamente la cabeza como reo de lesa majestad, y así se ejecutó, con asombro de los circunstantes, que vieron palpitante y moribundo sobre un cadalso al que esperaban ver junto al trono y en el gobierno del imperio.

Oisteis la triste y desgarradora historia, cuya narración os ha conmovido, sin duda, las entrañas. Los autores que la cuentan, á saber, Cedreno y Zonaras, no acaban de abominar tanta perfidia. Y á vosotros ¿qué os parece? Si tuvieseis al malvado en vuestras manos, ¿qué suplicio le daríais? ¿podríais conteneros que no arremetieseis contra él y

Basilio manda
cortar la cabeza á
su libertador.

Exposición:

el ciervo y el emperador.

Nota: parabien
y asperacón.

Dispendio: la
muerte es un ca-
dalso.

Falla del anti-
torio.

del orador,
del Sabio.

le maltrataseis á puñadas de puro coraje? Creo que no: yo ciertamente, cuando lo oí por primera vez, senti alterárseme el corazón, porque si bien sabía por el Eclesiástico que los ingratos abandonan á su valedor y libertador: *Ingratus sensu derelinquet liberantem se*¹, pero nunca leí que llegase á término su locura que á sus ayudadores los matasen y destruyesen; esto me parece inconcebible.

Aplicación por comparación á misori ad maiora.

de la primera parte.

¡Dios nuestro libertador!

de la segunda

¡vosotros los maltratadores de él, Consecuencia.

Anticipación: Es encarecimiento.

Pero, ¡Dios santo!, ¿cómo al tratarse de su divina Majestad sentís tan de otra manera? ¿no os ha hecho mercedes como éstas?, ¿qué digo como éstas?, mayores sin comparación, infinitamente mayores. Porque, al fin, ¿qué beneficio recibió Basilio de aquel su vasallo? Que le sacase una vez del inminente riesgo de la vida. Pues de tales y mayores ¿cuántas veces os ha librado Dios nuestro Señor? ¿cuántas, en el curso de vuestra vida, ha peligrado ésta en mar y tierra, ó por la destemplanza de los elementos, ó por la furia de los animales, ó por el frenesí de los hombres, ó por el coraje de los demonios? ¿No estaríais ardiendo en los profundos infiernos con sólo haber dejado que os devorase y consumiese una calentura, ó que os acabase un catarro, ó que os royese las entrañas un cáncer, ó que os saltase de improviso un derrame cerebral ó un accidente de corazón? Pero vuestro Padre celestial, como valiente defensor, empuñó la espada de su incontrastable poder, *apprehendit arma*, y os ha libertado con su diestra de las criaturas todas, que en calidad de ministros de la divina justicia clamaban venganza contra vosotros, *et exsurrexit in adiutorium vestrum*. Y vosotros ¿qué le disteis en galardón? Oídsele al Apóstol de las gentes. Tomasteis, dice, en vuestras manos el fatal martillo y los sangrientos clavos de su sagrada Pasión, y por manera extraña volvisteis, ¡oh montruos de ingratitud!, volvisteis á crucificar al Hijo de Dios, haciendo de ello ostentación y donaire: *Rursus crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes*². Y ¿no se horroriza vuestra alma? ¿y no se os enciende la sangre contra vosotros mismos, como os enojasteis poco ha contra el infame Basilio?

Y no diga nadie que este modo de hablar es encareci-

¹ Eccli., xxxix, 20.—² Hebr., vi, 6.

miento del Apóstol y metáfora elegante, pero que en realidad vosotros jamás disteis muerte al Salvador en los días de vuestra vida. ¿Cómo, los Nazarenos acaso, porque no llevaron al cabo su infernal intento de matar á Cristo, que se deslizó invisiblemente de sus manos, no fueron reos del enorme crimen, pues de su parte no faltó desamor y diligencia? No le crucificasteis, es verdad, porque Jesucristo vive bienaventurado, vive inmortal, vive impasible á la diestra de su eterno Padre; pero, de parte vuestra, nada faltó para que le crucificaseis de nuevo, siempre y cuando peccasteis mortalmente. Y ¿por qué?, diréis. Porque, responde Santo Tomás de Aquino, porque quien peca, por la injuria que comete contra Dios, da, cuanto es en sí, causa suficiente para que Jesucristo sea otra vez crucificado y muerto: *Cum peccas, quantum in te est, das occasionem ut iterum Christus crucifigatur*¹.

Resp. a simili por el hecho de los Nazarenos.

doctrina de Santo Tomás

VI

Arg. 5.^o
DE LOS EFECTOS.

Pero demos que sea así como decís. ¿Parécenos que pagáis digna y suficientemente las infinitas dádivas que á vosotros miserables pecadores, os hace Jesucristo, sólo con no matarle? Fuera de esto, hacéisle toda suerte de agravios. Maldecir su santo nombre, acusar su Providencia, escarnecer de sus ministros, maltratar de palabra y de obra á sus siervos, profanar sus fiestas, quebrantar sus mandamientos ¿no es éste el retorno y común estilo de los pecadores? ¡Oh crueldad! ¡oh inhumanidad! ¡oh bestial ingratitud! Los moradores de Betulia, habiendo sido por el esfuerzo de la heroína Judit libertados del estrago que les amenazaba, no se contentaron con no matarla, sino que á una voz la bendecían todos con magníficas alabanzas, y clamaban: Salve, gloria de Jerusalén! salve, regocijo de Israel; salve, ornamento de nuestro pueblo²; le ofrecieron espléndidos regalos, le hicieron infinitos obsequios, y muerta finalmente

Ya que no le matéis, hacéisle todo el mal posible. Mas nada es enorme ingratitud. Luego.

Transición por concesión.

Prop. en su vez por incremento y asideton.

Prop. meosa, por comparación a contrario, Israel.

¹ In epist. ad Hebr., c. 6, l. 7.

² Benedixerunt eam omnes una voce dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Faraón.

la lloraron siete días con llanto inconsolable. Ni se contentó Faraón con no matar á José, que le pronosticó una horrible carestía, con lo cual se previnieron los daños con anticipación, mas le encumbró al supremo mando y gobernación de Egipto. Ni se satisfizo el rey Asuero con no dar muerte á Mardoqueo, de quien supo una horrible conjuración que se tramaba; á tiempo que se pudo cortar, pero le honró con una de las primeras dignidades de Persia. Y comúnmente, ninguno se contenta con no usar más señales de agradecimiento por las mercedes recibidas, que no dar muerte al bienhechor, beneficio que llaman de ladrones. Sólo vosotros os tenéis con esto por desobligados de las infinitas mercedes que os hace, y por lo demás nada os importa desobedecerle, blasfemar su nombre, escupir sus leyes, y poner vuestra mayor gloria en los mayores ultrajes y desacatos á su divina Majestad.

Torna á la rra mayor, por lo mismo.

Aspiración por satisfacción.

por hipértesis y comparación contraria.

por autoridad y

prosopeya.

Y ¿por qué, decídmelo, por qué tratáis tan mal á un Dios tan bueno? ¿Por qué, respondedme, hermanos míos, por qué?... Sé muy bien, dice San Crisóstomo, que si un hombre de la tierra os hubiese hecho la mitad de los favores que habéis recibido de Dios, no os atreveríais á causarle la menor pesadumbre, antes procuraríais saldar la deuda con todo linaje de servicios. ¿Qué obsequios tan afectuosos no haríais á quien os hubiese dado las ricas posesiones y heredades de vuestra casa? Ponderadlo y alzad los ojos á vuestro único bienhechor. Si un hombre os hubiese dado esa salud que el Señor os otorga, si un hombre os prolongara los años y la vida, que Dios graciosamente os va dilatando, ¿qué hacimientos de gracias y cuán entrañables le daríais? ¿Por qué, pues, no obráis con la misma hidalguía y correspondencia respecto de nuestro Señor, sino tan al contrario y feamente, que se queja por Isaías de vuestra descortesía y olvido, repitiendo: *Filius nutriti et exaltavi, ipsi autem spreverunt me*?¹ Crié hijos y ensalcélos; criélos con tantos dones de naturaleza, ensalcélos con tantos dones de gracia,

¹ Si haec ab homine aliquo in vos merita collata fuissent, nonne saepissime servitium adhibissetis vestram? Ad Rom., hom. 6.

² Is., I., 2.

y ellos en retorno me despreciaron. ¿Será por ventura porque es más fácil mostrarse agradecidos á los hombres que no á Dios? Si así fuese, no me dolería tan amargamente; pero veis aquí lo más digno de lágrimas y confusión: somos á menudo agradecidos á los hombres, á quien es muy dificultoso ser agradecidos, y somos ingratisimos á Dios nuestro Señor, á quien satisfacer y contentar es facilísimo.

VII

Vedó el Señor en la Ley vieja á los judíos que no le ofreciesen peces en los sacrificios. ¿Sabéis darme la razón? ¿No son acaso buenos de comer y al paladar muy exquisitos y sabrosos? Si, responde el Abulense, pero, en cambio, ¡cuán difíciles de coger! Moran en lo profundo del agua, desviados de nosotros; tienen sus viveros escondidos; se nos ocultan sus escondrijos y madrigueras, se escabullen con facilidad, y maliciosamente se nos deslizan de las manos. Pues vayan en buen hora, que Dios nuestro Señor no nos pide sino cosas fáciles y hacederas. Por la misma razón, ¿habéis leído jamás que exigiese en víctimas y holocaustos esos animales raros y montaraces, como ciervos, corzas ó jabalíes? No; guardéese este rigor para los dioses gentílicos, porque el nuestro se contenta con animales caseiros y domésticos, como ovejas y corderillos, como terneras y becerros, y entre las aves sólo admitió las tórtolas y palomas, y no como el otro emperador¹ que exigía que le sacrificasen los pájaros más extraños ó de vuelo más encumbrado y rápido. Y ¿por qué demandaba en los sacrificios más solemnes cosas tan vulgares y comunes, sino para darnos á entender que no es Dios malcontentadizo y quejumbroso? Cualquier obsequio le satisface, cualquier servicio le contenta, como quien mira principalmente al corazón. Si la voluntad está pronta, dice el Apóstol, por poquito que sea, Dios lo acepta muy gustosamente: *Si voluntas prompta est, secundum id quod habet, accepta est*.²

Arg. 6.º
A 24111001. Es más fácil ser agradecido á Dios que á los hombres. Luego es enorme ingratitude volverle mal por bien.

Antec. 1.º parte. Dios con poco se contenta.

(por autoridad y semp. os)

porque miral al corazón.

¹ Eliogábalo. — ² 2 Cor., viii, 12.

Antec. 2.ª parte. Los hombres son exigentes y descontentadizo.

¿Quién duda, pues, que es más fácil ser agradecidos á su Majestad que no á los hombres, altaneros, exigentes, codiciosos é interesados, que no se pagan de estériles agasajos y afectos infructuosos del corazón, sino de los presentes de las manos llenas? Imaginad, si no, que el estudiante al maestro, el cliente á su abogado, el enfermo á su médico, le dijese: Señor mío, yo le saludo á usted muy cortésmente cuando le encuentro; hástele mi afecto y buena voluntad: yo no falté á su reglamento en la cátedra, ni á sus sabios consejos en el pleito, ni á su régimen en los medicamentos. Imaginad, digo, que obrasen en ésta forma: ¿quedarían comúnmente satisfechos ni el maestro de su discípulo, ni el abogado de su cliente, ni el médico de su enfermo? No por cierto: quieren sobre el afecto, y más que el afecto y voluntad agradecida, algún emolumento é interés; exigen paga, demandan su salario.

(por experiencia y dialogismo.)

porque buscan su propio interés.

Toma al serm. Dios solo quiere que guardemos sus mandamientos.

por autoridad (comunicación y subycción).

Consecuencia tr. ni.

Confirmación. Daís las gracias á otros, y no á mí.

Conclusión.

Pero á Dios nuestro Señor bástale lo que á nadie basta. No pide en pago, sino que guardemos perfectamente los mandamientos, que para provecho de nuestras almas ordenó: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* ¹. Y, aun de tales mandamientos, sólo quiere que guardemos los que están fácilmente en nuestra mano el observarlos. ¿Eres pobre y no alcanzas á pagarle que limosnas? Conténtase que le pagues con ayunos y alguna mortificación de tu carne. ¿Estás enfermo y no puedes ayunar? Conténtase que le satisfagas con limosnas. ¿No puedes ni uno ni otro? Pues dase por bien pagado con que lo suplas, por ejemplo, con tu vida templada y ejemplar, con tu hablar modesto y recatado, con tus oraciones frecuentes y fervorosas. En suma, conténtase nuestro Señor con lo que á ningún hombre suele contentar, que es, como dijo San Agustín, con no ser desacatado y ofendido. No demanda premio ni otro interés, sino sólo honor y reverencia: *Non praemium postulat, sed honorem* ².

¿Quién nunca creyera que aun este corto agradecimiento regateamos al dador de todo bien, y por ventura nos mostramos más reconocidos á los hombres que á Dios, como si los favores que de las criaturas recibimos en el orden de causas

secundarias no proviniesen principalmente de aquella causa suprema y piélagos de infinita liberalidad? Y es así, por nuestra ceguedad y miseria. Yo los redimí, decía el Señor por su profeta Oseas, y ellos hablaron contra mí sandeces y mentiras: *Ego redemi eos, et ipsi locuti sunt contra me mendacia* ¹. Los redimí de la pobreza, los redimí de la ignorancia, los redimí del vil estado y miserable fortuna en que se consumían; y ellos mintieron contra mí, atribuyendo las mercedes y tesoros de mi largueza á vanas criaturas; á otros reconocieron por deudores de las riquezas y no á mí; á otros atribuyeron la salud y sabiduría y no á mí; á otros los honores y dignidades y no á mí. ¡Oh desacordados hombres! ¡oh vilipendio de mi Dios! ¿No es ésta una injuria gravísima contra la suma bondad?

Afectos de queja.

Indignación.

Arg. 7.ª y 8.ª oraciones.

VIII

Pero hay más, oyentes míos, hay más, y al reconocerlo, creedme, el corazón se me parte de dolor. Porque, poco fuera que la majestad de Dios tuviese que ceder en esto su lugar á los hombres y criaturas racionales; lo más horrible, y que sobrepuja todo encarecimiento, es que ha de ceder también á los mismos brutos. Los feroces lobos, con ser animal tan aborrecible, tuvieron en Egipto culto especial y honores muy señalados, porque ahuyentaron de los confines egipcios unos ladrones de Etiopia. Los carníceros buitres tuvieron altares é incienso, porque acabaron con unas serpientes que estragaban y assolaban los campos. Igual veneración consiguieron unas aves que llamaban Ibis, por haber muerto ciertas sabandijas como dragones alados, que á la entrada de la primavera venían de la Arabia; y por beneficios semejantes alcanzaron estúpida adoración otras alimañas. ¡Tanto pudieron recabar de pechos bárbaros y más animales, por favores que realmente no lo eran, por faltarle voluntad de hacer bien! Y Dios ¿no podrá recabar de vosotros, cuando menos, que no le ofendáis?

¿Comparación. Más agradecidos nos mostramos á los irracionales que á Dios. Lutero.

Antec. por la historia antigua.

Consec. por ejemplar.

¹ Math., xix, 17. — ² Serm., 119 de Tem.

¹ Os., vii, 12.

Amor, por los hechos.

Mas ¿á qué recurrir á los bárbaros y ciegos gentiles? Decidme: ¿no acariciamos á un perro, porque nos sirve de fiel guarda y defensor? ¿no halagamos á un caballo, porque nos lleva con gentileza y rapidez? Y, en general, ¿no tenemos por linaje de inhumanidad que se lastime ó maltrate cualquiera bestia ó animalito inocente, que no nos causa daño? ¿no sabemos que los senadores atenienses depusieron á un ciudadano principal por reo de crueldad, porque lanzó de sí una avejilla que, huyendo de las garras de una águila, se acogió á su regazo? Y ¿por qué, pues, colmádonos Dios de beneficios inestimables, parece que nos gozamos en injuriarle?

Comete, por la tergiversación.

Así se equivocan de los afectos de vergüenza, corrección.

comunicación.

¡Ay de mí, que me veo corrido y avergonzado de haber traído á comparación al Dios de la majestad con los brutos animales; porque, como nota San Jerónimo, cuando se coteja lo grande con lo vil, la comparación de lo vil redundará en menosprecio de lo grande: *Quando majora minoribus coaquantur, inferioris comparatio superioris injuria est*. Pero ¿qué puedo hacer? ¿no es harto verdadero lo que os cubre de confusión? ¿qué decís, pues, amados hermanos míos? ¿qué respondéis? ¿de dónde nace tan ruin correspondencia para con Dios nuestro Señor? ¿Acaso por ser Dios el bienhechor amorosísimo no queremos reconocerle por tal? Así es, por nuestros pecados; así es. Os amé, dice el Señor, y vosotros replicasteis: ¿en qué ó dónde nos habéis amado? *Dilexi vos, dicit Dominus, et dixistis: in quo dilexisti nos?*¹ Dios es el único excluido de nuestro amor y agradecimiento. Somos agradecidos á los hombres, y somos agradecidos á los brutos animales, y sólo con nuestro Dios y magnífico derramador de misericordias portiamos en ser desconocidos, y no sólo desconocidos, mas injuriadores, y no injuriadores comoquiera, mas impíos y obstinados.

Quejas amorosas de Dios.

¿Qué otro arbitrio le queda ya para atraer nuestro corazón, si no lo atrae con las dulcísimas prisiones de sus dádivas? Hablad, pecadores y oyentes míos; decid, os ruego, ¿qué medio tomará Dios para ganáros á su amor y conquistaros á su obediencia? Va en vuestro seguimiento, perdido

por reduplicación y comunicación.

¹ Malach., 1., 2.

de amores por vosotros; en vosotros piensa, por vosotros suspira, y sin vosotros no le parece cumplida su bienaventuranza. Pensaba su divino Corazón que os rendiríais finalmente á amar á quien tanto os ama; pero, frustradas lastimosamente sus esperanzas, ¿qué queréis que haga? ¿qué partido tomará? ¿Queréis que emprenda otro camino á fin de reduciros? ¿que empiece á abandonaros? ¿á no favoreceros? ¿á dejaros precipitar en la eterna ruina y perdición? No permita el cielo tan horrenda desventura; no, no encoja Dios su mano con vosotros. ¡Oh, si supierais el agravio grandísimo que le haríais, si le forzarais á retirar sus misericordias!

Efectos de la ingratitud, ó sea el manchar de las gracias.

Y ¿por qué imagináis que le desagrada tan hondamente nuestra ingratitud? Cabalmente por esta razón: porque la ingratitud es aquel viento abrasador, descrito por el profeta Isaias, que seca el arroyo copioso de la divina beneficencia y la tierra fecunda de la soberana largueza¹. De aquí que se queje en el salmo tan acerbamente de los tales que le pagan maldicios por beneficios. No se duele su Majestad por interés ó provecho propio, no por la injuria que le hacemos; pésale nuestro desagradecimiento, ¿sabéis por qué? Porque esteriliza su alma y seca las fuentes de su clemencia: *Reveribuebant mihi mala, sterilitatem animae meae*². Ea, hermanos míos, no cerremos el paso á la corriente de sus gracias; colménos más y más de sus bendiciones, y por lo tanto mostremos agradecidos á las muchas que hasta hoy habemos recibido.

Obsesión.

SEGUNDA PARTE

IX

Habéis visto, amados hermanos míos, que no es paradoja, sino simple y espantosa realidad, que los más favorecidos de Dios en este mundo, y como criados á los pechos de su real munificencia, son precisamente los más rebeldes á

Epiolog.

¹ Bern. serm. 15 in Cant. — ² Ps. XXXIV, 2.

su voluntad, y más empinados y soberbios contra Dios. Más se enriegen contra Dios, decía San Gregorio, los que Dios regala más copiosamente sobre todo merecimiento: *Magis contra Deum eleuantur, qui magis ab ejus largitate contra meritum dilatantur.* ¡Correspondencia horrible y estupenda, que los abastecidos de comodidades y honores sobre el resto de los hombres, sobrepujan á los demás en ofender á su grande y continuo bienhechor! Mas ¿cuál puede ser la causa de tan negra villanía? ¿De dónde podrá nacer tan monstruoso comportamiento? Estudiémoslo, averigüémoslo.

Cuestión.

Causa de esa ingratitude tan vil: el tener de partir los bienes que poseemos.

Profecía 2) Por el hecho de los Nazarenos,

confirmado por Maldonado.

3) Por mediación de cotidianos ejemplos; diario.

El padre de familia.

Pero ninguno se fatigue por hallar la raíz de esta humana contradicción; creo verla en el Evangelio de este día en los mismos Nazarenos, desagradecidos y perseguidores de Cristo, su vecino y favorecedor. ¿Qué cosa pudo engendrar en sus corazones tal ojeriza y perversidad contra el Salvador del mundo? ¿Sabéis cuál? La vana sospecha y concepto que de el cobraron, teniéndole no por amigo y vecino, sino por rival y competidor. Me explicaré. Oyeron ellos, y es ponderación del doctísimo Maldonado, que el divino Maestro, al reprender sus vicios, como que les amenazaba con trasladar la religión y culto del verdadero Dios del judaísmo á la gentilidad, y alarmados con esta presunción pusieronse á punto de guerra contra él, revelando en su conciencia que les quería quitar lo mismo que les había otorgado¹. Se encendieron en gran saña, dice el sapientísimo intérprete, porque parecía significar el Salvador que la gracia de la fe pasaria de los judíos á los gentiles.

Veis aquí lo que más de ordinario nos hace ingratos y desconocidos. Tememos no nos arrebate lo nuestro, como si á Dios le fuera más costoso no habérselo dado que, después de dado, arrebatárnoslo. Veréis un padre de familias á quien el Señor ha favorecido con hijos de muchas prendas y de halagüeñas esperanzas; ¿cómo, pues, desleal y desagradecido, los cria tan descuidadamente? ¿tan poco aplicados al estudio? ¿tan derramados y lejos de las iglesias? ¿tan libres y dados á la vanidad? Porque teme no se

¹ Et repleti sunt ira, eo quod visus est Christus significare, gratiam Dei a judaeis transferendam ad gentes.

le hagan sacerdotes ó religiosos, y le quite su Majestad lo que les dió. Veis un caballero á quien nuestro Señor hizo muy rico y adinerado; ¿cómo en hacimiento de gracias se muestra tan estrecho y desamorado con los pobres, tan duro con los criados, tan olvidado de las necesidades de los ministros del Señor? Porque teme no empobrecerse y que le despoje Dios de lo mucho que le enriqueció. Ésta, ésta es la principal causa de nuestro feísimo comportamiento con Dios; presumir y sospechar que es nuestro enemigo quien ha sido con nosotros tan manirroto y espléndido.

El rico y poderoso.

Conclusión.

Y á decir lo que siento, es indecible el estrago que causa en un alma en dando lugar á esta presunción y desconfianza de su divina Majestad. ¡Oh! ¿á qué extremos no le arrastra ¿á qué pecados no le precipita? Ponderémoslo, si os place, en Jeroboán, cuyo lamentable suceso, á no estar consignado en el libro tercero de los Reyes¹, no pudiera, en verdad, creerse. Era Jeroboán criado del palacio de Salomón, y tales sus cortas aspiraciones, que jamás soñara nadie con que pudiera suceder á su señor en el gobierno de la mayor parte de sus estados. Dios, no obstante, aun viviendo Salomón, le envió un profeta por nombre Ahías Silonites, que le asegurase de la investidura real sobre diez tribus que le quería conferir su divina Majestad; porque dos de ellas, á saber, la primera y principal de Judá, y la postera de Benjamín, tenía Dios acordado darlas, en gracia y por respeto á David, á su nieto Roboán. Y como Dios lo prometió, así se lo cumplió, en acabando Salomón sus días².

Exposición: el rey de las diez tribus.

Pues bien, ¿quién no creyera que el nuevo rey se desviaría en agrandar á Dios, entregándose del todo en manos de quien tan sin méritos le había encumbrado á aquella dignidad? Dios le había tomado del polvo de la tierra; Dios mismo le confirió, digámoslo así, la investidura de su reino; Dios le confirmó en su posesión, moviendo é inclinando á su servicio los corazones de los vasallos. Demás de esto, Dios le dió claramente á entender que, á conservarse fiel, le perpetuaría el imperio en su persona y en sus hijos y descendientes, y que el mismo sería su consejero en las dudas, su

Nota, por estado conjetural, de lo que debía haber sido.

repetición y

¹ 3 Reg., xi, 27.—² Ibid., 20.

protector en las batallas, su libertador en los peligros; y, en una palabra, que le cumpliría muy abundantemente todos los deseos de su corazón: *Regnabis super omnia quae desiderat anima tua* ¹. Pensarían todos con razón: ¡Oh qué rey tan bueno va á ser Jeroboán! ¡qué piadoso! ¡qué devoto será! ¡qué concertado en sus costumbres! ¡cómo procurará pagar á Dios la merced inestimable que le ha hecho!

Mas ¡quién lo creyera! no pasaron de su ensalzamiento muchos días que el malvado rey comenzó á alterarse y turbarse, concibiendo contra Dios toda clase de recelos, temores vanos y desconfianzas criminales. Y fué así que, apenas bien asentado en el trono, dió en imaginar que, si dejaba ir sus diez tribus á Jerusalén á las fiestas y sacrificios de costumbre, convidados de la ocasión corrían riesgo de volver poco á poco á la obediencia de Roboán, su natural señor, por aquella inclinación que el pueblo tiene de seguir antes al que nació su príncipe y cabeza, que al nuevo y advenedizo. Movido de esta aprensión, y contra los divinos mandamientos, acuerda prohibir con públicos edictos toda romería á Jerusalén, toda asistencia al santo templo. Mas, como por otra parte reconoce que el pueblo ha menester de una religión verdadera ó falsa, y no puede pasar sin algún culto y ceremonias, para tenerlo más sujeto ó más supersticioso, ó por lo menos más ocupado, y así no tan dispuesto á rebeliones y alborotos, ¿qué hace el infame político? Manda fabricar dos becerros de oro, y asienta el uno en Dan y el otro en Betel; y, convocando á todas las tribus y familias á un solemnisimo sacrificio: Veis aquí, les dice, éstos son, ¡oh israelitas!, los dioses que os sacaron de Egipto y de la servidumbre de Faraón, y os sustentaron milagrosamente en el desierto. Y así, estad atentos: en lo porvenir, á éstos habéis de quemar incienso, á éstos inmolar víctimas, á éstos enderezar vuestras plegarias, sin que tengáis necesidad de subir más á Jerusalén ².

¹ 3 Reg., xii, 37.

² Et excoGITATO consilio, fecit duos vitulos aureos, dicens: Nolite ultra ascendere in Jerusalem; ecce dii tui, Israel, qui te eduXerunt de terra Aegypti. 1 Reg., xii, 28.

¿Queréis mayor ceguedad? Pues hizo y deshizo tanto, que logró desviar á casi todos sus vasallos del culto del verdadero Dios, por manera que ni reprensiones, ni amenazas, ni castigos, ni prodigios y maravillas fueron parte á reducirle jamás á buen camino y á que se fiase de Dios nuestro Señor, mas le miró siempre hasta que murió, no como á su bienhechor más insigne, sino como al enemigo más sangriento de la tierra y envidioso de su cetro y monarquía. Hermanos míos, ¿creeríais que pudiese llegar un hombre á tal extremo de ingratitud y desconfianza? Pues es de fe que llegó entonces un Jeroboán, y llegaron después los Nazerenos, y, á ejemplo de éstos, ¡cuántos y cuántos cristianos llegan cada día, si no manifestamente, pero sí en lo secreto de su corazón!

X

¡Pecadores ingratisimos, cristianos de poca fe!, ¿de qué dudáis? Si su divina Majestad no os quisiese bien, ¿os hubiera favorecido con tanta liberalidad, con tal largueza, con tan excesivo amor y predilección? ¿Os criara Dios, siendo vosotros nada? ¿os redimiera, siendo esclavos? ¿os proveyera, estando desnudos? ¿os sufriría, siéndole tan rebeldes y contumaces, si no os amara infinita y entrañablemente? ¿Qué desatino, pues, imaginar que os quiere despojar de vuestros bienes, y por esto darle maleficios en descuento de sus beneficios, como si el ofenderle fuera medio de mantener la segura posesión de vuestras riquezas, á pesar y despecho de su omnipotente querer? Si quisiera privaros de ellas, ¿qué cosa más liviana y hacadera? ¿Por qué, pues, para no perderlas, las negáis tan sin entrañas á sus pobres? Si quisiera arrebataros vuestros hijos, ¿qué le costaría? ¿Por qué, pues, á fin de no arrancaros de su dulce compañía, los apartáis de propósito de su santo servicio? ¿No podría, si su Majestad quisiese, desnudaros en un punto de esas dignidades y títulos, de esas honras y amistades, de esos mandos y señoríos, si por ventura los tenéis? ¿Por qué, pues, procuráis con malas artes asegurar su estable pose-

Desvalace.

Conseguencia final y transición.

D) Dios os hace mil bienes. Luego no os quiere mal, ni hay por que recelarse de El.

Puliera

¡que sea,

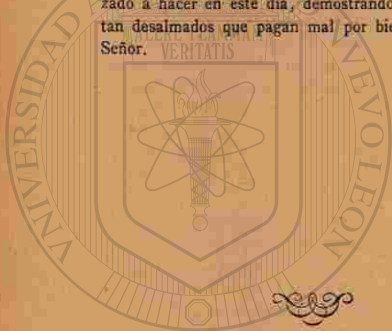
hijos.

dignidades.

sión, con mengua de su nombre y quebrantamiento de su santa Ley?

Obsecración fi-
nal,
auspicio,
epíteto.

Ea, reconozcámosle de una vez por nuestro único y verdadero bienhechor, y estemos seguros de que nadie nos ama tanto como él. Ea, torno á concluir, démosle en satisfacción de tantos beneficios amor, no malquerencia; acatamiento, no menosprecio; y así, no será menester en el tiempo por venir que nadie haga lo que yo me he visto forzado á hacer en este día, demostrando que hay hombres tan desalmados que pagan mal por bien á Dios nuestro Señor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOSÉPTIMO

Excepto el exordio, que es vehemente, el resto del discurso pertenece al género templado. La **materia** es el feo vicio de la ingratitud. La **cuestión** versa sobre quiénes son los más ingratos y desconocidos á Dios. Las **personas** á quien habla, ó á quien supone que se endereza el discurso, es gente rica y acomodada en el siglo, que ocupada toda en gozar de lo que recibieron del Señor, no se acuerdan de él más que para desconocerle ó agraviarle. El **fin**, ó lo que pretende recabar de ellos, es que no paguen mal por bien, ni mercedes con pecados. La **proposición**, que es enorme y horrenda la ingratitud de los tales que pagan maleficios por beneficios á Dios nuestro Señor. Los **afectos** que excita son dos principalmente: respecto de sí mismos, **vergüenza** y confusión; respecto de Dios, **amor** y agradecimiento.

Invencción. Las **fuentes** de los argumentos son aquí las **causas** de la ingratitud y las **circunstancias** de ella, conviene á saber: las **personas** que son ingratas, el **tiempo** en que más muestran su desagradecimiento, el **modo** con que se valen de los beneficios de Dios como de armas contra Dios, el **extremo** inaudito de esa ingratitud en querer matar con el pecado á su divino bienhechor, la **facilidad** de ser agradecidos á Dios, el cual se contenta con el buen corazón, cuando no podemos llegar á las obras.

¡Qué bien escogidas las razones! Porque la primera virtud de la invención es, según Quintiliano, la **elección**, tan importante en esta materia, que muchos retóricos la consideraron como parte distinta del discurso. A ella pertenece que no nos satisfagamos con cualquiera vulgaridad que se nos ocurra, sino que elijamos lo mejor y **más acomodado** á nuestro intento. Pues hay ingenios tan apocados y humildes, dice, que, dejados los puntos de vista más luminosos ó no penetrando su fuerza, contentáanse con alguna niñería. Fáltales talento, fáltales la penetración para descubrir la verdadera vena de la persuasión oratoria, fáltales el tino del joyero ó lapidario, que sabe aquilatar el valor de los metales y de las piedras preciosas, y distinguir el oro puro del

que no lo es. Y acace en este particular una cosa harto extraña. Porque oradores hay que todo cuanto se les ofrece lo juzgan por bueno y excelente, engañados de su amor propio, común dolencia del humano linaje; otros, al revés, basta que un pensamiento sea de su caudal é invención, para que les desagrade y lo condenen; y no sé, prosigue nuestro Fabio, quiénes son más reprehensibles: los que todo les gusta, con tal que sea suyo, ó los que, por serlo, todo lo rechazan: *Nescio utros peccare validius putem; an eos, qui- bus omnia sua placent, an eos, quibus nihil suum placet.* (Inst., X, 3.)

La invención de SÉNARI, como la de los buenos oradores, no consiste en que inventa nuevos argumentos y halla nuevas razones de las cosas, sino en que medita profundamente las antiguas y las convierte en substancia propia y les imprime su sello y carácter, que podríamos llamar **senarismo**. Lo que no se digiere, daña; los conceptos que no se rumian y las razones que no se penetran, siquiera sea por falta de ingenio, siquiera por falta de calor y de meditación, perjudican mucho, así al orador como á los oyentes. Al orador, porque padece agonías, cuando quiere coordinar su discurso, y más aún al declarar sus pensamientos; á los oyentes, porque sufren las agonías del orador, más el tormento de oír un concierto desconcertado. Al revés de lo que acontece cuando se han inventado cosas dignas y proporcionadas á nuestras fuerzas, y que han hecho asiento en nuestra alma: ¡cómo fluyen las palabras! ¡cómo brotan las figuras! ¡con qué brío traspasamos los afectos al corazón de los que oyen! ¡qué fácil es ordenar las ideas como en escudrón cerrado!

Cui lecta poterit erit res,

*Nec facundia deserat hunc, nec lucidus ordo.*¹

Disposición. Es por extremo artificiosa. En el exordio levanta la entonación y se indigna gravemente, no contra el auditorio, sino contra los naturales de Nazaret, que intentaron dar la muerte al Salvador. Comunicada la indignación á los oyentes, diceles, como Natán á David: *Tu es ille vir:* Esos sois vosotros.

Muy de notar es el modo de entablar la cuestión y disponer los argumentos con un orden tan natural como eficaz. Lo primero investiga **an sit**, conviene á saber, si es verdad que haya hombres tan ingratos que paguen tan mal y feamente á Dios nuestro Señor. Al orador le parece esto imposible, viendo que ni las fieras son tan fieras, que no den al-

¹ Hor. Epist. ad Pisones, 40-41.

gunas muestras de agradecimiento. No carece este pasaje de cierta afectación, nacida por ventura de la poca fe que damos á las historias que cuenta y al tono que en el domina. Dáñale también el uso de la prosopopeya para hacer hablar á los animales: figura violenta y que obliga luego á decir á los oyentes:

*Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.*¹

Con todo eso, me parece sublime y natural aquel arranque: «Hombres, hombres; cristianos, cristianos..., venid conmigo á las selvas y soledades, á las rocas y cavernas, donde aprenderéis de los brutos leyes de humanidad y agradecimiento. Estos irracionales, regalados por vosotros, veis cómo se amansan y domestican, oyen vuestra voz, obedecen á una señal de vuestra voluntad, siguen vuestras pisadas... ¿Y vosotros hacéislo al revés con Dios vuestro bienhechor?»

Lo segundo, desenvuelve la cuestión **quid sit**, ó sea la naturaleza y calidades de esa ingratitude, considerando las **circunstancias**, que la rodean, con admirable progresión. Porque, si es desconocimiento grande ofender al bienhechor en el tiempo mismo en que nos colma de favores, mayor lo es servirse de los dones para hacerle guerra, y sin compensación mayor procurarle la muerte á todo trance. Esto hacen los hombres, y más los más queridos y regalados de la divina Providencia, cuando emplean el ingenio, la hermosura, las riquezas, la prosperidad en ofensas contra Dios. Luego son ingratísimos. Por esta causa concluye muy bien: «¿qué pecado sería tan feo y detestable no dar á Dios las debidas gracias por tantos beneficios? ¿qué sería el ocultarlos? ¿qué el negarlos? ¿qué el lanzarlos de nuestra memoria? Pues ¿qué nombre merece quien ultraja á tal dador?» Y como el último paso, de querer dar la muerte á nuestro Señor, es tan horroroso, lo **prepara** discretamente con la historia del emperador Basilio, que dió la muerte al que le salvó la vida; y tras ella exclama: «Y vosotros ¿qué le disteis en galardón á Dios? Oídsele al Apóstol de las gentes: Tomasteis, dice, en vuestras manos el fatal cuchillo y los sangrientos clavos... y por manera extraña volvisteis, ¡oh monstruos de ingratitude!, volvisteis á crucificar al Hijo de Dios, haciendo de ello ostentación y donaire... ¿Y no se horroriza vuestra alma?»

Preguntará alguno: ¿por qué desde este argumento (§ VI) parece como que decae la oración, ó que ya no excita afe-

¹ Hor. ad Pisones, 188.

tos tan vehementes?—¿A quién habla el orador? A los **ricos**. ¿Qué sentimiento quiere despertar? La **vergüenza**. Pues luego mal cuadraría aquí la elocuencia clamorosa, que podría alejar á los oyentes y destruir ó menoscabar el éxito; porque no hay cosa más delicada que los ricos, ni más quebradiza que el afecto de la vergüenza. Y en corazones generosos no cabe duda que hace más impresión aquel preguntar con tanta insistencia: «Y ¿por qué, decidme, por qué tratáis tan mal á un Dios tan bueno? ¿por qué, respondedme, hermanos míos, por qué?», que las acres invectivas y vehementes apóstrofes, las cuales, si sacan á las veces los colores al rostro, no son de vergüenza, sino de ira y despecho. ¡Y cuán hondamente los confunde y llena de rubor con la ponderación de lo fácil que es mostrarse agradecidos á Dios, y sobre todo encareciendo la gratitud que sentimos hacia los mismos animales que nos hacen algún servicio! ¡Dios, pospuesto en nuestra estima, no sólo á los hombres, pero á los mismos brutos! La peroración, que comienza en el párrafo VIII, «¡Ay de mí, que me veo corrido y avergonzado de haber traído á comparación al Dios de la majestad con los brutos animales!» hasta la segunda parte es de una suavidad irresistible que penetra los huesos. ¡Dichoso el que la experimente, y más dichoso el que posea el arte de mover grandes afectos sin ruido de palabras, mas con la unión de la caridad de Cristo!

Lo tercero, ahonda más en el ánimo de los oyentes y estudia la cuestión **cur sit**, esto es, cuál sea la causa de tan negra y enorme ingratitud, y hállala en la secreta persuasión de que nos quitará el Señor lo que nos dió, si le somos agradecidos. Esta contradicción declara bien en la segunda parte con los ejemplos de los Nazarenos y del ingrato rey Jeroboán, en quien hace ver y sentir los estragos que causa ese vano temor, y por ahí se encamina á la última peroración, que empieza (§ x): «¡Pecadores ingratisimos! ¡cristianos de poca fe!, ¿de qué dudáis?...» donde arranca de raíz esas desconfianzas y con obras de amor engendra amor y gratitud, que es el fin de todo este razonamiento.

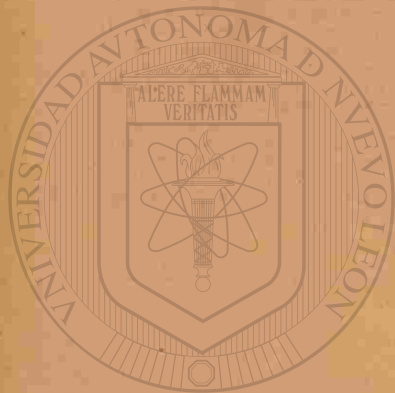
Elocución. Es noble y serena, apropiada al asunto y á las personas á quien se dirige. Porque «los ricos, como dice Aristóteles, son desdeñosos y contumaces, como que piensan que no han menester de nada ni de nadie. Regalados y altaneros: regalados, por la abundancia en que nadan y cierta ostentación de hombres felices; altaneros y arrogantes, porque imaginan que todo el mundo los está mirando, como quien espera de ellos alguna merced, por ser muchos los que han menester de sus riquezas. De aquí el dicho de Simónides á la mujer de Hierón, que le preguntaba qué era

mejor, ser rico ó ser sabio, á la cual respondió el filósofo: **ser rico, porque he visto muchas veces, añadió, á sabios y filósofos aguardando á las puertas de los ricos.** Estos, finalmente, son desvanecidos y ambiciosos, porque se tienen por mercedores del mando: son, en una palabra, los caracteres de los ricos los de un loco bienaventurado»¹.

¿Cómo trataremos, pues, á este linaje de oyentes, de manera que ni se den por lastimados ni perseveren en sus vicios? Como lo hace nuestro orador, esmerándonos en la **forma**, pero guardando, á la verdad, su **fuerza** y amargura. Humillarlos, no con gritos, sino con razones; no con amenazas de temor, sino con el peso incontrastable del amor divino despreciado. Dos **cautelos** usa para este intento: la **primera**, la de evitar figuras patéticas de mucha valentía; y la **segunda**, no dar un paso sin el ejemplo vivo, donde vean los oyentes su propia deslealtad antes que el orador les dé en rostro con ella. Sin este artificio, ¿cómo los confundiría, los ruborizaría, los anonadaría, ya desde el comienzo de la oración, comparándolos y aun posponiéndolos á los brutos animales?

¹ Rhet. Lib. II.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DISCURSO DÉCIMOCTAVO

CELO DE LAS ALMAS

Si peccaverit in te frater tuus, vade et corripi eum... Si te audiverit, lucratus eris fratrem tuum.

Si tu hermano pecare contra ti, ve, corrígelo... si él te escucha, habrás ganado para Dios a tu hermano.

(MATEO, XXII, 15.)

EXORDIO

A vicecebus sus-
see.

ENTRE cuantos mandamientos inculcó nuestro divino Salvador como más conformes á la ley evangélica que predicaba, ninguno parece que debía ser con mayor gozo recibido, ni más puntualmente ejecutado, que éste de la corrección fraterna. Porque ¿quién ignora la propensión grande que siente el hombre á reprender los yerros de sus prójimos? Hasta en el sol hemos hallado tachas, y ni la distancia prodigiosa, ni su resplandor y hermosura incomparable han sido parte á que no las contásemos minuciosamente y las pregonásemos á los cuatro vientos, como gozándonos de haber encontrado manchas y fealdad en el astro más hermoso. Para que ningún mortal se engañe, imaginando por ventura que lo encumbrado de su dignidad, ó la limpieza y antigüedad de su buen nombre, le librarán de rígida censura.

Sin embargo de esto, ¡cuán pocos cristianos cumplen, como se debe, este divino mandamiento! No faltan, no, por desgracia, en la Iglesia de Jesucristo nuevos Davides, que roben ó mancillen la mujer del prójimo; pero ¿dónde com-

Propos. del exor-
dio.

Hasta de ella
por la natural pro-
pensión á corre-
giri.

confirmada por la
elegancia del sol.

Conclusión de
ella.

Propos. 2.ª con-
traponista á la 1.ª
Nadie quiere cor-
reri.
Hasta de ello
por ejemplos.

repetición.

Semillas de los afectos.

Transición y fin de este discurso.

Proleptis, fundamento de la proposición. No estoy obligado.

A ejemplo de N. S. J. C.

exhorta á salvar almas!

parecerá algún profeta Natán, que los reprenda? ¹ No faltan Acabs, usurpadores de la hacienda ajena; pero ¿dónde hay un Elías, que los avise y refrene? ² ¿Dónde un Bautista, que tape la boca á tanto Herodes incestuoso? ³ ¿Dónde un Crisóstomo contra tantas Eudoxias orgullosas? ¿Dónde un Teófilo contra tantos, como León, sacrilegos? ¿Dónde un Dustano contra tantos Eduínos carnales? ¿Dónde un Ambrosio, que ataje á tantos Teodosios feroces y sangrientos? ¡Ah!, que el ingenio en averiguar y la inclinación á reprender los vicios ajenos, todo se desagua en invectivas y libelos, ó en conversaciones secretas, que más sirven de enojar al pecador que de enmendarlo; cuando no hay quien, armado de celo y de caridad, ose reprender á otro sus demasías á cara descubierta, sino que todos, como guardas infieles de la viña del Señor, damos voces al ladrón después que éste ha vuelto las espaldas. ¡Verguenza, cristianos, vergüenza! Pues ¿qué me toca á mí, en calidad de predicador del Evangelio, sino exhortaros vivísimamente en este día y abrasaros en celo ardiente de la salvación de las almas?

Mas oigo vuestro reparo: que son muy pocos los casos, me decís, en que uno esté obligado en conciencia al precepto de la corrección; que tenéis leídos los doctores sobre este punto; que habéis consultado á los teólogos, y todos os confirman en lo mismo.—Si ello es así, oyentes míos, ¿qué partido me resta sino reprenderos, llevado de sincera caridad por esto mismo, conviene á saber: de no querer salvar al prójimo corrigiéndole, por no estar obligados en conciencia? ¡Excelente argumento, si yo acertara á desarrollarlo! Veo á nuestro Señor Jesucristo, en el Sagrado Evangelio de este día, que, para mover á sus oyentes á la corrección fraterna, no amepaza, no riñe, no atemoriza con espantos, no dice hacielo así, que yo os lo mando, so pena de mi grave indignación; pero representales únicamente que, de cumplirlo, salvarán el alma de su hermano: *Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum*. ¡Oh, si entenderais bien, oyentes míos, qué es salvar un alma, de seguro que os avergonzaríais de decir: sálvela quien quiera, que yo no tengo obli-

¹ Reg., xii.—² 3 Reg., xxi, 18.—³ Marc., 6.

gación!—Excusa baladí, feo pretexto, que vengo á desha-
cer hoy con la gracia del Señor. Vosotros estadme atentos; que si logro encender en vuestro pecho una centella de celo santo, tal, por lo menos, cual corresponde á vuestra condición de seglares, espero en Dios y en vuestra diligencia que no sólo á vosotros, que estáis presentes, pero á muchos que no me oyen, ganará para el cielo en este día; es-
pero, en una palabra, haceros apóstoles de Cristo.

afectos de vergüenza y celo.
Propos. universal.

PRIMERA PARTE

II

Argum. 1.^o
De la causa
rosas, y hermosura del alma.

No bien apareció en el campamento de los asirios la hermosísima Judit, que atónitos todos, aun los más insensibles, y como heridos de súbito resplandor, quedaron espantados de hermosura tan peregrina; y maravillados de su honestísimo mirar, de su donaire y apacibilidad en las palabras, de su gracia y compostura en el andar, prorrumpieron á una en aquella ponderación: *Quis contemnat populum hebraeorum, qui tam decoras mulieres habent, ut non pro his merito pugnare contra eos debeamus?* ¹ ¿Quién habrá tan necio que ose despreciar á un pueblo cuyas mujeres se aventajan tanto en hermosura? ¿Qué importa que se levante la ciudad de Betulia sobre escarpadas peñas y ásperos collados? Todo trabajo es ligero á trueque de llevar tan ricos despojos. ¿Cómo se tarda tanto en sonar cajas y tocar al arma? Razón tendrá Holofernes en ordenar á su gente que se muestre brava en los asaltos, osada en acometer, fiera y encarnizada en la pelea, que todo y mucho más se merece una Judit. Así discurrían, deslumbrados y arrebatados de su pasión, aquellos infelices.

Por comparación á mujeres ad mirables.

Los Asirios y la hermosa Judit Etopoya.

dialogismo.

Y en hecho de verdad, se podrían achaçar á locura estas ponderaciones, si no supiéramos por las historias cómo, por locuras semejantes, se han reñido en el mundo las batallas más ricas y sostenido las guerras más largas y sangrientas.

preterición oratoria.

¹ Jud., x, 18.

Si no temiera profanar esta sagrada cátedra, podría traer á cuenta la memorable Troya, combatida tenazmente por causa de una Helena, la ciudad de Cirra por una Megisto, la celebrada Tebas por una Teanes, las guerras entre Eneas y Turno por una Lavinia, y entre Antígono y Tolomeo por una Cleopatra.

Pero, Dios mío y lumbré de los corazones, ¿por qué no he de poder en este día abrir los entendimientos de mi devoto auditorio, á fin de que vean y contemplen la soberana lindeza de una alma? ¿Qué son todas las hermosuras del mundo sino flor de heno que, naciendo, luego se marchita, dulce engaño de los ojos, hechizo de la mente, lazo de incautos corazones, cebo que atrae, mas para envenenar; dardo que reluce, mas para atravesar y dar muerte? Solamente el alma posee la belleza verdadera, porque solamente el alma es imagen y semejanza del divino y hermosísimo Hacedor. ¿En qué fué hecho el hombre á imagen y semejanza de Dios?, exclama San Agustín, *Ubi factus est homo ad imaginem Dei?* No en el cuerpo y exterior de la cara, no; mas en el entendimiento, en la razón, en el hombre interior, en aquella parte que entiende la verdad: *In intellectu, in mente, in interiore homine, in eo quod intelligit veritatem* ¹. Si pudiera, pues, rasgando el torpe velo de la carne, mostraros un alma en su pura y natural belleza, ¡oh cómo os inflamaria en amores de ella y os haria gritar, santamente enloquecidos:

¿Cómo no trabajamos y nos desvimos, y lo perdemos todo á trueque de ganar un alma?—Este era el galardón que para sí codiciaba el Apóstol, al ofrecerse á ser anagrama de Cristo por el bien de sus hermanos: *lucrari fratres*. Éste el premio que pedía el glorioso obispo San Martín, cuando decía al Señor que le dejase en esta vida mortal para bien y provecho de su rebaño. Ésta la paga que aquella más que mujer, Santa Catalina virgen, deseaba de su divina Majestad cuando le decía que de buena gana se pondría en las gargantas del infierno, para cerrar su boca de manera que no tragase más almas redimidas. ¡Tanto vale el alma de nuestro hermano!

Prop. amor, ó hermosura del alma, que exalta el corazón.

por razón; belleza del cuerpo

y del alma.

por antelación.

por categorías de ejemplos

(repetición).

Conclusión por epítima.

¿Y vosotros aun diréis que no queréis ocuparos de la salvación de las almas, porque no estáis obligados? ¿Qué estíma mostráis tener de la excelencia y soberanía del alma humana? ¿qué concepto de su alteza y dignidad? ¡Oh dolor! ¡oh vergüenza! Que os mueva á compasión la vista de un corderillo entre las garras de un lobo que lo despedaza, ó una tortolilla entre las uñas del gavilán que la destroza, y no os lastime las entrañas ver por vuestros mismos ojos un alma preciosísima en las garras del infernal dragón! Que no os corre obligación de socorrerla; sea así como decís; empero si tal comportamiento os libra de la nota de injustos, no os sincera de la infamia de crueles.

Conclusión final amplificada por comparaciones á menor.

Afectos de ver-güenza y de celo.

III

Mas ¿qué digo? Permitidme, si es así verdad, que torne los ojos á ese Señor crucificado para suplicarle que baje de la cruz, donde se dejó enclavar por nuestro amor. Porque, pregunto, hermanos míos: ¿estaba su Majestad obligado á salvarnos, y á salvarnos con tantos dolores y tantas congojas y tanto derramamiento de sangre? ¡Ah! no, no por cierto, responde en su nombre el profeta Isaías: *Oblatus est, quia ipse voluit*. Ofrecióse á la muerte, porque quiso, hizose nuestra víctima en el acatamiento del Padre de su propia y libérrima voluntad; que es decir con San Crisóstomo que nuestro Señor Jesucristo podía no padecer lo que padeció, á mirar su comodidad y provecho; mas no quiso, sino que, mirando á nuestro bien, menospreció su propio bienestar ¹. Si Cristo, por consiguiente, sin obligación de salvarnos, quiso hacerlo y tan á costa suya, ¿cómo le negaremos nuestra cooperación en la salvación de las almas, aunque estesmos desobligados? ¡Oh hombres desagradecidos! ¡oh corazones ingratisimos! Veis aquí lo que de nosotros puede prometerse un Dios, crucificado por nuestro amor, un Dios

Arg. 2.º Al Aca-so, de la gratitud que debemos á J. C.

Transmisión por corrección oratoria.

Entimema. Cristo sin obligación os redimo con su sangre.

En su retorno os llama á la consigna de las almas.

Leugo, debéis seguirle sin una obligación.

Afectos de ver-güenza.

¹ Poterat Christus, quae passus est, non pati, si quidem quae sua erant spectare voluisset. Verum voluit, sed quod nostrum erat respiciens, quod suum erat neglectit. Hom. 27 in epist. ad Rom.

¹ Cf. Sermo. II in Ps. XLVIII prope finem.

muerto por salvarnos, que sólo nos ocupemos en nuestros intereses y jamás en los de él! El interés máximo, el negocio capital de Jesucristo, es la salvación del mundo: *Nihil adeo studioso affectat Deus, ut salutem animarum*; no hay cosa que tan vivamente desee Dios como la salvación de las almas, que son palabras del mismo Santo ¹.

CONFIRMADO con la ilustración de capitales ilustres á quienes sigue con las gestas

Historia,

César y Pompeyo

Alejandro Magno

(descripción)

Carib;

su árcaga,

orden de sus soldados.

A este fin y empresa nobilísima llama de todas partes compañeros, y alista gente, y alza bandera y busca seguidores; y nosotros ¿tendremos vergüenza para decirle que no?

Escipión el Africano, habiendo de partir de Roma para la ardua y trabajosísima guerra de Numancia, encontró tantos y tantos, que por su respeto se ofrecieron á seguirle, aunque fuera sin sueldo ni linaje alguno de recompensa, que, según narra Plutarco, fué menester que el Senado con edicto público pusiese coto al entusiasmo y universal levantamiento de los pueblos, á fin, dice, de que Italia no quedase desierta y desamparada: *Veritus ne vacua relinqueretur Italia*. ¿Qué diré de Pompeyo? ¿qué de César? ¿qué, sobre todos, de Alejandro Magno, pecho insaciable de conquistas, y para quien fué pequeña la redondez del mundo? No tuvo necesidad este ambicioso de cansarse en busca de soldados y compañeros, porque las gentes se iban tras él aun á tierras donde se ignoraba si había gentes. Fué al África, y recorrió sus ardientes arenas; fué á la Escitia, y atravesó sus témpanos de hielo; y tras él, y en su compañía, caminaban alegres la muchedumbre de sus ejércitos, ora sepultados hasta la garganta en ríos y pantanos, ora agarrados á las breñas y colgados de espantosos riscos, que habían de salvar para la consecución de sus intentos. Y el insigne Catón, ¿qué pruebas de fidelidad y cariño no recibió de los suyos en la región más desierta y abrasada de la tierra? Llamó, antes de emprender la marcha, á sus soldados, y, refiriéndoles con claridad los riesgos y trabajos inmensos adonde los llevaba, dióles amplia facultad de abandonar, si gustaban, sus banderas. ¿Lo creeríais? Pues, no obstante esta licencia, ni uno siquiera hubo que no quisiese seguir en su seguimiento, protestando á voces que irían con él por aque-

¹ Hom. 40 in Gen.

llas horribles soledades de viboras y bravas alimañas, y que antes se dejarían hacer pedazos que abandonar á su capitán.

Y Jesucristo nuestro Señor, Rey inmortal de los siglos, ¿no ha de recabar de sus fieles soldados lo que tantos, menos dignos que él, consiguieron de los suyos? Á la conquista del mundo nos llama nuestro Capitán, á la conquista del mundo, que es el ardiente deseo de su corazón divino; no ciertamente para destruir el mundo, como aquellos conquistadores vanos y sangrientos, sino para salvarlo de su miserable ruina y servidumbre. Y ¿qué sucede, sin embargo de este amoroso llamamiento? Que no hay, no hay apenas quien quiera ir á la guerra con Jesucristo, como exclama Ezequiel desconsolado: *Non est qui vadat ad praelium* ¹. Harto le cuesta á nuestro Rey hallar guerreros y nobles voluntarios que espontáneamente se le ofrezcan; requiérense para sacarlos á campaña órdenes severas, graves obligaciones, mandamientos terminantes. Y ¿qué gloria es, oyentes míos, dar á Cristo sólo aquello á que la ley forzosamente nos constriñe? ¿Qué estimación es ésta de su infinita Majestad y merecimientos? ¿Qué gratitud y aprecio de sus inmensos beneficios?

Conclusión de vergüenza y amor á J. C.

No hay quien quiera ir á la guerra con él.

IV

Art. 2.º
A él sólo provecho de salvar un alma.

Pero no insistamos más sobre este punto; comprendo que haya corazones tan ruines y apocados que hurten el cuerpo á una empresa, por gloriosísima que sea, si no les fuerza la ley, cuando no ven al ojo su provecho; mas cuando lo ven, y grandísimo y certísimo, de toda certidumbre, ¿quién habrá tan lerdo y enemigo de sí mismo que no la acometa esforzadamente, dado que la ley no le constriña? Pues, por Jesucristo, decidme: ¿es pequeña ganancia convertir un pecador, *lucrari fratrem*? Es cosa cierta y asentada que un solo pecador basta á veces para irritar al cielo y provocar su indignación sobre todo un pueblo inocente. *Uno peccante, ira super omnem populum venit*: por el pecado de un solo hom-

Trascripción perfecta.

Provecho activo, lo males que se precisan convirtiendo á un pecador.

por el pecado de un solo hom-

¹ Ezech., vii, 14.

bre vino la ira sobre todo el pueblo, asegura Origenes ¹, amaestrado con los frecuentes ejemplos de las Sagradas Escrituras; y aunque no presumo de igual pericia en las divinas Letras, pronto estoy á alegar más de un ejemplo en comprobación de esta verdad.

Habían los israelitas tomado con feliz suceso la ciudad de Jericó, y, deseando seguir animosamente la estrella y curso de la victoria, se encaminaron á la conquista de Hai, ciudad muy inferior á Jericó en reputación y fuerzas. Pero veis aquí que, rechazados de improviso, vense forzados á volver vergonzosamente las espaldas. Levantóse en los huídos un gran murmullo, un duelo incomparable, un gemido universal; desconociéndose la causa por qué el Señor había de súbito alzado su mano y protección de una gente escogida por Dios mismo para vencer y desbaratar á los enemigos. Derríbase Josué ante el arca del Señor, ruega, supplica de lo profundo del corazón á su divina Majestad que le descubra el por qué de aquel enojo, y, finalmente, averigua la causa; ¿sabéis cuál? ¿Por ventura que los israelitas tramaban á escondidas cómo labrar otro becerro de oro? ¿ó que habían comido manjares inmundos? ¿ó desposádose con mujeres extranjeras? No, oyentes míos: la causa de aquel enojo y desastre consiguiente fué un pecado menor; un pecado, no de todos, no de muchos, pero de uno solo. La historia de este suceso es curiosa por demás. A la sazón que Jericó ardía en vivas llamas, un cierto Acán, soldado vil y desconocido, vió por suerte, entre las alhajas que se consumían, un manto de púrpura; prendose de él, arrebatólo de entre el voraz incendio y, contra la expresa voluntad del capitán, lo guardaba, muy bien guardado, dentro de su tienda. ¿Lo creeríais? Por sólo este pecado, aunque secreto, se enojó Dios tan pesadamente contra todo el pueblo, que protestó que los abandonaría para siempre jamás, si pronto no se juntaban para dar muerte al malhechor. — No estaré más con vosotros, ¡palabras verdaderamente terribles!; no estaré más con vosotros, si no mataís y hacéis pedazos al reo de este crimen: *Non ero ultra vobiscum, donec coneratis eum, qui*

¹ In Joan., q. 8.

huius criminis reus est ². ¡Tan cierto es, añade oportunamente Salviano, que daña á la causa común el delito de un particular! Acán hurtó del anatema, y ¿qué sucedió? Que el crimen de un hombre fué la ruina de todo el pueblo ³.

Pero, demás de esto, por causa de sólo Jonás ¿no estuvieron á pique de naufragar los que navegaban rumbo de Tarsis? ⁴ Por sólo un Judas ¿no peligrosaron los demás discípulos en el mar de Tiberiades? Y por el pecado de David, David, engréido de su poder en el empadronamiento de los vasallos, ¿cómo castigó su Majestad y con qué terribilidad y porfía á todo el pueblo, no de otra manera que si todo el pueblo pecara? ⁴ Que es verdad indubitable que por el pecado de un hombre viene la ira y la venganza sobre toda una nación: *Uno peccante, ira super omnem populum venit*.

Pues ved aquí á lo que os llamo al exhortaros hoy que procuréis corregir al hombre malo y pecador; llámoos á que apartéis de nuestras cabezas el castigo y calamidades que por ese malo y pecador nos pueden á todos sobrevenir. Los jueces de la tierra no tienen facultad de dañarnos porque el otro quebrantó la ley; mas Dios nuestro Señor puede y suele hacerlo muy justamente, y, si creemos á San Agustín, lo hará de cierto, si tenemos pereza de corregir á nuestros hermanos. ¿Por qué razón, dice este Santo, imagináis vosotros que así como una misma hoz siega en el prado las flores con el heno, y un mismo granizo azota en una viña la uva madura juntamente y los agraces, así Dios muchas veces envuelve en una misma ruina á los inocentes con los culpados? Oíd y escarmentad: por que en un pueblo ó república, dice, no mire cada ciudadano sólo por sí, sino que mutuamente se enmienden y socorran, y, como los miembros de un cuerpo, así los vecinos y partes de la sociedad humana se ayuden unos á otros ⁵.

¹ Josue, vii, 22.

² *Laeditur scelere personali causa cunctorum. Achan de anathemate quidpiam furto abtulit, et crimen unius hominis, plaga omnium fuit. L. 6 de Prov. —³ Jon., i. —⁴ 2 Reg., xxiv, 4.*

⁵ *Ut non se solum quisque curet in populo, sed invicem sibi adhibeant diligentiam, et tanquam unius corporis et unius hominis alia pro aliis sint membra sollicita. In Joan., q. 8.*

Por el pecado de uno, se pierde todo el pueblo. Por suaridad.

Por ejemplos, de Acan:

(narración)

(suspenión)

(revelación)

(envidia)

(epitocena)

Propio: monor. Los pecador puede ser causa de nuestra ruina.

Por contrario y testimonio de San Agustín:

como miembros de un mismo cuerpo.

Catechismo n.
ml.
por repetición:
y se encierran de
su locución.

¿A qué, pues, repetir que no queréis emplearos en la salvación de las almas, porque no os fuerza ninguna obligación? Trátase, hermanos míos, de la causa común; trátase de una causa pública y general; trátase, por consiguiente, de vuestra causa y provecho, y aún preguntáis: A mí ¿qué me va en ello? ó ¿quién me obliga? Imaginad que se prende fuego en la casa del vecino; ¿no acudís al punto á prestar vuestro socorro, aunque no os fuese más ley que la santa caridad? ¿no os afanáis, no os desvivís en apagar el incendio y remediar á vuestro prójimo? Esta solicitud quisiera de vosotros en los incendios y calamidades del espíritu. En viendo pecar á vuestro hermano, creedme, se ha pegado el fuego, y fuego infernal, en el alma de vuestro prójimo; corred, pues; corred, oyentes míos, y apagad el incendio; porque, como dijo el otro: Tu suerte está en peligro, cuando arde la casa de tu vecino ¹.

V

AFC. 4.^o
Alo. sñlo; prove-
cho real y possibi-
vo.

Entimema. Con-
sulta qualis tu-
to cumo con sal-
var almas. Luego
debia trabajar en
ello, aunque más
en oblique.

Ante. por as-
suetud. (correción).

Mas ésta no pasa de ganancia negativa, que es decir que os libráis con ello de grandes males y trabajos. Gran bien, por cierto, pero no tanto como las ventajas reales y excelentísimas que con esta obra granjeáis. Porque es así, hermanos míos, que ningún acto ni ejercicio de piedad es, según mi parecer, más agradable á Dios, ni en sí más meritorio, que la conversión de un pecador. Mas ¿por qué dije según mi parecer, y no según la sentencia de San Gregorio Magno y otros santísimos doctores? A quien sucediere, dice, por la gracia del Señor romper las cadenas de sus pecados, procure con celo exhortar á otros pecadores á la esperanza del perdón; porque, en realidad de verdad, fijaos bien en estas palabras, no hay sacrificio tan apacible á Dios como el celo de la conversión de las almas: *Nullum quippe tam gratum Deo est sacrificium, quam zelus animarum* ².

¹ Nam tua res agitur, paries cum proximus ardet. Hor., lib. 1.º, epist. 18, v. 84.

² Cui per gratiam Dei contigerit a peccatorum vinculis eripi, ipse ex zelo studet ad apertu venias delinquentes hortari: nullum quippe tam gratum Deo est sacrificium, quam zelus animarum. In psalm. pœnit.

Y si bien y desapasionadamente lo miráis, ¿de qué otra obra, decidme, esperarís tanto merecimiento y corona? ¿De los ayunos? Pero ¿quién más riguroso en ayunar que nuestro adorable Redentor, que se pasaba los meses enteros sin probar bocado? *Cum jejunasset quadraginta diebus* ¹. Pues con todo, por salvar almas, tomaba parte en los convites más espléndidos de los publicanos, y templando su natural gravedad comía con ellos alegremente y bebía en su compañía, hasta venir por esta causa á ser motejado de comedor y bebedor. ¿Quizás de las largas oraciones? Pero ¿quién más dado á la oración que Jesucristo, que, sin pegar los ojos, trasnochaba orando en el acatamiento de su eterno Padre? *Erat pernoctans in oratione Dei* ². Pues, sin embargo, por salvar almas recibía cortésmente las visitas de los Nicodemus, á altas horas de la noche, ó interrumpiendo sus fervorosas plegarias, oía con divina mansedumbre las impertinentes pláticas de sus discípulos, con ser ellos tan rudos y bozales ³. ¿Por ventura de la limosna? Mas, acerca de esto, oíd al gran Crisóstomo, padre de los pobres y su más ardiente protector. Aunque repartas, dice no obstante su entrañable misericordia, aunque repartas inmensos tesoros á los pobres, todavía harás más si convirtieres sólo un alma: *Etsi immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris, si unam converteris animam* ⁴. Ni es de maravillar, porque, como añade el mismo Padre, quien al pobre da, quítale el hambre; mas quien corrige al que yerra, desatraya la impiedad; aquel libra el cuerpo del dolor, éste libra el alma del infierno ⁵. ¡Oh qué diferencia, hermanos míos, librar los cuerpos de un dolor momentáneo, ó las almas de un incendio sempiterno! Por manera que, si la medida del merecimiento se proporciona al bien que se hace, ¿quién duda sino que es mucho más excelente con infinita ventaja socorrer al alma sepultada en el pecado, que aliviar los

Por enumeración
de las obras prin-
cipales:

ayuno.

oración.

limosna.

Justicia y com-
paración á otras.

¹ Math., iv, 2.º—² Luc., vi, 12.—³ Joan., iii.

⁴ Hom., 3, in ep. 1 ad Cor.

⁵ Nam qui dedit pauperi, fimum solvit, qui peccantem correxerit, impietatem extinxit: ille corpus liberavit a dolore, hic animam liberavit a gehenna. Adv. judæos or. 3.

cueros de los necesitados y pobrecitos? Pero ¿acaso será de mayor gloria delante de Dios levantar templos, fabricar altares, enriquecer sus sacristías con ornamentos y riquísimas alhajas, como hicieron con loable ostentación los Constantinos y Carlomagnos? No, hermanos míos; sobre toda dádiva, y más que con todo el oro del mundo, se agrada su Majestad con que llevéis á su presencia un pecador contrito y humillado.

¿Sabéis lo que acontece en este punto? Lo que graciosamente notó Plutarco en la vida de Cimón, insigne capitán de Grecia. Había Cimón alcanzado victoria de los Persas, y como quisiese despedirse de sus amigos y aliados para volverse á Elenas, juntó los despojos de la guerra, é hizo de ellos dos partes. A la una banda puso los arcos y botín del enemigo, yelmos, corazas, arneses, escudos y cimitarras, petos y aljabas preciosísimas, vestiduras riquísimas de grana, vajilla de plata, ajorcas y collares de oro y perlas; y á la otra colocó gran número de prisioneros, pero todos desnudos y tan ruines, que ponía lástima mirarlos, ¡tan destrozados estaban con las heridas, y descaecidos y medio muertos con las fatigas del camino! Luego después, vuelto á los cabezas de los ejércitos aliados: Escoged, les dijo, lo que más os agrade, que yo os cedo gustoso la ventaja y privilegio que me da mi cargo. — No tardaron ellos en deliberar; antes, deslumbrados con el resplandor del oro y de la plata, abalanzáronse al montón de los despojos y riquezas, riéndose de Cimón, que se quedaba con aquellos esqueletos y miserables cautivos. Mas ¿qué sucedió? Que Cimón, habiéndolos curado de sus heridas y restaurado sus perdidas fuerzas, encontró quien se los comprase á tan alto precio, que bien se echó de ver el valor incomparable del hombre racional sobre todos los tesoros del mundo. ¿Queréis, pues, seguir, oyentes míos, este consejo? Hacedos con los pecadores más pobrecitos, más desamparados y maltrechos de la ciudad, curadles sus dolencias, cicatrizad sus llagas, y, hecha esta obra de misericordia, llevadlos á Cristo, nuestro benignísimo Redentor, y no dudéis que os pagará mejor una prenda

dirá á las iglesias.

Cuchuchú.

A las acciones por ejemplo.

Cimón pensaba los esclavos á la guerra.

(tributación).

(diálogo uno).

Consignadles y aplica clam.

Plut. in vita.

de estos quilates, que si os presentaseis cargados de oro y de preciosas margaritas.

Volvamos ya á nuestro propósito. Si procurar la salvación de nuestros hermanos, *lucrari fratrem*, es una obra de excelentísima virtud, que aventaja al ayuno, excede á la oración, sobrepuja al valor de la limosna, y, en una palabra, pasa de vuelo cualquier ejercicio de piedad, ¿cómo sois tan perezosos y rehuís emplearos en ella, so color de no estar obligados? ¿Parécenos razón justa, reparo digno y prudente, ó más bien excusa liviana, que si algo valiese, probaría por igual que no habiais de cuidar con tanta diligencia vuestros acrecentamientos temporales, ni la hacienda, ni el dinero, porque, si bien es grande la ganancia y el provecho, pero nadie os obliga á desvelaros tanto por el dinero ni la hacienda?

Conculación y alusión de vergüenza, por reñomen.

y comparación á parte del cuidado de la hacienda.

VI

Mas, decidme en puridad, ¿quién os ha dicho que no estáis obligados á granjear almas para Cristo? Si nunca jamás en vuestra vida escandalizasteis á nadie, ni sedujisteis un alma, por ventura es verdad, os lo concedo; pero si, como es fácil creer, tuvisteis la desgracia de escandalizar y perder algún hermano vuestro, ora provocándole, ora enseñándole la maldad, ó ya por lo menos aprobándola, no es cierto, como decís. ¿Robasteis á Dios un alma? Pues todo razón demanda que le devolváis otra alma. Prescriba Dios en la ley vieja que el injusto matador de un animal fuese forzado á restituir otro animal de igual especie; si cordero, cordero; si becerro, becerro; si jumento, otro jumento. *Qui percussit animal, reddet vicarium, id est, animam pro anima*¹. Y esto, que, si bien lo ponderáis, había otros caminos más llanos de satisfacer y reparar el daño que no esta ley rigurosa del talión.

Pues vosotros, hermanos míos, ¿cómo satisfaréis á Dios y le pagaréis el alma que le robasteis? Dadle enhorabuena cuanto oro se esconde en las entrañas de la tierra, cuantas

Arg. 5. Amonestación por el ejemplo, ornación.

Tradicción.

Prop. mayor. Quien robó el alma, debe almas.

por restitución de la ley.

Propos. menor. Vosotros robasteis almas á Cristo.

¹ Lev. xxiv, 18.

perlas en el mar, cuanto de precioso y rico hay en el mundo; todo es nada en comparación del alma que por vuestra causa se perdió. Ni todo el mundo es justo: rescate de solo un alma, dijo San Gregorio: *Nec totus mundus est justum animae pretium*¹. Mezquino es todo el mundo para resarcir la pérdida de un alma, añade San Ambrosio: *Exiguus est totus mundus pro unius animae dispendio*². El alma que se perdió, sólo con otra alma se puede contrapesar, como quierá que todas fueren rescatadas á igual precio por nuestro divino Salvador; pues, constándonos que habéis pervertido más de una, ¿cómo osáis eludir la obligación de convertir al menos otras tantas?

valor de un alma por testimonios.

Largo.

Ampliación de la memoria.

Ampliación del consiguiente.

Conveniendo por ejemplos.

David.

(restitución por repugnantes).

Hermanos míos, restitución exige Dios; restitución, alma por alma: *Animum pro anima*. Considerad, os ruego, cuántos malos consejos habrán salido de vuestra boca en daño del prójimo, cuántos escándalos habréis dado hasta el presente, escándalos y malos ejemplos en conversaciones livianas, en tratos torpes, en juegos desmedidos, en injusticias solapadas ó manifiestas. ¿Cómo, pues, horrorizados de tantos robos hechos á Jesucristo, de tantas almas que eran suyas, no os congojáis y cuidáis cuanto antes de posturaros á sus benditas plantas y decirle: Señor y Dios mío, yo os robé aquel justo; ved que os traigo en su lugar este pecador.

Tal era el propósito del penitente rey David, ganar almas, convertir impíos: *Doceto iniquos vias tuas, et impiis ad te convertentur*³. ¿A qué semejante resolución? A un guerrero como él, avezado á las armas desde su mocedad, ¿qué obligación incumbía de predicar y enseñar á los pecadores? Parece más bien que su cargo principal había de ser capitanear ejércitos, cercar fortalezas y reñir batallas, que no la enseñanza y predicación de la ley. Así parece; mas ¡oh dolor!, que traía grabado en su memoria y clavado en su corazón cómo por su mal ejemplo había hecho blasfemar á más de uno el santo nombre de Dios, conforme á aquella voz: Tú hiciste blasfemar mi nombre entre las gentes: *Bla-*

¹ Hom. 4. In Ezech.

² De bon. mor., c. 5.—³ Ps. 1, 15.

*sphemare fecisti inimicos Domini*¹. Por esta razón pareció al buen Rey, como notan los sagrados intérpretes sobre este lugar², que no podía comparecer con sereno semblante en el acatamiento de su Dios, si no le santificaba tantos pecadores como justos había escandalizado. Esta consideración espoleó á los Arnobios, á los Agustinos, á los Hilarios, á los Ciprianos y Justinos, impugnadores antes de nuestra santa fe, á escribir luego tanto y tan soberanamente en su defensa; y si un Pablo trabajó más que ningún apóstol en la dilatación de la naciente Iglesia, fué porque antes la había crudamente perseguido. El que primero fué perseguidor, trabajó después más que los otros, como afirma San Gregorio: *Qui enim prius persecutor extitit, postmodum plus omnibus laboravit*³.

San Agustín.

San Hilario,
San Cipriano, etc.

San Pablo.

Nadie, por tanto, se persuada haberse convertido bastantemente á Dios nuestro Señor, si habiendo escandalizado hasta aquí á sus prójimos, ó con perversas ideas, ó con malignas sugestiones, ó con obras malas y corruptoras, no procura ayudarles desde aquí con fervoroso celo. ¿Qué hacéis, pues? ¿en qué os detenéis, hermanos míos? *Lucramini fratres*, os diré; ganad almas, convertid pecadores y traedlos á nuestro Señor. ¿Imagináis, acaso, que no podéis ayudar á la conversión de las almas, si de veras lo queréis? ¡Oh, cuánto bien podéis hacer en bien de las almas, aun vosotros, trabajadores y artesanos, simples ciudadanos, mujeres del pueblo y caballeros particulares!

Aplicación de la memoria.

Aplicación del consiguiente.

VII

No se me esconde que no pocos reprehenderán por ventura mis palabras, como no muy acomodadas á vuestra condición, y aun de impropias, impertinentes, y aplicables sólo á aquellos apóstoles y misioneros, que van tras el pecado y pecador, sin darles tregua ni punto de reposo. Os engañáis, oyentes míos; escuchad, si no, lo que á todos y á cada uno en particular, sin distinción de categorías, manda el Espí-

Arg. 6.
A fácil. Transición por anticipación.

¹ 2 Reg., XII, 14.—² Locin. in Ps. 1.—³ In Ps. 1.

Todos podéis salvar
almas: por
autoridad.

Distribución ge-
neral de las al-
mas que pueden im-
pedir.

El ejemplo de Es-
tíbal.

6 de Judas.

Distribución par-
ticular de las per-
sonas.

caballeros,

arteranos,

ritu Santo por voz del Eclesiástico: *Recupera proximum tuum secundum virtutem tuam*: Gana á tu prójimo conforme á tu caudal; trabaja por llevarlo á Dios según la medida de tus fuerzas, de tu saber y talentos, no de los talentos y facultad de los otros. Que nadie replique, arguye oportunamente San Gregorio, que nadie replique para colorear su pereza: yo no soy para reprender, yo no tengo traza para predicar y exhortar á los demás. Haz lo que está en tu mano, y esto te basta: *Neqno dicat, admonere non sufficio, adhortari idoneus non sum; quantum potes, exhibe* ¹. Verdad es que á vuestro estado seglar no corresponde hacer sermones y discursos, como á los ministros del Señor; pero ¡cuántas veces acacera hallaros en una reunión ó plática donde se trate, por ventura, de llevar á cabo una ofensa á su divina Majestad, de tramar una calumnia, de trazar una venganza, de armar lazos á una castidad, de urdir algún engaño ó injusticia! Y ¿por qué no podréis entonces, si no acometer puñal en mano á aquellos desalmados, como Finees ², encendidos en santo celo de la divina gloria, pero corregirlos con viveza y mansedumbre, si tenéis con ellos alguna autoridad; y, si no la tenéis, desviar la conversación, desconcertar sus planes con artificio, reprobárselos, disuadirselos, procurando por todas vías embarazárselos, á ejemplo del piadoso Judas, que, desconfiando de recabar de sus hermanos que perdonasen al inocente José, logró convencerles que se contentasen, cuando más, con venderle á los mercederos ismaelitas ³.

Y lo que digo en general, podría particularizarlo á cada uno de vosotros. ¿Sois acaso noble y caballero?, pues procurad ganar á vuestro hermano según vuestras fuerzas: *Recupera proximum secundum virtutem tuam*. ¿Por qué no podréis componer aquellos dos enemistados que desean beberse la sangre, y contenerlos con vuestra autoridad, y esforzarlos con razones al sufrimiento de las injusticias, como cumple á caballeros cristianos, que no que se arruinen ambos por un puntillo de honra? ¿Sois, por ventura, honrado ciudadano que vivís de vuestro trabajo, atento á vuestros

negocios? Pues procurad también ganar á vuestro hermano á la medida de vuestro caudal: *Recupera proximum secundum virtutem tuam*. ¿Por qué no podréis socorrer á tiempo aquella castidad, que está en gran riesgo de manciarse, y no le abríis con llave de oro las puertas de una religión, ú otro asilo de recogimiento, que no dejarla encenagar en torpes vicios?

Y ¿vos quién sois? ¿mujer cristiana á quien toca vivir de ordinario en el retraimiento del hogar doméstico? No importa, os diré: *recupera proximum secundum virtutem tuam*; procurad también vosotras ganar almas para Cristo, según vuestra virtud y profesión. ¡Cuántas almas podéis salvar con sólo que edoquéis piadosamente á vuestros hijos, y los inclinéis de veras á la virtud! No sólo llegaréis por este camino á salvar fácilmente las almas de ellos con vuestra irresistible gracia y amorosos cuidados; pero al propio tiempo granjearéis infinitas almas; porque ¿quién sabe si, merced á esa educación, llamará su divina Majestad á algún hijo vuestro á su servicio y vendrá á ser instrumento de su gloria, que pueble de almas el paraíso celestial? ¿Quién de vosotras no habrá oído hablar de aquella Ana, tan celebrada en las sagradas Letras? Había dado á luz únicamente un niño, por nombre Samuel, obtenido del cielo á costa de ayunos, plegarias y lamentos, cuando la buena madre, como si Dios la hubiera hecho más fecunda que Lia, comenzó con grande júbilo á entonar un cántico de nacimiento de gracias y á engrandecer las misericordias de Dios, porque la estéril finalmente ha parido, dice, muchos hijos: *Donec sterilis peperit plurimos* ⁴. ¿Cómo puede ser? ¿un Samuel son, por ventura, muchos hijos? Si, responde Eutimio: *Unus justus, qualis erat Samuel, fuit instar multorum*. Un justo, como Samuel, equivalió á muchos. Porque ¿quién es capaz de enumerar los justos que hizo este solo justo y ardiente celador de los prójimos? Pues aquí tenéis la forma y manera de conquistar muchas almas, procurando habilitar á vuestros hijos para la empresa más grande y el destino más soberano de la salvación del mundo.

madre de familia,
educado títo á los hijos.

El ejemplo de Ana
madre de Samuel.

un justo hace muchos justos.

¹ Hom. 6 in Evang. — ² Num., xxv, 7. — ³ Gen., xxxvii, 26-27.

⁴ 1 Reg., ii, 5.

Distribución de
almas; medios de salvar
almas;

la oración.

(Saulo y San
Agustín.)

(Compleción)

la persuasión.

el buen ejemplo;

(por autoridad de
San Bernabé y
del Apóstol.)

Pero esto es poco todavía. ¿No es poderosísimo medio para la conversión de los pecadores el rogar por ellos? Ciertamente, y nos lo aconseja el apóstol Santiago: Orad unos por otros para que sean salvos: *Orate pro invicem ut salventur* ¹. Harto probó esta eficacia aquel Saulo, quien, rebelde á la predicación de San Esteban, rindióse, finalmente, á su oración. La experimentó San Agustín, que, no doblándose á las persuasiones de su bienaventurada madre Santa Mónica, fué vencido de sus oraciones y lágrimas. ¿Quién, por consiguiente, de vosotros, hermanos míos, no puede, si quiere, ser un apóstol y emplearse con grande medra en la conversión de los pecadores; si oís una misa, oída por los pecadores; si os maceráis secretamente, acordaos de los pobres pecadores; si ayunáis con rigor, enderezad vuestros ayunos y asperezas al bien y provecho de los pecadores.

Pero hay más. Porque aún no he dicho una palabra de otras industrias eficacísimas para atraer ovejas descarriadas al redil de Jesucristo; nada he dicho de lo provechoso que sería convidarlos, so color de amigable compañía, á alguna de esas congregaciones ó hermandades, que frecuentáis con tanto fruto; nada del llevarlos alguna vez á escuchar oradores fervorosos; nada del otro ardid tan saludable de ponerles entre manos algún libro devoto y que despierte el corazón; nada, en fin, del arbitrio más seguro y proporcionado para ganar almas, que es el ejemplo de la buena vida. Más potente, dice San Bernardo, es la voz del buen ejemplo que la que sale por la garganta: *Validior est vox operis, quam vox oris* ². ¡Oh si entenderais la ventaja que hace en el persuadir el lenguaje de las obras sobre el lenguaje de las palabras! Éste es aquel predicar tan imperioso que exige el Apóstol á su discípulo Tito: *Loquere cum omni imperio* ³; porque, dado caso que el hablar con la lengua y humana elocuencia conmueve los ánimos, y los convida y los aficiona á la virtud, mas el hablar con las obras los arrastra. Vuestro estado, es cierto, no os permite subir á los púlpitos y predicar desde allí á las muchedumbres; pero ¿qué importa? predi-

cad con el buen ejemplo y cristiano proceder. Acostumbraos á estar en la iglesia con tal devoción y compostura, que, con sólo miraros, se confundan y compongan los distraídos y parleros. Confesad y comulgad con frecuencia, ni os escondáis para ello, como vergonzantes de Cristo, en capillas recónditas y catacumbas. Públicamente, dice el Sabio, públicamente derrámense tus saludables aguas, y difunde por calles y plazas el buen olor de tus ejemplos: *Deriventur fontes tui foras, et in plateis aquas tuas divide* ¹. La buena obra, que hacéis en vuestro apartamento, aprovecha á vosotros solos; la que hacéis en público, también á los demás; porque, como advierte el bienaventurado San Pedro, se conmueven, se reportan, se compunguen los que lo ven, y vienen á ganarse sin discursos, con sólo considerar vuestro porte y pia conversación: *Sine verbo lucrifiant, considerantes conversationem vestram* ².

Asentada en vuestro pecho esta verdad importantísima, no malogréis la ocasión, ¡oh hermanos míos en el Señor! Comenzad desde luego á saldar las cuentas que tenéis con Dios por razón de las almas que le habéis robado, hacienda la más preciosa que tiene en este mundo. Trabajad, pues, reedificad lo destruido, devolved á Cristo sus tesoros, porque muy difícilmente podréis tornar por otra vía á su gracia y amistad. Que si del glorioso San Francisco decía San Buenaventura que no se tenía por amigo de Cristo, si no ayudaba á las almas que el redimió con su sangre ³, ¿qué diremos, miserables de nosotros, que no cesamos de menoscabar cada día los intereses de Jesucristo, y ni aun así nos tenemos por obligados á indemnizarle de tantos perjuicios?

¹ Prov., v. 16.—² 1. Pet., iii. 2.

³ Non se Christi potabat amicum, nisi animas foveret, quas ille redemit. In vita S. Franc.

¹ Jac., v. 16.—² Serm. 59 in Cant.—³ Tit., ii. 15.

SEGUNDA PARTE

VIII

Por lo dicho creo, católicos, bastante demostrado que no hay persona de ningún estado ó profesión, de ninguna clase ó categoría social, que pueda con justicia tenerse por desobligada de atender según sus fuerzas á la salvación de las almas. Mas si es así, permitidme que con toda reverencia y acatamiento, conforme pide vuestra alta dignidad, me dirija á vosotros, venerables sacerdotes, prelados ilustres, párrocos, superiores, cabezas del cuerpo místico de Jesucristo, prez y ornamento de la santa Iglesia. Si todo fiel ha de mirar tan estrechamente por el alma de su hermano, ¿qué diremos nosotros? ¿Cómo ó por dónde nos tenemos por los únicos eximidos de tan grande y sagrada obligación? No, venerables hermanos; antes, perdonadme que, con humilde y apostólica libertad, os diga que viváis sobreaviso, porque, **respecto de vosotros, descuidar las almas de los prójimos, es lo mismo que condenar la vuestra.**

Sabida cosa es que, quien sale fiador por otra persona, queda de manera atado con tal fianza, que, si el principal no paga, está el obligado á satisfacer en fuerza de ley, y á dar cuenta y hacer las veces del primer deudor. Pues decidme ahora: ¿qué otra cosa hicisteis, venerables hermanos, al tomar sobre vuestros hombros la cura de almas y el gobierno espiritual de los fieles, sino daros en fianza en el tribunal de Jesucristo por la salvación de vuestros hermanos? Prometisteis formalmente á Dios-nuestro Señor, y á ello os fuerza vuestro cargo, que trabajaríais de manera que sus fieles súbditos le pagasen el tributo de obediencia y veneración que se debe á su divina Majestad; por donde, si no lo pagan cumplidamente, vosotros estáis obligados en juicio á responder por ellos á fuer de fiadores, y á llevar la condena y á compartir los daños. Oid á este propósito la saludable amonestación que os dirige el Espíritu Santo: Hijo mío, si

A LOS QUE TIENEN CURA DE ALMAS.

Exordio, que que se ignora

la benevolencia.

la atención.

la docilidad.

Projección.

Confirmación por elogio oratorio.

Prop. mayor. El fiador hace las veces del deudor.

Prop. menor. Vosotros sois fiadores por vuestros hermanos.

Largo

saliste por fianza de tu amigo, enclavaste tu mano en el extraño, y te enlazaste con tus mismas palabras: haz, pues, hijo mío, lo que te advierto, y líbrate á ti mismo ¹.

Confirmación por Escritura y 88. pp.

San Gregorio Magno, Hugo, el Venerable Beda, San Bernardo, y más expresamente que todos el angélico doctor Santo Tomás ², aplican este lugar de Salomón á todos los que tienen cura de almas, y dicen que éstos son los que empeñaron en provecho de ellas sus manos y su lengua; sus manos, con el ejemplo de las buenas obras; su lengua, con el ejercicio de la predicación. Mas pregunto yo aquí: ¿á quién ó por quién empeñaron su palabra? ¿No es por ventura á Jesucristo, á su Dios y Señor, al Pastor supremo de las almas? ¿Cómo dice, por consiguiente, al extraño ó forastero; *apud extraneum*? Aguda es, pero verdadera, la solución. No sé si alguna vez os sucedió ir á una persona y ofreceros liberalmente por fiadores de otra que le debe gruesa cantidad. ¿Con qué agasajos os recibe! ¿con qué semblante tan alegre admite vuestro hidalgo ofrecimiento! ¿cómo alaba vuestra generosidad! Parece vuestro mayor amigo. Pero llegase la hora y punto de pagar, ¡oh qué cambio! Manda luego y reclama con rigor la prometida fianza, no quiere treguas, no admite intercesiones, y, como si jamás os hubiera visto ni tratado, citaos al tribunal, os apremia con duro carcelaje y se incauta de todo hasta que le pagáis. Esto pasa puntualmente en nuestro caso. Jesucristo mostraseos muy amigo en el recibir la fianza, pero en exigirla se-habrá como extraño y desconocido. Tal es la sabia explicación de Santo Tomás: *Dicitur Christus extraneus, quia amicus est in sponione, sed erit extraneus in exigenda ratione.* ¡Oh venerables hermanos! Cristo, al pedirnos razón de vuestro cargo, habrase como extraño y desconocido: *Extraneus in exigenda ratione.*

Sustentación.

Por ejemplo a palabra del fiador y del acreedor

hipotiposis y

contrastiposis.

Aplicación de la 2.ª parte del ejemplo.

C. acreedor, b. débil en aceptar.

primario y sustentación.

Ministros del Altísimo, atentos, por ventura, más de lo

¹ Fili mi, si spononderis pro amico tuo, defixisti apud extraneum manum tuam, inlaqueatus es verbis oris tui: fac ergo, quod dico, fili mi, et te metipsum libera. Prov., vi, 1-3.

² S. Greg., 3 p. past. adm. 5; Hugo et Beda in. Prov.; S. Thom. in epist. ad Hebr., c. 13, lect. 3.

que conviene, á vuestras medras temporales, corred, corred alegremente á empeñaros por otros, ambicionad cargos, conquistad honores, escalad las almenas más altas del santuario, que yo os certifico que logrará Dios vuestro desseo. Mostráraseos benigno y apacible en la entrada, aceptará pronto y benévolo vuestras promesas: *amicus in sponsione*.

Aplicación de la 2.^a parte:

J. C. riguroso en exigir la fianza.

Intermedio.

Ampliación por indicación de varias cosas nuevas, que hayamos esta carta.

Milánico.

Sacramento.

(resistencia)

Amplio.

San Efrén.

San Ambrosio.

Pero ¿qué imagináis? ¿que le hallaréis del mismo semblante al ajustar las cuentas? Os engañáis, carísimos y venerables hermanos, os engañáis lastimosamente, puesto que se habrá trocado en semblante de extraño y riguroso. ¡Infelices de nosotros! Todo él respirará entonces severidad, y como persona extraña, sin dignarse mirarnos á la cara, pedirá justicia, exigirá cabal satisfacción, demandará de las fianzas hasta el postrer maravedí: *Extraneus in exigenda ratione*.

Y á la verdad, si así no fuese, ¿cómo explicarlos que tantos varones muy señalados en santidad, al sólo nombre de prelación ó cura de almas, corrieran espantados á ocultarse en los desiertos? Y ¡cuántos se valieron aun de industrias más desusadas y maravillosas! Habíase juntado el pueblo de Hierápolis con el intento de sacar del monasterio y asentar en la silla episcopal de aquella iglesia al monje Nilamón; cuando el santo religioso, no sabiendo cómo librarse de la violencia del pueblo, de las importunaciones de los clérigos, de los mandamientos de los obispos, que estaban allí reunidos y á punto de consagrarle, suplicó por fin que le otorgasen un día de plazo para apercibirse á tan tremenda ceremonia. Concediéronsele, y se encerró en su celda, y derribándose en el suelo, comenzó á suspirar y gemir y sollozar en el acatamiento divino con tales veras y fervor tan crecido, que alcanzó de su Majestad quedar allí muerto antes que se llegase la tarde del día señalado; ¡Tanto estimó en más la obscuridad del sepulcro, que el brillo del agosto solar! A fin de inhabilitarse para la sede patriarcal de Alejandría, afeóse y cortóse una oreja. Amnón el solitario, y para no ser encumbrado á la silla de Cesarea, fingióse loco públicamente el santo Efrén Siro. Ni fué menos extraña la repugnancia de San Ambrosio, el cual, como viese al pueblo milanés empeñado en trasladarle de la regencia secular

á la prelación eclesiástica, mandó que alzasen un solemne tribunal en medio de la plaza, y, sentándose en él con aspecto y además de gran severidad, hizo comparecer gran número de verdugos y sayones armados de varillas, de hachas y cadenas; y para granjearse fama y nombre de cruel, ordenó que sacasen á los malhechores de las cárceles, y que, conforme á la calidad de sus delitos, fuesen al punto castigados, este á la tortura, aquél al último suplicio; y como no le sucediese este ardid, tornó á palacio y envió á llamar descaradamente rameras y mujeres públicas, en razón de menoscabar su fama y deslustrar su límpida opinión entre las gentes; y como tampoco con este artificio lograrse engañar al pueblo, se disfracó de rústico aldeano, huyóse de noche, y habría á pie traspasado las fragosidades de los Alpes en busca de una caverna ó rincón donde esconderse, si al rayar el alba, cuando se imaginaba muy lejos de la ciudad, no dispusiera Dios que se encontrara junto á sus mismas puertas.

Siendo, pues, así, filosofemos, hermanos míos: estos santos, adornados por la mano de Dios de singulares dones para el gobierno de las almas, ¿hubieran usado de tantas diligencias á fin de hurtar el cuerpo á este oficio, si no entendieran con lumbré del cielo que es una carga formidable y espantosa, no ya para los flacos hombros de un mortal, pero á los mismos ángeles: *Onus angelicis humeris formidandum?* ¿Y habrá quienes la codicien por su voluntad y la tomen por premio, por descanso y por regalo, no muy desemejantes al otro bienaventurado varón, cura de almas de cierta aldea, en cuya casa y en el umbral de ella leí escrito con gruesos caracteres el verso del poeta: *Deus nobis hæc omnia fecit?* ¡Horrible blasfemia! Conque los ángeles están dotados, ¿quién lo ignora?, de virtudes y prendas excelentísimas, de soberana ciencia, de admirable tino y sagacidad, y con todo no tienen más que una alma bajo su amparo y custodia, una alma sólo, solamente una alma que guardar; y un hombre tiene tantas de que dar cuenta, ¡y aún cree que satisface con mediana aplicación!

¡Ah!, por las entrañas de Jesucristo y por nuestra propia salvación, no hagamos tal, carísimos y venerables herma-

arradido; arduos de que se veis.

primero.

segundo.

tercero.

Circunstancia ampliada por comparación á mejor de los Santos.

y de los ángeles.

por exclamation.

contraposition y

énfasis.

PERORACIÓN, por la autoridad del Santo parafraseado el octavo versículo.

nos, antes bien, avivando más y más el celo santo que arde en el pecho de todos por la causa de Dios, permitid que os exhorte y me exhorte á mí mismo con las palabras que añade el Espíritu Santo por el Sabio tras el lugar sobrecitado: Hijo mío, haz, pues, lo que te digo; líbrate y satisfaz á tus promesas; corre, apresúrate, no des sueño á tus ojos, ni á tus párpados descanso; amonesta á tus amigos; escápate, como cabra montés, de las manos de los cazadores, y como pájaro huye de sus asechanzas: *Fac ergo quod dico, fili mi, et temetipsum libera. Discurre, festina, suscita amicum tuum; ne dederis somnum oculis tuis, neque dormitent palpebrae tuae. Ervere, quasi damula, de manu, et quasi avis de manu aucupis* ¹. Que viene á decir más claramente: ¿Vosotros salisteis fiadores con nuestro Señor Jesucristo por tantos deudores suyos? Presto, pues, procurad que todos le paguen cumplidamente; orad, predicad, hermanos míos, importunad, convidadles, atemorizadles. No seosguéis hasta tanto que se dé á Dios el tributo y vasallaje debido de sus criaturas, hasta que hayáis extirpado los odios, desterrado las deshonestidades, reprimido la licencia, y principalmente hasta que la juventud esté bien enseñada é imbuida en la doctrina cristiana; y por lo que mira á vuestro estado y ministerio, hasta á haber restituído en las iglesias el esplendor del culto, en el clero la modestia, en los seglares la guarda de los mandamientos y toda cristiandad. ¿No veis cómo forcejean los venados hasta romper las ataduras, y los pájaros hasta deshacerse de las redes? Pues con ese tesón é impaciencia habéis de procurar el cumplimiento de vuestras promesas y sagradas obligaciones: *Fac ergo quod dico, fili mi, et temetipsum libera. Ervere, quasi damula, de manu, et quasi avis de manu aucupis*. Porque, en realidad de verdad, prometisteis mucho y se os pedirá rigurosísimamente la fianza. No prometáis, dice el Eclesiástico, más de lo que puedes; pero, si ya prometiste y empeñaste tu palabra, piensa que has de restituir: *Non spondeas super virtutem tuam; quod si sponderis, quasi restituens cogita* ².

¹ Prov., vi, 3-5.—² Eccli., vii, 16.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOCTAVO

Celo de las almas, ó, por mejor decir, de la honra y gloria divina, es un fuego de amor de Dios, es un deseo tan encendido y abrasado de que todos amasen y honrasen y sirviesen mucho á Dios, que el que le tiene, á todos querría pegar este deseo y este fuego, y cuanto es en sí lo procura; y cuando ve que Dios es ofendido é injuriado y no lo puede remediar, gime y llora, y aquel fuego le está allá carcomiendo y deshaciendo y abrasando las entrañas ¹.

He aquí la verdadera fragua y el secreto resorte de este discurso y de toda la elocuencia señeriana. Porque este celo abrasadísimo, estas ansias encendidísimas de la divina gloria y de la salvación de los hombres fueron el principal maestro de su elocuencia, la raíz de su eficacia y la regla y nivel de su artificio. Ni todas las escuelas de retórica ni todas las ciencias del mundo le ayudaron tanto á salir buen orador como este solo sentimiento, impreso y entrañado en su grande alma; el cual le dirigía constantemente en la **invención** de la materia, en la **disposición** de las razones, en la **elocución** y formas del bien decir, en la tenacidad de su **memoria** y en la viveza y ardor de la **pronunciación**, que son las cinco partes de la elocuencia perfecta.

Y es así que este celo, alma y vida de la persuasión oratoria, todo se lo allana y facilita al ferviente predicador. El le enseña á desechar todo aquello que más sirve al deleite con la armonía de las voces y lo peregrino de los conceptos, que á doctrinar los entendimientos y á mover las voluntades. El le estimula y agudiza á buscar argumentos sólidos con que batir, contraminar y derribar por fin la fortaleza del corazón humano, hasta enseñorearse de él y plantar en medio, bien plantada, la bandera de Cristo, que es el temor de Dios y el aborrecimiento de la mala vida. El le excita á torcer discretamente el rumbo de su oración para dar avisos y documentos particulares, y acomodar la doctrina á la capacidad y disposición de los oyentes. Este afecto despierta á los dormidos y tiene suspensas y atónitas las

¹ Rodríguez, *Ejercicio de perfección*. Parte III, Trat. 1, cap. x.

muchedumbres. Este llora, exclama, reprende, suplica, atemoriza, confunde, se pasma, y por un modo maravilloso se transforma en todo linaje de afectos y de figuras: resucita á los muertos, habla á los ausentes, implora el favor divino: cielo, tierra, mares, todo le escucha y obedece á su voz, y, arrebatado del ardor y espíritu profético, exclama: «Tierra, tierra, tierra, oye la palabra del Señor». Y, «pasmaos, cielos, y vosotras, puertas eternas, desquiciad al ver la maldad de este mi pueblo». Y «generación mala y perversa, ¿así pagas á tu Dios, pueblo insipiente y mentecato?»¹.

Veamos, si no, la práctica de ello en este precioso discurso, y preguntémosnos: ¿qué fin se propone? Encender á sus oyentes en celo de las almas. ¿A qué personas se dirige? En la primera parte á los seglares, y en la segunda á los eclesiásticos. ¿A qué género pertenece esta oración? Al deliberativo, pues se trata de persuadir á los que oyen una empresa gloriosísima, la salvación de nuestros prójimos. ¿Qué dificultades ha de vencer? Dos: la indiferencia de los legos, que dicen: No estoy obligado; y el desdicho de los eclesiásticos, que por ventura piensan salvarse ellos, no procurando la salvación de los demás. ¿Cómo las deshace? Con los argumentos más acomodados á los dos géneros de oyentes que desea convencer: á los legos con razones principalmente de utilidad, y á los ministros del Señor con las de honestidad y obligación; conforme al consejo de Tulio: *Hominum enim duo sunt genera; alterum indoctum et agreste, quod anteferat semper utilitatem honestati; alterum humanum et politum, quod rebus omnibus dignitatem anteponat.* (Part. 25.)

Primera parte. Admírese la maestría y el orden con que promueve el apóstolado seglar, convidando los ánimos generosos á la magnánima empresa. Véase de una ojeada todo el camino que recorre. Presentales,

- a) La **hermosura** de las almas.
- b) La **gratitud** que debemos á nuestro Señor Jesucristo, quien nos llama á la conquista.
- c) Los **males** que prevenimos convirtiendo á un pecador.
- d) Los **bienes** que de su conversión resultan, y el grande mérito de su obra.
- e) La **obligación** en que estamos de restituir almas por almas.
- f) La **facilidad** con que podemos salvarlas, si queremos.

¹ Vide Granada, Rhet. Eccles. Lib. I, cap. vii.

Donde es de considerar la fuerza progresiva con que va siempre adelantando. ¿Qué cosa más llamativa que la hermosura? Si esa terrenal y corpórea ha trastornado el juicio de tantos cuerdos, ¿cómo no nos arrebató y lleva tras sí la de los espíritus, criados á imagen y semejanza de la hermosura infinita y sobresubstancial? «Es tan grande la belleza y hermosura del alma, dice Bloisio, mientras no estuviere turbada con las manchas de pecados, que, si la pudieras ver claramente, de pura admiración y gozo no supieras dónde estabas.» (In Spec. c. 3.) Y Santa Catalina de Sena decía á su confesor: «¡Oh Padre, si vieras la belleza y hermosura de un alma en gracia, no dudo sino que por una sola te pusieras á morir muchas muertes!» Y preguntada por qué besaba con tanta devoción el suelo donde había puesto los pies un predicador, contestó que era porque Dios le había dado á entender la hermosura de un alma en gracia, y por eso se estaba abrasando de deseos que todas las almas del mundo resplandeciesen con esta divina belleza, y así tenía por bienaventurados á los que se ocupaban en sacar almas de pecado. Y á Santa Brígida dijo Cristo nuestro Redentor: «Si tú vieras la hermosura espiritual de los ángeles y almas santas, no lo pudiera sufrir tu cuerpo, sino que reventara y se rompiera, como un vaso podrido y gastado, por el gozo que tuviera tu alma de tal vista.» (Lib. 1, Revel. 18.)

¿Qué extraño clame nuestro orador: «¡Oh dolor! ¡oh vergüenza! ¡que os mueva á compasión la vista de un corderillo entre las garras de un lobo que lo despedaza, ó de una tortolilla entre las uñas del gavilán que la destroza, y que no os lastime las entrañas ver por vuestros mismos ojos un alma preciosísima en las garras del infernal dragón!» Donde, para dar más fuerza al argumento, sobre el afecto de amor á que provoca la hermosura de las almas, excita el de compasión con estos símiles, y el de vergüenza llamando crueles á sus oyentes, si no las ayudan.

El primer argumento es de parte de las almas, el segundo de parte de Jesucristo, y es más poderoso y eficaz, tal como lo presenta nuestro orador. «Si Cristo, sin obligación de salvarnos, quiso hacerlo y tan á costa suya, ¿cómo le negaremos nuestra cooperación en la salvación de las almas, aunque estemos desobligados?» Este afecto de vergüenza se robustece más con el llamamiento que hace Cristo buscando gente para la alta empresa, y por consiguiente, si alguno rehusa acompañar á tal Rey, cuánto es digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

Harto veía SÉNRI que estas dos razones de honestidad

y **gratitud**, si bien urgentísimas para pechos generosos, no apremian ni convencen tanto al vulgo de los oyentes como las de **interés** y **provecho**. He aquí por qué amplifica más la tercera y la cuarta de los **males** que evita y de los **bien**-**es** que acarrea la conversión de un alma. ¿Por qué se evitan males? Porque el pecado de uno trae la pena y castigo sobre todo el pueblo, como el dolor de un miembro causa molestia y pesadumbre á todos los miembros. Y ¿por qué y de dónde tantos bienes? Porque no hay obra ni ejercicio más agradable á Dios, ni en sí más meritorio, que el convertir á un pecador. Pues «si aventaja al ayuno, excede á la oración, sobrepuja al valor de la limosna, y, en una palabra, pasa de vuelo cualquier ejercicio de piedad, ¿cómo sois tan perezosos y rehusis emplearos en ella, so color de no estar obligados?»

Mientras este color ó pretexto no se quite, en vano se esforzará el predicador; mas, ¿cuánto ganaría el razonamiento si pudiese probar que existe la tal **obligación**! ¿Qué victoria tan ilustre conseguiría!—Pues la consigue. ¿Cómo?—«Her-
manos míos, exclama en el argumento quinto, § VI: resti-
tución exige Dios; restitución, alma por alma: *Animam pro anima.*» ¿Por qué motivo?—Por el que dijo antes: «Dadle en-
horabuena cuanto oro se esconde en las entrañas de la tierra... todo esto es nada en comparación del alma que por vuestra causa se perdió».

En el género deliberativo, si no se **facilita** la ejecución de lo que se convence, muy menguado es el fruto; sería como el caminante que, entretenido en las cosas que se le ofrecen, nunca llega al término de su jornada. ¿Cuál es aquí el deseado **término**? Que **ejerzan** el apostolado seglar. A esto se endereza el argumento sexto, § VII, donde, vencidas todas las dificultades del camino, descansa el orador y goza el fruto de su trabajo en la práctica del celo. Ve en su auditorio caballeros, artesanos y oficiales, madres de familia, y á todos reparte su ración este siervo fiel y prudentísimo. ¡Cuántos medios de propaganda les propone! La oración, la persuasión, el buen ejemplo...

Segunda parte. Es un breve, pero acabado discurso. En el **exordio** se humilla con dignidad. La **proposición**, «respecto de vosotros, descuidar las almas de los prójimos es lo mismo que condenar la vuestra»; aunque tan sencilla, hiere en lo más vivo el corazón del sacerdote, á quien se supone movido con los argumentos de la parte primera, encaminados indirectamente á él. La **confirmación** estriba en las Sagradas Letras, Santos Padres y ejemplos de admirables varones, que huyeron la cura de almas por temor de la cuenta espantosa que exigirá Dios á los que la tienen.

La **peroración** es grave, pero tierna. «¡Ah!, por las entrañas de Jesucristo, y por nuestra propia salvación, no hagamos tal, carísimos y venerables hermanos, antes bien, avivando más y más el celo santo... El que desee avivarlo más, ruégole que lea las dos pláticas del Bto. Maestro Juan de Avila, para sacerdotes, y algunas de las treinta y tres cartas que escribió á preladados, predicadores y religiosos.



UNIVERSIDAD

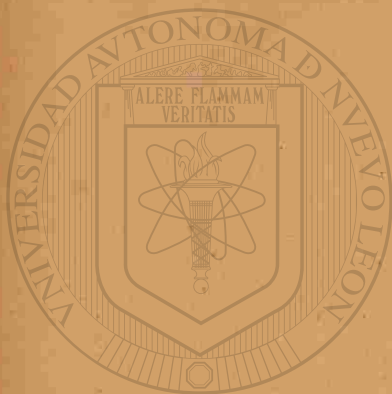
JANIL

UN

INSTITUTO DE NUEVO LEÓN

®

CENTRAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA

DISCURSO DÉCIMONONO

DE LA MURMURACIÓN

Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum? Nos enim lavant manus suas cum panem manducant.

¿Por qué tus discípulos no guardan los usos y costumbres de nuestros mayores? Pues no se lavan las manos antes de comer el pan...

(MATH., XV, 2.)

EXORDIO

Por designación
canónica.

Si en algún tiempo fué verdad que de unas mismas flores liban las abejas néctar preciosísimo, y sacan las arañas veneno asqueroso y ponzoña pestilencial, vióse esto manifiestamente en lo que de las acciones de los gloriosos apóstoles cuenta hoy el sagrado Evangelista. Dejadas sus redes y todas las cosas de este mundo, seguían con grande devoción á su Maestro, y así, viviendo en suma pobreza, ninguna cuenta tenían de sí mismos, ni del regalo y aseó de sus personas. ¿Quién creyera que aun en esto serían acusados? Pues lo fueron, y ved de qué delito tan enorme: no de que gustasen manjares inmundos, no de que tocasen los cuerpos de los muertos, sino de que algunas veces ¡gran pecado! no se lavaban las manos escrupulosamente antes de comer, aunque no fuese más que pan: *Non enim lavant manus suas, cum panem manducant*; y lo que en pobres pescadores podría achacarse á rudeza y simplicidad, repútase por menosprecio de los ritos y vilipendio de las venerandas tradiciones. ¡Tan cierto es que la malicia del hombre sabe de toda flor y hierba saludable destilar mortífera ponzoña!

1.ª parte. Pro-
pos. del exordio

(la abaja y la ara-
ña)

confirmada por el
Evangelio: los
Apóstoles mur-
murados por no
lavarse las ma-
nos;

iranía y sustenta-
ción.

Conclusión de
la 1.ª parte por
epifonema.

2.ª parte, b apli-
cación.

Y ¿qué malicia, mis amados oyentes, sino ésta es la que

Persuadizase la murmuración que todo lo infesta,

por inducciones varias.

Constituye y proporciona actividad.

Propos. particular y fin de este discurso.

Costumbres o fortuna para guiar se la lección o ciencia.

hoy todo lo envenena entre nosotros, y, cundiendo como infernal pestilencia, se derrama por todos los ángulos de la ciudad, paséase por las calles, entra en las casas, invade los palacios, y plegue á Dios que no penetre en los claustros mejor amurallados? Si uno es manso y sufre con paciencia los agravios, dicen que es un cobarde; si abstinentemente y gran ayunador, que es un avaro; si piadoso, que es un hipócrita; si casto y recogido, que es frío y melancólico; y así, de todo se saca materia fecunda de murmuración; como si nuestro encumbramiento dependiese del abatimiento de los otros, y nuestro brillo y resplandor de la obscuridad de nuestros hermanos.—¿No es esto una vileza, oyentes míos? Nuestro empeño debiera ser perfeccionarnos cada día más y más, no que aparezcán y campeen las ajenas tachas.

Tened á bien, de consiguiente, que tome por blanco de mi predicación mortificar esas lenguas desmandadas y maldicientes, que entre nosotros todo lo ensucian con su inmunda baba, á fin de tapar sus bocas, rogándoles fervorosamente que asienten en su corazón aquel propósito del Real Profeta cuando dijo: *Non loquatur os meum opera hominum* ¹. No hable mi boca las obras de los hombres. Y ¿cuáles son las obras de los hombres? ¿sus virtudes? No, sino sus vicios, que aquéllas son más propias de Dios nuestro Señor. Por tanto, ésos que gustan de hablar continuamente de vidas ajenas, guarden esta ley, es á saber, que digan lo que los hombres tienen de Dios, y callen lo que los hombres tienen de su propia cosecha; y acontecerá de esta suerte que de maldicientes se trocarán en alabadores y panegiristas.

Presumo, oyentes míos, que, al sentirse éstos lastimados de mis palabras, se enojarán por ventura, y me harán desdichado de mí pagar la pena de mi atrevimiento, diciendo de mi discurso, para ellos odiosísimo, cuanto les inspire la pasión. No me espanto por esto, ni quiero faltar á mi sagrado oficio; y, á trueque de que no murmuren de ningún otro, doyme por contento que se desahoguen contra mí á todo su placer, como en el más digno de toda afrenta y vituperio.

¹ Ps. XVI, 4.

PRIMERA PARTE

II

Y, en primer lugar, gran hazaña por cierto y notable valentía la vuestra, murmuradores, tomaros tan denodadamente con un ausente y lejano, que, como no os oye, ni puede justificar su causa ni rebatir vuestra insolencia y charlatanería. Hizo Dios una ley en el Levítico, á vuestro parecer acaso de no mucho interés, pero á mi intento muy provechosa. Prohibía en ella nuestro Señor que nadie injuriasse de palabra ni maldijese á los sordos: *Non maledices surdo* ¹. ¿Por qué esta singular prohibición? Entre todos los desdichados de la tierra ¿han de gozar los sordos especial privilegio, por manera que sea lícito injuriar impunemente á los tuertos, por ejemplo, á los mancos, á los contrahechos y tartamudos, y de ninguna forma á los sordos? No, ciertamente; porque consta que la caridad disimula y cubre con su manto toda clase de pecados: *Universa delicta operit caritas* ². A pesar de esto, quiso nuestro Señor, si creemos á los sagrados intérpretes, mostrar con ellos una providencia particular en este punto; porque, verdaderamente, sabe á crueldad extraña tomárselas con quien, no oyendo los cargos, no puede defenderse.

Mas decidme, murmuradores, ¿no es ésta vuestra conducta? Hablar mal de los sordos, dice San Gregorio moralizando este pasaje, es murmurar del ausente y que no oye: *Surdo maledicere, est absenti et non audienti derogare* ³. Allí, desde vuestro rincón y atrincheramiento, criticáis sin piedad los actos de quien no oye vuestras insolencias, y no reparáis que en esto no sólo dais muestras de audacia suma, pero de injusticia, cometiendo la mayor sinrazón del mundo. ¿Creéis, acaso, que si presente se hallase ese infeliz en quien claváis los dientes, tendríais valor para desmandaros tanto contra él?

Arg. 2.º Agravio á la persona de otros murmurada.

Por aliguarne oración.

Propos. mayor. Es vileza grande insistir á quien no puede defenderse.

por autoridad divina.

Mostralla.

por razón.

Prop. menor. Eso hacen murmurando del ausente.

por autoridad.

Luogo. Trami. ción.

¹ Levit. XIX, 14.—² Prov. X, 12.—³ 3. p. Past. adm. 36.

CONFIRMACIÓN. En esto (perdonadme que empiece á valerme de expresiones algo fuertes y desabridas), en esto sois unos traidores que acometéis al contrario por la espalda. Cuando volvi las espaldas y me desvié de ellos, murmuraban de mí, decía el santo Job: *Cum ab eis recessissem, detrahebant mihi* ¹. Si tiene defectos que tanto os dan en rostro, andad, encaraos con él, embestídele de frente, como hicieron Natán con David, Añías con Jeroboán, Miqueas con Acab ². Ponedle delante la injuria de Dios, el escándalo del prójimo, la salvación de su alma; avisadle, repreendedle, atemorizadle, si conviene, que con esta valentía mereceréis mucho en el acatamiento del Señor. Mas, vituperando sus hechos en ausencia, ¿qué hacéis sino ladrar, como cobardes mastines, contra el lobo cuando, con la oveja entre los dientes y escapado bosque adentro, no alcanza á oír vuestros clamores? Y aun pluguiera á Dios que imitáscis á esos animales; porque, si bien es verdad que enmudecen á la presencia del robador, *canes muti, non valentes latrare*, perros mudos que no osan ladrar, como los llama Isaías, pero jamás veréis que de alguna manera aprehen el hurto, ni halaguen á los ladrones, ni mucho menos que les ayuden ó den la mano para despedazar la res.

F) Sois adúlteres villos en presencia, y vosotros ¿cuántas veces murmuráis á espaldas de aquel personaje público ó caballero particular, porque vive mala vida, porque juega y derrocha, porque no cumple con las obligaciones de su cargo; y luego después, cuando estáis con él, le alabáis bajamente esas mismas demasías, que poco ha censurabais con tanta vehemencia, le habláis de sus liviandades como de simples desahogos de su ardiente naturaleza, del juego como de solaz y esparcimiento, del malgastar como de lujo y esplendidez, y no vaciláis en exhortarle amistosamente á distraerse un poco más del peso y balumba de los negocios, que después, maldicientes, aseguraréis que descuida por completo? ¿No es ésta una sinrazón y agravio intolerable?

Anticipación. Pero, ¿quién osará reprenderlos en presencia?

¹ Job, XIX, 28.—² 2 Reg., XII, 7. 3 Reg., XIV, 7; et XIII, 17.

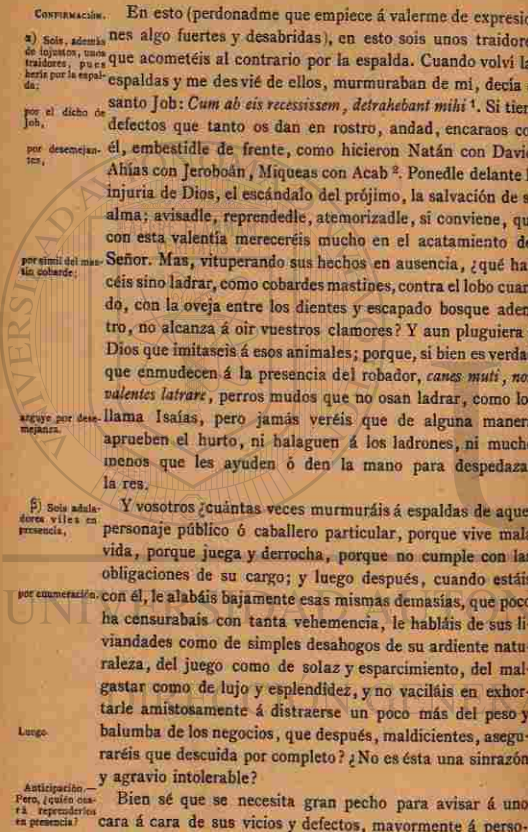
nas de estado y bien acomodadas. Un Elías sería menester, hombre despegado del mundo, y que, contento con una raída piel á la cintura, tenía su vivienda cabe un torrente, y por comida el duro pan que los cuervos le regalaban ¹. Pero, ya que no tenéis ánimo para tanto, dejadle en paz y no despedacéis, ausente, á quien presente ni aun os atrevéis á saberir. Porque la verdad, como dice San Jerónimo, no quiere los rincones y escondrijos: *Veritas non amat angulos* ²; y herir á escondidas y de soslayo es imitar á los topos que muerden sin ser notados, ó más bien á ciertas sierpes, de las cuales afirmó el Eclesiastés que se esconden en la arena y están muy quedas, sin silbar ni bullirse, espiondo á los pasajeros, para hincar su diente en los calcañares del incauto. La serpiente muere en silencio sin ser sentida, y esto hace quien murmura y habla mal en secreto. *Si mordeat serpens in silentio, nihil eo minus habet qui occulte detrahit* ³.

Y ¿cómo ó quién os dará traza para restituir el buen nombre que robasteis por la detracción? Demos que lo procuráis con todas vuestras fuerzas y con el celo y diligencia de que sois capaces, ¿cuán difícil os será, no obstante, donar lo que desdoraisteis con la baba de la murmuración! Quiso Moisés demostrar á Faraoón que era verdadero ministro y embajador del Dios de Israel. Y ¿qué hizo? Trala en la mano una vara, arrojóla en tierra y convirtióse al punto en horrible serpiente. Pero no hayáis miedo; tómalá otra vez en su mano y, de serpiente, la transforma en vara ⁴. Los magos de Faraoón intentaron hacer lo mismo, pero no les sucedió; porque es verdad que sin trabajo trocaron las varas en serpientes; pero aquellas serpientes, serpientes se quedaron, ni jamás las serpientes volvieron á ser varas. ¿Habéislo notado, mis amados hermanos? dice con agudeza Orígenes. He aquí adónde llega la virtud del demonio: puede convertir el bien en mal, mas no puede trocar el mal en bien ⁵.

¹ 3 Reg., XVII, 5-6; 4 Reg., 1, 8.

² Epíst. á ad Rust.—³ Ecl., I, 11.—⁴ Exod., VII, 10.

⁵ Non potuit virtus daemónica malum, quod ex bono fecerat, restituere



Aplicase e por
similitudine por
murmuración.

por razón

por máxima impropia
de Masquero.

por comparación
de semejante del
restituir dinero.

Conclusión.

Arg. 2.^a
Dado á los que
escuchan.

Transición por
facta.

Tal os acontecerá á vosotros; podéis, sin dificultad, hacer que un hombre honrado aparezca, por las tachas que le ponéis, feo como serpiente; mas ¿cómo os compondréis para volverle á su antigua forma y reputación? Cosa muy hacedera os será que aquella persona cüsta y limpia aparezca impura y liviana; pero ¿cómo os valdréis para de impura tornarla limpia? Nada os costará que el piadoso y devoto aparezca hipócrita; pero, de hipócrita, ¿cómo haréis para que torne á parecer devoto? Las menguas y defectos con facilidad se creen, porque siempre tenemos los oídos abiertos y el corazón aparejado: *promis auribus excipiuntur*; pero las retractaciones ¡oh cuán dificultosamente se reciben, al menos con entero crédito! Calumniad, decía aquel infame político, calumniad, que siempre queda algo: *Calumniare, semper aliquid remanet*, y la serpiente quedará serpiente. ¿Quién no ve, por lo tanto, que jamás ¡oh murmuradores! podéis resarcir justa y cabalmente el grave daño que hacéis á vuestro hermano? ¡Restituir la fama! ¡restablecer el buen nombre! ¡Ardua empresa, oyentes míos, por no decir imposible! Que no tiene aquí lugar lo que en las restituciones de dinero ó bienes temporales: *Si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum*¹. Si en algo perjudiqué á alguno, le vuelvo cuatrodoblado. ¿Qué haremos, pues? ¿qué regla seguiremos para quitar escrúpulos? La del real Profeta: callar, enmudecer: *Non loquatur os meum opera hominum*; no entrometernos en lo que no nos importa.

III

Pero lo dicho hasta aquí, bien ponderado, es el menor mal de los que trae esta pestilencia de la murmuración, á saber: el agravio que se comete contra la persona de quien se murmura; agravio al fin que perjudica, no al alma, sino al nombre y reputación; cosa, aunque muy estimable, caduca

in bonum. Potuit ex virga serpentem facere, virgam autem reddere ex serpente non potuit. Hom. 13 in cap. 22 Numer.

¹ Luc., xix, 8.

y precedera. Mayor daño hacéis á los que oyen vuestra murmuración, con ponerles delante tan gran tropiezo, que pueden dar consigo en la eterna perdición. Porque, escuchadme, os ruego, atentamente. Esos con quien murmuráis, ó son malos y de vida desbaratada, ó son buenos y temerosos de Dios. ¿Qué respondéis? ¿Son, por ventura, malos? ¡Oh, con qué fiesta y regocijo celebrarán el oír de vuestros labios que no les faltan compañeros de sus maldades! ¡Qué alientos cobrarán! ¡qué bríos! ¡qué osadía y desvergüenza!; y, lo que es peor, ¡qué ánimo para, tras las censuras vuestras, añadir las suyas y soltar en insultos sus lenguas maldicientes!

Sabido por el rey David el desastroso suceso de Saúl, muerto desgraciadamente en la montaña de Gelboé con sus tres hijos, guerreros esforzados, rogó á los portadores de la fatal noticia que por Dios no dejasen traslucir aquella nueva á los moradores de Geth y á los pueblos de Ascalón, para no dar lugar á los incircuncisos de engreirse y ufanarse con las calamidades de Israel. No lo digáis en Geth, les decía, ni lo publiquéis en las plazas de Ascalón, no sea que se alegren los hijos de los filisteos, y las hijas de los incircuncisos hagan fiesta¹.

Y vosotros, murmuradores, ¿qué es lo que hacéis? ¿qué hacéis, digo, cuando en vuestras pláticas y malditas juntas sacáis á plaza la caída de aquella persona, la fragilidad del otro eclesiástico, el fausto y boato de aquel que hace profesión de más pobreza y menosprecio del mundo, sino dar á los incircuncisos ocasión de regocijo, pero regocijo y júbilo malvados? Verdad es que los moradores de Geth y los pueblos de Ascalón se hubieran alegrado, mas ¿de qué?, de un desastre é infortunio temporal; pero los que oyen vuestras pláticas se alegran de las ofensas de Dios. ¡Oh, cuántas veces acaece que de vuestro dicho toman pie los circunstantes para denigrar un orden ó profesión entera, por lo que oyeron de vos acerca de uno solo! ¡Quién afirma que

y de muestra de
por sí misma.

Si son malos,
cobrarán alientos.

Confirmación
por ejemplo
contra de David
en el desastre de
Saul.

Argumentación
de fiesta contra
de los incircuncis-
tos.

por enumeración

y distribución por
incidente.

¹ Nolite annuntiare in Geth, neque annuntietis in campis Asaphon; ne forte lætentur filii Philistinum, ne exultent filiae incircuncisorum.

² Reg., i, 20.

es menester irles á la mano; quién añade que están de más en la república; quién osa poner su boca sacrilega en el cielo y reprueba sus leyes y estatutos! Que es pestilencia contagiosa la murmuración, y á la manera que habéis observado en las horas más calurosas del estío, que en comenzando á chirriar desde los árboles una cigarra, otras y otras la imitan y crece por momentos la importuna música, así un deslenguado que murmura despierta en todos los circunstantes la gana y comezón de maldecir. ¿Cómo, pues, tenéis hombros para llevar una carga tan pesada de iniquidad, como son los pecados á que daís ocasión con vuestra soltura en el hablar?

Razón, porque es vicio muy peligroso.

por similitud de las cigarras.

Luego.

Arg. 3.^a á cuando me habéis.

Dado en los labios.

por la mala que aprenden.

por la vanagloria que de sí conciben.

por las divisiones entre amigos.

por los juicios que forman.

CONFIRMACIÓN por el mismo ilustrado.

IV

Y si las personas en cuya presencia murmuráis son buenas y temerosas de Dios, y no se alegran, por lo tanto, de las bajezas que referís, ¿sois tan ciegos acaso que no veis el peligro grande en que las ponéis de prevaricar como los malos? Os engañáis, murmuradores, os ciega vuestro enemigo. Porque, no sólo puede suceder que aprendan lo que jamás les pasó por la imaginación con vuestro descoco y libertad, pero es facilísimo que, oyendo murmurar de otros por defectos que no ven en sí mismos, vengan en su interior á ensobrecerse y engreirse, y, á imitación del otro fariseo, conciban en su corazón sentimientos de vana complacencia, de altanería y presunción, como si no fuesen de la masa corrompida de los demás hombres: *Non sum sicut ceteri hominum*¹. Es muy fácil que menosprecien á las personas por vosotros censuradas; es muy fácil que se enfrien y alejen de su amistad, si eran amigas; es muy fácil que sospéchen ó recelen, si eran confidentes y familiares; y, cuando no viniera otro daño, es muy fácil que, con notable menoscabo de la caridad cristiana, den crédito arrebatadamente á vuestras acusaciones, sin haber oído los descargos de la persona interesada.

Esto quiso dar á entender el real Profeta cuando dijo:

¹ Luc., xviii, 11.

*Sedens adversus fratrem tuum loquebaris, et adversus filium matris tuae ponebas scandalum*¹: Sentado hablabas contra tu hermano, y al hijo de tu misma madre armabas escándalo y tropiezos. Que es decir: tú, sentado, no ya de paso y de corrida, no á la ligera y en cortas razones, sino muy despacio y de propósito, te ponías á decir mal de tu prójimo; sentado en la antecámara del príncipe ó señor, á quien servías, sentado en las plazas y paseos públicos, sentado en el despacho y á la puerta de la tienda, sentado en los bancos de la iglesia, mientras aguardabas la hora del sermón ó misa; sentado á la lumbre ó á la mesa; sentado, en fin, como en obra muy gustosa y apacible, te pasabas las horas murmurando de tu prójimo: *Sedens adversus fratrem tuum loquebaris*.

repetición endiaca y enumeración.

Mas ¿qué digo? ¿te figuras que paran aquí las consecuencias de tu mal ejemplo? ¡Ojalá, desventurado, que así fueras! mas, al propio tiempo, dice el Profeta, ponías tropiezo y dabas zancadillas al hijo de tu madre: *Adversus filium matris tuae ponebas scandalum*. ¿No te acuerdas de las personas que te oían? Pues sabe que, como hombres flacos y quebradizos (que en este sentido interpreta San Agustín los hijos de tu madre), esos hombres, digo, por ti tropezaron, por ti cayeron; por ti, quién más, quién menos, todos vinieron á pecar. Porque, si murmura de los buenos una persona de autoridad y respeto, se escandalizan los pequenuelos y flacos, que no saben apreciar las cosas por su peso². Y ¿no temes, desdichado? ¿y no tiembblas? ¿y como agua te bebes la maldad, no solamente propia, sino también la ajena? Sigue, sigue mi consejo, y no hables tu boca las acciones de los hombres: *Non loquatur os meum opera hominum*.

Numero de hijos en los hijos de tu madre.

por autoridad de San Agustín.

Conclusión.

®

¹ Ps., xlax, 20.

² Etenim cum detrahatur bonis, ab illis, qui videntur alicujus esse momenti, in scandalum cadunt infirmi, qui adhuc nesciunt judicare. Aug. in hunc loc.

V

Fig. 4.^a
DADO QUE HACI-
ER EL MISMO MUR-
MURADOR.

Pero aún se extiende más esta pestilencia del infierno. Porque habéis de saber que la lengua del murmurador es lengua viperina, es decir, de tres filos ó puntas, todas acerradas y ponzoñosas, como aseguró el glorioso San Bernardo diciendo: *Tres lethaliter inficit ictu uno*¹. A tres hiere con herida mortal de un solo golpe. Hiere á la persona de quien murmura, porque le hace, según hemos primero demostrado, un agravio y sinrazón muy grande; hiere á las personas con quien murmura, porque, como probamos en segundo lugar, las escandaliza y pone á riesgo de perderse; hiere, finalmente, al mismo que murmura, porque le acarrea los daños que voy á declarar con alguna mayor amplitud. Pero ¿quién me dará elocuencia poderosa para explicar y lágrimas para llorar los inmensos males que ¡oh maldicientes y murmuradores! os ocasionáis á vosotros mismos con el desenframamiento de vuestras lenguas?

Transición perfecta por recapitulación.

Ejercicio.

Confirmación. 2)
Os hacéis odiosos á todos el mundo. Luego.

Antec. por acentuación.

por rasgo.

por diálogo.

Y primeramente, ello es cierto, aunque por ventura sea el menor mal, que con lo mismo con que vos imagináis granjearos fama de hombre gracioso y decidor, merced á la avidéz con que se escuchan tales pláticas, donde se sacan á relucir vidas ajenas, con eso mismo os hacéis odioso por extremo; que no puede faltar la sentencia de Salomón que afirma: *Abominatio hominum detractor*²: El maldiciente es abominación del género humano. Porque, decidme la verdad, ¿creéis que son tan sencillos y cándidos vuestros oyentes, que no se les ocurra, mientras estáis murmurando en su presencia, que como vais á ellos á murmurar del prójimo, así iréis á otros á murmurar de ellos? Sí, lo piensan, lo temen y recelan de vosotros; y aunque exteriormente y con risas y meneos den muestras de aprobación, pero en su pecho se dicen: ¡Linda pieza, á fe mía! ¡Qué tijera, válgame Dios! Y ¡cómo corta y desuella y no deja hueso sano al infeliz que toma por su cuenta! Bien dijo de ellos el Espíritu Santo por el Sabio: Generación maldita, que en

¹ De conáid. — ² Prov., xxiv, 9.

lugar de dientes tiene cuchillos: *Generatio, quae pro dentibus gladios habet*¹.

Y no importa que con artificio y maña sobredoréis vuestra murmuración con alguna alabanza con que ganar más crédito de veraces, loándole en pocas cosas para maldecirle en muchas, porque es práctica muy antigua y trivial. Los israelitas, que vueltos, de explorar la tierra prometida, la quisieron desacreditar á los ojos del pueblo, que los había enviado, ¿sabéis de qué traza se valieron? Comenzaron alabándola y levantándola hasta las estrellas. Y así, mostrando á la ávida muchedumbre un racimo de uvas tan enorme, que dos hombres apenas podían con él, y enseñándoles algunas granadas hermosísimas y cantidad de higos extraordinarios: Veis aquí, les dijeron, la fecundidad asombrosa de la tierra adonde Dios nos encamina. No es encarecimiento si decimos que la leche y la miel manan como arroyos: *Revera fuit lacte et melle*². ¡Qué praderas y campos de verdura! ¡qué lindos collados! ¡qué fuentes tan cristalinas! ¡qué bosques tan amenos y frondosos! Imposible que haya en el mundo país más hermoso y alegre. Pero ¡oh malicia del corazón humano! tras de esta como gotita de miel, derramaron en el pobre pueblo tanta hiel y amargura, representando á los moradores de allí como gigantes, sus ciudades inexpugnables y de muros altísimos, y el aire de aquella región tan inficionado y malsano, que amargado el pueblo, que ausorto y suspenso los oía, se alzó y amotinó contra sus caudillos, Moisés y Aarón, y aun se levantó contra el mismo Dios con tal furia y desatino, como jamás se vió en los campamentos de Israel. Por donde notaréis que ese artificio de vituperar mucho y alabar poco, entretejiendo maliciosamente la alabanza con el vituperio, no es invención vuestra, sino arbitrio muy gastado de todos los maldicientes, é incapaz, por tanto, de libraros del aborrecimiento universal. A todos consta, y de ello están muy convencidos, que no es celo lo que os mueve á ensangrentaros tan desapiadadamente en vuestro hermano; antes bien que es ojeriza, malquerencia, rencor y enconada rabia, dis-

Refutación. — El golpe con mucho dramático.

Resp. En vano: es ardid muy gastado, entrar alabando y salir despreciando al prójimo.

Ilustración por ejemplo. — Los exploradores de Canaan.

Figuras ó ejemplos por hipérboles.

Transición por epítoma á la Ardores á vituperio.

Esferas de la murmuración.

Construcción.

Conclusión por

¹ Prov., xxx, 14. — ² Num., xiii, 28.

frazada con máscara de celo. Y así, es fuerza que os teman los que están presentes, como á perros de presa, ávidos de tenirse en sangre y de cebarse en carne humana, y que, temiéndolos, os aborrezcan y abominen: *Abominatio hominum detractor.*

VI

Ma¹ pasemos adelante: figurémonos, cosa que jamás sucederá, que no salga verdadero el dicho del Sabio, y que, lejos de ser odiosos á los demás con vuestros donaires y maliciosos chistes, os estiman y aprecian los circunstancias; pero ¿no sabéis que, cuando menos, os hacéis odiosos y detestables á Dios nuestro Señor? *Detractores Deo odibiles*, dice San Pablo escribiendo á los Romanos. Los detractores son aborrecibles á Dios nuestro Señor ¹. Y no es maravilla, porque esto del murmurar contradice totalmente al genio de Dios y á su noble condición. Y ¿cuál es el ingenio y condición de Dios? Dícelo Santo Tomás de Aquino ². La más cortés y delicada del mundo, y tan comedido con nosotros, que no sufre, mientras vivimos, que se publiquen nuestros pecados. *Valde difficultis est ad publicanda occulta crimina nostra*; no queriendo que seamos en esto menos considerados que los pintores, á quien molesta en gran manera que sus lienzos y pinturas se descubran hasta dar la última mano y borrar lo que les place.

Vió nuestro adorable Redentor venir hasta sí á aquel desventurado pródigo, tiritando de frío, medio muerto de hambre y del cansancio del camino, casi sin huelgo. Y ¿cuál fue la primera providencia de su buen Padre? ¿Fué acaso llevarle á la lumbre donde calentase sus miembros entorpecidos? ¿fue darle de comer? No, hermanos míos; lo primero que hizo fue cubrir su desnudez: *Cito affert stolam primam* ³. Traed al momento las primeras vestiduras; y, hasta tanto que vinieron, estúvose el piadoso Padre abrazado con su hijo tan estrechamente, que ninguno de los siervos, como nota San Pedro Crisólogo, pudo verle desnudo

¹ Rom., I, 39.—² En Gen., c. 18, n. 17.—³ Luc., xv, 22.

do ni escarnecer de él: *Ante vestiri voluit, quam videri* ¹. Con esta solicitud y comedimiento cubrió la desnudez de la adúltera, que en el templo le presentaron los fariseos, no diciéndole palabra que oliese á reprensión, hasta haber desviado lejos á todos sus acusadores ². Con ésta también á la Samaritana, que se llegó á él junto á la fuente de Jacob, no reprendiendo su mal vivir, hasta que se apartaron de allí cerca todos los Apóstoles ³. Con este término y cortesia trató al mismo Judas, al villano y traidor Judas; pues, imoportunado de Juan, es decir, de su amado discípulo, de su amigo y confidente, del secretario de todos sus arcanos, que le descubriese al causador de su congoja, no quiso comunicárselo sino en voz baja y por rodeos. ¡Tan cuidadoso anda nuestro Señor en no revelar vuestras maldades! *Valde difficultis est ad publicanda occulta crimina nostra*.

Pues ¿cómo queréis que no os aborrezca su divina Majestad ¡oh murmuradores!, que, al revés de su estilo y condición, andáis descubriendo y publicando las menguas y caídas de vuestros hermanos, aun las más ocultas, y, venciendo la insolencia y procaçidad de Cam, no os contentáis con desnudar al que duerme, sino que convidáis á otros muchos á que miren su oprobio y desnudez? ⁴ Os aborrece Dios, creedme, ¡oh lenguas maldicientes!; os aborrece de todo corazón.

Pero yo os pregunto: ¿imagináis acaso que es virtud y merecimiento propio el que no seáis tan malos y pecadores como vuestro hermano? No; todo es gracia del Señor, todo merced suya, y misericordia incomparable. ¿Y por ello os engreís y encumbráis sobre los demás? ¿y por ello los mordéis con vuestras aceradas lenguas? ¿y por ello los hundís y maltratáis? ¿Qué podéis esperar de tal soberbia y ruin comportamiento, sino que Dios alce de vosotros su piadosa mano, y por sus justos juicios os deje despeñar en los mismos pecados, por ventura enormes, feos y vergonzosos, que vituperáis acerbamente en vuestro hermano? Oid, oid la amenaza del mismo Dios en los Proverbios: *Impius confun-*

¹ Serm. 2 de fil. prod.—² Joann., viii.

³ Joann., iv.—⁴ Gen., ix, 22.

dit et confundetur ¹. El impío confunde y será confundido. Si, el hombre malo y murmurador confunde y deshonra, mas él, en retorno, será confundido y deshonrado. ¡Ojalá me permitieran los límites de mi discurso ampliar, como se merece, esta verdad, y os demostraría cómo en todo tiempo y lugar se ha verificado puntualmente! Bástame por todos traerlos á la memoria el suceso de Absalón, increíble, si no fuera de fe.

a infociones bíblicas.

Abalón.

Narración compuesta.

1.ª parte. La caída de Ammón y celo arrebatado de su hermano.

pecado de Absalón.

Noticioso éste de la violencia y brutalidad de su hermano mayor contra Tamar, de quien perdidamente se había aficionado, se indignó sobremanera, se irritó, se embraveció de suerte, que imaginó que tamaña afrenta no podía borrarse sino con la sangre del injusto forzador. ¿Qué hizo, pues? Disimuló largo tiempo, como si tal cosa no supiera, y, ofreciéndosele coyuntura favorable, convidó á Ammón con todos sus hermanos á un espléndido banquete, y á deshora hizo que arremetiesen sus criados contra él, y allí mismo lo mató é hizo cuartos con increíble saña y crueldad. Esto presupuesto, ¿quién no se persuadiera que Absalón evitaría manciullarse con aquella vileza y carnalidad, que había detestado con tanto horror, comoquiera que, según dice la Sabiduría, quien reprende un vicio se obliga á no despegarse en él? *Qui destrahit alieni rei, ipse se in futurum obligat* ². ¿No diríais, por lo tanto, que este tremendo flaqueo de la honestidad viviría más casto que un cordero, y más limpio que el armino? Pues oid el suceso, que sin duda os llenará de admiración y espanto. Cometió un pecado peor mil veces que el tan abominable de su hermano Ammón; pues como el rey su padre, huyendo de la corte, le hubiese dejado el palacio libre y todo abierto, hizo que en una solana ó galería armasen una tienda, y allí, en presencia de innumerable muchedumbre del pueblo, ultrajó sin vergüenza las mujeres todas de su padre, con desenfrenamiento jamás oído entre los bárbaros ni entre brutos animales: *Ingressus est, dice el sagrado texto, ad concubinas patris sui coram universo Israel* ³.

2.ª parte. - b. ex-policion oratoria.

¹ Prov., xv, 5. - ² Prov., xiii, 13. - ³ 2 Reg., xvi, 22.

conmovió tanto á la noticia de un incesto? ¿Qué mudanza es ésta? ¿qué novedad tan extraña ha sucedido? Al fin Ammón es cierto que pecó, mas ocultamente y en el más escondido apartamiento, y aun simulando enfermedad; pero Absalón no se ruboriza de pecar en público, y á voz de pregonero y á sonido de trompeta, y, lo que más horroriza, á la cara y lumbre del mismo sol, que no sé cómo en la mitad de su carrera no retrocedió de espanto y negó á la tierra sus hermosos resplandores. Mas ello sucedió, oyentes míos, y, por monstruoso é increíble que parezca, ello sucedió así, y Absalón, el celosísimo Absalón, cayó en tan horrendo precipicio. Y ¿por qué?, pregunto ahora. Digan otros lo que quieran, que yo para mí tengo que, si cayó en tan abominable brutalidad, fué cabalmente porque, en razón de otra semejante, movió tanta algazara contra Ammón. El impío confunde y será confundido: *Impius confundit et confundetur*. No tuvo respeto ni compasión á su propio hermano, antes con venganza tan solemne y sanguinaria le confundió públicamente y le puso á la vergüenza; y así permitió Dios que al poco tiempo se despegase en una sima más profunda que su hermano.

por comparación de tristes.

por averiguación de causas.

Conclusión.

Apliquemos este desengaño á nuestro propósito. Con desapiadadas entrañas y envenenada lengua os cebáis y ensañáis en vuestro hermano por una flaqueza en que tuvo la desgracia de caer, por una destemplanza en la bebida, por un encendimiento de sangre, por una vanidad pueril y ostentación jactanciosa; ¿y no teméis no os deje Dios por sus altos juicios precipitaros en mayores crímenes? Ponderadlo en vuestro corazón de cristianos; sólo os pido con toda humildad y con todo el amor que os tengo en nuestro Señor Jesucristo, que no fiéis del estado y condición presente en que os halláis, ni olvidéis el consejo del Eclesiástico cuando dice: Amonesta á tu amigo, corrige á tu prójimo y da lugar en tu pecho al temor del Altísimo: *Corrippe amicum, corrippe proximum, et da locum timori Altissimi* ¹; porque somos muy frágiles y tornadizos, y, aunque hoy nos parezca que somos perfectos, ignoramos lo que seremos mañana.

Anticipación táctica.

- Soy fuerte, no caés -

Resp. Con todo, temed y reanotad - por auto-ridad.

¹ Ecl., xix, 11-14-16.

por inducción de
caldas lastimosas.

Jehú.

(añadidas y sobre-
cino.)

Joaás.

Salomón.

Trampalón.

Amorricación.

Los más vicia-
dos son los que
más murmuran.

Por los contra-
rios.

Directamente.

Epíteto por con-
fusión ó oscuri-
dad de las leprosas.

¿Quién nunca pensara que Jehú, aquel rey de Israel que con tanto celo y fervor destruyó los altares de Baal y exterminó sus sacerdotes, llegaría un tiempo en que él mismo hincara las rodillas delante de los ídolos? ¹ ¿Quién dijera que el piadoso Joaás, aquel rey de Judá que con tanta devoción y magnificencia restauró el templo y llenó de riquezas las arcas del tesoro, había de extender un día su mano sacrílega á los dones del Señor? ² ¿Quién imaginara jamás que Salomón, el mismo Salomón, que en sus Proverbios habló tan divinamente contra el ciego amor de las mujeres, y reveló sus embustes, y descubrió sus daños y amargos daños, llegaría á mancillar su gloria: *dare maculam in gloria sua*, y á despeñarse tan ignominiosamente en la hoya, que con tanta lumbré del cielo él mismo había descubierto? No presumáis en esta vida de impecables, porque todavía no estáis, según creo, confirmados en gracia; sois muy flacos, sois muy caedizos, y plegue á Dios, hermanos míos (lo diré, ya que he comenzado á hablar con entera libertad), plegue á Dios que no seáis peores que los mismos de quien murmuráis.

¡Oh extraña ceguedad! Esto pasa, esto vemos cada día. Los mismos que yacen encenagados en el fango de sus vicios, como inmundos animales, son los que más gritan y vociferan contra los demás, echándoles en cara sus torpezas. Los buenos, dice la Sabiduría, de todos piensan bien: *Innocens credit omni verbo* ³; como Josué de los Gabaonitas ⁴, Jacob de Labán ⁵, Jonatás de Trifón ⁶. Los más desgarrados, los más díscolos, no contentos con los defectos que ven, ven á menudo más de los que hay. Todo lo critican, de todo escarnecen, á todos menosprecian y nunca aciertan á creer de los otros sino lo ruin y defectuoso. El necio, dice hermosamente el autor del Eclesiástico, cuando va por la calle ó de camino, siendo él el insipiente, á todos tiene por insipientes y necios: *Sed et in via stultus ambulans, cum ipse insipiens sit, omnes stultos aestimat* ⁷. ¿Y ha de sufrir Dios tanta presunción? Si es verdad, como lo es, que en la Ley

vieja prohibía su Majestad que los sanos condenasen á ninguno de leproso, sin previo y prolijo examen de los mismos sacerdotes, ¿cómo ha de sufrir que los leprosos condenen por su antojo aun á los sanos? *Non loquatur os meum opera hominum*: resuelve de una vez á no hablar más de las acciones de los hombres, que es muy resbaladizo y sumamente ocasionado á daños gravísimos é irreparables.

Con esto creeréis acaso que he dicho cuanto decir se puede para atemorizar á los maldicientes; pero escuchadme con atención y veréis que es nonada en comparación de lo que resta por decir.

Transición por
exclamación.

SEGUNDA PARTE

VII

Catálogo de los
murmuradores.

No quiero granjearme entre vosotros, oyentes amadísimos, fama y opinión de profeta aciago y predicador funesto. Porque ¿de qué provecho serían mis predicaciones fatídicas é infaustos vaticinios en orden á espantaros de pecar, si vosotros, por no oírlos, os alejarais del templo? Pero, aunque esto sea así, el amor sincero y entrañable que os profeso me obliga á no engañaros y á decir llanamente la verdad. Estad, pues, sobreaviso, recataos ¡oh murmuradores!, porque vivís en gran peligro de morir pronto de una muerte horrible y espantosa. Mas ¿cómo lo sé? ¿quién me lo ha revelado? ¿por ventura algún ángel me ha confiado el secreto y avisado de vuestras horribles postimerias? No ha sido ángel, sino el Señor de los ángeles, quien me certifica de ello en los Proverbios, cuando, hablando del castigo propio del murmurador ó detractor, dice que la muerte le saltará de repente. Teme al Señor, hijo mío, y no te juntes con los murmuradores, dice, porque de repente sobrevendrá su perdición: *Time Dominum, fili mi, et cum detractoribus ne commiscearis, quoniam repente consurget perditio eorum* ¹. De súbito, impensadamente, los tragará la eternidad. ¿No

Transición be-
névola.

Castigo r.º Mo-
stris pronto y de-
suadadamente.

Por autoridad.

¹ 4 Reg., x, 1.º — ² 4 Reg., xii, 1.º — ³ Prov., xiv, 15.

⁴ Job., ix, 1.º — ⁵ Gén., xxxi, 41. — ⁶ 1 Mach., xii, 1.º — ⁷ Ecles., x, 3.

¹ Prov., xxiv, 21-22.

representación
afectos de te-
rror.

habéis oído? ¿Cómo no despertamos al trueno de esta voz?
¿Cómo no vemos ¡oh ciegos de nosotros! el riesgo en que
vivimos? ¿Puede mentir, acaso, Dios nuestro Señor? ¿pue-
de encarecer? ¿puede atemorizarnos y bravear, como los
hombres, para ser creído? Harto sabéis que repugna infi-
nitamente este lenguaje á la soberana bondad y sabiduría
de nuestro Dios.

Por inducción
del V. T.

Alcimo,

Datan y Abirón.

Coré,

¡miserables mur-
muradores.

Pero, decidme, ¿sabéis que muerte tuvo el deslenguado
Alcimo, aquel que tan sin decoro ni miramiento dió en ha-
blar de Judas Macabeo? Enmudeció repentinamente, y así,
mudo y como fuera de sí, una gota coral le arrebató¹. ¿Có-
mo acabó Datan? ¿cómo Abirón? ¿qué fin tuvo Coré, me-
nospreciadores y maldicientes de la ley de Moisés? ¿No se
los tragó vivos la tierra, que de repente se abrió debajo de
sus plantas?² Y todos aquellos que en los campos de Edom
soltaron sus lenguas contra su mismo caudillo y libertador,
¿qué remate tuvieron? Decidme, ¿cómo ó dónde acabaron
sus miserables días? ¿Quiénes de vosotros lo ignora? Vieron
de improviso que arremetía contra ellos un ejército de ser-
pientes, de culebras, de víboras, de mil otras sabandijas y
reptiles horrosos y pestilenciales, que vomitando fuego de
sus bocas, y vibrando espantosas llamas, hicieron en pocos
momentos horrible mortandad. No, no miente Dios, no en-
carece, ni bravea, como los hombres para que demos cré-
dito á sus palabras, cuando asegura que á los murmurado-
res saltará la muerte de repente: *Quoniam repente consurget
perditio eorum*, puesto que no sólo la experiencia lo confir-
ma, pero parece este castigo muy conforme á la justicia y
á toda buena razón. Porque, si la canalla de los murmura-
dores, á fuer de hombres cobardes, acometen por la espal-
da, á traición, insidiosamente, y jamás de frente y á cara
descubierta, según arriba dijimos, ¿qué maravilla que la
muerte los saltee de improviso y como á traición, pues la
muerte es lo único en el mundo que pueda hacer callar las
malas lenguas?

Por razón de con-
gruencia: en se-
ñal á traición los
que hacen á traí-
ción.

¹ I Mach, ix, 55. — ² Num, xvi, 24 et seq.

VIII

Pero no quiero extremar la sentencia de Dios, y os con-
cedo, ved la libertad que uso siempre con vosotros, que no
ejecutará por ventura esta amenaza con tanto rigor, sino
que tendréis antes de morir tiempo aparejado para entrar
en cuentas, y arrepentiros, y pedir perdón á su Majestad
de vuestros pasados yerros. Mas ¿con qué semblante, con
qué pecho y valor osaréis acudir á nuestro Señor Jesucristo
en los postreros alientos y salida de este mundo? ¿No fuis-
teis vosotros tan crueles y sin entrañas con vuestro herma-
no, que jamás le perdonasteis ningún desliz, antes cada
día y cada hora le envilecíais y desacreditabais con insu-
frible soberbia, y le acusabais con arrogancia, y sin acor-
daros de la misericordia y caridad cristianas, en cuantas
ocasiones se ofrecían, despedazabais delante de todos su
honor y reputación? ¿Cómo, pues, será vuestro corazón tan
esforzado, que espere en aquel trance las misericordias de
Dios? ¡Ay desventurados de vosotros!, éste es, creedme,
el mayor peligro y la congoja mayor que os amenaza para
aquella hora tremenda, es á saber: haber perdido aquella
filial confianza en la bondad divina, que tanto consuela al
moribundo. Ni carece de fundamento esta severidad, por-
que de otro modo no sé cómo se verificaría lo que el mismo
Señor dice en otro lugar, de los que murmuran y detraen
á su prójimo; que á los tales aborrece, y le dan náuseas, y
le persigue de muerte: *Detrahentem secreto proximo suo,
hunc persequetur*¹.

Todos sabéis, hermanos míos, la gran cabida y autori-
dad de Moisés, para amansar el enojo divino é interceder
por los culpados. Había su pueblo ingrato y de dura cerviz
fabricado un becerro de oro, lo había incensado y adorado;
por manera que, irritado Dios y encendido en justa saña,
determinó bajar, y asolar aquel pueblo á fuego y cuchillo, y
acabar de una vez con aquella raza de rebeldes. Mas con

Castigo á Mo-
isés impeniten-
tes.

(Transición por
concordia).

2) Por la des-
confianza que
sentíais de al-
cunas perdón.

por congruencia

3) autoridad.

4) Porque el mur-
murador ha emul-
sado el corazón
de Dios.

Por ejemplo de
Moisés y su her-
mano. Narración
hebraica.

todo este furor ¿quién tal creyera? se interpone Moisés y aboga con palabras de gran celo por sus hijos idólatras, y luego al punto, sin réplica ni demanda alguna, recaba el indulto y logra que se calme la indignación divina, como las olas del alborotado mar en amainando el temporal: *Placatusque est Dominus ne faceret malum, quod locutus fuerat adversus populum suum*¹. ¿Quién, por tanto, imaginara que fuese nunca despedido del soberano tribunal y desairado en su intercesión en lo futuro, el que tan pronto alcanzó perdón para gente tan perversa y desalmada? Mas, ved lo que sucedió al poco tiempo: aboga por su hermana María, herida en la cara de lepra asquerosísima², y por mucho que clame, y por más que suplique y alce sus gemidos delante del divino acatamiento, María no sana, y vese forzada á huir del público, y, desviada de la gente y reclusa en su encierro, paga por muchos días su oprobio y contumacia.

Mas ¿por qué tanto rigor? ¿Ha incurrido, por ventura, en pecado mayor que la idolatría? ¿Qué ha hecho la infeliz? ¿Qué dijo ó en qué pasos anduvo, que tan inflexible se le muestra Dios? Notorio es el caso. Con ese desembarazo en hablar, de que el cielo ha dotado á las mujeres con el fin de que enseñen á sus hijos á soltarse cuando niños y á pronunciar con facilidad, censuró, no sé cómo, á su buen hermano Moisés, á causa de una etiope, de raza ó de rostro, no lo sé, con quien él se había desposado. Mas, porque este hablar acerca de su hermano sabía á murmuración, que es lo mismo que á poca misericordia con las miserias del prójimo, no quiso Dios, como observa San Basilio, aceptar por ella disculpa ni descargo de ninguna clase, cerrando sus oídos á las recomendaciones, á las plegarias, á los gemidos y clamores de su siervo y mayor amigo; y habiéndose mostrado tan fácil y misericordioso en perdonar por intercesión de Moisés tantos ultrajes contra su divina persona, fué inexorable en perdonar uno tan corto, hecho á la persona de Moisés.

Ved, pues, si hubo encarecimiento en lo que dije. Éste,

Exposición, ó sea, literal de Moisés.

Nada, ó sólo, caso de provecho.

Causa por intercesión.

Discusión, ó la murmuración de María.

Consecuencia

éste es el terrible efecto que hace la murmuración en el corazón de Dios, volverlo en cierta manera duro, inflexible, inexorable, y, por tanto, ¿quién duda sino que, al querer en el trance fatal de vuestra muerte tornaros á Jesucristo y suplicarle que os perdone, no acertaréis á hacerlo, y os parecerá demasiado atrevimiento pedir misericordia y compasión de culpas, que en realidad de verdad no fueron sino faltas de compasión y misericordia? Así respondió cierto religioso desventurado, según cuentan gravísimos autores, aunque modernos¹. Hallábase cercano á la muerte, y oyendo cómo los circunstantes le exhortaban con grande afecto á confiar en la misericordia divina, ¡qué misericordia!, exclamó el enfermo, ¡qué misericordia!, ésta no es para mí, que tan poca tuve con el prójimo.—Luego, sacando la lengua fuera, y señalando á los demás que la mirasen: Ésta, añadió, esta maldita lengua me ha condenado: ésta, con que tantas veces me oísteis murmurar y condenar á los otros, me condena y me precipita desesperado en los infiernos.—Apenas hubo dicho estas palabras, á fin de que todos viesen que había hablado por justo juicio de Dios, se le hinchó de repente toda la lengua de manera tan monstruosa que, no pudiendo meterla, comenzó á gemir y sollozar y bramar horriblemente, como toro agarrochado; y así, tras penosísima agonía, exhaló su espíritu. Otro murmurador se mordió la lengua en aquella hora, y la hizo pedazos con sus mismos dientes; á otro se le paralizó y entorpeció; á otro se le canceró y cubrió de gusanos. ¡Tan lejos estuvieron en aquel aprieto de emplearla pidiendo á Dios perdón de los pasados extravíos!

Y vosotros, oyentes muy amados, ¿qué decís? ¿Pareceos cordura arriesgar así vuestra eterna salvación, por sólo no refrenar la lengua? Jamás, jamás hablará mi lengua, decidlo con gran pecho y resolución, jamás hablará mi lengua las obras de los hombres: *Non loquatur os meum opera hominum*; porque va mucho, muchísimo en afirmarnos en ello. ¿Qué ceguedad es la nuestra? ¿qué locura? ¿Cómo es posible que no nos determinemos desde hoy á mirar por nues-

confirmada por nuestro horrible

de muchos murmuradores.

Conclusión por epítome.

Perseveración.

No os metáis en vana agitación, porque os mandan estar con mil cuidados.

¹ Enod., xxxii, 14. — ² Num. xii.

¹ Joan. Mayor, Spec. exempl.

tra alma y á cuidar de lo que nos cumple, pues de ello, y no de las vidas ajenas, nos han de pedir cuenta en el tremendo tribunal? Maravilla es, que espanta, ver cuánto afán y solicitud tenemos de las conciencias de los otros, siendo así que con ello sólo conseguimos agravar las nuestras.

por símil del río
debarbado;

sin el lírea por
nuestra salvación,
que la vida es coe-
ta y el negocio
muy arduo.

Dejemos á Esau,
é imitemos á Ja-
cob.

Consecución por
espigo de temor.

¿Qué gana el río con hincharse y salir de madre, barriendo con su corriente ambas riberas y arrastrando entre el murmullo de sus aguas todas las inmundicias, todas las heces y horrruras de los campos; qué gana, digo, sino enturbiarse él mismo y quedar todo sucio y cenagoso? No es tan larga la vida del hombre, si queremos emplearla bien y provechosamente para nuestra alma, que huelgue espacio para gastarla en averiguar vidas ajenas. Una cosa es necesaria, hermanos míos, si damos fe á nuestro adorable Redentor: *Porro unum est necessarium*¹, una sola cosa es necesaria, y no es otra sino que aseguremos el negocio de nuestra eterna salvación, negocio ¡ay!, cuán dificultoso y enmarañado! ¡cuán arduo! ¡cuán incierto! Y nosotros, como si fuese facilísimo, nos cargamos de cuidados impertinentes y superfluos, ¿qué digo impertinentes?, dañosísimos, y á nuestra alma muy perjudiciales. Dejemos, pues, á los hombres desbaratados de este siglo que vayan, como Esau, vagabundos, la aljaba pendiente y el arco en la mano, sin más ocupación todo el día que andar á caza de yerros ajenos, como de presa gustosísima á su estragado paladar; y nosotros, á imitación de Jacob, perseveremos en nuestra casa, y con santa simplicidad echemos las cosas á buena parte, teniendo á todos en nuestro corazón por mejores y más santos que nosotros. Esto cumple á buenos cristianos, esto pide la prudencia, esto exige la caridad. Obrar de otra suerte es de hombres arrebatados y que no les importa mucho la salvación de las almas ni la consecución de la eterna bienaventuranza, que á todos os deseo.

¹ Luc, x, 42.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMONONO

El discurso anterior pertenece á los **suasorios**, el presente á los **disuasorios**, que son los dos miembros que encierra el género deliberativo. Aquél **incita** y espolea á la virtud del celo; éste **aparta** del vicio de la murmuración. En aquél se vale el orador de todas las razones que **atraen** y convidan nuestra voluntad, como la hermosura, la bondad, el provecho, la facilidad, el deleite y la necesidad; en éste, de las que entibian nuestro deseo y sirven para engendrar **desvicio**, aborrecimiento y horror, como son la fealdad, la ignominia, lo dañoso y perjudicial, lo peligroso y arriesgado, y finalmente lo dificultoso y, si puede ser, lo imposible. A las veces mézclanse estos dos géneros, y entonces adquiere el discurso una fuerza maravillosa para batir y entrar el corazón de los oyentes; cuando de una parte le proponemos mil linajes de bienes que le arrastran, y de otra infinitos males que le amedrentan, y así, combatido de todos lados, no halla el hombre mejor remedio que rendirse á discreción.

Mas ¿qué elocuencia, ni de hombre ni de ángel, hará callar las lenguas murmuradoras y maldicientes? Importa conocer la **fuerza del enemigo** para saber apreciar el triunfo del orador. ¿Quién sujetará al **caballo** que se va de boca? ¿quién apagará las **llamas** cuando sopla el viento? ¿quién detendrá la corriente de un **río** que salió de madre? ¿quién, en fin, gobernará la **nave sin timón** en medio de la tempestad? Pues todo esto es la lengua habladora y murmuradora, y por aquí se ha de medir el valor de este discurso; cuya elocuencia es **freno** que doma y ata á los deslenguados, es **agua** que extingue el ardor y apetito del murmurar, es **dique** robusto que ataja la corriente arrebatada de la maledicencia, y es **timón** que endereza la nave de la conversacion humana al puerto de la gloria de Dios y provecho de nuestros prójimos. Y ¿de dónde le nace este **vigor** para obrar tan buenos efectos? De **dos cosas**, si no me engaño,

á saber: del orden ascendente de las pruebas, y del uso que hace de las ampliaciones oratorias.

Orden ascendente de las pruebas. Helas aquí: son las mismas que trae el Venerable Granada por estas palabras: «El segundo mal que tiene este vicio es ser muy perjudicial y dañoso, porque, á lo menos, no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consenten, y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice¹; las cuales invierte nuestro orador en esta forma:

I. Daño en los ausentes, de quienes se dice el mal; por silogismo oratorio.

Es injusticia y vileza grande ofender y combatir al que no puede defenderse.

Eso hacéis vosotros al murmurar del ausente:

Luego sois unos cobardes y ruines.

Confírmalo con tres notas que encarecen este daño, y sirven de avergonzar más al murmurador, por parte de la persona de quien murmura. Porque, primero, sois unos **traidores**, pues los herís por la espalda. Segundo, sois unos **aduladores** y lisonjeros, pues los alabáis en presencia. Tercero, sois unos **ladrones** que robáis la fama, la cual dificultosamente restituiréis jamás.

II. Daño gravísimo en los que escuchan la murmuración; por dilema.

Eso con quien murmuráis, ó son malos y de vida desbaratada, ó son buenos y temerosos de Dios.

Pero á unos y á otros ocasionáis daños gravísimos:

Luego sois dañosos y perjudiciales á todos los que os escuchan.

Y va probando en forma de entimema los dos miembros de la menor. El primero, de los **malos**, porque éstos se alegran y cobran alientos para más ofender á Dios. El segundo, de los **buenos**, ya porque aprenden cosas malas, ya porque se vanaglorian de sí mismos, ya porque vienen á pecar por causa vuestra.

«Por razón de estos daños, dice el Venerable Granada, es comparado este vicio en la Escritura, unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintáis; otras veces, con arcos y saetas que tiran de lejos y hieren á los ausentes; otras veces, con las serpientes que muerden de callada y dejan la ponzoña en la herida.» Y trae el dicho

¹ Guía de peccadores. Lib. II, cap. 12.

del Eclesiástico: La herida del azote deja una señal en el cuerpo, mas la de la mala lengua deja molidos los huesos¹.

III. Daños que hace al mismo que murmura; por entimema y silogismos.

α) **Os hacéis odiosos á los hombres**, porque todos, naturalmente, huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas:

Luego os causáis un daño gravísimo.

β) **Os hacéis odiosos y abominables á Dios**, porque Dios, por su condición y naturaleza, nunca publica las culpas ajenas sin necesidad.

Luego os hacéis un grave daño.

Item más:

Dios alzará su mano de vosotros y permitirá que os despeñéis en mayores pecados de los que notáis y criticáis en otros, como se ve por la Escritura:

Luego os causáis un daño inmenso con vuestras murmuraciones.

γ) **Los que murmuráis, sabed que moriréis pronto y desastrosamente**, porque así lo dice Dios y lo pide la razón:

Luego, murmuradores, os hacéis un gran daño murmurando.

δ) **Sabed que moriréis impenitentes**, ya porque no tendréis valor de pedir perdón, los que á nadie habéis perdonado, ya porque Dios no os lo otorgará, por haberle vosotros endurecido el corazón:

Luego os despeñáis en mil males los que tenéis vicio de murmurar.

¿Quién no descubre desde luego un orden admirable en la disposición y traza de estas pruebas? Porque **dos amores** hay en el corazón de cualquier hombre, por audaz y desalmado que sea: el uno que le inclina hacia **los demás**, el otro á **sí mismo**. Porque quiere bien á sus semejantes, siente sus daños; porque se quiere bien á sí mismo, huye de cuanto puede perjudicarle. Mas ¡qué diferencia entre estos dos amores! ¡Cuánto más entrañado y vehemente es el que nos inclina á nosotros mismos! Por esta razón invierte los

¹ Eclli., xxviii.

argumentos, y en primero y segundo lugar coloca los que se refieren á los otros, y guarda para el postrero los que tocan al mismo murmurador, á quien le va quitando uno á uno todos los bienes y acarrándole toda suerte de desdichas, con una progresión muy oratoria. Porque, lo **primero**, le despoja de la estimación y aprecio de los demás, en busca del cual anda murmurando, y en retorno le da por enemigos á todos los hombres. Lo **segundo**, le da por enemigo á Dios, que es enemigo terribilísimo, en cuyas manos ¡ay del que cayere! Porque, y es lo **tercero**, Dios le abandonará y dejará que caiga en las mismas y mayores culpas; y, no satisfecho su enojo, le enviará una funesta y repentina muerte, que es el **cuarto** castigo y más severo que los anteriores, porque es preñuncio del **quinto**, conviene á saber: la impenitencia final.

Amplificaciones oratorias. En ellas consiste principalmente la *vis oratoris*, y el pecho de que habla Quintiliano: *Pectus enim est quod disertus facit*¹; y en ellas sobresale y campea SENECA en este discurso. ¡Cómo amplifica en el **exordio** la pestilencia universal de la murmuración! Primero, por **enumeración de partes**: «Derrámase por todos los ángulos de la ciudad, pásase por las calles, entra en las casas, invade los palacios, y plegue á Dios que no penetre en los claustros mejor amurallados». Segundo, por **distribución de personas y de vicios**: «Si uno es manso y sufre con paciencia los agravios, dicen que es un cobarde; si abstinento, que es un avaro; si piadoso, que es un hipócrita; si casto y recogido, que es frío y melancólico».

¿De dónde nace ese movimiento de toda la **confirmación**, sino de las amplificaciones? ¿Y cómo excita la **verguenza**, hiere el **amor propio**, engendra **horror** á las lenguas maldicientes, espanta con el **temor** de los castigos divinos? Después de probar lo que quiere convencer, deja la argumentación aparte, ó más bien la esfuerza, la levanta, la vivifica, ya desenvolviendo las causas, ya enumerando los efectos; unas veces hace hincapié en los adjuntos de las personas ó de las cosas, en los antecedentes ó consiguientes; otras particulariza lo general ó distribuye los miembros ó partes de un todo; otras, y es lo más común, fija la atención de los oyentes y los conmueve con ejemplos, con semejanzas y desemejanzas, apoyando lo que dijo con testimonios de Santos Padres y de las divinas Letras.

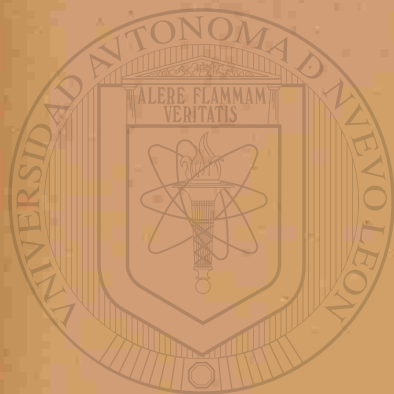
Porque va mucho de la **argumentación** á la **amplificación**. Aquella se extiende á todas las cuestiones en que se

¹ Inst. Orat. Lib. x, c. 7.

busca si es ó no es, qué es y qué no es, si es así ó no es así, por qué razón es de un modo y no de otro. Mas ésta sólo abraza las cuestiones, cuya grandeza ó pequeñez queremos encarecer; como, por ejemplo, si se trata de probar que alguna cosa es indigna, funesta, triste ó alegre, amable ó detestable. Aquella sirve para probar; ésta para persuadir ó disuadir, para alabar ó vituperar, para mover este ó aquel afecto, que son los **tres fines** que tiene la amplificación.

Para esto la emplea SENECA con grande maestría, sobre todo al final de la primera parte y en toda la segunda, hasta conseguir la victoria y exclamar: «Y vosotros, oyentes muy amados, ¿qué decís? ¿Parécenos cordura arriesgar así vuestra eterna salvación por sólo no refrenar la lengua? Jamás, jamás...»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

DISCURSO VIGÉSIMO

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Et turbas detestantur illum ne discederet ab eis. Quibus ille ait: Quia et alii civitates oportet me evangelizare: regnum Dei quia ideo misus sum.

Y las turbas le detestaban por que no se apartase de ellas; á las cuales dijo el Señor: Conviene también que evangelice á otras ciudades el reino de Dios, pues á esto he sido enviado.

(Luc., IV, 48-49.)

EXORDIO

A véctibus castis.

Que entre la muchedumbre de religiones tan desemejantes y discordes, como reinan sobre la tierra, una sola puede ser la verdadera, parece tan claro y manifiesto, que nadie dudará de ello, sino quien se empeñe en cerrar los ojos á la luz de la razón natural, ó porfie en ahogar los sentimientos profundamente entrañados en el corazón del hombre. Porque, si hay un solo Dios, gobernador del universo, como es fácil demostrar; si esta soberana Esencia es menester que tenga entendimiento infinito para saber, bondad inmensa para querer, poderío sin límites para gobernar y encaminar á su fin la maravillosa máquina del mundo, ¿cómo pueden ser inspiradas por él ni agradables á su divina Majestad leyes y religiones tan contrarias, que tienen entre sí con implacable guerra y se condenan unas á otras de impías, de mentirosas, de aborrecibles al Dios mismo, á quien todas igualmente se arrojan por autor?

La dificultad estriba en averiguar cuál sea la verdadera

Proposición preliminar;

Hay una religión única verdadera.

(período trimembre)

(R)

porque hay un solo Dios, sumador y gobernador del universo

(período cuatrimembre)

Y esta es la religión de J. C. (período bímembre)

(apóstrofo)

religión y culto, con que él quiere ser honrado de sus criaturas, y en descubrir los apóstoles de la mentira que, con piel y semblante de oveja, encubren instintos y voracidad de lobos. Pero gózate, pueblo cristiano, y regocíjate, pues á tí ha cabido la buena dicha y la ventura y la salud sobre todos los moradores de la tierra. Y no es lisonja de corazón envencido, sino justicia de razón, antepoñernos en esto á las demás gentes y naciones, porque no ensalzamos de santa y augusta á nuestra religión por ser nuestra, antes es nuestra por ser santa y única verdadera.

(optación)

Proposición asertiva J. C. es el Mesías verdadero.

semillas de la alfalfa.

Causión incidental

Si es oportuno tratar este argumento. Si, por las ventajas que aporta.

(corrección)

(omniposición).

Proposición peticionaria.

Pluguiese á Dios que me hallara hoy en países infieles, ó rodeado de incrédulos y obstinados, que yo les probaría hasta con argumentos de la razón natural cómo Jesucristo es el verdadero Mesías y embajador del Eterno Padre, enviado al mundo para anunciar el reino de los cielos; por donde los engañados no somos nosotros, que le hemos recibido y acatado, y rogamos instantemente, como las turbas del Evangelio, que no se vaya ni aleje de nuestra tierra, sino ellos, ¡desventurados!, que no quieren abrir las puertas al remedador del humano linaje.

Mas ¿á qué fin salir á tierra de gentiles ó de herejes? ¿Es por ventura inútil recordar entre los cristianos estas verdades, si no para certificaros de nuestra fe, para avivarla y acrecentarla más? Y aunque es así que nuestra fe no se afirma en evidencia humana, sino en el testimonio y autoridad de Dios, nunca, empero, nos fué prohibido buscar razones con que probemos á los que la niegan ó escarnecen, que no livianamente y sin grave fundamento creemos lo que creemos. ¿No os complacería, católicos fervientes, oír hoy una breve demostración de esta verdad tan cierta como grata á vuestros corazones, á saber, que **la ley de nuestro Señor Jesucristo es la única y verdadera ley?** Figúrase me que sí; porque siento por experiencia dulcísimo consuelo al recordarla, y me enciende su consideración por una parte en afectos de hacimiento de gracias á la bondad divina, que me hizo nacer donde esta soberana ley tiene su trono y resplandece limpia é inmaculada, y por otra en deseos de humillarme y confundirme de mi enorme ingratitud.

Imaginaos, pues, que hacéis las partes de adversarios, mientras yo, ahora rebatiendo vuestros sofismas, ahora impugnándoos con la fuerza de la verdad, trabajaré por hacerlos ver manifestamente la ventaja inmensa de los dogmas evangelicos sobre los desvarios que las sectas acatan y reverencian. Dije que trabajaría según mi ingenio, porque reparad que, en la batalla que trabamos, no puedo servirme sin distinción de todo linaje de armas. Comoquiera que, presuponiendo como presupongo que mis contrarios ni acatan las Escrituras divinas, ni admiten la autoridad de los Santos Padres, forzosamente he de retirar las armas mejor templadas, y no citar Padres, ni alegar Escrituras (por lo menos en probanza directa), sino luchar, como los soldados de Gedeón, con sólo el resplandor del hacha encendida en la mano, es decir, con aquella lumbre que el supremo Hacedor ha estampado en el entendimiento de los hombres.

Construcción de la oración por vía de juicio.

Armas del debate

Los argumentos de razón.

PRIMERA PARTE

II

Arg. 1.º De los efectos por entintamiento.

Mas, antes de venir á las manos, como declarados pero leales enemigos, pidoos una gracia, á saber: que admitáis esta proposición tan justa, tan razonable, que si de grado no me la concedéis, estoy dispuesto á arrancárosla con la fuerza de mis razones. ¿Cuál es? Estadme atentos. Que Jesucristo, á quien los cristianos veneramos, no fué el hombre más perverso, el más mentiroso, el más ruin y abominable, que ha pasado por el mundo en las generaciones de los siglos. ¿Qué decis? ¿Lo concedéis? Ciertamente, no pido cosa exorbitante, pues ni sus más enconados perseguidores sintieron de él tan sacrilegamente; y en la misma gentilidad hubo muchos que le reconocieron por profeta de singular virtud y varón extraordinario, y como tal fué celebrado con grandes alabanzas y aun honrado con públicos sacrificios por Alejandro, emperador idólatra. No exijo tanto de vosotros. Bástatme que me concedáis que no fué el

J. C. no fué el hombre más perverso del mundo. Luego es Dios.

Astruc. por vía de postulado, y demostración sencilla por señalamientos.

peor y más impío de los mortales. Pues bien, he aquí la consecuencia que colijo. Luego Jesucristo es Dios, luego su fe es verdadera, luego su ley es divina; luego, mahometanos, idólatras, judíos, herejes, novadores, hincad las rodillas, inclinad las frentes y adorad todos al Hijo de la Virgen; porque si hay un solo Dios verdadero, según asentamos por principio, ese Dios es Jesucristo.

Ya oigo lo que me decís: que me precipito en mi razonamiento; que canto victoria, no ya antes de terminada la pelea, pero sin haber roto una lanza ni entrado en la disputa. ¡Qué consecuencia, añadís, tan descaminada! Cristo no es el más malvado de los nacidos, luego es Dios. ¿No hay acaso medio entre la suma bondad y la rematada malicia, entre la perfección infinita y la suma perversidad? Sí, lo hay, mas no en Jesucristo; y como en demostrar esta verdad estriba la victoria de mi causa, oídme, os ruego, atentamente un raciocinio de grandísima valía.

¿No procuró siempre Jesucristo con todo linaje de artificios que todo el mundo le tuviese por Dios? En realidad de verdad, á este blanco enderezó las acciones todas de su vida, á éste sus pláticas maravillosas; y cuantas sublimes enseñanzas predicó, cuantos prodigios obró y cuantas penalidades abrazó, todo lo encaminaba á fin tan levantado: galardónaba magníficamente á los que confesaban en público su divinidad, como á Pedro; reprendía á los que de ella dudaban, como á Tomás; afirmaba con tesón que era Dios á los que se lo preguntaban, como á Natanael; en conclusión, en público y en privado, de palabra y de obra y siempre presentóse abiertamente como Dios, según se lo echaban en cara sus enemigos, diciendo: *Homo cum sis, facis te ipsum Deum*¹: Siendo hombre, te haces tú mismo Dios.

Pues ¿qué crimen más abominable, más espantoso, más satánico es infernal que alzarse con la misma divinidad? ¡Y de qué manera! Sabemos de otros que en las tinieblas del paganismo pretendieron esta honra, y á este fin emplearon mil trazas é inventaron los más extraños artificios. El famoso cartaginés Hannón había amaestrado con inaudita

por encarnación
to y por los adju-
tales.

¹ Joan., x, 33.

paciencia á ciertos grajos, cornejas, papagayos y otras aves vocingleras é imitadoras de la voz humana, en pronunciar articuladamente estos tres vocablos: **Hannón es Dios, Hannón es Dios**, y luego las despachaba, para que volando éstas á una banda, aquellas á otra, fuesen pregonando á todo el mundo la estupenda novedad. Tiberio, Domiciano, Caligula, Diocleciano y otros monstruos, que cñeron diadema en la pagana Roma, ordenaron que se les dedicasen, ora templos y altares, ora víctimas y sacrificios. Salmoneo, aquel desatinado Salmoneo, paseaba las villas y ciudades arrastrado en magnífica carroza, desde donde lanzaba vivos dardos á semejanza de abrasados rayos, é imitando por arte de encantamiento el horroroso estampido del trueno y el centellear de los relámpagos, quería atemorizar á las gentes y que le adorasen como á Júpiter Olímpico. Por los mismos caminos y con artimañas exquisitas se esforzaron Alejandro, el terrible Macedón; Sapor, rey de Persia; Tesimón, de Chipre; el filósofo Heráclito, el médico Menecrates, el heresiarca Manetes, y otros varios, en granjear para sí esta honra y veneración divina. Mas todos aspiraron únicamente á hacerse adorar como dioses en sólo una región y por solo un siglo, ni desdenaron cabé sí la compañía de otras divinidades. Antes al contrario, gustaban de que fuesen asimismo reconocidos por números benéficos Marte y Mercurio, Saturno y Júpiter, Apolo y Diana; y de ahí provino que, á pesar de su orgullo intolerable, solía el emperador Caligula asentarse en el Capitolio entre los simulacros de Cástor y Pólux, como divinidad superior, pero no única.

Sólo Jesucristo quiso ser tenido por Dios único y en todos los siglos y por todo lo descubierto de la tierra. *Magister vester unus est Christus*¹. Vuestro Maestro es uno: Jesucristo. Por donde condenó rigurosísimamente toda ley que no fuese su ley, toda fe que no fuese su fe, todo sacrificio que no fuera el sacrificio que él ordenaba, y abiertamente protestó que son sus enemigos los que rehusan abrazar sus enseñanzas y cumplir sus mandamientos: *Qui non est me-*

por comparación
a minori de monu-
mentos que prece-
dieron pasar por
diones;

pero no único, ni
por todas las gen-
tas.

2do J. C. quiere
pasar por Dios
único

(por autotidad y

avercación)

¹ Matth., xxiii, 10.

cum, contra me est¹. Quien no está conmigo, está contra mí.

Y pretendió la reverencia y acatamiento, no de un siglo, mas de todos los siglos, no de un pueblo, mas de todos los pueblos. *Emite in mundum universum, praedicale Evangelium omni creaturae*². Id, les dijo, por todo el universo mundo y predicad mi Evangelio á toda criatura. ¿Qué duda, pues,

y en todos los siglos
(por sus palabras.)
Capítulo en esta
réplica, de la me-
mor.

de todo el segun-
damento.
Luego J. C. es
Dios.

Conocido,

la blasfemia.

Tema del dis-
curso.

J. C. no fué el
hombre más per-
verso.

que si Jesucristo no fuese verdadero Dios, sería el hombre más pérfido y malvado, el impostor más sacrilego de cuantos alumbó el sol? Pero es así que ya vosotros me concedisteis desde el principio que esto era falso de toda falsedad, coligese, por consiguiente, que Jesucristo es Dios verdadero, como él decía y nosotros confesamos.

Por lo dicho, todo queda, á mi entender, manifestamente demostrado; y así daría por terminado mi razonamiento, si vosotros, volviendo atrás y por mero alarde de ingenio, pero en realidad portándoos como enemigos los más fieros y enconados contra la persona augusta de nuestro Señor Jesucristo, no dieseis en creer, con la mayor frescura y villanía, que Jesús, ¡oh blasfemia horrible y que hace retener ambos oídos!, que Jesús es el hombre más perverso de la tierra... Pero esto es contradeciros y tomaros de nuevo lo que ya me concedisteis. Tomadlo enhorabuena, que yo, con el favor divino, lo recobraré por punta de lanza, como suele decirse, con tal que me oigáis con aquella atención y buena fe que conviene á contendientes, como nosotros somos ó fingimos ser en el presente día. Si, lo recobraré, y tan cumplidamente, que os será mi demostración, si no me engaño, de no menor provecho que gusto y contentamiento.

Arg. 2.º
Por la SANTI-
DAD DE SU TER-
CERA.

Negativo, por-
que nadie des-
cribió en él la me-
mor tacha.

Si Jesucristo, en primer lugar, hubiera sido el peor de los hombres, ¿cómo es posible que hayan pasado tantos siglos sin descubrirle una liviandad, sin averiguar en su vida la manilla de un solo vicio? Porque, si se hubiera falsamente hecho Dios y pretendido, como Dios, ser universal-

¹ Matth., XII, 30.—² Marc., XVI, 75.

mente reverenciado, fuera su soberbia grande y extremada. A extremada soberbia, por necesidad han de acompañar otros pecados, si no peores en calidad, mayores ciertamente en número. Jamás un vicio anda solo, y menos la soberbia, que los engendra ó atiza todos, como madre y señora del reino del pecado. A ninguno se os esconde aquella sentencia del Espíritu Santo: El principio de todo pecado es la soberbia; quien la tuviere, se henchirá de maldiciones: *Initium omnis peccati est superbia; qui tenuerit illam, adimplebitur maledictis*¹. De ella nacen el menosprecio de los inferiores, la malquerecencia á los iguales, la envidia á los mayores; de ella el desenfreamiento de las pasiones y concupiscencias más soeces; de ella el ansia de allegar y la avaricia en retener; de ella la ira que se embravece y la impaciencia que se venga del menor agravio, en términos que, según observa Pacato, queriendo los romanos expresar los vicios en que estuvo encenagado su antiguo dominador Tarquino, apellidáronle con el sobrenombre de Soberbio, como cifra que los resume todos. A aquel hombre, dice, á quien precipitaba la lujuria, cegaba la avaricia, desmandaba la crueldad, embravecía la saña, llamaron soberbio, y creyeron que bastaba este apelativo para afrenta de su nombre².

¿Cómo, pues, ni sombra siquiera de estos vicios se descubrió jamás en Jesucristo, antes bien apareció por todo el curso de su vida tan manso y apacible, tan pobre y humilde, tan paciente y sufridor, como nos lo pintan, no ya los sagrados Evangelistas, que por ser sus discípulos pudieran tal vez ser tachados de parcialidad, sino gente extraña como un Filón, judío; un Josefo, asimismo judío; un Léntulo, presidente romano, el cual tan levantado concepto se formó, aunque géntil, de la persona de Jesucristo, que, escribiendo al Senado de Roma, presentá á Jesús de Nazaret como un hombre extraordinario y cosa sobrehumana?

¹ Eccl., I, 21.

² *Hominem libidine praecipitem, avaritia caecum, crudelitate immanem, furoris recodem, vocaverunt Superbum, et putaverunt sufficere convicium. In Psaeg. Theod.*

Positivo, porque
diera sin duda
muy soberbio, y
así tuviera todos
los vicios.

Por autoridad,

por géntil y em-
mercación.

Max J. C. apare-
cía siempre con
todos las virtudes
contrarias;

por testimonios
históricos y

extrae.

IV

¿Y no es unánimemente celebrada la santidad de su doctrina? Pues ¿cómo osará nadie poner dolencia en su vida y costumbres? Puede, es cierto, un malvado dar preceptos de virtud útiles y excelentes; pero á la larga, y corriendo los días, es imposible que, ó cegado de su afecto corrompido, ó arrebatado del impetu de la pasión, ó movido de codicia de interés, no resbale en alguna desatinada máxima, más conforme á la depravación de los sentidos que á la rigurosa ley de la honestidad.

Y así, dadme un sabio fuera de la Iglesia católica que, á vueltas de saludables enseñanzas, no entremezcle pestilenciales errores. Aquel maestro tan afamado de virtud, lumbrera de la antigua filosofía, Sócrates, ¿no asienta en su legislación como cosa corriente la comunidad de mujeres? Y este malhadado ejemplo ¿no fué imitado por Platón, oráculo de Grecia, y por Catón, lustre y ornamento de la república romana? ¿No permitió Licurgo á sus espartanos todo linaje de hurtos, con tal que se ejecutasen con arte y á escondidas? ¿No concedió Solón á los atenienses, como lícitas, las infamias y lujurias más nefandas, con tal que las cometiesen los ciudadanos libres, no los esclavos y gente ruin? El mismo Aristóteles no dudó enseñar, en su idea ó ejemplar de repúblicas, que cuando el número de hijos excediese la facultad de la hacienda, deben las madres procurar el aborto; y si los pequeñuelos recién nacidos salen ciegos, ó mancos, ó cojos, ó en otra manera estropeados ó contrahechos, manda que no los crien con humanidad, sino que los abandonen, como trasto inútil y cosa desaprovechada. Y aquel gran filósofo moral y austero, Séneca, ¿con qué pompa elocuencia y sublimes encarecimientos celebró el cobarde frenesí con que, desesperado el hombre, se da la muerte por no tener ánimo para sobrellevar los contratiempos de la vida! Y por el estilo alabaron Marco Tulio, Salustio, Tácito y Plinio la persecución contra los ofensores, la satisfacción y venganza de los agravios, la ambición de honras y dignidades, y el desvelarse y encaminar todos los

Arg. 2.^a
Por la Santidad de la Doctrina:

por allegimo.

Mayor. Un inglo alguna vez trota en la doctrina.

Por indaración de los sabios antiguos:

Sócrates,

Platón,

Licurgo,

Solón,

Aristóteles,

Séneca,

Tulio.

pensamientos y acciones á la consecución de aquella gloria baladí, que no es nuestra, por caer toda fuera de nosotros.

Y ¿qué desatinos, que á éstos se semejen, descubris en las enseñanzas y ley de Jesucristo? Esta ley ha sido, por el contrario, la que reveló al mundo tesoros hasta entonces sepultados y primores inauditos de mortificación y de sufrimiento, de mansedumbre y caridad, de humildad y obediencia á la soberana voluntad del cielo. Y doctrina tan santa, ¿cómo pudo ocurrir al entendimiento del hombre más malvado y corrompido? Y si del cielo no la trajo, ¿dónde la aprendió? ¿en qué libros? ¿con qué maestros? ¿en qué pörticos ó academias? Y cuando menos, predicándola á los hombres, ¿cómo es que nunca se le escapó de los labios una expresión impía ó perjudicial, ni una plática sin provecho, ni una palabra ridícula ó de pura chanza ó curiosidad, ni una frase más acomodada á lisonjear los oídos, que á mover los corazones? ¡Y aquel cautivar y atraer á sí todos los entendimientos dóciles y despejados al instante que la oían, siendo doctrina nueva en el mundo y tan desusada y á la carne tan costosa; aquella consonancia y trabazón de sus partes tan trabada; aquellos resplandores de verdad tan en armonía con la razón natural, sin resabio de vanidad ni asomo de ostentación ó alarde de ingenio, siempre puesta la mira en aprovechar al prójimo; y todo con tal llaneza y propiedad de estilo, que la gente ruda al punto entiende lo que ha menester, y los sabios tienen siempre que admirar lo que no llegan á comprender, y cada cual halla documentos proporcionados á su necesidad, no desarrollados en teorías brillantes y deslumbradoras, como lemos en los filósofos, sino sencillamente y enderezados á la práctica! Y ¿querréis persuadirme que este código admirable no reconoce por padre y autor á un santo, á un Dios, sino á un malvado, como sea verdad incontrastable que un semejante engendra otro semejante, y que los partos del entendimiento retratan la condición de su autor?

Yo tengo para mí que nunca falta la regla que acerca del hablar da Santiago; que quien no tropieza en las palabras, es varón perfecto: *Si quis in verbo non offendit, hic per-*

Man J. C. enseñó siempre una doctrina altísima.

purísima.

provechosísima.

muy racional.

y sin boato.

Luego.

Confírmase por argumento natural y

*fectus est vir*¹. Que pueda un hipócrita hablar alguna vez cuerda y santamente, lo comprendo; pero en todo tiempo y coyuntura, en todo lugar y en cualquier asunto que se trate, hablar de suerte, que no pueda tachársele una tilde, ni sorprenderle en una palabra que no respire santidad altísima, esto no lo hace un embustero, un embaucador; esto lo hace un hombre verdaderamente santo; porque nadie lleva la máscara ni hace papel extraño por mucho tiempo, como dice Séneca: *Nemo personam diu fert*.

testimonia

Arg. 4.^o
Por el EXAMEN de su ley.

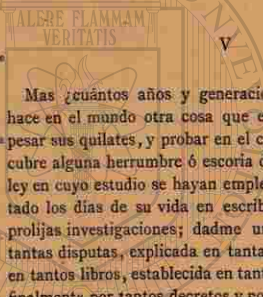
Ha sido la más estudiada.

(por congeries).

Luego.

Confesase: ninguna secta ha tenido un adepto que de verdad la estudie.

por inducción de los gentílicos.



Lo contrario de lo que ha acaecido puntualmente á las otras sectas, en cuyas doctrinas, á medida que ahondaban los maestros de ella, menos crédito les daban. Así sabemos que aconteció entre los filósofos de la gentilidad á Homero y á Anaxágoras, á Platón y á Aristóteles, á Porfirio y á Galeno, á Plutarco y á Plotino, á Cicerón y á Séneca y á otros innumerables, los cuales cuando, ya hombres y versados en las humanas ciencias, quisieron de propósito examinar la religión que sus padres les imbuyeron de niños, no solamente la rechazaron como falsa, sino que la escarnecieron á veces como vacía y descabellada, por más que

¹ Jacob., III, 1.

luego, ó por debilidad de carácter, ó por miras de interés, ó por otros respetos, disimularon en público lo que privadamente ó por escrito profesaron. Y esta razón movió más tarde al taimado y torpísimo Mahoma á menospreciar y aun prohibir las letras y el estudio de la religión en sus míseros seguidores, y á decretar que toda controversia se decida con la espada, recomendando el alfanje como el más justo y rápido propagador de su religión¹. Y ¿qué logró por remate? A pesar y despecho de su horror á la sabiduría, no pudo estorbar que se aventajasen en ella los Avicenas y Averroes, lumbreras del saber mahometano. Y ¿qué pensaron de la ley que profesaban? No tardaron en testificar contra ella y afirmar en sus libros sin rebozo que era disparatada y sin razón; que su profeta enseñaba una bienaventuranza corpórea propia de brutos animales, mas no la bienaventuranza del espíritu codiciada de los sabios, y al fin la califican con aquel encomio tan extraño, de ley acertadísima, no ya para gobernar hombres, sino más bien la para de Epicuro. ¡Tan cierto es que ninguna secta puede presentar un sabio que de veras y de corazón la haya seguido!

Pero en la religión y enseñanza evangélica, ¿cuántos pudiera en un instante referir? Ésta es la ley que siguieron y encarecidamente han ensalzado los Dionisios y Lactancios; ésta los Arnobios y Ciprianos; ésta los Agustinos y Jerónimos; ésta los Nacianencos y Basilio; ésta los Aquinos y Buenaventuras; ésta muchedumbre innumerable y los talentos más grandes y perspicaces de la tierra, los cuales, aun dejando aparte el punto aquí controvertido, habían cultivado sus facultades con todo linaje de ciencias humanas y divinas, naturales y políticas, y acaudalado en su mente toda la sabiduría de su siglo, propia y extranjera. ¿Cómo, pues, ó por cuál arte pudo un hombre, y el peor de los hombres, granjearse la estima y aprecio de tantos sabios, y granjársela tanto y enamorar sus corazones de manera, que no hiciesen por toda su vida más que escribir sobre él, y desvirvirse por él, y predicarle á él sin tregua ni descanso? Porque no fuera mucho si se

de la mahometana.²¹

testimonio de Aviena.

Por la ley de J. C. ha tenido y tiene tan numerosos.

por pretérita y enumeración.

Luego J. C. no es el peor de los hombres.

¹ Alc., c. 18-19, apud Bell. de not. Eccl., c. 11.

Transición naturalista al

hubieran contentado con amarle sólo ellos; pero desear con abrasadas ansias que todo el mundo también le conociese, que todo el mundo asimismo le estimase, que todo el mundo igualmente le amase, esto es digno de grande ponderación.

Arg. 5.^o
Cito de propagar la fe de J. C.

Ninguna religión tiene apóstoles.

por propo...
enumeración.

Más J. C. vivo...
lo y tiene infinitos.

Confirmase por las circunstan...
cias.

de lo que abunda...

de los caminos.

(distribución)

de los afanes evangélicos.

VI

Porque ¿dónde ó en qué religión floreció jamás tan prodigioso celo de su dilatación por el mundo? Hablen aquí los escitas, hablen los persas, hablen los moradores del Indo y del Ganges, hablen los remotos bactrianos y los discretos japoneses, y digannos ¿qué apóstoles han enviado á nuestras costas á darnos noticia de sus dioses? Ni á uno solo ha venido nunca en pensamiento desterrarse con este propósito de su patria, ni les ha acongojado grandemente si Brama ó las deidades pagodas tienen muchos ó pocos adoradores, nobles ó plebeyos, ilustres ó desconocidos. En cambio, ¡qué muchedumbre podría citarles de esforzados y magnánimos misioneros, que de nuestras costas partieron en los pasados siglos y parten cada día á las remotísimas regiones de Poniente y de Levante, sin más codicia que la de comunicarles la fe y conocimiento de nuestro Dios!

¡Y qué valor y perseverancia! Arráncanse voluntariamente del hogar paterno, extráñanse para siempre de su patria, sin que sean poderosos ni ruegos de amigos, ni lágrimas de deudos, ni gemidos dolorosos y entrañables de los padres, á detener un punto la ejecución de sus nobles pensamientos. Desechan las riquezas y patrimonios, renuncian las dignidades y van á engolfarse en la inmensidad de los mares, temibles unos por las frecuentes correrías de corsarios, otros por los escollos y bajos, éstos por los monstruos y espantables fieras, aquéllos por las tempestades horribosas que de continuo los revuelven. Ya se abrasan bajo los rayos de la zona tórrida, ya se hielan en los confines del aterido polo. De allí, si por ventura llegan, andan peregrinando, sin aladil ni compañero que los guíe, por nuevos mundos, de donde parece huir el mismo sol, y recorriendo, muchas

veces descalzos, y atravesando ora asperísimos desiertos y pampas dilatadas, ora sendas escabrosas, hondas quebradas y horribles despeñaderos, buscan á los salvajes, que se esconden como fieras en las cuevas, ó se encubran como pájaros en los árboles, les siguen el alcance, los sirven y los regalan y los acarician, con sólo el ansia é interés de reducirlos al amor de Jesucristo.

(descripcio é incremento.)

¿Qué decir de estos prodigios de celo y de propaganda? Un hombre malvado y cargado de iniquidad ¿hubiese tenido nunca ministros, tan ardientes celadores de su honra, que sólo con el intento de dilatar su nombre y la veneración de su culto, se ofreciesen de su bella gracia á tantas incomodidades y trabajos? Mas ¿qué digo? ¿que arrostrasen á la misma muerte y diesen por él gustosamente sus vidas? ¿Qué hombre mortal logró jamás que tantos, por su amor y respeto, se desearan cruelísimamente devorar de las llamas, desgarrar las carnes con garfos de hierro, despedazar de tigres y panteras, y miembro por miembro ser atormentados en la catasta ó caballete, como ha obtenido Jesús Nazareno desde que vino al mundo?

Consecuencia por amplificación y

tránsito por recapitulación del siguiente.

VII

Y en llegando aquí, parémonos á considerar un pensamiento profundamente sublime. Cuando David, lastimado en lo más vivo de su reputación, tomó el partido de matar al desdichado Urias, ¿qué hizo el Rey? Valióse de un ardid bien poco digno, pero que le salió á maravilla. Escribe una carta al capitán de su ejército que diese orden cómo el portador tomase parte en el primer encuentro y más sangrienta pelea, y en la pelea fuese puesto en el escuadrón más avanzado, y en el escuadrón más avanzado entre los primeros y en el punto de mayor peligro, donde le dejase morir, porque así, dice, cumple al real beneplácito; y entrégala al mismo Urias para que ponga el pliego en manos del capitán. Mas diócela muy bien cerrada y asegurada con su sello, porque nunca presumió el iracundo monarca que, si el desventurado Urias llegaba á barruntar la fatal senten-

Arg. 6.^o
Festivo de los videntes.

J. C. entrega á sus ministros que los atormentarán y matarán.

Confirmación por el hecho de Urias y David.

cia de que era portador, proseguiría no obstante su camino y cumpliría fielmente la embajada.

Directamente por testimonios creyentes.

No así Cristo Jesús con sus discípulos y seguidores. Dióles cartas patentes y mensajes descubiertos. A todos declara en el sagrado Evangelio que los expone á infinitos riesgos y trabajos infinitos. He aquí, dice, que os envío como ovejas entre lobos: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum* ¹. Y en otra parte: Echarán mano de vosotros y os perseguirán y os arrastrarán á las sinagogas y cárceles, y presentarán ante los reyes y presidentes, por la gloria de mi nombre: *Injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum* ². Y en otro lugar: Ha llegado la hora en que todo el que os diere muerte, creará hacer servicio á Dios nuestro Señor: *Venit hora ut omnis, qui interficiet vos, arbitretur obsequium se praestare Deo* ³. Y por San Mateo: Os llevarán á los concilios y tribunales, y allí os azotarán. *Tradent vos in conciliis, et flagellabunt vos* ⁴. Y más: Os arrojarán en la tribulación, y os atormentarán y os matarán. *Tradent vos in tribulationem, et occident vos* ⁵. Y en otro lugar les intima por San Lucas: Os harán traición vuestros mismos padres, y hermanos, y deudos, y amigos, y á muchos de vosotros entregarán á la muerte. *Trademini autem a parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis* ⁶.

Y con todo, muchos llevan la demanda á

todas partes.

(repetición sencilla.)

Lucas J. C. no puede ser el mismo que el malvado.

Y ¿quién podrá contar los innumerables que se han ofrecido generosamente á llevar este mensaje? Y llevaron la sangrienta nueva á los presidentes y gobernadores, llevaronla á los pretores y próconsules, llevaronla á los mismos estrados de los reyes y emperadores, y tuvieron atrevimiento para presentarla donde más tormentos les amenazaban, y leerla delante de los verdugos, que más despiadadamente habian de ejecutar en ellos su rabiosa saña: ¿A quién no maravilla tan espantosa constancia y fortaleza, tan increíble fidelidad, pechos tan leales y esforzados? ¿Y por un embaucador habian de derramar la sangre? ¿Cuándo

¹ Math., x, 16. — ² Luc., xxi, 12.

³ Joan., xvi, 2. — ⁴ Math., x, 17.

⁵ Math., xxiv, 9. — ⁶ Luc., xxi, 16.

se ha visto correr á los hombres á la muerte por amor de un malvado, oprobio de la república?

No se me esconde que también los gentiles y los mahometanos y los herejes han tenido sus mártires, que prefirieron antes morir que negar las creencias de sus locos maestros.

Mas, primeramente, ¿cuánto va de tormentos á tormentos, de muerte á muerte! Los demás sufrieron tormentos ligerísimos, los nuestros atrocísimos; las muertes de ellos fueron breves y momentáneas; las muertes de nuestros mártires larguísimas, que espantan. Dadme entre aquellos fanáticos quien haya pasado entre martirios inauditos catorce años, como San Gregorio de Armenia; ó veintiocho, como San Clemente de Ancira. Y si por acaso algunos de aquellos murieron muertes lentas y prolongadas, era con rabia, ó con tristeza y pesadumbre, mas no como los fuertes caballeros de Cristo, la risa en los labios y la paz en el corazón. Y aunque á Marco Tulio parece imposible que ningún mortal pudiera tener contento si le encerrasen en el toro de bronce hecho ascua, fabricado por el famoso artífice Perilo, todavía lo vemos cumplido en el glorioso obispo San Antipas, en la bienaventurada virgen Santa Pelagia, en el esclarecido capitán Bustaquio con toda su familia, que, sepultados en el vientre del encandecido toro, lanzaban por su boca de metal, no mugidos temerosos, sino voces de triunfo y cantares de alegría.

Y aunque diéramos de plano que, en efecto, algunos herejes y gentiles sobrellevaron la violencia de la muerte con constancia, fueron hombres robustos, ó de carácter duro, ó de condición áspera y grosera; mas no ancianos decrepitos, ni mujeres flacas, ni mancebos tiernos, ni delicadas doncellas, ni menos niños de corta edad, naturalmente débiles, alterables y de asustadizo corazones. ¡Qué espectáculo tan conmovedor ver á aquel viejo de ciento y veinte años, por nombre Simeón, alzado en una cruz y oírle cantar, como un cisne, su incomparable ventura de morir por Cristo! ¡Qué vista tan tierna ver á dos pequeñas criaturas, como San Marcos y San Vito, dar saltos de placer en el cadalso, y á los niños San Justo y Pastor mostrar extremado júbilo cuando

Anticipación. Los otros trágicos tiraron sus mártires.

Responde, contestando,

a) tormentos con tormentos,

b) duración con duración,

c) rabia de los unos y paz de los otros.

d) robustez de aquellos y delicadeza de estos.

(por hipóstomía y distribución.)

e) viejos,

f) niños.

de democritas).

los azotaban y maltrataban! ¡Qué escena tan dolorosa y extraña cuando la noble virgen y niña de trece años Santa Eulalia, el sagrado cuerpo todo llagado, gritó al cruelísimo presidente que luego la rociasen con sal para sazónarla y hacerla más sabrosa al paladar de su divino Esposo!

*) Intrepidez en desafiarse la muerte.

Pero, sobre esto, ¿quién jamás, entre la ciega muchedumbre de los paganos ó herejes, salió al encuentro á los atormentadores y verdugos? ¿Quién deseó el martirio como el valeroso San Julián, que embarazado de la gota, y no pudiendo ir por sus pasos, hizo que le llevasen en hombros de robustos criados, á los cuales aguijaba el santo que se diesen prisa! ¿Quién desafió la muerte como la bendita virgen Santa Apolonia, que se arrojó á la hoguera? ¿Quién como el valeroso San Agapito, que se abalanzó al circo y provocaba los leones? ¿Quién como el bienaventurado San Antonio, que se atavió muy galanamente y se fué al lugar del martirio como á espléndido convite? Y si, arrebatados de ciego entusiasmo, algunos infieles ó descreídos se presentaron espontáneamente á los perseguidores, pronto desfallecieron y apagóse en ellos aquel encendimiento, y ninguno dejó de huir en abriéndosele alguna puerta ó respiradero de salud; porque, dado que la entrada fué obra del frenesi, mas la permanencia no era sin fuerza y pesadumbre. Pero ¿los gloriosos caballeros de Cristo? Rogábanles cada hora los tiranos que se compadeciesen de sí mismos y tuviesen miramiento á la hermosura y delicadeza de los cuerpos. Ya los acariciaban con halagos, ya los atraían con promesas; unas veces les ponían delante copia de oro y plata, otras placeres y regalos, otras honores y dignidades; pero con toda esta batería de lisonjas y blanduras, más temible y poderosa que los mismos tormentos, no los enflaquecían ni ablandaban, antes un ilustre obispo, el glorioso Cipriano, puesta ya la cuchilla sobre su cabeza venerable, declaró allí mismo por heredero de su hacienda al verdugo que le había de degollar.

*) número con número.

Y, en conclusión, séase lo demás como quisieréis; poned, os ruego, en una balanza el número de aquellos ilusos, y en la otra los mártires de nuestra sacrosanta religión, y hallaréis que los primeros pueden contar con la mano, tan

escasa es su cuenta, y los que glorificaron á Dios y el nombre de nuestro Señor Jesucristo, con el derramamiento de su sangre y perdimiento de sus haciendas y vidas, son comparables á las estrellas del cielo y á las arenas del mar; pues, ya en su tiempo, el gravísimo historiador Genebrardo contaba once millones de los más antiguos, famosos y mejor averiguados. ¡once millones!

VIII

Arg. 7.ª 6.ª Refutación segunda.

Ya se me entiende la dificultad que se podría ofrecer á vuestra perspicacia, es á saber: que tanta muchedumbre de mártires presupone muchos perseguidores, y que así no andaría tan fuera de camino quien sospechase si son más dignos de fe los que defendieron á Cristo como á santo, ó los que le persiguieron y procuraron acabar como á perverso. Pero ved por cuántos caminos y cuán livianamente se deshace como humo esta objeción. Cierto, muy cierto es que se han levantado contra él muchos perseguidores; mas nadie osará afirmar que sobrepuja su número al gloriosísimo ejército de los mártires. Un solo perseguidor era bastante para sacrificar infinitos mártires; pero ningún mártir hubo menester de muchos perseguidores.

— Mas fueron tantos los perseguidores...

Resp. a) Mas fueron los tantos mártires.

Además, ¿quién no comprende que es de mayor peso y autoridad el testimonio de los que pusieron sus vidas por la confesión de Cristo, que el de los perseguidores de Cristo? Para arrojarle á perseguir á uno hasta una preocupación arraigada, un encendimiento de la sangre, un movimiento de envidia, un ímpetu de cólera. Mas, para dejarse matar por amor á una persona, y dejarse matar con tormentos atrocísimos y horribles carnicerías, y morir allí con tanta paz y alegría de corazón, ¡qué estima tan grande! ¡qué aprecio tan entrañable se requiere! ¡qué fortaleza de hierro! ¡qué pecho de diamante! ¡qué lealtad tan acendrada! ¡Qué duda cabe, pues, que vale más el testimonio de un solo mártir que no el de cien perseguidores?

®

afectos de admiración.

¡Juntad á esto la diversidad enorme entre perseguidores y perseguidos, entre atormentadores y atormentados. Los mártires, en gran parte, fueron hombres de gran pureza y san-

*) calidad de las víctimas y de los verdugos.

estepa de los santos mártires

por enumeración

estepa de los tipos

en general

en particular

enumeración

éfrasis

Conclusión apocáptica

por una congruencia

el sol y la luna

77.

idad de vida, unos atropelladamente sacados de los claustros, otros arrancados de los yermos; éstos de las aulas y academias, aquéllos del mismo santuario; varones generalmente celebrados por su sabiduría é inmaculadas costumbres, por su modestia y gravedad, por su mortificación y afable trato; hombres, en fin, en quien los mismos enemigos no hallaban que tildar sino su fe, según testifica Plinio, escribiendo al emperador Trajano, cuyo favor, si quería granjear, mejor le fuera reprendiéndolos que alabándolos.

Y los crueles perseguidores y verdugos ¿qué fueron, en su mayor parte, sino gente de baja ralea, ignorantes, valerosos contra el débil, criados en los burdeles, educados en el Circo y entresacados con frecuencia de la cuadrilla infame de los gladiadores? ¿Y os empeñáis en que muchos han perseguido á Jesucristo? ¿Quién? Un Nerón, monstruo de la naturaleza; un Domiciano, hecho pedazos por los suyos y arrojado de Roma como fiera cruellísima; un Galieno, cuyo nombre ha pasado á la historia como símbolo de infamia y depravación; un Galerio, cuyo indómito carácter hizo tan aborrecible, no ya á sus enemigos, mas también á sus vasallos y familiares, y aun á sí mismo, que se dió la muerte con sus propias manos; un Trajano, sucio y tan lascivo, que no me consiente la vergüenza recordarlo; un Decio, un Diocleciano, un Majencio, un Licinio, un Maximino, hombres abominables, bastante cada uno de ellos para deshonorar al género humano. Éstos son los ilustres perseguidores del nombre de Jesucristo.

¿Y habrá nadie tan loco y sin seso que tenga en su corazón á Jesucristo por el hombre más malvado del mundo, porque le han perseguido los peores y más malvados hombres que existieron? Antes en buena razón, éste es el argumento más incontrastable de su limpieza y santidad, ser malquistado y perseguido por la hez y escoria del mundo; á la manera que nada declara tanto la luz resplandeciente del sol, como el enojo que de ella reciben los buhos y lechuzas de la noche.

IX

¿Y tantos y tan feroces perseguidores prevalecieron por fin contra la religión de Jesucristo? Cosa es averiguada que las demás religiones que han ido apareciendo, no bien encontraron adversarios aguerridos, desfallecieron, ó desmayadas ante el prestigio de la autoridad, ó derrocadas por la fuerza de la persecución. Nuestra fe, nuestra bendita religión, ¿dónde se estableció más gloriosamente que en tierra de enemigos y en el centro mismo de su pujanza? Si ha habido en la redondez del universo y en la carrera de los siglos una ciudad que desapoderadamente hiciese armas contra Cristo y guerrese con frenesí por borrar su nombre de la tierra, fué sin duda la ciudad de Roma. Roma, pues, la dominadora del mundo, regó y empapó con sangre nuestra la arena de sus circos, y embriagó con ella las fieras del desierto con pública algazara. Roma, no satisfecha su rabia contra Cristo, é impaciente de acabar con nosotros, envió por las cuatro partes de su espacioso imperio, hasta los senos del África y del Asia, á bárbaros procónsules y feroces magistrados, que nos arrancasen de nuestros templos ó catacumbas, y nos condenasen en sus audiencias y tribunales, y nos cortasen la cabeza si perseverábamos constantes en la confesión de Jesucristo. Mas ¿en qué terminó tan deshecha tempestad? En dejar Roma su silla é imperial asiento á los mismos que antes fieramente perseguía. Cedieron sus palacios, entrególos sus templos, legó en nuestras manos el señorío de las gentes, y es ya nuestra más ferviente defensora y enamorada madre la que fuera más que todos cruellísima perseguidora. ¿Y en qué seso cabe asegurar que un hombre malvado y el peor de los hombres era capaz de tan ilustre victoria?

¿Y la acabó, por ventura, por fuerza de armas? ¿ó con avenidas de formidables ejércitos? ¿ó con terrores y espantos? Pues escogió para cumplimiento de tamaña empresa no más lucido escuadrón ni más lanzas que las lenguas de doce hombres, casi todos ellos pescadores, sin letras, sin filosofía, sin elocuencia, mendigos, descalzos, y lo más fla-

Arg. 1.^a
Victoria de la cruz, considerada

el en la grandísima del triunfo, conquistando la ciudad más enemiga,

por antitesis.

furor de la Roma pagana

por condescendencia,

descripción é

incremento.

Fervor de la Roma cristiana,

por alegoría y antitesis.

Conclusión.

Victoria de la cruz en los medanos de conquista.

por contraposición de la debilidad de los instrumentos

(gratificación)

y la magnificencia del triunfo,

por repetición en la historia

y comparación a miseri de Alejandro Magno.

Arg. 5.^a
Por los milagros.

Transición por vía de prolepsis.

Demuéstrase a por las profecías y la muerte de Jesús.

prolepsis y

obtestación.

co y desvalido del mundo, y, lo que peor es, del linaje de los judíos, gente tenida por baja y despreciable. Con éstos destronó á Roma de su silla y asentóse en ella; con éstos desbarató las huestes enemigas; con éstos domó la fiereza de los bárbaros; con éstos humilló la sabiduría é hinchazón de los filósofos. El Senado romano puso en el número de sus dioses al gran Alejandro, ¿por qué razón? Porque creyó que no podía ser simple mortal quien en doce años había sojuzgado tantos reinos y provincias. Y Alejandro, con todo, las señoreó mientras vivía, y cuando contaba con gruesas sumas y temerosos armamentos; al paso que Jesucristo rindió y avasalló el mundo, enclavado y muerto en un madero, y lo avasalló sin gastos ni tesoros, sin estruendo militar. *Non ferro, sed ligno*, no con la espada, sino con la bandera de la cruz ¹.

X

Sé que esta señalada victoria se llevó á término mediante aquellas obras estupendas y sobrehumanas que llamamos milagros. Pero, decídme, ¿pudo ser el más ruin y desalmado del mundo aquel ser extraordinario, cuyo nombre acatan los elementos y á quien la naturaleza toda rinde vasallaje? ¿Quién te movió ¡oh sol! ¡oh hermosísimo luminar del día! á vestirte de luto por la muerte de un crucificado, cuando, á ser un dios engañador y contrahecho, debieras resplandecer de gozo, y no encubrirte de tinieblas con horror? ¿Quién te movió ¡oh tierra! á estremecerte, y á vosotros ¡oh peñascos! á resquebrajaros de puro quebranto el día que debía ser de universal regocijo? ¿Por qué os abristeis, sepulcros de Jerusalén? Y tú, naturaleza toda, ¿por qué hiciste tal demostración y sentimiento? Conque ¿así manifestasteis vuestra gratitud al soberano Hacedor de cielo y tierra, doliéndoos y entristeciéndoos, cuando moría su mayor enemigo é ípísimo rival, peor que el mismo Satanás, pues no se satisfacía su ambición con rei-

¹ Arg. in Ps. 54.

nar juntamente con Dios, mas quiso sobreponérsele y recibir él solo el acatamiento de todas las criaturas?

Y si alguno hay tan bestial que dijere que ya recibió en la cruz la pena merecida á tanto atrevimiento, que me responde y diga ¿por qué, á la sencilla invocación de ese nombre, los mudos hablan, los sordos oyen, los cojos andan, los ciegos ven, y aun los muertos resucitan? ¿Cómo, os diré con la asombrada muchedumbre, cómo puede un hombre pecador obrar tantas y tales maravillas? *¿Quomodo potest homo peccator haec signa facere?* ¹ Conjurad á los demonios en nombre de quien queráis. Conjuradlos, si os place, en nombre de Mahoma, en nombre de Ali, en nombre de Brama, en nombre de Amida; conjuradlos en nombre del Mesías por venir de los judíos, y se reirán y harán burla de vuestros conjuros. Conjuradlos en virtud y nombre de **Jesús**, y veréis cómo tiemblan, cómo rabian, cómo se embrazecen. **Jesús, Jesús**, he aquí el único nombre que los ha confundido, y deshecho sus trazas y quebrantado las fuerzas con que tiranizaban á la descendencia de Adán. ¡Llor á tan bendito nombre! Con razón se le compara al óleo derramado: *Oleum effusum nomen tuum* ²; porque ha sido para nosotros óleo suavísimo, que amortiguó nuestros dolores y curó repentinamente nuestras dolencias envejecidas; mas para los demonios ha sido aceite hirviendo y consumidor.

Recuerdo á este propósito que en la desastrosa guerra de Palestina, como vieses los moradores de Cirsa que el ejército romano iba á escalar sin remedio la ciudad, pues, tras pasado el foso y arrimadas las escalas, subían precipitadamente á la muralla, vertieron sobre los cuerpos de los osados sitiadores tinas de aceite hirviendo, el cual, como les calase las carnes y abrasase las entrañas, los trastornaba hacia el profundo foso con bramidos de desesperación y rabia. ¡Magnífica comparación! Ya los demonios habían sujetado á todo el mundo en miserable servidumbre, ya corrían el campo á banderas desplegadas, ya tenían derribados todos los atrincheramientos y ocupados todos los baluartes, cuando el Señor derramó sobre el maldito ejército

¹ por la virtud del nombre de Jesús.² en las curaciones que obra.³ es el horror de los demonios, ampufrado.⁴ ya por lo contrario de otros nombres.⁵ ya por la semejanza del óleo derramado.⁶ ejemplo, 2.^a parte.⁷ los sitiadores y el aceite hirviendo;⁸ 2.^a parte, los demonios y el nombre de Jesús.¹ Joann., ix, 16. — ² Cant., i, 2.

par alegoría e

Incremento:

medea de los oráculos.

Proposición: Es así que tales efectos no pueden atribuirse al nombre de un malvado.

Largo.

Consecuencias: modistas relativas a la firmeza de nuestra fe.

el óleo de este nombre, *oleum effusum nomen tuum*, pero óleo que llameaba y consumía, el cual los traspasó de manera que todos, atropelladamente, se arrojaron á los profundos infiernos, de donde en mal hora salieron á tiranizar el mundo. *Dejecisti eos dum allearentur*: Derrocásteles cuando más se engrían¹. De ahí provino que, apenas se oyeron en la tierra los primeros ecos de este suavísimo y gloriosísimo nombre, el oráculo de Delfos, el oráculo de Delos, el de Dodona, el de Éfeso, el de Lesbos, el de Dafne, todos enmudecieron, y los demonios todos quedaron sin brio, sin aliento, sin voz, y pérdida el habla para siempre, con maravilla tan universal, que osó decir aquel renegado de Porfirio: *Ex quo Jesús colitur, nihil utilitatis a diis consequi possumus*; desde que Jesús es adorado, nada podemos recabar de los dioses inmortales.

¿Qué decís, pues, oyentes míos? Efectos tan prodigiosos, tan universales, tan estupendos, ¿pudieron obrarse en nombre del más péfido é impío blasfemador? ¿Quién es capaz de caer en tan rematada locura, contradiciendo abiertamente á toda lumbre y razón, no sólo divina y sobrenatural, pero natural y humana? Mas si es así, como lo es, concluyamos, con evidencia que deslumbra, que Jesucristo es Dios, dado que, según queda demostrado, forzosamente ha de ser, ó la maldad suma ó la divinidad encarnada. Y si real y verdaderamente Cristo es Dios, no hay para qué detenerme en demostrar aquí punto por punto la verdad y soberanía de los artículos que nos manda creer, de los sacramentos que nos ordena recibir, de los dogmas y enseñanzas que hemos de abrazar. Por ventura serán costosos á nuestros sentidos de carne, tal vez muy levantados y recónditos; nada importa. Etribemos firmes en nuestra fe, porque siguiéndola no podemos errar, si Dios antes no yerra y nos engaña.

1 Ps. LXXII, 18.

SEGUNDA PARTE

XI

CONSECUENCIAS PRÁCTICAS:

Transición por tropología elegante.

Mejor cuadraría esta apología en otras partes.

Resp. al ya me justifique en el principio.

Directamente, porque no creía de verdad en J. C.

Frábase, r.º Porque vivió como los que no creen.

Si de verdad creyerais, no os correráis de serlo al de parecerlo.

Pero os corrís

Sin duda habréis esta mañana murmurado contra mí y dicho en vuestro corazón, ó que he hablado al aire y sin provecho, ó que tengo de tan ilustre auditorio concepto muy desfavorable. ¡Que así se haya predicado en esta noble ciudad, católica por excelencia y celadora ferviente del honor de Jesucristo, y que no guardara yo la valiente apología para cuando vientos contrarios me llevaran á las costas africanas ó á tierra de herejes y gentiles!—Retirad, oyentes míos, tan grave acusación, y traed á la memoria cómo al principio justifiqué mi nuevo estilo y os di razón de mi extraño comportamiento. Pero, de todos modos, ya que me forzáis á hablar, no os indignéis si os hablo con libertad apostólica. Por ventura he obrado desacertadamente, no lo niego; porque vuestra delicadeza me hace presumir que así como os adelantáis en la antigüedad de vuestra fe á otras provincias de la cristiandad, así también os aventajáis en la pureza y santidad de las costumbres. Pero tengo para mí que apenas hay asunto que con tanta frecuencia deba platicarse al pueblo cristiano, como es que se afirme en su fe y se convenza profundamente de su verdad inexpugnable.

Porque ¿cómo sería posible que, á tener por verdadera su creencia, vivieran como los que la tienen por patraña y fábula mentirosísima? Poco he dicho; peor, mucho peor y desastrosamente viven que ellos, pues reina entre los cristianos y se difunde cada día un vicio entre herejes y gentiles casi desconocido. Presentadme, si no, en cualquiera religión, por torpe y abominable que sea, un hombre que en su propia tierra, y en medio de los suyos, se recate y avergüence de profesarla. No se avergüenza el mahometano de ser y parecer mahometano, ni el judío de ser judío, ni el gentil de ser gentil; sólo el cristiano se corre de ser y portarse como cristiano. ¿Os maravilla lo que digo? Escuchadme.

Hay aquí un caballero vivamente lastimado por no sé qué

ya de serlo, por inducción y ejemplo en materia de venganza.

(Idioma gineño)

razones que de uno se ofendible,

argumentos que le muestra,

pero mucho más de sentirlo,

por nueva hipótesis.

Entero no tenía la verdadera fe de J. C.

3.º Si creyese de verdad, no se torbaria que otro le profusivo libremente;

por comparación a pari de los tiranos.

agravios, y quiere y tiene resuelto indemnizarse de la injuria y resarcir á toda costa la ofensa recibida. Junta su gente, tiéndele el lazo al enemigo, acecha la ocasión, en la ciudad ó en des poblado, y le acosa y no le deja vivir. Ahora, pues, imaginaos que os han encomendado enfrenar á ese hombre iracundo, y apartarle de su loco pensamiento. ¿Qué razones alegaríais? ¿Qué diríais? Acasó de esta manera: Acuérdese usted, caballero, que es cristiano; y así, repórtese usted, deje usted estas armas y ahogue en el pecho esta pasión, porque á los cristianos no nos es permitido tomar venganza? — Seguramente que os tendría por simple, y se reiría de vuestro consejo el ofendido, como inspirado más bien de celo que de prudencia verdadera. Mas si le acometieseis por otro lado, y le persuadierais que desistiese de su mal propósito, porque así cumple á su nobleza y caballerosidad; porque lo manda el rey, porque lo exige y suplica esa persona, cuya gracia y favores pretende, veríais cuán atento os escucharía, y cuán presto y sin avergonzarse desarmaría su furor. Pero demos que, movido con vuestro cristiano razonamiento, se rinde y hace las paces: ¿tendría pecho para declarar abiertamente y protestar en semejantes términos: Te perdono de todo corazón, porque la religión Augusta que profeso me lo manda; te perdono porque soy cristiano? *Non erubescio Evangelium*: No me avergüenzo de confesar el Evangelio. — Esta brillante protestación tendría el lastimado caballero por caso de afrenta; ¡y no creería este tal que mancillaba su honor perdonando, por respeto á una mujer ó al mandamiento de su rey! ¿Y vosotros tenéis por verdadera la religión de Jesucristo? No, no puedo concebirlo.

Porque, ¿cómo fuera posible que, no solamente no ejecutarais lo que ella manda (lo cual sería tal vez debilidad), pero que estimarais por baja y aun por infamia el cumplimiento de ella? Todavía más: ¿cómo fuera posible que, no contentos con descuidarla vosotros y menospreciarla, llegaseis á no dejar que los otros la profesen descubierta y libremente? ¿Diríais, por ventura, que los impíos procónsules, y tiranos y presidentes, y magistrados de la edad antepasada, tenían por verdadera la fe de Jesucristo cuando

estorbaban á los cristianos la franca profesión de su culto y los forzaban á encerrarse para ello en cementerios y catacumbas? No, responderéis. Pues decidme, ¿no obligáis asimismo á vuestros iguales é inferiores á ir en busca, si no de las catacumbas más escondidas, de las iglesias más apartadas; si no de los cementerios más retirados, de capillas desviadas, donde huir de vuestras burlas y donaires, y asistir con más devoción á los sagrados oficios, y fortalecer su espíritu con el manjar del cielo? ¿Qué de mofas y palabras picantes ha de aguantaros aquella joven modesta, porque viste sencillamente y anda con ejemplar mesura? ¿Qué gracias tan pesadas aquel mancebo, porque gusta de platicar con personas espirituales y santos religiosos? ¿Y qué es esto, sino perseguir la práctica de la religión cristiana, como hacían los tiranos? La diferencia que hallo es, que los antiguos perseguidores la combatían con el hierro; vosotros con las burlas, harto más penetrantes y sangrientas á veces que el mismo hierro; por manera que muchos, á quien no arredrarían del ejercicio cristiano las sactas de los bárbaros, ni el alfanje, ni la hoguera, ríndense á las risas y festivas bromas de sus alegres compañeros.

¿Hay más? Sí, cristianos, si tal nombre merecís los que tan desarrebosamente ultrajáis los mandamientos y ley de Jesucristo. Los delitos más atroces, las liviandades y abominaciones de la carne más escandalosas, que tan clara y rigurosamente prohíbe la ley que abrazáis como divina, esto es lo que alabáis, de esto os preciáis con público alarde de licencia, y esto celebráis asimismo en los demás, y encarecéis y galardonáis con vuestro aplauso y aprobación, con vuestros cantares y poesías, que resuenan con algazara en tertulias y academias, en teatros y salones. ¿Y ésta es la religión de Jesucristo? ¿Y tal comportamiento merece el nombre de fe? Conozco que este desenfreno y pública desvergüenza no tira directamente á desarraigar la virtud de la fe; pero ese pecar tan descaradamente, ese aplaudir y ensalzar lo que más aborrece Dios, que es el pecado, tiene visos y resabios de infidelidad. Porque ¿qué quiere decir infiel, sino abrazar dictámenes opuestos á las enseñanzas de Jesucristo, y alabar lo que ellas vituperan, y vituperar lo

Mas vosotros que donaires embarráis el libre ejercicio de ella.

por cobajo de los perseguidores del hierro

los de la lengua.

¿Hacéis alarde de quebrantar sus leyes?

por repetición e incremento.

¿Entero no creéis.

Confiamos en Jari del Ispid y del mal cristiano.

que ellas alaban y engrandecen? Ved ahora por qué dije al principio que es muy necesario confirmar y entrañar en el pueblo cristiano la creencia de la divinidad de Jesucristo, pues de esta suerte se acatarían más sus mandamientos, se respetaría más la majestad de su Evangelio, y no se tendría por infamia lo que el Señor tiene por honra, ni por honra lo que el Señor aborrece y detesta como infamia.

Coccinatus final.

PERORACIÓN ve-
hemente al res-
peito pñalico de la
ley de J. C.

Solemne protesta

por enumeración
y composición es-
ta.

Ea, pues, cristianos, por la gloria de tan ilustre nombre, por la fe que profesáis, por la reverencia que debéis á la doctrina de Jesucristo, haced esta mañana la siguiente protesta y firme propósito: que nunca se os escapará palabra, que pueda redundar en alabanza ó aprobación del vicio, ni en vituperio ó desaprobación de la virtud; que no huiréis las ocasiones de manifestaros abiertamente cristianos; que sufriréis con paciencia las injurias á ley de cristianos; que estaréis en los templos con aquella compostura y religiosidad que conviene á cristianos; que conservaréis como discípulos de Cristo aquella mutua caridad, paz y concordia que él nos dejó tan encomendada; que en adelante no chuparéis la sangre del pobre y del pupilo, porque es sangre de Cristo; y, cuando hayáis puesto en ejecución tales propósitos, quejaos entonces de que en medio de la cristianidad, y en el corazón mismo de la creencia católica, haya predicado como debiera predicarse en tierra de herejes ó gentiles.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VIGÉSIMO

He aquí un dechado de oraciones **apologéticas**, pertenecientes al género demostrativo. ¡Cuán bien ha sabido evitar los **tres escollos** en que suelen dar lastimosamente los aficionados á este linaje de discursos, que llamamos **conferencias** ó **apologías**!

Porque unos hay que, en vez de quitar dudas, las siembran, sin querer, en los entendimientos vulgares, ya por carecer demasiado las razones contrarias, ya porque no aciertan á deshacerlas, á causa de no comprender en toda su grandexa los argumentos de credibilidad con que los presentan, ó sólo á media luz, y no convencen, ó tan flojos, tan descoyuntados y desvaídos, como un esqueleto sin nervios ni junturas: éstos no merecen el nombre de oradores. *Tolle sapientiam, eloquentiae sequetur interitus* ¹.

Otros, empero, discurren doctamente sobre los dogmas de la religión; hay en ellos un tesoro de sabiduría, hay nervio en la argumentación, hay convicción profunda; mas la aridez de la forma, el estiramiento del raciocinio y la misma sublimidad de los pensamientos los hace impopulares, y más propios para la cátedra que para el púlpito. Oigan éstos, más bien filósofos y teólogos que predicadores, lo que dice Rodolfo: *Docere rem facilem esse, quam quisque, tantum non inertissimae mentis, praestare possit*: Que el enseñar es cosa fácil; cualquiera lo puede hacer, con tal que no sea completamente negado. *Concitere autem affectibus audientem, et in quemcumque velis animi habitum transformare; allicere item, audiendique voluptate tenere suspensum, non nisi summis et majori quodam musarum afflatu instinctis contingere ingenii* ²: Que solamente á los grandes ingenios es concedido mover tan hondamente los ánimos, que impi-

¹ Granada, Rhet. Lib. II, cap. 1.

² Rodol. Agricol. Lib. I. Topic.

man en ellos la forma que quieren, y los arrastren adonde quieren, como encantados con el deleite de la oración.

El tercer escollo es de los que enseñan con claridad y nervio, agradan con la copia y ornato del bien decir, prueban y convencen la verdad de nuestra santa religión, y arrebatan tras sí la admiración de los oyentes; pero no son prácticos, y así no son tampoco elocuentes, ni conquistarán jamás la joya del triunfo. No está la dificultad en creer, sino en obrar conforme á la creencia, por donde, en estos discursos, como en los otros, *docere necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriarum*: El enseñar es necesario, ciertamente; el deleitar hace que se reciba con gusto lo que se enseña; mas la victoria sólo aquel la alcanza, que lleva hasta la obra: *Frustra persuadetur verum esse quod dicitur; frustra placet modus ipse quo dicitur, si non ita dicitur ut agatur*¹.

Esto hace SÉNERI, procurando que la verdad brille, que la verdad deleite, que la verdad venza é incline los corazones á la práctica: *Ut veritas pateat, ut veritas delectet, ut veritas flectat*. ¿Cómo y con qué artificio lo consigue? Veámoslo.

Ut veritas pateat. La verdad que quiere convencer es ésta: que **Jesucristo es Dios, y la religión católica la única verdadera**; creencia sublime, que ha transformado el mundo, piedra fundamental de nuestra fe, blanco de eterna contradicción por parte de los poderes infernales, tema de todos los libros, y asunto siempre viejo y siempre nuevo. ¿En qué estriba, pues, el mérito de SÉNERI? En haber trazado una demostración **completa**, porque abarca todas las principales razones que hacen evidentemente creíble nuestra bendita religión; **clara**, porque las sabe acomodar á la capacidad del pueblo, con ser que son algunas de ellas más que medianamente sutiles y enmarañadas; **prudente**, porque, lejos de escandalizar al pueblo con dificultades que nunca imaginó, y que sólo servirían de enflaquecer su fe, la fortifica y arraiga con una evidencia que deslumbra; **enérgica** y victoriosa, por razón de la bien tramada tela de los argumentos, que se entretrejen unos con otros, y todos concluyen manifiestamente lo que intenta el orador.

Este vigor y encadenamiento se lo da la **dialéctica**, hermana tan gemela de la **retórica**, que nunca pueden separarse una de otra sin ruina de la misma elocuencia. Lindamente dijo **Arias Montano** en su precioso poema *Rhetoricorum Libri IV*; en el libro primero:

*...formare viam, qua incidere possis,
Rhetorica est, non nempte pedes gressusve carenti.*

¹ San Agustín. Lib. IV. De doctrina christi., cap. 13.

Que la retórica enseña el camino de la persuasión, más no ciertamente al que está cojo, que es decir, al que le falta ciencia y variados conocimientos. Y aun para andar ese camino y llegar al término, ha menester la ayuda de su hermana:

*Huic soror est, ventre ex uno concepta gemella,
Præcipuo Logiceo: discernit nomine Graui,
Quæ rationis opes, vires, nervosque ministrat
Dicens; vitos adhibet germana colores;
Hæc vincit, victum illa sequi parereque suadet.*

¡Hermosa sentencia que siempre tuvo ante los ojos nuestro SÉNERI:

Hæc vincit, victum illa sequi parereque suadet!

La **dialéctica** vence, pero la **retórica** persuade al vencido á que siga con gusto y obedezca al vencedor. Ambas, en efecto, se dirigen al mismo **fin**, que es convencer una cosa y persuadirla al que la ignora ó la niega; ambas se valen de los mismos **medios**, que son argumentos y razones, pero se diferencian muchísimo en las **cuestiones** de que tratan, en los **oyentes** á quien se dirigen, en la **forma** que emplean. Porque la dialéctica se ocupa en cuestiones especulativas, la retórica casi siempre en materias prácticas; la dialéctica habla á los sabios en las escuelas, la retórica en la iglesia ó en las cortes á la muchedumbre del pueblo, que más se deja llevar de afectos y de ejemplos que de razones filosóficas; la dialéctica emplea una forma **concisa** y breve, la retórica un estilo más copioso y dilatado, por lo cual Zenón comparaba la una á la mano cerrada ó puño, y la otra á la misma mano, abierta y extendida. Y aun fuera mejor comparar la una á los huesos y nervios del cuerpo humano, y la otra á la sangre y carne, al cutis y al color, que dan vida, proporción, hermosura y gallardía á todo el compuesto. Véanse al margen esos huesos y esos nervios, es decir, las razones secas y descarnadas, y cómo las viste, las encarna y hermosa el orador, combinando de mil modos las formas dialécticas. De esta variedad y hermosa combinación nace en gran parte el deleite de la verdad, por ardua y desabrada que sea.

Ut veritas delectet. ¿Y cómo deleita? No es dificultoso agradar cuando las verdades que se exponen, ó son llanas y que fácilmente se entienden, ó teóricas y que no combaten ninguna pasión ni exigen grandes sacrificios. Lo contrario de lo cual le acontece á SÉNERI en nuestro caso. Porque el tema propuesto es muy levantado, y las consecuencias que deduce nada lisonjeras al amor propio. Y con todo deleita

extremadamente. ¿Por qué razón? Porque no hay cosa más deleitable que la verdad, que es luz al entendimiento, y la bondad, que es calor á la voluntad; y en este discurso brotan á raudales los torrentes de luz y se multiplican por doquier los focos de calor. Y así como en la naturaleza lo que alumbrá también calienta, así ha de procurar el que habla al pueblo hermanar los dos efectos, de suerte que enseñando nueva y moviendo no deje de enseñar, como quien tiene siempre á la vista el fin y blanco de su arte, que es la persuasión inmediatamente, y, mediante ella, la ejecución y la práctica.

¿Por qué, si no, desde el exordio hasta la conclusión, casi en cada párrafo, saltan centellas de variados afectos, ya de admiración y gozo, ya de temor y vergüenza? ¿Por qué exclama luego, casi al principio: «Pero gózate, pueblo cristiano, y regocíjate, pues á ti ha cabido la buena dicha y la ventura y la salud sobre todos los moradores de la tierra...»? Siempre la luz con el calor, la demostración con la moción.

Otra fuente de agrado son aquí las precauciones que llamamos **oratorias** y el artificio con que entabla el verdadero estado de la cuestión. ¿Cómo querer probar ante un pueblo tan creyente la verdad de su religión, sin que se dé por ofendido? ¿Cómo asentará la tesis por manera que avive la curiosidad y se preste á la disputa? Estúdiense el exordio y el argumento primero, que hace las veces de narración, y compárense luego con las conclusiones de la segunda parte, y se verá la maestría con que arguye á sus oyentes, confundiéndolos con sus mismas razones.

La tercera fuente de placer estético, más superficial pero muy fecunda, son los primores de lenguaje y estilo, tantos y tan adecuados, que no parecen sobrepuestos, sino como nacidos de las entrañas de la verdad que desenvuelve. Las flores brotan de los mismos árboles, los ríos de las peñas, y las galas del discurso han de resultar de la materia que se trata. Lo demás no es embellecer la verdad, sino afearla; no es éste oficio de buenos oradores, sino de malos adornistas. Con razón nuestro gran Arias Montano se enoja contra los tales, que gastan en florear el discurso y tornean las cláusulas el tiempo que habrían menester para estudiar:

*O gens sana, inquam, o vanissima Rhetoricorum,
Temporibus nostris omni nudata lepore!
Imbellis, nullis et fraudata viribus, atro
Errore immersa, caeca et caligine rerum.*

Y exclama, llorando los años perdidos en estudios fútiles y en una retórica baladí:

*Tanta nihil at vos moveat jactura dierum?
Hic unus patientis erit viridisque juvenatae?
Heu! quis vos opibus fraudatis...*

Ut veritas flectat. Ni el convencer ni el agradar son el fin del razonamiento oratorio, aunque sea apoloético, sino que toda la artillería debe enderezarse al corazón, á la voluntad racional, para que ella, como reina y señora, mande á los sentidos y potencias que ejecuten lo que persuade el orador. ¿Y qué persuade nuestro SÉÑERI? «Si es así, como lo es, concluyamos, dice (§ X) que Jesucristo es Dios, dado que, según queda demostrado, forzosamente ha de ser, ó la maldad suma ó la divinidad encarnada.» Hasta aquí no hay dificultad: todos los oyentes que hayan seguido el hilo del discurso han de confesarlo así, pues los demonios lo creen también y tiemblan.

Da un paso más el orador y continúa: «Y si real y verdaderamente Cristo es Dios, no hay para qué detenerme en demostrar aquí punto por punto la verdad y soberanía de los artículos que nos manda creer, de los sacramentos que nos ordena recibir, de los dogmas y enseñanzas que hemos de abrazar. Por ventura serán costosos á nuestros sentidos de carne; tal vez muy levantados y recónditos: nada importa. Estribemos firmes en nuestra fe, porque siguiéndola no podemos errar, si Dios antes no yerra y nos engaña.» Tampoco en esto halla el orador inconveniente ninguno: todos sus oyentes son cristianos, que se dejarán hacer pedazos antes que dudar, no digo negar, de cualquier artículo de nuestra fe sacrosanta. ¡Dichoso él! ¿Qué dijera hoy, si resucitando del sepulcro en que yace tornara á recorrer, á pie descalzo, las ciudades y aldeas que evangelizó, y las viera ensombreadas de las sectas, y á la misma Roma trocada en asiento de la revolución y cabeza de la masonería?... Cuando la fe titubea en un pueblo, conviene, para fortalecerla, ejercitar sus actos desde la cátedra sagrada, y la victoria del orador está, no sólo en que se convengan de que es verdad cuanto creemos, sino en que de hecho crean firmemente, y en que huyan de todos los peligros de perderla ó menoscabarla. Mas si la fe está vigorosa y robusta, entonces viene el otro paso que da nuestro orador en la segunda parte.

¿Y con qué valentía acomete á su auditorio, como quien va seguro de la victoria! ¿Y de dónde tanta seguridad? Lo primero, de la hipótesis que asentó al principio, suponiendo á los oyentes tan finos en la creencia que profesan, que

¹ Rhetor. Lib. I Ad Gasparem Valesium Alcorerum. Ex officina Plantiniana. M. D. LXIX.

lleven á mal se pruebe delante de ellos la verdad de su religión. Lo **segundo**, del efecto que ha debido producir en todos la argumentación de la primera parte, que arraiga la fe, enamora de Jesucristo y confunde á los flacos y soberbios. Lo **tercero**, de la viveza y eficacia de las razones que trae para persuadirles que **no creen de verdad en Jesucristo**, ya porque viven como si no creyeran, ya porque se avergüenzan de ser y parecer cristianos, ya por la persecución y guerra que hacen contra la fe de Cristo, no con hierro, sino con burlas y donaires; ya, en suma, porque se jactan de quebrantar sus mandamientos y se glorian en sus desórdenes. Todo ¿para qué? Para persuadir la **fe práctica**, así como antes les persuadió la **fe teórica**, y poder concluir tan naturalmente: «Ea, pues, cristianos, por la gloria de tan ilustre nombre, por la fe que profesáis, por la reverencia que debéis á la doctrina de Jesucristo, haced esta mañana la siguiente protestación y firme propósito... Plegue á Dios que nuestros conferencistas imiten este ejemplo, y crean que las raíces de esta elocuencia varonil y fructuosa están en un corazón menospreciador de la honra mundana y solamente celador de la divina; pues es cierto que los esclavos de su propia honra, los deseosos de agradar á los hombres y temerosos de desagradarlos, no sirven para la elocuencia sagrada, porque ó adulteran la verdad, ó le quitan su fuerza y sabor, según que está escrito: «Dios quebrantará los huesos de los que tratan de dar gusto á los hombres»¹.

¹ Psal. LII. Vide La Palma. Camino espiritual. Lib. II, cap. 23.



DISCURSO VEINTIUNO

DE LAS INSPIRACIONES

Jena ergo, fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. Erat hora quasi sexta. Venit mulier de Samaria haurire aquam.

Jena, pues, fatigado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Sería como la hora de sexta, cuando vino una mujer Samaritana á sacar agua.

(JOAN., IV, 6-7.)

EXORDIO

Por inspiración y moción de amor.

DOS afectos encontrados ha producido en mi corazón la historia, de todos tan sabida, que el sagrado Evangelio nos refiere acerca de la mujer Samaritana: el primero de animosa confianza, y el otro de temor y sobresalto. Porque, al considerar atentamente cuán poco trabajo costó salvarse á mujer tan ruin y pecadora, me sobreviene un pensamiento de osadía que me dice: Si es así, poco basta para salvarse. Pero ¡ay desventurado de mí!, que de repente me asalta otro muy contrario, que con voz espantada me responde: Si es así, poco basta para condenarse.

de confianza,

de profundo temor, por corrección vehementes.

No cabe duda, hermanos míos, que la santidad de esta desgarrada pecadora no tuvo más origen que encontrarse cierto día junto al pozo de Jacob con el Salvador del mundo, el cual, sediento y fatigado del camino, la hizo algunas preguntas, y ella, refrenando su inquietud y apresuramiento, púsose á trabar con el Redentor pláticas de cielo y salvación eterna. Imaginaos, pues, que visto el Señor y negándose á dar oídos al divino Maestro, le hubiera dicho

Narración evangélica de la Samaritana.

1.ª parte, real.

2.ª parte, fábula sintética.

lleven á mal se pruebe delante de ellos la verdad de su religión. Lo **segundo**, del efecto que ha debido producir en todos la argumentación de la primera parte, que arraiga la fe, enamora de Jesucristo y confunde á los flacos y soberbios. Lo **tercero**, de la viveza y eficacia de las razones que trae para persuadirles que **no creen de verdad en Jesucristo**, ya porque viven como si no creyeran, ya porque se avergüenzan de ser y parecer cristianos, ya por la persecución y guerra que hacen contra la fe de Cristo, no con hierro, sino con burlas y donaires; ya, en suma, porque se jactan de quebrantar sus mandamientos y se glorian en sus desórdenes. Todo ¿para qué? Para persuadir la **fe práctica**, así como antes les persuadió la **fe teórica**, y poder concluir tan naturalmente: «Ea, pues, cristianos, por la gloria de tan ilustre nombre, por la fe que profesáis, por la reverencia que debéis á la doctrina de Jesucristo, haced esta mañana la siguiente protestación y firme propósito... Plegue á Dios que nuestros conferencistas imiten este ejemplo, y crean que las raíces de esta elocuencia varonil y fructuosa están en un corazón menospreciador de la honra mundana y solamente celador de la divina; pues es cierto que los esclavos de su propia honra, los deseosos de agradar á los hombres y temerosos de desagradarlos, no sirven para la elocuencia sagrada, porque ó adulteran la verdad, ó le quitan su fuerza y sabor, según que está escrito: «Dios quebrantará los huesos de los que tratan de dar gusto á los hombres»¹.

¹ Psal. LII. Vide La Palma. Camino espiritual. Lib. II, cap. 23.



DISCURSO VEINTIUNO

DE LAS INSPIRACIONES

Jena ergo, fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. Erat hora quasi sexta. Venit mulier de Samaria haurire aquam.

Jena, pues, fatigado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Sería como la hora de sexta, cuando vino una mujer Samaritana á sacar agua.

(JOAN., IV, 6-7.)

EXORDIO

Por inspiración y moción de amor.

DOS afectos encontrados ha producido en mi corazón la historia, de todos tan sabida, que el sagrado Evangelio nos refiere acerca de la mujer Samaritana: el primero de animosa confianza, y el otro de temor y sobresalto. Porque, al considerar atentamente cuán poco trabajo costó salvarse á mujer tan ruin y pecadora, me sobreviene un pensamiento de osadía que me dice: Si es así, poco basta para salvarse. Pero ¡ay desventurado de mí!, que de repente me asalta otro muy contrario, que con voz espantada me responde: Si es así, poco basta para condenarse.

de confianza,

de profundo temor, por corrección vehementes.

No cabe duda, hermanos míos, que la santidad de esta desgarrada pecadora no tuvo más origen que encontrarse cierto día junto al pozo de Jacob con el Salvador del mundo, el cual, sediento y fatigado del camino, la hizo algunas preguntas, y ella, refrenando su inquietud y apresuramiento, púsose á trabar con el Redentor pláticas de cielo y salvación eterna. Imaginaos, pues, que visto el Señor y negándose á dar oídos al divino Maestro, le hubiera dicho

Narración evangélica de la Samaritana.

1.ª parte, real.

2.ª parte, fábula sintética.

secamente: «Déjame sacar agua, que me abraza la sed; ya serán las tres de la tarde, y me aguardan en casa otros quehaceres». ¿No es de presumir que jamás en su vida hubiera encontrado coyuntura tan favorable para entrar dentro de sí misma, y enderezar hacia el cielo sus torcidos pasos?

De esta sencilla consideración se levanta mi atemorizado espíritu, y me pregunto y os pregunto: ¿quién hace cuenta de una inspiración que nos mueve al ejercicio de una virtud, de un impulso secreto que nos convida á mortificarnos, de un movimiento del divino Espíritu que nos toca ligeramente el corazón? Y, no obstante, ello es así, que aquella obra de virtud, aquel acto de mortificación en cosas al parecer de nonada, era principio y fundamento de nuestra perfección y bienaventurada eternidad; y á la manera que, quitado el principio, no puede lograrse el fin, ni sin fundamento levantarse la fábrica del edificio, de este modo, despreciadas las cosas menudas y pequeñas, se pierde el cielo y se malogra el alma.

Pero ya oigo que me decís. ¡Es posible! ¿de una cosilla de nada ha de pender la eterna salvación? Espantarnos queréis, que no enseñarnos. — Conque ¿quiero espantaros? ¿con que vengo á llenar de congojas vuestro espíritu? ¡Ah, cristianos!, sí, lo confieso; quiero hoy atemorizaros, vengo á espantaros, porque yo mismo tiemblo y me estremezco: *Territus terreo*, diréis sobrecogido de terror con el glorioso San Agustín¹. Atemorizado yo mismo, os quiero atemorizar y espantar; mas de ninguna manera con falsas ponderaciones ni vacíos encarecimientos, sino con el peso de la verdad sencilla, pero terrible y abrumadora. Y así protesto desde luego que sólo diré lo que, sentido por mí alma, me hace temblar de pies á cabeza, y lo que, hincado profundamente en mi corazón, me ayuda, si no á ser bueno, á ser menos malo y descuidado. ¿Y qué pensamiento es éste? El que al principio dije y que tan extraño os pareció, es á saber, que de cosas pequeñas, de una nadería insignificante, por ventura pende la salvación del alma. Ésta es la

¹ Hom. 2, inter 50.

proposición que me hace temblar, ésta la que propongo demostraros con el favor divino, á fin de que veáis manifiestamente la solidez y verdad de aquella tan trillada máxima, que «es menester coger la ocasión por los cabellos», y la vida eterna por las cosas menudas y pequeñas.

PRIMERA PARTE

II

En primer lugar, no creo que os cause maravilla el saber que de cosas pequeñas pueden originarse grandes y espantosos efectos. Doctrina es corriente, y los naturalistas en sus observaciones, y los políticos en sus acuerdos, y los teólogos en sus máximas, nos la predicán sin cesar. Recorred conmigo la redondez del universo. ¿No es el grano de mostaza el que en la tierra de Palestina cobra tal fuerza, que se levanta, no ya sobre los amarillentos trigos, sino á la altura de corpulentos árboles? Aquellos bosques frondosísimos, cuyos robustos troncos sirven para la fábrica de tantos navíos, para armamento de gruesos ejércitos, para la construcción de tantas máquinas y soberbios edificios, de leña al fuego y de guardia á tantas alimañas, ¿sabéis toda esa magnificencia qué origen y fundamento tiene? Unas pepitas menudísimas que hollaréis inadvertidamente con los pies, simientes muy pequeñas que se lleva el viento y sirven de juguete á los alegres pajarillos. ¿No acaece con frecuencia obscurecerse el cielo, y rasgarse las nubes, y estallar el trueno y desprenderse el rayo, que en un punto hiere los montes, abrasa las selvas, derrueca en el suelo las torres empinadas, y estremece y pasma los corazones de la miserable gente? Pues tanta tempestad tuvo principio en un ligero vapor y nubecilla muy liviana. Y esos ríos caudalosos que cruzan la haz de la tierra con tanto señorío y majestad que, según van de hinchados é impetuosos, parecen querer marcar los lindes de los reinos y provincias, é igualarse con los mares, y llevan en su superficie navíos poderosos y en

En y blanco de este discurso.

Argü.º á causa, por sí legítimo oratorio.

Propos. mayor. En el orden físico y moral surten de causas pequeñas grandes efectos. 2) En el orden físico, por inducción.

de las plantas

(anttesis)

de la tempestad.

(anttesis)

de los ríos

y a parte, aplica.

por enumeración de inspiraciones.

Atestiguan los sufrimientos de terror por vía de prolepsis.

por autoridad.

por enumeración.

Proposición y sencilla.

(descripción y prosopopeya).

su seno peces de enorme grandeza; y que, si por ventura rompen las márgenes arrebatadamente, anegan los campos, aseuelan los sembrados, estragan las semillas, arrastran los ganados, derriban las chozas y majadas, y ni las ciudades están seguras de su braveza incontrastable: estos ríos, digo, si revolviendo sus embravecidas olas pudiesen contemplar su origen, corriéranse de ver que vadean su corriente los niños y sencillas labradoras, y lo pasa de un salto el fatigado caminante. ¡Tan ordinario es en la naturaleza que de pequeños principios se deriven efectos prodigiosos! Así vemos de una centella propagarse un incendio, de un soplo subterráneo un terremoto, y pestilencias y mortandades horribles de un aliento corrompido.

Conclusión por apóstrofa y comparación.

En el orden moral y político, por inducción histórica.

Extrínseca y subjetiva.

Abigail, Rebeca,

Amal.

Mas, dejados aparte los efectos naturales, ¿quién ignora que, aun en los acontecimientos que dependen de la voluntad del hombre, no es raro ver cómo, por ligerísima ocasión, cayeron unos de la alta cumbre de su pujanza á estado miserable y abatido, y subieron otros del polvo de la tierra á honra y dignidad altísima? Abigail, de obscuro nacimiento, llegó á ser esposa del rey David y á ceñir un día su cabeza con real diadema. Y ¿de dónde nació tan extraño encumbramiento? De una atención que guardó la buena de Abigail con los criados del Rey, ofreciéndoles cierto regalo, en sazón que estaban quebrantados del camino¹. Rebeca, de doncella desconocida, vino á ser esposa de Isaac, y entroncar y pertenecer á los gloriosos ascendientes del Mesías. Y ¿por dónde tanta ventura? De la delicadeza y galantería con que dió de beber al mensajero de Isaac y á sus camellos². ¿Por dónde Amán, aquel gran privado del rey Asuero, llegó á tan desastrado acabamiento, que pérdida la hacienda, perdidos los hijos, perdió por fin la miserable vida en una horca como público malhechor? Pues la causa y comienzo de su caída fué que se enojó porque un cierto Mardoqueo, hombre plebeyo y nada rico, no le saludaba con la cortesía conveniente á su grandeza: *Non flecteret sibi genua*³.

En el orden histórico,

¿Qué diré de los sucesos de la guerra? ¿Qué de las pér-

¹ 1 Reg., xxv.—² Gen., xxiv.—³ Esth., iii, 5.

didas y ganaocias de caudales inmensos en el comercio y Contratación? ¿Qué de los caminos por donde se levantaron muchos hombres y conquistaron ilustre nombradía en la república de las ciencias y de las artes? ¿No fué un lance inesperado el primer escalón por donde subió Protágoras al templo de la filosofía griega? Escuchadme y maravillaos.

en general,

en particular.

Era Protágoras¹ hijo de un pobre labrador, y, como cierto día viniese del monte cargado de un haz de leña sobre sus espaldas, acertó á encontrarse en una vereda con Demócrito, célebre filósofo ateniense, el cual, reparando en aquel haz tan bien dispuesto y apretado, preguntóle si había el compuesto el haz de leña que traía á las espaldas. Y respondiendo el muchacho que sí.—Veamos, pues, replicó el filósofo, cómo lo desatas y vuelves á componer en la misma forma.—Obedeció Protágoras, desligó el manajo, des-

Un cociente venturoso.

Protágoras y Demócrito.

concertó los leños, volviélos á recoger y concertar con igual destreza y prontitud, y echóselo á los hombros con singular donaire y gentileza. De lo cual, coligiendo Demócrito y descubriendo en el muchacho ingenio vivo y acomodado á la filosofía, atrájolo á su escuela, aplicóle á los estudios, le enseñó, le educó y, en conclusión, alzóse el discípulo á la altura y renombre del maestro. Imaginad ahora que Protágoras, ó no hubiese compuesto el haz tan primorosos y diestramente, ó que no diera con aquel sabio en el camino, ¿cuán probable y casi cierto es que hubiera pasado toda su vida entre los terrones del campo y no en los escaños de las academias, maneando la esteva y pastoreando viles animales, no escribiendo libros y revelando á la atónita muchedumbre los arcanos de la filosofía! Pero de ejemplos semejantes están llenas las historias de las artes y de las ciencias; mas quiérolas pasar por alto para llegarme ya á las obras de la gracia que hacen principalmente á mi propósito.

descriptiva y dialógica.

Amplificación por comparaciones y contrastes.

Traducción por prescripción.

III

Para cabal entendimiento del asunto, hay que ascitar como principio, que obra Dios en el orden de la gracia se-

Arg. 2.^o
Propos. menor.
Mas en el orden de la gracia obra Dios conforme al orden de la naturaleza.

¹ Aul. Gel.

mejantemente á lo que pasa en el orden de la naturaleza; porque, si así no fuera, no podríamos de lo visible de acá bajo levantarnos á la inteligencia de lo soberano y recóndito de Dios, según aconseja que lo hagamos el Apóstol de las gentes, escribiendo á los Romanos: *Invisibilia Dei, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur* ¹; Por la consideración de las criaturas se alcanza lo invisible del Criador.

Es, pues, de saber que Dios, hermanos míos, quiere con voluntad sincera y verdadera, y no permisiva y veleidosa, ó sea en términos de escuela, no sólo con voluntad de signo, mas también de beneplácito y antecedente, quiere, digo, que todos los hombres se salven y consigan el glorioso fin de la eterna bienaventuranza, y en consecuencia quiere y es su voluntad que nadie se condene. *Deus omnes homines vult salvos fieri*; quiere Dios, afirma San Pablo á Timoteo, que se salven todos los hombres ². Mas, con ser uno mismo el fin señalado por Dios á todos los mortales, no son los mismos los caminos trazados en su sabia providencia para llegar á él. Ve su divina Majestad en la vida de cada individuo, como enseñan los sagrados doctores, innumerables órdenes de acontecimientos, series sin cuento, cadenas infinitas de sucesos trabados entre sí y apretadamente eslabonados, los cuales forman otros tantos caminos que nos llevan unos directamente á la bienaventuranza de la gloria, y derechamente otros á la eterna perdición. *Viam vitae et viam mortis* ³. Ve los caminos de la vida y ve los caminos de la muerte.

Pues afirmo que el tomar un hombre los caminos de la vida, ó echar por los despeñaderos de la muerte, está colgado muchas veces de cosas muy menudas y pequeñas. El asistir ó no á un sermón, el leer ó dejar de leer cierto libro, el hablar ó no con una persona, una visita, una conversación, una palabra, puede encaminarnos á la bienaventurada eternidad ó á la ruina perdurable. Dije, no sin razón, **encaminarnos**, por cuanto no intento asegurar que de ello inmediatamente depende la salvación, sino remota y lejanamente; al modo que decíamos arriba, que de cosillas de nada

por autoridad congruente.

Confirmación por tres proposiciones.

1) que el fin es uno, la bienaventuranza.

2) que los medios ó caminos son infinitos.

3) que el tomar, por este ó por aquel, puede de cosas pequeñas.

Preparación teológica.

viene uno á notable honra ó abatimiento, á grandes pérdidas ó á ganancias inestimables. De forma que, según expresión de un amigo de Job, si tus comienzos fueron pequeños, tus postrimerías se multipliquen copiosamente: *In tantum ut, si priora tua fuerint parva, novissima tua multiplicentur nimis* ¹. No os congojéis ni de pena si por ventura no alcanzáis esta doctrina, que yo la declararé y pondré á vuestros ojos con ejemplos tales, que el más alejado de los libros la comprenda sin dificultad.

Para mayor inteligencia, valgámonos de aquel raro suceso que refiere el bienaventurado San Agustín en sus *Confesiones*. Cuenta el Santo ² que, estando el emperador Teodosio en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos del circo, dos cortesanos suyos se desviaron de los espectáculos y se salieron á pasear por la campiña. De camino en camino y de plática en plática se encontraron, sin saber cómo, en medio de un bosque, en cuya espesura vivían en mal compuesta cabaña unos penitentes eremitaños. Entraron por curiosidad en aquella como celda, y mientras, como suele acaecer, estaban mirando y admirando la estrechura de la habitación y la pobreza de las alhajas, vieron allí sobre una mesa un libro, al parecer, bastante manoseado. Tómalo uno de ellos, ábrelo y repara que contiene la vida y hechos del gran San Antonio. Comienza á leer en él, al principio por curiosidad y pasatiempo, después por afición y gusto, y poco á poco vásele encendiendo el corazón en deseos de imitar lo que leía. Cuando súbitamente inflamado su pecho en amor santo, y enojado consigo mismo, ¡miserables de nosotros, dice al compañero, qué vida la nuestra tan diferente! Dime, ruégote, con todos nuestros trabajos, en que andamos tantos años ha, peleando en tantas guerras, con todas nuestras fatigas y servicios, ¿qué buscamos? ¿qué pretendemos alcanzar? *Dic, quaeo te, omnibus istis laboribus nostris, quo ambimus pervenire? quid quaerimus?* ¿Por ventura podemos venir á mejor fortuna, que á ser privados del Emperador? ¿Majorne esse poterit spes nostra quam ut amici Imperatoris simus? Mas ¿quién nos ase-

Cáptase la atención.

Argumento por el ejemplo de dos cortesanos.

Narración compuesta; 1.ª parte.

Exposición sencilla, ó el apartamiento.

Nota; ó los combates del alma.

por diálogo.

interrogación.

¹ Rom., 1, 20.—² 1 Tim., II, 4.—³ Jer., XXI, 8.

¹ Job, VIII, 7.—² Conf. L. VII, c. 6.

mirar de la vida.

esquitos de la copia.

Etiquetas de la corrección.

Arrendaje final, la corrección.

Retrato de la vida penitente.

gura que lograremos nuestra pretensión? La vida es corta, la mocedad pasajera, la salud quebradiza, los pretendientes muchos, y pocos los cargos y dignidades. Y si se logran venturosamente nuestros deseos, ¿qué sacaremos, sino mudar fatigas por fatigas, peligros por peligros, servidumbre por servidumbre? *Quid tibi non fragile plenumque periculis?* ¿Qué cosa más tornadiza y frágil que las esperanzas y glorias cortesanas? ¿Qué de enemigos nos cercarán! ¿qué de envidiosos nos aborrecerán y roerán con sus dientes nuestra fama! Por fuerza habremos de vivir en continuo temor y sobresalto. Mas, si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser, sin que nadie me estorbe el paso ni me pueda derribar de mi privanza: *Amicus autem Dei, si voluero, ecce nunc fio.*

Diciendo estas palabras, turbado con las ansias de la nueva vida, volvió los ojos al libro, y trocábase de dentro, y leía y sollozaba al mismo tiempo, mudándose á este compás el semblante del rostro, de pálido en color de grana, de profundamente pensativo en amargamente triste y lloroso. Por fin, cierra el libro de repente, y dando sobre la mesa un recio golpe y despidiendo un gemido de su turbado corazón, dice á su amigo: Ya yo estoy quieto y descansado; ya he dado de mano á nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir á Dios, y desde esta hora me quedo en esta soledad; tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme: *Ego jam Deo servire statui, et hoc ex hora hac, in hoc loco aggredior; te, si piget imitari, noli adversari.* ¿Cómo?, respondió conmovido con tal ejemplo el compañero: no permita Dios que yo me quede con la tierra y á ti te deje el cielo. No puedo apartarme de ti ni dejar de hacerte compañía. Ó ambos volvemos á palacio, ó nos encerramos ambos en esta pobre vivienda. Y resueltos de no volver á la presencia del Emperador, le dieron cuenta por escrito de su magnánima é incontrastable determinación; y luego desmudáronse las ricas vestiduras de oro y pedrería, vistieron sus carnes de un saco áspero y grosero, por cinto un pedazo de cuerda, y por palacio escogieron una celdilla, donde comenzaron á seguir de veras á Jesucristo en pobreza y mortificación, descalzos, ayunos y marchitos, pero bañada el alma de suavidad, tan celebrados por esta hazaña en todo

el mundo, como el mundo era por ellos menospreciado y escupido.

Decíme ahora, cristianos: tantas obras y ejercicios de virtud, tantas vigiliass y rigurosas abstinencias, tanta oración y prolongados rezos, tantas horas de profunda contemplación, tantos rigores con que domaban de continuo la rebeldía de su cuerpo, tantos trabajos, finalmente, como padecieron por todos los días de su vida mortal para granjear la eterna, ¿dónde tuvieron comienzo? ¿cuál fué el primer eslabón de esta cadena? ¿qué principio tuvo este camino bueno, como se llama en los Proverbios? *Initium viæ bonæ?* ¹ Mirad qué cosa tan baladí; de haberse apartado de los juegos en el circo. De aquí dispuso el Señor que, saliendo á pasear por el campo, se hallasen en medio del bosque; del hallarse en medio del bosque, que viesan la celda del ermitaño; del ver y remirar la celda, que leyesen en las maravillosas páginas del libro; del leer en el libro, y oír, que se levantasen aquellas olas y se encendiesen en sus corazones aquellos devotos sentimientos, y de ahí que conociesen y aborreciesen el brillo engañoso de la corte, y el dar libelo de repudio al mundo, y el dejar sus casas y hacienda, y el abrazarse con Cristo y seguir hasta la muerte el camino real de la santa cruz.

Pues figuraos que no se hubiesen alejado; antes, por el contrario, entreteniéndose en el circo, donde podían tal vez quedarse sin remordimiento de conciencia; ¿hubiera pasado nada de esto? Moralmente hablando y de ley ordinaria, no, por aquella razón que da el Ecclesiastés, que cada cosa tiene su tiempo y coyuntura: *Omni negotio tempus est et opportunitas*. ² Más bien hubiérase seguido un orden y encadenamiento de sucesos muy distinto, que sabe Dios adónde los hubiera encaminado: porque sin duda permanecerían en el servicio del Emperador; en los vicios y cenagal del mundo, y por ahí en medio de lazos del demonio y precipicios del infierno. Por donde han de reconocer que su salvación tuvo principio y bienaventurado nacimiento, como en causa no próxima, sino lejana pero fecunda, de haber de-

a.º parte, y aplicación á cada.

que así haberse apartado del circo.

por concocentación

y oír.

Ampliación por contraria coyuntura

y graduación.

Conclusión ilustrada.

¹ Prov., xvi, 5. — ² Eccl., viii, 6.

jado un pasatiempo no malo. Esto fué el origen de su salud; ésta como la fuente imperceptible, que vió Mardoqueo convertirse después en caudaloso río¹; ésta á semejanza de la piedrezuela que vió Daniel crecer y trocarse en altísima montaña².

Arg. 3.^a
Gobernación
del anterior,

VI

por más amplias
instrucciones de
grandes santos;

Pues tened entendido que de nonadas semejantes comen-
zaron casi todos los santos, cuyas heroicas virtudes y sub-
da perfección y estupendos milagros leemos en las histo-
rias. Pocos se nacieron santos, hermanos míos; allá en el
Testamento Viejo un Jeremías, y en el Nuevo un Juan Bau-
tista; los demás, por la mayor parte, no se nacieron, sino
que se hicieron santos y conquistaron el cielo á viva fuerza.
¿Y cómo se hicieron? ¿qué lance tan venturoso dió ocasión
á su mudanza? En uno, el haber arrojado de sí el arpa y
la vihuela que tañía primorosamente por irse tras un hom-
bre venerado como santo, que á la sazón pasaba por la pla-
za acompañado de numerosa muchedumbre, como acaeci-
ó á San Rainero de Pisa; en otro, el mirar la horruva
y fealdad de un cadáver, como á San Francisco de Bor-
ja; en otros, el perdonar una ofensa con pecho generoso,
como al bienaventurado Juan Gualberto; en éstos, el haber
socorrido misericordiosamente á un pobrecito, como al gran
Francisco de Asís; en aquéllos, el sufrir, siendo inocentes,
con mucha paciencia y silencio las pesadumbres de la cár-
cel, como á San Efrén de Siria; en muchos, el haber oído
por casualidad un sermón, como á San Nicolás de Tolentino;
en otros, el haber resbalado en el lodo con gran confu-
sión y vergüenza, como al glorioso San Telmo, de la Or-
den de Santo Domingo; en otros, por no sé qué reprensión
de la madre, como sucedió á San Andrés Corsino; en otros,
el haber ayudado una misa, como sabemos del ilustre Pa-
dre Marcelo Mastrilli, valeroso campeón de mi sagrada
Compañía, el cual, llegado al sepulcro de San Francis-
co Xavier, entendió con lumbre soberana y celestial que

San Rainero,

San Francisco de
Borja,

San Juan Gual-
berto,

San Francisco de
Asís, le

San Efrén,

San Nicolás de
Tolentino,

San Telmo,

San Andrés Cor-
sino,

P. Mastrilli.

Dios le había encumbrado á la gloria de apóstol de Cristo
y obrador de maravillas en las regiones del Oriente, por ra-
zón de que, pidiéndole un Padre anciano en hora bien im-
portuna que le ayudase la misa, él, con semblante apaci-
ble, al punto le siguió.

Mas ¿por qué me canso en buscar ejemplos? ¿Qué mayor
santidad, si bien de metal y temple muy diverso, que la de
un San Antonio Abad y San Ignacio de Loyola? Ruégoos
que escuchéis con atención el paralelo que voy á trazar en-
tre estos gloriosísimos patriarcas, y perdonadme si por ven-
tura en mi boca os pareciere poco modesto. Fueron ambos
escogidos por Dios para capitanes de nuevas milicias y Pa-
dres de numerosísimos hijos, aquellos pacíficos penitentes y
contemplativos, éstos afables y obreros activos de la viña
del Señor. Ambos sostuvieron en los comienzos de su con-
versión batallas muy reñidas y trabajosas con los demonios,
que si aparecían á Antonio en formas espantables de fieras
bravas, que le amenazaban con sus uñas, bramidos y silbos
temerosos, á Ignacio aparecían en figuras halagüeñas de
mujeres y sierpes, brillantes y tentadoras. Mas ambos al-
canzaron del Señor tal señorío sobre los espíritus inmundos,
que si Antonio los espantaba con solo una palabra, los
lanzaba Ignacio con el bastón. Codiciaron ambos la palma
del martirio por el derramamiento de su sangre, y estas
ansias llevaron á Antonio á la ciudad de Alejandría, y á Ig-
nacio á Jerusalén, á predicar el nombre de Jesucristo. Pero
la divina providencia los libró de la muerte para que die-
sen vida á muchas gentes; por donde dispuso que Antonio
poblase los desiertos y fecundase los páramos con infinitos
solitarios, é Ignacio hinchese las ciudades de celosos pre-
dicadores. Y comoquiera que los levantó su Majestad á en-
trambos para reparar en la Iglesia las quiebras que pade-
cía, en los días de Antonio por la herejía del blasfemo Arrio,
y en el siglo de Ignacio por las abominables que sacó de los
infiernos el maldito Lutero, por esta razón deja Antonio por
un tiempo las soledades de la Tebaida, é Ignacio para siem-
pre el apartamiento de Manresa. Y así como Antonio, aun
en vida, tuvo la ventura de ver á sus hijos derramados, no
ólo por Oriente, sino en las partes de Occidente, también

Paralelo ilustra-
do entre San An-
tonio y San Igna-
cio.

Semejanzas en la
divina elección.

en los combates
contra el demo-
nio,

en sus viajes y so-
ledades del martirio,

en la predicación
de ambos.

y dilatación de
sus religiones.

¹ Esth., xi, 10.—² Dan., ii, 35.

Ignacio vió dilatada, antes de morir, su belicosa religión, no sólo por todas las provincias de Occidente, sino hasta los postreros confines del Oriente. Parecido fué el aprecio y veneración que reyes y pontífices á ambos profesaron; que si el emperador Constantino acudia por consejo al gran Antonio, por consejo acudia á Ignacio el emperador Ferdinando, quien tenía mandado á su embajador en Roma, que no tratase negocio con su santidad sin consultarlo antes con Ignacio. Y, en remate, igual fué la providencia divina en defensa de los esclarecidos patriarcas, por cuanto con vivo fuego castigó el Señor á los burladores de Antonio, y en vivo fuego consumió también la soberbia de los menospreciados de Ignacio, haciendo que se abrasase súbitamente cierto caballero, que osó mojar y escarnecer de su virtud.

Pero decidme ya: ¿cuál fué el comienzo de la santa vida de estas dos lumbreras de la Iglesia? ¿cuál el principio de su buen camino? *Initium viæ bonæ*? ¿No os parece que debió ser grande y poderosa la semilla que brotó dos árboles tan frondosos, mucho más que el que vió en sueños el rey de Babilonia ¹, los cuales han dilatado la pompa de su magnífico ramaje de mar á mar, de Norte á Mediodía? Pues oíd y maravillaos. En aquél fué el comienzo de los caminos de Dios el asistir devotamente á una misa; en éste, leer con atención en un libro piadoso. Entra Antonio, mancebo todavía y de floridas esperanzas, en una iglesia á oír la santa misa, párase y oye en el Evangelio aquella sentencia de Jesucristo: Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo á los pobres; ven y sígueme á mí. Antonio siente que habla con él aquella voz, y allí mismo determina seguir desnudo al desnudo Jesús. Pide el convaliente Ignacio un libro de pasatiempo, y ofrécenle la vida de Cristo nuestro Señor y las leyendas de los santos, en lugar de los profanos que más le deleitaban; comienza á leer en ellos y á inflamarse en generosos deseos de imitar lo que leía.

Ahora bien; si ni aquél hubiese oído la misa, ni éste leído en el libro devoto, ¿creéis por ventura que Antonio hubiese llegado á ser el gran Antonio, ni D. Íñigo de Loyola el

¹ Dan., iv.

ilustre patriarca San Ignacio de Loyola? No lo sé, porque tales juicios tocan en los consejos inapeables de la majestad de Dios, que son las aguas de aquel torrente profundo, que ni el profeta Ezequiel se atrevió á vadear, por temor de ser envuelto y anegado. *Aguas profundi torrentis, qui non potest transvadari* ¹. Pero, venerando los juicios altísimos de Dios, es posible que no llegaran; porque acostumbra el Señor valerse, respecto de los hombres, de aquella providencia de que se valió para limpiar á Naamán Siro de la lepra que le afeaba. ¿Sabéis á qué práctica ciñó y ató Dios la cura de Naamán? A cosa muy liviana y, al parecer, de escasa monta; á que se bañase siete veces en el extranjero riachuelo

del Jordán: *Lavare septies in Jordane, et mundaberis* ². ¿Cómo, decía Naamán; ¿no puede acaso venir el profeta de Dios á ponerme sus manos sobre mi cabeza y quedaré limpio? No, la voluntad de Dios es que te laves. Pues ya que es forzoso que me lave, ¿por qué no en mis bendecidas aguas de Damasco? No, ha de ser en el Jordán. ¿No sería mejor bañarse en las saludables corrientes del río Abana? No, en el Jordán. Pero más caudaloso y limpio es el Farfar. En el Jordán, en el Jordán te has de lavar, y siete veces, si quieres limpiarte de la lepra. ¿Quién eres tú, que señalas leyes al querer divino? *Quis ei dicere potest; cur ita facis* ³. ¿Quién puede decir á Dios, por qué haces esto? Haz tú lo que te plazca, que señor eres de tu albedrío y voluntad; pero sabe de cierto que el negocio de curar la enfermedad de tu cuerpo, y más la de tu alma, estriba en que te laves siete veces en las aguas del Jordán, y mortifiques así tu amor propio con una acción, á tu soberbio parecer, no proporcionada á tu dolencia: *Lavare septies in Jordane, et mundaberis*: Lávate siete veces en el Jordán y serás limpio.

Por este estilo suele su Majestad vincular frecuentemente la santidad y aun la salvación de los hombres á obras, miradas de sobre haz, muy livianas, las cuales si ejecuta el hombre, derrama tan copiosamente del tesoro de sus gracias, y rodéale y previene de suerte su amorosa é inefable providencia, que infaliblemente llega al cielo, como sucedió en

¹ Ez., xlviij, 5. — ² 4 Reg., v, 10. — ³ Job, ix, 12.

en el favor de reyes

y pontífices.

en la honra que Dios les hizo.

2.ª parte. Sea comienzo.

Transmisión por alegoría del árbol frondoso.

Comienzo de San Antonio, la galateiza de Dios oculta.

en San Ignacio, las Vidas de los Santos.

Amplificase por contrastar conjetura

y ejemplo de Naamán leproso.

Narración sencilla

por sujeción,

claro y

diálogo.

Ha de ser en el Jordán; y siete veces.

Conclusión final.

primer miembro.

la cura de Naamán. Mas si empieza el hombre en la ejecución de aquella niñería ú obra buena, entonces encoge Dios la mano y, sin faltar en las ayudas necesarias y suficientes, ya no envía aquellos socorros abundantes, aquellas lumbres y toques interiores, aquellos auxilios y protección regaladísima, que no se nos deben, como muy bien saben los teólogos, ni por título de creación, ni en ley de redención; antes dejales que sigan sus mentirosos juicios y dañadas concupiscencias, y que por esta vía se condenen; como no curara Naamán, si hubiera porñado tercamente en no bañarse en las aguas del Jordán.

segundo mien-
bro.

Arg. 4.^o
De las circum-
stancias del tien-
po.

Hay un momento
crítico, del cual
puede la estru-
da.
Luego puede se-
conar profetas.

Así: por auto-
ridad y asistencia
de la estrechura
del camino.

(pronunciación
gita.)

Esta es la sentencia terrible que los santos encarecen, cuando dicen que de un momento de tiempo está colgada la eternidad: *Momentum unde pæzant æternitas*. Piensan muchos que este momento es el de la muerte, y en razón de ello vemosos desperdiciar los demás instantes de la vida, imaginando estos miserables que basta lograr bien aquel último y postrer momento. Pero engañanse lastimosamente. Que este momento para unos pasa en los tiernos años, para otros en la mocedad, para otros en la vejez. Momento sablime, lance grandioso en que se muestra Dios terribilísimo en sus consejos sobre los hijos de los hombres: *Terribilis in consiliis super filios hominum*¹; en el cual nos espera su Majestad, por decirlo así, en la angostura del camino, con el propósito de tentar nuestra fidelidad y buena correspondencia. Así lo reveló Moisés á su pueblo por aquellas palabras preñadas de misterios: *Tentat vos Dominus, ut palam fiat utrum diligatis eum, an non, in tota anima vestra*. Tiéntaos el Señor para que se descubra manifiestamente si le amáis ó no de todo corazón². No porque, perdido aquel lance, no sea posible granjear la salvación ó merecer la condenación, que sería error grosero el afirmarlo, sino porque, de lograr ó perder aquella ocasión ú oportunidad, penderá que nos encontremos con más ó menos embaraços en el ca-

¹ Ps. xv, 5.—² Deut. xii, 3.

mino del cielo, que tengamos en lo porvenir más ó menos fuerzas para vencerlos; en suma, por valerme de la expresión del Apóstol, que hallemos ó no hallemos gracia en el auxilio oportuno: *Ut gratiam inveniamus in auxilio opportuno*¹. Veámoslo, si os place, con un ejemplo notable de las divinas Escrituras, el cual confirma maravillosamente mi propósito, y que merece por cierto ser escuchado con gran atención por su autoridad, y con temor y encogimiento de los juicios de Dios.

Requerido el Señor importunadamente por los júdíos que les diese un rey, que los rigiese y gobernase en lugar de los jueces, condescendió al cabo con su demanda y escogió para tal oficio á Saúl. Era Saúl de vil y desconocido linaje, pero de virtud señaladísima, hasta decirnos de él las sagradas letras que nadie en todo Israel le hacía ventaja en prendas de bondad: *Non erat vir melior illo*²; con advertencia que florecían en aquella sazón un Samuel y un David, virtuosísimos. El mismo Samuel, por mandamiento divino, lo escogió, le ungió por rey y le proclamó por tal con vocería y regocijo de la muchedumbre.

Y como, al empuñar las riendas del nuevo gobierno, fuese usanza en el pueblo de Dios ofrecer solemnes sacrificios, llamó Samuel al recién ungió y dijo: Vé á Gálgala con tu gente, y, llegado que hayas, aguardame por espacio de siete días, que yo iré, y sacrificaré: *Septem diebus expectabis, donec veniam ad te*³. Mueve Saúl sus escuadrones hacia Gálgala, sienta sus reales, espera un día y otro día; y llega el séptimo y postrero, y Samuel no comparece. ¿Qué ha de hacer Saúl? ¿Qué partido ha de tomar? Vese cercado de enemigos que le provocan y aguijan á la pelea, su gente en orden de batalla y esperando el sonido de las trompetas, los animales y víctimas aparejadas para el sacrificio; resuelve, pues, como ya transmontase el sol del día séptimo, sacrificar por su mano al Dios de los ejércitos, como prevenía la misma ley que lo hiciese en caso que faltase sacerdote.

Mas he aquí que, al derramar la sangre de las primeras víctimas, llega Samuel. Salen todos á su encuentro, y al re-

Transición para
despertar la aten-
ción.

La perfidia de
Saúl.

Narración com-
puesta.

4.^a parte. La des-
obediencia de
Saúl.

Exposición de la
jornada á Gálga-
la.

Saúl, ó el cas-
tigo del día sép-
timo.

La presencia de
Samuel.

¹ Hebr., iv, 6.—² 1 Reg., ix, 2.—³ 1 Reg., x, 5.

parar el profeta de Dios en el atrevimiento de Saúl, ¡Ay desventurado de tí exclama con acento fatídico y amargo. ¡Ay desventurado de tí! ¿qué has hecho? *Quid fecisti?* Has ta ahora, respondió Saúl, os he esperado; pero mi gente se impacientaba, amenazábons los enemigos, y tuve por cosa criminal salir á pelear sin haber aplacado á Dios con víctimas pacíficas. Anticipéme á vuestra llegada, porque presumí que os había sobrevenido algún accidente inesperado.—Muy necia y torpemente has obrado, replicó Saúl, *stulte egisti*; y desde este punto (ponderad, os ruego, la espantosa y horrenda condición que añade), desde este punto protesto y te certifico que, si esperatas un poco más, hubieras perpetuado el cetro de Israel en tu familia; mas, por tu osadía y descomedimiento, ni sucesor tendrás de tu linaje: *Si non fecisses, jam nunc praeparasset Dominus regnum tuum super Israel in sempiternum; sed nequaquam regnum tuum ultra consurget*¹. Pero no fuera grave daño perder Saúl el reino temporal en pena de su desacato; mas perder también la gracia, perder las virtudes, perder el alma, perder el reino perdurable de la gloria, ésta fué pérdida y castigo terribilísimo.

Disculpa, ó la fatal sentencia.—Esta pérdida.—

2.ª parte. Ejecución y cumplimiento de la profecía.

Transición por nueva invocación.

Exposición del plan divino.

Ved, católicos, en qué manera y por qué caminos. No, no se condenó Saúl por aquel acto, puesto que muchos doctores le excusan de pecado grave, ó porque estimara erradamente que el mandamiento del Profeta se entendía que le aguardase hasta alborear el día séptimo, ó porque creyera que debía ceder á la importunación y ansias impacientes de su ejército, como parecen indicar aquellas palabras que después dijo en su disculpa: *Necessitate compulsus, obtuli holocaustum*: forzado y á más no poder ofrecí el holocausto. Pues ¿cómo, sin embargo de esto, causó su ruina el presente desacierto? Causóla, no en calidad de obra mala y de suyo merecedora de infierno, sino como disposición y camino de obras malas y dignas por sí de eterna reprobación. Me explicaré.

En castigo de aquel quebrantamiento decreta Dios privar á los hijos y descendencia de Saúl del cetro de Israel,

¹ 1 Reg., XIII, 13-14.

que era beneficio temporal y de pura liberalidad, y en virtud de esta ordenación le prepara un sucesor en la persona de David. Mas siendo estilo de la divina providencia, según frase de la Sabiduría, disponer suavemente y con suma reverencia lo que acerca de nosotros determinó, *cum magna reverencia disponit nos*¹, proveyó que ocurriese un lance oportunísimo para traer á David de las majadas á la corte, del pellico á la púrpura real. Saúl es el primero en llamarle á sí, apretado por los filisteos y afrontado con los fieros y amenazas de Goliat; mas luego que vió el vencimiento del gigante, y la rota de las huestes filisteas, y el alborozo del ejército, y oyó las voces de las mujeres hebreas, que tan regocijadamente cantaban á David la gala de la victoria, entendió Saúl quién era el vaticinado sucesor de la corona. Desde aquella hora miró al pastorcillo de Isai con aquellos ojos con que suelen mirarse los sucesores, y el gusano de la envidia roía y despedazaba sus entrañas. La ojeriza crece, inflámase el odio, hinchase su corazón de venenosa rabia y busca maneras de maltratar á su rival, unas veces arrojándole frenético la lanza, otras enviando matadores á su estancia ó escondrijo, otras armándole celadas en selvas y yermos despoblados. De ahí viene á estimar en más el lustre y conservación de la corona que no los mandamientos del Señor. Y como averiguase que algunos sacerdotes de Nobe habían arrojido á su rival, manda que luego al punto y en su misma presencia sean todos pasados á cuchillo. Derrámase la sangre, y caen rodando á sus malvados pies las cabezas de ochenta y cinco sacerdotes, revestidos aún de sagrados ornamentos; y aun no barto con la sangre sacerdotal, ordena que se entre la ciudad toda á sangre y fuego, con estrago horrible y espantosa matanza de hombres y mujeres, de mozos y viejos, de niños y pequeñuelos, sin perdonar ni aun á las bestias del campo ni á las piedras de los edificios. Así, de lance en lance y de precipicio en precipicio, vino finalmente, en una batalla que se trabó en las fragosidades del monte Gelboé, á perder á los tres hijos, en cuyas manos tenía determinado perpetuar el cetro;

su ejecución en la muerte de Goliat.

Vede, ó las iras de Saúl

contra David,

contra los sacerdotes de Nobe

Aspiración

Catastrofe en Gelboé.

¹ Sap., XII, 18.

mas, desatinado con este golpe y arrebatado de furor, busca la muerte, y ni aun halla quien le cumpla su deseo; hasta que, empuñando él mismo su espada y revolviéndola contra su pecho, lo rompe y despedaza, y muere el desventurado Rey. Ved aquí, hermanos míos, ved aquí, dice San Crisóstomo ponderando tan lamentable tragedia, cómo el iracundo monarca, por no haber obedecido el mandamiento de Samuel, fué empeorando poco á poco, y de resbaladero en resbaladero no paró hasta dar consigo en el profundo bárrato de la eterna perdición ¹.

Conclusión por autoridad del Crisóstomo.

3ª parte, ó aplicación conjetural.

por dilogismo hipotético.

felicidad del rey, si obedeciera.

Pero dejadme ahora filosofar sobre este caso. Si alguien, codicioso de la salud del Rey, le hubiera dicho á tiempo que iba á traspasar las órdenes del Profeta:—Señor, señor, no hagáis tal; porque de esta acción depende infalible, si bien lejanamente, vuestra prosperidad, vuestra corona, vuestra salvación temporal y eterna,—le creyera por ventura el Rey?—¿Cómo, le respondería, de una obra tan liviana, de acción tan insignificante, ha de colgar mi temporal y eterno bienestar? Espantajos de conciencia escrupulosa, temores de ánimas asombra dizas. No lo creo, no puede ser.—Y no obstante fué; no por razón de faltarle fuerzas para desviarse de los caminos torcidos por que luego anduvo, sino por serle muy dificultoso y en tal extremo que no lo hizo, cuando, dada su índole y la derechura de su corazón, le fuera facilísimo si gozara el reino con paz y sosiego, sin contradicción de pretendientes ni recelos de sucesor, como es de fe que así lo gozara á no quebrar el ordenamiento de Samuel.

Sólo traza los afectos de dolor y de temor.

Saquemos, pues, de historia tan funesta una enseñanza muy saludable á nuestras almas, y exclamemos con San Gregorio y temblando el corazón: *En quam magna perdidit, qui, ut putabat, nulla contempsit.* ¡Ved aquí cuántas y cuán grandes cosas se perdió quien creía que menospreciaba unas pequenezes y naderías! ¡Que por tan poco perdiera tanto! ¡Que de un hilo estuviera colgada su eterna perdi-

¹ Dum Samueli non obtemperavit, paulatim atque paulatim labens, non stetit quoadunque ad ipsum perditionis barathrum seipsum immisit. Hom. 87 in Math.

ción ó su bienaventuranza eterna! ¿Qué misterio es este, hermanos míos? ¡Oh Dios, grande en tus consejos, profundo é inapeable en tus pensamientos! *Magnus consilio, incomprehensibilis cogitatu* ¹. Tentó su divina Majestad la obediencia y rendimiento de Saúl, para ver si era del dichoso número de vencedores, de quien se escribe en la Sabiduría: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se* ². Probólos el Señor y hallólos dignos de sí; púsole en aquel aprieto y angostura; pero Saúl malogró el lance, blandéu su corazón y no obedeció; con lo cual, negándole desde aquel punto aquellos auxilios y gracias sobreabundantes, que según el propósito de su voluntad le tenía apercibidos, *secundum propositum voluntatis suae*, permitió que de tropiezo en tropiezo se despenase en la ruina perdurable.

Reina de Saúl por una vozada.

ancestralidad

y transición á la

Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ¿pasa ó no pasa este mismo juicio con nosotros? ¿Válese Dios de justicia y providencia semejante para encaminarnos á la salvación y á la santidad? ¿Cuántas veces, como aconsejándose, dirá Dios en su corazón: quiero inspirar á aquel padre de familia, vilmente enlazado en torpe amistad, que vaya al sermón; si asiente y va, yo le tocaré el corazón con auxilios oportunos y quebrará por fin las pérdidas cadenas. Desechada la amistad, no le vendrá tan cuesta arriba frecuentar los santos sacramentos. Con el frecuente confesar y comulgar, irán badiendo los malos hábitos contraídos en juegos y parlerías, en negociaciones y codicias de interés; de ahí, con mejor acuerdo, vendrá á retirarse á su casa, á mirar por la familia, á cuidar con templanza cristiana sus acrecentamientos, y, tras este vivir retirado, á morir pacífico en mis brazos. Mas si desoye mi voz y la divina palabra de aquel sermón, durará en su torpe amistad; se enredará en otras más peligrosas; su codicia se arraigará de cada día; se desmandará en el negocio, surgirá un pleito, suscitarse una quimera, y vendrá á morir desventuradamente á manos de su rival.—A aquel joven tan disipado quiero inspirarle que con ocasión de tal festividad vaya á confesar. Si

4ª parte, ó aplicación edificativa.

juicios de Dios, ó su encaminamiento de sus gracias

por monólogo didáctico

en sus padres de familia, primera hipótesis.

hipótesis segunda.

En un joven: hipótesis de salvación.

que con ocasión de tal festividad vaya á confesar. Si oye mi llamamiento, yo le compungiré el alma y trocaré de

¹ Jer., xxxii, 19.—² Sap., iii, 3.

manera con auxilios oportunos, que venga á romper con aquellos compañeros y malos amigos. Así, desviado de esas compañías, no sentirá repugnancia en darse con ahinco al estudio de las letras y al ejercicio de la virtud. Blandamente, y por sus pasos, irá entrando con esta aplicación en deseos de mortificación, de oración y de más recogimiento. Tras esto, determinado de asegurar el alma y viéndolo á los ojos las tempestades del mundo, huirá de él al puerto de la sagrada religión, y de aquí al de la gloria eterna. Mas si cierra los oídos á mi inspiración y no se confiesa, continuará con sus perversos amigos, empeorará de día en día, se enredará en nuevos lazos, se deslizará en nuevos desórdenes que le arrastrarán por remate á los infernos.—

Cristianos, torno á decir, y hermanos míos amadísimos, ello es así, como digo; ello es verdad certísima, infalible, incontrastable, si bien, sumidos ahora en las tinieblas de esta mortalidad, no la podemos comprender porque tenemos los ojos entenebrecidos con espesísimo velo: *Contenebrati sunt oculi nostri*¹; pero la comprenderemos en el día tremendo de las eternas revelaciones, cuando, rasgado el velo y disipadas las tinieblas, veremos espantados los caminos por donde plugo á la divina misericordia llevarnos á salvamento, ó á nuestro albedrío condenarnos para siempre: *Viam vitæ et viam mortis*². Veremos los caminos de la vida ó los caminos de la muerte. Entonces, atemorizados los justos, como viandante que caminó toda la noche por la orilla misma de borbondo precipicio, exclamarán con asombro: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡De qué hilo estuvo colgada mi salvación! ¡Cuán poco faltó que no me desviara del camino del cielo y diera conmigo en el ancho del infierno! *Nisi quia Dominus adiuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea*³. Un tantico que alzara Dios su mano, ya estuviera mi alma en los infernos. Aquella obra buena me salvó, aquel acto generoso que hice en tal día, en tal tiempo, en tal ocasión y coyuntura. Si llego en mi locura á menospreciarlo, ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡por qué sendas tan diferentes hubiera caminado!

hipótesis de con-
dición.

Fracción por
revelación de los
caminos de la
eternidad.

Voc primera de
las que se salva-
ron.

aludos de benefi-
cencia y de

psalmo.

¹ Thren., v, 17.—² Jer., xxi, 8.—³ Ps. xciii, 17.

Por el contrario, ¡cómo bramarán, cómo aullarán los miserables condenados cuando abran los ojos y vean por qué ocasión tan pequeña se extraviaron del cielo! *Viam civitatis habitaculi non invenerunt*¹. No encontraron el camino de la ciudad eterna. ¡Oh si oyera aquel sermón! ¡Oh si dejara aquella compañía! ¡Oh si me arrancara de aquel juego! ¡Oh si no acudiera á aquella tertulia, ni leyera aquel libro, ni asistiera á aquel sarao, ni viera aquella representación! ¡Ay, malaventurado de mí, ya no hay remedio por toda la eternidad! ¡Por toda la eternidad ya no hay remedio, malaventurado de mí! ¡Qué cosas malogré, qué bienes perdí al figurarme, en mi loco desvarío, que no me iba nada en despreñarlo! *Quam magna perdidí, qui, ut putabam, nulla contempsí*! Pero dejadme descansar un momento, y vuelvo á mi propósito.

Ver segunda de
las que se conde-
naron.

por desengaños y
exaltaciones in-
firmas.

SEGUNDA PARTE

VI

Paréceme ver en vuestros semblantes retratada una inquietud é incertidumbre grande, como de quien desea proponer una duda, que á ratos os punza el espíritu y desasosiega el corazón. Desahogaos, hermanos míos, y decid animosamente la duda que os congoja. A ser verdadera, me decís, esta doctrina que acabáis de predicar, seguiríase que habríamos de vivir en continuo sobresalto y cuidado solícito y congojoso. Comoquiera que, si nos dieran con puntualidad de qué acción de nuestra vida pende, como de raíz, nuestra desventura ó bienaventuranza, ¿quién duda sino que pondríamos en ella todos nuestros sentidos, á fin de hacerla con la mayor perfección posible? Mas, ignorando esta circunstancia, será forzoso remirarse y recatarse en todas, y hacer gran cuenta de cualquier cosilla; y así deberíamos estar muy lejos de menospreciar ninguna falta, por pequeña que parezca, ni movimiento ninguno ó inspiración

CONSECUENCIA
PRÁCTICA, por vía
de prolepsis y
afectos de temor.

¡Luego hay que
velar y desquitarse
todos los instantes!

(gradación)

¹ Ps. cvi, 4.

de la gracia, por menos importante que se nos figure; antes bien, en todo lugar y circunstancia, en toda ocasión y coyuntura, todos los días, todas las horas, todos los instantes, convendría, según esta enseñanza, andar muy sobre aviso, no desmandarse nunca, y asegurar con todo linaje de obras buenas, aun muy menudas y pequeñas, nuestra eterna salvación.

Harto veo el alcance de vuestras palabras, y me espanta la terribilidad de vuestra conclusión; hartó veo el aprieto y congoja en que, según ella, nos ponemos. Mas ¿qué queréis que responda? ¿Puedo por ventura forjar inconvenientes, ó torcer las proposiciones que manifestamente concedió la sabiduría eterna? Así que, hermanos míos muy amados, doyme por vencido; sí, cuanto dijisteis es cierto, certísimo y de incontestable verdad. ¿Qué otra cosa, pues, quiso significarnos el bienaventurado San Pedro cuando, tras un largo razonamiento, coligió aquella sentencia formidable? *Quapropter, fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis: haec enim facientes, non peccabitis aliquando*¹. Hermanos, dice el Apóstol, andad más ansiosos de hacer cierta, por medio de buenas obras, vuestra vocación y elección, porque, haciendo esto, no pecaréis alguna vez, y se os franqueará abundantemente la entrada al reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; que es como decir, abreviando: Hermanos, hermanos míos, vosotros imagináis acaso que el negocio de la salvación eterna es negocio liviano y para tratarse de ligero y cuando sobre espacio. No es así, sino negocio gravísimo, trabajosísimo, inmortal, y que pide todo el hombre y debería llamar á sí todas vuestras fuerzas y pensamientos. Y así, hermanos míos, fatigaos, andad ansiosos, *fratres, magis satagite*; porque este negocio requiere diligencia, ahínco, vigilancia y esfuerzo, hasta que lleguemos, con el favor divino, á no cometer pecado grande ni pequeño, imperfección ó falta advertidamente y de propósito, y, cuanto más adelantareis, teneos por más obligados á su divina Majestad.

Resp. Conociendo
dolo

y probándolo por

autoridad de San
Pedro

y paráfrasis verbi-
mente

(conduplicación).

Pero si la mayor parte de los hombres no viven así.—^{Por testimonio de J. C. en forma de profecía.} Verdad es; mas por esta razón es tan ancho y espacioso el camino que lleva á los infiernos: *Spatiosa via est, quae ducit ad perditionem*¹. Pero si son tan pocos los que andan con ese recato y vigilancia.—Verdad es; mas por esta causa es angosta y pequeña la puerta, que lleva á los hombres á la vida: *Angusta porta est, quae ducit ad vitam*². ¿Os maravilla la crudeza de mi discurso? Mas ¿puedo yo predicar otras verdades que las predicadas por la verdad infalible y Verbo de Dios? ¿Puedo deshacer su Evangelio y forjarme otro á mi albedrío? ¿Puedo borrar de él lo que se me antoje para daros gusto? ¿Puede, en una palabra, decir una cosa el juez ó el monarca, y anunciar otra el embajador ó pregonero? *Nunquid aliud iudex nuntiat, aliud praeconis clamat?*³

asegura de los
dichos caminos.

repetición está-
ca.

VII

Y en realidad de verdad, si así no fuese, muy menguados de entendimiento hubiesen sido aquellos gloriosos confesores que, oyendo el dicho del Eclesiastés: *qui timet Deum, nihil negligit*⁴; quien á Dios teme, no desprecia nada, hacían tanto caso de cosas pequeñas, que por nada del mundo cometieran una imperfección deliberada. En sintiendo un movimiento de deleite los bienaventurados San Bernardo, San Francisco y San Benito, luego se arrojaban unos al estanque de agua frigidísima, otros á revolcarse entre la nieve, y otros á ensangrentarse entre espinos y rastrojos. Una ligera fantasía no pura, que en sueños atravesó por la imaginación de San Francisco Javier, le sobresaltó de suerte y aterró y conmovió tanto, que escupió con impetu una bocanada de sangre, y de poco se ahoga de puro susto y congoja. Una risa menos compuesta, una palabrilla no tan considerada, una vista de ojos algo desmandada, un paso menos recatado y modesto, así azoraban y angustiaban á las bienaventuradas vírgenes Santa Inés Augusta y Santa Ma-

CONFIRMACIÓN
por ejemplos de
SS.

enumeración.

San Bernardo.

San Javier.

Santa Inés...

por veces faltas se
añaden por error.

¹ 2 Pet., 1, 10.

¹ Matth., vii, 13.—² Matth., vii, 14.

³ S. Greg., Hom. 17 in Evang.—⁴ Eccl., vii, 19.

ría de Oñez, que no podían, al confesarse, articular palabra, con la avenida y golpe de los sollozos que lanzaban de su quebrantado corazón, según testifican el cardenal Pedro Damiano y el cardenal Santiago de Vitriaco, gravísimos y santísimos varones, que dirigían á aquellas santas.

¿Qué más? Letá Eusebio, monje, en los sagrados evangelios en compañía de Amiano, cuando sucedió que, como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella campiña, Eusebio, por mirarlos, se distrajo y apartó los ojos de la lección. Corrido Eusebio, mandó á sus ojos que en ningún tiempo se deleitasen mirando la hermosura de la vega ni las estrellas del cielo. Desde allí se metió por una senda estrecha y se recogió á una choza, de donde nunca más salió todo lo restante de su vida. En esta estrecha prisión vivió cuarenta años hasta que murió; y porque la necesidad con la razón le forzase á estar allí quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro, y con otra más pesada la cerviz, y á estas cintas de hierro ató una cadena y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviese encorvado, ni pudiese mirar ni andar con libertad.

Hermanos, ¿qué hacemos nosotros? ¿Pensáis por ventura que faltillas y negligencias tan menudas eran, en la estimación de aquellos santos, merecedoras de infierno, y que emprendían penitencias tan espantosas en rescate y satisfacción de ellas? No, que bien se les entendía á aquellos justos apreciadores de las cosas, qué es lo que se requiere para ser reo de la eterna condenación. No ignoraban que para ello es menester pecado grave, cometido advertidamente, con plena deliberación, con entero propósito y voluntad. Y sin embargo, todavía se turbaban á vista de una falta, por entender cuán pendiente y resbaladiza es la senda del pecado, y cuán secretamente y sin sentir, el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco viene á deslizar en las mayores, conforme al dicho del Espíritu Santo: *Qui spernit modica, paulatim decedit* ¹. Así puntualmente lo confesó el mismo Eusebio á los que medio se escandalizaban de ver penitencia tan rigurosa por descuido tan ligero.—No os ma-

¹ Eccli., xix., 1.

ravilléis, hermanos, les decía; que si me castigo en esta falta con tal severidad, es para que el demonio maldito no me haga guerra en cosas mayores, y me arranque, con sus ardidés y tesón incansable, la templanza, la justicia y las demás virtudes: *Ne malignus daemon de magnis bellum gerat, conans auferre temperantiam atque justitiam*. Temiase el bienaventurado varón que del mirar por curiosidad un objeto indiferente no le indujese el tentador á mirar otro pecaminoso; recelábase luego que, admitida esta ligereza, no le llevase de la vista á la vana imaginación y complacencia, de la complacencia al deseo, del deseo al consentimiento, del consentimiento á la obra, y de ahí á la total ruina y miserable asolamiento del edificio espiritual con tanta costa levantado, según previene el Sabio: Si no te mantuvieres constante en el temor del Señor, súbitamente vendrá á tierra tu casa: *Si non in timore Domini teneris te instanter, cito subvertetur domus tua* ¹.

Pero me diréis que sentís fuerzas y corazón para absteros de lo más, aun gustado lo menos, y para vencer acometimientos mayores, aun después de rendidos á los menores, y que así no hablan con vosotros esas zozobras y sobresaltos. ¿Qué oigo? ¿Conque no sintieron esos alientos aquellos santísimos penitentes y los sentís vosotros? ¿Cómo, decidme, sólo con ellos fué la naturaleza tan ingrata, la carne tan rebelde, el favor divino tan escaso, tan empinada la virtud, y la salvación tan ardua y trabajosa? Vestidos ellos de ásperos cilicios, cubiertos de ceniza y señalado todo el cuerpo con el rigor de los azotes, huían, no obstante, de la sombra del pecado, como de principio de eterna perdición; y no teméis vosotros, vestidos de blandas sedas, perfumados tal vez con ungüentos olorosos, y regalando muellemente vuestro cuerpo? ¿Dónde están, exclamaría yo si así fuese, dónde están, ¡oh Dios altísimo y soberano proveedor del hombre!, dónde vuestras entrañas de Padre? ¿dónde vuestra equidad y justicia de Señor? ¿Que socorráis largamente á los desbocados pecadores, que viven engolfados en los deleites y vanidad del mundo, y seáis tan escaso con

distar y género del pecado mortal.

Resurrección. — ¡Qué enorme fuerza para resistir.

Resp. a) por indignación y antipatía

contra la aspereza de los santos

y el regalo de los mundanos.

b) por aborreciente licencia y querencia contra Dios.

¹ Eccli., xxvii., 4.

los infelices que por amor vuestro se han desterrado á los yermos y soledades, donde pasan sus apenados días sin más compañía que las fieras, sin más testigos que el cielo, ni más vivienda que las cavernas, ni más refrigerio que las lágrimas, ni otro alivio que la amarga mortificación y penitencia? ¿Y es razón que vivan éstos tan congojados y temerosos de sí mismos, y aquellos tan asegurados y tranquilos? Entonces más acertado será que nos arranquemos los cilicios, y arrojemos la disciplina, y despidamos los ayunos, y olvidemos todo tormento y crucifixión de nuestra carne, ya que mayores riesgos corren de condenarse los que rigurosamente se castigan las faltas más livianas que los que se beben como agua los pecados.

Mas libre me su Majestad de quejarme tan ciega y locamente de su inefable providencia; que día vendrá, hermanos, día vendrá en que todos, religiosos ó seculares, veremos manifestamente los afares que nos costó salvarnos. ¡Ah!, que mi corazón se parte de quebranto al considerar que no es de todos el reino de los cielos! Quien desea entrar en él, ha de ceñirse y adelgazarse; ha de abrirse paso á viva fuerza de abnegación de los propios quererres, de abatimientos y humillaciones, de renunciación de todas las codicias del mundo: *Contentiús intrare per angustam portam*, dice á sus seguidores Cristo nuestro Señor¹. ¿Y sabéis el énfasis de la expresión *contentiús*? ¿Significa, por ventura, lo mismo que *esforzados, fatigados, trabajad con todas vuestras fuerzas*? Más todavía; vale lo que más viva y terriblemente expresó San Lucas con el vocablo griego *batallad, agonizad*, que es tanto como decir: pelead esforzadamente y reducidos, si es menester, á las postreras agonías; desechad amigos, despreciad riquezas, hollad la honra, y perded, si lo pidiere el caso, hasta la propia vida en la inmortal demanda.

VIII

Bien sé que no á todos agradan esta entereza y modo de predicar, y que más gustosamente corren los oyentes á los

1) por abnegación.

2) Directamente por corrección y cumplimiento de los preceptos de Dios.

3) sobre la dificultad de salvarse.

por definición.

Figuración y afecto de zozocura.

oradores que alaban y aseguran, que no á los que infunden temores y desasosiegan saludablemente las conciencias. Mas ¿no dije, desde el comienzo de mi discurso, que no podía daros mi elocuencia sino temores y cuidados? No debierais, por lo tanto, enojaros contra mí, sino más bien apiadaros de mi miseria y aflicción. ¿Por ventura no corro yo la misma suerte que vosotros? ¿No son unos los peligros, las dudas, las incertidumbres? ¿No penden de la misma balanza nuestras almas? ¿Imagináis que no sabría ó no querría también complacer vuestros oídos, hablar al sabor de vuestro paladar, lisonjear vuestras inclinaciones y granjearme artificialmente vuestro amor y benevolencia? Pero me lo prohíbe Dios, me lo veda mi deber de siervo fiel; no me sufre el cariño que os he cobrado que, por culpa mía y por daros un gusto pasajero, arriesguéis vuestra eterna salvación. Y así, cierro mi discurso con aquellas palabras del glorioso San Agustín: *Fratres, nimis timendum esse volo*¹. Hermanos, temed, temed y recataos mucho, que más vale el temor santo que la mal segura confianza: *Melius est enim non vobis dare securitatem malam*. Por lo que á mí toca, no puedo dar lo que no tengo: *Non dabo, quod non accipio*. Porque ¿cómo os inspiraré yo el sentimiento de seguridad, que no hallo en mi vacilante corazón? A estar yo seguro y firme, también os afirmaría y aseguraría á vosotros: *Securos vos facerem, si securus ego essem*. Pero ¡ay de mí! que todo tiemblo y me estremezco, y me quedo como atónito y pasmado al pensar en mi alma. ¿Y queréis que en este estado os tranquilice y asegure?

Pero todavía hallo un modo de sentir alguna firmeza y seguridad en el negocio de nuestra salvación. ¿Sabéis cuál, hermanos? Habernos siempre con temor grande, andar siempre con cuidado inmenso, y pedir al Señor instantemente y con esperanza sin limites que nos tenga de su bendita y omnipotente mano, y encamine nuestras almas á la patria bienaventurada é inmutable eternidad. Si así obrareis, viviréis contentos: *Beatus homo qui semper est pavidus*: Bienaventurado el varón que siempre anda temeroso².

Transición y

costumbres afortunadas.

El orador teme y atemoriza.

El orador recuerda.

El santo temor de Dios.

¹ Luc., XIII, 24.

² In Ps. 80. — ² Prov. XXVIII, 14.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTIUNO

En verdad que, leído este discurso, más ganas sentirán los lectores de llorar que de oír censuras. ¿Qué efecto, pues, había de causar, oído de boca del mismo santísimo varón y predicado con tanto fuego, y confirmado con el ejemplo de su apostólica vida? Imagínome ver á los oyentes salir del templo llorosos, compungidos y cabizbajos, pensando en su interior: «Si este santo varón así tiembla y se estremece, ¿qué haré yo, pecador de mí? Y entonces se me vienen á la memoria las palabras de San Jerónimo escribiendo á Nepotiano, tan cumplidamente verificadas en SENECA: *docente te in ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lacrimae auditorum laudes tuae sint* (Epist. 2, ad Nepotiam.) Ese es gran orador, que arranca á sus oyentes, no aplausos, sino gemidos; no vítores, sino lágrimas.

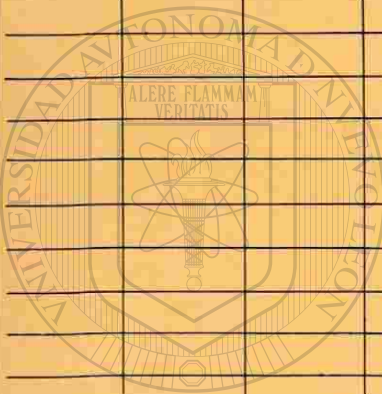
¿Y cómo las arranca? Mover al sexo frágil de las mujeres, no es cierto gran proeza; atemorizar y poner en cuidado á las almas delicadas ó escrupulosas, mucho menos; pero que hombres de toda índole se conmuevan y congoben y entren en zozobra de su salvación, y se resuelvan á mudar de vida y á enfrenar los ojos y la lengua de toda liviandad y parlería, y esto no con la consideración del juicio ó del infierno, mas de cosas tan sencillas y menudas, como aquí se tratan, es un triunfo de la elocuencia, ó, mejor dicho, de la gracia de Dios por medio de la que llamaron los griegos **diosa de la persuasión**, y los latinos **flexanima**, ó vencedora y quebrantadora de los ánimos.

Para enseñorearse de ellos é infundirles el santo temor de Dios, que no desoye una inspiración, ni descuida un mandamiento por leve que parezca, tres dificultades gravísimas debía vencer nuestro orador. La primera es, la misma **espiritualidad y delicadeza** del asunto, poco proporcionado á la capacidad moral é intelectual de sus oyentes. La segunda, su **esterilidad**, que no parece despertar el interés, ni avivar la fantasía, ni aficionar los corazones á que oigan con atención y reciban con deleite y provecho esta doctrina. La tercera y principal es, su misma **frialidad**, la cual se

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

 The seal of the Universidad Autónoma de Nuevo León is circular and contains a shield with a cross and a book. The text 'UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN' is written around the perimeter. Inside the shield, the motto 'VALERE FLAMMAM VERITATIS' is visible. <p>UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS</p>					

BV85

.S4

S6

v.1

1904

AUTOR

SOLA, Juan María

TITULO

Señeri Español

FECHA DE

45151

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

